

[HOMILÍAS SOBRE EZEQUIEL.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS SIGUIENTES LIBROS DE HOMILÍAS

1169 I. Después de la exposición de San Gregorio sobre el libro de Job, siguiendo el orden de las Sagradas Escrituras, deben seguir las Homilías del mismo santo Doctor sobre el profeta Ezequiel, las cuales, aunque afligido por enfermedades, casi inmerso en negocios muy difíciles y acosado por innumerables preocupaciones, pronunció ante el pueblo. Él mismo describe el rostro lúgubre de la Ciudad y de toda Italia en la homilía 6 del segundo libro, que antes se titulaba 18: "Por todas partes, dice, vemos luto. Por todas partes escuchamos gemidos. Las ciudades han sido destruidas, los campamentos arrasados, los campos devastados, la tierra reducida a soledad... Vemos a unos ser llevados cautivos, a otros ser mutilados, a otros ser asesinados." Omitimos lo demás con lo que lamenta las calamidades de Roma, del campo romano y de toda Italia. Se leen cosas similares en el Prefacio del libro II, y especialmente al final de la última homilía. "Por todas partes, dice, estamos rodeados de espadas, por todas partes tememos el inminente peligro de muerte. Unos regresan a nosotros con las manos mutiladas, otros son anunciados como cautivos, otros como asesinados. Ya me veo obligado a retener mi lengua de la exposición." Bernardo, admirado por el ocio de nuestro Gregorio para interpretar la Sagrada Escritura entre tantos y tan grandes negocios, escribe así al sumo pontífice Eugenio: "El asedio de la ciudad y la espada bárbara amenazaban los cuellos de los ciudadanos. ¿Acaso eso aterrorizó al bienaventurado papa Gregorio para que no escribiera sabiduría en su ocio? En ese tiempo (como se desprende de su propio prefacio) expuso la parte más oscura y extrema de Ezequiel con tanta diligencia como elegancia" (Lib. I de Consid., cap. 9).

II. En verdad, San Jerónimo se vio obligado a declinar la difícil tarea de explicar esta profecía debido al anunciado asedio de la ciudad de Roma. "Después de que, dice, la luz más brillante de todas las tierras se extinguió, o más bien, la cabeza del imperio romano fue trunca, y para decirlo con más verdad, en una sola ciudad pereció todo el mundo, enmudecí y fui humillado, y guardé silencio sobre los bienes" (Epist. ad Eustoch., que se antepone a los comentarios sobre Ezequiel). San Jerónimo ofrece otra razón para evitar este trabajo, a saber, la dificultad de entender y explicar, "que, dice, la tradición de los hebreos prueba; pues a menos que alguien entre ellos haya cumplido la edad del ministerio sacerdotal, es decir, treinta años, no se le permite leer ni los principios del Génesis, ni el Cantar de los Cantares, ni el comienzo y el fin de este volumen, para que se acerque al tiempo pleno de la naturaleza humana para el conocimiento perfecto y los entendimientos místicos."

III. Sin embargo, para llevar a cabo tan ardua obra con éxito, nuestro Gregorio experimentó la presencia más cercana de la divinidad. Pues mientras interpretaba la última visión del profeta Ezequiel, el diácono Pedro, a quien usaba como amanuense y notario, vio al Espíritu Santo, bajo la apariencia de una paloma blanca, posarse sobre su cabeza e introducir su pico en su boca, de donde aprendía y como que bebía los más altos misterios, como relata Pablo Diácono al final de su Vida, y lo confirma Juan Diácono, l. IV, cap. 69 y 70.

Y no debe parecer extraño que el Espíritu Santo asistiera a Gregorio de manera tan singular, especialmente en el tiempo en que mostró mayores pruebas de humildad, cuando, según el testimonio de Isaías (Isai. LXVI, 2), aprendemos que el Espíritu de Dios es el consolador y habitante de los humildes. Escuchemos al santísimo Doctor en la homilía undécima, num. 5, lamentándose con amarguísimas lágrimas incluso de las faltas más leves: "Oh, cuán duras son estas cosas que hablo, porque al hablar me hiero a mí mismo. Mi lengua no sostiene la predicación como es digno, ni mi vida sigue a mi lengua en la medida en que debería. A

menudo me enredo en palabras ociosas, y me detengo perezoso y negligente en la exhortación y edificación de los prójimos. Me he vuelto mudo y locuaz ante Dios. Mudo en lo necesario, locuaz en lo ocioso." Omitimos lo demás que muestra una asombrosa humildad en un hombre tan grande. Y como si a esta humilde confesión le faltara algo, más adelante se pronuncia aún más culpable (Num. 26): "pero mientras hablo, quiero apartar mis ojos de mí mismo; y he aquí que de nuevo la palabra divina me empuja hacia mí mismo, para que vea mi negligencia y tema que se me diga lo que escucho. Pues como dije antes, ¿quién recoge su corazón disperso en innumerables preocupaciones para sí mismo?" etc.

IV. Así como la asiduidad del santísimo pastor en predicar, a pesar de tantas preocupaciones y molestias, merece inmensas alabanzas, también merece no menos el ardiente deseo del pueblo romano de escuchar a Gregorio y su insaciable hambre de la palabra divina. Pues a petición de los romanos, Gregorio emprendió la exposición de Ezequiel, como él mismo enseña en el prefacio al segundo libro, y lo confirma Juan Diácono, l. IV, c. 76.

V. Dado que se dice que estas homilías, de las que hablamos, comenzaron con el inminente asedio de la Ciudad, y fueron completadas o más bien interrumpidas con el rey Agilulfo de los lombardos ya rodeando las murallas, debemos preguntarnos en qué tiempo Roma sufrió este asedio. Se suele referir al año 595. Pero mostramos casi con argumentos ciertos e indudables que pertenece más bien al año 592 en la Vida de San Gregorio, l. II, cap. 4.

VI. No hay controversia sobre el número de estas homilías; pues se encuentran más de veinte en los libros tanto manuscritos como editados; pero el modo de numerarlas no es el mismo. En las ediciones impresas se cuentan de la misma manera, como si todas pertenecieran a un solo libro, de modo que la que es la primera del segundo libro se llama en las ediciones la decimotercera. Sin embargo, en los códices manuscritos, después de la duodécima del primer libro, la que sigue inmediatamente al prefacio del libro posterior se llama la primera, y así sucesivamente hasta la décima. Hemos decidido seguir esta costumbre. Sin embargo, Juan Diácono adoptó otro método de numeración, quien en el libro IV, cap. 66, llama a la homilía decimoctava, la que nosotros con los libros manuscritos llamamos la sexta del segundo libro. Pero sobre estas cosas que parecen de menor y casi nula importancia, basta con haber advertido.

VII. En cuanto al estilo de hablar y escribir que observó este santo Doctor, aunque no afirmamos que sea más preciso y elegante, tampoco permitimos que se desprecie como más humilde y deprimido. En estas homilías, ciertamente, Gregorio se preocupó más por el sentido de las cosas y los sentimientos que por la elección de las palabras. Aunque intenta establecer primero el sentido literal como fundamento de los demás, se dedica principalmente a explorar los místicos y explicar los morales. La primera homilía se antepone a las demás como prólogo, en el que Gregorio enseña muchas cosas sobre los profetas y el Espíritu de la profecía que son dignas y necesarias de saber. Quien busque más sobre este tema, acuda a otros de los santos Padres que se encargaron de explicar a los profetas, y especialmente lea a Epifanio, quien al inicio del libro sobre Pesos y Medidas expone extensamente cuántos son los géneros de discursos en los profetas, y asigna estos: doctrina, contemplación, exhortación, amenazas, conmiseración, lamentación, oraciones, narración histórica, predicción.

VIII. En todo este trabajo, Gregorio consultó prudentemente a Jerónimo, quien interpretó la profecía de Ezequiel, pero no lo siguió servilmente. De hecho, a veces lo refuta (aunque disimulando su nombre por respeto), cuya modestia y reverencia hacia Jerónimo ojalá imitaran algunos de los escritores más recientes, que tan libremente contradicen la doctrina del eruditísimo intérprete de las Sagradas Escrituras. A la pluma más audaz de estos se le

puede oponer este testimonio del doctísimo Sulpicio Severo, su contemporáneo, en el diálogo 1, cap. 4. "Jerónimo, dice, era un hombre que, además del mérito de la fe y el don de las virtudes, estaba tan instruido no solo en las letras latinas y griegas, sino también en las hebreas, que nadie se atreve a compararse con él en toda ciencia."

IX. Ahora debemos recordar lo que esta última edición nos debe. 1. Hemos recortado los textos más largos de Ezequiel, que se anteponen a cada homilía, excepto la primera, en las ediciones impresas, pero no en los manuscritos; pero hemos hecho que se impriman los versículos individuales, tal como son propuestos sucesivamente por el santo Doctor para ser explicados, en líneas distintas, acercándonos más a la similitud de los códices manuscritos, en los que se describen con caracteres más grandes, o incluso pintados con minio u otro color exquisito. 2. Las homilías mencionadas, que antes se leían como de un solo y continuo aliento, sin cláusulas asignadas para pausar, las hemos dividido en varias secciones, añadiendo tantos números. En las notas al pie y al final, hemos procurado explicar cualquier cosa más oscura que requiriera explicación; donde también hemos mostrado las variantes de lectura, y si se ha hecho alguna modificación de algún momento en el texto (lo cual ocurrió muy a menudo), hemos indicado los códices manuscritos que hemos utilizado para hacer la corrección. Enumerar todos los lugares que hemos corregido o restaurado sería demasiado extenso; sin embargo, designaremos algunos de las primeras homilías, para que de ellos se entienda no solo la utilidad sino la necesidad de la nueva edición. Lib. I, hom. 2, n. 17, "de quo mox," etc.; hom. 3, n. 5, "non tenuiter amatur." Y n. 18, "cum pes mentis," etc.; hom. 4, n. 3, "et si simul," etc.; hom. 5, n. 2, "vitae mortalis," etc. Y n. 7, "Verbum itinerantibus," etc.; hom. 6, n. 8, "quid ergo mentes auditorum," etc. Y n. 13, "ligno autem," etc. También n. 18, "et humus ejus," etc., donde los Editados tienen "et fumus ejus." Ibid., Gussanv., "in pice ardentem," por "in picem ardentem." Finalmente, n. 19, "terribilis quaedam." Todos los editores habían corrompido este lugar leyendo "terribilis quidem." Disimulamos muchas corrupciones similares de los editores, para llegar a una notable, que se encuentra en hom. 8, n. 24, en la que ciertamente la fe en la divinidad de Cristo está en peligro, como se hará evidente en la nota a este lugar. No tomaremos más de las homilías restantes del primer libro. De hecho, del segundo libro notaremos un solo lugar, a saber, de hom. 1, antes 13, n. 3, "et lunam sanctam Ecclesiam"; donde en Gussanv., "et unam sanctam Ecclesiam." De estos pocos se entiende fácilmente cuánto necesitaban los demás de corrección; y esta la proporcionaron los códices manuscritos que aquí enumeraremos.

X. Y en primer lugar, debe mencionarse el antiquísimo Códice Corbiense, ahora de la biblioteca de San Germán de los Prados, numerado 161, escrito con letras merovingias, que se cree que supera la época de Carlomagno, e incluso del rey Pipino, ya que en sus tiempos estos caracteres antiguos cedieron a los romanos. Este código contiene el primer libro de homilías. Se designará con el nombre de C. Germanensis, para distinguirlo de otro código Corbiense antiquísimo, y de otros dos Germanenses, a los cuales asignamos el lugar con los manuscritos.

El quinto es un código insigne de la Iglesia de Laon, de gran antigüedad, que contiene solo el segundo libro.

El sexto lugar se debe al Gemeticense de setecientos años, que abarca ambos libros en su totalidad.

Se cree que fueron escritos alrededor del siglo XI, o al menos al inicio del XII, el libro de la Iglesia de Évreux, de Utica, o del monasterio de San Ebrulfo; de Sées, es decir, del monasterio de San Martín, de Bec, de Lyre, y del monasterio de Nuestra Señora del Buen

Anuncio de Ruan; en estos manuscritos se encuentran todas las homilias mencionadas, si exceptuamos algunas hojas borradas o arrancadas del ejemplar de Ruan. Todos estos c6dices difieren poco entre s3. El de Utica proporciona muy a menudo muchas lecturas, ya sea escritas con la misma mano, o con otra diferente pero antigua.

De la biblioteca del c6lebre monasterio de San Juan en Soissons obtuvimos un c6dice de excelente calidad, al cual tambi3n revisamos todas esas homilias, as3 como a otros dos, uno de Longpont, de la orden del C3ster, y otro de Valle Clara de la misma orden.

Finalmente, obtuvimos las lecturas divergentes de los c6dices anglicanos de Thomas James, quien las hizo de dominio p6blico junto con las dem3s relacionadas con las obras de Gregorio, como ya hemos advertido. "En la comparaci3n de Ezequiel," dice James, "cuatro c6dices manuscritos me fueron de ayuda," que luego enumera, a saber, dos de la biblioteca del colegio Merton, uno de la biblioteca Bodleiana, y otro de la biblioteca del colegio Balliol.

Adem3s de las colaciones de tantos c6dices, tambi3n utilizamos el auxilio de las antiguas ediciones de Par3s de 1502 y otra de 1518, de Gilot, del Vaticano, y finalmente de la m3s reciente de Gussanville.

XI. En los c6dices de Soissons, Laon y Longpont, se encontraron muchas cosas pertinentes a la homilia 9 del segundo libro, antes 21; que, como no se leen en ninguna edici3n ni en otros manuscritos al menos conocidos por nosotros, fue un escr3pulo insertarlas en el texto. Sin embargo, como no difieren de la fraseolog3a de Gregorio, decidimos consignarlas aqu3; pues no podr3an f3cilmente contenerse en las breves notas a3adidas al pie de las columnas.

Num. 1 de la homilia mencionada, a estas palabras: "Nunc ergo cum duae mensae describuntur," se a3ade en los c6dices mencionados: "Et rursus in exteriore vestibulo quatuor mensae esse perhibentur, aperte jam circa interiorem portam duo vestibula esse memorantur; inter quae, ut diximus, porta Aquilonis interior staret. Porta itaque interior in interiori vestibulo binas per latera mensas habere descripta est, atque in exteriori similiter binas. Quatuor autem hinc et quatuor inde mensae octo pariter fiunt, dum per latera singula binae in vestibulo interiori et binae hinc et inde in exteriori esse describuntur. His itaque, etc., usque ad ignorantia non angustat," donde termina el num. 1, como en las ediciones, a las que se a3aden estas en los manuscritos: "Dum enim una porta, id est interior, inter duo vestibula esse describitur, tacite etiam porta exterior ad mentem reducitur, intra quam vestibulum ante portam interiorem esse perhibetur. Non jam ergo nobis de una, sed de utraque tractandum est. Possunt, etc." Desde estas palabras en el num. 4, "quae pergit ad Aquilonem," los c6dices manuscritos tienen: "Dum enim ascensum nominat, portam Aquilonis interiorem designat, per quam sanctam Ecclesiam ac testamentum novum praediximus figurari; quae habuit latus exterius Synagogam, ex qua in Deo et Domino nostro Jesu Christo fides inchoavit. Et vere intelligentiae ostium in sancta Ecclesia fidelis populus invenit, quae ad Aquilonem pergere dicitur, quia multitudinem credentium de torpore frigoris et iniquitatis ex gentilitate colligit. Habet ergo porta interior latus exterius, id est sancta Ecclesia Synagogam; habet ostium, id est coelestis regni intelligentiam; et pergit ad Aquilonem, quia peccatores quosque non despicit, sed eos recipiendo ad poenitentiam misericorditer attendit. Dicatur autem quatuor mensae hinc, et quatuor mensae inde per latera portae; dum enim fides et vita, 1172 patientia atque benignitas in interiori intellectu custoditur, porta nostra quatuor in interiori vestibulo mensas habet, in qua dum ex priori parte prioris temporis doctrinam legis et prophetias aspicimus, atque in carnali populo circumcisionis et sacrificii, quae fuerint ligamenta pensamus, mensae quoque quatuor, quasi ex alio latere forinsecus in vestibulo monstrantur. Quae, etc., ut in Editis."

En el código de Longpont, después de estas palabras, "misericorditer attendit," sigue: "Dicatur recte, quae pergit ad Aquilonem. In exteriori enim custodia litterae lex data tenebatur. Ostium vero portae est ipse historicus intellectus legis, qui ad Domini timorem ducit. Quae porta ad Aquilonem pergere dicitur, quia lex eadem sub timore minarum frigida Judaici populi corda constrinxit, quasi enim per calorem ille populus curreret, si praecepta dominica ex amore servasset; sed quia sub timore mortis propositae litteram custodivit, quasi in torpore frigoris remansit; inde novis populis aeterna praemia amanti, non autem temporalia tormenta timentibus, atque jam calentes dicitur: Non enim accepistis Spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis Spiritum adoptionis filiorum; in quo clamamus, Abba pater. Dicatur autem: Quatuor mensae hinc, etc."

Estas cosas son ciertamente o gregorianas, o muy similares a las gregorianas. La omisión del primer contexto, "et rursus," etc., en otros códigos manuscritos, fue probablemente causada por la repetición inmediata de la palabra "describuntur" en pocas líneas. Al omitir el primer "describuntur" junto con lo que sigue, el amanuense descuidadamente dirigió sus ojos al segundo, y no a los superiores. Tememos decir más, no sea que el tiempo que podría emplearse más útilmente en leer y consultar continuamente a Gregorio se desperdicie en vano en leer nuestras pequeñas escrituras.

SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, LIBROS DOS DE HOMILÍAS SOBRE EL PROFETA EZEQUIEL. (C)

LIBRO PRIMERO.

1173 Prefacio.

Al queridísimo hermano, Mariano obispo, Gregorio obispo, siervo de los siervos de Dios.

Las homilias que sobre el bienaventurado profeta Ezequiel fueron recogidas tal como las pronunciaba ante el pueblo, las había dejado en el olvido debido a las muchas preocupaciones que me asaltaban. Pero después de ocho años, a petición de los hermanos, me esforcé por buscar las notas de los notarios, y, recorriéndolas con la ayuda del Señor, las corregí en cuanto me fue posible dentro de las angustias de las tribulaciones. Tu dilección, por tanto, había pedido que se le enviaran para leerlas, pero creí muy inconveniente que quien se sabe que bebe continuamente de los profundos y claros torrentes de los bienaventurados Padres Ambrosio y Agustín, bebiera agua despreciable. Pero al reflexionar que a menudo entre las delicias cotidianas incluso los alimentos más humildes saben agradablemente, envié lo menor al lector de lo mejor, para que mientras se toma el alimento más grosero como por fastidio, se regrese con más avidez a los manjares más sutiles.

HOMILÍA PRIMERA. El santo Doctor, al exponer al profeta, prefiere sobre los tiempos y modos de la profecía.

1. Con la inspiración del Dios omnipotente para hablar sobre el profeta Ezequiel, primero debo explicar los tiempos y modos de la profecía, para que, al mostrar su acceso, se conozca mejor su virtud. Los tiempos de la profecía son tres: pasado, presente y futuro. Pero es necesario saber que en dos de estos tiempos la profecía pierde su etimología. Porque, dado que se llama profecía porque predice el futuro, cuando habla del pasado o del presente, pierde la razón de su nombre, ya que no revela lo que está por venir, sino que recuerda lo que ha pasado o lo que es. Sin embargo, hablamos más verdaderamente de estos tres tiempos de la

profecía si los mostramos con testimonios de la Sagrada Escritura. La profecía sobre el futuro es: "He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo" (Isaías VII, 14). La profecía sobre el pasado: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Génesis I, 1). Pues habló del tiempo en que el hombre no existía. La profecía sobre el presente es cuando el apóstol Pablo dice: "Si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, es convencido por todos, es juzgado por todos; porque los secretos de su corazón se hacen manifiestos, y así, postrándose sobre su rostro, adorará a Dios, proclamando que verdaderamente Dios está entre vosotros" (I Cor. XIV, 24). Por lo tanto, cuando se dice: "Los secretos de su corazón se hacen manifiestos", se muestra claramente que a través de este modo de profecía el espíritu no predice lo que está por venir, sino que muestra lo que es. ¿De qué manera, entonces, se llama espíritu de profecía, que no indica nada futuro, sino que narra lo presente? En esto se debe observar que correctamente se llama profecía, no porque predice lo venidero, sino porque revela lo oculto. Pues cualquier cosa, así como el tiempo la sustrae de nuestros ojos en el futuro, así la causa la sustrae de nuestros ojos en el presente. Porque la cosa futura se oculta en el tiempo futuro, pero el pensamiento presente se esconde en el corazón latente. También hay profecía presente cuando cualquier cosa no se oculta por el ánimo, sino por el lugar ausente, que sin embargo se desnuda por el espíritu. Y allí el ánimo del profeta está presente, donde el cuerpo no está presente. Pues Giezi se había alejado mucho del profeta cuando Naaman el sirio recibía regalos, a quien el mismo profeta dice: "¿No estaba mi corazón presente cuando el hombre volvió de su carro a tu encuentro?" (IV Reyes V, 26).

2. También se debe saber que los tiempos de la profecía se armonizan entre sí para la prueba, de modo que a veces se prueban los futuros por los pasados, y a veces los pasados por los futuros. Pues Moisés había dicho: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Génesis I, 1). Pero, ¿quién creería que decía la verdad sobre el pasado, si no hubiera dicho también algo sobre el futuro? Pues al final del mismo libro, en cuyo comienzo había dicho aquello sobre el pasado, mezcló algo de profecía sobre lo venidero por la voz de Jacob, diciendo: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones" (Génesis XLIX, 10). También él mismo profetizó al pueblo sobre el mismo que había de ser enviado, diciendo: "El Señor tu Dios te levantará un profeta de entre tus hermanos, como yo; a él oiréis. Y sucederá que cualquiera que no oiga a ese profeta, será exterminado de su pueblo" (Deut. XVIII, 15). ¿Por qué, entonces, mezcló lo venidero con lo pasado, sino para que, cuando se cumplieran las cosas que predijo sobre el futuro, mostrara también que había dicho la verdad sobre el pasado?

3. Así que, habiendo demostrado cómo se prueban los pasados por la profecía de los futuros, queda ahora mostrar con las sagradas escrituras cómo en el mismo espíritu de profecía se prueban los futuros por los pasados. Ciertamente, el rey de Babilonia, habiendo tenido un sueño (Dan. II, 2), envió a los magos y adivinos, y convocó a todos los sabios de Babilonia, y no solo les pidió la interpretación del sueño, sino también el sueño mismo, para que, de alguna manera, al conocer el pasado, pudiera tener certeza de lo que en sus respuestas sería cierto sobre el futuro. Y cuando no pudieron decir nada, Daniel fue llevado al medio, quien, requerido sobre la interpretación del sueño y su narración, no solo respondió lo que se le preguntó, sino que replicó el origen mismo del sueño, diciendo: "Tú, oh rey, comenzaste a pensar en tu lecho qué sucedería después de esto" (Ibid., 29). Y poco después: "Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran estatua" (Ibid., 31), y lo demás. Tan pronto como dijo el orden de ese sueño, reveló todo lo que seguiría de él en el futuro. Consideremos, pues, el orden de la profecía. Vino de los pensamientos al sueño, del sueño llegó a los futuros. Quien, por así decirlo, sacó la raíz misma del sueño, ciertamente probó por los pasados cuán verdaderas eran las cosas que decía sobre los futuros. Sin embargo, la profecía del tiempo presente no

necesita la atestación del pasado ni del futuro, porque cuando una cosa oculta se descubre por las palabras de la profecía, la cosa misma que se muestra atestigua su verdad.

4. Por lo tanto, habiendo tratado sobre los tiempos de la profecía, queda que discutamos algo sobre sus modos y cualidades. Pues el espíritu de la profecía no siempre toca el ánimo del profeta de la misma manera. A veces, el espíritu de la profecía toca el ánimo del profeta desde el presente, y de ninguna manera desde el futuro; a veces lo toca desde el futuro, y no desde el presente. A veces, sin embargo, toca desde el presente y desde el futuro; a veces, el ánimo del profeta es tocado desde el pasado, desde el presente y desde el futuro al mismo tiempo. A veces, el espíritu de la profecía toca desde el pasado, y no toca desde el futuro; a veces, sin embargo, toca desde el futuro, y no toca desde el pasado. A veces, en el presente toca en parte, y en parte no toca; a veces, en el futuro toca en parte, y en parte no toca. Pero estas mismas cosas, si podemos, mostremos con testimonios de la Sagrada Escritura en el orden en que fueron mencionadas.

5. Pues el espíritu de la profecía toca el ánimo del profeta desde el presente, y no lo toca desde el futuro, como cuando Juan el Bautista, viendo venir al Señor, dice: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). Pero cuando ya estaba por morir, envió a sus discípulos a preguntar: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" (Mateo XI, 3). En estas palabras se muestra que sabía que el Redentor había venido a la tierra, pero dudaba si él mismo descendería para abrir las puertas del infierno. Pues había sido tocado por el espíritu de la profecía desde el presente, quien, viendo la humanidad del Mediador y entendiendo su divinidad, confesaba al Cordero que quitaría los pecados del mundo; pero no había sido tocado desde el futuro, porque no sabía de su descenso al infierno.

6. A veces, sin embargo, el espíritu de la profecía toca el ánimo del profeta desde el futuro, y no lo toca desde el presente, como claramente lo testifica la historia del libro del Génesis, cuando Isaac envió a su hijo Esaú a cazar (Génesis XXVII, 3, ss.), a quien Rebeca puso en lugar de su hijo menor para recibir la bendición, quien, vestido con pieles de cabrito, fingió ser el cuerpo de su hermano al tacto paterno. A quien él, el padre, dio la bendición como si fuera el mayor, y le anunció lo que le sucedería en el futuro lejano; pero no pudo saber quién estaba realmente ante él. Por lo tanto, el espíritu de la profecía tocó el ánimo del profeta desde el futuro, y no lo tocó desde el presente, cuando el padre, con los ojos nublados, predijo lo venidero y no conocía al hijo presente.

7. A veces, el ánimo del profeta es tocado desde el presente y desde el futuro al mismo tiempo, lo cual se nos enseña claramente en el mismo libro del Génesis (Génesis XLVIII). Pues está escrito que cuando Jacob se acercaba al final de su vida, hizo que los dos hijos de José se presentaran ante él, para que pudieran recibir, a través de su bendición, lo que les sucedería en el futuro lejano, colocando al mayor a su derecha y al menor a su izquierda (Ibid., 10). Y aunque él, con los ojos nublados por la vejez, no podía discernir con la vista humana quién era el mayor y quién el menor, cruzando los brazos, puso su mano derecha sobre el menor y su izquierda sobre el mayor. Cuando su hijo quiso corregirlo, diciendo: "No es así, padre, porque este es el primogénito", escuchó: "Lo sé, hijo mío, lo sé: también él será un pueblo, y será multiplicado, pero su hermano menor será mayor que él" (Ibid., 18, 19). Por lo tanto, el espíritu de la profecía tocó el ánimo del profeta desde el presente y desde el futuro al mismo tiempo, cuando Jacob anunciaba lo venidero y discernía por el espíritu a aquellos que no podía ver con los ojos corporales. Así, el espíritu de la profecía tocó el ánimo del profeta Ahías desde el presente y desde el futuro, cuando, con los ojos nublados, reconoció a la esposa de Jeroboam, que pretendía ser otra, y le reveló lo que le sucedería, diciendo: "Entra, esposa de Jeroboam, ¿por qué finges ser otra? Yo he sido enviado a ti con un mensaje

duro. Ve y di a Jeroboam: Así dice el Señor Dios de Israel: Porque has hecho el mal sobre todos los que fueron antes de ti, y te has hecho dioses ajenos y fundidos, para provocarme a ira, y me has arrojado detrás de tu cuerpo, por eso yo traeré el mal sobre la casa de Jeroboam" (III Reyes XIV, 6). Pues el ánimo del profeta fue tocado desde el presente y desde el futuro al mismo tiempo, quien pudo reconocer a la que entraba y anunciarle lo venidero.

8. A veces, sin embargo, el ánimo del profeta es tocado desde el pasado, desde el presente y desde el futuro al mismo tiempo, como cuando Isabel, viendo venir a María, reconoció que llevaba en su vientre al Verbo encarnado, y ya la llamó madre de su Señor, diciendo: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lucas I, 43). Sobre cuya concepción también se dice al ángel a José: "Porque lo que en ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es" (Mateo I, 20). Isabel dijo: "Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirán las cosas que le fueron dichas por el Señor" (Lucas I, 45). Pues al decir: "Bienaventurada la que creyó", indica claramente que conoció por el espíritu las palabras del ángel dichas a María; y al añadir: "Se cumplirán las cosas que le fueron dichas por el Señor", previó también lo que le seguiría en el futuro. Por lo tanto, fue tocada por el espíritu de la profecía desde el pasado, el presente y el futuro al mismo tiempo, quien conoció que ella había creído en las promesas del ángel, y al llamarla madre, entendió que llevaba en su vientre al Redentor del género humano; y al predecir que todo se cumpliría, vio también lo que seguiría en el futuro.

9. A veces, sin embargo, el espíritu de la profecía toca el ánimo desde el pasado, y no lo toca desde el futuro, como se muestra claramente en el apóstol Pablo, quien dice a los discípulos: "Os hago saber, hermanos, el Evangelio que fue anunciado por mí, que no es según hombre; porque yo no lo recibí de hombre, ni lo aprendí, sino por revelación de Jesucristo" (Gálatas I, 11). Por lo cual también dice a otros discípulos: "Según revelación me fue dado a conocer el misterio" (Efesios III, 3). Sin embargo, este mismo Evangelio que conoció por revelación, cuando subía a Jerusalén para predicar, dice: "He aquí, yo voy a Jerusalén atado en espíritu, sin saber lo que allí me sucederá" (Hechos XX, 22). Pues este es el misterio del Evangelio, que el Unigénito del Padre se encarnó y se hizo hombre perfecto, que fue crucificado, muerto y sepultado, resucitó al tercer día; y al cuadragésimo día ascendió al cielo, y se sienta a la derecha del Padre. Quien, por lo tanto, conoció el Evangelio por revelación, fue tocado por el espíritu de la profecía desde el pasado; pero como ignoraba lo que iba a sufrir por el mismo Evangelio, sin duda no fue tocado desde el futuro. Pues así dice: "Excepto que el Espíritu Santo me da testimonio en cada ciudad, diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones en Jerusalén" (Ibid., 23), mostrando claramente que las cosas que le iban a suceder le fueron reveladas a otros sobre él, pero no a él mismo sobre sí, como se dice de él por Agabo: "Al hombre de quien es este cinturón, así lo atarán en Jerusalén" (Hechos XXI, 11).

10. A veces, sin embargo, el espíritu de la profecía toca desde el futuro, y no toca desde el pasado; como está escrito sobre el hecho de Eliseo, que cuando uno de los hijos de los profetas estaba cortando madera, el hierro del hacha cayó al agua, y él exclamó: "¡Ay, señor mío, y esto mismo lo había tomado prestado!" Pero el hombre de Dios dijo: "¿Dónde cayó?" Y él le mostró el lugar. Entonces cortó un palo, y lo echó allí, y el hierro flotó (IV Reyes VI, 5). En este hecho del profeta se reconoce que quien pregunta dónde había caído sabía lo que iba a hacer; pero sin embargo, al preguntar, es evidente que ignoraba dónde había caído el hierro. Por lo tanto, el espíritu de la profecía había tocado la mente de Eliseo desde el futuro, pero no lo tocaba desde el pasado, quien pudo saber que el hierro sumergido en las profundidades sería devuelto a la superficie; pero no sabía dónde había caído.

11. A veces, sin embargo, el espíritu de la profecía en el presente toca en parte, y en parte no toca. Lo cual lo testifica la historia del apóstol Pedro, cuando los soldados enviados por

Cornelio le fueron anunciados por el espíritu; pues está escrito: "Y el espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan. A los cuales él descendió, y preguntando dijo: ¿Cuál es la causa por la que habéis venido?" (Hechos X, 20). En cuyas palabras se muestra que no había oído por el espíritu la misma causa que preguntaba a los soldados. Por lo tanto, en el presente el espíritu tocó en parte la mente de Pedro, y en parte no la tocó, quien dijo que los soldados estaban presentes, pero no dijo por qué causa habían venido.

12. A veces, el espíritu de la profecía en el futuro toca en parte, y en parte no toca; como los hijos de los profetas dicen a Eliseo sobre la partida de Elías: "¿Sabes que hoy el Señor tomará a tu señor de sobre ti?" (IV Reyes II, 3, 5). Sin embargo, cuando fue llevado, se dispersaron por diferentes lugares, y lo buscaron en las rocas y valles. Por lo tanto, el espíritu de la profecía tocó en parte su mente desde el futuro, y en parte no la tocaba, cuando buscaban a quien sabían que sería llevado, pero no encontrado. Fueron tocados en parte, y en parte no tocados, porque sabían que podía ser llevado, pero no sabían que no podía ser encontrado. El mismo Eliseo también fue tocado en parte por el espíritu de la profecía desde el futuro, y en parte no tocado, cuando dijo al rey de Israel: "Golpea la tierra con la flecha". Y cuando golpeó tres veces y se detuvo, el hombre de Dios se enojó contra él, y dijo: "Si hubieras golpeado cinco, o seis, o siete veces, habrías derrotado a Siria hasta su destrucción; ahora, sin embargo, la golpearás tres veces" (IV Reyes XIII, 18, 19). Quien, por lo tanto, sabía que golpearía a Siria tantas veces como golpearía la tierra; pero cuando le dijo: "Golpea la tierra", ignoraba cuántas veces la golpearía (pues se enojó porque la tierra fue golpeada solo tres veces), ciertamente se demuestra que fue tocado en parte desde el futuro, y en parte no tocado, quien predijo que Siria sería golpeada, pero deseaba que la tierra fuera golpeada más veces. Así, cuando Samuel fue enviado por el Señor para ungir a David, respondió: "¿Cómo iré? Pues Saúl lo oírás y me matará" (I Samuel XVI, 2). Quien ungió a David, pero no fue asesinado por Saúl. Por lo tanto, el ánimo del profeta fue tocado en parte desde el futuro, y en parte no tocado, quien sabía que David sería ungido en el reino, pero ignoraba que no sería asesinado por Saúl.

13. También se debe saber que algunos profetas son tocados de cerca, y de lejos no son tocados; otros, sin embargo, son tocados de lejos, y no son tocados de cerca; otros, sin embargo, son tocados por el espíritu de la profecía tanto de lejos como de cerca. Pues algunos son tocados de cerca, y no de lejos, como Samuel sabía que las asnas se habían perdido, y anunció que habían sido encontradas, y predijo que Saúl sería rey (I Samuel IX, 15, 20); también anunció que David lo sucedería en su reino, pero no predijo que sería el padre del Rey eterno (I Samuel XVI, 12). Algunos, sin embargo, son tocados de lejos, y no son tocados de cerca, como el mismo David sabía que el Unigénito de Dios se encarnaría, diciendo de Judea: "Hombre ha nacido en ella, y el Altísimo la ha fundado" (Salmo LXXXVI, 5). Y entendió que ascendería a los cielos y se sentaría a la derecha del Padre, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha" (Salmo CIX, 1). Y sin embargo, no previó muchas cosas que sucedieron de cerca. Para hablar de pocas entre muchas, no entendió al siervo de Mefiboset que le mentía contra su señor (II Samuel XVI, 3, 4); y prometiendo a Amasa, dice: "Así me haga Dios, y así añada, si no eres jefe del ejército ante mí todo el tiempo en lugar de Joab" (Ibid. XIX, 13), ignorando lo que seguiría, porque Amasa no solo no asumiría el liderazgo del ejército en lugar de Joab, sino que también perdería la vida por Joab poco después (Ibid., XX, 10). Y cuando quiso construir un templo para Dios, sin saber lo que seguiría de cerca, consultó a otro profeta (Ibid. VII, 3).

14. Algunos son tocados desde lejos y otros desde cerca, como Isaías, que predice el futuro desde lejos, diciendo: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será

Emmanuel" (Isaías VII, 14). De quien nuevamente dice: "Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; y el principado está sobre su hombro, y su nombre será Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz. Su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin" (Ibid. IX, 6). También, tocado por el espíritu de profecía, predijo de cerca sobre el rey Ezequías, que se levantaría de su enfermedad y anunció cuántos años viviría después de su enfermedad (Ibid. XXXVIII, 5).

15. A veces, el espíritu de profecía falta a los profetas, y no siempre está presente en sus mentes, para que cuando no lo tienen, reconozcan que lo tienen como un don cuando lo poseen. Por eso Eliseo, cuando prohibió a su siervo Giezi apartar a la mujer sunamita que lloraba de sus pies, dijo: "Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me lo ha ocultado y no me lo ha revelado" (IV Reyes IV, 27). Así también, cuando Josafat le preguntó sobre el futuro y le faltaba el espíritu de profecía, hizo que trajeran un salmista, para que el espíritu de profecía descendiera sobre él a través de la alabanza de la salmodia y llenara su alma con lo que estaba por venir (Ibid., III, 11, 15). Porque la voz de la salmodia, cuando se realiza con la intención del corazón, prepara un camino al Señor omnipotente hacia el corazón, para que infunda en la mente atenta los misterios de la profecía o la gracia de la compunción. Por eso está escrito: "El sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por el cual le mostraré la salvación de Dios" (Salmo XLIX, 23). Lo que en latín se dice "salvación", en hebreo se dice "Jesús". En el sacrificio de alabanza se hace el camino de la manifestación de Jesús, porque mientras se derrama la compunción a través de la salmodia, se hace un camino en nuestro corazón por el cual se llega a Jesús al final, como él mismo habla de su manifestación, diciendo: "El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). De aquí también está escrito: "Cantad al Señor, cantad salmos a su nombre, haced camino para él que asciende sobre el ocaso, su nombre es el Señor" (Salmo LXVII, 5). Porque él asciende sobre el ocaso, quien venció la muerte resucitando. Cuando le cantamos, hacemos un camino para que venga a nuestro corazón y nos encienda con la gracia de su amor. Pero como el espíritu de profecía no siempre está presente en los profetas, también lo indica el hombre de Dios, quien, enviado contra Samaria, anunció los males que le vendrían (III Reyes XIII); quien, sin embargo, prohibido por el Señor de comer en el camino, fue engañado por la persuasión de un falso profeta (Ibid., XVIII, 19); a quien no habría engañado una palabra engañosa si hubiera tenido presente el espíritu de profecía.

16. También se debe saber que a veces los santos profetas, cuando son consultados, por el gran uso de profetizar, pronuncian algunas cosas de su propio espíritu y creen que las dicen por el espíritu de profecía; pero como son santos, corregidos rápidamente por el Espíritu Santo, escuchan de él lo que es verdadero y se reprenden a sí mismos por haber dicho falsedades. ¿Quién no sabe que el profeta Natán fue un hombre santo? Quien abiertamente reprendió al rey David por su culpa y le anunció lo que le sucedería por la misma culpa; sin embargo, cuando el mismo David le preguntó porque quería construir un templo para Dios, respondió de inmediato: "Todo lo que está en tu corazón, ve y hazlo, porque el Señor está contigo" (II Reyes VII, 3). De lo cual se añade inmediatamente: "Y sucedió aquella noche, y he aquí que la palabra del Señor vino a Natán, diciendo: Ve y habla a mi siervo David. Así dice el Señor Dios: ¿Acaso tú me construirás una casa para habitar? Porque no he habitado en casa desde el día en que saqué a los hijos de Israel de la tierra de Egipto hasta este día" (Ibid. 4). Y poco después: "Cuando se completen tus días y duermas con tus padres, levantaré tu descendencia después de ti, que saldrá de tus entrañas, y estableceré su reino; él edificará una casa para mi nombre" (Ibid. 12, 13). He aquí que el profeta Natán, quien antes había dicho al rey: "Ve y hazlo", después, instruido por el espíritu de profecía, anunció que esto no podría

hacerse, contradiciendo los consejos del rey y sus propias palabras, porque descubrió que lo que había dicho de su propio espíritu era falso.

17. En esto hay una diferencia entre los verdaderos y los falsos profetas, porque los verdaderos profetas, si alguna vez dicen algo por su propio espíritu, lo corrigen rápidamente en las mentes de los oyentes, instruidos por el Espíritu Santo. Pero los falsos profetas anuncian falsedades y, ajenos al Espíritu Santo, persisten en su falsedad.

18. Considerados, por tanto, los tiempos y modos de la profecía, es conveniente observar cómo el Dios omnipotente dispensa las moderaciones de su ira para el progreso de los hombres. El pueblo israelita había pecado contra su Creador, y por eso servía en cautiverio al rey de Babilonia; sin embargo, con él es enviado al cautiverio el profeta Ezequiel (Ezequiel III, 11), a quien la gracia divina había hecho tan aceptable para sí, que por él predijo las cosas futuras y se dignó consolar la mente del pueblo afligido. Consideremos, pues, si podemos, cuán grande es la disposición de la piedad suprema, porque el Señor se enojó con su pueblo, pero de tal manera que no se enojó del todo. Pues si no estuviera enojado, no habría entregado al pueblo al cautiverio; y si estuviera completamente enojado, no habría enviado a sus elegidos al cautiverio con él. Pero la misericordia divina actúa de tal manera que de una misma cosa, de la cual da castigo a los carnales, de ella otorga incremento de virtud a los espirituales. Y mientras purga a aquellos por la tribulación, excita a estos a mayores méritos por la compañía de los que tribulan. Y así se enoja con los injustos, pero de tal manera que consuela sus corazones por la compañía de los justos; para que, si los abandonara por completo, nadie después de las culpas regresara al perdón. Así, al retener, rechaza, y al rechazar, retiene, cuando con aquellos a quienes juzga envía al mismo tiempo a la tribulación a los que ama. ¿Quién puede medir las entrañas de tanta piedad? Porque el Señor no abandona las culpas del pueblo sin venganza, y sin embargo no rechaza completamente al pueblo pecador. Así, cuando Moisés envió doce exploradores a la tierra prometida (Números XIII), de los cuales, cuando diez después desalentaron al pueblo, el mismo pueblo, encendido en la ira de la murmuración, se quejó de haber sido engañado por el Señor, para que sus cadáveres yacieran en el desierto (Ibid., XIV); a quienes el Dios omnipotente, enojado, dijo que ninguno de ellos entraría en la tierra prometida (Ibid.): con este terror compungidos, reconocieron que habían actuado mal, se afligieron en lágrimas, y ceñidos de armas, comenzaron de inmediato a subir contra los enemigos, para que después de las lágrimas pudieran entrar en la tierra prometida (Ibid. 42). A quienes el Señor dice por Moisés: "Diles, no subáis, ni peleéis; porque no estoy con vosotros, para que no caigáis ante vuestros enemigos" (Deut. I, 42). En lo cual se debe considerar, si no estaba con ellos, ¿por qué les prohibía subir para que no cayeran? Pero si estaba con ellos, ¿qué significa que dice: "No estoy con vosotros"? Pero con una maravillosa disposición de disciplina y misericordia, estaba con ellos y no estaba con ellos. No estaba con ellos para que vencieran, pero estaba con ellos para que no perecieran a manos de los enemigos. ¡Oh entrañas inefables de piedad! Persigue las culpas, y sin embargo protege a los pecadores. Se muestra enojado, y sin embargo los defiende de los enemigos. Así, a menudo, una madre se enoja con su hijo pequeño que ha pecado, lo reprende, lo increpa, lo golpea; pero si lo ve caer en un precipicio, donde corre peligro de muerte, extiende la mano y lo retiene, y así como enojada lo había golpeado como si no lo amara, así amándolo lo retiene, como si enojada no lo hubiera golpeado.

19. Hablando de estas cosas solo en el prefacio, hemos hecho un ejercicio de nuestro navío como dentro del puerto, para que al investigar los misterios de la profecía, despleguemos las velas como en la inmensidad del mar. Sin embargo, no lo presumimos en nuestra propia fuerza, sino en aquel que hace elocuentes las lenguas de los niños, porque "el espíritu del

Señor llenó el orbe de la tierra, y lo que contiene todo tiene conocimiento de la voz" (Sabiduría I, 7). Porque el Dios omnipotente es la palabra del Padre omnipotente, y de quien deseamos hablar, en él de ningún modo seremos mudos. El Verbo omnipotente, que por nosotros encarnado vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA II. Los cinco primeros versículos de la profecía de Ezequiel se exponen según el sentido múltiple, especialmente alegórico y moral.

1. El uso de la locución profética es describir primero la persona, el tiempo y el lugar, y luego comenzar a decir los misterios de la profecía, para que, al mostrar más sólidamente la verdad, primero fije la raíz de la historia y luego presente los frutos del espíritu a través de signos y alegrías. Ezequiel, por lo tanto, indica el tiempo de su vida, diciendo:

EZEQUIEL I, 1.---Y sucedió en el año trigésimo, en el cuarto mes, en el quinto día del mes.

Denunciando también el lugar, añade:

IBID.---Cuando estaba en medio de los cautivos junto al río Quebar, se abrieron los cielos y vi visiones de Dios.

Insinúa también el tiempo, añadiendo:

VERS. 2.---En el quinto día del mes, este es el año quinto de la deportación del rey Joaquín.

Para indicar bien la persona, también narra el linaje, cuando se añade:

VERS. 3.---Y vino la palabra del Señor a Ezequiel, hijo de Buzi, sacerdote.

2. Pero surge la primera cuestión de por qué quien aún no había dicho nada comenzó así, diciendo: "Y sucedió en el año trigésimo". Y es que "y" es una conjunción, y sabemos que no se une un discurso subsiguiente a uno precedente si no hay un discurso anterior. ¿Por qué, entonces, quien no había dicho nada dice: "Y sucedió", cuando no hay un discurso al que lo que comienza se una? En esto se debe observar que así como nosotros vemos las cosas corporales, así los profetas perciben las cosas espirituales, y para ellos también están presentes aquellas que a nuestra ignorancia parecen ausentes. De ahí que en la mente de los profetas estén tan unidas las cosas interiores a las exteriores, que vean ambas al mismo tiempo, y en ellos se haga al mismo tiempo tanto la palabra interior que oyen como la exterior que dicen. Por lo tanto, está clara la causa de por qué quien no había dicho nada comenzó diciendo: "Y sucedió en el año trigésimo". Porque unió esta palabra que pronunció exteriormente a aquella palabra que había oído interiormente. Continuó, pues, las palabras que pronunció con la visión interna, y por eso comienza diciendo: "Y sucedió". Añade, pues, esto que comienza a hablar exteriormente, como si también aquello que ve interiormente estuviera fuera.

3. Pero esto que se dice, que en el año trigésimo recibió el espíritu de profecía, nos indica algo que debemos considerar, a saber, que según el uso de la razón, el discurso de la doctrina no se ofrece sino en la edad perfecta. Por eso el mismo Señor, en el año duodécimo de su edad, fue hallado en medio de los doctores en el templo, no enseñando, sino preguntando (Lucas II, 46). Para que los hombres no se atrevieran a predicar en una edad inmadura, aquel que por su divinidad siempre enseña a los ángeles en el cielo, se dignó ser hallado en la tierra preguntando a los hombres en el año duodécimo de su edad. Porque él es la sabiduría de

Dios, de él viven los ángeles viendo lo que se sacian con la bienaventuranza eterna. Lo que también Moisés advierte bajo el misterio de la alegoría, diciendo: "No ararás con el primogénito del buey" (Deut. XV, 19). Entendemos por primogénito del buey la buena obra en la edad inmadura de nuestro primer tiempo. En la cual, sin embargo, no se debe arar, porque cuando son los primeros tiempos de nuestra adolescencia o juventud, aún debemos abstenernos de la predicación, para que el arado de nuestra lengua no se atreva a surcar la tierra del corazón ajeno. Mientras somos débiles, debemos contenernos dentro de nosotros mismos, no sea que al mostrar prematuramente las buenas obras, las perdamos, porque también los arbustos plantados, si no han echado raíces en la tierra, se secan rápidamente al ser tocados por la mano; pero si han echado raíces, la mano los toca y no les hace daño; los vientos los empujan, pero no los dañan. Y las paredes construidas, si son empujadas, se derrumban, a menos que primero se hayan secado de su propia humedad. Por lo tanto, la mente, hasta que no se haya secado completamente de la humedad de su propia maldad, no debe ser tocada por la mano de la lengua ajena, no sea que, antes de recibir completamente, pierda su solidez, no sea que, empujada, caiga, no sea que, como un arbusto sin raíces, al ser sacudida más de lo que puede soportar, se seque. Por lo tanto, no deben mostrarse como ejemplo sino aquellas cosas que son firmes. Primero debe fortalecerse la mente, y luego ser mostrada para utilidad de los prójimos, cuando ya no caiga al ser elevada por la alabanza, ni se marchite al ser golpeada por la crítica. Porque aunque a Timoteo se le dice: "Manda estas cosas y enséñalas; que nadie desprecie tu juventud" (I Tim. IV, 11, 12), se debe saber que en el sagrado discurso a veces la juventud se llama adolescencia. Por eso está escrito: "Alégrate, joven, en tu adolescencia" (Eclesiastés XI, 9). Por lo tanto, el profeta, para que se muestre de qué autoridad es en la predicación, se describe como de edad madura, para que se vea que en él concuerdan todas las cosas que son adecuadas para predicar, tanto en vida como en espíritu.

4. No debe perturbar a nadie que Jeremías (Jer. I, 5) y Daniel (Dan. XIII, 45) recibieran el espíritu de profecía siendo niños, porque los milagros no deben ser tomados como ejemplo de operación. Porque el Dios omnipotente hace elocuentes las lenguas de los niños (Sab. X, 21), y de la boca de los niños y lactantes perfecciona la alabanza (Salmo VIII, 3). Pero una cosa es lo que aprendemos del uso y disciplina de la doctrina, y otra lo que sabemos del milagro.

5. Ahora bien, si se busca que en la misma expresión de esa edad se designe algo místico, no es absurdo que el profeta muestre al Señor, a quien anuncia con palabras, también con el tiempo de su edad. En el año trigésimo de Ezequiel se abrieron los cielos, y vio visiones del Señor junto al río Quebar, porque casi en el año trigésimo de su edad el Señor vino al río Jordán. Allí, pues, se abrieron los cielos, porque el Espíritu descendió en forma de paloma; también se oyó una voz del cielo, diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo III, 17).

6. Pero las mismas palabras hebreas nos ayudan mucho para interpretar el misterio. Porque Quebar se interpreta como gravedad o pesadez; Ezequiel, fortaleza de Dios; Buzi, despreciado o menospreciado; Caldeos, cautivadores, o como demonios. Vino, pues, Ezequiel junto al río Quebar; porque Quebar se dice gravedad o pesadez, ¿qué se designa adecuadamente por el río Quebar, sino el género humano? Que desde su origen fluye hacia la muerte, y es pesado para sí mismo por los pecados que comete y lleva, porque, como está escrito: "La iniquidad se sienta en un talento de plomo" (Zacarías V, 7). Todo pecado es grave, porque no permite que el alma se eleve a lo sublime. Por eso también se dice por el salmista: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado?" (Salmo IV, 3). Está escrito de el Señor: "Porque él es la fortaleza de Dios y la sabiduría de Dios" (I Cor. I, 18). Vino, pues, Ezequiel junto al río Quebar, porque la fortaleza de Dios, por el misterio de

su encarnación, se dignó acercarse al género humano que lleva el peso de sus pecados, que desde su origen fluye diariamente hacia la muerte, como se dice de él por el salmista: "Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas" (Salmo I, 3). Fue plantado junto a corrientes de aguas, porque fue encarnado junto a los lapsos de los pueblos que fluyen. Dijimos que Ezequiel se interpreta como fortaleza de Dios, y Buzi como despreciado. Pero Ezequiel es hijo de Buzi, porque el unigénito de Dios se dignó encarnarse de aquel pueblo que el Señor despreció por la culpa de la infidelidad. La fortaleza de Dios nace, pues, del desprecio o menosprecio, porque nuestro Redentor se dignó asumir la humanidad de un pueblo infiel y despreciado. Vino, pues, a la tierra de los caldeos. Caldeos se interpretan, como dijimos, cautivadores, o como demonios. Porque los inicuos, ya que cometen iniquidades y persuaden a otros a la iniquidad, ciertamente son cautivadores. Que también se interpretan adecuadamente como demonios, porque aquellos que persuaden a otros a la iniquidad, en sí mismos asumen el ministerio de los demonios para la iniquidad, aunque no sean demonios por naturaleza. Vino, pues, la fortaleza de Dios a la tierra de los caldeos, porque el unigénito del Padre apareció entre aquellos que en sí mismos habían caído en el pecado y cautivaban a otros hacia los pecados. Pero el discurso de la exposición vuelva ahora a la persona del profeta.

VERS. 3.---Y la mano del Señor fue sobre él allí.

7. La mano o el brazo del Señor se dice del Hijo, porque por él fueron hechas todas las cosas. De quien también dice el salmista: "Sea tu mano para salvarme" (Salmo CXVIII, 173). La mano de Dios, que por la divinidad no fue hecha, sino engendrada, por la humanidad fue hecha, para sanar las heridas del género humano. Allí, pues, el profeta reconoció la encarnación del unigénito, donde vio que la mano del Señor fue hecha sobre él. Lo que aquí se añade:

VERS. 4.---Y vi, y he aquí que un viento de torbellino venía del norte.

8. Debemos considerar cuál es el orden de la expresión en las palabras del profeta. Pues quien anteriormente había dicho de sí mismo: "Se abrieron los cielos, y vi visiones de Dios", después, como si hablara de otro, añade: "Y la mano del Señor se posó sobre él allí". Y luego, como si volviera a sí mismo, dice: "Y vi, y he aquí que un viento de torbellino venía del norte". ¿Qué significa esto, que a veces Ezequiel habla, y a veces se habla de Ezequiel? Si hablara de sí mismo todo el tiempo, no habría cuestión. Si hablara todo el tiempo como de otro, tampoco habría cuestión. ¿Qué es, entonces, lo que hace que el discurso profético varíe de tal manera que a veces el profeta hable de sí mismo y a veces parezca que otro habla de él? Pero debe saberse que aquellos que están llenos del espíritu de profecía, al hablar a veces abiertamente de sí mismos y a veces de sí mismos como si fueran otros, indican que no es el profeta, sino el Espíritu Santo quien habla a través del profeta. Porque cuando el discurso se hace a través de ellos, ellos hablan de sí mismos; y porque hablan inspirados por el Espíritu Santo, el mismo Espíritu Santo habla de ellos, como atestigua la Verdad que dice: "No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo 10, 20). De aquí también Moisés dice: "Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que habitaban en la tierra" (Números 12, 3). Pues al no decir "Yo era", sino "era", claramente indica que quien hablaba de él a través de él era otro. De aquí Juan dice: "Vio al discípulo a quien amaba Jesús" (Juan 21, 20). Por eso también Pablo, para mostrar que no era él quien hablaba, dijo: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3). Porque en el discurso profético hay uno que preside y otro que obedece, cuando el profeta habla de sí mismo es la persona que obedece, pero cuando el Espíritu Santo habla a través del

profeta sobre el profeta, se muestra la sublimidad del que preside. Por tanto, correctamente se dice como de otro: "Y la mano del Señor se posó sobre él allí"; y de sí mismo añade inmediatamente: "Y vi, y he aquí que un viento de torbellino venía del norte". Ahora, por tanto, debemos examinar qué significa lo que dice: "Y he aquí que un viento de torbellino venía del norte, y una gran nube".

9. Porque el viento del norte aprieta con frío, no es incongruente que el nombre del norte designe la frialdad del espíritu maligno. Lo cual también atestigua el profeta Isaías, quien denuncia que el diablo dijo: "Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte" (Isaías 14, 13). Pues el espíritu maligno ocupó el monte del testimonio, porque sometió a su infidelidad al pueblo judío, que había recibido la ley. Porque cuando ocupa los corazones de los doctores, el diablo preside el monte del testimonio. Y también se sienta en los lados del norte, porque posee las mentes de los hombres frías. Por eso, con la voz del esposo en el Cantar de los Cantares se dice: "Levántate, norte, y ven, austro, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas" (Cantar 4, 16). Pues cuando, por mandato del Señor, el espíritu frío se retira, el espíritu cálido ocupa la mente de los fieles; que sopla en el jardín de Dios, es decir, en la santa Iglesia, para que las virtudes de sus opiniones fluyan como aromas al conocimiento de muchos. Porque al retirarse el norte, es decir, el espíritu maligno, el Espíritu Santo llena la mente como el austro. Y cuando sopla calentando, inmediatamente de los corazones de los fieles fluyen los aromas de las virtudes. Por tanto, el profeta, viendo lo que sucedería al final, vio venir un viento de torbellino del norte, porque al final del siglo el espíritu maligno ocupará más gravemente las mentes de los hombres con el frío de su frialdad. Por eso está escrito: "¡Ay de la tierra y del mar, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!" (Apocalipsis 12, 12). Pues el antiguo adversario ha intensificado más gravemente sus maquinaciones de insidias en las mentes humanas. Contra cuya creciente soberbia se manifestó la humildad del Dios encarnado: y para sanar al género humano de su languidez, entonces apareció el gran poder del médico, cuando creció la enfermedad del enfermo.

10. Bien se llama viento de torbellino la incursión del espíritu maligno. Pues el torbellino sacude y derrumba el edificio que toca. Y toda tentación del antiguo enemigo, que se lleva a cabo en la mente, es un viento de torbellino; porque al sacudirla con deseos, la arranca de su estado de rectitud. Pero dejando de lado lo que vendrá al género humano por parte del astuto enemigo al final, volvamos nuestras palabras solo a Judea, de donde era el profeta y cuya perdición contempla profetizando. Que, con el Señor encarnado, sufrió tanto más gravemente el viento de torbellino del norte, cuanto que, sacudida de su rectitud, cayendo, permaneció en la frialdad de la perfidia por la frialdad de su mente. Por tanto, el viento de torbellino vino del norte, cuando el espíritu maligno sacudió la vida del pueblo judío en tentación. Donde también se añade correctamente:

IBID.---Y una gran nube.

11. Porque cuanto más ardió alguien en crueldad, tanto más mereció ser cegado en la oscuridad de su ignorancia. Pues al Redentor del género humano, a quien esperaban entendiendo en la ley y los profetas, lo negaban al verlo. Por lo cual sucedió que su mente fue cubierta por una gran nube de ignorancia, para que no lo reconocieran después al buscarlo, a quien antes podían anunciar y se negaban a amar. Pues cuando veían sus virtudes y milagros, y luego sus pasiones, en los corazones de los infieles vino una gran nube del norte, porque por el frío de su pecado, debido a la debilidad de su pasión, y entre las señales, se oscurecían. Lo que siguió a esa gran nube de oscuridad se añade, cuando inmediatamente dice:

IBID.---Y fuego envolvente.

12. Pues el nombre de fuego, cuando se dice por significación, a veces designa al Espíritu Santo, y a veces la malicia de la mente. Del buen fuego está escrito: "Fuego vine a traer a la tierra; y ¿qué quiero, sino que arda?" (Lucas 12, 49). Pues el fuego se envía a la tierra cuando, por el ardor del Espíritu Santo, la mente terrena es consumida por sus deseos carnales. Del mal fuego se dice: "Y ahora el fuego consumirá a los adversarios" (Hebreos 10, 27), porque el corazón malvado se consume por su malicia. Así como el fuego del amor eleva la mente, así el fuego de la malicia la envuelve, porque el Espíritu Santo eleva el corazón que llena, y el ardor de la malicia siempre lo inclina hacia abajo. Por tanto, Judea, cegada por la nube de su ignorancia, porque pronto estalló en la maldad de la persecución, fue envuelta por su fuego, que se implicó en la obligación de la maldad por la misma crueldad en la que ardió. El viento de torbellino venía del norte, y una gran nube, y fuego envolvente, porque llevada a la oscuridad de la ignorancia por el frío de su frialdad, estalló hasta la malicia de la persecución. Por eso también se dice a otro profeta: "¿Qué ves tú?" Y él respondió de inmediato: "Veo una olla hirviendo, y su cara desde el norte" (Jeremías 1, 13). Pues la mente de los judíos, enfurecida en la persecución y volviendo las olas de la malicia en la crueldad de sus pensamientos, ¿qué otra cosa fue sino una olla hirviendo? Cuyo rostro se dice que está desde el norte, porque si no se sometiera al espíritu adverso por la frialdad de su mente, no habría ardido en tanta malicia contra los buenos. Por tanto, sigue al fuego envolvente la nube, porque a la ceguera de la mente le siguió la crueldad de la persecución. Pues si hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Corintios 2, 8). Pero este fuego ardió en un lugar y brilló en otro. Pues se añade:

IBID.---Y resplandor alrededor de él.

13. Pues mientras la persecución se lleva a cabo en Judea, la santa predicación de los apóstoles se dispersa por todo el mundo, como ellos mismos dicen: "A vosotros os fue enviado el mensaje de Dios, pero como os juzgasteis indignos, he aquí que vamos a los gentiles" (Hechos 13, 46). De la crueldad de la malicia, que consumió la mente de Judea, Dios todopoderoso esparció luz a las naciones, porque por lo que ella persiguió a su Redentor y a sus miembros, con los santos apóstoles dispersos por diversos lugares, nosotros que estábamos en la oscuridad en el entorno de Judea, vimos el esplendor de la verdadera luz por el don de la gracia celestial. Por eso está escrito: "A los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte, les ha amanecido la luz" (Isaías 9, 2). Por tanto, este fuego de malicia que ardió en los corazones de los judíos en la persecución, antes de que afligiera a los santos apóstoles con su furia, se ejercitó en el mismo autor y redentor del género humano. Por eso también se añade:

IBID.---Y del medio de él como la apariencia de electro, es decir, del medio del fuego.

14. ¿Qué se designa con la apariencia de electro, sino a Cristo Jesús, Mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2, 5)? Pues el electro está compuesto de oro y plata. En el electro, mientras se mezcla el oro y la plata, la plata crece en claridad, pero el oro palidece de su brillo. Aquella crece en claridad, este se temple de su claridad. Porque en el unigénito Hijo de Dios se unió nuestra naturaleza a la naturaleza de la divinidad, en la cual unión la humanidad creció en la gloria de la majestad, pero la divinidad se templó de su poder de brillo a los ojos humanos, por lo que la naturaleza humana se hizo más clara, como si la plata creciera por el oro. Y porque la divinidad se templó de su brillo a nuestros ojos, como si el oro palideciera para nosotros por la plata. Aquella naturaleza inmutable, que permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas, si hubiera querido aparecer tal como es, nos habría incendiado con su

brillo más que renovarnos. Pero Dios templó la claridad de su grandeza a nuestros ojos, para que mientras su claridad se templa para nosotros, también nuestra debilidad, por su semejanza, resplandeciera en su luz, y por la gracia recibida, por así decirlo, cambiara el color de su hábito. Por tanto, como el electro en el fuego es Dios hecho hombre en la persecución. Sigue:

VERS. 5.---Y en medio de él la semejanza de cuatro seres vivientes.

15. Lo que se dice en medio de él, ya sea del electro o del fuego, no impide entenderse, porque estos cuatro seres vivientes, a saber, los santos evangelistas, fueron fortalecidos en la virtud de la fe por la encarnación del mismo Señor, y en el fuego de la persecución fueron afligidos con muchas tribulaciones.

16. Pero si alguien quiere entender lo que hemos dicho del primer advenimiento del Señor también sobre el segundo, debe ser seguido con rápido asentimiento, porque a menudo el espíritu de profecía en una sola cosa que dice contempla muchas a la vez. Pues el viento de torbellino viene del norte, porque ciertamente la causa de los pecados exige que la conmoción del juicio severo perturbe todos los elementos a la vez. Pues el terror de la perturbación final se dice que viene de donde se genera. Porque como el juicio de la perturbación final se lleva a cabo para golpear las frías mentes de los pecadores, correctamente se dice que el viento de torbellino viene del norte. Y esta conmoción se llama adecuadamente viento de torbellino, porque en aquel día los corazones de todos los que entonces se encuentren en carne mortal serán conmovidos con gran temor. Pues cuando comience a cumplirse lo que está escrito: "El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas" (Mateo 24, 29), ¿qué mente habrá de hombre que no tema la sentencia del Juez eterno? Pues allí entonces todos los pecados a la vez vuelven ante los ojos, allí todo lo que se hizo con deleite se recuerda con temor, allí la oscuridad de la miserable cogitación por la pena de la próxima condenación. Por eso se añade: "Y una gran nube". Pues entonces por la memoria de los pecados la mente se deprime con la oscuridad de la ceguera, cuando a los réprobos no se les permite contemplar al unigénito Hijo de Dios en la forma de la divinidad. Pues verán "a quien traspasaron" (Juan 19, 37; Zacarías 12, 10). Y, "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios" (Isaías 26, 10). Donde también se añade claramente: "Y fuego envolvente". Porque ciertamente aquel fuego del juicio, que consumirá el cielo aéreo y la tierra, no permitirá que los pecadores se eleven en su soberbia, sino que los envolverá, a quienes sin duda quebrantará en la pena de su condenación.

17. Y resplandor alrededor de él. Porque como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre (Mateo 24, 27). Donde entonces nadie será permitido ocultarse en su mente del juicio, porque es penetrado por el mismo resplandor del juez. De lo cual se añade inmediatamente: "Y en medio de él como la apariencia de electro, es decir, del medio del fuego". Pues él mismo, presidiendo sobre los ángeles y arcángeles y todas las virtudes, nuestro Redentor, que como en la semejanza de electro permaneció uno en ambas y en cada naturaleza, y permaneció Dios con el Padre, y para nuestra redención se hizo mortal con los hombres, entonces será visto en su terror, y el fuego del juicio le servirá en la venganza de los réprobos. Pues está escrito: "El día del Señor lo declarará porque será revelado en fuego" (1 Corintios 3, 13). De aquí el salmista dice: "Vendrá nuestro Dios manifiesto, y no callará; fuego arderá delante de él, y alrededor de él habrá una fuerte tempestad" (Salmo 50, 3). De aquí el apóstol Pedro dice: "Vendrá el día del Señor como ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se disolverán con ardor de fuego" (2 Pedro 3, 10). Y porque entonces todos los santos que han dejado perfectamente el mundo vendrán como jueces, adecuadamente se añade:

18. Y en medio de él la semejanza de cuatro seres vivientes. Pues ¿qué se significa por los cuatro seres vivientes, sino los cuatro evangelistas? Y no sin razón por los evangelistas se expresa el número de todos los perfectos, porque todos los que ahora son perfectos en la Iglesia han aprendido la rectitud de su perfección por su Evangelio. Pues en medio de él la semejanza de cuatro seres vivientes, porque entonces unidos a su cuerpo, unidos a su majestad, y hechos jueces con él, serán vistos, quienes ahora han seguido las obras perfectas según los preceptos evangélicos. De aquí es que se dice a los mismos santos apóstoles: "Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo 19, 28). De aquí Isaías dice: "El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo" (Isaías 3, 14). De aquí Salomón habla de la Iglesia, diciendo: "Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra" (Proverbios 31, 23). Habiendo pasado brevemente por estas cosas, continuando con el orden del primer advenimiento, como hemos comenzado, volvamos a las personas de los evangelistas en la exposición. Sigue:

VERS. 5.---Y este es su aspecto, semejanza de hombre en ellos.

19. Poco después, cuando estos santos animales se describen con imágenes distintas, de modo que uno se asemeja al hombre, otro al león, otro al becerro y otro al águila, ¿qué significa que en este lugar se diga de todos juntos: "La semejanza del hombre en ellos"? Pero, ¿quién es el hombre descrito aquí, sino aquel de quien está escrito: "El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición de hombre" (Filip. II, 6)? Estos animales, para poder elevarse a la virtud de la santidad, tienden a la semejanza de este hombre. No serían santos si no tuvieran la semejanza de este hombre, porque todo lo que hay en ellos de entrañas de piedad, de mansedumbre de espíritu, de celo por la rectitud, de custodia de la humildad, de fervor de caridad, lo han tomado de la misma fuente de misericordia, de la misma raíz de mansedumbre, de la misma virtud de justicia, es decir, del Mediador entre Dios y los hombres, el Señor Dios. El insigne predicador muestra que tiene la semejanza de este hombre, diciendo: "Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo" (I Cor. IV, 16). Nos exhorta a elevarnos a su semejanza cuando dice: "El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo, celestial. Así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que descendió del cielo" (I Cor. XV, 47). Cada santo es llevado a la semejanza de este hombre en la medida en que imita la vida de su Redentor. Pues apartarse de sus mandamientos y obras, ¿qué es sino alejarse de la semejanza? Los santos predicadores lamentan la vida de los pecadores; pero de nuestra cabeza está escrito que lloró sobre Jerusalén (Luc. XIX, 41). Se alegran de las buenas acciones de sus súbditos y aman a los que obran rectamente; pero de nuestro Redentor está escrito que cuando un joven dijo: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud" (Mat. XIX, 20), lo amó más. Los santos predicadores soportan las injurias recibidas y no devuelven ninguna injuria; pero cuando a nuestro Redentor le dijeron: "Tienes demonio" (Juan VIII, 48), no devolvió la injuria, sino que respondió mansamente, diciendo: "Yo no tengo demonio" (Ibid., 49). Los santos predicadores arden con celo por la rectitud; pero el Redentor de todos, habiendo hecho un látigo de cuerdas, echó del templo a los que vendían y compraban, volcó las mesas de los que vendían palomas y derramó el dinero de los cambistas (Mat. XXI, 12; Juan II, 15). En todo lo que hacen con fortaleza, guardan la humildad con toda intención; pero por nuestro Redentor se dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mat. XI, 29). Los santos predicadores también aman a sus perseguidores; pero él,

autor de todo y redentor en su pasión, intercede por sus perseguidores, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. XXIII, 34). Ponen sus miembros en la pasión por sus hermanos; pero por la vida de los elegidos, el autor de la vida se entregó hasta la muerte. Por tanto, se dice de los santos animales que la semejanza del hombre está en ellos, porque lo que es santo y admirable en ellos es de la especie de la semejanza, es decir, de la virtud de la imitación. Pues nuestro Redentor es la cabeza de todos nosotros. Y por Salomón se dice: "Los ojos del sabio están en su cabeza, pero el necio camina en tinieblas" (Ecl. II, 14). Entonces tenemos los ojos en la cabeza cuando contemplamos en silencio la vida de nuestro Redentor, cuando toda nuestra intención se eleva a su imitación, para que si el ojo de la mente descuida mirar los caminos de la luz, inmediatamente caiga cerrado en las tinieblas del error. El Profeta se apresuraba a elevarse a la semejanza de este hombre cuando decía: "En tus mandamientos meditaré, y consideraré tus caminos" (Sal. CXVIII, 15). Porque quien considera en silencio los caminos del Señor en su mente y se apresura a ejercitarse en sus mandamientos, ¿qué otra cosa hace en sí mismo sino reformar la imagen del nuevo hombre? Y porque esto se realiza incesantemente en los corazones de los santos, se dice correctamente ahora de los animales: "La semejanza del hombre en ellos".

20. Después de esta semejanza que ahora se mantiene en las costumbres, alguna vez se llega a la semejanza de la gloria. De esto dice Juan: "Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él" (I Juan III, 2). Y añade de inmediato cómo esto puede suceder, diciendo: "Porque le veremos tal como es" (Ibid.). Ser de Dios es permanecer eternamente así e inmutable. Pues todo lo que cambia deja de ser lo que era y comienza a ser lo que no era; pero ser de Dios es no ser nunca de manera diferente. Por eso se dice a Moisés: "Yo soy el que soy. Y dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros" (Éxodo III, 14). También dice Santiago: "En quien no hay mudanza, ni sombra de variación" (Sant. I, 17). Por tanto, se dice por Juan: "Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es", porque al contemplar la esencia de su naturaleza, liberados de nuestra mutabilidad, seremos fijados en la eternidad. Seremos transformados en aquel a quien veremos, porque al ver la vida, careceremos de muerte. Transcenderemos nuestra mutabilidad al ver al inmutable. No seremos retenidos por ninguna corrupción al ver al incorruptible.

21. Entonces habrá también semejanza del hombre en nuestros cuerpos. De esto dice Pablo: "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea semejante al cuerpo de su gloria" (Filip. III, 20). Entonces los cuerpos de los elegidos serán conformados a la gloria del cuerpo del Señor, que aunque no tienen la igualdad de su gloria por naturaleza, tendrán sin embargo la semejanza de su configuración por gracia. Porque así como la semejanza de su vida ahora se refleja en las costumbres de los elegidos, y en la resurrección sigue la semejanza de la eternidad en la mente, porque le veremos tal como es; y porque también nuestros cuerpos percibirán su semejanza en la configuración, se dice correctamente de los santos animales: "La semejanza del hombre en ellos".

Baste que hayamos anticipado esto en el inicio de la exposición, para que la fuerza de hablar, renovada por el silencio, se levante más robusta para investigar los misterios que siguen. Estamos seguros de que tenemos como ayudador a aquel de quien hablamos, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA III. Se exponen cuatro versos, del sexto al décimo, sobre los santos predicadores y su doble vida, activa y contemplativa.

1. Los cuatro santos animales que se prevén en el futuro por el espíritu de profecía se describen con una narración sutil cuando se dice:

EZEQUIEL I, 6.---Cuatro caras tenía cada uno, y cuatro alas cada uno.

¿Qué se expresa por la cara sino el conocimiento, y qué por las alas sino el vuelo? Por la cara, en efecto, cada uno es conocido, y por las alas los cuerpos de las aves se elevan en lo alto. La cara, por tanto, se refiere a la fe, y el ala a la contemplación. Porque por la fe somos conocidos por el Dios omnipotente, como él mismo dice de sus ovejas: "Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (Juan X, 14). Y nuevamente: "Yo sé a quiénes he elegido" (Juan XIII, 18). Por la contemplación, sin embargo, porque nos elevamos sobre nosotros mismos, como si fuéramos levantados en el aire. Por tanto, hay cuatro caras en uno, porque si preguntas qué piensa Mateo sobre la encarnación del Señor, ciertamente piensa lo mismo que Marcos, Lucas y Juan. Si preguntas qué piensa Juan, sin duda lo mismo que Lucas, Marcos y Mateo. Si preguntas qué piensa Marcos, lo mismo que Mateo, Juan y Lucas. Si preguntas qué piensa Lucas, lo mismo que Juan, Mateo y Marcos. Por tanto, hay cuatro caras en uno, porque el conocimiento de la fe, por el cual son conocidos por Dios, es el mismo en uno que en los cuatro juntos. Porque lo que encuentres en uno, lo reconoces correctamente en los cuatro juntos.

2. Y cuatro alas en uno, porque todos proclaman unánimemente al Hijo del Dios omnipotente, nuestro Señor Jesucristo, y elevando los ojos de la mente a su divinidad, vuelan con el ala de la contemplación. Por tanto, las caras de los evangelistas se refieren a la humanidad del Señor, y las alas a la divinidad, porque en aquel a quien ven corporalmente, fijan sus caras. Pero mientras anuncian que es incircunscripto e incorpóreo por su divinidad, por el ala de la contemplación se elevan como en el aire. Porque así como hay una fe en su encarnación en todos, y una contemplación igual de su divinidad en cada uno, se dice correctamente ahora: "Cuatro caras en uno, y cuatro alas en uno". Pero, ¿qué virtud habría si, teniendo la fe y la contemplación del Señor, los predicadores no tuvieran obras santas? Sigue:

VERS. 7.---Y sus pies eran pies rectos.

3. ¿Qué se designa por los pies sino los pasos de las acciones? Por tanto, se describe que los pies de los cuatro animales son rectos, porque las obras de los santos evangelistas y de todos los perfectos no están torcidas para seguir la iniquidad. Pero no tienen pies rectos aquellos que se vuelven hacia los males del mundo que han dejado. De los cuales está escrito: "El perro vuelve a su vómito, y la cerda lavada a revolcarse en el lodo" (Prov. XXVI, 11; II Ped. II, 22). El insigne doctor lamentaba de algunos que habían torcido la rectitud de sus pies hacia atrás, a quienes decía con reproche: "¿Cómo os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales queréis volver a servir? Observáis días, y meses, y tiempos, y años. Temo por vosotros, que quizá haya trabajado en vano con vosotros" (Gál. IV, 9). Quien también amonesta a otros, diciendo: "Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies" (Heb. XII, 12). Para que en estos mismos santos predicadores se mostrara la gravedad de la vida, la fortaleza y la discreción, se añade correctamente:

IBID.---La planta de sus pies era como la planta del pie de un becerro.

4. Porque el apóstol Pablo enseña que los santos predicadores son designados con el nombre de bueyes, exponiendo el testimonio de la ley: "No pondrás bozal al buey que trilla" (I Cor. IX, 9; Deut. XXV, 4). En los santos predicadores, la planta del pie es de becerro, es decir,

madura al andar, fuerte y dividida, porque cada predicador tiene veneración en la madurez, fortaleza en la obra y división de la pezuña en la discreción. Pues su predicación no es fácilmente aceptada si parece ser ligera en las costumbres. Y no habrá manifestación de madurez si no hay fortaleza de obra contra todas las adversidades. El mérito de la virtud admite la fortaleza de la obra, si no es discreta en el entendimiento. Pues leemos la Sagrada Escritura: si todo lo entendemos literalmente, perdemos la virtud de la discreción; si todo lo llevamos a la alegoría espiritual, igualmente nos atamos a la necedad de la indiscreción. Porque los santos predicadores leen las sagradas palabras, y a veces aceptan la letra en la historia, y a veces buscan el espíritu a través del significado de la letra. Y a veces imitan las buenas acciones de los padres precedentes, tal como las encuentran según la letra; y a veces entienden espiritualmente ciertas cosas que no deben ser imitadas según la historia, y tienden al progreso. ¿Qué otra cosa hacen los santos predicadores en su obra sino dividir la pezuña en su pie? De los cuales se añade adecuadamente:

IBID.---Y chispas como el aspecto de bronce candente.

5. El metal del bronce es muy sonoro. Y correctamente las voces de los predicadores se comparan con el bronce, porque "por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5). Pero se dice bien que el bronce es candente, porque la vida de los predicadores suena y arde. Arde en deseo, suena en palabra. Por tanto, la predicación encendida es bronce candente. Pero del bronce candente salen chispas, porque de sus exhortaciones proceden palabras ardientes a los oídos de los oyentes. Y correctamente las palabras de los predicadores se llaman chispas, porque aquellos a quienes tocan en el corazón, los encienden. También se debe considerar que las chispas son muy sutiles y tenues, porque cuando los santos predicadores hablan de la patria celestial, no pueden abrir tanto con la palabra como pueden arder en deseo. Por tanto, de su lengua vienen a nosotros como ciertas chispas, porque de la patria celestial en su voz apenas se conoce algo tenue, que sin embargo no es amado tenuemente por ellos. Pues no pueden ver la gloria celestial tanto como es, ni hablar tanto como ven. Por tanto, el bronce candente lanza chispas cuando el predicador apenas puede hablar tenuemente de aquello en lo que él mismo arde fuertemente. Sin embargo, por la divina piedad se actúa para que de esas mismas chispas muy tenues el alma del oyente se inflame, porque hay algunos que, al escuchar poco, se llenan de mayor deseo; y de ahí arden perfectamente en el amor de Dios, de donde apenas recibieron tenues chispas de palabras.

6. Porque la palabra de la predicación es semilla en el corazón del oyente. Y el buen oyente produce después una gran cosecha de conocimiento de donde antes había recibido una pequeña semilla de la lengua. A este hecho se ajusta bien el milagro realizado por el profeta Eliseo en la viuda, quien, para no perder a sus dos hijos por el acreedor que se los llevaba, obedeció las palabras del profeta, y de lo poco que tenía de aceite, lo vertió en vasijas vacías, que todas se llenaron hasta el borde, y por la llenura de ellas, la mujer fue liberada de la deuda de su acreedor (IV Reyes IV, 2, ss.). Esta viuda, ¿a quién más representa sino a la santa Iglesia, madre de dos pueblos, es decir, el judío y el gentil, como dos hijos? Que primero, por la obra perversa, había recibido como una moneda de pecado del astuto espíritu acreedor, y temía perder a los dos hijos que había engendrado en la fe. Pero obedeciendo las palabras del profeta, es decir, los preceptos de la Sagrada Escritura, vertió de lo poco que tenía de aceite en las vasijas vacías, porque cuando de la boca de un solo doctor las mentes vacías de muchos escuchan algo pequeño del amor de la Divinidad, con la gracia abundante, se llenan hasta el borde con el ungüento del amor divino. Y ahora los corazones de muchos, que antes eran vasijas vacías, están llenos del ungüento del espíritu, que parecían ser infundidos solo de

la escasez de aceite. Lo cual, cuando se da a otros y es recibido por los oyentes, la mujer de Sarepta, es decir, la santa Iglesia, ya no está bajo la deuda de su acreedor. Sigue:

VERS. 8.---Y manos de hombre bajo sus alas en sus cuatro lados.

7. En este lugar, las cuatro partes pueden entenderse como las cuatro regiones del mundo, a saber, Oriente, Occidente, Sur y Norte, porque la predicación de los santos, con la ayuda de Dios, ha salido a todas las partes del mundo.

8. También podemos entender por las cuatro partes principales las cuatro virtudes de las que surgen las demás virtudes, a saber, la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza. Estas virtudes las recibimos verdaderamente cuando guardamos su orden. La primera es la prudencia, la segunda la fortaleza, la tercera la justicia, la cuarta la templanza. Pues, ¿de qué sirve la prudencia si falta la fortaleza? Porque saber lo que no se puede hacer es más una pena que una virtud. Pero quien prudentemente entiende lo que debe hacer, y lo hace con fortaleza, ya sin duda es justo; pero su justicia debe ser seguida por la templanza, porque a menudo la justicia, si no tiene medida, cae en crueldad. Por tanto, la justicia es verdaderamente justicia cuando se modera con el freno de la templanza, para que en el celo en el que uno arde, también sea templado; no sea que si arde más, pierda la justicia, cuyo moderado no sabe guardar.

9. Hay dos vidas de los santos predicadores, la activa y la contemplativa; pero la activa es anterior en el tiempo a la contemplativa, porque se tiende al contemplación desde la buena obra. Sin embargo, la contemplativa es mayor en mérito que la activa, porque esta trabaja en el uso de la obra presente, mientras que aquella ya degusta la futura paz con un sabor íntimo. ¿Qué se significa, pues, por las manos sino la vida activa, y qué por las alas sino la vida contemplativa? Por tanto, la mano del hombre está bajo sus alas, es decir, la virtud de la obra bajo el vuelo de la contemplación. Esto lo representan bien en el Evangelio aquellas dos mujeres, Marta y María. Marta estaba ocupada en mucho servicio; pero María se sentaba a los pies del Señor y escuchaba su palabra (Luc. X, 39, 40). Una estaba atenta a la obra, la otra a la contemplación. Una servía a la vida activa por el ministerio exterior, la otra a la contemplativa por la suspensión del corazón en la palabra. Y aunque la activa es buena, la contemplativa es mejor, porque aquella cesa con la vida mortal, pero esta crece más plenamente en la vida inmortal. Por eso se dice: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada" (Ibid., 42). Porque la activa es menor en mérito que la contemplativa, se dice correctamente ahora: "La mano del hombre bajo sus alas". Pues aunque por la activa hacemos algo bueno, volamos al deseo celestial por la contemplativa. Por eso, en Moisés, la servidumbre activa se llama servidumbre, pero la contemplativa se llama libertad.

10. Y puesto que ambas vidas son un don de la gracia, mientras vivimos entre nuestros prójimos, una es necesaria para nosotros, la otra es voluntaria. ¿Quién, conociendo a Dios, entra en su reino sin antes obrar bien? Sin la vida contemplativa, pueden entrar en la patria celestial aquellos que no descuidan hacer el bien que pueden; pero sin la vida activa, no pueden entrar si descuidan hacer el bien que pueden. Por lo tanto, aquella es necesaria, esta es voluntaria. Aquella es servidumbre, esta es libertad. Por eso se dice a Moisés: Si compras un siervo hebreo, te servirá seis años, en el séptimo saldrá libre sin pagar nada. Con la misma vestidura con la que entró, con ella saldrá. Si tiene esposa, también su esposa saldrá con él. Pero si su señor le da una esposa y ella le da hijos e hijas, la mujer y sus hijos serán de su señor, pero él saldrá con su vestidura. Pero si el siervo dice: Amo a mi señor, a mi esposa y a mis hijos, no saldré libre, su señor lo llevará ante los dioses, lo acercará a la puerta y al

marco, le perforará la oreja con un punzón, y será su siervo para siempre (Éxodo XXI, 2 y siguientes). Hemos dado un testimonio un poco más extenso para mostrar la distinción entre servidumbre y libertad en ambas vidas. Pero no debe ser oneroso si al exponerlo afirmamos lo que hemos dicho.

11. Hebreo se interpreta como "el que pasa". Y se compra un siervo hebreo cuando cada uno que ya ha pasado de este mundo con su mente se somete al servicio del Señor omnipotente. Pues aquel que desea servir al verdadero Dios, ha aprendido a pasar de este mundo con su mente. Así pasó Moisés para ver la visión (Éxodo III, 3). Así David, cuando vio al impío exaltado y elevado sobre los cedros del Líbano, pasó, y he aquí que no estaba (Salmo LXVI, 35). Porque creemos que los poderes de los inicuos son algo grande, a menos que pasemos con la mente al mundo permanente. El siervo hebreo comprado debe servir seis años, para que en el séptimo salga libre sin pagar nada. ¿Qué se designa por el número seis sino la perfección de la vida activa? ¿Y qué se expresa por el número siete sino la vida contemplativa? Sirve, pues, seis años y en el séptimo sale libre, quien a través de la vida activa que ha exhibido perfectamente, pasa a la libertad de la vida contemplativa. Y es de notar que sale libre sin pagar nada, porque aquellos que después de haber hecho todo dicen que son siervos inútiles (Lucas XVII, 10), sin duda, así como la vida activa fue un don, también la contemplativa será por gracia. Con la misma vestidura con la que entró, con ella saldrá, porque es absolutamente necesario que cada uno de nosotros persevere en lo que comienza, y permanezca hasta el final de la obra con la intención con la que comenzó. Aquel que bien pasa a la contemplativa, es quien en la vida activa no ha cambiado la vestidura de su intención por algo peor. Y hay algunos que antes de unirse al servicio del Dios omnipotente en santa conversación, ya aman hacer el bien. Pero hay otros que aprenden a hacer buenas obras después de haber venido al servicio del Dios omnipotente. Quien, por tanto, se esforzó por tener buenas obras incluso antes de venir al servicio de Dios, es un siervo hebreo comprado con esposa.

12. Y a menudo, quien es así puede pasar a la vida contemplativa y, sin embargo, no abandonar la activa. Por eso se añade: Si tiene esposa, también su esposa saldrá con él. Pues con él sale a la libertad también su esposa, cuando aquel que ha llegado a la contemplación no abandona la acción de buenas obras con la que puede beneficiar a otros. Pero si el Señor le da una esposa y ella le da hijos e hijas, la mujer y sus hijos serán de su señor, pero él saldrá con su vestidura. El señor da una esposa al siervo comprado, cuando un predicador une a aquel que ha entregado al dominio del Dios omnipotente con la buena acción. Pues también los predicadores son llamados señores, como se dice de Eliseo el profeta respecto a su predicador: Sabes que tu señor será quitado de ti (2 Reyes II, 3). La esposa del siervo comprado da a luz hijos e hijas, cuando la buena acción genera frutos fuertes o tiernos. Pero la mujer que fue dada por el señor permanece con el señor junto con los hijos, pero el siervo sale con su vestidura, porque la buena acción, o los frutos de esa buena acción, se consideran la recompensa del predicador. Pero él, perseverando en la intención de su deseo, sale libre por la gracia suprema hacia la contemplación: Pero si el siervo dice: Amo a mi señor, a mi esposa y a mis hijos; no saldré libre (Éxodo XXI, 5). El siervo ama a su señor cuando guarda las palabras del predicador con mente solícita. Amando también a su esposa e hijos, se niega a salir libre, cuando amando la vida activa y sus frutos, no quiere pasar a la contemplativa, porque considerando que tiene buenas obras en el servicio de su ministerio, se niega a retirarse a la tranquilidad de la libertad. Pero su señor lo llevará ante los dioses, y lo acercará a la puerta y al marco, y le perforará la oreja con un punzón, para que sea su siervo para siempre. Aquel que ha dispuesto perseverar en la vida activa es ofrecido por el señor a los dioses, cuando es instruido por su predicador en las palabras de los antiguos padres, que

fueron sacerdotes para nosotros en el camino del Señor omnipotente. Y es llevado a la puerta y al marco del tabernáculo, para que escuche algo más elevado sobre la entrada a la morada celestial, y reconozca sutilmente el día del juicio temible, para que no desee agradar a los hombres por las buenas obras que hace. Así, su oreja es perforada con un punzón, mientras su mente es golpeada por la sutileza del temor de Dios, para que, traspasada por la agudeza de la palabra, sepa que en todo lo que hace debe siempre atender a la entrada del reino, y como si llevara la oreja perforada desde la puerta y el marco del tabernáculo.

13. Será siervo para siempre, para que después del tiempo pueda ser libre. Pues es siervo para siempre quien ha dispuesto servir a los hombres a través de la vida activa, para que después de este tiempo pueda llegar a la verdadera libertad. De la cual se dice por Pablo: Porque también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Entonces habrá verdadera libertad en nosotros, cuando nuestra adopción llegue a la gloria de los hijos de Dios. Ahora bien, no solo la vida activa está en servidumbre, sino también la misma contemplación, que nos arrebató por encima de nosotros, aún no obtiene perfectamente la libertad de la mente, sino que la imita, porque esa paz interior se ve en enigma. Sin embargo, en cualquier angustia de contemplación que esté, la vida activa ya es mucho más amplia y sublime, que pasa a una cierta libertad de la mente, no pensando en lo temporal, sino en lo eterno. Porque la vida contemplativa vuela hacia lo superior, y está muy por encima de la vida activa en una cierta, por así decirlo, dignidad de su seguridad, se dice apropiadamente ahora: Y la mano del hombre estaba bajo sus alas.

14. Pero si en este lugar se toma al hombre como nuestro Redentor, la mano del hombre está bajo sus alas, porque si Dios no se hubiera hecho hombre, quien elevó las mentes de los predicadores a las cosas celestiales, esos animales que aparecen no volarían. Y no sin razón se dice que la mano del hombre está bajo las alas, porque de nuestro mismo Redentor está escrito: Quien siendo el resplandor de su gloria, y la imagen de su sustancia, y sosteniendo todas las cosas (Hebreos I, 3). Su mano, por tanto, sostiene nuestros corazones, su mano nos eleva en la contemplación. Pues si, como se ha dicho, el Verbo omnipotente no se hubiera hecho hombre por los hombres, los corazones humanos no volarían para contemplar la excelencia del Verbo. Por eso las mentes de los hombres fueron elevadas, porque Dios apareció humilde entre los hombres. Por tanto, se diga de los santos animales, se diga: Y la mano del hombre estaba bajo sus alas. De los cuales aún se añade:

VERS. 8, 9.---Y tenían caras y alas por cuatro lados, y sus alas estaban unidas una a otra.

15. Tienen caras y alas por cuatro lados, porque en todas las regiones del mundo los predicadores muestran lo que sienten sobre la humanidad, lo que sienten sobre la divinidad de nuestro Redentor. Porque mientras predicán a Dios encarnado en todas partes, muestran su rostro en las cuatro partes del mundo. Y mientras anuncian que es uno con el Padre y el Espíritu Santo, vuelan en todas partes con el ala de la contemplación. Sus alas están unidas una a otra, porque toda su virtud, toda su sabiduría, con la que trascienden a otros hombres en el vuelo de su contemplación, se une mutuamente en paz y unanimidad. Por eso está escrito: La sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, luego pacífica (Santiago III, 17). Por eso la Verdad dice a sus mismos predicadores: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos IX, 49). Por tanto, el ala de los animales está unida una a otra, porque la virtud y la sabiduría de los santos predicadores se asocian mutuamente en la paz de la caridad y la concordia. Pero el ala de uno estaría separada del otro, si en lo que cada uno vuela hacia la sabiduría, se negara a tener paz con el otro. Sigue:

VERS. 9.---No se volvían cuando avanzaban, sino que cada uno avanzaba de frente.

16. Los animales alados, es decir, los santos predicadores, cuando avanzan, no se vuelven, porque así pasan de los actos terrenales a los espirituales, que no se vuelven de ninguna manera a lo que han dejado. Pues para ellos avanzar es ir siempre con la mente hacia lo mejor. En cambio, de los reprobos se dice que se volvieron de corazón a Egipto (Números XIV, 3, 4). Y la Verdad misma dice: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Lucas IX, 62). Poner la mano en el arado es como abrir la tierra de su corazón con el arado de la compunción para producir frutos. Pero mira hacia atrás después del arado, quien después de comenzar una buena obra, vuelve a los males que dejó. Lo cual, porque no les sucede a los elegidos de Dios, se dice ahora correctamente por el profeta: No se volvían cuando avanzaban.

17. Indica por qué no se vuelven cuando añade: Cada uno avanzaba de frente. Pues delante de nosotros están las cosas eternas, detrás de nosotros las temporales, porque avanzando encontramos aquellas, y retrocediendo dejamos estas como detrás de nosotros. Por eso aquel gran animal alado que había volado hasta los secretos del tercer cielo decía: Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta del supremo llamamiento (Filipenses III, 13, 14). Pues extendido hacia lo que está delante, había olvidado lo que estaba detrás, porque despreciando lo temporal, solo buscaba lo eterno. Por tanto, los santos animales avanzan de frente, porque no miran ya con ningún deseo lo que han dejado, y en las cosas eternas que desean, ponen el pie de la buena obra bajo los ojos de su contemplación.

18. Por tanto, cualquiera que ya haya decidido avanzar de frente, debe considerar con gran atención que se mira hacia atrás de una manera en la obra, y de otra en el pensamiento. Pues hay algunos que deliberan grandes cosas, y conscientes de sus pecados, planean distribuir mucho de lo que poseen a los necesitados, para redimir sus culpas ante los ojos de Dios con las entrañas de la misericordia. Y ya comienzan a hacer esto, y a menudo cuando lo hacen, el temor a la pobreza sacude su ánimo, y temiendo carecer, se vuelven tacaños con los necesitados, y se suspenden de la buena obra que habían comenzado. Estos, sin duda, avanzando se han vuelto, porque no quisieron avanzar de frente. Contra ellos se dice correctamente por Salomón: Por el frío el perezoso no quiere arar, mendigará, pues, en el verano, y no se le dará (Proverbios XX, 4). Pues quien ahora por temor y pereza de mente descuida obrar bien, cuando el sol de justicia brille en el juicio como en el verano, mendigará la vida, pero no la recibirá, porque por ella despreció obrar bien. Otro, despreciando los deseos de la carne, planea dejarlo todo y someterse al servicio del Dios omnipotente, y deliberar restringirse bajo el freno de la continencia y la castidad; pero cuando ve que otros han caído incluso después de la castidad, teme hacer lo que había deliberado. Y así sucede que retrocede en el pensamiento, quien mirando hacia adelante ya iba con los pasos de la mente hacia lo alto. De quien se dice bien por Salomón: El que observa el viento, no sembrará; y el que considera las nubes, nunca segará (Eclesiastés XI, 4). Pues por el nombre de viento se expresa el espíritu maligno, que impulsa la mente con tentaciones; y por el nombre de nube se expresa al pecador, que es movido por el impulso de la tentación. Quien, pues, teme las tentaciones del espíritu maligno, y ve las caídas de los inicuos, se desespera de sí mismo, y ni ahora se ejercita en la buena semilla de la obra, ni después se saciará del don de la justa retribución. Pero hay algunos que, aunque hacen el bien que conocen, y deliberan cosas mejores; pero retractando las mejores que habían deliberado, cambian; y aunque hacen el bien que habían comenzado, sucumben a las mejores que habían deliberado. Estos, sin duda, parecen estar de pie en la obra ante los juicios humanos, pero ante los ojos del Dios omnipotente han caído en la deliberación. Por lo cual sucede a menudo que incluso su buena obra agrada menos a Dios, porque cuando el pie de la mente se pone inconstante en el mejor

grado de deliberación, la misma inconstancia de pensamiento lo acusa. Pero porque los perfectos se contemplan a sí mismos con gran sutileza de discreción, para no caer nunca en lo peor ni en la obra ni en el pensamiento, consideran incesantemente cuánto progresan cada día, se dice correctamente de ellos: No se volvían cuando avanzaban, sino que cada uno avanzaba de frente.

19. Entre estas cosas, por tanto, es conveniente considerar quiénes somos para tratar estas cosas, y de dónde venimos, y hasta qué misterios del sagrado discurso somos elevados a investigar. Ciertamente en nuestros antiguos padres fuimos adoradores de ídolos, pero he aquí que por el espíritu de gracia ya investigamos palabras celestiales. ¿De dónde nos viene esto? Pero el Redentor del género humano cumplió lo que dijo por el profeta: Y los desiertos convertidos en fertilidad serán comidos por los extranjeros (Isaías V, 17). Pues estas palabras de los profetas fueron desiertos entre los judíos, porque no quisieron cultivarlas investigando a través del entendimiento místico. Pero para nosotros se han convertido en fertilidad, porque según la historia de la visión dichas palabras, por la gracia de Dios, nos saben espiritualmente, y ya los extranjeros comemos lo que los ciudadanos de la ley no quisieron comer. Sean gracias al Unigénito, sea alabanza a la Sabiduría eterna, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV. En la explicación de los versículos décimo, undécimo y duodécimo comenzados, se proponen muchos preceptos morales, especialmente sobre la continua intención hacia Dios y la atención a uno mismo.

1. Por el santo espíritu de profecía se describen sutilmente los animales alados, para que por ellos se nos revele que se significan las personas de los Evangelistas, y la misma sutileza de la descripción no deje nada de duda a nuestro entendimiento. He aquí que se dice:

VERS. 10.---La semejanza de sus rostros era la de un hombre, y la de un león a la derecha de los cuatro; la de un buey a la izquierda de los cuatro; y la de un águila sobre los cuatro.

Pues que estos cuatro animales alados designan a los cuatro santos Evangelistas, lo atestiguan los mismos comienzos de cada libro evangélico. Pues porque comenzó con la generación humana, justamente Mateo es representado por el hombre; porque comenzó con el clamor en el desierto, correctamente Marcos es designado por el león; porque comenzó con el sacrificio, bien Lucas es representado por el buey; porque comenzó con la divinidad del Verbo, dignamente Juan es significado por el águila, quien diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1), mientras se dirige a la misma sustancia de la Divinidad, como un águila fijó sus ojos en el sol. Pero porque todos los elegidos son miembros de nuestro Redentor, y nuestro Redentor es la cabeza de todos los elegidos, por lo que sus miembros están figurados, no hay obstáculo para que también él mismo sea señalado en todos estos. Pues el mismo Hijo unigénito de Dios verdaderamente se hizo hombre; él en el sacrificio de nuestra redención se dignó morir como un buey: él por el poder de su fortaleza resucitó como un león. También se dice que el león duerme con los ojos abiertos, porque en la misma muerte en la que nuestro Redentor pudo dormir por su humanidad, permaneció vigilante por su divinidad inmortal. También él, después de su resurrección, ascendiendo a los cielos, fue elevado en las alturas como un águila. Por tanto, todo es para nosotros a la vez, quien al nacer se hizo hombre, al morir buey, al resucitar león, y al ascender a los cielos águila. Pero porque por estos animales ya hemos dicho anteriormente que se significan los cuatro evangelistas, y bajo su figura también todos los perfectos (Hom. 3), resta que mostremos cómo cada uno de los elegidos es expresado por estas visiones de animales.

2. Todo elegido y perfecto en el camino de Dios es a la vez hombre, becerro, león y águila. El hombre es un ser racional. El becerro suele ser sacrificado. El león es una bestia fuerte, como está escrito: "El león, el más fuerte de las bestias, no teme el encuentro con nadie" (Prov. XXX, 30). El águila vuela a las alturas y mira los rayos del sol sin parpadear. Así, quien es perfecto en razón es hombre. Y porque se mortifica a sí mismo del placer de este mundo, es becerro. Porque con su mortificación voluntaria tiene fortaleza y seguridad contra todas las adversidades, como está escrito: "El justo es confiado como un león, sin temor" (Prov. XXVIII, 1), es león. Y porque contempla de manera sublime las cosas celestiales y eternas, es águila. Por lo tanto, ya que cada justo es hombre por la razón, becerro por el sacrificio de su mortificación, león por la fortaleza de su seguridad, y águila por la contemplación, cada perfecto puede ser correctamente señalado por estos santos animales. Decimos esto para demostrar que lo dicho sobre los cuatro animales también se refiere a cada uno de los perfectos.

3. Pero surge una gran cuestión sobre estos evangelistas y santos predicadores: ¿por qué se dice que el hombre y el león están a la derecha de los cuatro, mientras que el becerro está a la izquierda? No es sin admiración que se dice que esos dos están a la derecha y este a la izquierda. Y nuevamente, debemos preguntar por qué el águila no está a la derecha o a la izquierda, sino sobre los cuatro. Nos hemos planteado dos cuestiones que debemos resolver con la ayuda del Señor. Se dice que el hombre y el león están a la derecha, y el becerro a la izquierda. A la derecha tenemos lo alegre, y a la izquierda lo triste. Por eso decimos que algo es siniestro cuando lo consideramos adverso. Y, como hemos dicho antes, la encarnación se representa por el hombre, la pasión por el becerro, y la resurrección de nuestro autor por el león. Todos los elegidos se alegraron por la encarnación del Hijo unigénito, por la cual fuimos redimidos; pero los primeros santos apóstoles se entristecieron por su muerte, y nuevamente se alegraron por su resurrección. Por lo tanto, ya que su nacimiento y resurrección trajeron alegría a los discípulos, quienes fueron entristecidos por su pasión, se describe que el hombre y el león estaban a su derecha, y el becerro a su izquierda. Los mismos santos evangelistas se alegraron por su humanidad, fueron confirmados por su resurrección, y se entristecieron por su pasión. Así, el hombre y el león están a su derecha, porque la encarnación de nuestro Redentor les dio vida, y su resurrección los confirmó. Pero el becerro está a la izquierda, porque su muerte los derribó en la infidelidad por un momento. Con razón se describe que el lugar del águila no está al lado, sino sobre ellos, porque ya sea que signifique su ascensión o porque anuncia que el Verbo del Padre está con el Padre, supera a los otros evangelistas en virtud de la contemplación; aunque con ellos habla de su Deidad, la contempla más sutilmente que todos. Pero si el águila, junto con los otros tres, se menciona como uno de los cuatro animales, es sorprendente cómo se describe que está sobre ellos, a menos que Juan, al ver el Verbo en el principio, también se haya elevado sobre sí mismo. Porque si no se hubiera elevado sobre sí mismo, no habría visto el Verbo en el principio (Juan I, 1). Así que, habiéndose elevado sobre sí mismo, no solo está sobre los tres, sino que, al unirse a sí mismo, está sobre los cuatro. Sigue:

VERS. 11.---Y sus rostros y sus alas estaban extendidas hacia arriba.

4. Se describen sus rostros y alas extendidas hacia arriba, porque toda intención y contemplación de los santos se dirige hacia lo alto, para poder alcanzar aquello que desean en los cielos. Ya sea que se dediquen a una buena obra o a la contemplación, lo que hacen es verdaderamente bueno cuando desean agradar a aquel de quien proviene. Porque quien parece hacer el bien, pero desea agradar a los hombres y no a Dios, inclina el rostro de su

intención hacia abajo. Y quien contempla en la sagrada escritura las cosas divinas para ocuparse en cuestiones, no para saciarse con la dulzura de la bienaventuranza buscada, sino para parecer sabio, ciertamente no extiende las alas de su entendimiento hacia arriba; pero como ocupa la vigilancia de su mente en deseos terrenales, deposita en lo bajo las alas que podría haber elevado y con las que podría haberse elevado. En esto debemos considerar que todo bien que se haga debe elevarse siempre hacia lo celestial por la intención. Porque quien, por las buenas obras que hace, desea la gloria terrenal, inclina sus alas y su rostro hacia abajo. Por eso, a través del profeta se dice de algunos: "Llevaban las víctimas al abismo" (Oseas V, 2). ¿Qué son las lágrimas de la oración sino las víctimas de nuestra ofrenda? como está escrito: "El sacrificio a Dios es un espíritu contrito" (Salmo L, 19). Y hay algunos que se afligen en la oración con lamentos para adquirir bienes terrenales o para parecer santos ante los hombres. ¿Qué hacen estos sino llevar las víctimas al abismo? Porque al buscar lo que está en lo bajo, depositan el sacrificio de su oración hacia abajo. Pero los elegidos, que desean agradar a Dios Todopoderoso en la buena obra y, por la gracia de la contemplación, desean ya saborear la bienaventuranza eterna, extienden sus rostros y alas hacia arriba. Sigue:

IBID.---Dos alas de cada uno estaban unidas, y dos cubrían sus cuerpos.

5. Se había dicho: "Y sus rostros y alas estaban extendidas hacia arriba", y luego se añadió lo que hemos mencionado, que "dos alas de cada uno estaban unidas". Donde se entiende claramente que estaban extendidas hacia arriba y unidas, y dos cubrían sus cuerpos. ¿Qué son las alas de los animales sino las plumas? En esto debemos investigar diligentemente cuáles son las cuatro alas de los santos, de las cuales dos se extienden hacia arriba y se unen, y dos cubren sus cuerpos. Si miramos atentamente, encontramos que hay cuatro virtudes que elevan a todo ser alado de los actos terrenales: en el futuro, el amor y la esperanza; de lo pasado, el temor y la penitencia. Las alas unidas se extienden hacia arriba, porque el amor y la esperanza elevan la mente de los santos hacia lo alto. También se dice que están unidas, porque los elegidos sin duda aman las cosas celestiales que esperan, y esperan lo que aman. Dos cubren los cuerpos, porque el temor y la penitencia ocultan sus males pasados de los ojos de Dios Todopoderoso. Así, como se ha dicho, dos alas se unen hacia arriba, cuando el amor y la esperanza elevan los corazones de los elegidos hacia lo alto, los suspenden en lo celestial. Pero dos alas cubren los cuerpos, cuando el temor y la penitencia ocultan sus males pasados de la vista del juez eterno. Porque al recordar que han pecado, al temer y llorar, ¿qué hacen sino cubrir el cuerpo? Quienes ocultan los actos carnales con buenas obras superpuestas. Está escrito: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Salmo XXXI, 1). Cubrimos los pecados cuando superponemos buenas obras a los malos actos. Todo lo que se cubre se pone debajo; y lo que lo cubre se lleva por encima. Cuando, por lo tanto, rechazamos los males que hemos hecho y elegimos los bienes que debemos hacer, es como si superpusiéramos una cubierta a aquello que nos avergonzamos de mostrar.

6. Porque aunque los hombres santos estén aún en esta vida, tienen algo que deben cubrir ante los ojos de Dios, porque es imposible que nunca pequen en obra, palabra o pensamiento. Por eso el bienaventurado Job, que había dicho cosas perfectas a los hombres, al escuchar la voz de Dios, y reprendiéndose a sí mismo por su perfecta locución, decía: "Pondré mi mano sobre mi boca" (Job XXXIX, 34). En la mano está la obra, en la boca la locución. Poner la mano sobre la boca es cubrir los pecados de la locución con la virtud de la buena obra. Queridos hermanos, me gustaría llamar al maestro de las naciones como testimonio de esto, y ver cómo ese santo animal se apoya en cuatro alas, de las cuales dos vuelan hacia lo alto, y dos cubren el cuerpo, porque ocultan los males pasados que había hecho. Veamos cuán grande es el amor que lo eleva a lo celestial: "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Filip. I, 21).

Reconozcamos cuánta esperanza lo eleva a lo alto: "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, Jesucristo nuestro Señor" (Ibid., III, 20). Veamos si, incluso en tantas virtudes, aún teme: "Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Cor. IX, 27). Reconozcamos si se arrepiente de los males que ha hecho: "Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (I Cor. XV, 9). En sus palabras, ¿qué otra cosa se acusa sino la dureza de nuestra mente? Porque él llora lo que cometió antes del bautismo, y nosotros, aunque hemos cometido mucho después del bautismo, nos negamos a llorar. Así, los santos animales usan cuatro alas, porque por el amor y la esperanza vuelan a lo celestial, y por el temor y la penitencia lamentan los actos ilícitos en sí mismos.

7. Pero porque se ha dicho: "Dos alas de cada uno estaban unidas", tal vez se entienda que no elevan sus propias alas para unirse, sino que las alas de uno están unidas a las del otro, de modo que las alas elevadas se correspondan mutuamente en la unión. En esto surge una cuestión, porque si las dos alas que elevan representan el amor y la esperanza, y las dos que cubren el cuerpo representan el temor y la penitencia, ¿por qué se dice que las dos alas extendidas están unidas, y no se dice de las dos que cubren el cuerpo? Pero en esto, con la ayuda del Señor, surge una razón fácil, que las dos alas de los santos que están unidas son el amor y la esperanza, y las dos que cubren el cuerpo, el temor y la penitencia, no están unidas entre sí. David, por ejemplo, se aflige temiendo y arrepintiéndose por la caída de la carne (II Sam. XII, 13). Pedro lloró amargamente la caída de la infidelidad (Mat. XXVI, 75). Pablo lamenta en sí mismo la crueldad de la persecución pasada (I Cor. XV, 9). Sin embargo, todos desean una patria, se apresuran a llegar a un único autor de todo. Así, dos alas de cada uno están unidas, y dos no lo están, porque por el amor y la esperanza desean lo mismo, pero por el temor y la penitencia lamentan cosas diferentes. Sigue:

VERS. 12.---Y cada uno de ellos caminaba ante su rostro.

8. Se había dicho anteriormente: "Cada uno de ellos caminaba ante su rostro", y ahora se dice: "Caminaba ante su rostro". Así que parece que se ha repetido la misma sentencia. Pero porque decimos "ante" en el presente (es decir, significa en el presente), podemos discernir más sutilmente que es diferente caminar ante el rostro que caminar en el presente. Caminar ante el rostro es desear lo que está adelante; caminar en el presente es no estar ausente de uno mismo. Porque todo justo que mira su vida con cuidado y considera diligentemente cuánto crece diariamente en el bien, o tal vez cuánto decrece en el bien, este, porque se pone ante sí mismo, camina ante sí mismo, ya que ve vigilante si se levanta o cae. Pero quien descuida la custodia de su vida, o desprecia o ignora examinar lo que hace, lo que dice, lo que piensa, no camina ante sí mismo; porque ignora cómo es en sus costumbres o en sus actos. Ni está presente a sí mismo quien no es diligente en examinar y conocer diariamente a sí mismo. Aquel que verdaderamente se pone ante sí mismo, y está presente a sí mismo, es quien se observa a sí mismo en sus actos como si fuera otro.

9. Porque hay muchos pecados que cometemos, pero no nos parecen graves porque, amándonos a nosotros mismos con amor privado, con los ojos cerrados, nos halagamos en nuestro engaño. Por eso, a menudo sucede que juzgamos levemente nuestros graves pecados y gravemente los leves de los demás. Está escrito: "Serán hombres amantes de sí mismos" (II Tim. III, 2). Y sabemos que el amor privado cierra fuertemente el ojo del corazón. De ahí que lo que hacemos y no consideramos grave, a menudo se hace por el prójimo y nos parece muy detestable. Pero, ¿por qué lo que nos parecía insignificante en nosotros nos parece grave en el prójimo, sino porque no nos vemos a nosotros mismos como al prójimo, ni al prójimo

como a nosotros mismos? Porque si nos viéramos a nosotros mismos como al prójimo, veríamos estrictamente nuestras cosas reprochables. Y nuevamente, si viéramos al prójimo como a nosotros mismos, nunca nos parecería intolerable su acción, ya que a menudo hemos hecho cosas similares y no pensábamos que habíamos hecho algo intolerable para el prójimo. Moisés se esforzó por corregir este juicio mal dividido de nuestra mente mediante el precepto de la ley, cuando dijo que el modio debía ser justo y el sextario equitativo (Lev. XIX, 36). De ahí que Salomón diga: "Peso y peso, medida y medida, ambos son abominables ante Dios" (Prov. XX, 10). Sabemos que en el doble peso de los comerciantes, uno es mayor y otro menor. Porque tienen un peso para pesar para sí mismos, y otro para pesar para el prójimo. Preparan pesos más ligeros para dar, y más pesados para recibir. Así, todo hombre que pesa de manera diferente las cosas del prójimo y las suyas propias, tiene peso y peso. Ambos son abominables ante Dios, porque si amara al prójimo como a sí mismo, lo amaría en el bien como a sí mismo. Y si se viera a sí mismo como al prójimo, se juzgaría a sí mismo en el mal como al prójimo. Debemos, por lo tanto, vernos a nosotros mismos con cuidado, tanto interior como exteriormente, para que, siguiendo a los animales alados, estemos presentes a nosotros mismos y caminemos siempre ante nuestro rostro. Los perversos, como hemos dicho antes, no caminan ante su rostro, porque nunca consideran lo que hacen, se dirigen a la perdición, se regocijan en actos perversos. De ellos está escrito: "Se alegran cuando hacen el mal, y se regocijan en cosas malas" (Prov. II, 14). A menudo, el justo que los ve llora, pero ellos, como los frenéticos, son llorados y ríen.

10. Otros dan mucho de sus bienes a los necesitados, pero cuando encuentran la oportunidad, oprimen a los necesitados, devastan con robos a quienes pueden. Ponen ante los ojos de su mente los bienes que hacen, y no ponen los males que cometen. Estos no caminan ante su rostro, porque si estuvieran presentes a sí mismos, verían todo lo que hacen con detalle, reconocerían cómo pierden las buenas obras con los malos actos, como está escrito: "Y quien recogió salarios los puso en una bolsa rota" (Ageo I, 6). Porque de una bolsa rota sale por un lado lo que se pone por otro, porque las mentes indiscretas no ven cómo la recompensa adquirida por la buena obra se pierde por la mala obra. Otro guarda la castidad del cuerpo, se vigila cuidadosamente para no cometer nada reprochable externamente, está contento con lo suyo, no roba lo ajeno, pero guarda en su corazón odio contra el prójimo. Y cuando está escrito: "Quien odia a su hermano es un homicida" (I Juan III, 15), considera cuán puro está externamente en la obra, y no percibe cuán cruel es en la mente. ¿Qué hace este sino estar ausente de sí mismo, quien camina en las tinieblas de su corazón e ignora? Otro ya no roba lo ajeno, ya guarda el cuerpo de la impureza, ya ama al prójimo con mente pura, y consciente de los males pasados, se aflige en la oración con lamentos; pero, al terminar la oración, busca alegrías temporales en las que regocijarse en este mundo, y descuida su alma negligente en alegrías temporales, sin preocuparse de que las alegrías desmedidas superen la medida de las lágrimas; y así pierde el bien que ganó llorando, riendo excesivamente. Este, por lo tanto, no camina ante su rostro, porque se niega a ver las pérdidas que sufre. Está escrito: "El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay alegría" (Ecles. VII, 5). En todo lo que hacemos, debemos observarnos diligentemente, tanto interior como exteriormente, para que, siguiendo a los animales alados, estemos presentes a nosotros mismos y caminemos siempre ante nuestro rostro, teniendo como único ayudador al Padre Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con él en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA V. En la exposición de tres versículos del duodécimo al decimoquinto, se discute sabiamente sobre el Espíritu Santo y su impulso, movimiento e inhabitación en los santos.

1. ¡Oh, cuán maravillosa es la profundidad de las palabras de Dios! Es un placer atender a esto, es un placer penetrar en sus profundidades, guiados por la gracia. Cada vez que discutimos esto con entendimiento, ¿qué otra cosa hacemos sino entrar en la oscuridad de los bosques, para escondernos en su frescura de los ardores de este mundo? Allí recogemos las hierbas más verdes de las sentencias leyendo, las rumiamos tratando. En la locución que se hizo a ustedes, queridos hermanos, anteayer, se dijo cómo los animales mostrados significan a nuestro Redentor, a sus cuatro evangelistas y a todos los perfectos. La virtud de estos animales se expresa aún más sutilmente, para que nosotros, también débiles y despreciables, nos extendamos a su imitación en la medida en que, con la ayuda del Señor, podamos. Pues se dice:

VERS. 12. Donde estaba el impulso del espíritu, allí caminaban.

2. En los elegidos y los réprobos hay impulsos diferentes. En los elegidos, evidentemente, el impulso del espíritu; en los réprobos, el impulso de la carne. El impulso de la carne empuja el alma hacia el odio, la soberbia, la impureza, el robo, la gloria exterior, la crueldad, la traición, la desesperación, la ira, las disputas y los placeres. En cambio, el impulso del espíritu atrae la mente hacia la caridad, la humildad, la continencia, la generosidad de la misericordia, el progreso interior, las obras de piedad, la fe en lo eterno, la esperanza del gozo futuro, la paciencia, la paz, la consideración de la vida mortal y las lágrimas. Por lo tanto, es necesario que siempre consideremos con gran cuidado en todo lo que hacemos qué impulso nos guía; si nuestro pensamiento es impulsado por la carne o por el espíritu. Amar las cosas terrenales, preferir lo temporal a lo eterno, poseer bienes exteriores no por necesidad sino por placer, buscar venganza del enemigo, alegrarse de la caída del rival, es impulso de la carne. Por el contrario, amar lo celestial, despreciar lo terrenal, buscar lo transitorio no por placer sino por necesidad, afligirse por la muerte del enemigo, es impulso del espíritu. Y porque los perfectos siempre se ejercitan en estas virtudes, se dice correctamente ahora de los santos animales: Donde estaba el impulso del espíritu, allí iban.

3. Pero debemos saber que a menudo el impulso de la carne se disfraza bajo el velo del impulso espiritual, y lo que se hace carnalmente, el pensamiento se engaña a sí mismo creyendo que lo hace espiritualmente. Pues muchas veces alguien, vencido por los estímulos de la ira, se inflama más de lo necesario contra los delincuentes con el celo de vengar la justicia, y al traspasar el límite de la justicia en la venganza, actúa cruelmente, creyendo que actúa justamente. Por lo tanto, el impulso de la carne está velado bajo la apariencia del espíritu cuando lo que se cree que se hace justamente no se mantiene bajo la moderación de la discreción. Y a menudo otro, esforzándose por una mansedumbre excesiva, observa los vicios de sus súbditos y se niega a corregirlos con el fervor del celo, multiplicándolos al no corregirlos cruelmente; y así su lenidad se vuelve enemiga tanto para él como para sus súbditos, quien atribuye a la paciencia la pereza de su mente, alejándose del impulso del espíritu por el espíritu de la carne. Por lo tanto, nuestro primer pensamiento debe examinar nuestro corazón para que no seamos llevados a ciertas acciones por un impulso abierto de la carne, para que el alma, seducida por placeres perversos, no reconozca el mal y, sin embargo, lo haga. La segunda preocupación debe hacernos vigilantes, para que el impulso de la carne no se someta secretamente bajo el impulso del espíritu, y las culpas que cometemos no se nos presenten como virtudes.

4. Debemos saber que las culpas más graves son aquellas que, bajo la apariencia de virtudes, se imitan, porque las que se reconocen abiertamente arrojan el alma a la confusión y la llevan al arrepentimiento; pero estas no solo no humillan al arrepentimiento, sino que también

elevan la mente del que actúa, mientras se consideran virtudes. Lo que se dijo anteriormente sobre los santos animales, para confirmarlo más profundamente, se repite:

IBID.---No se volvían cuando caminaban (De poen., dist. 2, c. No se volvían).

5. Porque los elegidos tienden a lo bueno de tal manera que no regresan a perpetrar el mal: Porque el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Y como se dice por Salomón: La senda de los justos es como la luz resplandeciente que avanza y crece hasta el día perfecto (Prov. IV, 18). En sus almas, el buen deseo y el entendimiento de la luz interior ya son parte del día, pero porque progresan en virtud hasta el fin de la vida, llegan al día perfecto cuando, llevados al reino celestial, en esa luz que desean ya no tendrán nada menos. Sigue:

VERS. 13.---Y la semejanza de los animales, y su aspecto era como carbones de fuego ardiente, y como el aspecto de lámparas.

6. El aspecto de los animales se compara con carbones de fuego ardiente y lámparas. Quien toca un carbón se enciende, porque quien se adhiere a un hombre santo, por la asiduidad de su visión, el uso de su palabra, el ejemplo de su obra, recibe para encenderse en el amor de la verdad, huir de las tinieblas de sus pecados, arder en el deseo de la luz, y ya arde por el verdadero amor, quien antes yacía muerto en la iniquidad, tanto como frío. Las lámparas, sin embargo, esparcen su luz más lejos, y aunque están en un lugar, resplandecen en otro. Porque quien tiene el espíritu de profecía, la palabra de doctrina, la gracia de los milagros, su fama brilla lejos y ampliamente como una lámpara; y quienes escuchan sus buenas obras, porque por ellas se elevan al amor de lo celestial, en lo que se exhiben por buenas obras, resplandecen como por la luz de la lámpara. Porque, por lo tanto, los hombres santos encienden a algunos que están cerca de ellos como tocándolos para el amor de la patria celestial, son carbones. Pero porque brillan para algunos que están lejos, se convierten en lámparas para su camino, para que no caigan en las tinieblas del pecado. Sin embargo, hay una diferencia entre los carbones y las lámparas, que los carbones arden, pero no expulsan las tinieblas del lugar donde yacen; las lámparas, sin embargo, porque resplandecen con gran luz de llamas, expulsan las tinieblas difundidas alrededor.

7. Por lo cual es de notar que hay muchos santos tan simples y ocultos, cubriéndose en lugares menores con gran silencio, que apenas su vida puede ser conocida por otros. ¿Qué son estos sino carbones? Que aunque tienen ardor por el fervor del espíritu, sin embargo, no tienen la llama del ejemplo. Ni vencen las tinieblas de los pecados en los corazones ajenos, porque rehúyen que su vida sea conocida. Están encendidos para sí mismos, pero no son luz en el ejemplo para otros. Pero aquellos que muestran ejemplos de virtudes y demuestran la luz de la buena obra por la vida y la palabra a los que caminan, con razón se llaman lámparas, porque tanto por el ardor del deseo como por la llama de la palabra, expulsan las tinieblas del error de los corazones de los pecadores. Quien, por lo tanto, vive bien en secreto, pero no beneficia en absoluto al progreso ajeno, es un carbón. Pero quien, puesto en la imitación de la santidad, demuestra la luz de la rectitud a muchos, es una lámpara, porque arde para sí mismo y brilla para otros. Sigue:

IBID.---Y esta era la visión que corría en medio de los animales, el resplandor del fuego, y del fuego salía un relámpago.

8. En medio de los animales se ve un fuego corriendo, porque si las alas de esos animales no recibieran el calor del fuego de la verdad, no arderían en la semejanza de carbones y

lámparas. El fuego, de hecho, suele significar al Espíritu Santo. De quien en el Evangelio el Señor dice: Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda? (Luc. XII, 49). Porque cuando la mente carnal recibe al Espíritu Santo, encendida por el amor espiritual, lamenta el mal que ha hecho. Y la tierra arde cuando, acusándose a sí misma, el corazón del pecador se quema y se consume en el dolor del arrepentimiento. De nuevo está escrito: Tu Dios es fuego consumidor (Deut. IV, 24). Porque la mente que ha llenado, la devuelve limpia de la herrumbre de los pecados, nuestro creador es llamado fuego y consumidor. Por lo tanto, el Espíritu Santo es llamado resplandor del fuego en medio de los animales, y del fuego sale un relámpago, porque llenando toda la Iglesia, en los corazones de los elegidos lanza de sí mismo llamas de amor, para que, como un relámpago, golpee con terror y encienda los corazones adormecidos en su amor.

1209 9. Pero porque el Espíritu Santo es Dios coeterno al Padre y al Hijo antes de los siglos, debemos preguntarnos por qué se dice que corre. Porque todo el que corre llega a un lugar donde no estaba, y deja el lugar donde estaba. ¿Cómo, entonces, podemos decir que el espíritu corre, cuando todo está dentro de él, y no hay lugar donde no esté? Como está escrito: El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra (Sap. I, 7). Y sin embargo, cuando se describía la alabanza de la sabiduría, se añadió: Porque en ella hay un espíritu de entendimiento, un espíritu único, múltiple, sutil, móvil (Ibid. VII, 22). Y poco después: Humano estable (Ibid., 23).

10. En estas palabras surge de nuevo una gran cuestión para nosotros, por qué este espíritu que llena todo se dice móvil y estable al mismo tiempo. Pero si recurrimos al uso de la costumbre humana, encontramos más rápidamente el sentido del hablante. Porque el hombre que corre por la región en la que está, sin duda se encuentra en todas partes, y de repente se encuentra donde no se le espera. Por lo tanto, el Espíritu Omnipotente, para que se señale su presencia en todas partes, se dice móvil y estable al mismo tiempo. Estable, porque por naturaleza contiene todo, pero se dice móvil porque se presenta en todas partes incluso a los que no lo saben. Sosteniendo, por lo tanto, todo, se le llama estable, y presentándose a todos, se le llama móvil. Por lo tanto, el resplandor del fuego, y del fuego sale un relámpago que corre entre los animales alados, porque el Espíritu Santo está presente al mismo tiempo a cada uno y a todos, y enciende a quienes toca, e ilumina a quienes enciende, para que después del frío anterior, encendidos, ardan, y por el fuego del amor que han recibido, devuelvan llamas de ejemplos. Porque el relámpago que sale de este fuego golpea las mentes adormecidas, y al golpearlas las despierta e inflama, para que después del amor de aquel, ardiendo y brillando al mismo tiempo, corran. Por lo cual está escrito en otro lugar: Su trono es llama de fuego, sus ruedas fuego encendido (Dan. VII, 9). Porque aquellos que son guardianes de las almas y han asumido las cargas de pastorear el rebaño, no se les permite cambiar de lugar. Pero porque, estando en un lugar, llevan en sí la presencia de la divinidad y arden, el trono de Dios se dice llama de fuego. Pero aquellos que, por amor al Señor, corren en la predicación, son sus ruedas de fuego ardiente, porque cuando, por su deseo, corren por varios lugares, de donde ellos mismos arden y encienden a otros.

11. Sin embargo, el correr y la movilidad del Espíritu pueden entenderse por otra consideración. Porque en los corazones de los santos, según ciertas virtudes, siempre permanece, pero según otras, viene para irse y se va para venir. Porque en la fe, la esperanza y la caridad, y en otros bienes sin los cuales no se puede llegar a la patria celestial, como la humildad, la castidad, la justicia y la misericordia, no abandona los corazones de los perfectos. Pero en la virtud de la profecía, la elocuencia de la doctrina, la exhibición de milagros, a veces está presente a sus elegidos, a veces se retira. Está presente para elevarlos, y se retira para humillarlos. Está presente para glorificarlos mostrando su virtud, se retira para

que se conozcan a sí mismos sin su virtud. Está presente para mostrarles lo que son por él, se retira para revelarles quiénes o qué son sin él. Por lo tanto, en estas virtudes sin las cuales no se puede llegar a la vida, el Espíritu Santo permanece en los corazones de sus elegidos; por lo cual se dice correctamente que es estable. Pero en aquellas por las cuales se muestra la virtud de la santidad, a veces está presente misericordiosamente, y a veces se retira misericordiosamente, por lo cual se le llama correctamente móvil. Por lo tanto, se dice que el Espíritu corre y es móvil, porque en los signos y virtudes no se tiene continuamente según el deseo de cada uno. Pero se dice correctamente que corre entre los santos animales. Porque el correr se refiere a la rapidez. Pero el espíritu corre entre los perfectos, porque aunque se retire del corazón de ellos por un momento, regresa rápidamente. Sigue:

VERS. 14.---Y los animales iban y volvían en semejanza de relámpago resplandeciente.

12. Cuando se dijo anteriormente: No se volvían cuando caminaban, ¿cómo se dice ahora: Los animales iban y volvían? Estas parecen ser muy contrarias, porque iban y no volvían, y iban y volvían. Pero reconocemos más rápidamente cómo debe entenderse si discernimos cuidadosamente las dos vidas, la activa y la contemplativa. Porque en una podemos permanecer fijos, pero en la otra no podemos mantener la mente atenta de ninguna manera. Porque cuando dejamos nuestra pereza y nos excitamos al estudio de la buena obra, ¿a dónde vamos sino a la vida activa? De la cual no debemos volver atrás de ninguna manera, porque quien después de ella regresa a la pereza de la negligencia, a las iniquidades que había dejado, sin duda no sabe ser un animal celestial. Pero cuando nos elevamos de la vida activa a la contemplativa, porque la mente no puede permanecer mucho tiempo en la contemplación, sino que todo lo que ve de la eternidad a través del espejo y en enigma, lo ve como furtivamente y de paso, la mente, rechazada por su propia debilidad de la inmensidad de tanta altura, recae en sí misma. Y es necesario que regrese a la activa, y se ejercite continuamente en el uso de la buena obra, para que cuando la mente no pueda elevarse a contemplar lo celestial, no se niegue a hacer lo que puede. Y así, ayudada por sus propios buenos actos, se eleva de nuevo a la contemplación, y recibe el alimento del amor del pasto de la verdad contemplada. En la cual, porque la debilidad de la corrupción no puede sostenerse mucho tiempo, regresando de nuevo a las buenas obras, se alimenta de la memoria de la dulzura de Dios, y se nutre externamente con actos piadosos, internamente con santos deseos. Porque después de su contemplación, se dice de los hombres perfectos que regresan: Proclamarán la memoria de tu dulzura (Sal. CXLIV, 7). Porque la dulzura de la intimidad, porque pueden, aunque sea de alguna manera, tocarla como por un relámpago, se esfuerzan por recordarla siempre y proclamarla hablando. Por lo cual el salmista nos advierte sabiamente, diciendo: La luz se ha levantado para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alégrense justos en el Señor, y confiesen la memoria de su santidad (Sal. XCVI, 11, 12). Quien de nuevo dice: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor! (Sal. XXX, 20). Porque no conocería de ninguna manera cuán grande es, si no la hubiera probado de alguna manera contemplándola. De nuevo dice: Dije en mi éxtasis, he sido arrojado de la presencia de tus ojos (Ibid., 23). Porque si no hubiera sido elevado en el exceso de la mente, no conocería la dulzura de la intimidad eterna, no discerniría cuán lejos yace arrojado en este mundo. Por lo tanto, los animales mostrados van y no vuelven, y van y regresan; 1211 porque los hombres santos no caen de la vida activa que han tomado a las iniquidades, y de la contemplativa, que no pueden sostener continuamente, recaen en la activa. Como se ha dicho, vencidos por el peso de su propia debilidad, rechazados a sí mismos, regresan, para que yendo aprendan lo que desean, y regresando sepan dónde yacen. Yendo entiendan dónde aún no están, regresando lo que son.

13. Pero cómo estos santos animales regresan, se demuestra cuando se añade: En semejanza de relámpago resplandeciente. Pero regresando, los animales se comparan con un relámpago

resplandeciente, porque los hombres santos, cuando vuelan a contemplar lo alto, cuando atan las primicias de su espíritu en el amor de la patria celestial, pero gravados por el peso de la conversación humana regresan a sí mismos, anuncian a los hermanos los bienes celestiales que al menos pudieron contemplar a través del espejo, y encienden sus almas en el amor de la claridad interior, que ni pueden ver como es, ni hablar como la vieron. Pero hablando, con sus palabras hieren e incendian los corazones de los oyentes. Por lo tanto, regresan como un relámpago resplandeciente, quienes, cuando hablan de lo celestial, porque a través de ellos brilla la luz superior, encienden los corazones de los oyentes en el amor de la patria celestial. Por lo tanto, como un relámpago resplandeciente, cuando golpean hablando, esparcen el fuego del deseo espiritual.

14. De otro modo también, los santos animales van y regresan. Porque van cuando son enviados a la predicación para insinuar la gracia del don celestial, y para atraer a la fe, hacen maravillas ante los infieles; pero regresan, porque atribuyendo estas cosas a la virtud del Señor omnipotente, no se las atribuyen a sí mismos. Porque cuando hacen cosas asombrosas, son un relámpago, porque golpean, aterrorizan, iluminan y encienden los corazones de los que miran. Por lo cual está escrito: En la luz irán tus dardos, en el resplandor del relámpago de tus armas (Habac. III, 11). Los dardos del Señor son las palabras de los santos, que hieren los corazones de los pecadores. Pero estos dardos tienen armas. Sabéis, hermanos, que los hombres de guerra lanzan dardos, pero se protegen con armas. Por lo tanto, cuando añaden milagros a sus palabras, se protegen con armas, para que ellos mismos no sean heridos: En la luz irán tus dardos, porque las palabras de Dios salen a la luz. Pero porque deben acompañar a las sentencias de los santos doctores los hechos de los milagros, se añade correctamente: En el resplandor del relámpago de tus armas, porque al añadirles las armas de los milagros, fulguran las mentes de los perseguidores, para que no se atrevan a perseguirlos. Por lo tanto, estos animales van y regresan en semejanza de relámpago resplandeciente, porque después de que los santos hacen maravillas entre los hombres, después de que incendian los corazones de los oyentes con la luz esparcida, regresan para dar gloria a su autor, para rendirle alabanza a aquel por quien saben que pueden hacer tales cosas.

1212 15. Así Pedro, cuando, habiendo sanado al hombre que había sido cojo desde el vientre de su madre, hizo un signo que todos los que lo conocían se maravillaron mucho, dijo: ¿Por qué os maravilláis de esto, o por qué nos miráis, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho andar a este? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús (Hechos III, 12, 13). Y poco después: En la fe de su nombre, este que veis y conocéis, su nombre lo ha confirmado (Ibid., 16). Porque haciendo un signo, deslumbró los ojos de los que miraban con la luz del milagro; pero guardando la humildad y rindiendo alabanza al autor, regresó como de donde había venido, porque mostró de dónde era la luz del relámpago. Por lo tanto, los santos animales, cuando vienen a obrar signos, y cuando regresan dentro de sí mismos para rendir gloria a su autor, son un relámpago, porque tanto mostrando milagros como ofreciendo ejemplos de humildad, hieren e incendian las mentes de los que miran.

16. En todo lo que hacen, siempre regresan a la alabanza del Creador, para que en la virtud que reciben, persistan con verdadera estabilidad. Pues si se atribuyeran algo a sí mismos, no podrían mantenerse en lo que han recibido. Por eso, bien se dice a través de Salomón: "Al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven para fluir de nuevo" (Eclesiastés I, 7). Porque, ya sea en virtudes o en doctrina, ¿qué son los hombres santos sino ríos que riegan la tierra seca del corazón de los carnales? Pero, ya sea en la obra que realizan o en las palabras de la doctrina, pronto se secarían si no regresaran siempre con la intención del corazón al lugar de

donde salen. Si no regresan internamente al corazón y no se atan con los lazos del deseo en el amor del Creador, tanto la mano se debilita en lo que hacía como la lengua se seca en lo que hablaba. Pero siempre regresan internamente por amor, y lo que vierten en público al obrar y hablar, lo extraen en secreto de la fuente del amor. Pues aprenden amando lo que expresan enseñando. Por tanto, regresan al lugar de donde salen los ríos para fluir de nuevo, porque siempre extraen el agua de la sabiduría de donde surge, para que no se seque cuando corra. Por todo lo que hacemos, regresemos con mente solícita a la fuente de la verdadera luz. Demos gracias a nuestro Creador por los bienes que recibimos, y con el profeta Isaías digámosle suplicantes: "Todas nuestras obras las has hecho tú por nosotros" (Isaías XXVI, 12). Pues nuestras buenas obras son su obra, a quien no le bastó levantarnos con sus entrañas, sino que también se inclinó a sí mismo por nosotros. Porque si el Dios coeterno al Padre no se hubiera hecho hombre en el tiempo, ¿cuándo el hombre temporal sabría de las cosas eternas? Por tanto, el descenso de la verdad es la elevación de nuestra humildad. Démosle gloria, démosle alabanza, a quien vive con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VI. Se explican los versículos 15, 16, 17, con la parte media del decimoctavo; desviándose hacia la recomendación de la Sagrada Escritura, especialmente del Evangelio, en el sentido del discurso profético.

1213 1. "Agua tenebrosa en las nubes del aire" (Salmo XVII, 12), porque la ciencia es oscura en los profetas. Pero aprendemos con la voz de Salomón que atestigua: "La gloria de los reyes es ocultar la palabra, y la gloria de Dios es investigar el discurso, porque es honor de los hombres esconder sus secretos, y la gloria de Dios es revelar los misterios de su palabra" (Proverbios XXV, 2). Pero la Verdad misma dice a los discípulos: "Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz" (Mateo X, 27); es decir, exponed abiertamente lo que escucháis en las oscuridades de las alegorías. La oscuridad de los dichos de Dios es de gran utilidad, porque ejercita el sentido para que se expanda con el esfuerzo, y el ejercitado capte lo que el ocioso no podría captar. Tiene también otro beneficio mayor, porque la inteligencia de la Sagrada Escritura, que si estuviera abierta en todo se volvería vulgar, en algunos lugares más oscuros, encontrada con mayor dulzura, restaura tanto más cuanto más fatiga el ánimo al buscarla. Así, ahora se dice con la voz del santo Ezequiel:

VERS. 15.---Y mientras miraba a los animales, apareció una rueda sobre la tierra.

2. ¿Qué significa la rueda, sino que representa la Sagrada Escritura, que se mueve en todas direcciones hacia las mentes de los oyentes, y no se detiene en ningún ángulo de error en su camino de predicación? Se mueve en todas direcciones, porque avanza recta y humildemente entre adversidades y prosperidades. El círculo de sus preceptos está a veces arriba, a veces abajo, lo que se dice espiritualmente a los más perfectos, se adapta a los débiles según la letra; y lo que los pequeños entienden según la letra, los hombres doctos lo elevan a lo alto por la inteligencia espiritual. ¿Quién de los pequeños no se alimenta con la historia de Esaú y Jacob, en la que uno es enviado a cazar para ser bendecido, y el otro es bendecido por su padre a través de la suposición de su madre (Génesis XXVII, 3, 28), sino que se alimenta según la historia de la lectura sagrada? En esta historia, si se aprieta un poco más hacia la comprensión, se ve que Jacob no robó la bendición del primogénito por fraude, sino que la recibió como suya, que había comprado con el consentimiento de su hermano, por el precio de un guiso de lentejas.

3. Pero si alguien que siente más profundamente quiere examinar los hechos de ambos a través de los secretos de la alegoría, inmediatamente se eleva de la historia al misterio. ¿Qué

significa que Isaac desea comer de la caza de su hijo mayor, sino que el Dios omnipotente deseó ser alimentado por la buena obra del pueblo judío? Pero mientras él tardaba, Rebeca presentó al menor, porque mientras el pueblo judío busca buenas obras afuera, la gracia materna instruyó al pueblo gentil para que ofreciera al Padre omnipotente el alimento de una buena obra y recibiera la bendición del hermano mayor. Ofreció esos mismos alimentos de animales domésticos, porque el pueblo gentil, no buscando agradar a Dios con sacrificios exteriores, dice por la voz del Profeta: "En mí están, Dios, tus votos, que te devolveré, alabanzas a ti" (Salmo LV, 12). ¿Qué significa que Jacob cubrió sus manos, brazos y cuello con pieles de cabrito, sino que el cabrito solía ofrecerse por el pecado? Y el pueblo gentil sacrificó en sí mismo los pecados de la carne, pero no se avergonzó de confesar que estaba cubierto de pecados carnales. ¿Qué significa que se vistió con las ropas de su hermano mayor, sino que se vistió con los preceptos de la Sagrada Escritura que habían sido dados al pueblo mayor en buena obra? Y el menor las usa en casa, que el mayor, saliendo afuera, dejó dentro, porque el pueblo gentil guarda en mente los preceptos que el pueblo judío no pudo tener, mientras atendía solo a la letra. ¿Y qué significa que Isaac no conoce al hijo que bendice, sino esto que el Señor dice del pueblo gentil por el salmista: "El pueblo que no conocí, me sirvió, al oír con el oído me obedeció" (Salmo XVII, 45)? ¿Qué significa que no vio al presente, y sin embargo vio lo que le vendría en el futuro, sino que el Dios omnipotente, cuando predijo a través de sus profetas la gracia que se otorgaría a los gentiles, no la vio en el presente por gracia, porque entonces la dejó en el error, y sin embargo, porque alguna vez la recogería, la previó por la gracia de la bendición? Por eso se dice a Jacob, que sostiene la figura del pueblo gentil, en la bendición: "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor Dios" (Génesis XXVII, 27). Pues como dice la Verdad en el Evangelio, "El campo es este mundo" (Mateo XIII, 38), y porque el pueblo gentil llevado a la fe a través de sus elegidos en todo el mundo exhala virtudes, el olor del hijo es el olor de un campo lleno.

4. De manera diferente huele la flor de la vid, porque grande es la virtud y la opinión de los predicadores que embriagan las mentes de los oyentes; de manera diferente huele la flor del olivo, porque es suave la obra de misericordia que, como el aceite, reconforta y brilla; de manera diferente huele la flor de la rosa, porque es maravillosa la fragancia que resplandece y exhala del martirio de los mártires; de manera diferente huele la flor del lirio, porque la vida cándida de la carne es de la incorruptibilidad de la virginidad; de manera diferente huele la flor de la violeta, porque grande es la virtud de los humildes, que, por deseo, ocupan los últimos lugares, no se elevan a lo alto por la humildad desde la tierra, y guardan la púrpura del reino celestial en la mente; de manera diferente huele la espiga cuando se lleva a la madurez, porque la perfección de las buenas obras se prepara para la saciedad de aquellos que tienen hambre de justicia. Porque el pueblo gentil está esparcido por el mundo en sus elegidos, y con las virtudes que realiza llena de olor de buena opinión a todos los que entienden, se dice correctamente: "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno". Pero porque no tiene esas virtudes de sí mismo, añade: "Al que bendijo el Señor Dios".

1215 5. Y porque el mismo pueblo elegido también se eleva a la contemplación a través de algunos, mientras que a través de otros solo se enriquece en las obras de la vida activa, correctamente se añade allí: "Dios te dé del rocío del cielo y de la grosura de la tierra" (Génesis XXVII, 28). Pues el rocío cae desde arriba y sutilmente. Y tantas veces recibimos del rocío del cielo, cuantas veces por la infusión de la contemplación íntima vemos algo de lo alto. Pero cuando realizamos buenas obras también a través del cuerpo, nos enriquecemos con la grosura de la tierra.

6. ¿Qué significa que Esaú regresa tarde al padre, sino que el pueblo judío regresa tarde para agradecer al Señor? A quien también se le dice en la bendición: "Y habrá un tiempo cuando se rompa el yugo de tu cuello" (Génesis XXVII, 40). Porque el pueblo judío será liberado de la servidumbre del pecado al final, como está escrito: "Hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo" (Romanos XI, 25).

7. ¿Quién de los pequeños no se alimenta con la misma historia evangélica en la operación del milagro, cuando el Señor ordenó llenar de agua las tinajas vacías, y esa misma agua se convirtió inmediatamente en vino (Juan II, 7)? Pero cuando los más vigilantes de ingenio escuchan esto, veneran la historia sagrada creyendo y buscan lo que insinúa interiormente. Pues quien pudo cambiar el agua en vino, también pudo llenar inmediatamente las tinajas vacías de vino. Pero ordena llenar las tinajas de agua, porque primero nuestros corazones deben llenarse con la historia de la lectura sagrada. Y nos convierte el agua en vino, cuando esa misma historia se transforma para nosotros en inteligencia espiritual a través del misterio de la alegoría. Por tanto, la rueda se arrastra como por la tierra, porque se adapta con humilde discurso a los pequeños, y sin embargo, infundiendo cosas espirituales a los grandes, eleva el círculo a lo alto; y de allí se eleva hacia arriba, de donde antes parecía tocar la tierra.

8. Porque edifica por todas partes, la rueda corre como por un círculo. Por eso también está escrito en la ley: "Harás un candelabro de oro purísimo, su asta y sus cañas, copas y esferas y lirios que salgan de él" (Éxodo XXV, 31; XXXVII, 17). ¿Quién se designa en el candelabro sino el Redentor del género humano? Quien en la naturaleza de la humanidad brilló con la luz de la divinidad, para que fuera el candelabro del mundo, de modo que en su luz todo pecador viera en qué tinieblas yacía. Quien, porque asumió nuestra naturaleza sin culpa, se ordena que el candelabro del tabernáculo se haga de oro purísimo. Se produce ductilmente golpeándolo, porque también nuestro Redentor, que desde la concepción y el nacimiento fue perfecto Dios y hombre, soportó los dolores de las pasiones, y así llegó a la gloria de la resurrección. Por tanto, el candelabro fue de oro purísimo y ductil, porque no tuvo pecado, y sin embargo, su cuerpo progresó hacia la inmortalidad a través de las contumelias de la pasión. Pues según las virtudes del alma, no tuvo en absoluto en qué progresar por las percusiones. Pero en sus miembros, que somos nosotros, progresa diariamente por las percusiones, porque mientras somos golpeados y afligidos para merecer ser su cuerpo, él progresa. De cuyo cuerpo está escrito: "De quien todo el cuerpo, provisto y unido por las coyunturas y ligamentos, crece en aumento de Dios" (Colosenses II, 19). Pues todo su cuerpo somos nosotros. Por los nexos y las uniones se liga el cuerpo, porque mientras la cabeza se une al pecho, el pecho a los brazos, los brazos a las manos, los dedos a las manos, y los demás miembros se adhieren a los miembros, se completa todo el cuerpo, como los santos apóstoles, porque estuvieron cerca de nuestro Redentor, como el pecho se adhiere a la cabeza. A quienes, porque los mártires los siguieron, como los brazos se unieron al pecho. A quienes, mientras los pastores y doctores se les subordinan por las buenas obras, las manos se adhieren a los brazos. Este mismo cuerpo de nuestro Redentor se provee diariamente en el cielo por los nexos y las uniones, porque cuando las almas elegidas se conducen allí, se le unen sus miembros. De lo cual se dice bien: "Provisto y unido, crece en aumento de Dios" (Colosenses II, 19), porque el Dios omnipotente, nuestro redentor, que en sí mismo no tiene en qué progresar, todavía tiene aumento diariamente por sus miembros. Por eso está escrito de nuevo: "Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo" (Efesios IV, 13). La asta de ese candelabro debe entenderse como la misma Iglesia, que es su cuerpo, porque se mantiene libre entre tantas adversidades. Las cañas que salen de la asta son los predicadores, que emitieron un dulce sonido en el mundo, es decir, un cántico nuevo. Las copas suelen llenarse de vino. ¿Qué son, pues, las mentes de los oyentes sino copas, que los santos

predicadores llenan con el vino de la ciencia? Pero ¿qué es la esfera sino la volubilidad de la predicación? Pues la esfera se mueve en todas direcciones. Y la predicación, que no puede ser retenida por la adversidad, ni elevada por las prosperidades, es una esfera, porque es fuerte entre las adversidades y humilde entre las prosperidades, no tiene ángulo de temor ni de elevación. Por tanto, no puede fijarse en su curso, porque se mueve volublemente por todo.

9. Para que lo que hemos expuesto como ejemplo se complete, bien después de las cañas, copas y esferas, se describen lirios en el candelabro, porque después de la gracia de la predicación y la volubilidad que hemos mencionado, sigue esa patria floreciente, que florece con flores eternas para las almas santas. Por tanto, las esferas pertenecen al trabajo, los lirios a la retribución. Así como en Moisés la esfera se toma como la doctrina de la predicación, aquí la rueda representa la Sagrada Escritura. Por tanto, el profeta, mientras veía a los santos animales, añadió: "Y mientras miraba a los animales, apareció una rueda sobre la tierra".

10. En esta cuestión, se debe preguntar por qué, cuando se describen las ruedas más adelante, se dice que apareció primero una rueda, a menos que sea porque al pueblo antiguo se le dio solo el Antiguo Testamento, que se movía como una rueda para instruir su mente. Bien se dice que la misma rueda apareció sobre la tierra. Pues al hombre pecador se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis III, 19). Por tanto, la rueda apareció sobre la tierra, porque Dios omnipotente dio la ley sobre los corazones de los pecadores. Pero porque estos animales alados designan a los santos evangelistas, ¿cómo es que primero se ven los animales y luego aparece una rueda, cuando el Antiguo Testamento fue antes, y luego siguieron los santos evangelistas? Pero podemos entender en esto que ellos fueron vistos primero por el profeta porque trascienden en mérito. Pues cuanto más el santo Evangelio supera al Antiguo Testamento, tanto más sus predicadores debieron ser preferidos en la descripción profética.

11. Aunque hay algo más que debe considerarse en esta descripción, porque el espíritu de la profecía recoge dentro de sí mismo lo anterior y lo posterior al mismo tiempo, de modo que la lengua del profeta no puede expresarlo todo a la vez. Pero lo que ve de manera amplia emana de discursos divididos, y a veces habla de lo último después de lo primero, y a veces de lo primero después de lo último. Por eso el profeta Ezequiel, bajo la figura de la santa Iglesia universal, ve la gloria de los evangelistas a través de la semejanza de cuatro animales, y sin embargo, de repente añade aquellas cosas que se hicieron en tiempos anteriores, para indicar claramente que vio al mismo tiempo lo que la lengua de la carne no podría decir al mismo tiempo. Pero porque dijimos que por los cuatro animales también se significan todos los perfectos, también se debe considerar que algunos de los santos existieron incluso antes de la ley, que vivieron estrictamente según la ley natural y agradaron al Dios omnipotente. Por tanto, después de los animales se describe la rueda, porque muchos de los elegidos fueron perfectos ante el Dios omnipotente incluso antes de la ley. Pero si debemos entender los animales solo como los Evangelistas, como dijimos, hay algo más que debemos considerar. Pues el santo profeta veía que estas mismas palabras que pronunciaba envueltas en oscuridades no serían reveladas al pueblo judío, sino a los gentiles. Por tanto, hablando a nosotros, debió describir primero a los animales y luego a la rueda, porque nosotros, al venir a la fe por la gracia del Señor, no aprendimos el Evangelio a través de la ley, sino la ley a través del santo Evangelio. Dónde o cómo apareció la rueda, añade cuando dice:---VERS. 15.---Junto a los animales teniendo cuatro caras. Donde aún se añade:

VERS. 16.---Y el aspecto de las ruedas y su obra era como la visión del mar; y una semejanza de ellas cuatro, y su aspecto y obra, como si hubiera una rueda en medio de una rueda.

12. ¿Qué significa esto, que cuando se decía una rueda, poco después se añade, "Como si hubiera una rueda en medio de una rueda", sino que en la letra del Antiguo Testamento el Nuevo Testamento estaba oculto por la alegoría? Por eso, la misma rueda que apareció junto a los animales se describe con cuatro caras, porque la Sagrada Escritura está dividida en cuatro partes a través de ambos Testamentos. Pues el Antiguo Testamento está en la ley y los profetas, y el Nuevo en los Evangelios y los Hechos y dichos de los apóstoles. Pero sabemos que donde dirigimos el rostro, allí vemos lo que es necesario. Por tanto, la rueda tiene cuatro caras, porque primero vio los males que debían ser cortados en los pueblos a través de la ley, luego los vio a través de los profetas, más sutilmente a través del Evangelio, y finalmente a través de los apóstoles vio lo que debía ser cortado en los pecados de los hombres. También se puede entender que la rueda tiene cuatro caras, porque la Sagrada Escritura, extendida por la gracia de la predicación, se dio a conocer en las cuatro partes del mundo. Por eso, bien se describe que la misma rueda apareció primero junto a los animales y luego tuvo cuatro caras, porque si la ley no concordara con el Evangelio, no se daría a conocer en las cuatro partes del mundo.

13. Sigue: Y el aspecto de las ruedas y su obra era como la visión del mar. Correctamente se narra que las sagradas escrituras son semejantes a la visión del mar, porque en ellas hay grandes volúmenes de sentencias, cúmulos de sentidos. No sin razón se dice que la Sagrada Escritura es semejante al mar, porque en ella se afirman las sentencias de la locución, por el sacramento del bautismo. O ciertamente, se debe considerar que navegamos en el mar con barcos cuando nos dirigimos a tierras deseadas. Pero, ¿qué es para nosotros el deseo sino aquella tierra de la que está escrito: Mi porción en la tierra de los vivientes (Salmo 141, 6)? Y, como dije, quien cruza el mar es llevado por la madera. Y sabemos que la Sagrada Escritura nos anuncia la madera de la cruz a través de la ley, cuando dice: Maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. 21, 23). A lo que nuestro Redentor Pablo atestigua, diciendo: Hecho por nosotros maldición (Gál. 3, 13). También anuncia la madera a través de los profetas, cuando se dice: El Señor reinará desde el madero (Salmo 95, 10). Y de nuevo: Pongamos madera en su pan (Jerem. 11, 9). A través del Evangelio, la madera de la cruz se muestra abiertamente, donde se declara la misma pasión del Señor que fue profetizada. A través de los apóstoles, esta misma cruz también se sostiene en palabras y obras, cuando Pablo dice: Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo (Gál. 6, 14). Y de nuevo: Pero lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ibid., 14). Para nosotros, que nos dirigimos a la patria eterna, la Sagrada Escritura es el mar a través de sus cuatro caras. Anuncia la cruz, porque nos lleva a la tierra de los vivientes por la madera. Si el profeta no viera la Sagrada Escritura semejante al mar, no habría dicho: La tierra está llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar (Isaías 11, 9). Sigue:

VERS. 16.---Y una semejanza de ellas cuatro, y su aspecto y obras, como si hubiera una rueda en medio de una rueda.

14. Una semejanza de ellas es cuatro, porque lo que predica la ley, eso también los profetas; lo que anuncian los profetas, eso exhibe el Evangelio; lo que exhibió el Evangelio, eso predicaron los apóstoles por el mundo. Por tanto, una es la semejanza de ellas cuatro, porque los divinos discursos, aunque distintos en tiempos, están unidos en sentidos.

15. Y su aspecto y obras, como si hubiera una rueda en medio de una rueda. La rueda dentro de la rueda es el Nuevo Testamento, como dijimos, dentro del Antiguo Testamento, porque lo que designó el Antiguo Testamento, eso exhibió el Nuevo Testamento. Para hablar de pocos entre muchos, ¿qué es que Eva sea producida mientras Adán duerme (Gén. 2, 21, 22), sino

que la Iglesia se forma mientras Cristo muere? ¿Qué es que Isaac sea llevado al sacrificio, y lleve la madera, sea colocado sobre el altar y viva (Gén. 22, 6), sino que nuestro Redentor, llevado a la pasión, llevó él mismo la madera de su cruz? Y así, en sacrificio por nosotros, murió en su humanidad, pero permaneció inmortal en su divinidad. ¿Qué es que el homicida, después de la muerte del sumo sacerdote, sea absuelto y regrese a su tierra (Núm. 35, 25; Josué 20, 6), sino que la humanidad, que al pecar se infligió la muerte a sí misma, después de la muerte del verdadero sacerdote, es liberada de las cadenas de sus pecados y restaurada en la posesión del paraíso? ¿Qué es que se ordene hacer un propiciatorio en el tabernáculo (Éxodo 25, 17), sobre el cual se colocan dos querubines, uno en un extremo y otro en el otro extremo, de oro purísimo, extendiendo sus alas y cubriendo el oráculo, que se miran mutuamente con sus rostros hacia el propiciatorio (Éxodo 25, 20), sino que ambos Testamentos se ajustan en el Mediador de Dios y los hombres, de modo que lo que uno designa, el otro exhibe? ¿Qué se designa por el propiciatorio sino el mismo Redentor del género humano? De quien se dice por Pablo: A quien Dios propuso como propiciación por la fe en su sangre (Rom. 3, 25). ¿Qué se significa por los dos querubines, que se dice que son la plenitud del conocimiento, sino que ambos Testamentos están señalados? De los cuales uno está en un extremo del propiciatorio, y el otro en el otro extremo, porque lo que el Antiguo Testamento comenzó a prometer profetizando sobre la encarnación de nuestro Redentor, eso el Nuevo Testamento narra perfectamente cumplido. Los dos querubines están hechos de oro purísimo, porque ambos Testamentos están descritos con pura y simple verdad. Extienden sus alas y cubren el oráculo, porque nosotros, que somos el oráculo del Dios omnipotente, somos protegidos de las culpas inminentes por la edificación de la Sagrada Escritura. Mientras miramos atentamente sus sentencias, somos velados por sus alas del error de la ignorancia. Por tanto, los dos querubines se miran mutuamente con sus rostros hacia el propiciatorio, porque ambos Testamentos no discrepan en nada entre sí. Y como si sostuvieran sus rostros hacia sí mismos, porque lo que uno promete, el otro exhibe, mientras ven al Mediador de Dios y los hombres colocado entre ellos. Los querubines apartarían sus rostros de sí mismos si lo que un Testamento prometiera, el otro lo negara. Pero mientras hablan concordemente del Mediador de Dios y los hombres, para que se miren mutuamente, se dirigen al propiciatorio. Por tanto, la rueda en medio de la rueda es, porque el Nuevo Testamento está en el Antiguo Testamento. Y, como ya hemos dicho muchas veces, lo que el Antiguo Testamento prometió, eso el Nuevo exhibió; y lo que aquel anunció ocultamente, esto lo clama abiertamente exhibido. Por tanto, la profecía del Nuevo Testamento es el Antiguo Testamento; y la exposición del Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento. Sigue:

VERS. 17.---Por sus cuatro partes iban, y no se volvían.

16. ¿A dónde más van los divinos discursos sino a los corazones de los hombres? Pero iban por sus cuatro partes, porque la Sagrada Escritura va a los corazones de los hombres por la ley, señalando el misterio. Va por los profetas un poco más abiertamente, profetizando al Señor. Va por el Evangelio, exhibiendo a quien profetizó. Va por los apóstoles, predicando a quien el Padre exhibió para nuestra redención. Por tanto, las ruedas tienen caras y caminos, porque los sagrados discursos muestran el conocimiento de los preceptos con la exhibición de las obras. Y van por sus cuatro partes, porque, como dijimos antes, hablan en tiempos distintos, o ciertamente porque en todas las regiones del mundo predicán al Señor encarnado. De lo cual se añade claramente:

IBID.---Y no se volvían cuando andaban.

17. Esto se dijo antes de los animales, pero no se puede entender lo mismo de las ruedas que de los animales. Dijimos que las ruedas significan los Testamentos. Y el Antiguo Testamento

anduvo, porque por la predicación llegó a las mentes de los hombres, pero después se volvió sobre sí mismo, porque según la letra en sus preceptos y sacrificios no pudo ser observado hasta el fin. No permaneció sin cambio, ya que en él faltó la inteligencia espiritual. Pero cuando nuestro Redentor vino al mundo, hizo que se entendiera espiritualmente lo que encontró que se mantenía carnalmente. Por tanto, mientras su letra se entiende espiritualmente, toda aquella exhibición carnal en él se vivifica. Pero el Nuevo Testamento, incluso a través de las páginas del Antiguo Testamento, fue llamado testamento eterno, porque su entendimiento nunca cambia. Por tanto, se dice bien que las ruedas iban y no se volvían cuando andaban, porque mientras el Nuevo Testamento no se rescinde, mientras el Antiguo ya se mantiene entendido espiritualmente, no se vuelven sobre sí mismas, que permanecen inmutables hasta el fin del mundo. Por tanto, andan, pero no se vuelven, porque así vienen espiritualmente a nuestro corazón, que sus preceptos o estudios no se cambian más. Sigue:

VERS. 18.---También había estatura en las ruedas, y altura, y aspecto horrible.

18. ¿Qué es lo que se narra que hay tres cosas en los discursos de la Sagrada Escritura, que se dice que tienen estatura, altura y aspecto horrible, es decir, terrible? Debemos preguntarnos con gran diligencia qué se dice que es la estatura, qué la altura, qué el aspecto horrible de la divina Escritura. Por tanto, se debe saber que estar de pie corresponde a la vida del que obra bien. Por lo cual se dice por Pablo: El que está, mire que no caiga (1 Cor. 10, 12). Quien también dice a los discípulos: Así estad firmes en el Señor, amados (Filip. 4, 1). Y el profeta, que se veía a sí mismo estar de pie ante el Señor en vida y costumbres, dice: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (2 Reyes 3, 14). La altura es, sin embargo, la promesa del reino celestial. A la cual se llega cuando ya toda corrupción de la vida mortal se somete. El aspecto horrible es el terror del infierno, que sin fin atormenta a los réprobos y siempre los conserva en tormento. Por tanto, la Escritura tiene estatura, porque dirige las costumbres para estar de pie, para que las mentes de los oyentes no se inclinen hacia la concupiscencia terrenal. Tiene altura, porque promete en la patria celestial los gozos de la vida eterna. También tiene aspecto horrible, porque amenaza a todos los réprobos con los suplicios del infierno. Por tanto, muestra su estatura en la edificación de las costumbres, muestra su altura en la promesa de las recompensas, muestra su aspecto horrible en los terrores de los suplicios. Es recta en los preceptos, alta en las promesas, horrible en las amenazas. Tiene estatura cuando dice por el profeta: Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda (Isaías 1, 17). Y de nuevo: Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y vagabundos lleva a tu casa; cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a los de tu propia carne (Ibid. 58, 7). Tiene altura cuando dice por el mismo profeta: No tendrás más al sol para alumbrarte de día, ni el resplandor de la luna te iluminará; sino que el Señor será para ti luz eterna, y tu Dios será tu gloria (Ibid. 60, 19). Tiene aspecto horrible cuando, describiendo el infierno, dice: Día de venganza del Señor, año de retribución del juicio de Sion; y sus torrentes se convertirán en brea, y su tierra en azufre; y será tierra de brea ardiente, de noche y de día no se extinguirá para siempre (Isaías 34, 8, ss.). Lo cual también describe el bienaventurado Job, diciendo: Tierra de tinieblas y cubierta de la sombra de la muerte, tierra de miseria y de oscuridad, donde la sombra de la muerte, y ningún orden, sino horror eterno habita (Job 10, 21, 22). Tiene estatura cuando por ella el Señor promete propicio, diciendo: Como los cielos nuevos y la tierra nueva, que yo hago estar delante de mí, dice el Señor; así estará vuestra descendencia y vuestro nombre (Isaías 66, 22). Porque verdaderamente están delante del Señor aquellos que no disipan su vida en la maldad. Tiene altura cuando inmediatamente añade: Y será de mes en mes, y de sábado en sábado, y vendrá toda carne a adorar delante de mi rostro, dice el Señor (Ibid., 23). ¿Qué es el mes sino la

perfección de los días? ¿Y qué es el sábado sino el descanso en el que no se permite hacer obra servil? Por tanto, el mes de mes es, porque los que aquí viven perfectamente, allí son llevados a la perfección de la gloria. El sábado de sábado es, porque los que aquí cesan de la obra perversa, allí descansan en la retribución celestial. También tiene aspecto horrible cuando inmediatamente añade: Y saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí. Su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá (Ibid., 24). ¿Qué puede decirse o pensarse más horrible que recibir las heridas de la condenación y nunca terminar los dolores de las heridas? De este aspecto horrible de las ruedas se dice bien por Sofonías, cuando se anuncia el día del juicio que sobrevendrá a las mentes duras: Cercano está el día del Señor, grande, cercano y muy veloz. Voz del día del Señor amarga, allí se angustiara el fuerte. Día de ira aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor (Sof. 1, 14).

19. Pero como hemos expuesto las palabras de la rueda exterior, ahora debemos también exponer la estatura, altura y aspecto horrible de la rueda interior. La rueda interior tiene su estatura cuando por el santo Evangelio nos prohíbe inclinarnos a los deseos terrenales, diciendo con las voces de nuestro Redentor: Mirad que no se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez, o con las preocupaciones de esta vida (Luc. 21, 34). Tiene altura cuando promete sobre el mismo Redentor, diciendo: A todos los que creyeron en él, les dio potestad de ser hijos de Dios (Juan 1, 12). ¿Qué puede decirse más alto que esta potestad, qué más sublime que esta altura, en la que cada criatura se convierte en hijo del creador? Tiene aspecto horrible cuando habla de los réprobos, diciendo: Estos irán al suplicio eterno (Mat. 25, 46). Tiene estatura cuando la Verdad amonesta a los discípulos, diciendo: Vended lo que poseéis y dad limosna. Haced bolsas que no envejezcan (Luc. 12, 33). Tiene altura de promesa cuando dice: Vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. 8, 11). Tiene aspecto horrible cuando añade: Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Ibid., 12). A quienes de nuevo se dice con la voz de la Verdad: Moriréis en vuestros pecados (Juan 8, 21, 24). Tiene estatura cuando dice con las voces del primer pastor: Añadid a vuestra fe virtud, a la virtud conocimiento, al conocimiento templanza, a la templanza paciencia, a la paciencia piedad, a la piedad amor fraternal, al amor fraternal caridad (2 Pedro 1, 5). Tiene altura cuando poco después dice: Porque así se os ministrará abundantemente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (Ibid., 11). Quien de nuevo promete a los buenos pastores, diciendo: Cuando aparezca el príncipe de los pastores, recibiréis la corona de gloria que no se marchita (1 Pedro 5, 4). Tiene aspecto horrible cuando dice: Pero el día del Señor vendrá como ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se disolverán con calor (2 Pedro 3, 10, 6). Puesto que todas estas cosas han de ser disueltas, ¿qué clase de personas debéis ser en santas conversaciones y piedad, esperando y apresurándoos al advenimiento del día de Dios, por el cual los cielos, ardiendo, se disolverán, y los elementos se derretirán con el ardor del fuego? Tiene estatura cuando por Pablo nos levanta de los deseos terrenales, diciendo: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra, fornicación, impureza, lujuria, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría (Col. 3, 5). Tiene altura cuando promete, diciendo: Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Ibid., 3). Tiene aspecto horrible cuando amenaza, diciendo: En la revelación de nuestro Señor Jesucristo desde el cielo, con los ángeles de su poder en llama de fuego, dando venganza a los que no conocieron a Dios, y a los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, quienes sufrirán pena de eterna destrucción, alejados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Tes. 1, 7). Tiene estatura cuando nos amonesta, diciendo: Mirad que ninguno devuelva mal por mal a nadie, sino que siempre

procurad lo bueno entre vosotros y para con todos (1 Tes. 5, 15). Tiene altura cuando promete, diciendo: Si morimos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él (2 Tim. 2, 11). Y de nuevo: No son comparables las aflicciones del tiempo presente con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse (Rom. 8, 18). Tiene aspecto horrible cuando amenaza, diciendo: Una terrible expectativa de juicio, y el ardor de un fuego que ha de devorar a los adversarios (Heb. 10, 27). Quien de nuevo dice: Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo (Ibid., 31). Todo esto lo resume también en una breve sentencia, diciendo: Para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad (Efes. 3, 18). La caridad es ancha, porque abarca incluso el amor a los enemigos, y por esa caridad con la que Dios omnipotente nos ama ampliamente, también nos soporta con longanimidad. Por tanto, debemos mostrar a los prójimos lo que vemos que nuestro creador nos muestra a nosotros, indignos. Por tanto, la anchura y la longitud pertenecen a la estatura, porque a través del amor dilata las costumbres, para que la caridad soporte con longanimidad los males fraternos. La altura es aquella remuneración de los premios eternos, de cuya inmensidad se dice: Porque ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor. 2, 9). Por tanto, tiene altura en la sublimidad, porque los gozos eternos de los santos no pueden ser penetrados ahora por ningún pensamiento. También es profunda aquella inestimable condenación de los suplicios, que sumerge en lo más profundo a aquellos que recibe. En los cuales los sagrados discursos tienen aspecto horrible, porque infunden un terror inestimable a los oyentes cuando hablan de los suplicios del infierno. Por tanto, se dice bien: También había estatura en las ruedas, y altura, y aspecto horrible, porque la Sagrada Escritura en ambos Testamentos es recta al amonestar, alta al prometer, y terrible al amenazar.

Esto, hermanos amadísimos, sea suficiente para que hayamos dicho hoy, con la ayuda del Señor, para que, restaurados por el ocio, volvamos a discutir lo que sigue, confiando en el autor de todas las cosas, Dios y nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII. Se expone el versículo 18 con los cinco siguientes, principalmente sobre la utilidad de la lectura sagrada, y sobre la exhibición de los deberes de caridad con cautela, para que principalmente nos dediquemos a la penitencia.

1225 1. Como sabéis, hermanos amadísimos, la costumbre de la profecía es mirar ahora esto, ahora aquello, y derivar las palabras de un tema a otro de repente, como el Salmista cuando hablaba del Señor, diciendo: Dios es un juez justo, fuerte y paciente, ¿se enoja cada día? Si no os convertís, afilará su espada, tensará su arco y lo preparará; y en él ha preparado armas de muerte, ha hecho sus flechas ardientes (Sal. VII, 12, ss.); de repente añade: Concibió dolor y dio a luz iniquidad; abrió un pozo, lo cavó y cayó en la fosa que hizo (Ibid., 15). He aquí que mientras narraba la justicia del Señor, como si no hubiera cambiado de voz, de repente introdujo la culpa del pecador. Que esto que he dicho como ejemplo sea suficiente, porque quien tiene el hábito de leer a los profetas no ignora cuán frecuentemente hacen esto. Por lo tanto, ahora el profeta Ezequiel, mientras hablaba de las ruedas, añadió:

VERS. 18.---Y todo el cuerpo estaba lleno de ojos alrededor de ellos cuatro.

2. Porque al decir no de ellas, sino de ellos, indica claramente que de repente su discurso pasó de las ruedas a los animales. Por los cuales, sin duda, se designan los perfectos, como se ha dicho antes. Por lo tanto, los cuerpos de los animales se describen llenos de ojos, porque la acción de los santos es circumspecta por todas partes, deseando proveer lo bueno y evitando

astutamente lo malo. Y esto es más laborioso, donde la mente de los santos vigila intensamente, para que no se oculten ante sus ojos los males bajo la apariencia de bienes. Por lo tanto, la vida de los santos es circunspecta, para que no sea tan libre que sea soberbia, porque a menudo la soberbia se excede en las palabras y desea que la libertad de pureza sea vista. Para que no sea tan humilde que sea temerosa, porque a veces el miedo restringe el ánimo y no se atreve a decir lo que es correcto, pero sin embargo en ese pensamiento temeroso simula ser humilde. Para que no sea tan parca que sea tacaña, porque a menudo la tacañería desea ser estimada como parquedad, para que parezca justo y necesario retener lo que no quiere dar misericordiosamente al prójimo necesitado. Para que no sea tan misericordiosa que sea derrochadora, porque a veces se cree que la derroche es misericordia. Pues es una cosa dar a los prójimos lo necesario por piedad, y otra es dispersar lo que se posee sin intención de recompensa. Por lo tanto, todo lo que se hace debe ser ponderado en la raíz de la intención, para ver con qué mérito se tiene ante el juicio del Creador. Por eso el mismo Creador dice: Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Luc. XI, 34). Llamando ojo a la intención y cuerpo a la acción. Porque si nuestra intención es sencilla ante Dios, nuestra acción no será oscura en su juicio. Por lo tanto, porque los hombres santos vigilan astutamente para mirarse por todas partes y protegerse en todo lugar, para que no deseen los males por sí mismos, ni hagan estos mismos bajo la apariencia de bienes, es decir, para que no se engañen a sí mismos creyendo que los vicios son virtudes, tienen todo el cuerpo lleno de ojos alrededor, porque toda su acción está rodeada y llena de la providencia de la solicitud.

3. De aquí que el apóstol Pablo, al ver que los Corintios querían perdonar a un penitente por un crimen cometido, dijo: Si perdonáis algo a alguien, también yo. Pues también yo lo que he perdonado, lo he hecho por vosotros en la persona de Cristo, para que no seamos engañados por Satanás. No ignoramos sus pensamientos (II Cor. II, 10). Pues si había que perdonar, ¿por qué el maestro insigne se asocia con tanta humildad a la voluntad de los discípulos, para que ni él mismo ni los discípulos parezcan divididos en la causa de la compasión, sino porque con el ojo de la providencia atento observa que a menudo, mientras uno perdona, otro se enoja? ¿Y qué clase de sacrificio de misericordia es el que se ofrece con la discordia del prójimo? Por eso dice correctamente: Para que no seamos engañados por Satanás. No ignoramos sus pensamientos. Porque evidentemente suele introducir el mal de la discordia en el corazón de uno, desde donde ve que otro ha hecho una obra de piedad. Pues es un bien imperfecto el que se hace de tal manera que no se atiende a que no se le infiltre ningún mal por otro lado, a menos que tal vez lo que no puede hacerse sin escándalo de alguien, sea culpa no haberlo hecho.

4. Esto lo decimos para que hagamos saber a vuestra caridad que en nuestra buena obra a veces hay que evitar el escándalo del prójimo, y a veces debe ser despreciado como nada. Lo que aprendemos de nuestro mismo autor, quien, cuando se le pidió el tributo a Pedro, primero propuso un paradigma por el cual respondió que no debía nada, diciendo: Los reyes de la tierra, ¿de quiénes reciben tributo o censo, de sus hijos o de los extraños? (Mat. XVII, 24, 25). Y cuando se le dijo De los extraños, respondió de inmediato: Entonces los hijos son libres. Pero después de haber mostrado que era libre, para no escandalizar a nadie, añadió: Pero para que no los escandalicemos, ve al mar, echa el anzuelo, y toma el pez que primero suba, y al abrir su boca encontrarás un estatero; tómalo y dáselo por mí y por ti (Ibid., 26). Y nuevamente cuando dijo que todo lo que entra en la boca no contamina al hombre, entonces acercándose los discípulos le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír esta palabra, se escandalizaron? (Mat. XV, 11, ss.) Pero él respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada. Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos. He aquí que la Verdad

maestra, para que no se generara escándalo en los corazones de algunos, dio el tributo que no debía; y nuevamente, porque vio que se generaría escándalo en los corazones de algunos contra la verdad, permitió que permanecieran en su escándalo.

5. De lo cual debemos considerar que, en cuanto podamos sin pecado, debemos evitar el escándalo de los prójimos. Pero si el escándalo se toma de la verdad, es más útil permitir que nazca el escándalo que abandonar la verdad. Por lo tanto, los cuerpos de los animales están llenos de ojos cuando se miran cautelosamente de un lado a otro.

6. Pero debemos saber que a menudo, mientras nos ocupamos de unas cosas, descuidamos otras; y donde descuidamos, allí sin duda no tenemos ojo. Pues aquel fariseo que subió al templo a orar, como testifica el Evangelio, sabemos lo que dijo. Dijo: Dios, te doy gracias (Luc. XVIII, 11). Correctamente daba gracias a Dios, de quien había recibido los bienes que había hecho. También añade: Porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, o como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo (Ibid., 12). He aquí que para mostrar abstinencia, para ejercer misericordia, para dar gracias a Dios, el fariseo tenía ojo, pero no tenía ojo para guardar la humildad. ¿Y de qué sirve que casi toda la ciudad se custodie cautelosamente contra las insidias del enemigo, si se deja un agujero abierto por donde entren los enemigos? ¿De qué sirve, pues, la custodia que se pone casi por todas partes, cuando a los enemigos se les abre toda la ciudad por el descuido de un solo lugar? Pero el fariseo que mostró ayuno, dio diezmos, dio gracias a Dios, casi vigiló por el circuito en la custodia de su ciudad. Pero porque no atendió un agujero de soberbia en sí mismo, allí soportó al enemigo, donde por negligencia cerró el ojo. Porque las mentes de los santos, vigilantes y circunspectas por todas partes, en toda su obra llevan el ojo del temor y la solicitud, para que no hagan lo malo, o no hagan lo recto que se les ha mandado, o después de haber cumplido con buenas obras, se enorgullezcan en sus pensamientos, y ofendan tanto más gravemente cuanto más justos parecen por fuera y pecan más ocultamente, se dice correctamente: Todo su cuerpo está lleno de ojos alrededor.

7. También debemos saber que en la traducción antigua no se dice: Todo su cuerpo está lleno de ojos alrededor, sino que se dice: Sus espaldas están llenas de ojos. 1226 Esta sentencia no discrepa del sentido edificante. Pues las cosas que están en la cara a menudo también los hombres pecadores suelen custodiar. Pero los hombres justos, porque se custodian a sí mismos incluso en aquellas cosas que no se ven en la cara y en lo visible, se dice que tienen ojos en las espaldas. Por lo tanto, quienes disciernen incluso las cosas ocultas, y se custodian de aquellas que están ocultas, ciertamente tienen ojos en las espaldas. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera, porque vemos las cosas que están ante nuestra cara, pero nuestras espaldas las ve otro en nosotros, y nosotros no podemos verlas. Pero porque los hombres santos se miran solícitamente en aquellas cosas en las que pueden ser juzgados por otros, y se ven estrictamente a sí mismos, así como a menudo son vistos estrictamente por otros, quienes en sí mismos no ignoran ni siquiera aquellas cosas que podrían ocultarse, llevan luz en la espalda. Sigue:

VERS. 19.---Y cuando los animales caminaban, las ruedas caminaban junto a ellos; y cuando los animales se elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban con ellos.

8. Los animales caminan cuando los hombres santos en la Sagrada Escritura entienden cómo vivir moralmente. Pero los animales se elevan de la tierra cuando los hombres santos se suspenden en la contemplación. Y porque cada uno de los santos, cuanto más progresa en la Sagrada Escritura, tanto más progresa esta misma Escritura ante él, se dice correctamente: Cuando los animales caminaban, las ruedas caminaban junto a ellos; y cuando los animales se

elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban con ellos, porque las palabras divinas crecen con el lector; pues tanto más alto las entiende uno, cuanto más alto se aplica a ellas. Por lo tanto, las ruedas no se elevan si los animales no se elevan, porque a menos que las mentes de los lectores progresen hacia lo alto, las palabras divinas, como en lo bajo, yacen no entendidas. Pues cuando a cualquier lector el discurso de la Sagrada Escritura (si el sentido del divino discurso parece tibio) no excita su mente, y en su pensamiento no brilla con ninguna luz de entendimiento, la rueda está ociosa y en la tierra, porque el animal no se eleva de la tierra. Pero si el animal camina, es decir, busca el orden de vivir bien, y por el paso del corazón encuentra cómo poner el paso de la buena obra, las ruedas caminan junto a él, porque tanto progreso encuentras en el sagrado discurso, cuanto tú mismo has progresado ante él. Pero si el animal alado se extiende en la contemplación, las ruedas se elevan de inmediato de la tierra, porque entiendes que no son terrenales las cosas que antes creías dichas según el modo terrenal en el sagrado discurso. Y sucede que sientes que las palabras de la Sagrada Escritura son celestiales, si encendido por la gracia de la contemplación te suspendes a ti mismo hacia lo celestial. Y se reconoce la maravillosa e inefable virtud del sagrado discurso, cuando el amor supremo penetra el ánimo del lector. Por lo tanto, porque el animal se eleva a lo alto, la rueda vuela. Sigue:

VERS. 20.---A dondequiera que iba el espíritu, allí iba el espíritu y las ruedas se elevaban con él, siguiéndolo.

9. Pues a donde tiende el espíritu del lector, allí se elevan las palabras divinas, porque si en ellas buscas algo alto viendo y sintiendo, estas mismas palabras sagradas crecen contigo, ascienden contigo a lo más alto. Pero se dice bien de estas ruedas: Siguiéndolo. Pues el espíritu del lector, si busca en ellas saber algo moral o histórico, el sentido moral de la historia lo sigue. Si busca algo típico, de inmediato se reconoce la locución figurada. Si busca algo contemplativo, de inmediato las ruedas como si recibieran alas, se suspenden en el aire, porque en las palabras del sagrado discurso se abre la inteligencia celestial. Por lo tanto, a dondequiera que iba el espíritu, allí iba el espíritu y las ruedas se elevaban con él, siguiéndolo. Pues las ruedas siguen al espíritu, porque las palabras del sagrado discurso, como se ha dicho muchas veces, crecen según el sentido de los lectores a través del entendimiento.

10. Pues en una misma sentencia de la Escritura, uno se alimenta solo de la historia, otro busca la inteligencia típica, y otro busca la inteligencia contemplativa a través del tipo. Y sucede a menudo que, como se ha dicho, en una misma sentencia se pueden encontrar los tres a la vez. Pues Moisés, cuando fue llamado desde la zarza ardiente (Éxodo III, 3), se acercó para ver la visión, y he aquí que la zarza ardía y no se consumía. Este es un gran milagro. Si buscas solo la historia en él, hay de qué nutrir el ánimo del lector, para que veas que en la madera el fuego arde y no consume. Pero si buscas la inteligencia típica, ¿qué es la llama sino la ley, de la cual está escrito: En su diestra había una ley de fuego (Deut. XXXIII, 2)? ¿Y qué es aquella zarza sino el pueblo judío, cubierto de espinas de sus pecados? Pero la zarza ardiente no pudo consumirse, porque el pueblo judío recibió el fuego de la ley, y sin embargo no abandonó las espinas de sus pecados, ni la llama del divino discurso consumió sus vicios. Tal vez en este hecho otro desea contemplar cosas mayores a través del tipo. Porque su sentido crece, las ruedas se elevan con él. Pues entre los hombres se hizo perfecto hombre el único Hijo de Dios, quien no tuvo sus propios pecados, pero asumió las espinas de nuestra maldad, y se dignó humillarse hasta la pasión por nosotros, y en sí mismo recibir el fuego de nuestra tribulación. Pero ardió y no ardió, porque tanto murió en su humanidad, y sin embargo permaneció inmortal en su divinidad. Asumió de nosotros lo que sería sacrificio por nosotros, y sin embargo permaneció impasible e inmutable en lo propio, para cambiarnos a

nosotros de lo nuestro. Tal vez otro busca a través de la historia, la moralidad, y otro a través de la inteligencia de la alegoría la contemplación. Está claro para todos según la historia lo que está escrito en la ley, que la tórtola que se ofrece por el pecado, se le retuerza la cabeza hacia las alas, de modo que quede adherida al cuello, y no se corte completamente (Lev. I, 15; V, 8). En cuyas palabras no hay duda en el sentido histórico para los lectores. Pero si buscas entender esto moralmente, la rueda se mueve cuando la sentencia del sagrado discurso se lleva a la inteligencia moral. Pues nosotros mismos debemos ser la tórtola en el sacrificio del omnipotente Dios, de modo que nuestra cabeza se retuerza hacia las alas, es decir, el ánimo hacia las virtudes. Pues no sin razón entendemos por cabeza la mente, porque así como la cabeza gobierna el cuerpo, así la mente gobierna las acciones. Pero se ordena que la cabeza se retuerza hacia las alas, para que hagas lo que dices, y la boca se una a las obras. Y no se debe cortar la cabeza de tal manera que se separe del cuerpo, sino que se ordena que, cortada en parte, permanezca adherida a su cuerpo, porque nuestra mente debe ser cortada de la delectación carnal, pero no debe ser cortada de la necesaria atención a la carne. Pues está escrito: No hagáis provisión para la carne en sus deseos (Rom. XIII, 14). Lo que, por lo tanto, se prohíbe hacer en los deseos, sin duda se concede en la necesidad. Por lo tanto, la cabeza de la tórtola está cortada en parte, y en parte permanece adherida, para que, como se ha dicho, nuestra mente esté cortada de la voluntad de la carne, y sin embargo no esté cortada de la necesidad. ¿Qué, si este tipo de sacrificio bajo la inteligencia típica de nuestro Redentor otro lo busca para la contemplación? Que el ánimo ascienda, pues, a cosas más fuertes, que los animales se eleven, para que las ruedas se eleven con ellos. Pues ¿quién es nuestra cabeza sino el Redentor del género humano? De quien está escrito: Él mismo dio la cabeza sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo (Efes. I, 22). A quien, cuando los judíos lo perseguían, intentaron borrar su nombre de la tierra. Y cuando lo vieron crucificado y sepultado, creyeron que lo habían separado del amor de todos. Pero la cabeza de la tórtola fue cortada y sin embargo no fue separada de su cuerpo, porque por lo que sufrió la muerte por nosotros, nos unió más verdaderamente a todos nosotros en su misma muerte; y por lo que se retiró visiblemente de nuestros ojos, se enraizó invisiblemente en nuestras mentes. Por lo tanto, la cabeza de la tórtola cortada permaneció adherida al cuerpo, porque nuestro Redentor sufrió por nosotros, pero no fue separado de nosotros por la pasión. Por lo tanto, porque las palabras del sagrado discurso crecen con el espíritu de los lectores, se dice correctamente ahora: A dondequiera que iba el espíritu, allí iba el espíritu y las ruedas se elevaban con él, siguiéndolo. Y se añade:

IBID.---Porque el espíritu de vida estaba en las ruedas.

11. Pues en las ruedas está el espíritu de vida, porque por las palabras sagradas somos vivificados por el don del espíritu, para que rechacemos de nosotros las obras mortales. También puede entenderse que el espíritu va cuando Dios toca el ánimo del lector de diversas maneras y órdenes, cuando lo excita en el celo a través de las palabras del sagrado discurso, lo levanta a la venganza, lo mitiga a la paciencia, lo instruye en la predicación, lo conmueve a los lamentos de la penitencia. Pero corramos brevemente por estas mismas palabras que hemos dicho, y veamos cómo las ruedas siguen al espíritu, que se dice espíritu de vida, y se afirma que está en las ruedas.

Ciertamente, si el espíritu de vida toca el ánimo del lector en el fervor del celo, de inmediato ve en los sagrados discursos que Moisés, al regresar al campamento y conocer que el pueblo había pecado por los ídolos, lo derribó por el fervor del espíritu con espadas (Éxodo XXXII, 27); que Finees, persiguiendo la lujuria, aplacó la ira del Señor con la espada (Núm. XXV, 8); que Pedro a los que le mentían, los hirió con la palabra y los mató (Hechos V, 5, 10). Que Pablo, a los discípulos negligentes, les amenaza con la vara (I Cor. IV, 21).

12. Si el espíritu de vida toca el alma del lector para conservar la paciencia, inmediatamente siguen las ruedas, porque en las sagradas escrituras encuentra que Moisés y Aarón, cuando sufrieron la persecución del pueblo por hablar rectamente, corrieron al tabernáculo, orando por el mismo pueblo del que huían (Núm. XX, 6). Sin embargo, su santa mente soportó la arrogancia de los soberbios, y no estalló en odio contra ellos. La verdadera paciencia es aquella que ama incluso a quien soporta. Pues tolerar pero odiar no es virtud de mansedumbre, sino un velo de furia. En las mismas escrituras (I Sam. VIII, 22) se encuentra que Samuel, depuesto de su principado, confiesa haber orado incluso por quienes lo depusieron; que ninguno de los santos llegó a la gloria celestial sino conservando la paciencia; que el mismo autor del género humano soportó escupitajos, golpes, una corona de espinas, la cruz, la lanza, y sin embargo oró por sus perseguidores.

13. Si el espíritu de vida excita el alma del lector al estudio de la predicación, inmediatamente siguen las ruedas, porque en las sagradas escrituras encuentra que Moisés, por mandato del Señor, se levantó con palabras de libre predicación contra el rey de Egipto (Éxodo V, 10); que Esteban dijo a los judíos infieles: "Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo" (Hechos VII, 51), y no temió entre las piedras (Ibid., 57); que Pedro, golpeado con varas para que no hablara en el nombre de Jesús, respondió con gran libertad: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Ibid., V, 28, 29); que Pablo fue encadenado (Filip. I, 14), pero la palabra de Dios no está encadenada (II Tim. II, 9).

14. Si el espíritu de vida conmueve al lector al lamento de la penitencia, inmediatamente siguen las ruedas, cuando las palabras de las sagradas escrituras presentan a David penitente; que, reprendido por el profeta, porque no fue sujeto al Rey celestial, no se avergonzó de confesar lo que hizo al ser reprendido (II Sam. XII, 13); que el publicano, que reconoció la culpa de su maldad, aunque llegó injusto al templo, salió justificado del templo (Lucas XVIII, 13, 14); que Pedro lavó con lágrimas las manchas de su negación (Mateo XXVI, 75); que el ladrón que en la cruz reconoció su culpa, en la misma muerte encontró el perdón (Lucas XXIII, 43). Sobre estas ruedas el mismo profeta repite y añade:

VERS. 21.---Con los que iban, iban, y con los que estaban, estaban; y cuando se elevaban de la tierra, se elevaban también las ruedas, siguiéndolos, porque el espíritu de vida estaba en las ruedas.

15. Esto, como sabéis, hermanos carísimos, en gran parte ya ha sido dicho, pero se narra con una descripción repetida. No nos cansemos, por tanto, de repetir brevemente exponiendo lo que el espíritu se dignó narrar repitiendo a través del profeta. Solo se añade algo nuevo en estas palabras, que se dice: "Con los que estaban, estaban". Hay algunos que progresan hasta el punto de saber bien administrar las cosas terrenales que han recibido, se dedican a las obras de misericordia, socorren a los oprimidos. Estos, evidentemente, van, en cuanto se dirigen a la utilidad del prójimo. Con ellos, por tanto, las ruedas caminan, porque las sagradas escrituras disponen los pasos de sus palabras en su camino. Y hay otros que en la fe que han recibido son tan fuertes para resistir cualquier adversidad, que no solo no son arrastrados a la perversidad de la infidelidad, sino que también combaten a los que hablan perversamente, y los llevan a la rectitud. Con estos que están firmes, también están firmes las ruedas, porque las palabras de la sagrada escritura confirman su rectitud, cuando oyen en ellas: "Estad firmes y retened las tradiciones que habéis aprendido" (II Tes. II, 15). Y de nuevo: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar, al cual resistid firmes en la fe" (I Pedro V, 8, 9). Y hay otros que desprecian todas las cosas

terrenales, no se dignan poseer nada que pase, y se suspenden, como se ha dicho, en la contemplación de Dios. Con estos, por tanto, elevados, también las ruedas se elevan, porque en cuanto uno progresa hacia lo alto, en tanto las sagradas escrituras le hablan de cosas más altas. Los seres, por tanto, van hacia la utilidad del prójimo, están firmes para su propia custodia, se elevan hacia la contemplación de Dios.

16. Pero también las ruedas van, están firmes, se elevan, porque la lectura sagrada buscada se encuentra tal como es el mismo que la busca. Has progresado hacia la vida activa, camina contigo. Has progresado hacia la inmovilidad y constancia del espíritu, está firme contigo. Has llegado a la vida contemplativa por la gracia de Dios, vuela contigo. Y de nuevo se añade: "Porque el espíritu de vida estaba en las ruedas". Esto se dice por segunda vez que el espíritu de vida está en las ruedas, porque las sagradas escrituras son dos Testamentos, que el espíritu de Dios quiso que se escribieran ambos, para liberarnos de la muerte del alma. O ciertamente porque hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor del prójimo, por los cuales ambos nos vivifican las palabras de las sagradas escrituras. Por segunda vez, por tanto, se dice que el espíritu de vida estaba en las ruedas, porque captamos el amor de Dios y del prójimo en las palabras divinas. Pues por los preceptos de la sagrada escritura revivimos, quienes yacíamos muertos en culpa. Por lo cual se dice al Señor omnipotente a través del salmista: "Nunca olvidaré tus justificaciones, porque en ellas me has vivificado" (Salmo CXVIII, 93). Las justificaciones son llamadas los preceptos del Señor, en los cuales nos corrige justificándonos. De las cuales el salmista dice más claramente: "En tus justificaciones meditaré, no olvidaré tus palabras" (Ibid., 16). En ellas, por tanto, nos vivifica, porque por ellas nos muestra la vida espiritual, y la infunde en nuestras mentes por el soplo del espíritu. Y porque esto se realiza diariamente por el don de la gracia en las mentes de los elegidos, se dice correctamente: "El espíritu de vida estaba en las ruedas".

17. Esta escritura se nos ha hecho luz del camino en las tinieblas de la vida presente. De aquí, pues, Pedro dice: "A la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro" (II Pedro I, 19). De aquí el salmista dice: "Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis caminos" (Salmo CXVIII, 105). Sin embargo, sabemos que incluso esta nuestra lámpara es oscura para nosotros, a menos que la verdad la ilumine en nuestras mentes. Por lo cual el salmista dice de nuevo: "Porque tú iluminas mi lámpara, Señor, mi Dios, ilumina mis tinieblas" (Salmo XVII, 29). ¿Qué es, pues, una lámpara ardiente, sino luz? Pero la luz creada no nos alumbra, a menos que sea iluminada por la luz no creada. Porque, pues, el Dios omnipotente para nuestra salvación creó y abrió las palabras de los santos Testamentos, el espíritu de vida estaba en las ruedas. Sigue:

VERS. 22.---Y la semejanza sobre las cabezas de los seres vivientes de un firmamento, como el aspecto de un cristal terrible, extendido sobre sus cabezas por encima.

18. Esto, con la ayuda del Señor, lo expondremos de dos maneras, para que dejemos al juicio del lector qué debe elegir. Pues por el nombre de firmamento pueden entenderse las potestades celestiales. Este firmamento se dice correctamente como el aspecto de un cristal, porque el cristal es muy fuerte, pero se solidifica a partir del agua. Y la naturaleza angélica, cuando fue creada, recibió libre albedrío, si quería permanecer en humildad y permanecer en la presencia del Dios omnipotente, o caer en la soberbia y caer de la bienaventuranza, por similitud fue agua. Pero porque, al caer otros, los santos ángeles permanecieron en su bienaventuranza, y recibieron esto como don, que ya no pueden caer en absoluto, su naturaleza, porque ya no puede ser llevada de manera mutable, se endureció como en la magnitud del cristal. Este cristal se dice terrible y extendido sobre las cabezas de los seres vivientes, porque esas potestades angélicas, que asisten a la presencia del Dios omnipotente,

son terribles y temibles para nosotros, que aún estamos en esta corrupción. Sus gozos ahora, porque exceden el sentido de nuestras mentes, se recuerdan sobre las cabezas de los seres vivientes. ¿Quién, pues, en carne corruptible puede comprender cuál es esa inefable y sin fin alegría de los ángeles? ¿Qué bienaventuranza, ver sin defecto el rostro del creador, y permanecer sin cambio en su deleite?

19. Pero por el nombre de firmamento puede entenderse figuradamente nuestro Redentor, verdadero Dios sobre todo, y hecho hombre perfecto entre todo, en quien nuestra naturaleza fue confirmada ante el Padre. De quien también se dice proféticamente por el salmista: "Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti" (Salmo LXXIX, 18). La naturaleza humana, pues, antes de ser asumida por el creador de todo, era tierra; no era firmamento. Al hombre pecador se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis III, 19). Pero después de ser asumida por el autor de todo, y elevada a los cielos, y llevada sobre los ángeles, se hizo firmamento, que era tierra. Pero el firmamento que se ve, de qué tiene semejanza, se añade, cuando se dice: "Como el aspecto de un cristal terrible". El cristal, como se ha dicho, se congela a partir del agua y se hace robusto. Sabemos cuánta es la movilidad del agua. Pero el cuerpo de nuestro Redentor, porque hasta la muerte estuvo sujeto a pasiones, fue en algo semejante al agua, porque al nacer, crecer, fatigarse, tener hambre, sed, morir, hasta su pasión, corrió móvilmente a través de los momentos del tiempo. Su curso, viendo el profeta, dice: "Se alegró como un gigante para correr el camino" (Salmo XVIII, 6). Pero porque por la gloria de su resurrección se fortaleció en virtud de la incorruptibilidad a partir de su misma corrupción, endureció como el cristal a partir del agua, para que en él esta misma naturaleza fuera, y en ella ya no hubiera la mutabilidad de la corrupción que había sido. El agua, pues, se convirtió en cristal, cuando su debilidad de corrupción se transformó por su resurrección en la firmeza de la incorruptibilidad.

20. Pero se debe notar que este cristal se dice terrible, es decir, temible. ¿Quién no sabe cuánta es la belleza del cristal? Y es sorprendente cómo en este cristal conviene la belleza con el temor. Pero a todos los que saben la verdad les consta que el Redentor del género humano, cuando aparezca como juez, será hermoso para los justos y terrible para los injustos. A quien los elegidos ven manso, a este mismo los reprobos lo ven temible y terrible. Pero por eso los elegidos no lo verán entonces terrible, porque ahora no cesan de considerar su terror. Consideran diligentemente cuán terrible vendrá al juicio, lloran las culpas pasadas, evitan las inminentes; ponen diariamente su terror ante los ojos de la mente, y cuán tremendo aparecerá sin cesar lo sospechan, y diariamente actúan con temor para que cuando venga no lo teman. La semejanza, pues, sobre las cabezas de los seres vivientes del firmamento como el aspecto de un cristal terrible. Y porque ese mismo temor de él, que tienen en sus pensamientos, protege sus mentes, correctamente se añade: "Extendido sobre sus cabezas por encima". Este firmamento que aparece en semejanza de cristal sobre las cabezas de esos seres vivientes, es terrible y extendido, porque de donde aterra a las mentes de los buenos, de allí las protege. Pues si no fuera temible en sus corazones, no sería protector de ellos ahora de los pecados y después de los castigos. Porque siempre consideran qué temor se avecina del juicio, conservan las alas de las virtudes en rectitud. Por lo cual se añade adecuadamente:

VERS. 25.---Bajo el firmamento, sin embargo, sus alas eran rectas una hacia la otra.

21. Entonces las alas de las virtudes bajo el firmamento son rectas, cuando el bien que uno tiene, lo imparte al otro, para que quien ha recibido la sustancia terrenal, alivie la necesidad del prójimo indigente; quien está lleno de la gracia de la doctrina, ilumine las tinieblas del ignorante con la palabra de su predicación; quien está apoyado en el poder temporal, alivie a los oprimidos de las violencias; quien está lleno del espíritu de profecía, desvíe de la vida del

prójimo los males inminentes, persuadiendo el bien; quien ha recibido la gracia de la curación, imparta piadosa y humildemente su intercesión para la salud de los enfermos; quien, libre de los actos terrenales, ha merecido dedicarse solo a Dios, interceda por los prójimos pecadores. Pero sucede a menudo que quien está demasiado ocupado con la sustancia terrenal no vigila en la oración tanto como debe. Y sucede a menudo que quien está libre de todas las cargas del mundo para orar al Señor, no tiene sustento para vivir. Pero mientras el rico proporciona alimento y vestido al pobre, y mientras el pobre le ofrece su oración al alma del rico, las alas de los seres vivientes se extienden rectas una hacia la otra. Pues mientras él me ofrece la palabra de la predicación, y expulsa de mi corazón las tinieblas de la ignorancia con la luz de la verdad, y mientras yo le ofrezco a él, porque tal vez está oprimido por el poderoso de este mundo, el consuelo de mi defensa, y lo arranco de las manos violentas, mutuamente nos extendemos nuestras alas, para que nos toquemos con afecto y ayuda mutua con el bien que hemos recibido. Por lo cual el primer pastor amonesta bien, diciendo: "El fin de todas las cosas se acerca. Sed, pues, prudentes y velad en las oraciones; sobre todo, tened entre vosotros un amor mutuo constante, porque el amor cubre multitud de pecados. Hospedaos unos a otros sin murmuraciones. Cada uno según ha recibido un don, adminístrelo a los otros" (I Pedro IV, 7, ss.). Lo que, pues, en Ezequiel se llama ala, en el apóstol Pedro se llama gracia recibida. Y lo que él dice: "Rectas las alas una hacia la otra", esto dice el pastor de la Iglesia: "Cada uno según ha recibido un don, adminístrelo a los otros" (Ibid., 10). Pues nuestras alas ya no son rectas, si se reflejan solo en nuestra utilidad. Pero se hacen rectas cuando dirigimos hacia la utilidad del prójimo lo que tenemos. Porque como nuestros bienes no son de nosotros, sino que los hemos recibido de aquel que hizo que existiéramos, tanto no debemos retenerlos privados para nosotros, cuanto vemos que nos han sido dados por nuestro autor para la utilidad común. Por lo cual correctamente el apóstol Pedro añade en la exhortación de esta cosa, diciendo: "Como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios" (I Pedro IV, 10). Y aún añade: "Si alguno habla, hable como los oráculos de Dios; si alguno ministra, ministre como de la virtud que Dios administra" (Ibid., 11). Como si dijera abiertamente: Humildemente impartid el bien a los prójimos, porque sabéis que no tenéis de vosotros lo que tenéis. Pues cualquier ala de virtud cuando se extiende al prójimo impartiendo, no será recta si carece de humildad. Sigue:

IBID.---Cada uno cubría su cuerpo con dos alas, y el otro igualmente se cubría.

22. Porque por el cuerpo se significa la acción, y por las alas las virtudes, ya lo hemos dicho arriba (Hom. 4, n. 5). Y cuando dice: "Bajo el firmamento, sin embargo, sus alas eran rectas una hacia la otra", se debe preguntar cómo se añade: "Cada uno cubría su cuerpo con dos alas". En lo cual se indica claramente que tanto extendían las alas uno hacia el otro, y sin embargo cubrían su propio cuerpo con dos alas. ¿Qué es esto, sino que así debemos impartir las virtudes que hemos recibido a los demás, que no dejemos de considerar cautelosamente en qué hemos pecado, y llorar diariamente nuestra culpa con temor y penitencia? Pues las dos alas superiores, con las que se cubre el cuerpo, dijimos que son el temor y la penitencia. Así, pues, crezcamos en caridad, para que extendamos las alas hacia los prójimos; y nunca dejemos de considerar y llorar por nosotros mismos. Las alas se extienden al lado, las alas cubren los cuerpos, para que tanto demos ejemplos de buenas acciones, y el temor y la penitencia oculten de juicio los males que hemos hecho. En la traducción antigua se dice de estas alas: "A cada uno dos unidas, y cubriendo sus cuerpos". En estas palabras se entiende que eran las mismas alas las que se unían una hacia la otra, y las mismas que cubrían sus cuerpos. Lo cual se toma bien figuradamente, porque esas virtudes nos protegen ante el Dios omnipotente, que impartimos y unimos a los prójimos con caridad; con quienes, mientras vivimos concordemente, velamos los males que hemos hecho. Por estas alas, pues, también

pueden entenderse los dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y del prójimo. Pues amando a Dios, perseguimos nuestros males en nosotros, es decir, cubrimos el cuerpo. Amando al prójimo, nos apresuramos a ayudarlo en lo que podemos, es decir, extendemos las alas hacia el otro.

23. Pero esto que se añade, "Y el otro igualmente se cubría", no se encuentra en la traducción antigua. Y se puede preguntar por qué después de haber dicho: "Cada uno cubría su cuerpo con dos alas", se añade: "Y el otro igualmente se cubría". Examinando cuidadosamente la traducción de los setenta intérpretes, de Aquila, de Teodoción y de Símaco, no encontramos nada de estas palabras; pero releendo los escritos del beato Jerónimo, reconocimos que encontró esta sentencia así puesta en la verdad hebrea, no ciertamente según la palabra, sino según el sentido. Pues se puede preguntar por qué después de haber dicho: "Cada uno cubría su cuerpo", se añade inmediatamente: "Y el otro igualmente se cubría". Pues si dijera uno y otro, la forma de hablar sería correcta. Pero después de haber dicho "Cada uno", ¿por qué se añade "el otro", cuando en cada uno se comprenden todos? Pero si distinguimos tanto la vida de los perfectos como los méritos de los que progresan, vemos que "cada uno" y "el otro" no están puestos irracionalmente. Pues quienes lloran por sí mismos y extienden las alas de las virtudes hacia los prójimos como ejemplo, sin duda son perfectos. Pero hay muchos de los pequeños que ven y imitan sus lágrimas. Y quienes podrían estar desnudos en sus maldades, consideran a los hombres santos y más vigilantes; y pronto, enojados con sus maldades, se encienden para llorar, y se inflaman hacia la penitencia. Y al ver que los santos cubren sus cuerpos, ellos también se cubren con las alas de sus lágrimas. Pues se hieren a sí mismos con grandes reproches; ¿por qué quienes no tienen virtudes no lloran por sus pecados, si aún aquellos que ya extienden las alas de las virtudes como ejemplo hacia los prójimos no cesan de llorar?

24. En estas palabras es necesario que nosotros, que aún somos pequeños, pongamos siempre ante los ojos de nuestra mente tanto las virtudes como las lágrimas de los perfectos. Imitemos lo que vemos en ellos, para que, al comenzar a crecer por incrementos, podamos cubrir con ello los males que hemos hecho en el estricto juicio. En los continuos llantos, en nuestra penitencia diaria, tenemos un sacerdote en los cielos que intercede por nosotros. De quien también se dice por Juan: Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan 2, 1). He aquí que el alma se regocija cuando escuchamos el poder de nuestro abogado. Pero nuestro regocijo es nuevamente mordido por el temor, porque aquel que es nuestro abogado es llamado justo. Nosotros, en efecto, tenemos causas injustas, y el abogado justo de ningún modo acepta causas injustas, ni consiente en hablar por la injusticia. ¿Qué hacemos, pues, queridos hermanos míos? Pero he aquí que se presenta a la mente qué debemos hacer. Los males que hemos hecho, abandonémoslos y acusemos. Está escrito: El justo es el primero en acusarse a sí mismo (Prov. 18, 17). Pues cualquier pecador convertido en lágrimas ya comienza a ser justo cuando empieza a acusar lo que ha hecho. ¿Por qué no sería justo quien ya se enfurece contra su injusticia a través de las lágrimas? Por tanto, nuestro abogado justo nos defenderá en el juicio, porque nos reconocemos y nos acusamos a nosotros mismos como injustos. No confiemos, pues, en las lágrimas, ni en nuestros actos, sino en la alegación de nuestro abogado, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VIII. Se explican desde el versículo 24 lo que queda del primer capítulo, junto con el inicio del segundo capítulo; y se diserta sobre la divinidad de Cristo, la Encarnación del

Verbo, la predicación, la congregación de la Iglesia, su multiplicación, unidad, y muchas otras cosas.

1235. Que muchos progresan por los ejemplos de los justos, fue tratado al final de la locución anterior. Y el profeta nos lo revela con mayor certeza cuando añade a lo que había dicho:

VERS. 24.--- Y oía el sonido de las alas, como el sonido de muchas aguas.

1. En el lenguaje sagrado, las aguas suelen designar a los pueblos. Por eso se dice por Juan: Las aguas son pueblos (Apoc. 17, 15). Y el pueblo se designa por las aguas porque en la vida tiene un sonido por el tumulto de la carne, y diariamente fluye por el curso de la mortalidad. Como ya hemos dicho muchas veces, las alas son las virtudes de los santos. ¿Qué es, entonces, lo que el profeta oye el sonido de las alas como el sonido de muchas aguas, sino que por la piedad del Dios omnipotente, aquellas alas de virtudes, que antes sonaban en pocos santos, ahora, difundidas por la predicación, resuenan en la conversación de muchos pueblos? Pues, encarnado, padecido y resucitado el Señor, hubo pocos animales alados, porque fueron muy raros los que deseaban las cosas celestiales y se elevaban a lo alto con las alas de las virtudes. Pero después de que la predicación de su divinidad se difundió en el mundo, ¿cuántos pequeños, cuántos más graves, cuántos jóvenes fuertes, cuántas pecadoras convertidas, cuántas ancianas vírgenes vuelan hacia las cosas celestiales por la fe, la esperanza y el amor, quién puede decirlo, quién puede estimarlo? He aquí el sonido de las alas, que antes estaba en pocos animales, ahora resuena en los pueblos, ahora las alas de las virtudes levantan a la multitud del mundo hacia el deseo celestial. Bien se dice, pues: Y oía el sonido de las alas, como el sonido de muchas aguas, porque, como hemos dicho antes, aquel sonido de las virtudes que antes se hacía en el oído de Dios por pocos santos, después se multiplicó por muchas aguas, es decir, por innumerables pueblos. De este sonido se añade aún bien:

IBID.---Como el sonido del Dios sublime.

2. ¿Qué es que el sonido de las alas en los santos animales se diga como el sonido del Dios sublime, sino que el Dios omnipotente llena las mentes de los santos con deseo celestial, y él mismo escucha a los llenos? Él mismo crea en los corazones de los santos el amor, y él mismo recibe la oración de los corazones amantes. Pedro lloró amargamente su negación, pero sin embargo se dice antes que Jesús miró a Pedro (Luc. 22, 61, 62). María Magdalena vino después de muchas manchas de culpa, a los pies de nuestro Redentor con lágrimas (Luc. 7, 38); pero ¿quién la infundió interiormente, sino quien benignamente la recibió exteriormente? ¿Quién la urgía a las lágrimas por el espíritu de compunción, sino quien la recibía exteriormente ante los que estaban recostados para el perdón? Nuestro Redentor, pues, extraía la mente de la mujer pecadora cuando la compungía de culpa, la recibía para liberarla de la culpa. Bien se dice, pues, que este sonido de las alas es como el sonido del Dios sublime, porque todo lo que se hace en las virtudes de los santos es por la gracia de aquel que otorga los méritos:

3. Que correctamente se recuerda por el profeta como el Dios sublime. En la Escritura sagrada, a veces se dice Dios de manera nominativa, y a veces de manera esencial. Se dice de manera nominativa, como está escrito: He aquí que te he constituido dios para Faraón (Éxodo 7, 1). Y como dice Moisés: Si alguien hace esto o aquello, llévalo ante los dioses, es decir, ante los sacerdotes (Éxodo 22, 8). Y como dice: No injuriarás a los dioses (Éxodo 22, 28), es decir, a los sacerdotes. Y como dice el salmista: Dios se levanta en la asamblea de los dioses, en medio de los dioses juzga (Salmo 81, 1). Pero se dice Dios de manera esencial, como él

mismo dice a Moisés: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (Éxodo 3, 6). Por eso el apóstol Pablo, queriendo distinguir el nombre nominativo de Dios del esencial, habló de nuestro Redentor, diciendo: De quienes son los padres, de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom. 9, 5). Porque quien se dice Dios de manera nominativa, es entre todas las cosas; pero quien es Dios de manera esencial, es Dios sobre todas las cosas. Para mostrar, pues, que Cristo es naturalmente Dios, no solo lo recordó como Dios, sino como Dios sobre todas las cosas, porque cualquier elegido, como hemos dicho antes, puede ser llamado Dios por prerrogativa de ejemplo de justicia, pero entre todas las cosas, porque es Dios de manera nominativa; pero Cristo es Dios sobre todas las cosas, porque es naturalmente Dios. A quien, pues, Pablo llama Dios sobre todas las cosas, a este el profeta Ezequiel llama Dios sublime. Después de que se dijo: Oía el sonido de las alas, como el sonido de muchas aguas, porque se añade: Como el sonido del Dios sublime, también podemos entender esto que sabemos que sucederá a todos los elegidos. Pues el sonido de las alas, como hemos dicho, fue en los santos predicadores: el sonido de las aguas, en los pueblos convertidos y seguidores. Pero ese mismo sonido será algún día el sonido del Dios sublime, porque la multitud, que ahora es atraída a la fe por los santos doctores, algún día será congregada en la patria celestial, para que allí todos los elegidos alaben sin fin, cuando vean sin fin a quien alaban. Y porque entonces perfectamente se convierte en el cuerpo del Redentor toda la multitud de los santos, según la voz de Pablo que dice: Porque también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. 8, 21); y así se adherirán entonces, que ya nada de la corrupción, que se vence por la resurrección, les contradiga en su santo amor, sino que se haga unida a la gloria de su Redentor; correctamente se dice: Como el sonido del Dios sublime.

4. Debe notarse el orden del que describe, porque primero el sonido de las alas de los animales, que después se dice como el sonido de muchas aguas, y finalmente como el sonido del Dios sublime. Porque lo que primero predicaron los santos, esto después creyeron y mantuvieron los pueblos convertidos a la fe, quienes al final también rendirán alabanza al liberador de todos en los cielos. Así que el sonido de los animales se convierte en el sonido de las aguas, y el sonido de las aguas se convierte en el sonido del Dios sublime, porque la alabanza del Señor omnipotente, que primero en el mundo pocos clamaron, después muchos clamaron. Y lo que ahora muchos claman, cuando aún su corrupción en ellos mismos les resiste, esto en la patria celestial todos los elegidos, ya unidos a su cabeza, resonarán. Pero aún se describen las obras y virtudes de los santos animales, cuando se añade:

IBID.---Cuando caminaban, era como el sonido de una multitud, como el sonido de campamentos.

5. Si por el sonido del Dios sublime se designa la alabanza de nuestro creador en la patria celestial, no es de extrañar que nuevamente el discurso profético se refiera a las obras de los santos que aún viven en esta vida, porque el Espíritu Santo en el corazón de los profetas, lo que muestra interiormente, no lo expulsa al mismo tiempo por la lengua hacia afuera. Pues el agua de la ciencia con la que se llena el alma del profeta, en la contemplación se desborda vehementemente. Pero porque todo orificio de carne, es decir, la boca del hombre, es estrecho para el espíritu, para expresar aquella inmensidad que se contempla, se varía al hablar. Después de que, pues, vio que el sonido de las alas era como el sonido del Dios sublime en los cielos, regresa nuevamente a la tierra, y habla de lo que hacen aquí los animales alados, para que merezcan estar allí en lo alto, diciendo: Cuando caminaban, era como el sonido de una multitud, como el sonido de campamentos. Cuando los santos predicadores recorren el mundo predicando y atrayendo, los animales caminan. Y porque también aquellos que

reúnen, tan pronto como creen, se levantan en alabanza de nuestro creador, se hace un sonido como el sonido de una multitud. Y porque en esa misma predicación toman guerra contra las potestades aéreas, correctamente se añade: Como el sonido de campamentos. Pues cuando los pueblos fieles se unen a los santos predicadores, contra los espíritus malignos en el frente de la fe se convierten en multitud de campamentos. Y mientras diariamente los fieles se llenan de deseos celestiales, desprecian las cosas terrenales, se proponen cosas duras por amor a la patria celestial, se convierten en campamentos contra las potestades aéreas, porque armados con fe y munidos de buenas obras avanzan. Pues como un ejército espiritual se dice por Pablo: Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Ef. 6, 11, 12).

5. Por tanto, las multitudes de los santos son campamentos; que han asumido la guerra contra las potestades aéreas. 1238. Por eso la santa Iglesia universal se describe bajo la figura de la amada, para que se diga: Hermosa eres, amiga mía, dulce y hermosa como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla (Cant. 6, 3). Porque Jerusalén se interpreta como visión de paz, cuyo nombre expresa la patria celestial, la santa Iglesia se dice dulce y hermosa como Jerusalén, porque su vida y deseo ya se comparan con la visión de la paz íntima, para que en lo que ama a su autor, en lo que desea ver su apariencia, de quien está escrito: En quien desean mirar los ángeles (1 Pedro 1, 12), por los mismos deseos de su amor se diga ya semejante a los ángeles: cuanto más se hace amable a Dios, tanto más actúa para que se haga terrible a los espíritus malignos. Y cómo es terrible, se muestra con la comparación añadida, es decir, Como un ejército en orden de batalla (Cant. 6, 5). ¿Qué es que la santa Iglesia sea temida por sus enemigos como un ejército en orden de batalla? No carece de gran entendimiento esta comparación, y por eso debe ser contemplada sutilmente. Sabemos y es evidente que un ejército en orden de batalla se muestra terrible a sus enemigos cuando está tan constipado y denso que no se ve interrumpido en ningún lugar. Pues si se dispone de tal manera que se deja un lugar vacío por donde el enemigo pueda entrar, ciertamente ya no es terrible a sus enemigos. Y nosotros, pues, cuando ponemos un ejército espiritual contra los espíritus malignos, es sumamente necesario que siempre seamos encontrados unidos y constreñidos por la caridad, y nunca interrumpidos por la discordia, porque cualesquiera que sean las buenas obras en nosotros, si falta la caridad, por el mal de la discordia se abre un lugar en el ejército, por donde el enemigo pueda entrar para herirnos.

7. El antiguo enemigo no teme la castidad en nosotros, si está sin caridad, porque él mismo no es oprimido por la carne, para que se disuelva en su lujuria. No teme la abstinencia, porque él mismo no usa alimento, que no es urgido por la necesidad del cuerpo. No teme la distribución de las cosas terrenales, si a esa obra le falta la caridad, porque él mismo no necesita el auxilio de las riquezas. Pero teme mucho en nosotros la verdadera caridad, es decir, el amor humilde que nos brindamos mutuamente, y envidia mucho nuestra concordia, porque esto lo tenemos en la tierra, que él, al no querer tenerlo, lo perdió en el cielo. Bien se dice, pues: Terrible como un ejército en orden de batalla (Cant. 6, 9), porque los espíritus malignos temen a la multitud de los elegidos, en cuanto los ven unidos y conglomerados contra ellos por el vínculo de la caridad.

8. Cuán grande es la virtud de la concordia se muestra cuando sin ella las demás virtudes se demuestran no ser virtudes. Grande es la virtud de la abstinencia; pero si alguien se abstiene de los alimentos de tal manera que juzga a los demás en la comida, y condena esos mismos alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles (Rom. 14, 3, 6), ¿qué se ha hecho de la virtud de la abstinencia sino un lazo de culpa? Por eso también el

salmista, designando que no hay abstinencia sin concordia, dice: Alabadle con pandero y danza (Salmo 150, 4). Pues en el pandero resuena el cuero seco, en la danza las voces cantan concordemente. ¿Qué se designa, pues, por el pandero sino la abstinencia, y qué por la danza sino la concordia de la caridad? Quien, pues, así mantiene la abstinencia que abandona la concordia, alaba en el pandero, pero no alaba en la danza. Y hay algunos que, mientras se esfuerzan por saber más de lo necesario, se apartan de la paz de los prójimos, mientras los desprecian como tontos e ignorantes. Por eso la Verdad misma advierte, diciendo: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos 9, 49), para que quien se esfuerza por tener la sal de la sabiduría, cuide de no apartarse nunca de la paz de la concordia. Lo que hemos dicho de estas dos virtudes, debe entenderse de todas las demás. Por eso Pablo advierte terriblemente, diciendo: Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios (Hebreos 12, 14).

9. Porque nada sin concordia agrada a Dios. La misma Verdad lo demuestra, diciendo: Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda en el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda (Mateo 5, 23, 24). He aquí que no quiere recibir el sacrificio de los discordantes, se niega a aceptar el holocausto. Considerad, pues, cuánto es el mal de la discordia, por el cual se rechaza incluso aquello por lo que se perdona la culpa. Porque los elegidos siempre están unidos en la caridad, y esta misma caridad suya devuelve el sonido de la alabanza al autor, pero inflige a los espíritus malignos, es decir, a sus antiguos enemigos, el castigo del temor, correctamente se dice ahora de los animales alados: Cuando caminaban, era como el sonido de una multitud, como el sonido de campamentos.

10. Es grato, pues, extender la mirada de la fe desde el surgimiento de la santa Iglesia hasta el fin del mundo, y ver cómo estos mismos campamentos caminan. Pues las multitudes de los ejércitos se llaman campamentos cuando marchan en formación o se detienen en un lugar determinado en el camino. Los campamentos, pues, son la vida del presente siglo, de todos los santos que viven concordemente. Pero hay otros campamentos de los predicadores, que aquí y allá trabajan en el frente de la santa obra para reunir almas. Otros campamentos son de los continentes, y de los que se apartan de este mundo, que diariamente se preparan en su corazón para las guerras contra los espíritus malignos. Otros campamentos son de los buenos casados, que viviendo en el amor del Dios omnipotente concordemente, así se pagan mutuamente la deuda de la carne, que sin embargo no olvidan en absoluto lo que deben a Dios de buenas obras. Y si en algo pecan como hombres, redimen esto incesantemente con piadosos actos. Porque los órdenes distintos de los fieles, desde el surgimiento de la santa Iglesia hasta el fin del mundo, viviendo concordemente, luchan contra las potestades aéreas, los campamentos caminan; y se hace como un cierto sonido de campamentos, porque en ellos suenan para la alabanza del Dios omnipotente las espadas de las virtudes y las armas de los milagros. De los santos animales aún se añade:

IBID.---Y cuando se detenían, bajaban sus alas.

11. Los santos animales se detienen cuando consideran con atenta contemplación las cosas de Dios. Pero sus alas se bajan, porque cuando contemplan los altos juicios de Dios, sus propias virtudes se les hacen insignificantes. Lo cual se explica claramente cuando inmediatamente se añade:

VERS. 25.---Pues cuando se hacía una voz sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, se detenían y bajaban sus alas.

12. El firmamento superior lo hemos juzgado exponer bajo un doble entendimiento. Pues pueden, como se ha dicho (Hom. 1, n. 18, 19), entenderse por el nombre de firmamento las potestades celestiales. Y puede designarse por el nombre de firmamento al Unigénito encarnado, por lo que en él nuestra naturaleza está firmada para la eternidad. Primero, pues, hablemos de lo que sentimos sobre los ángeles, y después del Señor de los ángeles. He aquí que se dice: Cuando se hacía una voz sobre el firmamento, se detenían y bajaban sus alas. En este lugar, primero debe saberse que bajar, no debe entenderse como tender de lo inferior a lo superior, sino bajar las alas de lo superior a lo inferior, por lo que se ha dicho antes: Cuando se detenían, bajaban sus alas. Debemos, pues, preguntarnos qué es la voz que se hace sobre el firmamento. Pero entendemos mejor esa voz si, ascendiendo de lo bajo a lo superior, subimos como por ciertos pasos. Así como el oído del cuerpo se excita con la voz, así el sentido de la mente se excita con el entendimiento, que se hace desde el interior. La voz, pues, es en la mente, como un cierto sonido de inteligencia. Pero debe saberse que a nuestros sentidos a veces habla la voz de la carne, a veces la voz del alma, a veces la voz del firmamento, a veces la voz que está sobre el firmamento.

13. Pongamos ante nuestros ojos que alguien ha sido herido por su prójimo, quien, razonando humanamente, piensa en devolver el daño, en retribuir mal por mal; a este, la voz de la carne le habla en la mente, porque cuando los mandamientos divinos nos ordenan hacer el bien a quienes nos odian (Mat. V, 44), cualquiera que piense en hacer el mal a quienes lo odian, en su ánimo resuena la voz de la carne. Diariamente realizamos muchas acciones terrenales, y después volvemos a la oración. El ánimo se enciende en compunción, pero las imágenes de las cosas que hemos hecho rondan en la mente y obstaculizan la intención de compunción en la oración; y lo que hicimos voluntariamente afuera, lo sufrimos interiormente a nuestro pesar, de modo que ciertas fantasías de pensamientos dispersan la mente con imágenes corporales, impidiendo que se concentre completamente en la oración. Esta también es la voz de la carne.

14. Pero cuando sometemos incluso esto, y expulsamos de los ojos de la mente todas las imágenes corporales, buscando en nosotros mismos la naturaleza del alma, cómo es que puede vivificar la carne, pero no puede concentrarse en buenos pensamientos como desea, encontramos un cierto espíritu intelectual que vive por el poder del creador, vivificando el cuerpo que sostiene, pero sin embargo sometido al olvido, sujeto a la mutabilidad, que a menudo es afectado por el temor, exaltado por la alegría. Así, el intelecto del alma es su voz, porque expresa lo que es, aunque esta voz aún está bajo el firmamento.

15. Pero trascendiendo el alma, buscamos la voz desde el firmamento, cuando investigamos cómo es la innumerable multitud de santos ángeles en la presencia del Señor omnipotente, cuál es en ellos la festividad sin fin de la visión del Señor, qué alegría sin defecto, qué ardor de amor no atormentador, sino deleitante; cuánto en ellos hay de deseo de la visión de Dios con saciedad, y cuánta saciedad con deseo. En ellos ni el deseo genera pena, ni la saciedad produce hastío. Cómo al adherirse a la bienaventuranza son bienaventurados, cómo al contemplar siempre la eternidad son eternos, cómo al unirse a la verdadera luz se han convertido en luz, cómo al mirar siempre al inmutable han sido transformados en inmutabilidad. Pero cuando pensamos en esto sobre los ángeles, aún es una voz desde el firmamento, no sobre el firmamento.

16. Que el ánimo, por tanto, trascienda, y trascienda todo lo creado. Fije los ojos de la fe solo en la luz de su creador, que uno vivifica todo lo que ha creado Dios; que está en todas partes y en todas partes está entero; que puede ser sentido, pero no visto, siendo incircunscrito e

incomprensible; que no falta en ningún lugar, y sin embargo está lejos de los pensamientos de los inicuos; que no falta donde está lejos, porque donde no está por gracia, está presente por venganza; que toca todo, pero no toca todo por igual. Algunas cosas las toca para que existan, pero no para que vivan y sientan, como son todas las cosas insensibles. Algunas las toca para que existan, vivan y sientan, pero no para que discernan, como son los animales brutos. Algunas las toca para que existan, vivan, sientan y discernan, como es la naturaleza humana y angélica. Y aunque él nunca es disímil a sí mismo, toca disímilmente las cosas disímiles. Que está presente en todas partes, y apenas puede ser encontrado; que lo seguimos estando quieto, y no podemos aprehenderlo. Pongamos, por tanto, ante los ojos de la mente qué naturaleza es aquella que sostiene todo, llena todo, abarca todo, excede todo, sostiene todo. Ni sostiene de una parte y excede de otra; ni llena de una parte y abarca de otra; sino que abarcando llena, llenando abarca, sosteniendo excede, excediendo sostiene. Cuando el ánimo piensa estrechamente en el poder de esta naturaleza, la voz se convierte en sobre el firmamento, porque concibe su intelecto, que trasciende incluso el sentido de los ángeles con su incomprensibilidad.

17. Cuando, por tanto, la voz se convierte en sobre el firmamento, los animales se detienen y bajan sus alas, porque las mentes de los santos, cuando consideran con atenta contemplación el poder de su creador, las virtudes que poseen se vuelven viles en su ánimo; y tanto más humildes se vuelven en sí mismos, cuanto más alto es para ellos aquello que resuena sobre los ángeles. Quizás son doctores; pero cuando comienzan a pensar en silencio qué es la inefable sabiduría de Dios, que enseña a las mentes de los hombres sin ruido de palabras, y cómo esta misma sabiduría, si no enseña a las mentes de los oyentes, la voz de los que enseñan trabaja en vano, su doctrina inmediatamente se les hace vil, porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Quizás son profetas; pero cuando consideran en silencio que el ojo de su profecía no puede penetrar simultáneamente todos los misterios de la Divinidad, porque como dice el Apóstol: En parte conocemos, y en parte profetizamos (I Cor. XIII, 9), en esa inmensidad de secretos ven que todo lo que ven es poco, y desde esa inmensa altura de luz consideran cuán menos es aquello que vieron con el ojo atento como a través de rendijas. Por tanto, bajen sus alas, cuando la voz se convierte en sobre el firmamento, es decir, humíllense en lo que aprehenden cuando contemplan lo supremo que no pueden comprender.

18. A menudo también las mismas cosas buenas que poseen halagan las mentes de los santos, para que se eleven en alguna confianza en sí mismos; pero inmediatamente recurren a los juicios ocultos de Dios, cómo algunos caen al infierno desde las virtudes por la soberbia, y otros se elevan al cielo desde los vicios por la humildad. De donde el Profeta, llamándonos a la humildad, nos aterra y advierte, diciendo: Venid y ved las obras del Señor, cuán terrible es en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Sal. LXV, 5). ¿Quién puede considerar dignamente cuán grande es sobre nosotros el terror de los consejos de Dios, cuando uno desde las virtudes tiende al final hacia los vicios, y otro desde los vicios concluye en las virtudes? Porque según la voz de Salomón: Son justos y sabios, y sus obras están en la mano de Dios. Sin embargo, el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, pero todo se guarda incierto para el futuro (Ecl. IX, 1). Y: Hay un camino que parece recto a los hombres, y su fin lleva a la muerte (Prov. XIV, 12). Pensar en estas profundidades del juicio oculto, ¿qué es sino bajar las alas, es decir, no confiar ya en ninguna virtud, sino temblar bajo un gran temor? Porque ya sea que consideren la naturaleza del Dios omnipotente, o ponderen sus juicios, tiemblan, se aterrorizan. Para ellos, por tanto, bajar las alas es humillar las virtudes que poseen.

19. Así Abraham bajó las alas, quien cuando comenzó a hablar con Dios, reconoció que era polvo y ceniza, diciendo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII, 27). Así Moisés bajó las alas, quien instruido en toda la ciencia de los egipcios (Hech. VII, 22), tan pronto como escuchó las palabras del Señor, descubrió que no tenía palabras, diciendo: Te ruego, Señor, no soy elocuente desde ayer ni anteayer. Desde que hablaste a tu siervo, soy de lengua torpe y tardía (Éx. IV, 10). Como si dijera abiertamente: Desde que escucho tus palabras de vida, reconozco que estoy confundido en mis palabras anteriores. Así Isaías, cuya vida había agradado al Señor para predicar, cuando contempló al mismo Señor, tocado en la boca con un carbón del altar, dijo: ¡Ay de mí porque he callado, porque soy hombre de labios impuros! (Is. VI, 3). He aquí que elevado a lo alto, se disgustó consigo mismo por la impureza de sus labios. Pues si no contemplara las alturas de la pureza celestial, no habría encontrado que era juzgable. Así Jeremías clama mientras el Señor habla: ¡Ah, ah, ah, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque soy un niño! (Jer. I, 6). Pues al lado de las palabras que escuchaba, reconoció que no tenía palabras. Así Daniel, viendo una visión sublime, languideció y enfermó por muchos días (Dan. VIII, 27), porque aquellos que son fuertes en virtudes, cuando contemplan las cosas más altas de Dios, se vuelven débiles e impotentes en su propia estimación. Así el bienaventurado Job, de quien el Señor dijo a sus amigos: No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo (Job XLII, 7), cuando escuchó las palabras de Dios hablando, respondió, diciendo: Hablé insensatamente, y cosas que excedían en gran medida mi conocimiento (Ibid., 3). Y poco después: Por tanto, me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en polvo y ceniza (Ibid., 6). Pues quien había hablado sabiamente ante los hombres, al escuchar a Dios hablando, se reprendió a sí mismo por haber hablado insensatamente, porque en la contemplación de la verdadera sabiduría, su propia sabiduría le pareció vil. Por tanto, cuando la voz viene de arriba, los animales bajan las alas, porque ya sea que busquemos contemplar el poder de Dios en su naturaleza, o que intentemos investigar sus juicios ocultos, debido a que sus alturas son impenetrables para nosotros, nuestras propias virtudes, si creíamos que existían en nosotros, se nos hacen viles. Y quienes creíamos volar en cualquier pequeña ciencia, al considerar la naturaleza invisible sobre nosotros y sus juicios impenetrables, permanecemos humildemente con las alas bajadas. Sigue:

VERS. 26.---Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, como el aspecto de una piedra de zafiro, la semejanza de un trono; y sobre la semejanza del trono, una semejanza como el aspecto de un hombre desde arriba.

20. ¿Qué se designa por el trono sino aquellas virtudes angélicas que exceden en dignidad de lugar incluso a los mismos ángeles? Pues cuando los ángeles son llamados mensajeros, y a menudo los ángeles vienen a anunciar ciertas cosas a los hombres, los tronos nunca se leen enviados como mensajeros, porque el creador de todo les preside mucho más sublimemente. De donde el apóstol Pablo, describiendo los órdenes de los ejércitos celestiales que vio arrebatado al tercer cielo, dice: Ya sean tronos, ya sean dominaciones, ya sean principados, ya sean potestades, todo fue creado por él y en él (Col. I, 16). Por tanto, llamó tronos a los órdenes de ángeles que conoció que estaban por encima de ellos. Bien se compara el trono a la piedra de zafiro, porque la piedra de zafiro tiene un color aéreo. Por tanto, las virtudes celestiales se designan con la piedra de zafiro, porque estos espíritus, a quienes Dios omnipotente preside más alto, tienen la dignidad de un lugar superior en los cielos. Pero sobre el trono, la semejanza de un hombre, porque incluso sobre aquellas virtudes que preceden a los mismos ángeles, está la gloria de nuestro Redentor. Notemos, por tanto, qué orden se sigue. Pues sobre los animales está el firmamento, sobre el firmamento el trono, sobre el trono el hombre, porque incluso sobre los santos hombres que aún viven en esta corrupción del cuerpo están los ángeles, y sobre los ángeles las potestades angélicas

superiores y cercanas a Dios, y sobre las potestades cercanas a Dios está elevado el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús.

21. Pero si, como hemos dicho antes, el firmamento debe entenderse como el Mediador entre Dios y los hombres por la humanidad asumida, porque bajo el nombre de una sola cosa suelen señalarse muchas cosas por el espíritu de la profecía, la voz se hizo sobre el firmamento, que sonó sobre el Señor bautizado desde el cielo, diciendo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco (Luc. III, 22). O como dice otro evangelista: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17). Preguntemos, por tanto, cómo los animales escuchan esta voz y bajan las alas. Que el profeta Habacuc, interrogado, diga: Señor, he oído tu fama, y temí; consideré tus obras, y me espanté (Habac. III, 1). ¿Qué es lo que el Padre habla del Hijo, diciendo: En quien me complazco? Pues todo aquel que corrige algo que ha hecho por arrepentimiento, al arrepentirse, indica que se ha disgustado consigo mismo, porque enmienda lo que hizo. Y porque el Padre omnipotente, como podía ser entendido por los hombres, habló de manera humana sobre los pecadores, diciendo: Me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra (Gén. VI, 6), como si se hubiera disgustado consigo mismo en los pecadores que creó. Pero en su unigénito solo, nuestro Señor Jesucristo, se complació, porque no le pesó haber creado entre los hombres a este hombre, en quien no encontró pecado alguno, como se dice de él por el salmista: Juró el Señor y no se arrepentirá, tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Por tanto, el Padre se complació en nuestro Redentor solo, porque en él solo no encontró culpa alguna en la que se reprendiera como por arrepentimiento.

22. Que los santos animales escuchen la voz sobre el firmamento y teman, porque si solo él está sin pecado, en su inocencia ven cuántas veces ellos mismos pecan diariamente, lo cual es necesario que lloren incesantemente. Consideren también que incluso el autor de la vida no salió de esta vida sin el dolor de la pasión. Y esta también es una voz hecha sobre el firmamento, porque la sentencia del Padre omnipotente también procedió sobre la muerte y resurrección del Unigénito. Pero cuando la voz se hace sobre el firmamento, los animales se detienen y bajan sus alas, porque los santos, cuando ven al mismo Unigénito azotado en este mundo, bajan cualquier cosa que presuman de sus méritos. Pues si él mismo no salió de aquí sin azote, quien vino sin pecado, ¿cómo no serán dignos de azotes quienes vinieron aquí con pecado? Por tanto, el mismo firmamento, que está sobre la cabeza de los animales, es decir, que trasciende las mentes de los santos, tiene sobre sí una voz, porque nuestro Redentor llevó en la carne la sentencia que dispuso con el Padre desde la divinidad, la cual, al escucharla, los justos se aterrorizan y deponen toda presunción de sus fuerzas. Pues por muchas virtudes que posea, ¿qué merece la vida de los pecadores, si incluso su vida fue sometida al azote por nosotros, que no estaba sujeta a ningún pecado?

23. Pero he aquí que surge para nosotros una grave cuestión, cuando se dice que sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, como el aspecto de una piedra de zafiro, la semejanza de un trono. Pues si por el firmamento se expresa al Señor, y por la piedra de zafiro y la semejanza del trono se figuran aquellas potestades angélicas supremas, ¿cómo se cree que están sobre el firmamento, es decir, sobre el Señor, cuando inmediatamente se añade: Y sobre la semejanza del trono, una semejanza como el aspecto de un hombre desde arriba? Pues si así como se ha dicho, por el firmamento se expresa al Señor, y nuevamente el hombre se toma como el Señor, ¿de qué manera puede entenderse que él mismo está sobre el trono, y él mismo bajo el trono? Pero los nudos apretados de esta cuestión los resuelve él mismo, de quien hablamos, quien con el soplo del Espíritu Santo abre lo que está cerrado. Pues el Unigénito del Padre encarnado, por el hecho de que se hizo hombre, estuvo bajo los ángeles, como está escrito de él: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. VIII, 6). Pero

resucitando y ascendiendo a los cielos, preside sobre todas las potestades angélicas, como está escrito de él allí nuevamente: Todo lo sujetaste bajo sus pies (Ibid., 7). Y como él mismo dice: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18). Por tanto, el firmamento bajo el trono, y el hombre sobre el trono, porque por la asunción de la naturaleza humana, él mismo fue nacido bajo los ángeles, y él mismo fue exaltado sobre los ángeles. Quien incluso antes de ser exaltado por la gloria de la resurrección, fue por la divinidad sobre los ángeles; pero sin embargo, como se ha dicho, por la humanidad fue menor que los ángeles, por la cual estuvo sujeto a la muerte. Pero después de que venció a la muerte resucitando, también colocó su humanidad sobre las majestades de los arcángeles. Por tanto, primero el trono sobre el firmamento, y después el hombre sobre el trono se describe que fue visto, porque el Redentor del género humano exaltó la humanidad que asumió descendiendo bajo los ángeles, ascendiendo sobre los ángeles. Así decimos que fue hecho bajo los ángeles, como hemos escuchado que fue hecho bajo la ley, predicando el Apóstol (Filip. II, 9). Por tanto, tomamos la humanidad asumida bajo los ángeles por esa minoración en la que se dignó aparecer.

24. Pues tan pronto como el Verbo se hizo carne, tan pronto Dios hombre fue por poder sobre los ángeles. De él, en efecto, antes de la pasión está escrito: He aquí que los ángeles se acercaron y le servían (Juan I, 15; Mat. IV, 11). Pero sin embargo, para mostrar la debilidad de su humanidad, nuevamente está escrito de él: Se le apareció un ángel del cielo, fortaleciéndole (Luc. XXII, 43). Por tanto, en el testimonio de ambas naturalezas, se describe que los ángeles le sirven, y que un ángel le fortalece. Pues uno en ambas naturalezas, porque quien existió como Dios antes de los siglos, se hizo hombre al final de los siglos. A quien, sin embargo, antes de su pasión, los ángeles le sirven, y un ángel le fortalece. Pero después de su pasión y resurrección, los ángeles pueden servirle, pero ya no pueden fortalecerle, porque, como se ha dicho antes, aunque primero el firmamento apareció bajo el trono, ya el hombre está sobre el trono. En cuya persona, para que el santo profeta mostrara que había visto la unión de ambas naturalezas, inmediatamente añadió:

VERS. 27.---Y vi como la apariencia de electro.

25. ¿Qué es que el aspecto del hombre se ve en el trono como la apariencia de electro, sino que en el electro, como dijimos mucho más arriba (Supra hom. 2, n. 14), se mezclan oro y plata, para que una cosa se haga de dos metales? En la cual, tanto por la plata se templa la claridad del oro, como por la claridad del oro resplandece la apariencia de la plata. En nuestro Redentor, sin embargo, ambas naturalezas, es decir, la deidad y la humanidad, están unidas inseparable e inconfusamente entre sí, de modo que tanto por la humanidad la claridad de su deidad pudiera ser templada a nuestros ojos, como por la deidad la naturaleza humana en él resplandeciera, y exaltada tuviera un fulgor más allá de lo que había sido creada. Pero el mismo aspecto del hombre sobre el trono, y la apariencia de electro que vio, cómo le apareció, aún describiéndolo añade:

IBID.---Como el aspecto de fuego interior alrededor, desde sus lomos hacia arriba; y desde sus lomos hacia abajo vi como la apariencia de fuego resplandeciente alrededor.

26. ¿Qué significa que el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, es descrito como teniendo desde los lomos hacia arriba el aspecto de fuego interiormente y alrededor, y desde los lomos hacia abajo la apariencia de fuego resplandeciente alrededor? Es necesario investigar por qué se dice que desde los lomos hacia arriba tiene fuego interiormente, pero no fuego resplandeciente; mientras que desde los lomos hacia abajo se

dice que tiene la apariencia de fuego, pero no se menciona que lo tenga interiormente, ya que se describe que lo tiene resplandeciente y alrededor. ¿Qué se expresa con el término "lomos" sino la descendencia de la mortalidad? Por eso también se dice de Leví que aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec salió al encuentro de Abraham (Hebr. VII, 10). De los lomos de Abraham salió la virgen María, en cuyo vientre el Unigénito del Padre se dignó encarnarse por el Espíritu Santo. De esta encarnación se dio a conocer al mundo entero Dios, como se dice a través del salmista: "Cíñete tu espada alrededor de tu muslo, oh poderoso" (Salmo XLIV, 4). En efecto, el poderoso tomó la espada alrededor del muslo, porque la palabra de su predicación se fortaleció a partir de la encarnación. ¿Qué designa este fuego sino el ardor del Espíritu Santo, que incendia los corazones que llena? De lo cual la misma Verdad dice: "He venido a traer fuego a la tierra" (Luc. XII, 49). ¿Qué significa entonces que en esta visión del hombre que apareció al profeta, desde los lomos hacia arriba el fuego arde interiormente y alrededor, pero desde los lomos hacia abajo no es fuego interior, sino que resplandece alrededor, sino que antes de la encarnación de nuestro único Redentor, solo Judea tenía dentro de sí el ardor de su amor; pero después de su encarnación, el fuego resplandeció alrededor de ella, porque derramó la claridad del Espíritu Santo sobre las naciones en todo el mundo? Antes, pues, el fuego era interior, pero no había esplendor, porque el Espíritu Santo llenaba a muchos padres en Judea, pero su luz aún no había brillado para el conocimiento de las naciones. Desde sus lomos hacia abajo, el fuego resplandece alrededor, porque después de que tomó carne de la Virgen, extendió los dones del Espíritu Santo en el género humano de manera amplia y lejana. Y es de notar que este fuego se describe como estando desde los lomos hacia arriba alrededor, no exteriormente sino interiormente, porque la llama del amor, como se ha dicho, llenó a Judea en sus confines en los hombres elegidos y espirituales. Sin embargo, no salía exteriormente, porque no se extendía a la multitud de las naciones. Esta llama de ardor se vio después resplandecer alrededor, porque el amor del Dios omnipotente comenzó a crecer en los confines del mundo entre todas las naciones.

27. Por tanto, antes el fuego era interior, cuando Jacob decía: "Esperaré tu salvación, oh Señor" (Gén. XLIX, 18). Lo que llamamos salvación en latín, en hebreo se dice Jesús. En esta palabra se muestra cómo la mente del bienaventurado Jacob ardía en deseo de Jesús, a quien decía esperar al morir. El fuego ardía cuando Moisés decía: "Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu rostro, para que te vea" (Éxodo XXXIII, 13). El fuego ardía en la mente cuando David decía: "Mi alma tiene sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro de mi Dios?" (Salmo XLI, 3). Quien deseando la encarnación del Verbo, decía: "Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación" (Salmo LXXXIV, 8). El fuego ardía cuando Simeón, deseando salir de la corrupción de la vida presente, oyó que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor (Luc. II, 26). Pero he aquí que ya este fuego resplandece exteriormente desde los lomos, porque toda la gentilidad está encendida con el amor del Dios encarnado.

28. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera, porque nuestro Redentor, Dios el Señor Jesucristo, se dio a conocer a los hombres por su humanidad, quien por su divinidad era conocido por los ángeles antes de la encarnación. Por tanto, para nosotros resplandece desde los lomos hacia abajo alrededor, cuyo fuego arde interiormente desde los lomos hacia arriba en el cielo, porque los espíritus celestiales lo contemplan en su divinidad y se encienden con los fuegos de su amor. Nosotros, que lo amamos por la humanidad asumida, aún en esta vida corruptible, tenemos el resplandor de ese fuego exteriormente. Así, uno está sobre el trono, quien tiene fuego interiormente sobre los lomos en los ángeles, y bajo los lomos tiene fuego alrededor en los hombres, porque en todo lo que es amado por los ángeles,

y en todo lo que es deseado por los hombres, uno es quien arde en los corazones de los amantes. De ahí que aquellas grandes potestades angélicas se llamen Serafines, es decir, incendio. De ahí que esté escrito del Creador de todos: "Nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebr. XII, 29; Deut. IV, 24). Dios es llamado fuego porque con las llamas de su amor incendia las mentes que llena. Y por eso los serafines se llaman incendio, porque las potestades más cercanas a él en los cielos están encendidas con el inestimable fuego de su amor. De este fuego encendidos arden en la tierra los corazones de los justos. Con este fuego calentados, los corazones de los pecadores vuelven al arrepentimiento, que inflamados convierten el temor en amor. Pues lo que antes comenzaba a desvanecerse por el miedo, después arde con el fuego del amor. Y porque sus miembros son los ángeles elegidos en el cielo, sus miembros son los hombres convertidos en la tierra; un solo hombre es quien arde interiormente sobre los lomos, y bajo los lomos emite el resplandor de su fuego alrededor, porque tanto a los ángeles los mantuvo en su amor por la divinidad, como a los hombres los llamó al deseo de su santo ardor por la humanidad. Sigue:

VERS. 28.---Como el aspecto del arco, cuando está en la nube en el día de lluvia.

29. Dios omnipotente puso el arco como señal entre él y los hombres, para que no volviera a destruir el mundo con un diluvio, diciendo: "Pondré mi arco en las nubes, y será señal del pacto entre mí y la tierra. Y cuando cubra de nubes el cielo, aparecerá mi arco en las nubes, y me acordaré de mi pacto con vosotros" (Gén. IX, 13). Por eso en ese mismo arco se muestra el color del agua y del fuego juntos, porque en parte es azul y en parte rojizo, para que sea testigo de ambos juicios, uno por hacer y otro ya hecho, pero porque el mundo será quemado por el fuego del juicio, pero ya no será destruido por el agua del diluvio (II Pedro III, 7). ¿Qué significa que el profeta vio el fuego resplandeciente desde los lomos del hombre sentado en el trono, como el aspecto del arco cuando está en la nube en el día de lluvia? Porque por el fuego, como se ha dicho, se designa el ardor del Espíritu Santo, ¿cuál es la semejanza entre el arco y el espíritu para que el fuego que apareció se dijera que apareció como el aspecto del arco? Pero si atendemos a la visión del arco que hemos mencionado, vemos cómo el arco significa el espíritu. En el arco, como he dicho antes, aparecen el agua y el fuego. Y después de la venida del Mediador, la virtud del Espíritu Santo brilló en el género humano, lavando a los elegidos de Dios con el agua del bautismo y encendiéndolos con el fuego del amor divino. Como si al mezclar el color del agua y del fuego juntos, se pusiera un arco en la nube para propiciación, cuando la Verdad dice: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III, 5). Este arco está en la nube en el día de lluvia, porque se muestra en la encarnación del Señor y en la efusión de la predicación, para que los corazones de los creyentes sean llamados al perdón, con el Señor perdonando. No es inapropiado entender la nube como la carne del Redentor, de la cual se dice a través del salmista: "Quien pone la nube como su ascenso" (Salmo CIII, 3). Puso la nube como su ascenso, porque quien está en todas partes por su divinidad, ascendió a los cielos en carne. Después de completar toda la visión mística, añade:

IBID., Y CAP. II, VERS. 1.---Este era el aspecto del resplandor alrededor, y esta era la visión de la semejanza de la gloria del Señor.

30. ¿Qué hace la gracia del Espíritu Santo en todo el mundo, mirando, dice: "Este era el aspecto del resplandor alrededor"? Queriendo considerar qué gloria interior del mismo Espíritu Santo permanece, pero no pudiendo como es, añade: "Y esta era la visión de la semejanza de la gloria del Señor". No dijo: Visión de la gloria, sino de la semejanza de la gloria, para mostrar que por más que la mente humana se esfuerce, incluso si ya reprime las fantasías de las imágenes corporales en su pensamiento, si ya aparta de los ojos del corazón

todos los espíritus circunscritos, aún en la carne mortal no puede ver la gloria de Dios como es. Pero cualquier cosa de ella que resplandezca en la mente, es semejanza, y no la misma. Por eso el predicador que fue arrebatado hasta el tercer cielo decía: "Ahora vemos por espejo, en enigma" (I Cor. XIII, 12).

31. En esto surge para nosotros una cuestión que no debe ser despreciada, ¿cómo es que el evangelista Juan, cuando describió la incredulidad de los judíos respecto a los milagros de nuestro Redentor incluso con palabras proféticas, añade diciendo: "Esto dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de él" (Juan XII, 41)? Y si Ezequiel no vio la gloria, sino la semejanza de la gloria, ¿qué significa que este vio la semejanza de la gloria, y aquel se describe como habiendo visto su gloria? Pero cuando el evangelista Juan primero narró los milagros de nuestro Redentor, y luego añadió la incredulidad de los judíos, manifiesta que Isaías vio esa gloria de nuestro Redentor que apareció en el mundo. Todo lo que se hace divinamente maravilloso en la tierra es la gloria del Dios omnipotente, y su gloria se ve en todas las obras. Isaías, por tanto, vio su gloria en la tierra; Ezequiel no pudo ver su gloria en el cielo como es, porque su gloria es diferente en las cosas hechas y diferente en sí mismo. Esta gloria suya que está en las cosas puede ser vista, pero la que está en él no puede ser vista ahora sino por semejanza. Pero reconozcamos que el profeta no pudo soportar esta misma semejanza de gloria, aunque fuera elevado. Sigue:

IBID.---Y vi, y caí sobre mi rostro.

32. ¿Qué le habría pasado a este hombre si hubiera visto su gloria como es, quien viendo la semejanza de su gloria, pero no pudiendo soportarla, cayó? En esto debemos considerar con gran tristeza y lágrimas en cuánta miseria e impotencia hemos caído, que no podemos soportar el mismo bien para el cual fuimos creados para ver. Sin embargo, hay otra cosa que debemos considerar en el hecho del profeta. Porque el profeta, tan pronto como vio la semejanza de la gloria del Señor, cayó sobre su rostro. Como no podemos ver la semejanza de su gloria a través del espíritu de profecía, debemos conocerla y contemplarla asiduamente en la sagrada escritura, en las enseñanzas celestiales, en los preceptos espirituales. Cuando contemplamos algo de Dios, caemos sobre nuestro rostro, porque nos avergonzamos de los males que recordamos haber cometido. Allí cae el hombre donde se avergüenza. Por eso Pablo decía a aquellos que yacían como en su rostro: "¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?" (Rom. VI, 21).

33. He aquí que, por el don de la gracia celestial, hemos discutido el principio del libro envuelto en misterios en el profeta Ezequiel, y discutiendo mortalmente las cosas místicas, hemos traído a tierra la teoría voladora de la profecía, para que lo que antes volaba pero no elevaba a las almas de los pequeños y a los semejantes a mí, ahora sea leído y conocido por ellos, y vuele y eleve. Demos gracias, pues, a nuestro Redentor, quien siempre nos alimenta con alimento espiritual, quien es el pan vivo que descendió del cielo y da vida al mundo (Juan VI, 33). Quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX. Se explica el capítulo segundo de Ezequiel; en cuya exposición no solo se explican muchas cosas moralmente, sino también se diserta muy doctamente sobre la necesidad de la gracia preveniente, el consentimiento y cooperación del libre albedrío, la oscuridad de la Sagrada Escritura y su interpretación.

1. El principio del libro en el profeta Ezequiel, cerrado con grandes oscuridades y atado con ciertos nudos de misterios, lo hemos discutido en ocho homilías, gracias a nuestro Señor

Jesucristo. Ahora son más claros y menos difíciles los que siguen. Hablamos, pues, a vuestra caridad, dando gracias al mismo Dios omnipotente, porque después de tantas oscuras selvas, finalmente salimos alegres a los campos, donde podemos poner el pie intrépido de nuestra locución con pasos libres. He aquí que después de que el profeta contempló la semejanza de la gloria del Señor, cayó sobre su rostro, añade:---EZEQUIEL II, 1.---Y oí la voz del que hablaba, y me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Donde aún se añade:

VERS. 2.---Y entró en mí el espíritu, después que me habló, y me puso sobre mis pies.

2. He aquí que la voz divina ordenó al profeta caído que se levantara. Pero no podría levantarse en absoluto si el espíritu del Dios omnipotente no hubiera entrado en él, porque por la gracia del Dios omnipotente podemos intentar buenas obras, pero no podemos cumplirlas si él no ayuda al que manda. Así Pablo, cuando amonestaba a los discípulos, diciendo: "Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación" (Filip. II, 12), inmediatamente añadió quién en ellos obraba esos mismos bienes, diciendo: "Porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Ibid., 13). De ahí que la misma Verdad diga a los discípulos: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). Pero en esto debemos considerar que si nuestros bienes son dones del Dios omnipotente de tal manera que en ellos no hay nada nuestro, ¿por qué buscamos la retribución eterna como si fuera por méritos? Pero si son tan nuestros que no son dones del Dios omnipotente, ¿por qué damos gracias al Dios omnipotente por ellos? Pero debemos saber que nuestros males son solo nuestros; nuestros bienes, sin embargo, son tanto del Dios omnipotente como nuestros, porque él nos previene inspirándonos para que queramos, quien nos ayuda después para que no queramos en vano, sino que podamos cumplir lo que queremos. Por tanto, con la gracia preveniente y la buena voluntad subsiguiente, lo que es don del Dios omnipotente se convierte en nuestro mérito. Lo cual Pablo explica bien con una breve sentencia, diciendo: "He trabajado más que todos ellos" (I Cor. XV, 10). Quien para no parecer atribuir a su propia virtud lo que había hecho, añadió: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo" (Ibid.). Porque fue prevenido por el don celestial, se reconoció como ajeno a su buena obra, diciendo: "No yo". Pero porque la gracia preveniente hizo en él libre albedrío para el bien, al cual libre albedrío siguió en la obra, añadió: "Sino la gracia de Dios conmigo" (Ibid.). Como si dijera: En la buena obra trabajé, no yo, sino también yo. En esto, pues, que fui prevenido solo por el don del Señor, no yo; pero en lo que seguí el don con voluntad, también yo. Dicho esto brevemente contra Pelagio y Celestio, volvamos al orden de la exposición. Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo (Ezequiel II, 1).

3. Debemos notar el orden de la locución y la obra, porque primero aparece la semejanza de la gloria del Señor para derribar, luego habla para elevar, después envía el espíritu de gracia sobreabundante y levanta, y lo pone sobre sus pies. Porque si no viéramos algo de la eternidad en la mente, nunca caeríamos sobre nuestro rostro en arrepentimiento por la culpa. Pero ya caídos, la voz del Señor consuela para que nos levantemos en la obra, lo cual no podemos hacer por nuestra propia virtud. Por tanto, su espíritu nos llena y levanta, y nos pone sobre nuestros pies, para que quienes yacíamos postrados en penitencia por la culpa, después estemos rectos en la buena obra. Pero el profeta de pie añade lo que oyó, diciendo:

VERS. 2, 3.---Y oí al que hablaba conmigo, y me decía: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a las naciones apóstatas, que se apartaron de mí.

4. Así describe el profeta lo suyo, para significar lo nuestro. Pues, ¿qué significa esto (I p., dist. 30) que se le dice al que yace: "Levántate sobre tus pies, y hablaré contigo"? Porque quien hablaba al que yacía, ¿por qué promete hablar solo al que está de pie? Pero debe saberse que hay cosas que debemos escuchar yaciendo, y otras estando de pie. Al que yace se le dice que se levante, pero al que está de pie se le ordena que debe ir a la predicación. Aún a los que yacen en la confusión de la debilidad no se les debe conceder la autoridad de la predicación. Pero cuando ya nos levantamos en la buena obra, cuando ya comenzamos a estar rectos, es digno que se nos envíe a la predicación para ganar a otros. Así, el profeta de pie vio la visión espiritual, y cayó; cayendo recibió la palabra de advertencia para que se levantara, y levantándose escuchó el mandato de predicar. Pues quien aún está de pie en la cima de la soberbia, cuando ya comienza a sentir algo del temor de la eternidad, es digno que caiga en penitencia. Y cuando, conociendo sutilmente nuestra debilidad, yacemos humildemente, por la consolación de la palabra divina se nos ordena levantarnos para realizar obras fuertes. Y cuando ya persistimos en la solidez de las buenas obras, es necesario que, de donde nos corregimos a nosotros mismos, ya levantemos a otros predicando. Al que yace, por tanto, no se le ordena que vaya a la predicación, no sea que cualquiera que esté débil destruya con su obra lo que puede edificar con la palabra. Por eso, también se dice correctamente por el salmista: "Me sacó del pozo de la miseria, y del lodo del fango; puso mis pies sobre una roca, y dirigió mis pasos; y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios" (Sal. XXXIX, 3, 4). Primero se saca del lodo de la depravación, para que sus pies se solidifiquen en la roca por la fe. Pero porque a la fe recta debe seguir una operación recta, sus pasos son dirigidos, para que después de la dirección de los pasos, es decir, después de la perfección de la buena obra, reciba en su boca también el cántico nuevo de la predicación. Así Saulo, mientras iba soberbio a Damasco (Hech. IX, 6), fue derribado por la voz del Redentor. Y quien iba a ser predicador, no obstante, no escuchó inmediatamente que debía predicar lo que había visto, sino que se le dice al que yace: "Entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer" (Ibid., 7). Yaciendo, por tanto, solo pudo escuchar esto, para que levantándose aprendiera lo que debía escuchar; y levantándose, aprendió esto, para que predicara lo que había conocido.

5. Pero debemos preguntarnos por qué Ezequiel y Pablo caen de cara, y del jinete del caballo, es decir, de aquel que está elevado en la gloria de este mundo, se dice: "Para que caiga su jinete hacia atrás" (Gén. XLIX, 17). Y nuevamente de los perseguidores del Señor está escrito: "Retrocedieron y cayeron en tierra" (Juan XVIII, 6). ¿Qué significa esto, que los elegidos caen de cara, y los reprobos hacia atrás, sino que todo el que cae hacia atrás cae sin duda donde no ve; pero quien cae hacia adelante, cae donde ve? Los inicuos, por tanto, porque caen en lo invisible, se dice que caen hacia atrás, porque caen donde no pueden ver ahora lo que les sigue. Los justos, porque se derriban a sí mismos voluntariamente en estas cosas visibles para ser elevados en las invisibles, caen como de cara, porque, compungidos por el temor, se humillan viendo.

6. Es de notar lo que se dice: "Yo te envío a los hijos de Israel, a las naciones apóstatas, que se apartaron de mí". Pues así como de dos maneras se aparta uno de Dios, así de dos maneras los hombres se hacen apóstatas de Dios. Porque cada uno se aparta de su Creador ya sea por la fe o por la obra. Así como quien se aparta de la fe es apóstata, así quien regresa a la obra perversa que había abandonado, sin duda alguna es considerado apóstata del Dios omnipotente, aunque parezca mantener la fe. Porque uno sin el otro no vale de nada, ya que ni la fe sin obras, ni las obras ayudan sin fe, a menos que tal vez se hagan para recibir la fe; como Cornelio mereció ser escuchado por sus buenas obras antes de ser fiel (Hech. X, 4). De lo cual se deduce que hacía buenas obras para recibir la fe. Pues a quien el ángel dice: "Tus

oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios" (Ibid.), y enseguida se le ordena que envíe a Simón, quien debe venir a predicarle, es evidente que pidió aquello por lo que mereció ser escuchado. Sigue:

VERS. 3, 4.---Sus padres han quebrantado mi pacto hasta el día de hoy, y los hijos son de rostro duro y corazón indomable, a quienes yo te envío.

7. He aquí una culpa de soberbia, porque han quebrantado el pacto. He aquí otra de obstinación, porque hasta el día de hoy. He aquí en la iniquidad de los hijos una grave culpa de imprudencia, porque de rostro duro, ya que no se avergüenzan de los males que hacen, y nunca regresan a la penitencia después de las culpas, porque son de corazón indomable. Pero cuando son de tanta depravación y obstinación aquellos a quienes se envía el profeta, ¿quién no verá ya que la persona del profeta puede ser despreciada por hombres tan perversos? Pero he aquí que se le otorga autoridad a la persona, cuando se añade:

VERS. 4.---Y les dirás: Así dice el Señor Dios.

Como si se dijera abiertamente: Porque serás despreciado por ti mismo, es necesario que hables con mi voz. Para que no seas despreciado tú mismo que eres enviado; al proferir mis palabras, muestra quién te envió. Sigue:

VERS. 5.---Si acaso ellos escuchan, y si acaso se calman, porque es una casa provocadora.

8. Mientras es evidente que el Dios omnipotente lo sabe todo, es muy sorprendente por qué se dice: "Si acaso escuchan, y si acaso se calman". Por lo tanto, debemos saber que esta duda en la locución de Dios no descende de la ignorancia, sino de algún significado. Pues, ¿quién no sabe que quien hizo y ve todo, lo sabe todo? Y la Verdad en el Evangelio dice de los predicadores del Anticristo: "Darán grandes señales y prodigios, de tal manera que, si fuera posible, engañarán a los elegidos" (Mat. XXIV, 24). ¿Por qué se dice esto con duda, cuando el Señor sabe lo que sucederá? Una de dos cosas es cierta, porque si son elegidos, no es posible; pero si es posible, no son elegidos. Y sin embargo, se dice: "Para que, si fuera posible, engañen a los elegidos". Por lo tanto, esta duda en el discurso del Señor expresa la tentación en los corazones de los elegidos, porque quienes son elegidos para perseverar, serán tentados por las señales de los predicadores del Anticristo para caer. Por lo tanto, al decir "si fuera posible", se expresa que los elegidos serán tentados en su corazón. Titubean, pero no caen. Se dice, por tanto, "si fuera posible", porque temblarán; y sin embargo, se les llama elegidos, porque no caerán. Así que la duda en el discurso del Señor expresa la trepidación de la mente en los elegidos. A quienes también llama elegidos, porque ve que persisten en la fe y en la buena obra. Por eso aquí también se dice: "Si acaso escuchan, y si acaso se calman". Porque al decir "si acaso", se demuestra que de la gran multitud pocos escucharán. Por lo tanto, ¿qué otra cosa significa la duda en los discursos de Dios, sino la escasez de oyentes?

1253 9. Es de notar que después de haber mencionado los males de los padres difuntos, al enviar al profeta a los hijos dice: "Si acaso ellos escuchan, y si acaso se calman". ¿Qué significa decir "si acaso ellos", sino que sus padres, que murieron en culpa, no quisieron escuchar? Consideremos, por favor, qué virtud hay en esta deficiencia del discurso del Señor, al decir: "Si acaso ellos escuchan". Esto se nos dice claramente a nosotros, que afligidos, sitiados, encerrados, hemos perdido todos los bienes que teníamos en este mundo. Vemos ciudades destruidas, campamentos arrasados, campos devastados, iglesias saqueadas; y sin embargo, aún seguimos a nuestros padres en iniquidades, no cambiamos por la arrogancia que vimos en ellos. Y ellos ciertamente entre alegrías, pero nosotros, lo que es más grave,

pecamos incluso entre flagelos. Pero he aquí que el Dios omnipotente, juzgando las iniquidades, ya ha quitado a nuestros predecesores, ya los ha llamado a juicio. Aún nos espera a nosotros para la penitencia, nos sostiene para que regresemos. Y quien ya ejerció juicio en ellos, nos ofrece a nosotros la longanimidad de su paciencia, para que no nos pierda con nuestros predecesores, diciendo: "Si acaso ellos escuchan, y si acaso se calman, porque es una casa provocadora".

10. Toda alma, incluso después de haber recibido la fe, permaneciendo en su perversidad o regresando a ella, es llamada casa provocadora, porque con sus malos hábitos expulsa de sí al Dios habitador que había recibido por la fe. Pues la casa es habitada por su dueño. Si es casa, ¿por qué provocadora? Si es provocadora, ¿por qué casa, que ya no es habitada? Pero es casa, porque en ella Dios había comenzado a habitar por la fe; es provocadora, porque con sus malos hábitos ha sido expulsado, para que quede vacía, la cual antes llenaba el habitador celestial. Por eso también, como sabemos por la voz de la Verdad, el espíritu maligno al regresar con otros siete, encuentra la casa barrida (Mat. XII, 45), porque llena la mente ajena a las virtudes. Sigue:

IBID.---Y sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.

11. Saber los malos de los buenos suele servir para la ayuda de la salvación o para el testimonio de la condenación. Sepan, por tanto, que hubo un profeta en medio de ellos, para que, habiendo escuchado la predicación, o sean ayudados a levantarse, o sean condenados sin excusa. Sigue:

VERS. 6.---Tú, pues, hijo de hombre, no los temas, ni temas sus palabras, porque son incrédulos y subversores, y habitas con escorpiones.

12. Es evidente a qué perversos se envía a predicar, que se le advierte que no tema. Y porque los malvados hacen cosas malas a quienes les hablan bien, y aún amenazan con otras, por lo que hacen se dice: "No los temas"; y por lo que amenazan, se añade: "Ni temas sus palabras". O ciertamente porque los reprobos tanto infligen males a los buenos como siempre denigran sus acciones, el profeta enviado es advertido de no temer ni su crueldad ni sus palabras. En esto, por tanto, que se dice: "No los temas", se le da al profeta autoridad de predicación. Y porque todos los que vivimos en Dios somos instrumentos de la verdad, para que a menudo hable a otros a través de mí, y a menudo a mí a través de otros; así debe haber en nosotros autoridad de buena palabra, para que tanto el que está al frente hable rectamente con libertad, como el que está debajo no rehúse humildemente aportar lo bueno. Porque el bien que el menor dice al mayor es verdaderamente bueno si se dice humildemente. Pues si la rectitud de sentir pierde la humildad de hablar, ha viciado la raíz del sentido en la rama de la lengua. Este vicio ya no es de la rama, sino de la raíz, porque si el corazón no se hinchaba, la lengua no se enorgullecería. Por tanto, debe haber en el superior autoridad humilde para hablar, y en el inferior humilde libertad. Pero a menudo en los hombres se confunde el mismo orden de hablar, como dijimos mucho más arriba. Pues a veces alguien habla por el tumor de la arrogancia, y cree que habla por la autoridad de la libertad; y a veces otro calla por un temor necio, y cree que calla por humildad. Aquel, al considerar el lugar de su gobierno, no mide el sentido del tumor; este, al considerar el lugar de su sujeción, teme decir lo bueno que siente, e ignora cuánto se hace culpable ante la caridad por callar.

13. Así, la soberbia bajo la autoridad y el temor humano bajo la humildad se disfrazan, de modo que a menudo ni aquel puede considerar lo que debe a Dios, ni este lo que debe al prójimo. Pues aquel, al ver a los que le están sujetos, y no atender a aquel a quien todos están

sujetos, se eleva en arrogancia, y se gloria de su arrogancia como si fuera autoridad. Este, por su parte, a menudo teme perder la gracia del mayor, y por ello sufrir alguna pérdida temporal, oculta las cosas rectas que entiende, y en su interior llama humildad al mismo temor que lo constriñe. Pero juzga en su pensamiento a aquel a quien no quiere decir nada, y resulta que de donde se cree humilde, de allí es más gravemente soberbio. Por tanto, siempre deben discernirse la libertad y la soberbia, la humildad y el temor, para que ni el temor finja humildad, ni la soberbia finja libertad. Ezequiel, por tanto, porque no solo era enviado a hablar al pueblo, sino también a los ancianos, para que no creyera que el temor incauto era humildad, se le advierte que no debe temer, cuando se le dice: "No los temas". Y para que no tema las palabras de su denigración, se añade: "Ni temas sus palabras".

14. ¿Por qué no debe temer las lenguas de los denigradores? También se añade la causa, cuando inmediatamente se infiere: "Porque son incrédulos y subversores, y habitas con escorpiones". Pues serían de temer aquellos a quienes se envía a hablar, si en fe y obra hubieran agradado a Dios omnipotente. Pero como son incrédulos y subversores, denigrando con sus palabras, no deben temerse, porque es muy necio si buscamos agradar a aquellos que sabemos que no agradan al Señor. Deben, sin embargo, tenerse en temor y reverencia los juicios de los justos, porque son miembros del Dios omnipotente, y reprenden en la tierra lo que el Señor redarguye desde el cielo. Pues la denigración de los perversos es aprobación de nuestra vida, porque ya se muestra que tenemos algo de justicia, si comenzamos a desagradar a aquellos que no agradan a Dios. Nadie puede, en efecto, ser grato en una misma cosa al Señor omnipotente y a sus enemigos. Pues quien agrada al enemigo de Dios, se niega a ser amigo de Dios. Y se opondrá a los enemigos de la verdad, quien se somete a la misma verdad en su mente. Por eso los hombres santos, encendidos en la reprensión de la voz libre, no temen excitar contra sí las enemistades de aquellos que saben que no aman a Dios. Lo que el Profeta ardientemente exhibe, ofreciéndolo al creador de todo como en ofrenda, diciendo: "¿No odiaba yo, Dios, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos?" (Sal. CXXXVIII, 21). "Con perfecto odio los odiaba, y se hicieron enemigos míos" (Ibid., 22). Como si dijera abiertamente: Considera cuánto te amo, que no temo excitar contra mí las enemistades de tus enemigos. De ahí que dice: "Los que me devuelven mal por bien me denigraban, porque seguí la justicia" (Sal. XXXVII, 21). Es muy bueno lo que el justo tribuye, cuando contradice con voz libre a los que obran mal. Pero los perversos devuelven mal por bien cuando denigran a los justos, porque guardan la defensa de la justicia contra ellos. Pues los justos no miran los juicios humanos, sino el examen del juez eterno, y por eso desprecian las palabras de los denigradores. De ahí que Pablo decía a los corintios denigradores: "Para mí es de muy poco ser juzgado por vosotros, o por juicio humano" (I Cor. IV, 3). Quien, no encontrando en su corazón nada de lo que pudiera reprocharse, añade: "Pero ni aun yo me juzgo a mí mismo". Viendo, sin embargo, que ni su propio juicio le bastaría para la perfección de la santidad, añade: "Pero no por esto soy justificado". ¿Por qué no confió en su propio juicio sobre sí mismo? Da la razón cuando añade: "Quien me juzga es el Señor" (Ibid., 4). Como si dijera abiertamente: Ni siquiera creo en mi juicio sobre mí mismo, porque él me juzga, cuyo juicio no comprendo. De ahí que el bienaventurado Job, sufriendo entre las lenguas de los denigradores, inmediatamente recurre en pensamiento a su conciencia, y ve dónde tiene firme su mente, diciendo: "He aquí que en el cielo está mi testigo, y mi testigo en las alturas" (Job XVI, 20). Quien también añade: "Mis amigos verbosos, a Dios llora mi ojo" (Ibid., 21).

15. Pues en todo lo que se dice de nosotros, siempre debemos recurrir en silencio a la mente, buscar al testigo y juez interior. ¿De qué sirve si todos alaban cuando la conciencia acusa? ¿O qué puede perjudicar si todos nos denigran, y solo la conciencia nos defiende? El

bienaventurado Job, por tanto, permaneciendo firme entre las lenguas de los denigradores, porque vio que en la tierra era atacado con falsos discursos, buscó un testigo en el cielo. De ahí que Isaías dice: "Pueblo mío, los que te beatifican, ellos te engañan, y disipan el camino de tus pasos" (Is. III, 12). Este pueblo, para que no atendiera a las palabras de su alabanza y pereciera más profundamente en las culpas, se le dice inmediatamente a quién debe mirar, de quién debe temer el juicio, cuando se añade: "El Señor está para juzgar, está para juzgar a los pueblos" (Ibid., 13). Como si se dijera abiertamente: ¿Por qué sigues los juicios humanos, sabiendo que el juez celestial está sobre ti?

16. De ahí que la Verdad niega que Juan el Bautista sea una caña agitada por el viento, diciendo: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?" (Mat. XI, 7, seq.) Lo cual, porque lo dijo negando, no afirmando, lo atestiguan las palabras añadidas. Dice: "¿Pero qué salisteis a ver al desierto? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes". Pero una caña agitada por el viento se eleva a veces por los soplos, a veces se inclina por los soplos. Pero toda alma débil, que se deprime por la denigración o se exalta por las alabanzas, es una caña agitada por el viento. Lo que Juan no era, porque mantenía inflexible la cima de su mente entre las alabanzas de los hombres y las denigraciones.

17. Pero el asunto requiere una gran investigación, cuando seguimos el camino de la obra recta, si siempre debemos despreciar las palabras de los detractores, o si ciertamente debemos refrenarlas en algún momento. Sobre esto, es necesario saber que no debemos incitar con nuestro esfuerzo las lenguas de los detractores para que no perezcan, pero debemos tolerar con ecuanimidad las que se excitan por su malicia, para que nuestro mérito crezca; sin embargo, a veces también debemos refrenarlas, para que, mientras difunden cosas malas sobre nosotros, no corrompan los corazones inocentes de aquellos que podrían escucharnos para el bien. De ahí que Juan reprendió la lengua de su detractor, diciendo: "Aquel que ama tener el primado entre ellos, Diótfes, no nos recibe; por eso, si voy, recordaré las obras que hace, parloteando con palabras malignas contra nosotros" (III Juan 9). De ahí que Pablo nuevamente habla de los detractores de los corintios, diciendo: "Las cartas, dicen, son graves y fuertes, pero la presencia corporal es débil, y el discurso despreciable; que piense el que es así, que tal como somos en palabra por cartas estando ausentes, tales seremos presentes en obra" (II Cor. X, 10).

18. Aquellos cuya vida se pone como ejemplo de imitación deben, si pueden, refrenar las palabras de los detractores hacia ellos, para que no dejen de escuchar su predicación quienes podrían escucharla, y, permaneciendo en malos hábitos, desprecien vivir bien. Pero en este asunto, es necesario que el alma se investigue a sí misma con una sutil indagación, no sea que busque la gloria de su propia alabanza, y nuestra mente simule que busca el beneficio de las almas. Pues a menudo el alma se alimenta de la alabanza de su nombre, y bajo el pretexto de ganancias espirituales, se alegra cuando sabe que se dicen cosas buenas de ella. Y a menudo se enoja defendiendo su propia gloria contra los detractores, y finge para sí misma que lo hace por el celo de aquellos cuyos corazones el discurso del detractor perturba del buen camino. Por lo tanto, deben cuidar mucho de que las palabras de los detractores no prevalezcan contra la opinión de aquellos que, examinando sutilmente su conciencia, se encuentran en ella sin nada del amor a la gloria privada.

19. De ahí que los justos y perfectos a veces proclaman sus virtudes, narran los bienes que han recibido divinamente, no para que ellos mismos progresen ante los hombres por su exhibición, sino para atraer a la vida a aquellos a quienes predicar con su ejemplo. Por eso el

apóstol Pablo cuenta a los corintios cuántas veces fue golpeado con varas, cuántas veces apedreado, cuántos naufragios sufrió, cuánto soportó por la verdad, que fue arrebatado al tercer cielo, que fue llevado al paraíso (II Cor. XI, 25), para apartar su mente de los falsos predicadores, para que, al darse a conocer cómo era, aquellos a quienes conocía que veneraban injustamente se volvieran despreciables para ellos. Cuando los perfectos hacen esto, es decir, cuando hablan de sus propias virtudes, también son imitadores del Dios omnipotente, quien habla de sus alabanzas a los hombres, para que sea conocido por los hombres. Pues cuando a través de su Escritura ordena, diciendo: "Que te alabe el extraño, y no tu propia boca" (Prov. XXVII, 2), ¿cómo hace él mismo lo que prohíbe? Pero si el Dios omnipotente callara sus virtudes, nadie lo conocería; si nadie lo conociera, nadie lo amaría; si nadie lo amara, nadie volvería a la vida. Por eso, a través del salmista se dice de él: "Anunciará la virtud de sus obras a su pueblo, para darles la herencia de las naciones" (Sal. CX, 6). Por lo tanto, anuncian sus virtudes, no para que él progrese con sus alabanzas, sino para que aquellos que lo conozcan por su alabanza lleguen a la herencia eterna. Así, los justos y perfectos no solo no son reprochables cuando reprenden las palabras de su vituperio, sino también cuando hablan de las virtudes que tienen a los débiles, porque buscan las almas de otros para la vida a través de su propia vida que relatan.

20. Sin embargo, es necesario saber que nunca revelan sus bienes, a menos que, como dije, los impulse la utilidad de los prójimos o una necesidad extrema. Por eso el apóstol Pablo, después de enumerar sus virtudes a los corintios, añadió: "Me he hecho insensato, vosotros me habéis obligado" (II Cor. XII, 11). A veces sucede que, obligados por la necesidad, en los bienes que refieren de sí mismos, no buscan la utilidad de otros, sino la suya propia, como el bienaventurado Job enumera sus hechos, diciendo: "Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo, era padre de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente" (Job XXIX, 15, 16). Y muchas otras cosas que a menudo recuerda haber hecho. Pero porque, puesto en la herida del dolor, por amigos que lo increpaban se decía que había actuado impíamente, y que había sido violento con los prójimos y opresor de los pobres, el hombre santo, atrapado entre los azotes de Dios y las palabras de la increpación humana, vio su mente gravemente sacudida y empujada al abismo de la desesperación; quien ya estaba a punto de caer, si no hubiera recordado sus buenas acciones para que su ánimo se recuperara a la esperanza, no pereciera oprimido por las palabras y las heridas en la desesperación. Por lo tanto, cuando enumera sus bienes, no desea darse a conocer a otros como por alabanza, sino que reforma su ánimo hacia la esperanza. Así, los justos hablan a veces de los bienes que hacen sin arrogancia, y refutan las lenguas de los detractores sin celo de gloria privada, porque hablan cosas nocivas. Pero cuando las lenguas de los detractores no pueden ser corregidas, deben ser toleradas con ecuanimidad en todo. Y no se debe temer el discurso de la detracción, no sea que, mientras se teme la vituperación de los perversos, se abandone el camino de la obra recta. Por eso ahora se dice al profeta Ezequiel: "No temas sus palabras, porque son incrédulos y subversores contigo".

21. Serían menos malos si aquellos que son incrédulos no fueran también subversores. Porque, al no creer en las recompensas del reino celestial ni en los castigos del infierno, dejados a sus propias depravaciones, también subvierten a otros de la fe y la obra, para que el reino que ellos no quieren buscar, tampoco lo alcance otro. Pues cuando conocen a algunos más débiles que comienzan a hacer el bien, ya evitan el mal, a veces ridiculizando lo que se promete en los cielos, a veces despreciando lo que el Dios omnipotente amenaza sobre los castigos del infierno, a veces alabando los bienes temporales y prometiendo con astuta persuasión los placeres del siglo presente, desvían las mentes de los inocentes y pervierten sus caminos. Se alegran si pueden apartar a alguien de la vida y llevarlo a la muerte; se

regocijan en sus depravaciones, y exultan también en las ajenas. Sin duda, su propio castigo no les basta, pues actúan para que no mueran solos. Pero si acaso encuentran a algún justo de tal virtud que no se atreven a hablarle cosas contrarias, porque no pueden ser subversores, inmediatamente se convierten en escorpiones. El escorpión avanza palpando, pero hiere con la cola; no muerde de frente, sino que daña por detrás. Son escorpiones todos los blandos y maliciosos, que no resisten a los buenos en la cara, pero tan pronto como se retiran, detractan, inflaman a otros que pueden, introducen lo que pueden de nocivo, no cesan de infligir daño mortal ocultamente. Son escorpiones quienes parecen blandos e inofensivos en la cara, pero llevan a la espalda de donde vierten veneno. Porque quienes hieren en secreto traen la muerte de manera oculta. Por eso también se dice por el salmista: "Me rodearon como abejas, y ardieron como fuego en espinas" (Sal. CXVII, 12). Las abejas tienen miel en la boca, pero herida en el aguijón de la cola. Y todos los que halagan con la lengua, pero hieren ocultamente con malicia, son abejas, porque al hablar proponen la dulzura de la miel, pero al herir ocultamente infligen una herida. Los que hacen esto arden como fuego en espinas, porque por las llamas de los detractores no se quema la vida de los justos, sino que si había espinas de pecados en ellos, se consumen. Por tanto, se dice: "Son incrédulos y subversores contigo, y habitas con escorpiones". Incrédulos a Dios, subversores a los prójimos débiles, y escorpiones incluso a los fuertes y robustos. Aunque no se atreven a contradecir en la cara, sin embargo, infligen una herida de detracción desde lo oculto. Son incrédulos, subversores y escorpiones, porque no creen lo que oyen de Dios, subvierten a quienes pueden de buenos hábitos, y a quienes no pueden torcer, hieren con maquinaciones ocultas.

22. En este asunto también debe notarse que cuando se dice al profeta: "Son incrédulos y subversores contigo, y habitas con escorpiones", se nos ofrece un remedio de consolación, a quienes a menudo nos cansa vivir, mientras no queremos habitar con los malos. Nos quejamos de por qué no todos son buenos los que viven con nosotros. No queremos soportar los males de los prójimos, decretamos que todos deben ser santos ya, mientras no queremos ser lo que debemos soportar de los prójimos. Pero en este asunto se hace más claro que la luz, mientras nos negamos a soportar a los malos, cuánto menos tenemos aún de bueno nosotros mismos. Pues no es perfectamente bueno, sino quien ha sido bueno incluso con los malos. De ahí que el bienaventurado Job afirma de sí mismo, diciendo: "Fui hermano de los dragones, y compañero de los avestruces" (Job XXX, 29). De ahí que el apóstol Pablo dice a los discípulos: "En medio de una nación perversa y torcida, entre quienes resplandecéis como luminarias en el mundo" (Filip. II, 15). De ahí que Pedro, pastor del rebaño del Señor, dice: "Libró al justo Lot, oprimido por la injuria de la nefanda conversación. Porque era justo en vista y oído, habitando entre ellos, quienes de día en día atormentaban su alma justa con obras iniquas" (II Pedro II, 7). A menudo, cuando nos quejamos de la vida de los prójimos, intentamos cambiar de lugar, elegir el retiro de una vida más apartada; evidentemente ignorando que si falta el espíritu, el lugar no ayuda. Pues el mismo Lot de quien hablamos, fue santo en Sodoma, pecó en el monte (Gén. XIX, 2, 30, ss.). Porque los lugares no protegen la mente, el primer padre del género humano lo atestigua, quien cayó en el paraíso (Gén. III, 7). Pero todo lo que decimos desde la tierra es menos. Pues si el lugar pudiera salvar, Satanás no caería del cielo. Por eso, el salmista, viendo que en este mundo hay tentaciones por todas partes, buscó un lugar donde huir, pero sin Dios no pudo encontrar uno seguro. Por eso también pidió que se le hiciera un lugar, por el cual buscó diciendo: "Sé para mí un Dios protector, y un lugar seguro, para que me salves" (Sal. XXX, 3). Por tanto, los prójimos deben ser soportados en todas partes, porque no puede haber un Abel a quien no ejerce la malicia de Caín.

23. Sin embargo, hay una razón por la cual debe evitarse la sociedad de los malos, no sea que, si no pueden ser corregidos, arrastren a la imitación; y mientras ellos no cambian de su malicia, perviertan a quienes se les unan. Por eso Pablo dice: "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres" (I Cor. XV, 33). Y como se dice por Salomón: "No seas amigo del hombre iracundo, ni andes con el hombre furioso, no sea que aprendas sus caminos, y tomes escándalo para tu alma" (Prov. XXII, 24). Así como los hombres perfectos no deben huir de los prójimos perversos, porque a menudo los llevan a la rectitud, y ellos mismos nunca son llevados a la perversidad, así los débiles deben evitar la sociedad de los perversos, no sea que los males que frecuentemente ven, y no pueden corregir, se deleiten en imitar. Pues así como al escuchar las palabras de los prójimos diariamente tomamos en la mente, así al soplar y respirar tomamos aire en el cuerpo. Y así como el aire malo tomado continuamente en el aliento infecta el cuerpo, así la locución perversa escuchada continuamente infecta el alma de los débiles, para que se consuma con el deleite de la obra mala, y con la iniquidad continua del discurso. Sigue:

IBID.---No temas sus palabras, y no temas sus rostros, porque son una casa exasperante.

24. Por tanto, los buenos deben ser temidos para no ofenderlos, no sea que por ellos se provoque a ira a aquel que siempre habita en sus corazones. Pues, como se dijo antes, si ofendemos a los malos, no debemos temer, porque nuestra acción les desagrade a aquellos a quienes tampoco les agrada la justicia del creador. ¿Qué, entonces, debe temerse, si somos ingratos para aquellos que no son amables para Dios? Por eso se dice correctamente ahora: "No temas sus palabras, y no temas sus rostros, porque son una casa exasperante". Como si se dijera abiertamente: Serían de temer, si no me exasperaran en sus acciones. De quienes aún se añade:

VERS. 7.---Hablarás, pues, mis palabras a ellos, si acaso escuchan, y cesan, porque son irritadores.

25. Todo el que peca, ¿qué otra cosa hace sino irritar la ira de su creador en sí mismo? Y sabemos que cada vez que pecamos en acto, palabra o pensamiento, irritamos a Dios contra nosotros. Pero sin embargo, él soporta, y espera clementemente, ofrece por sí mismo paciencia, y a través de sus predicadores nos otorga la palabra de exhortación. Pero todo el que predica rectamente, si es escuchado, aplaca la ira del creador irritado sobre el pueblo transgresor. Por eso es necesario que él mismo no deba hacer el mal, que suele irritar el furor de su creador en el pueblo. Por lo cual también se añade:

VERS. 8.---Tú, pues, hijo de hombre, escucha todo lo que te digo, y no seas exasperante, como es la casa exasperante.

26. Es decir, no hagas tú mismo los males que ves que se hacen, no sea que cometas lo que se te envía a prohibir. Pues todo predicador debe siempre considerar con mente atenta no caer él mismo en la depravación de la obra con los caídos, a quienes fue enviado a levantar, y que la sentencia de Pablo lo golpee diciendo: "En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo" (Rom. II, 1). Por eso Balaam, lleno del espíritu de Dios para hablar, pero sin embargo retenido en su vida carnal por su propio espíritu, habla de sí mismo, diciendo: "Dijo el oyente de los discursos de Dios, que conoce la doctrina del Altísimo, y ve las visiones del Todopoderoso, que cayendo tiene los ojos abiertos" (Num. XXIV, 14, 16). Cayendo tuvo los ojos abiertos, quien vio lo recto que debía decir, pero despreció vivir rectamente. Cayendo, es decir, en la obra perversa, y teniendo los ojos abiertos en la santa predicación.

27. Sin embargo, hay otra razón por la cual el bienaventurado Ezequiel, que es enviado a la predicación, es prohibido de ser exasperante. Pues si no obedeciera al ser enviado a hablar las palabras, exasperaría al Dios omnipotente como el pueblo por la obra perversa, así el profeta por su silencio. Pues así como los malos exasperan a Dios porque hablan o hacen males, así a veces los buenos exasperan, porque callan los bienes. Por lo tanto, es culpa de aquellos hacer lo perverso, y de estos callar lo recto. En esto, pues, los buenos también exasperan a Dios junto con los malos, porque al no increpar lo perverso, les otorgan por su silencio la licencia de progresar. Sigue:

IBID.---Abre tu boca, y come todo lo que te doy.

28. Abrimos nuestra boca cuando hablamos rectamente; y comemos lo que recibimos de Dios, porque se nos da y se aumenta en nuestros sentidos el alimento de la vida, cuando comenzamos a predicar. Por eso otro profeta dice: "Abrí mi boca, y atraje el espíritu" (Sal. CXVIII, 131). Pues no atraería el espíritu, si no abriera la boca, porque si no se dedicara a predicar a los prójimos, la gracia de la doctrina espiritual no crecería en él. Sigue:

VERS. 9.---Y vi, y he aquí una mano enviada a mí, en la cual había un libro enrollado; y lo desplegó ante mí, que estaba escrito por dentro y por fuera.

29. Así como por el profeta se designa el orden de los predicadores, así por el libro que recibió se designan las páginas de la Sagrada Escritura. Pero el libro enrollado es el discurso oscuro de la Sagrada Escritura, que se envuelve en la profundidad de las sentencias, para que no sea fácilmente penetrado por el sentido de todos. Pero el libro se despliega ante el profeta, porque ante los predicadores se abre la oscuridad del sagrado discurso. La mano de Dios había extendido el libro enrollado, cuando decía a los apóstoles: "El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Pero cuando creció la hierba, y dio fruto, entonces apareció también la cizaña" (Mat. XIII, 24, ss.), y lo demás que vuestra caridad recuerda incluso si yo callo. Pero el libro que había mostrado enrollado lo desplegó cuando expuso lo que hablaba en enigmas, diciendo: "El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin del mundo" (Mat. XXIII, 37, ss.). Por lo tanto, el libro enrollado se despliega cuando lo que había sido pronunciado oscuramente se abre por la amplitud del entendimiento. Esta Verdad desplegó el libro enrollado cuando hizo en los discípulos lo que está escrito: "Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras" (Luc. XXIV, 43).

30. Sobre este libro se añade: Que estaba escrito por dentro y por fuera. El libro del sagrado discurso está escrito por dentro mediante alegoría, y por fuera mediante historia. Por dentro a través del entendimiento espiritual, y por fuera mediante el sentido simple de la letra, adecuado aún para los débiles. Por dentro, porque promete cosas invisibles; por fuera, porque dispone las visibles con la rectitud de sus preceptos. Por dentro, porque promete cosas celestiales; por fuera, porque enseña cómo las terrenales son despreciables, ya sea para usarlas o para huir de ellas por deseo. Habla de secretos celestiales, y también ordena acciones exteriores. Y lo que ordena por fuera es evidente, pero lo que narra de lo interno no puede ser plenamente comprendido. Por eso está escrito: Extendiendo el cielo como una piel, que cubres en las aguas sus partes superiores (Salmo 103, 2). ¿Qué se significa con el nombre

de cielo sino la Sagrada Escritura? De la cual nos iluminan el sol de la sabiduría, la luna del conocimiento, y las estrellas de los ejemplos y virtudes de los antiguos Padres. Se extiende como una piel, porque, formado por la lengua de la carne a través de sus escritores, se despliega ante nuestros ojos mediante las palabras de los doctores. ¿Y qué se significa con el nombre de aguas sino los santísimos coros de ángeles? De los cuales está escrito: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Salmo 148, 4). El Señor cubre las partes superiores de este cielo en las aguas, porque las alturas del sagrado discurso, es decir, lo que narra sobre la naturaleza de la divinidad o los gozos eternos, son conocidas en secreto solo por los ángeles, mientras nosotros aún las desconocemos. Por tanto, este cielo se extiende ante nosotros, y sin embargo sus partes superiores están cubiertas en las aguas, porque algunas cosas del sagrado discurso ya nos son evidentes por la apertura del espíritu, y otras que solo pueden ser manifiestas a los ángeles aún nos son ocultas. Sin embargo, de estas cosas ocultas ya percibimos una parte mediante la inteligencia espiritual, ya hemos recibido la prenda del Espíritu Santo, porque aunque aún no las conocemos plenamente, las amamos profundamente, y en muchos sentidos espirituales que ya conocemos, nos alimentamos del sustento de la verdad.

31. Diga, pues: Que estaba escrito por dentro y por fuera, porque en el sagrado discurso los fuertes se sacian con las palabras más ocultas y sublimes, y nosotros, los pequeños, nos nutrimos con los preceptos más claros. Por eso está escrito: Los montes altos para los ciervos, la roca refugio para los erizos (Salmo 103, 18). Que tengan los montes de la inteligencia, quienes ya saben dar saltos de contemplación. Pero que la roca sea refugio para los erizos, porque nosotros, pequeños y cubiertos de espinas por nuestros pecados, aunque no podamos entender las cosas altas, somos salvados en el refugio de nuestra roca, es decir, en la fe de Cristo. Por eso se dice a algunos: No me propuse saber entre vosotros sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (1 Corintios 2, 2). Como si dijera: Porque pensé que no podíais captar los misterios de su divinidad, solo os hablé de su humanidad débil. Sigue:

IBID.---Y estaban escritas en él lamentaciones, cántico y ay.

32. No cabe duda de que el cántico puede decirse a veces en buen sentido y a veces en mal sentido, porque podemos hablar de un cántico alegre y de un cántico lúgubre. Pero siguiendo el uso de la Sagrada Escritura, que casi siempre suele poner el cántico en cosas prósperas, en este lugar tomamos el cántico en buen sentido. Pues cuando el Dios omnipotente liberó a su pueblo del Mar Rojo, está escrito: Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron un cántico al Señor (Éxodo 15, 1). Y cuando David obtuvo la victoria sobre sus enemigos, está escrito: David habló al Señor las palabras de este cántico (2 Samuel 22, 1). También Salomón dice: Vinagre en nitro, y quien canta cánticos a un corazón malo (Proverbios 25, 20). Pues si se echa vinagre en nitro, el nitro hierve y burbujea. Y una mente perversa, cuando es corregida por reprensión o persuadida por la dulzura de la predicación, se vuelve peor por la corrección; y se enciende en la iniquidad de la murmuración, de donde debería haber sido contenida de la iniquidad. También se dice de Eliú sobre el ingrato y desesperado: Y no dijo, ¿Dónde está el que me hizo, el que da cánticos en la noche? (Job 35, 10). El cántico en la noche es alegría en la tribulación. Tomamos el cántico en la noche cuando en las presiones presentes nos consolamos con los gozos futuros. El apóstol nos mostraba un cántico en la noche cuando decía: Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Romanos 12, 12). David indica que tiene un cántico en la noche, diciendo: Tú eres mi refugio de la presión que me rodea; mi exultación, redímeme de los que me rodean (Salmo 31, 7). Porque quien narra que está rodeado de presiones, y sin embargo llama a Dios su exultación, sin duda canta un cántico en la noche. Por tanto, ya que la Sagrada Escritura casi siempre suele poner el cántico en buen sentido, así también debe entenderse en este lugar.

33. El ay en la Sagrada Escritura suele entenderse más a menudo sobre el luto eterno que sobre el presente. Por eso está escrito: Ay del impío en el mal; la retribución de sus manos le será dada (Isaías 3, 11). Y el bienaventurado Job habla, diciendo: Si soy impío, ay de mí; si soy justo, no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y miseria (Job 10, 15). Porque la aflicción de los justos es temporal. Por tanto, el ay que dijo, lo distinguió de la aflicción temporal, quien también afirmó que el justo tiene aflicción y el impío ay. También la Verdad dice por sí misma: Ay del mundo por los escándalos (Mateo 18, 7), y, Ay de vosotros que reís, porque lloraréis (Lucas 6, 25). Y, Ay de las que están encintas y de las que crían en aquellos días (Lucas 21, 23). Por tanto, debemos considerar cómo estas tres cosas están escritas en el sagrado volumen: lamentaciones, cántico y ay.

34. Lamentaciones, porque en él está escrita la penitencia de los pecados. Cántico, porque allí se anuncian los gozos de los justos. Ay, porque allí está expresada la condenación de los réprobos. Así que, para castigar los pecados, lee las lamentaciones que están escritas en este volumen: Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos (Joel 2, 13). Y de nuevo: Afligíos, y lamentad; vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza (Santiago 4, 9). Pero para alegrarte con la promesa del gozo venidero, conoce los cánticos de alabanza eterna que están escritos en este volumen: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos (Salmo 83, 5). Y como se dice por un sabio sobre la Jerusalén celestial: Y todas sus calles serán pavimentadas con piedra preciosa y pura, y por todas sus calles se cantará aleluya (Tobías 13, 22). Este cántico de la patria celestial nos vinieron a anunciar sus ciudadanos, quienes clamaban concordemente: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Pero si aún permaneces con la mente en este siglo presente, si aún te deleitas en las voluptuosidades terrenales, no puedes amar los gozos eternos que escuchas. Conoce, pues, en este volumen el ay que está escrito en él, y expulsa de tu alma por temor lo que amas, para que puedas amar el cántico que lees por juicio. Allí, bajo la figura de uno condenado, se expresa la multitud de todos los réprobos, cuando se dice con la voz de la Verdad: Atad sus pies y manos, y echadlo en las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo 22, 13). Entonces los réprobos caen en las tinieblas exteriores, porque ahora se han arrojado voluntariamente a las interiores, para no seguir la luz de la verdad ni creyendo ni obrando bien. A quienes se les ordena ser echados con los pies y manos atados, porque ahora, cuando es tiempo de obrar y correr, no quisieron tener manos y pies libres para la buena acción. Allí está escrito el ay de los réprobos: Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isaías 66, 24). Allí se dice a los condenados y rechazados: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 41). En este volumen, por tanto, están escritas todas las cosas que edifican, todo lo que instruye. Porque si has pecado, y ya te arrepientes de haber cometido lo ilícito, para que seas enseñado a hacer penitencia, allí encuentras lamentaciones. Si deseas elevar tu mente con la esperanza de los gozos celestiales, allí encuentras para tu consuelo el cántico. Pero si has cometido males, y no te arrepientes de haberlos cometido, sino que levantas el cuello de tu mente, no te inclinas a las lamentaciones de la penitencia, no te corriges con la expectativa de los gozos celestiales, quieras o no, allí escucharás el ay que está escrito, para que quien ni el temor humilla a la penitencia, ni la esperanza exalta a los premios celestiales, ya contemple la pena de su condenación, y sin excusa caiga en el castigo eterno.

35. ¿Qué, pues, hermanos, qué debemos hacer nosotros, miserables, sino despertar a las palabras de este volumen, y castigar con lágrimas los males que recordamos haber hecho, para que a través de las lamentaciones de la penitencia lleguemos al cántico de la vida? No sea que si ahora no queremos ser afligidos por el arrepentimiento, después sintamos el ay sin

fin. Y que la multitud de nuestras heridas no nos deprima en la desesperación, porque el poder del médico es mayor que la magnitud de nuestra enfermedad. ¿Qué es lo que no puede reparar para la salud, quien pudo crear todo de la nada? Porque es el Unigénito coeterno al Padre omnipotente, quien con él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA X. En la explicación de los primeros versículos del capítulo tercero hasta el decimoquinto, recomienda especialmente la Sagrada Escritura, su lectura asidua, meditación y predicación.

1. Algunos, al leer los escritos del sagrado discurso, cuando penetran sus sentencias más sublimes, desprecian con un sentido altivo los mandatos menores que fueron dados a los más débiles, y quieren transformarlos en otro entendimiento. Si entendieran correctamente lo alto en ello, tampoco tendrían en desprecio los mandatos menores, porque los preceptos divinos hablan en algunas cosas grandes, pero también se adaptan en algunas cosas a los pequeños, quienes a través del incremento de la inteligencia crecen como con ciertos pasos de la mente, y llegan a entender cosas mayores. Por eso ahora se dice al santo profeta:

EZEQUIEL 3, 1.---Hijo de hombre, come lo que encuentres.

2. Porque todo lo que se encuentra en la Sagrada Escritura debe ser comido, ya que sus pequeñas cosas componen una vida sencilla, y sus grandes cosas edifican una inteligencia sutil. Sigue:

IBID., Y VERS. 2.---Come este volumen, y ve a hablar a los hijos de Israel. Y abrí mi boca, y me alimentó con aquel volumen.

3. La Sagrada Escritura es nuestro alimento y bebida. Por eso también el Señor amenaza por otro profeta: Enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor (Amós 8, 11). Quien, por tanto, al sustraer su discurso, dice que nos afligimos de hambre y sed, demuestra que sus palabras son nuestro alimento y bebida. Pero es de notar que a veces son alimento, a veces bebida. En las cosas más oscuras que no pueden entenderse sin ser expuestas, la Sagrada Escritura es alimento, porque lo que se expone para ser entendido, se mastica para ser tragado. En las cosas más claras es bebida. Porque no masticamos la bebida para tragarla. Por tanto, bebemos lo más claro sin masticar, porque podemos entenderlo incluso sin ser expuesto. Pero porque Ezequiel el profeta iba a escuchar muchas cosas oscuras y complejas, no se le dice del sagrado volumen, bebe, sino come. Como si se le dijera claramente: Examina y entiende, es decir, primero mastica, y luego traga. Pero en las palabras del sagrado discurso debe observarse este orden de nuestro estudio, para que las conozcamos con el fin de que, compungidos por nuestra iniquidad, al conocer los males que hemos hecho, evitemos hacer otros.

4. Y cuando ya, por el gran uso de las lágrimas, haya comenzado a haber confianza en la remisión de los pecados, a través de las palabras de Dios que entendemos, también llevemos a otros a la vida. Porque deben ser entendidas para que nos beneficien a nosotros, y con intención espiritual se confieran a otros. Por eso se dice bien ahora: Come este volumen, y ve, habla a los hijos de Israel. Como si se le dijera del sagrado alimento: Come y alimenta, sacia y eructa, recibe y esparce, fortalécete y trabaja.

5. Y es de notar lo que el profeta añade, diciendo: Y abrí mi boca y me alimentó con aquel volumen. Otro Profeta testifica que la boca está en el corazón, diciendo: Labios engañosos en

el corazón, y con el corazón hablaron maldades (Salmo 11, 3). Por tanto, abrimos la boca cuando preparamos el sentido para la inteligencia del sagrado discurso. Así que, a la voz del Señor, el profeta abre la boca, porque a la inspiración del mandato del Señor, los deseos de nuestro corazón se abren para tomar algo del alimento de la vida. Pero sin embargo, tomar esto mismo no es de nuestras fuerzas, a menos que él mismo alimente al que mandó comer. Porque se alimenta al que no puede comer por sí mismo. Y porque nuestra debilidad no es idónea para captar las palabras celestiales, él mismo nos alimenta, quien nos mide la cantidad de trigo en su tiempo, para que en la palabra sagrada, mientras hoy entendemos lo que ayer no sabíamos, mañana también comprendamos lo que hoy no sabemos, y seamos nutridos con el alimento diario por la gracia de la dispensación divina. Porque el Dios omnipotente extiende su mano a la boca de nuestro corazón tantas veces como nos abre el entendimiento y pone el alimento del sagrado discurso en nuestros sentidos. Por tanto, nos alimenta con el volumen, cuando nos abre el sentido de la Sagrada Escritura dispensando, y llena nuestras mentes con su dulzura. Por eso se añade:

VERS. 3.---Y me dijo: Hijo de hombre, tu vientre comerá, y tus entrañas se llenarán con este volumen que yo te doy.

6. En la traducción antigua no se dice, Tu vientre comerá, sino, Tu boca comerá, y tus entrañas se llenarán. Porque nuestra boca come cuando leemos la palabra de Dios; nuestras entrañas se llenan cuando entendemos y guardamos lo que leemos con esfuerzo. Pero en la traducción posterior, que creemos más veraz, está escrito: Tu vientre comerá, y tus entrañas se llenarán. En el sagrado discurso, a veces se suele poner el vientre por la mente. Por eso se dice por Jeremías: Mi vientre, mi vientre me duele (Jeremías 4, 19). Porque dijo esto del vientre espiritual y no del corporal, añadió: Los sentidos de mi corazón están turbados (Ibid.). Porque no pertenecía a la salvación del pueblo que el profeta proclamara que le dolía el vientre corporal. Pero dolió el vientre quien sintió la aflicción de la mente. Pero ¿por qué traemos el ejemplo del profeta, cuando tenemos un testimonio del Señor más claro? Y es necesario que cuando la Verdad habla por sí misma, el profeta calle, porque la lámpara no tiene claridad en el sol. Dice: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva (Juan 7, 38). Porque de la mente de los fieles fluyen las santas predicaciones, como de los vientres de los creyentes corren ríos de agua viva. Pero ¿qué son las entrañas del vientre sino las internas de la mente, es decir, la intención recta, el deseo santo, la voluntad humilde hacia Dios, la voluntad piadosa hacia el prójimo? Por eso ahora se dice correctamente: Tu vientre comerá, y tus entrañas se llenarán, porque cuando nuestra mente recibe el alimento de la verdad, nuestras internas ya no permanecen vacías, sino que están saciadas con el alimento de la vida.

7. Pensemos, carísimos hermanos míos, cuán piadosa es esta promesa, que dice: Tu vientre comerá, y tus entrañas se llenarán con este volumen que yo te doy. Porque muchos leen, y están ayunos de la misma lectura. Muchos oyen la voz de la predicación, pero después de la voz se van vacíos. De quienes, aunque su vientre coma, sus entrañas no se llenan, porque aunque perciben con la mente el entendimiento del sagrado discurso, olvidando y no guardando lo que han oído, no lo depositan en las entrañas del corazón. Por eso el Señor increpa a algunos por otro profeta, diciendo: Poned vuestros corazones sobre vuestros caminos. Sembrasteis mucho, y recogisteis poco; comisteis, y no os saciasteis; bebisteis, y no os embriagasteis (Ageo 1, 6). Siembra mucho en su corazón, pero recoge poco, quien de los mandatos celestiales, ya sea leyendo o incluso oyendo, conoce mucho, pero fructifica poco por obrar negligentemente. Come y no se sacia, quien, oyendo las palabras de Dios, codicia las ganancias o la gloria del mundo. Bien se dice que no se sacia, porque mastica una cosa y tiene hambre de otra. Bebe y no se embriaga, quien inclina el oído a la voz de la predicación,

pero no cambia su mente. Porque el sentido de los bebedores suele cambiarse por la embriaguez. Quien, por tanto, es devoto para conocer la palabra de Dios, pero desea obtener las cosas de este mundo, bebe, y no se embriaga. Porque si se embriagara, sin duda cambiaría su mente, para que ya no buscara las cosas terrenales, ya no amara las cosas vanas y transitorias que había amado. De los elegidos se dice por el salmista: Se embriagarán de la abundancia de tu casa (Salmo 35, 9). Porque están tan llenos del amor del Dios omnipotente, que con la mente cambiada parecen ser extraños a sí mismos, cumpliendo lo que está escrito: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Mateo 16, 24). Se niega a sí mismo quien se cambia a lo mejor, y comienza a ser lo que no era, y deja de ser lo que era.

8. A menudo vemos a algunos que, al escuchar la predicación, como si se convirtieran, cambian de hábito, no de ánimo, de modo que adoptan el hábito religioso, pero no abandonan los vicios pasados; se agitan violentamente por los estímulos de la ira, se enfurecen con el dolor de la malicia hacia el daño del prójimo, se enorgullecen ante los ojos humanos por algunos bienes aparentes, buscan con avidez las ganancias del mundo presente, y confían en la santidad solo por el hábito exterior que han adoptado. A estos, ¿qué más se les puede decir, sino lo que el maestro insigne dice a algunos que observan las exterioridades de la ley, diciendo: Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura (Gál. V, 6)? No es de gran mérito lo que se hace exteriormente en el cuerpo, sino que es de gran importancia considerar lo que se hace en la mente.

9. Pues despreciar el mundo presente, no amar lo transitorio, humillar profundamente la mente ante Dios y el prójimo, mantener la paciencia ante las injurias recibidas, y, conservando la paciencia, rechazar el dolor de la malicia del corazón, dar lo propio a los necesitados, no codiciar lo ajeno, amar al amigo en Dios, amar por Dios incluso a los enemigos, llorar por la aflicción del prójimo, no alegrarse por la muerte del enemigo, esta es la nueva criatura que el mismo maestro de las naciones busca con ojo vigilante entre otros discípulos, diciendo: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17).

10. Al hombre viejo pertenece buscar el mundo presente, amar lo transitorio por concupiscencia, elevar la mente en soberbia, no tener paciencia, pensar en el daño del prójimo por el dolor de la malicia, no dar lo propio a los necesitados, y buscar lo ajeno para multiplicar, no amar a nadie puramente por Dios, devolver enemistades con enemistades, alegrarse por la aflicción del prójimo. Todas estas cosas son del hombre viejo, que evidentemente traemos de la raíz de la corrupción. Pero quien ya supera estas cosas y transforma su mente en benignidad según los preceptos del Señor, de él se dice con razón: Porque las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas.

11. Entonces, en nuestras mentes se hacen nuevas las cosas cuando pasan de nosotros los vicios del hombre viejo; y los vicios del hombre viejo pasan cuando el vientre come el precepto de la palabra sagrada, y las entrañas se llenan profundamente. A menudo hemos visto a algunos dedicarse con toda su mente al estudio de la lectura sagrada, y, al reconocer entre las palabras del Señor en cuántas cosas han fallado, se sacrifican a sí mismos en lágrimas, se afligen continuamente, no se deleitan en ninguna prosperidad de este mundo, de modo que la vida presente les resulta una carga y la misma luz un fastidio; apenas admiten conversaciones comunes, y difícilmente relajan su ánimo del rigor de la disciplina, por amor al Creador, se alegran solo en el luto y el silencio. El vientre de estos comió el volumen sagrado, y las entrañas se llenaron, porque los preceptos de vida que la mente pudo captar no

los perdió la memoria, sino que el alma recogida en Dios los guardó siempre llorando y recordando.

12. Y sucede a menudo que tales personas, por don de la gracia celestial, también reciben la palabra de la doctrina, y alimentan suavemente a los prójimos con el alimento de la verdad que ellos mismos rumian dulcemente en su interior. De cuya boca, ciertamente, la predicación es tan dulce para los oyentes, cuanto su acción no es contraria a sus predicaciones, porque toman de su propia vida lo que confieren a los prójimos por medio de la lengua. Por lo cual, con razón, el profeta aquí también añade:

IBID.---Y lo comí, y fue en mi boca dulce como la miel.

13. El libro que llenó las entrañas se hizo dulce en la boca como la miel, porque saben hablar suavemente del Señor omnipotente aquellos que han aprendido a amarlo verdaderamente en las entrañas de su corazón. En su boca, ciertamente, la Escritura sagrada es dulce, cuyas entrañas de vida están llenas de sus mandamientos, porque le es dulce para hablar, a quien le ha sido impresa interiormente para vivir. Pues el discurso no tiene dulzura, cuando la vida reprobable lo remuerde en la conciencia. Por lo cual, es necesario que quien habla la palabra de Dios primero estudie cómo vivir, para que después recoja de la vida lo que y cómo debe decir. Para predicar, en efecto, edifica más la conciencia del amor santo que el ejercicio del discurso, porque amando las cosas celestiales, el predicador lee dentro de sí mismo cómo persuadir que se deben despreciar las terrenas. Pues quien pesa su vida interiormente, y con su ejemplo exteriormente amonesta a otros edificándolos, como si mojara la pluma de la lengua en el corazón, en lo que escribe exteriormente con la mano de la palabra a los prójimos. Por lo cual, el admirable predicador, cuando dijo muchas cosas exhortando a los discípulos, porque no sufrió ninguna contradicción de conciencia dentro de sí mismo, añadió con seguridad: Si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de la disciplina, pensad en estas cosas; lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, haced esto, y el Dios de paz estará con vosotros (Fil. IV, 8, 9). Sigue:

VERS. 4.---Y me dijo: Hijo de hombre, ve a la casa de Israel, y hablarás mis palabras a ellos.

14. En lo que el Señor dice al profeta, Hablarás mis palabras a ellos, ¿qué otra cosa hace sino imponerle un freno de moderación a su boca, para que no se atreva a decir exteriormente lo que no ha oído interiormente? Pues los falsos profetas hablaban sus propias palabras y no las de Dios, de quienes está escrito: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan, y os engañan; hablan la visión de su corazón, no de la boca del Señor (Jer. XXIII, 16). Y de nuevo: No les hablé, y ellos profetizaban (Ibid., 21). De lo cual también se debe deducir que cualquiera que sea expositor en la explicación de la palabra sagrada, si acaso miente para agradar a los oyentes, habla sus propias palabras y no las del Señor, si miente con el propósito de agradar o seducir. Pues si, buscando la virtud en las palabras del Señor, él mismo siente de manera diferente a quien las pronunció, aunque bajo otro entendimiento busque la edificación de la caridad, son palabras del Señor las que narra, porque para esto solo Dios nos habla en toda la Escritura sagrada, para atraernos a su amor y al del prójimo. Sigue:

VERS. 5-7.---No eres enviado a un pueblo de habla profunda y lengua desconocida, sino a la casa de Israel; ni a muchos pueblos de habla profunda y lengua desconocida cuyos discursos no puedas entender. Y si a ellos fueras enviado, ellos te escucharían. Pero la casa de Israel no quiere escucharte, porque no quieren escucharme a mí.

15. En el mismo comienzo de la orden en que el profeta es enviado a predicar, claramente se designa tanto la vocación de los gentiles como el rechazo de los israelitas. Pues cuando se dice: No eres enviado a muchos pueblos de habla profunda y lengua desconocida cuyos discursos no puedas entender, y se añade inmediatamente: Y si a ellos fueras enviado, ellos te escucharían, se declara claramente la obediencia de los gentiles, que en algún momento seguirían sin demora las voces de los predicadores. Y cuando se añade: Pero la casa de Israel no quiere escucharte, porque no quieren escucharme a mí, se designa la dureza de Judea, que conoció las palabras de los predicadores y no quiso seguirlos. Sin embargo, la lengua desconocida de los gentiles no causó demora en obedecer, aunque era ajena al lenguaje de la ley. Bien se dice: No quieren escucharte, porque no quieren escucharme a mí, según lo que está escrito: Quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia (Luc. X, 16). También se añade la causa por la cual no escuchan, cuando se dice:

VERS. 7.---Toda la casa de Israel es de frente dura y corazón obstinado.

16. Cuando se dice que la casa de Israel es de frente dura, ¿qué otra cosa se debe entender o pensar, sino que la culpa frecuente desgasta la frente del corazón en la impudicia, de modo que cuanto más se comete, menos se avergüenza el ánimo del que comete? Y por eso, a veces el pecador llega a tal dureza de corazón, que ya no es sensible a la corrección, porque quien se ha endurecido por el hábito de pecar de ninguna manera siente la palabra del que corrige, es decir, la mano del que palpa, como también se dice a Judea, que pecaba frecuentemente: Se te ha hecho frente de mujer prostituta, no quisiste avergonzarte (Jer. III, 5). O ciertamente, la frente dura es en los actos de este mundo, porque así como hay algunos que prefieren la quietud a todas las recompensas y honores del mundo, así hay algunos que, para parecer algo en este mundo, se esfuerzan en los trabajos terrenales, se dedican a las causas, se mezclan en disputas. Y aunque sienten que se agotan corporalmente entre los trabajos, sin embargo, vencidos por el amor a las cosas terrenales, se fatigan con deleite. A quienes se les dice por el profeta: Efraín es una novilla enseñada a amar la trilla (Oseas X, 11). Pues la novilla acostumbrada a trillar en la era, incluso si se le libera del trabajo, vuelve por sí misma. Así, para algunas mentes perversas, nada es más laborioso que si se les ordena que no trabajen en los actos de este mundo. Pues a menudo algunos, rechazados de la acción terrena, suplican volver, ruegan ser oprimidos, consideran que la quietud es un grave peligro. Por lo tanto, tienen la frente dura, quienes no solo no huyen de los trabajos, sino que tampoco se avergüenzan de parecer importunos en los trabajos que se les niegan. Sigue:

VERS. 8.---He aquí que he hecho tu rostro más fuerte que los rostros de ellos, y tu frente más dura que las frentes de ellos.

17. Así como la vergüenza es loable en el mal, así es reprochable en el bien. Avergonzarse del mal es sabiduría; avergonzarse del bien, necedad. Por lo cual está escrito: Hay una confusión que lleva al pecado, y hay una confusión que lleva a la gloria (Ecli. IV, 25). Pues quien se avergüenza al arrepentirse de los males que ha hecho, llega a la libertad de la vida. Pero quien se avergüenza de hacer el bien, cae del estado de rectitud y tiende a la condenación, como dice el Redentor: Quien se avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su majestad (Luc. IX, 26). Y hay algunos que ya conciben el bien en la mente, pero aún no contradicen abiertamente a los males. Estos, ciertamente, porque son buenos en la mente, pero no tienen autoridad en la locución, no son aptos para la defensa de la verdad. Pues aquel que debe ser defensor de la verdad, no debe temer ni avergonzarse de hablar lo que siente rectamente. Por lo cual, ahora se promete al profeta en gran don: He aquí que he hecho tu rostro más fuerte que los rostros de ellos, y tu frente más dura que las frentes de ellos. ¿Qué es el pecador, sino un herido? y ¿qué es el

predicador, sino un médico? Si, pues, no se avergüenza el pecador que yace en la herida, ¿por qué se avergonzará el médico que provee la salud con medicinas? A menudo sucede que el predicador es escuchado con reverencia; a veces, sin embargo, es tan despreciado por los perversos, como si no les hablara nada útil. Por lo cual, ahora se dice con razón:

VERS. IX.---Como un diamante y como una piedra he hecho tu rostro.

18. El diamante y la piedra, ambos son duros; pero uno de ellos es precioso, el otro vil. El diamante se toma para adorno, la piedra es pisoteada por los caminantes. Y a menudo sucede que a aquellos a quienes vemos escuchar nuestra corrección con demasiada humildad, nos avergonzamos de decirles algo. A veces, sin embargo, sucede que a aquellos a quienes vemos despreciar nuestra reprensión y tenerla en poco, tememos llevarles la palabra de la predicación. Pero si somos sabios correctamente, tomamos la autoridad de exhortación o reprensión tanto hacia aquellos por quienes vemos que somos honrados, como hacia aquellos por quienes vemos que somos despreciados, para que ni la lengua deba refrenarse por la vergüenza del honor recibido, ni callar por la debilidad ante el desprecio. Por lo tanto, se dice: He hecho tu rostro como un diamante, es decir, si eres honrado por los oyentes; He hecho tu rostro como una piedra, si eres pisoteado y despreciado por los oyentes, para que ni por el honor recibido se refrene la lengua por vergüenza, ni por el desprecio calle por debilidad. Sigue:

IBID.---No los temas, ni tengas miedo de su rostro, porque son una casa rebelde.

19. Esto ya se ha dicho antes. Pero es de notar cuán áspera se considera la casa, cuya aspereza se repite tan a menudo. Por lo tanto, el pecador debe ser reprendido, y nunca temido, porque son una casa rebelde. Pues el hombre debía ser temido, si él mismo hubiera temido al autor de todo como hombre. Pues quien no tuvo el sentido de la razón para temer a Dios, en nada debe ser temido, cuanto más no es lo que debía ser. Sigue:

VERS. 10, 11.---Y me dijo: Hijo de hombre, todos mis discursos que te hablo, asúmelos en tu corazón, y escúchalos con tus oídos; y ve, entra a la transmigración de los hijos de tu pueblo.

20. Se debe observar atentamente lo que se dice con la voz del Señor al profeta, que primero escuche sus palabras, y luego hable. Pues escuchamos las palabras de Dios, si las hacemos. Y entonces las hablamos correctamente a los prójimos, cuando primero las hemos hecho nosotros mismos. Lo cual confirma bien el evangelista Marcos, cuando narra el milagro hecho por el Señor, diciendo: Le traen un sordo y tartamudo, y le ruegan que le imponga la mano (Marcos VII, 32). Cuyo orden de curación insinúa, añadiendo: Puso sus dedos en las orejas de él, y escupiendo tocó su lengua, y mirando al cielo gimió, y le dijo: Ephphetha, que es abrir. Y al instante se abrieron sus oídos, y se soltó el nudo de su lengua, y hablaba correctamente (Ibid., 33, sig.). ¿Qué es lo que el creador de todo, Dios, cuando quiso sanar al sordo y tartamudo, puso sus dedos en sus orejas, y escupiendo tocó su lengua? ¿Qué se designa por los dedos del Redentor, sino los dones del Espíritu Santo? Por lo cual, cuando en otro lugar expulsó un demonio, dijo: Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Lucas XI, 20). De lo cual, por otro evangelista, se describe que dijo: Si yo expulso los demonios en el Espíritu de Dios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios (Mateo XII, 28). De lo cual se deduce que el dedo de Dios se llama espíritu. Poner los dedos en las orejas, es abrir la mente del sordo a la obediencia por los dones del Espíritu Santo. ¿Qué es lo que escupiendo tocó su lengua? La saliva para nosotros es la sabiduría recibida de la boca del Redentor en el discurso divino. Pues la saliva fluye de la cabeza a la boca. Esa sabiduría que él mismo es, cuando nuestra

lengua es tocada, pronto se forma para las palabras de la predicación. Quien mirando al cielo gimió; no porque él mismo tuviera necesidad de gemir, quien daba lo que pedía, sino que nos enseñó a gemir a aquel que preside en el cielo, para que tanto nuestras orejas sean abiertas por los dones del Espíritu Santo, como nuestra lengua sea soltada por la saliva de la boca, es decir, por el conocimiento de la locución divina para las palabras de la predicación. A quien pronto se le dice Ephphetha, es decir, abrir; y al instante se abrieron sus oídos, y se soltó el nudo de su lengua. En lo cual se debe notar que se dijo abrir por las orejas cerradas. Pero a quien las orejas del corazón se le abren para obedecer, sin duda también se le suelta el nudo de la lengua, para que hable a otros lo bueno que él mismo ha hecho. Donde bien se añade: Y hablaba correctamente. Pues quien primero obedece haciendo lo que aconseja que se haga, habla correctamente.

21. Pero cuando el profeta es enviado a amonestar a la transmigración del pueblo, no solo debe entenderse aquella transmigración que era de su pueblo en el cuerpo, sino también la que había sido hecha en la mente. Pues había venido de Jerusalén a Babilonia. ¿Y qué es Jerusalén sino visión de paz, qué es Babilonia sino confusión? Quienquiera que cae de las obras rectas en los actos perversos, puesto que fluye de un buen estudio a los vicios, como si viniera de Jerusalén a la ciudad de Babilonia. Pues abandonó la cumbre de la buena contemplación, y yace en la transmigración de la confusión. Lo cual suele suceder a menudo a aquellos que, cuando hacen el bien, se glorían de su virtud. Por lo cual, el salmista, para que no emigrara cautivo de la visión de paz, es decir, de las buenas obras a Babilonia, suplicando al Señor, dice: Mi ayudador, no emigraré (Sal. LXI, 7). Pues si confiara en sí mismo, habría emigrado cayendo de las obras de justicia.

22. Pero tampoco deben desesperarse aquellos que han caído del estado de rectitud en la acción perversa, porque he aquí que el profeta es enviado a la transmigración de Babilonia. Y por otro profeta el Señor dice: Y vendrás hasta Babilonia, y allí serás liberado (Miqueas IV, 10). Pues a menudo, después de que alguien ha caído en la confusión de los vicios, avergonzándose de los males que ha perpetrado, vuelve al arrepentimiento, y se levanta bien viviendo de sus caídas. ¿Qué hace este, sino que vino hasta Babilonia, y allí fue liberado? Pues después de que, confundido en la mente, perpetró cosas perversas, avergonzándose de los males que hizo, se levanta contra sí mismo, y volviendo a obrar bien, regresa al estado de rectitud. En Babilonia, por lo tanto, fue liberado, quien por la gracia divina se muestra también salvado de la confusión. El profeta, por lo tanto, habla a la transmigración, cuando reprende a aquellos que, emigrando del estado de rectitud, cayeron en los vicios del error. Sigue:

VERS. 11.---Y les hablarás, y dirás: Así dice el Señor Dios: si acaso escuchan, y se aquietan.

23. La dificultad de escuchar se repite tantas veces en las voces divinas, al decir, "Si acaso escuchan", ¿qué otra cosa designa sino la dureza del pueblo exiliado? En estas palabras hay un gran consuelo para nosotros, porque si el Dios omnipotente, al enviar al profeta, anuncia que sus palabras son difíciles de escuchar por un pueblo perverso, ¿por qué nosotros, pobres mortales, nos entristecemos cuando a menudo somos despreciados por nuestros hermanos en nuestras advertencias? Pues frecuentemente hablamos a los que delinquen, los reprendemos con frecuencia, a menudo tratamos con ellos con palabras amables, y sin embargo, si uno escucha, otro desprecia escuchar; uno recibe en parte la palabra de exhortación, y en parte se niega a recibirla; de tal manera que vemos cumplirse diariamente lo que el Señor narra a través de otro profeta sobre lo que hizo en su ira, cuando dice: "Hice llover sobre una ciudad, y sobre otra no hice llover. Una parte fue empapada, y la parte que no fue empapada se secó"

(Amós IV, 7). Pues cuando una mente recibe las palabras de la santa exhortación y otra se niega a recibirlas, el Señor hace llover sobre una ciudad y no sobre otra. Y cuando el mismo prójimo que escucha se corrige de algunos vicios y desprecia corregirse de otros, una misma ciudad es en parte empapada y en parte permanece seca, rechazando de sí la lluvia de la predicación. Hay, en efecto, algunos que no escuchan en absoluto las palabras de exhortación, estos no quieren recibir la lluvia en absoluto. Y hay algunos que escuchan, pero no la siguen profundamente, porque eliminan algunos vicios en sí mismos, pero persisten gravemente en otros. A menudo vemos a algunos que, por la palabra de la predicación, repelen de sí mismos el ardor de la avaricia, y no solo ya no roban lo ajeno, sino que también dan lo propio a los necesitados; sin embargo, no dominan los impulsos de la ira, ni mantienen las moderaciones de la paciencia con la tranquilidad de la mente. Y a menudo otros, a la palabra de exhortación, ya vencen la impureza de la carne en sí mismos, guardan su cuerpo en castidad, pero aún no inclinan su ánimo hacia el prójimo como deberían, sino que se elevan en pensamiento por el rigor de la soberbia. En estos, una parte está empapada, porque ha dado fruto, y la parte que no está empapada se secó, porque al no recibir plenamente la palabra de exhortación, permaneció estéril en la buena obra. Sigue:

VERS. 12.---Y el espíritu me levantó, y oí detrás de mí una voz de gran conmoción; Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar.

24. ¿Qué significa esto, que el profeta, después de ser enviado a la transmigración de los hijos del pueblo, escucha detrás de él una voz de gran conmoción, diciendo: "Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar"? Pues había sido dirigido a los pecadores de Babilonia, y escuchaba la voz de la gloria del Señor desde su lugar detrás de él. El lugar de Dios es Jerusalén, es decir, la visión de la paz, porque ciertamente aquellos corazones ven las cosas de Dios, que no descienden a la transmigración de Babilonia, es decir, a los vicios de la confusión. Allí habita Dios donde se busca la verdadera paz, donde se ama la gloria de la contemplación interna. Pues quienes se desvían hacia la perversidad, desprecian ser el lugar de Dios. Por lo tanto, el lugar de la gloria de Dios es cualquier alma santa, o cada espíritu angélico que permanece en los cielos. Y la gloria del Señor es bendecida desde su lugar, cuando la alabanza eterna es cantada al autor de todo por los hombres elegidos o por los santos ángeles. Por lo tanto, en lo que los justos piensan en convertir a los pecadores, porque al considerar sus vicios dirigen su mirada a los actos carnales, es como si miraran hacia Babilonia. Sin embargo, por el estado de su rectitud, porque nunca dejan de considerar el bien de los santos en alabanza a Dios, aunque por pensamiento se dirijan a otro lugar, es como si escucharan detrás de ellos la voz de la gloria del Señor desde Jerusalén, es decir, desde su lugar.

25. Pero, ¿por qué nos detenemos en esto, cuando podemos, con la ayuda del Señor, entender estas palabras del profeta de manera diferente y más sutil, y decirlas más claramente? Dice: "Y el espíritu me levantó". El espíritu toma al predicador cuando eleva su mente en amor al Dios omnipotente, haciéndola ya ajena a los deseos terrenales, de modo que no le plazca hacer nada más que aquello con lo que acumule ganancias espirituales y lleve el fruto de su obra diaria a los reinos celestiales. Por lo tanto, también a nosotros, los predicadores, se nos ordena: "Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna" (Juan VI, 27).

26. Bien se añade: "Y oí detrás de mí una voz de gran conmoción". El profeta, lleno del Espíritu Santo, narra como ya pasado lo que prevé que se hará, porque en la predestinación ya están hechas las cosas que aún están por seguir en la obra. Por eso, en la antigua traducción, se dice por Isaías: "El que hizo las cosas futuras" (Isaías XLV, 11, según los LXX). ¿Qué significa entonces que el profeta escuchó detrás de él una voz de gran conmoción, sino que

después del sermón de la predicación, que se dirige a los corazones de los pecadores, siguen los lamentos de los penitentes?

27. Pues los perversos, mientras actúan mal y no escuchan lo recto de los justos, no saben cuán graves son las cosas que cometen, y por su misma ignorancia, están seguros en su estupor; y yacen en sus culpas, como si descansaran suavemente, como se dice de cierto pecador y pueblo seguro: "Reposó en sus heces, porque yacía seguro en sus pecados" (Jeremías XLVIII, 11).

28. Pero cuando los perversos comienzan a escuchar la palabra de la predicación, a conocer cuáles son los castigos eternos, qué terror del juicio, cuán sutil es el examen de cada pecado, de inmediato tiemblan, se llenan de gemidos, y se angustian con suspiros que no pueden contener, y, sacudidos por un gran temor, estallan en llanto y lágrimas. Por lo tanto, al profeta le sigue una voz de gran conmoción; porque después de la palabra de la predicación, se escuchan los lamentos de los convertidos y penitentes. Pues quienes antes yacían tranquilos en su herida, tocados luego por la mano de la medicina, con dolor regresan a la salud. De esta conmoción de los penitentes se dice por otro profeta: "Sus pies se detuvieron, y la tierra se conmovió" (Zacarías XIV, 4), porque cuando las huellas de la verdad se fijan en la mente de los oyentes, la misma mente, turbada en su consideración, se conmueve. De aquí el salmista intercede por los pecadores, diciendo: "Tú que te sientas sobre los querubines, que la tierra se conmueva" (Salmo XCVIII, 2). De aquí, intercediendo por los afligidos y penitentes, dice: "Conmoviste la tierra, y la perturbaste, sana sus fracturas, porque se ha movido" (Salmo LIX, 4). La tierra conmovida y turbada es el pecador angustiado por el reconocimiento de su culpa, y llevado a los lamentos de la penitencia. Pues al hombre pecador se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis III, 19). Por lo tanto, que ore para que se sane la fractura de la tierra, porque se ha movido, para que el pecador que se aflige por sus culpas, se consuele con el gozo de la misericordia celestial. Esta es, por tanto, la voz de gran conmoción, cuando cada uno juzga sus actos y se perturba en la aflicción de la penitencia.

29. Pero escuchemos qué dice esa voz: "Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar". Pues el lugar del espíritu maligno habían sido los corazones de los pecadores; pero cuando, enojados consigo mismos, regresan a la vida por la penitencia, se convierten en lugar de la gloria del Señor. Ya se levantan contra sí mismos, ya persiguen con lágrimas de penitencia los males que cometieron. De allí, por tanto, se escucha la bendición de la gloria en alabanza al Señor, de donde antes sonaba la injuria al Creador por el amor al mundo presente. Y los corazones de los penitentes se convierten ya en lugar propio del Señor, que antes, puestos en pecados, habían sido lugar ajeno. Y aquellos que se convierten al Señor desde sus pecados, no solo borran con lágrimas los males que hicieron, sino que también progresan con obras admirables hacia lo alto, para convertirse en los santos animales del Dios omnipotente, para volar hacia lo alto con señales y virtudes, para abandonar completamente la tierra, y, con los dones recibidos, suspenderse hacia lo celestial por el deseo. De los cuales aún se añade:

VERS. 13.---Y la voz de las alas de los animales golpeándose una a otra.

30. El profeta escucha detrás de él la voz de gran conmoción, porque, como se ha dicho, al sermón de los predicadores sigue el lamento de los penitentes. Escucha detrás de él la voz de las alas de los animales, porque de ese mismo lamento de los penitentes surgen las virtudes de los santos, para que tanto más progresen en la santa acción cuanto recuerdan haber actuado mal antes del conocimiento de la vida. Pero hay una gran duda en estas palabras, porque no se dice claramente por el profeta si cada animal golpea sus alas en sí mismo, o si estos

mismos santos animales se golpean mutuamente con sus alas, de modo que el ala de este toque al otro, y el ala del otro toque a este animal.

31. Pero porque a menudo en la sagrada escritura algo se dice de manera oscura para que, dispensando maravillosamente Dios, se exponga de múltiples maneras, debemos, con la ayuda del Señor, exponer ambas a vuestra caridad. A menudo ya hemos dicho que las alas de los animales son las virtudes de los santos (Hom. 4, n. 5; hom. 7, n. 22; hom. 8, n. 1). ¿Cómo, entonces, cada animal, sacudiendo sus alas, golpea una a otra, sino que claramente se da a entender que, si nos convertimos en santos animales, la virtud en nosotros excita a la virtud, mientras una golpea a la otra hacia la perfección? He aquí, por ejemplo, alguien que ya tiene el conocimiento de la palabra de Dios, aprende a tener también las entrañas de misericordia. Pues por el conocimiento de la palabra de Dios aprende: "Dad limosna, y he aquí todo será limpio para vosotros" (Lucas XI, 41). Y cuando ya comienza a ser misericordioso en las limosnas, lee las palabras de la santa autoridad; y todo lo que en ellas se dice sobre la misericordia, lo entiende más allá por experiencia. Pues allí está escrito: "Era padre de los pobres" (Job XXIX, 16). Lo que tal vez antes leía y pasaba por alto. Pero cuando en su corazón ya la misericordia comienza a imitar la naturaleza, lee y reconoce qué significa ser padre de los pobres, porque regresando hacia adentro, entiende en sí mismo lo que escucha afuera. Pues una cosa es hacer limosna por mandato, y otra cosa es hacer el bien por amor. Hacer el bien por mandato es propio de los principiantes; hacer el bien por amor es propio de los perfectos, que no solo hacen porque se les ordena, sino que también aman haciendo lo que se les ordena. De ahí que en gran virtud se dice por el salmista: "Mira que he amado tus mandamientos, Señor, en tu misericordia vivifícame" (Salmo CXVIII, 159). Cumplir los mandamientos de Dios por mandato es propio del siervo y obediente, pero hacerlos por amor es propio del obediente y amante. Porque, por tanto, por el conocimiento de la caridad se aprende la misericordia, y por la caridad de la misericordia en el corazón compungido se multiplica el conocimiento, el ala en nosotros golpea al ala, porque la virtud excita a la virtud. Así, quien guarda el bien de la castidad en su cuerpo se enciende con celo contra los lujuriosos, para que sean limpiados de las manchas de la impureza. Y a menudo, cuando encuentra a algunos en caídas, los corrige, los aflige, y los restringe a la pureza de la castidad. Si acaso su mente es tentada por la impureza de la lujuria, por el mismo celo con el que corrigió a otros, se reprende a sí misma, y se avergüenza de pensar impurezas, que recuerda haber corregido en otros. En esto, por tanto, el ala golpea al ala, mientras la virtud golpea a la virtud, y protege de la impureza.

32. Pero si, como hemos dicho antes, los animales se golpean mutuamente con sus alas, y el ala de uno golpea al otro, también el sentido de esta descripción, con la ayuda del Señor, es claro. ¿Qué significa, entonces, que estos animales alados se golpean mutuamente con sus alas, sino que todos los santos se tocan mutuamente con sus virtudes, y se excitan al progreso por la consideración de la virtud ajena? Pues no se da todo a uno solo, para que no caiga en la soberbia, sino que a este se le da lo que a ti no se te da, y a ti se te da lo que a él se le niega, para que mientras este considera el bien que tienes y él no tiene, te prefiera en su pensamiento; y de nuevo, mientras tú ves que él tiene lo que tú no tienes, te pongas a ti mismo por debajo de él en tu pensamiento, y se cumpla lo que está escrito: "Considerando a los demás superiores a sí mismos" (Filipenses II, 3). Para hablar de pocos entre muchos, a este se le concede la virtud de la abstinencia admirable, y sin embargo no tiene la palabra de sabiduría. A aquel se le da la palabra de sabiduría; y sin embargo, intenta alcanzar la virtud de la abstinencia perfecta, y no puede. A este se le concede la libertad de voz, para que, brindando consuelo de protección a los oprimidos, hable libremente en defensa de la justicia; pero aún poseyendo muchas cosas en este mundo, quiere dejarlo todo, y no puede. A aquel ya

se le ha dado dejar todas las cosas terrenales, para que no desee tener nada en este mundo; pero aún no se atreve a ejercer la autoridad de la voz contra los pecadores. Y quien por eso debería hablar más libremente, porque ya no está atado al mundo, se niega a hablar libremente contra otros, para no perder la misma tranquilidad de su vida. A este se le da la virtud de la profecía, ya prevé muchas cosas que han de venir; pero al ver la enfermedad presente del prójimo y compadeciéndose, no puede curarla. A aquel se le da la gracia de la curación, y con oraciones aleja la molestia que está presente en el cuerpo del prójimo, pero no sabe lo que le seguirá a sí mismo poco después. Por tanto, con maravillosa disposición, el Dios omnipotente distribuye sus dones entre sus elegidos, para que a este le dé lo que a aquel le niega, y a otro más lo que a otro menos le concede, para que mientras este ve que aquel tiene lo que él no tiene, o aquel considera que este ha recibido más de lo que él piensa tener menos, todos admiren los dones de Dios en el otro, es decir, mutuamente, y por esta misma admiración, uno se humille ante el otro, y al ver que tiene lo que no tiene, lo considere por juicio divino superior a sí mismo. Por lo tanto, los animales se golpean mutuamente con sus alas cuando las mentes santas se tocan con sus virtudes alternas, y al tocarse se excitan, y excitadas vuelan hacia el progreso.

33. Veamos cómo Pablo fue tocado por las alas de los apóstoles y excitado a la penitencia, quien, considerando los males de su pasada persecución y la vida inocente de los apóstoles, decía: "Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (I Corintios XV, 9). Consideró, en efecto, la inocencia de los apóstoles, y por la maldad precedente, toda la solicitud que exhibía en la Iglesia se hizo vil a sus ojos; y no atendió a cuántos superaba por el intelecto recibido, porque, considerando la inocencia de ellos, se dolió de haber sido alguna vez perseguidor. Pero veamos si alguno de los apóstoles admira el intelecto que le fue dado a Pablo. Debemos buscar al primero de los apóstoles, quien, amonestando a los discípulos, dice: "Como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, os ha escrito; como también en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas, en las cuales hay algunas difíciles de entender, que los indoctos e inestables tuercen" (II Pedro III, 15). Por tanto, Pablo admira la inocencia en todos los apóstoles, el primero de los apóstoles admira la sabiduría en Pablo. Por lo tanto, se tocan con sus alas, quienes de allí se excitan mutuamente al progreso, de donde vuelan.

34. Esto, por tanto, hace el Dios omnipotente en los corazones de los hombres, lo que hace en las regiones de la tierra. Pues podría haber dado a cualquier región todos los frutos; pero si una región no necesitara los frutos de otra, no habría tenido comunión con ella. Por lo cual, hace que a esta le dé abundancia de vino, a aquella de aceite; hace que esta abunde en multitud de ganado, y aquella en abundancia de frutos, para que cuando una lleve lo que la otra no tiene, y esta devuelva lo que aquella no llevó, por la comunión de la gracia, las tierras divididas estén unidas. Así como las regiones de la tierra, así son las mentes de los santos, que mientras mutuamente se confieren lo que han recibido, como si las regiones dieran sus frutos a las regiones, para que en una todos estén unidos por la caridad.

35. Pero entre esto, es necesario saber que así como los elegidos siempre atienden en los demás lo que han recibido mejor de Dios que ellos mismos, para que los prefieran en su pensamiento, y se sometan a ellos en humildad, así la mente de los reprobos nunca considera qué bien ha recibido otro más que ellos, sino qué bien tienen ellos más que otro. Pues no piensan qué bienes del espíritu ha recibido otro y ellos carecen, sino qué bienes tienen ellos, y qué males tiene otro. Y aunque el Dios omnipotente divide las virtudes a cada uno para humillar a uno ante otro en el pensamiento, los reprobos llevan el bien que han recibido a la perdición en la soberbia, mientras siempre consideran los bienes que tienen y que otros no tienen, y nunca se esfuerzan por ponderar cuántos bienes tienen otros y ellos no tienen. Por lo

tanto, lo que la piedad divina dispone para el aumento de la humildad, las mentes reprobadas lo convierten en aumento de la soberbia; y por la diversidad de dones, fallan en el bien, donde debieron crecer en el bien de la humildad.

36. Por esto, por tanto, es necesario, hermanos carísimos, que siempre debáis mirar en vosotros lo que menos tenéis, y en los prójimos lo que han recibido más que vosotros, para que mientras los miráis por encima de vosotros mismos por el bien que ellos tienen y vosotros no tenéis, también vosotros crezcáis en humildad para obtenerlo. Pues si también vosotros consideráis los bienes recibidos en ellos, y ellos consideran en vosotros los dones que tenéis, mutuamente os tocáis con las alas, para que excitados siempre voléis hacia lo celestial. Sigue:

VERS. 13.---Y la voz de las ruedas que seguían a los animales, y la voz de gran conmoción.

37. En las ruedas del sagrado discurso dijimos anteriormente que se sellan los Testamentos (Hom. 6, n. 2 y ss.). La voz de las ruedas es, por tanto, el discurso de los Testamentos. Después de la voz de las alas de los animales, se escucha también la voz de las ruedas, porque al recibir el discurso de los predicadores, mientras las virtudes de los santos se elevan para realizar acciones más altas y se impulsan mutuamente hacia el progreso, se erige el estado de la santa Iglesia, de modo que en todo el mundo se lean las páginas de los sagrados Testamentos. En todas partes ya resuena el santo Evangelio, en todas partes las palabras de los apóstoles, en todas partes la ley y los profetas. Por tanto, después de la voz de las alas sigue la voz de las ruedas, porque después de los milagros de los santos, las palabras del sagrado discurso se escuchan libremente dentro de la santa Iglesia. Estas ruedas siguen a los animales, porque, como se dijo anteriormente, después de que la vida de los santos se honra, también las palabras de los Testamentos se presentan venerables a los hombres.

38. O ciertamente siguen a los animales, porque en la vida de los santos Padres conocemos lo que debemos entender en el volumen de la sagrada Escritura. La acción de ellos nos revela lo que en sus predicaciones dice la página de los Testamentos. Pero debemos preguntarnos por qué, después de que se dijo anteriormente, "Oí detrás de mí una voz de gran conmoción", después de la voz de las alas y de las ruedas, se añade: "Y una voz de gran conmoción". Si se observa con diligencia, se puede encontrar que no se repite sin razón.

39. Hay dos grandes conmociones con las que se conmueven nuestros corazones. Una conmoción es por temor, la otra por caridad; una surge del luto de los penitentes, la otra del fervor de los amantes. Después de la palabra de la predicación, la primera conmoción es cuando lamentamos los males que hemos hecho; después de la voz de las alas y de las ruedas, la segunda conmoción es cuando con grandes lágrimas buscamos los bienes celestiales que escuchamos. Pues bien, dentro de la santa Iglesia conocemos los ejemplos de virtudes de muchos Padres, como si escucháramos diariamente el sonido de las alas, porque en todas partes resuenan las sagradas palabras, como si fuéramos despertados por las voces de las ruedas. Y porque por esas mismas sagradas palabras nos encendemos en el amor de nuestro Creador, ardiendo con los fuegos de un gran fervor, lamentamos estar aún lejos de la presencia del Dios omnipotente. Por tanto, después de la primera voz de gran conmoción, también al final se produce una voz de gran conmoción, porque quienes al conocer a Dios comenzamos a lamentar los pecados, ya amando a quien hemos conocido no cesamos de desearlo con lágrimas. Después de la voz de las ruedas sigue la voz de gran conmoción, porque cuando los Testamentos de Dios comienzan a sonar en el oído del corazón, el espíritu de los oyentes, compungido por el amor, se conmueve hacia el lamento. De ahí que las

palabras de las sagradas Escrituras se vuelvan sabrosas en el corazón de los lectores, de ahí que a menudo sean leídas en silencio, como furtivamente y en secreto, por los amantes. Por eso también se dice por otro profeta: "Cortaste en alienación las cabezas de los poderosos, se conmoverán en ella las naciones, abrirán su boca como el pobre comiendo en secreto" (Habac. III, 14). Pues el Dios omnipotente cortó en alienación las cabezas de los poderosos, porque rechazó la soberbia de los judíos alejándolos de sí mismo. En esa alienación las naciones se conmovieron, porque mientras los judíos caían de la fe, los corazones de los gentiles corrían al conocimiento de la fe. Estas naciones abren la boca del corazón en el alimento de la sagrada lectura, y en secreto comen como el pobre, porque leyendo con prisa y silencio toman las palabras de vida.

40. Pero debe saberse que cuanto más progresan los oyentes en caridad e intelecto, tanto mayor gracia del espíritu se da a los santos predicadores. Por eso, cuando antes el profeta había dicho: "El espíritu me tomó, y oí detrás de mí una voz de gran conmoción", después de la voz de gran conmoción de las alas y de las ruedas, y nuevamente de gran conmoción, inmediatamente añade:

VERS. 14.---"El espíritu también me elevó y me tomó".

41. ¿Por qué, si ya había dicho que fue tomado por el espíritu, narra nuevamente que fue elevado y tomado? Pero la mente de los predicadores progresa hacia lo más alto cuando por ellos los sentidos de los oyentes se conmueven hacia el deseo del Dios omnipotente. Estos santos predicadores progresan para que por su ministerio se multipliquen los dones de gracia en la santa Iglesia, como está escrito sobre esta misma santa Iglesia: "Regando sus ríos, multiplica sus generaciones, en sus gotas se alegrará cuando brote" (Sal. LXIV, 11). Los ríos de la Iglesia son los santos predicadores, que riegan la tierra de nuestro corazón. Pero cuando los ríos se embriagan, las generaciones de la Iglesia se multiplican, porque cuando los predicadores reciben una gracia más abundante del espíritu, el número de fieles aumenta. Esta santa Iglesia se alegra en sus gotas. En la gota, el agua cae del techo a la tierra, que había caído del cielo al techo. El techo de la Iglesia son los santos predicadores, que nos protegen intercediendo y amonestando. Pero porque su corazón es infundido divinamente en la predicación, es como si el agua viniera del cielo al techo. Y porque nosotros somos regados por sus palabras, es como si el agua fluyera del techo a la tierra. Por tanto, la santa Iglesia, cuando brota, se alegra en sus gotas, porque cuando nace en la fe y en las buenas obras, considera los dones que ha recibido, y se regocija en las palabras de los predicadores. Por tanto, porque a medida que los oyentes se elevan a cosas mejores, también se multiplica la gracia de sus predicadores, el profeta dice: "El espíritu también me elevó y me tomó". De ahí que el predicador sea más y más elevado y tomado, de donde el oyente se transforma a una vida mejor.

42. Pero debemos preguntarnos, ya que el espíritu no eleva la mente a menos que la tome, ¿por qué primero se dice que la elevó y luego que la tomó? Pero en este lugar se dice que la tomó porque la sostuvo firmemente. Pues hay algunos a quienes eleva pero no toma, cuyo intelecto brilla hacia lo espiritual, pero sin embargo su vida permaneciendo en hechos carnales no concuerda con el intelecto. Balaam, por ejemplo, fue elevado por el espíritu de profecía, pero no fue tomado, porque pudo ver verdaderamente el futuro lejano, y sin embargo no quiso separar su mente de los deseos terrenales (Num. XXIV, 4, 5). Pero porque el santo profeta fue elevado en conocimiento y tomado igualmente en vida, escuchemos ya cómo va a la predicación:

IBID.---"Y fui amargo en la indignación de mi espíritu".

43. Considerad, hermanos carísimos, ¿por qué aquel a quien los dones del Espíritu Santo habían crecido se iba amargo? ¿Acaso todo corazón que el mismo espíritu toma se vuelve amargo en la indignación de su espíritu? Por lo que debe saberse que a quien aún le es dulce la vida presente, aunque parezca hablar la palabra de Dios, no es un predicador elevado y tomado. Pues el Espíritu Santo llena la mente y la conmueve hacia la amargura por la delectación temporal de los eternos. Es dulce estar en las cosas humanas, pero para quien aún no ha probado ninguna alegría celestial, porque cuanto menos entiende lo eterno, tanto más placenteramente descansa en lo temporal. Pero si alguien ya ha probado con la boca del corazón qué es esa dulzura de las recompensas celestiales, qué son esos coros angélicos himnodistas, qué es la incomprensible visión de la santa Trinidad, cuanto más dulce se vuelve para él lo que ve interiormente, tanto más se convierte en amargura todo lo que soporta exteriormente. Se pelea consigo mismo por lo que recuerda haber hecho mal, y se desagrada a sí mismo, cuando ya ha comenzado a agradarle aquel que creó todo. Se reprende por sus pensamientos, se persigue por sus palabras, y se castiga llorando por sus hechos. Anhela lo celestial, ya pisa todas las cosas terrenales con el desprecio de la mente. Y mientras aún no tiene lo que desea en apariencia, le es dulce llorar, y afligirse con continuos lamentos. Y porque aún no se ve en la patria para la que fue creado, en este exilio de la vida nada le agrada más que su propia amargura. Pues desprecia someterse a lo temporal, y suspira ardientemente por lo eterno. Por eso también se dice rectamente por Salomón: "Porque en mucha sabiduría hay mucha indignación, y quien añade conocimiento añade dolor" (Ecl. I, 18). Pues conociendo lo celestial, nos desdeñamos de someter el ánimo a lo terrenal. Y mientras comenzamos a saber más de lo que hemos hecho mal, nos enojamos con nosotros mismos, y en mucha sabiduría hay mucha indignación, porque cuanto más progresamos en conocimiento, tanto más nos indignamos por la obra perversa. Y con el conocimiento crece el dolor, porque cuanto más conocemos lo eterno, tanto más nos duele estar en la miseria de este exilio. O como se dice en otra traducción: "Y quien añade conocimiento añade trabajo". Pues cuanto más comenzamos a saber cuáles son las alegrías celestiales, tanto más trabajamos llorando para poder escapar de los lazos de nuestros errores. En mucha sabiduría, por tanto, hay mucha indignación, porque si ya saboreamos lo eterno, nos desdeñamos de desear lo temporal. Si ya saboreamos lo eterno, nos despreciamos a nosotros mismos por haber hecho lo que pudo separarnos del amor de la eternidad. La conciencia se reprende a sí misma, acusa lo que ha hecho, condena por penitencia lo que acusa, se produce una lucha en el ánimo, engendrando paz con Dios.

44. Así Achab (De poen., dist. 3, c. Sicut Achab), rey iniquo, reprendido por el profeta, cuando escuchó contra sí la sentencia divina, temió, y fue abatido por un gran dolor, de modo que el Señor dijo a su profeta: "¿No has visto a Achab humillado ante mí? Porque se ha humillado por mi causa, no traeré el mal en sus días" (III Reg. XXI, 29). En estas palabras del Señor se debe considerar cómo le agrada el dolor de amargura en sus elegidos que temen perder al Señor, si así le agradó la penitencia incluso en el réprobo que temía perder el presente siglo. O cómo le agrada la aflicción espontánea por las culpas en aquellos que le agradan, si esto agradó temporalmente incluso en aquel que le desagradaba. Pero debe saberse que nadie puede hacer esto por amor del omnipotente Señor con todo su corazón, a menos que el Espíritu Santo haya tomado su ánimo. Pues ¿cuándo puede el hombre por su propia virtud despreciar lo terrenal, amar lo celestial, buscar la paz con Dios, entrar en lucha consigo mismo, reprenderse en pensamiento, y castigarse con gemidos? Nadie puede hacer esto a menos que la gracia divina lo fortalezca. Por eso se añade:

IBID.---"Porque la mano del Señor estaba conmigo, confortándome".

45. Pues no podemos levantarnos perfectamente hacia el bien, a menos que el espíritu nos eleve previniendo, y nos fortalezca siguiendo. Pero debe preguntarse, ya que anteriormente se escribió sobre el volumen que había recibido: "Y fue en mi boca dulce como la miel", ¿por qué razón se dice después: "Fui amargo en la indignación de mi espíritu"? Pues es muy extraño si la dulzura y la amargura coinciden al mismo tiempo. Pero según el sentido anterior, debe saberse que a quien la palabra de Dios ha comenzado a ser dulce en la boca del corazón, sin duda su ánimo se amarga contra sí mismo. Pues cuanto más aprende en ella cómo debe reprenderse, tanto más duramente se castiga por la amargura de la penitencia, quien tanto más se desagrada a sí mismo cuanto más en el sagrado volumen ve de Dios omnipotente lo que ama. Pero porque el hombre no puede progresar en esto por su propia virtud, se dice rectamente ahora: "La mano del Señor estaba conmigo, confortándome". Pues la mano del Señor en el sagrado discurso a veces también se llama el Hijo unigénito, porque "todo fue hecho por él" (Juan I, 3). Y sobre cuya ascensión el Padre omnipotente habla por Moisés, diciendo: "Levantaré mi mano al cielo" (Deut. XXXII, 40). Esta mano que conforta los corazones de sus elegidos, decía a los discípulos: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). Por tanto, en todo lo que pensamos, en todo lo que hacemos, siempre debemos orar para que, aspirando él, pensemos, y ayudando él, hagamos, quien vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XI. Prosigue la explicación del capítulo III de Ezequiel desde el versículo 15 al 20, donde se trata del oficio pastoral, de los pecados de los prelados y súbditos mutuamente conectados, y especialmente de la ceguera de la mente.

Entre los demás milagros de la profecía, los libros de los profetas tienen también esto admirable, que así como en ellos las palabras explican las cosas, así a veces las cosas explican las palabras, de modo que no solo sus dichos, sino también sus hechos son profecía. Por eso ahora se dice:

EZEQUIEL III, VERS. 15.---"Vine a la transmigración al montón de nuevas cosechas, a los que habitaban junto al río Chobar".

1. Cuando la causa exigía que debía indicar que venía a la transmigración, ¿qué necesidad había de expresar también el lugar por las cosechas, diciendo: "Al montón de nuevas cosechas", sino porque a menudo las causas se señalan por las cosas y los lugares? Pues muchos años de cautiverio habían pasado ya mientras Ezequiel profetizaba, y de aquellos que habían sido llevados al cautiverio, muchos ya habían muerto en la carne, a cuyos hijos venía a hablar el profeta. Por eso se le dice anteriormente: "Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a las naciones apóstatas, que se apartaron de mí. Sus padres quebrantaron mi pacto hasta este día, y los hijos son de dura cerviz y corazón indomable, a quienes yo te envío" (Ezequiel II, 3, ss.). De los cuales, porque muchos iban a creer, y a llegar a la fertilidad de las buenas obras por la obediencia, se les llama montón de cosechas. Pues porque las buenas almas son llamadas cosechas de Dios, otro profeta testifica, diciendo: "Santo es Israel para el Señor, primicias de sus cosechas" (Jeremías II, 3). Pues las cosechas del Señor también se convirtieron en las naciones que se convirtieron a la fe. Pero porque primero Israel creyó en el Señor, el profeta rectamente llamó a este las primicias de sus cosechas. Por tanto, porque el profeta fue enviado no al pueblo anterior, sino a los hijos de ese pueblo, vino al montón de nuevas cosechas. Pero lo que se designa por el río Chobar, ya lo dijimos anteriormente (Hom. II, n. 6); no lo repetimos ahora, para no generar fastidio con la repetición. Sigue:

VERS. 15.---"Y me senté donde ellos se sentaban, y permanecí allí siete días lamentándome en medio de ellos".

2. Es notable cuánta compasión se une el santo profeta al pueblo cautivo, y se une a sus dolores sentándose y lamentándose en medio de ellos, porque la raíz de la palabra es la virtud de la obra. Y esa palabra es recibida con gusto por el oyente, que es pronunciada por el predicador con compasión del ánimo. Así el hierro se une con el hierro, primero se funde, para que luego se sostenga mutuamente. Pues si primero no se ablanda, luego no puede sostenerse firmemente. Así el profeta se sentó con el pueblo cautivo, y se mostró lamentándose en medio de ellos, para que al hacerse más blando con la gracia de la caridad, inmediatamente lo sostuviera con la fortaleza de la palabra. Pero si el pueblo israelita, que se llama casa exasperante, porque no reconoció las culpas ni entre los castigos, no deprimió su ánimo con dolor alguno, el profeta, entre los que se alegraban, se esforzó por sentarse lamentándose, para que al callar mostrara lo que había venido a enseñar hablando. Y antes de que hablara, en lo que calló lamentándose tomó la forma de las palabras. Sigue:

VERS. 16.---"Pero cuando pasaron siete días, vino a mí la palabra del Señor, diciendo".

3. En que se sentó lamentándose durante siete días, y después del séptimo día recibió las palabras de la orden del Señor para que hablara, indica claramente que durante esos días había callado lamentándose. Sin embargo, había sido enviado a predicar, y sin embargo durante siete días permaneció sentado en silencio. ¿Qué es esto que el santo profeta nos insinúa en su silencio, sino que aquel que verdaderamente sabe hablar, es quien primero ha aprendido a callar bien? Pues el silencio es como un alimento del discurso. Y rectamente recibe el discurso por la gracia creciente, quien antes calla ordenadamente por humildad. Por eso se dice por Salomón: "Tiempo de callar, y tiempo de hablar" (Eclesiastés III, 7). Pues no dijo, Tiempo de hablar, y tiempo de callar, sino que primero menciona el tiempo de callar, y luego añade el de hablar, porque no debemos aprender a callar hablando, sino a hablar callando. Si, por tanto, el santo profeta que había sido enviado a hablar, primero calló mucho tiempo para luego hablar rectamente, debemos considerar cuánta culpa es no callar para quien ninguna necesidad obliga a hablar. Sigue:

VERS. 17.---"Hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel".

4. Es notable que aquel a quien el Señor envía a predicar se le llama centinela. Pues a quien se le encomienda el cuidado ajeno, se le llama centinela, para que se siente en la altura de la mente, y derive el nombre del oficio de la virtud de la acción. No es centinela quien está en lo bajo. Pues el centinela siempre está en la altura, para que pueda prever de lejos lo que ha de venir. Y quienquiera que sea puesto como centinela del pueblo, debe estar en lo alto por la vida, para que pueda ser útil por la providencia. Por eso otro profeta amonesta al centinela, diciendo: "Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion" (Isaías XL, 9). Para que quien ha asumido el lugar de la predicación ascienda a la altura de la buena acción; pase a lo excelso, y trascienda las obras de aquellos que le han sido encomendados; para que vea la vida de los súbditos tanto más sutilmente, cuanto no somete su ánimo a las cosas terrenales que desprecia.

5. Oh, cuán duras me son estas cosas que hablo, porque al hablar me hiero a mí mismo, cuya lengua ni sostiene la predicación como es digno, ni en cuanto puede sostenerla la vida sigue a la lengua. Que a menudo me enredo en palabras ociosas, y torpe y negligente ceso de la exhortación y edificación de los prójimos. Que en la presencia de Dios me he vuelto mudo y verboso, mudo en lo necesario, verboso en lo ocioso. Pero he aquí que la palabra de Dios sobre la vida del centinela me obliga a hablar. No puedo callar, y sin embargo temo herirme al hablar. Diré, diré, para que la espada de la palabra de Dios pase también a través de mí

para herir el corazón del prójimo. Diré, diré, para que incluso contra mí la palabra de Dios resuene por mí. No niego ser culpable, veo mi torpeza y negligencia. Tal vez ante el piadoso juez la misma confesión de la culpa sea la obtención del perdón.

6. Y ciertamente, estando en el monasterio, podía restringir mi lengua de los ociosos y mantener mi mente casi continuamente en la intención de la oración. Pero después de haber puesto el hombro del corazón bajo la carga pastoral, el ánimo no puede recogerse continuamente en sí mismo, porque se divide en muchas cosas. Me veo obligado a discutir las causas de las iglesias y de los monasterios, a menudo a considerar las vidas y acciones de cada uno; a veces a soportar ciertos asuntos de los ciudadanos, a veces a gemir por las espadas de los bárbaros que irrumpen, y a temer a los lobos que acechan al rebaño encomendado; a veces a asumir el cuidado de las cosas, para que no falten los recursos a aquellos mismos que mantienen la regla de la disciplina, a veces a soportar con ecuanimidad a ciertos rapaces, a veces a oponerse a ellos bajo el estudio de la caridad guardada. Así, cuando la mente es llevada a pensar en tantas y tan grandes cosas, ¿cuándo puede volver a sí misma, para recogerse completamente en la predicación y no apartarse del ministerio de la palabra proclamada? Pero como por la necesidad del lugar a menudo me uno a hombres seculares, a veces relajo la disciplina de mi lengua. Pues si me mantengo en el rigor constante de mi censura, sé que soy evitado por los más débiles, y nunca los atraigo a lo que deseo. De ahí que a menudo escuche pacientemente incluso sus palabras ociosas. Pero como también soy débil, siendo llevado por un tiempo en conversaciones ociosas, ya comienzo a hablar con gusto de lo que había comenzado a escuchar a regañadientes; y donde me cansaba de caer, me gusta yacer. ¿Quién soy yo, pues, o qué tipo de vigilante soy, que no estoy en la montaña de la obra, sino que aún yago en el valle de la debilidad? Sin embargo, el creador y redentor del género humano puede darme, indigno, tanto la altura de la vida como la eficacia de la lengua, por cuyo amor en su elocuencia no me perdono.

7. Por tanto, la vida del vigilante debe ser siempre alta y circunspecta. Para que no sucumba al amor de las cosas terrenales, debe ser alta; para que no sea herido por los dardos del enemigo oculto, debe ser circunspecta por todos lados. No basta al vigilante vivir en lo alto, si no lleva continuamente a sus oyentes a las alturas con su palabra, y enciende sus mentes al amor de la patria celestial hablando. Pero hace esto correctamente cuando su lengua arde por su vida. Pues la lámpara que no arde en sí misma, no enciende aquello a lo que se aplica. Por eso la Verdad dice de Juan: "Él era una lámpara ardiente y luminosa" (Juan 5, 35). Ardiente por el deseo celestial, luminosa por la palabra. Para que se conserve la verdad de la predicación, es necesario mantener la altura de la vida. Por eso, con razón, se dice en el Cantar de los Cantares con la voz del esposo de la santa Iglesia: "Tu nariz es como la torre del Líbano" (Cant. 7, 4). ¿Qué alabanza es esta, hermanos míos, que la nariz de la esposa se compare a una torre? Pero como por la nariz siempre discernimos los olores y los hedores, ¿qué se designa por la nariz sino la discreción de los vigilantes? Esta nariz se dice que es como una torre y del Líbano, porque la discreción de los superiores debe estar siempre fortificada con circunspección y consistir en la altura de la vida, es decir, no yacer en el valle de la obra débil. Pues así como una torre se coloca en una montaña para vigilar, para que los enemigos que vienen se vean desde lejos, así la vida del predicador debe permanecer siempre fija en lo alto, para que, a modo de nariz, discierna los hedores de los vicios y los olores de las virtudes. Que prevea de lejos los ataques de los espíritus malignos y haga cautas a las almas encomendadas a él por su providencia. Sigue:

IBID.---Y oirás de mi boca la palabra, y la anunciarás a ellos de mi parte.

8. He aquí que el profeta es advertido nuevamente de no atreverse a hablar lo que no ha oído, sino que primero debe abrir el oído del corazón a la voz del creador, y luego abrir la boca de su cuerpo a los oídos del pueblo. Por eso otro profeta dice: "Inclinaré mi oído a la parábola, abriré mi enigma con el arpa" (Sal. 48, 5). Pues quien predica correctamente primero, como se ha dicho, inclina el oído del corazón a la locución íntima, para que luego abra la boca del cuerpo en la proposición de la admonición. Sigue:

VERS. 18.---Si cuando yo diga al impío: Muerte morirás, no le anuncias, ni hablas para que se aparte de su camino impío y viva; ese impío morirá en su iniquidad, pero su sangre demandaré de tu mano.

9. En estas palabras, ¿qué debemos notar, qué debemos considerar cuidadosamente, sino que ni el súbdito muere por culpa del superior, ni el superior está sin culpa cuando, al no escuchar las palabras de vida, el súbdito muere por su culpa? Al impío se le debe la muerte, pero el vigilante debe anunciarle el camino de la vida y reprender su impiedad. Si el vigilante calla, el impío morirá en su iniquidad, porque el mérito de su impiedad fue que no era digno de que se le dirigiera la palabra del vigilante. Pero el Señor demanda su sangre de la mano del vigilante, porque él lo mató al entregarlo al silencio de la muerte. En ambos casos, se debe considerar cuánto están conectados los pecados de los súbditos y los superiores, porque donde el súbdito muere por su culpa, allí el que preside, por haber callado, es considerado culpable de muerte. Considerad, pues, hermanos carísimos, considerad, porque también el hecho de que no seamos dignos pastores es culpa vuestra, a quienes tales prelados hemos sido. Y si alguna vez caéis en la iniquidad, también es por nuestra culpa, porque no nos tenéis como opositores y reclamantes en vuestros deseos perversos. Os perdonáis a vosotros y a nosotros si cesáis de la mala obra. Nos perdonamos a vosotros y a nosotros cuando no llamamos lo que desagrada. ¡Oh, cuán libre del sangre de los encomendados a él fue el predicador egregio que decía: "Estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios" (Hechos 20, 26)! Pues si no hubiera anunciado, no estaría limpio de sangre. Pero a quienes se esforzó por anunciar todo el consejo de Dios, de su sangre estuvo limpio. En esta voz somos convocados, somos constreñidos, se nos muestra que somos culpables, nosotros que somos llamados sacerdotes, que sobre los males propios añadimos también muertes ajenas, porque matamos a tantos como vemos ir a la muerte cada día tibios y callados.

10. Pero cuando se dice: "Demandaré su sangre de tu mano", si en este lugar el nombre de sangre designa la muerte del cuerpo, nuestro miedo por nuestro silencio se aumenta mucho, porque si en sus súbditos el que ha sido puesto como vigilante es considerado culpable incluso de la muerte del cuerpo de los que alguna vez morirán, ¿con qué culpa se le constriñe por la muerte del alma de los súbditos, que podría haber vivido siempre si hubiera escuchado palabras de corrección? Pero mejor pueden significarse los pecados con el nombre de sangre. Por eso alguien, al lamentar los pecados de la carne, dijo: "Líbrame de las sangres, oh Dios, Dios de mi salvación" (Sal. 50, 16). Por tanto, se demanda la sangre del que muere de la mano del vigilante, porque el pecado del súbdito se imputa a la culpa del superior si calla. Por tanto, debe hacer algo para que, incluso cuando el súbdito muera, se libere a sí mismo. Que se levante, que vigile, que contradiga las malas acciones, como está escrito: "Corre, apresúrate, despierta a tu amigo, no des sueño a tus ojos, ni dejes que tus párpados se adormezcan" (Prov. 6, 3). Por eso aquí también se añade:

VERS. 19.---Pero si tú anuncias al impío, y él no se convierte de su impiedad y de su camino impío; él morirá en su impiedad, pero tú habrás librado tu alma.

11. Entonces el súbdito muere sin ti, cuando en la causa de la muerte te ha soportado como contradictor. Pues te unes a la muerte a la que no contradices. Y se debe notar qué cosas deben ser predicadas por el vigilante, a saber, la fe y la obra. Pues dice: "Pero si tú anuncias al impío, y él no se convierte de su impiedad y de su camino impío". La impiedad se refiere a la infidelidad, y el camino impío a la mala acción. Y todo vigilante debe tener este estudio, que primero atraiga a la piedad de la fe, y luego al camino piadoso, es decir, a la buena acción.

12. Pero como el discurso se ha introducido sobre la exhortación, debemos brevemente dar a conocer cuán grande debe ser el orden y la consideración de la locución en la boca del pastor. Pues el doctor debe considerar qué habla, a quién habla, cuándo habla, cómo habla y cuánto habla. Pues si falta uno de estos, la locución no será adecuada. Está escrito: "Si ofreces correctamente, pero no divides correctamente, has pecado" (Gén. 4, 7, según LXX). Ofrecemos correctamente cuando con buen estudio hacemos una buena obra; pero no dividimos correctamente si posponemos tener discreción en la buena obra. Debemos considerar qué hablamos, para que según la voz de Pablo, "nuestra palabra sea siempre con gracia, sazónada con sal" (Col. 4, 6).

13. Debemos considerar a quién hablamos, porque a menudo la palabra de reprensión que una persona admite, otra no la admite. Y a menudo la misma persona se convierte en otra según el hecho. Por eso el profeta Natán golpeó a David con una fuerte sentencia de reprensión después del adulterio. Cuando hablaba del ladrón de la oveja, dijo: "Es hijo de muerte el hombre que hizo esto", y de inmediato le respondió, diciendo: "Tú eres ese hombre" (2 Sam. 12, 5). Sin embargo, cuando le hablaba del reino de Salomón (Ibid., 7), porque no había culpa, se postró humildemente en adoración. En una misma persona, porque la causa fue diferente, también la palabra profética fue diferente.

14. También debemos considerar cuándo debemos hablar, porque a menudo, aunque se difiera la reprensión, luego se recibe benignamente. Y a veces languidece si pierde el tiempo en que debió ser pronunciada antes. Pues la sabia mujer, viendo a Nabal ebrio (1 Sam. 25, 36, 37), no quiso reprenderlo por la culpa de la avaricia, a quien, después de digerir el vino, golpeó útilmente con las palabras de su reprensión. Y el Profeta anuncia que las lenguas de los aduladores no deben diferirse en el tiempo siguiente, quien dice: "Sean confundidos de inmediato y avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien!" (Sal. 69, 4). Pues la adulación, si se recibe pacientemente incluso por un tiempo, se incrementa, y por un momento acaricia el ánimo, para que se ablande en la delectación del discurso desde el rigor de su rectitud. Pero para que no crezca, debe ser golpeada de inmediato y sin demora.

15. También debemos considerar cómo hablamos. Pues a menudo las palabras que llaman a uno a la salvación hieren a otro. Por eso también el apóstol Pablo, que amonesta a Tito, diciendo: "Reprende con toda autoridad" (Tit. 2, 15), exhorta a Timoteo, diciendo: "Reprende, exhorta, increpa con toda paciencia y doctrina" (2 Tim. 4, 2). ¿Qué es lo que a uno le ordena autoridad y al otro paciencia, sino que vio que uno era de espíritu más suave y el otro de espíritu más ferviente? Al suave se le debía imponer la severidad de la palabra con la autoridad del imperio, pero el que ardía por el espíritu debía ser templado con paciencia, para que si se encendía más de lo justo, no llevara al herido a la salvación, sino que hiriera al sano.

16. También debemos cuidar cuánto hablamos, para que si alargamos demasiado la palabra de exhortación o reprensión a quien no puede soportar mucho, no llevemos a nuestro oyente al hastío. Por eso el mismo predicador egregio habla a los hebreos, diciendo: "Os ruego,

hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente" (Heb. 13, 22). Esto, sin embargo, es especialmente adecuado para los débiles, para que escuchen pocas cosas, y las que pueden captar, pero que hieran su mente en el dolor del arrepentimiento. Pues si en un solo tiempo se les dice un discurso de exhortación de manera múltiple, porque no pueden retener mucho, pierden todo a la vez. Por eso también los médicos de los cuerpos aplican los paños que ponen en los estómagos de los enfermos con un medicamento adecuado, pero de manera sutil, para que si están llenos de mucho medicamento, no ayuden fortaleciendo la debilidad del estómago, sino que lo opriman y lo agraven.

17. Sin embargo, se debe saber que si alguna vez el discurso más largo pasa de su medida, no es peligroso para los oyentes. Pero si no se observa vigilante cómo se dice algo y a quién se dice, es muy peligroso. Pues las mentes vergonzosas, si han cometido alguna culpa, deben ser reprendidas suavemente, porque si se les reprende más severamente, se rompen más que se instruyen. Pero, por el contrario, las mentes ásperas e impúdicas, si se les reprende suavemente, son provocadas a mayores culpas por esa misma suavidad.

18. Lo que aprendemos bien en el mismo predicador egregio, quien, al conocer a los corintios divididos por el amor a las personas en cisma, cuidando de su vergüenza, comenzó su discurso con ellos desde la acción de gracias y alabanzas, diciendo: "Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús, porque en todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia, así como el testimonio de Cristo fue confirmado en vosotros" (1 Cor. 1, 4). Aún añade y dice: "De modo que no os falta ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo" (Ibid., 7). Te pregunto, Pablo, si ya no falta nada, ¿por qué te fatigas escribiéndoles? ¿Por qué hablas desde lejos? Pensemos, pues, hermanos carísimos, cuánto alaba. He aquí que afirma que se les ha dado la gracia de Dios, dice que han sido enriquecidos en todo en toda palabra y en toda ciencia; testifica que el testimonio de Cristo, es decir, lo que testificó de sí mismo muriendo y resucitando, ha sido confirmado en su vida, y testifica que no les falta nada en ningún don. ¿Quién, pregunto, creería que poco después los reprendería a quienes alaba tanto? Pues después de otras cosas añade: "Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos lo mismo, y que no haya divisiones entre vosotros" (Ibid., 10). ¿Qué pudo haber sobrevenido a tan perfectos como para que el cisma, como laudable, se introdujera? "Porque me ha sido informado de vosotros, hermanos míos, por los de la casa de Cloe, que hay contiendas entre vosotros. Esto quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolos, yo de Cefas, yo de Cristo" (Ibid., 11 y 12). He aquí que a quienes había alabado en toda palabra y en toda ciencia, a quienes había dicho que no les faltaba nada en ningún don, hablando un poco, viniendo suavemente a reprender, los reprende por estar divididos entre sí; y a quienes había narrado su salvación antes, después les reveló sus heridas. Pues el médico experto, viendo una herida que debe ser cortada, pero observando que el enfermo es tímido, palpó mucho tiempo y de repente golpeó. Primero puso la mano suave de la alabanza, y luego fijó el hierro de la reprensión. Pues si las mentes vergonzosas no son reprendidas palpando, de modo que escuchen de otras cosas lo que tomen como consuelo, caen de inmediato en la desesperación por la reprensión.

19. Pero, ¿acaso mintió Pablo al decirles primero que no les faltaba nada en toda gracia, a quienes después les diría que les faltaba la unidad? ¡Dios no lo quiera! ¿Quién, incluso siendo insensato, creería tal cosa de él? Pero porque había entre los corintios algunos llenos de toda gracia, y había algunos cortados en los favores de las personas, comenzó con las alabanzas de los perfectos, para que con una modesta invectiva llegara a la reprensión de los débiles. Y en esto también, llevando el uso de la medicina del corazón a la medicina del cuerpo. Pues cuando el médico ve una herida que debe ser golpeada, primero palpa los miembros que están

sanos alrededor de la herida, para que luego llegue suavemente palpando a los que están heridos. Por tanto, cuando Pablo alabó a los perfectos en los corintios, tocó los miembros sanos junto a la herida; pero cuando reprendió a los débiles por la división, golpeó la herida en el cuerpo.

20. Sin embargo, veamos a este mismo que es llevado con tanta modestia y mansedumbre a corregir a los corintios, cómo se ejercita contra los gálatas, que se habían apartado de la fe. Pues sin ninguna paciencia de modestia previa, sin ninguna dulzura de locución otorgada, a quienes conoció que se habían apartado de la fe, los reprende con invectiva desde el mismo comienzo de su epístola. Pues después de la salutación, así comienza: "Me maravillo de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo" (Gál. 1, 6). A quienes también en abierta reprensión después de otras cosas añade: "¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó?" (Ibid. 3, 1). Pues las mentes duras, a menos que sean golpeadas con abierta reprensión, de ningún modo reconocerán el mal que han hecho. Pues a menudo los que son impúdicos sienten que han pecado tanto como son reprendidos por los pecados que han cometido, de modo que consideran menores sus culpas que son castigadas con menor invectiva, y las que han visto ser reprendidas vehementemente, las descubren como mayores. Por eso es necesario que siempre el discurso del predicador deba formarse con la calidad de los oyentes, para que no hable cosas ásperas a los vergonzosos, ni suaves a los impúdicos. Pero, ¿qué maravilla si el dispensador de la palabra de Dios hace esto, cuando también el agricultor que siembra semillas en la tierra primero prevé la calidad de la tierra para ver a qué semillas parece apta, y después de prever la calidad, entonces esparce las semillas? Pero como hemos prolongado demasiado la locución sobre la calidad de la doctrina, es necesario que volvamos al orden de exposición que comenzamos.

VERS. 20.---Pero si el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, pondré un tropiezo delante de él; él morirá, porque no le advertiste. En su pecado morirá, y no se recordarán las justicias que hizo; pero demandaré su sangre de tu mano.

21. Porque el predicador calló al justo que cayó en pecado, es considerado culpable de su sangre. Y quien no se esforzó por ser diligente en la predicación, se hizo partícipe en la condenación. Pero cuando se dice: "En su pecado morirá, y no se recordarán las justicias que hizo", esto es lo que debemos considerar principalmente, porque cuando cometemos males, en vano recordamos nuestros bienes pasados, ya que en la perpetración de los males no debe haber confianza en los bienes pasados. Pero se puede preguntar si al justo después de haber caído se le debe predicar, o también antes de que caiga. El predicador debe vigilar para que no llegue a caer, sin duda también antes de que caiga. Pues sigue:

VERS. 21.---Pero si tú adviertes al justo para que no peque, y él no peca, vivirá ciertamente porque fue advertido; y tú habrás salvado tu alma. 22. Si, por tanto, el predicador ha salvado su alma porque advirtió al justo para que no pecara, cuando el justo cae en pecado por el silencio del predicador, el predicador es considerado culpable por su silencio. Pero, ¿quién de nosotros, pregunto, es suficiente para esto, para no solo corregir diligentemente a los pecadores, sino también vigilar a los justos para que no caigan? Porque nosotros, conscientes de nuestra debilidad, cuando vemos a hombres justos, no nos atrevemos a advertirles que mantengan el camino de la justicia, que vemos que ya siguen; y sin embargo, es deber del predicador también advertir a los justos. Por eso, el predicador insigne decía: A sabios y a ignorantes soy deudor (Rom. I, 14).

23. En todo lo que se ha dicho sobre el justo que se convierte a la iniquidad, es laborioso hablar de ello, y muy temible lo que el Señor dice: Pondré un obstáculo delante de él. Pues dice: Si el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, pondré un obstáculo delante de él. Nosotros decimos que si comete iniquidad, tropieza, y es completamente cierto lo que decimos. ¿Por qué entonces Dios Todopoderoso le pone un obstáculo, a quien ya ve que ha tropezado y caído por la iniquidad que ha cometido? Pero los juicios de Dios Todopoderoso son estrictos; y quien espera mucho tiempo al pecador para que regrese, al que no regresa y desprecia, le pone aún donde tropiece más gravemente.

24. Porque el pecado que no se borra rápidamente por el arrepentimiento, o es pecado y causa de pecado, o pecado y castigo del pecado, o pecado y a la vez causa y castigo del pecado. Todo lo que se comete primero es pecado. Pero si no se borra rápidamente con el arrepentimiento, Dios Todopoderoso, en su justo juicio, permite que la mente del pecador, ya atada, caiga en otra culpa, para que, al no querer corregir llorando lo que ha hecho, comience a acumular pecado sobre pecado. Por tanto, el pecado que no se disuelve con el lamento del arrepentimiento es a la vez pecado y causa de pecado, porque de él surge lo que aún más ata la mente del pecador. El pecado que sigue al pecado es a la vez pecado y castigo del pecado, porque, al aumentar la ceguera, se genera como retribución de la culpa anterior, de modo que en el pecador los mismos incrementos de vicios son ya como ciertos castigos. A veces sucede que un mismo pecado es a la vez pecado y castigo del pecado, y también causa de pecado. Pongamos ante nuestros ojos a alguien que codició la propiedad de su prójimo, y como no pudo obtenerla abiertamente, la robó; pero al ser acusado de robo, negó bajo juramento haberla robado. Para él, la codicia fue pecado y causa de pecado, porque a través de ella llegó al robo. El mismo robo por el que arrebató lo codiciado fue para él pecado y castigo del pecado, porque como retribución de la codicia no reprimida llegó al robo, y la culpa del corazón creció en la obra por la venganza de la ceguera. Pero como se preocupó por cubrir el robo con perjurio, de nuevo generó pecado a partir del pecado. Por tanto, el robo que surgió de la codicia y produjo perjurio, se convirtió en pecado y castigo del pecado de la culpa precedente, pecado y causa de pecado de la culpa subsiguiente, porque de aquella nació esta. Pablo lo insinuó bien sobre algunos que, conociendo a Dios, no lo honraron como Dios, diciendo: Cuando conocieron a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos (Rom. I, 21). He aquí el pecado y la causa del pecado. De esta causa, ¿qué sigue? añade: Y su necio corazón fue oscurecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles (Ibid., 22, 23). He aquí el pecado y el castigo del pecado. Pero sería solo pecado y castigo del pecado si no siguiera otro pecado de este pecado. Pues después de su infidelidad se añade: Por lo cual Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la inmundicia, para que deshonren sus cuerpos entre sí (Ibid., 24). Así que, quienes conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, de ese pecado y causa de pecado fueron llevados a caer en el culto de serpientes y aves. Pero como por esta ceguera también cayeron en la inmundicia y deshonra de la carne, la misma ceguera de su infidelidad fue pecado para el entendimiento precedente y castigo del pecado, y para la inmundicia subsiguiente fue pecado y causa de pecado. Pero como esto se ha tratado extensamente en los libros Morales (Lib. XXV Moral., n. 23, 24), no debemos detenernos más en ello ahora.

25. Sin embargo, debemos considerar con temblor cómo el justo y omnipotente Dios, cuando se enoja por los pecados precedentes, permite que una mente cegada caiga también en otros. Por eso Moisés dice: Aún no se han completado los pecados de los amorreos (Gén. XV, 16). David también dice: Añade iniquidad sobre su iniquidad, para que no entren en tu justicia

(Sal. LXVIII, 28). Otro profeta dice: Maldición, mentira, homicidio, robo y adulterio han inundado, y sangre toca sangre (Oseas IV, 2). Porque la sangre toca la sangre cuando se añade pecado a pecado, de modo que ante los ojos de Dios, con las iniquidades añadidas, el alma se mancha de sangre. El apóstol Pablo dice: Para que llenen siempre la medida de sus pecados (I Tes. II, 16). Y a Juan, por medio del ángel, se le dice: El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía (Apoc. XXII, 11). Por eso ahora también el Señor dice: Si el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, pondré un obstáculo delante de él. Como si dijera abiertamente: Porque no quiso ver, arrepintiéndose, donde ya tropezó, dejándolo en su justo juicio, pondré para él donde también tropiece en otro lugar. Sin embargo, el poner del Señor no es en absoluto presionar para pecar, sino no querer liberarlo del pecado; como se dice de Faraón: Yo endureceré su corazón (Éxodo VII, 3). Porque el Señor no endurece el corazón del pecador, sino que se dice que lo endurece cuando no lo libera de la dureza. Dios misericordioso nos concede tiempo para el arrepentimiento; pero cuando convertimos la paciencia de su gracia en aumento de culpa, ese mismo tiempo que dispuso piadosamente para perdonar, lo convierte más estrictamente para golpear, de modo que cuando alguien no quiere regresar incluso con el tiempo recibido, aumenta su maldad para su condena, por lo que pudo haberla borrado si hubiera querido convertirse. Por eso está escrito: ¿Desprecias la riqueza de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y corazón impenitente atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 4). Así que, de la bondad del Dios omnipotente, el réprobo atesora ira para el día de la ira, porque mientras se le da tiempo para arrepentirse, lo usa para pecar, convirtiendo el mismo remedio de la gracia en aumento de culpa. Por eso también el Dios omnipotente, al ver que los remedios otorgados se arrastran hacia el aumento de culpa, convierte esa misma bondad que concedió en la severidad del juicio, para que después golpee más de lo que ahora espera. Y porque el hombre no quiere abandonar el mal para vivir, aumenta lo que lo hará morir. Pero ya sea que el justo caiga en culpa, o el pecador en muerte, el vigilante debe temer que su silencio lo involucre en la culpa de los pecadores.

26. Pero mientras hablo, quiero apartar mis ojos de mí mismo, y he aquí que de nuevo la palabra divina me empuja a mí mismo, para que vea mi negligencia y tema que se me diga lo que escucho. Como dije antes (Num. VI), ¿quién puede recoger su corazón disperso en innumerables preocupaciones? ¿Cuándo puedo cuidar diligentemente de todo lo que me rodea y contemplarme a mí mismo con una mente unida? ¿Cuándo puedo corregir persiguiendo las maldades de los perversos, alabar y advertir para guardar las acciones de los buenos, mostrar terror a unos y dulzura a otros? ¿Cuándo puedo pensar en lo necesario para los hermanos y preocuparme por las vigilias de la ciudad contra las espadas enemigas, para que los ciudadanos no perezcan en un ataque repentino, y entre todo esto, dedicar plenamente y eficazmente la palabra de exhortación para la custodia de las almas? Hablar de Dios es propio de una mente muy tranquila y libre. Porque la lengua se dirige bien en el discurso cuando el sentido descansa seguro en la tranquilidad, ya que el agua agitada no refleja la imagen del que la mira, sino que el rostro del que se inclina sobre ella se ve cuando no se mueve. ¿Qué exhortación puede hacerles su vigilante, hermanos carísimos, cuando está perturbado por tanta confusión de cosas? Ciertamente, el profeta de quien hablamos, viendo el templo en la última revelación, narra entre otras cosas lo que vio en el mismo templo, diciendo: La tierra hasta las ventanas, y las ventanas cerradas (Ezequiel XLI, 16). El apóstol Pablo también dice: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III, 17; II Cor. VI, 16). En este templo, las ventanas son los sacerdotes y vigilantes, que en el pueblo de los fieles difunden la luz de la santa predicación. Pero cuando la tierra llega hasta las ventanas, las ventanas están cerradas, porque cuando el pensamiento terrenal crece en los

corazones de los sacerdotes, las ventanas no difunden luz, porque los sacerdotes enmudecen en el oficio de la predicación.

27. Hay también otra cosa muy grave en el orden de los sacerdotes, porque no como aquellos que llevan una vida tranquila y apartada pueden permanecer fijos en su pensamiento. Porque, como dijimos antes, aquellos que están lejos del lugar de gobierno pueden lavar las manchas de sus pecados con lágrimas, y después de las lágrimas, permanecer en la misma tristeza del alma, como también está escrito de la buena mujer que oró en el tabernáculo, y después de la gracia de la compunción no cambió su ánimo de su intención, cuando se dice: Y su rostro no fue más cambiado en diferentes direcciones (I Sam. I, 18). En la cual debemos considerar que si así lloró una mujer que buscaba un hijo, ¿cómo debe llorar un alma que busca a Dios? Pero el sacerdote, incluso después de la compunción y las lágrimas, se ve obligado a conocer las necesidades de sus hijos, y a escuchar pacientemente lo que su alma rechaza, y después de los suspiros de las cosas celestiales, llevar las cargas de los hombres carnales, y a menudo, con los que llegan, transformar su corazón en diferentes cualidades. Porque a veces se alegra por los logros espirituales, pero cuando alguien afligido llega, si no toma su aflicción sobre sí mismo, no es compasivo con su tribulación. Y a veces llora por las pérdidas de las almas, y de repente llegan quienes se alegran por algunas de sus prosperidades; si el sacerdote no se regocija con su alegría, se le cree que ama menos a los hijos en cuyo gozo no se exulta, especialmente cuando Pablo dice: Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran (Rom. XII, 15).

28. No veo nada tan oneroso para el orden de los sacerdotes como doblar el rigor de la mente por compasión, y cambiar el ánimo con las personas que llegan; y sin embargo, esto es muy necesario. Porque cuando un pecador es llevado a la gracia de la buena obra por su predicación, ¿si el mismo predicador parece ingrato? Por eso, a través de este mismo profeta, en la parte final se dice: Y cuando los sacerdotes ministran en el interior, no usarán vestiduras de lana (Ezequiel XLIV, 17). De lo cual se añade: Y cuando salgan al atrio exterior al pueblo, se quitarán las vestiduras en las que ministraban, y las pondrán en el tesoro del santuario (Éxodo XXVIII, 43; Ezequiel XLIV, 19). Las vestiduras de lana son más gruesas. Pero cuando el sacerdote se acerca al santo ministerio, cuando entra en el interior por la compunción, es necesario que se vista con un entendimiento más sutil, como con una vestidura de lino. Pero cuando sale al pueblo, debe quitarse las vestiduras con las que ministraba en el interior, y aparecer ante el pueblo vestido con otras vestiduras, porque si se mantiene en el rigor de su compunción, si permanece en la tristeza que tuvo en el tiempo de la oración, no admite recibir las palabras de las cosas exteriores. ¿Y qué hará el rebaño con lo necesario, si el Pastor se niega a escuchar y considerar lo que el tiempo presente exige? Por tanto, el sacerdote al salir ante el pueblo debe vestirse con vestiduras más gruesas, para que ajuste el hábito de su mente por la utilidad de sus hijos, incluso para soportar las cosas terrenales. Consideren, les ruego, hermanos carísimos, cuán grande es el trabajo del vigilante al tender su corazón hacia lo sublime, y luego de repente traerlo de vuelta a lo bajo, y en la sublimidad del conocimiento íntimo, atenuar su ánimo, y por las causas exteriores de los prójimos, por así decirlo, de repente engrosar en el pensamiento.

29. No necesito ahora exponer las palabras del profeta, sino llorar mi miseria ante ustedes. Por eso les pido que su oración me haga tal que pueda valerme a mí mismo y ser útil para ustedes. Puede concederme esto, indigno e infirme, por su intercesión, quien por su piedad se dignó a hacerse débil por nosotros. Porque es la virtud y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), que tomó nuestra debilidad para fortalecernos con su firmeza, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XII. Lo que queda del capítulo tercero se recorre, y hasta el versículo 4 del capítulo cuarto se lleva su explicación, que se inclina hacia varios preceptos o consejos morales para predicadores y oyentes.

1. Guardando la verdad de la historia, las palabras divinas a veces designan causas por el tiempo, a veces por el lugar, que no indican con palabras claras. Por el tiempo, como cuando el Señor predicando a los judíos se dice por el evangelista: Era invierno (Juan X, 22). Entre aquellos misterios que la Verdad hablaba, ¿qué causa había para añadir el nombre del invierno, sino para mostrar por la calidad del tiempo el frío del corazón? Porque incluso cuando recibían las palabras de la verdad, los corazones de los judíos permanecían fríos. A veces por el lugar, como cuando al pueblo carnal israelita, al descender Moisés del monte, se le dio la ley en las llanuras (Éxodo XX, sig.); y a los santos apóstoles, el Señor sentado en el monte les habló de preceptos supremos y espirituales (Mateo V, 1), para que por los lugares se mostrara que a aquellos, como carnales, se les daban mandamientos mínimos en el valle de la tierra, y a estos, como espirituales y santos, oyeran mandamientos celestiales en el monte, para que se mostrara abiertamente que ascendiendo de corazón a lo celestial, dejaran las cosas bajas del mundo, y permanecieran en la cumbre de la mente. Por eso ahora el profeta Ezequiel describe lo que hizo por mandato de Dios en los lugares, para indicar por las cualidades de los lugares lo que seguiría en el futuro de los misterios de la profecía. Pues dice:

VERS. 22.---Vino sobre mí la mano del Señor, y me dijo: Levántate, sal al campo, y allí hablaré contigo.

2. ¿Qué es esto, que primero el Señor había hablado a su profeta en medio de los israelitas, y sin embargo después dice: Sal al campo, y allí hablaré contigo, sino que se dignó infundir la gracia de su profecía primero a Judea, y luego mostrarla en la amplitud de las naciones? Porque no sin razón se designa por el campo a la gentilidad, que se extiende ampliamente, es decir, en todo el mundo. Donde también se añade:

VERS. 23.---Y levantándome, salí al campo, y he aquí que allí estaba la gloria del Señor, como la gloria que vi junto al río Quebar.

3. En el campo el profeta vio la gloria del Señor, que había visto junto al río Quebar en medio de los israelitas, porque esa misma majestad se manifestó a las naciones, que primero se había declarado a los elegidos en el pueblo judío, revelada por el Espíritu. Sigue:

IBID.---Y caí sobre mi rostro.

4. Al ver la gloria del Señor, el profeta cae sobre su rostro, porque aunque el hombre se eleve para entender las cosas sublimes, sin embargo, por la contemplación de la majestad de Dios, entiende la debilidad de su condición; y como si no tuviera estado, quien se ve ante los ojos de Dios como ceniza y polvo. Sigue:

VERS. 24.---Y entró en mí el espíritu, y me puso sobre mis pies.

5. Cuando nos postramos humildemente ante Dios, cuando reconocemos que somos polvo y ceniza, cuando, considerando la debilidad de nuestra propia condición, no tenemos estado de rigidez y soberbia, Dios Todopoderoso nos levanta por su espíritu, y nos pone sobre nuestros pies, para que quienes humildemente yacemos y hemos yacido por la consideración de nuestra debilidad, en la buena obra después estemos como sobre nuestros pies por la rectitud.

¿Por qué se hace esto en el campo con el profeta, sino para designar especialmente que también a los elegidos de las naciones se les daría el Espíritu Santo, que a quienes asumiera, primero los derribaría de su estado de soberbia, y luego los consolidaría sobre sus pies, es decir, sobre las buenas obras? Como se dice por Pablo: Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies (Hebr. XII, 12). Sigue:

IBID.---Y me habló y me dijo: Entra y enciértrate en medio de tu casa.

6. ¿Qué significa que el profeta sea llevado del medio del pueblo israelita al campo y luego sea llamado de regreso a la casa desde el campo, sino que la gracia de la predicación, quitada del pueblo judío, se ha esparcido en la amplitud de la gentilidad? Sin embargo, al final del mundo, cuando los judíos regresen a la fe, es como si el profeta fuera devuelto a la casa, para que la predicación habite nuevamente en su pueblo, la cual ahora brilla entre diversas naciones como en un campo. Pues está escrito: Hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25). Porque también se dice por otro profeta: Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, solo un remanente será salvo (Isai. X, 22; Rom. IX, 27). Que el profeta salga del medio del pueblo al campo, y del campo regrese a la casa, para que la predicación que se hizo en Judea salga a las naciones, y una vez que las naciones estén llenas de fe, Judea reciba los dones de la doctrina espiritual que perdió. Sin embargo, se ordena que el profeta sea encerrado en medio de su casa, porque en el tiempo del Anticristo, el pueblo convertido de los judíos será angustiado por duras persecuciones de aquellas naciones que permanecieron en la infidelidad. De donde está escrito: Pero el atrio que está fuera del templo, échalo fuera, y no lo midas, porque ha sido dado a los gentiles, y pisotearán la ciudad santa por cuarenta y dos meses (Apoc. XI, 2).

VERS. 25, 26.---Y tú, hijo de hombre, he aquí que se te han dado ataduras, y te atarán con ellas, y no saldrás en medio de ellos; y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, no como un hombre que reprende, porque es una casa provocadora.

7. Si seguimos estas palabras según el orden de la exposición típica, el profeta recibe ataduras en su casa y es atado, porque en los últimos tiempos, cuando Judea haya creído, sufrirá las gravísimas persecuciones del tiempo del Anticristo, de tal manera que los ministros de la iniquidad no recibirán sus predicaciones, sino que resistiéndolas las oprimirán con ataduras de dolores. Y no sale en medio de ellos, porque la predicación no llega a los corazones de los perversos, mientras la lengua de los buenos, atada por las tribulaciones, calla. Porque entonces habrá muchos judíos infieles que perseguirán a aquellos mismos que de entre los judíos hayan creído. De donde es notable lo que aquí también se dice, que el profeta soporta ataduras en su casa: para que se designe que Judea, aun siendo fiel, llevará la tribulación de la persecución de su propio linaje. Pues mientras no se cree que el Unigénito del Padre supremo, encarnado y muerto, resucitó y ascendió a los cielos, como se predica a través de las páginas de la Sagrada Escritura, ciertamente la profecía estará atada entre los judíos. Si hubiera corrido así como se dijo en su entendimiento, habría tenido pasos libres para su predicación.

8. Entonces, la ciencia de los predicadores se ve obligada a callar ante los reprobos. De donde aquí se añade: Y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, no como un hombre que reprende, porque es una casa provocadora. Pero porque, con la predicación de Enoc y Elías, muchos de aquellos que entonces de entre los judíos permanecieron en la infidelidad regresan al conocimiento de la verdad, como se dice del mismo Elías: Elías vendrá, y él restaurará todas las cosas (Mat. XVII, 11; Marc. IX, 12; Malach. IV, 5), quienes

son llamados dos olivos por Zacarías (Zach. IV, 3), y dos candelabros por Juan (Apoc. XI, 4), correctamente aquí también se añade:

VERS. 27.---Pero cuando haya hablado contigo, abriré tu boca, y les dirás: Así dice el Señor Dios.

9. Entonces, como al final, se abre la boca del profeta, cuando en la predicación de Enoc y Elías, al regresar los judíos a la fe, se reconoce que la profecía del sagrado discurso fue sobre Cristo. Pero porque hemos dicho esto de manera típica, ahora discutamos las mismas palabras moralmente para vuestra caridad.

10. ¿Qué significa que se ordene al profeta salir al campo, sino que cada uno que predica, por aquellos que corrige y refrena de la iniquidad, sale hablando al campo? Y allí ve la gloria del Señor, porque cuanto más se esfuerza en el trabajo de la predicación por amor al prójimo, más abundantemente percibe la gracia de la doctrina. Por lo tanto, al salir, es llevado a una visión elevada, porque de donde ilumina la ceguera de la ignorancia en los corazones ajenos con el ministerio de su discurso, de allí la gracia divina lo exalta a una inteligencia superior. Pero porque el predicador siempre debe recurrir a la mente, guardar la humildad y la pureza internamente, después del campo es necesario que regrese a la casa, para que en lo que dice reconozca también cómo es él mismo dentro de su conciencia. Pues si no guarda lo que dice, o busca la gloria temporal de lo que dice, al hablar sale al campo, pero al no pensar en regresar a la casa, se desprecia a sí mismo. Porque al recibir el espíritu, somos encerrados en medio de la casa, cuando por su gracia somos llamados a examinar los secretos de nuestra mente, para que el alma descansa en Dios en sí misma, y ya no discurra por las concupiscencias exteriores en el apetito de la alabanza y la gloria con la movilidad del pensamiento.

11. De esta casa del corazón, la Verdad dice a uno que ha sido sanado por sí misma: Toma tu camilla y vete a tu casa (Joan. V, 8; Marc. II, 9). Pues por la camilla en la que está el descanso de la carne, se significa la misma carne, y por la casa se figura la conciencia. Y porque cuando yacemos muertos en los vicios, descansamos en el deleite de la carne, siendo enfermos somos llevados en la camilla; pero cuando hemos sido sanados en la mente, de modo que ya resistimos a los vicios de la carne que nos asaltan, es necesario que también soportemos las afrentas de las tentaciones en nuestra carne. Por lo tanto, al enfermo que ha sido llevado a la salud se le ordena: Toma tu camilla, es decir, lleva la camilla en la que fuiste llevado, porque es necesario que cada uno sanado lleve la afrenta de la carne en la que antes yacía enfermo. ¿Qué significa entonces decir: Toma tu camilla y vete a tu casa, sino lleva las tentaciones de la carne en las que hasta ahora has yacido, y regresa a tu conciencia, para que veas lo que has hecho? Por lo tanto, se ordena al profeta que sea encerrado en la casa después del campo, para que el predicador siempre, después de la gracia de la doctrina que ministra a los prójimos, regrese a su conciencia, y se examine a sí mismo con un escrutinio sutil, no sea que de lo que predica afuera busque algo de alabanza transitoria para sí mismo.

12. De donde también se dice por Salomón: Bebe agua de tu cisterna, y los manantiales de tu pozo. Que tus fuentes se derramen afuera, y en las plazas divide tus aguas (Prov. V, 15); tenlas solo para ti, y no sean extraños partícipes de ti (Ibid., 16). Pero parecen ser muy contrarias las cosas que dice: Que tus fuentes se derramen afuera, y en las plazas divide tus aguas, cuando inmediatamente añade: Tenlas solo para ti, y no sean extraños partícipes de ti. Pues, ¿cómo podrá tener solo para sí el agua de la ciencia, si la divide en las plazas? ¿Cómo no serán extraños partícipes de su agua, si sus fuentes se derraman afuera? Pero cuando predicamos a los pueblos, ciertamente dividimos las aguas en las plazas, porque dilatamos las

palabras de la ciencia en la multitud de los oyentes. Pero cuando, con la ayuda de la gracia divina, nos guardamos internamente, y con cautela vigilamos para que los espíritus malignos, que son justamente extraños a nosotros porque perdieron la suerte de la bienaventuranza, no nos arrebaten en la soberbia, tenemos las aguas solo para nosotros, que dividimos en las plazas, para que no sean extraños partícipes de ellas. Estos son, sin duda, de quienes está escrito: Se levantaron extraños contra mí, y los fuertes buscaron mi alma (Psal. LIII, 5). Por lo tanto, divide las aguas en las plazas y las tiene solo, quien por lo que predica a muchos, no se exalta en el pensamiento de la gloria temporal. Entonces, el profeta es devuelto del campo a la casa, para que quien habla de Dios, después de haber salido hablando por la utilidad de los prójimos, siempre sea llamado por la humildad a examinar los secretos de su corazón. De donde también se añade:

VERS. 25.---Y tú, hijo de hombre, he aquí que se te han dado ataduras, y te atarán con ellas, y no saldrás en medio de ellos.

13. Pues cuando cualquier predicador es devuelto a la conciencia de su casa, se le dan ataduras sobre él, y es atado con ellas, porque cuanto más se examina en el pensamiento, tanto más reconoce el alma justa cuántas debilidades de su mortalidad la atan. Pues si no se viera atado, Pablo no habría dicho: Deseo partir y estar con Cristo (Philip. I, 23). De aquí se dice por el salmista: Para escuchar el gemido de los prisioneros, y liberar a los hijos de los muertos (Psal. CI, 21). Y de nuevo: Que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros (Psal. LXXVIII, 11). Pero a menudo, cuando el alma ya desea salir para contemplar la apariencia de su Redentor, cuando suspira por participar en los gozos celestiales, ve las mismas ataduras de su mortalidad y gime, con las que aún está retenida en este mundo presente. De aquí es que, contemplando el juicio sutil del Dios omnipotente, Jeremías dice: Me ha cercado para que no salga, ha agravado mi cadena (Thren. III, 7). Pues tenemos cadenas, la misma debilidad y corrupción de nuestra mortalidad; pero cuando se nos añade tribulación y gemido, nuestras mismas cadenas se agravan. Y aunque mientras el justo sufre demoras en esta vida, se apresura a hablar bien para beneficiar a otros; pero cuando ve mentes duras, y las considera ocupadas en contiendas, retiene la palabra de la predicación. Y no sale en medio de ellos, porque enmudece de los bienes que podía hablar, como se dice por Pablo. Nada por contienda (Philip. II, 3). Y de nuevo: Si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre (I Cor. XI, 16). De donde aquí también se añade apropiadamente:

VERS. 26.---Y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, no como un hombre que reprende, porque es una casa provocadora.

14. Pero a veces también el Señor enciende los corazones de los predicadores contra las lenguas de los que resisten, para que no callen, sino que opriman las palabras de los falaces con las palabras de la verdad. De donde aquí se añade:

VERS. 27.---Pero cuando haya hablado contigo, abrirás tu boca, y les dirás: Así dice el Señor Dios.

15. Pero estas cosas que brevemente hemos discutido bajo un doble entendimiento, es conveniente que las toquemos ligeramente según la consideración de la letra. Pues, ¿qué más se nos recomienda a través de las mismas palabras de la historia que la virtud de la obediencia? ¿Cuando ahora se ordena al profeta ir a la transmigración junto al río Chobar, salir al campo, regresar del campo a la casa, y encerrarse a sí mismo, siempre rompiendo el juicio de su propia voluntad al mandato del divino discurso, para que, suspendido en el

mandato celestial, no cumpla su propia voluntad, sino la de su Creador? A quien se le dice: Y tú, hijo de hombre, he aquí que se te han dado ataduras, y te atarán con ellas, y no saldrás en medio de ellos. En lo cual es notable que el profeta prevea las adversidades, para que esté preparado contra todas ellas. Pues los males prevalecen menos contra la mente cuando no vienen inesperados; y sin embargo, cuando se prevén las contrariedades, se muestra cuánta es la virtud de la obediencia en aquel que conoce que sufrirá adversidades, y sin embargo no es desobediente a la voz del Señor. Pero las palabras que se añaden inmediatamente requieren gran consideración: Y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, no como un hombre que reprende, porque es una casa provocadora. Pues debemos discernir si el discurso de la predicación se retira solo por los malos oyentes, o a veces también por el vicio del predicador.

16. Pues esta cuestión se distingue considerando cuatro cualidades. Porque a veces por los malos oyentes se quita el discurso a los buenos doctores. A veces, por los buenos oyentes, se da el discurso a los doctores incluso malos. A veces, por la justificación de los que enseñan y de los que oyen, se da el discurso de la doctrina a los buenos doctores, para que ellos mismos crezcan en mérito, y sus oyentes progresen en entendimiento y vida. Pero a veces, porque ni aquellos son dignos de recibir el discurso de la doctrina, ni estos de proferir la palabra de la doctrina que tienen el lugar de enseñar, se quita el discurso de la predicación, para que ambas partes sean juzgadas estrictamente. Pues por los malos oyentes se quita el discurso a los buenos doctores, como ahora se dice a Ezequiel: Haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, y serás mudo, no como un hombre que reprende, porque es una casa provocadora. Y como se dice a Pablo: Apresúrate y sal rápidamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí (Act. XXII, 18). Y como está escrito que el Espíritu de Jesús les prohibió a los apóstoles predicar en Asia (Act. XVI, 6). Por los buenos oyentes se da el discurso incluso a los malos doctores, como el Señor dice de los fariseos: Todo lo que os digan, guardadlo y hacedlo, pero no hagáis conforme a sus obras; porque dicen, y no hacen (Matth. XXIII, 3). Por el mérito de los que enseñan y la justificación de los que oyen, se da el discurso de la doctrina, como se dice a los santos apóstoles: Id y enseñad a todas las naciones (Ibid., XXVIII, 19). Pero por los malos oyentes y la vida indigna de aquellos que debieron enseñar, se quita el discurso de la doctrina, como Elí no tuvo la palabra de reprensión estricta para corregir a sus hijos (I Reg. II, 29; III, 13) porque tanto su negligencia como la vida de sus hijos exigían que, con ellos, el pueblo cayera y el arca del Señor fuera capturada y llevada a los filisteos (Ibid., IV, 11, seq.). Pues es una gran gracia del Dios omnipotente cuando se profiere una dura palabra de reprensión a los que obran inicualemente. Por lo cual ahora se dice: Y serás mudo, no como un hombre que reprende. Pues habría reprendido a los que delinquen, si hubieran sido dignos de la misma gracia de la reprensión.

17. Pero como en la doctrina y en el silencio hay tanta diversidad de méritos, que no se puede saber fácilmente si el discurso de la doctrina se retira por el pecado del oyente o del que parece tener el lugar de enseñar, ¿qué otra cosa se nos ordena sino que siempre se guarde la humildad en las cosas dudosas? Para que, tanto cuando podemos hablar, no nos enorgullecamos, no sea que esta misma gracia de nuestra locución no nos haya sido dada a nosotros, sino a nuestros oyentes; y de nuevo, cuando no podemos hablar, aquellos que nos han sido encomendados no nos juzguen, no sea que no podamos hablar, no por nuestro pecado, sino por el de los oyentes. Por lo tanto, todo nos es incierto sobre nuestros méritos, para que mantengamos una gracia cierta, la humildad, para que tanto cuando hablamos, pensemos que esto es por el don del Dios omnipotente, y cuando enmudecemos de la locución de la doctrina, aunque sea por nuestra culpa, vosotros sin embargo creáis que esto es especialmente vuestro, para que cuando mutuamente nos atribuyamos los males a nosotros

mismos, y los bienes a otros, por la misma gracia de la humildad, el discurso de la doctrina, que había sido quitado, regrese. Sigue:

VERS. 27.---Pero cuando haya hablado contigo, abrirás tu boca, y les dirás: Así dice el Señor Dios: El que oye, oiga; y el que calla, calle, porque es una casa provocadora.

18. A menudo, algunos desean escuchar la palabra de Dios, pero al ver a otros apartar el oído, también ellos se desvían del camino de la salvación; y muchas veces, muchos desean descansar y liberarse de todas las actividades de este mundo, no sucumbir a ningún deseo terrenal, pero al ver a otros prosperar en la inquietud y ser exaltados en este mundo con riquezas y honores, porque aún no están firmes en el camino de la rectitud, caen en malas obras por el ejemplo de otros. De ahí que el Salmista, hablando en el tipo de los débiles, decía: "Mis pies casi se movieron, casi resbalaron mis pasos" (Sal. LXXII, 2, 3), "porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los impíos". De ahí que nuevamente dice: "Mientras el impío se enorgullece, el pobre se enciende" (Sal. X, 2). De ahí que se dice con voz del Señor al profeta Jeremías sobre Judá e Israel: "¿Acaso has visto lo que ha hecho la apóstata Israel? Se fue sobre todo monte alto y bajo todo árbol frondoso, y allí fornicó. Y dije, después de haber hecho todas estas cosas: Vuélvete a mí, y no se volvió" (Jer. III, 6, 7). Donde inmediatamente se añade cómo también Judá cayó por su emulación, quien parecía estar firme. Dice: "Y vio su hermana prevaricadora Judá, que por haber fornicado la apóstata Israel, la había despedido y le había dado carta de divorcio; y no temió su hermana prevaricadora Judá, sino que también ella fue y fornicó" (Ibid., y 8). He aquí que el misericordioso Dios es despreciado y llama, abre un signo de misericordia a los que se apartan, porque dice al pecador: "Vuélvete a mí", y sin embargo no se volvió (Ibid., 7). Pero porque el pueblo israelita abandonó al Dios omnipotente, no queriendo regresar, recibió carta de divorcio. Abandonó, es decir, pecando, pero recibió carta de divorcio permaneciendo en sus iniquidades sin castigo. Pues el alma que peca, se aleja. Pero si después del pecado la prosperidad la sigue, ninguna disciplina, ninguna reprensión de severidad la hace volver al corazón; en la división que hizo entre ella y el Señor, también recibió carta de divorcio, para que ya, como abandonada extranjera, haga los males que quiera, no sienta los azotes del celo de Dios, para que descienda más profundamente a los eternos suplicios. Pero su hermana Judá, porque vio al pueblo israelita abandonado en sus placeres, también ella ardió en la inmundicia de la fornicación. Porque al ver a la adúltera florecer en su perversidad, tampoco ella temió pecar peor, y apartarse de la unión con el Señor, como del lecho de un esposo legítimo. Por lo tanto, es necesario que consideremos más miserables a los pecadores cuando los vemos abandonados en su culpa sin castigo. De ahí que por Salomón se dice: "La aversión de los pequeños los matará, y la prosperidad de los necios los destruirá" (Prov. I, 32). Porque quien se aparta de Dios y prospera, tanto más se acerca a la perdición cuanto más se encuentra alejado del celo de la disciplina. Por lo tanto, se diga: "El que oye, oiga, y el que descansa, descansa, porque es una casa provocadora". Como si se dijera abiertamente: Vosotros, que ya habéis comenzado a escuchar las palabras de la verdad y a descansar de la mala acción, no imitéis a aquellos cuyos modales veis que me exasperan.

19. Sin embargo, esto también podemos entenderlo de otra manera. Algunos, al escuchar la palabra, no la oyen, porque ponen el oído al sagrado discurso, pero no apartan el corazón de los deseos del mundo. Y hay algunos que, aunque descansan, no descansan, porque están ociosos del cuerpo en malas acciones, pero en la mente giran las perversidades de las obras por amor. De ahí que está escrito sobre Judá llegando a la cautividad: "La vieron sus enemigos, y se burlaron de sus sábados" (Lam. I, 7). Los enemigos se burlan de los sábados cuando los espíritus malignos inyectan pensamientos perversos en la mente ociosa, de modo

que, aunque descansa de la obra, no descansa del deleite de las malas obras. Por lo tanto, ahora se dice correctamente: "El que oye, oiga", para que así la palabra llegue al oído del cuerpo, como suene en el oído del corazón. Y "el que descansa, descansa", para que los deseos de perversidad sean repelidos del pensamiento, cuando ya parecen haber sido rechazados de la obra. Donde, como hemos dicho, para que no sigamos los ejemplos de los malos, se añade: "Porque es una casa provocadora". Sin embargo, aunque los malos sean tolerados por mucho tiempo, de repente caen, y los débiles ven sus castigos, para que no imiten las culpas de aquellos cuya impunidad consideran. De ahí que aquí también se añade la desolación de la misma Judá, que es llamada casa provocadora, cuando inmediatamente el Señor dice a su profeta:

EZEQUIEL IV, 1, 2, 3.---Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo, y ponlo delante de ti, y dibuja en él la ciudad de Jerusalén, y ordena contra ella un sitio, y edifica fortificaciones, y levanta un terraplén, y pon contra ella campamentos, y coloca arietes alrededor. Y tú toma una sartén de hierro y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad, y fija tu rostro hacia ella, y será sitiada, y la rodearás. Es un signo de la casa de Israel.

20. En estas palabras, ¿qué otra cosa se designa según la historia sino el sitio y destrucción de la ciudad de Jerusalén, y se expresa la aflicción del pueblo pecador? Que es llamado casa provocadora, cuando se dice abiertamente: "Ordena contra ella un sitio, y edifica fortificaciones, y levanta un terraplén, y pon contra ella campamentos, y coloca arietes alrededor". Pero porque las palabras de la profecía a menudo narran lo histórico de tal manera que también se describen cosas místicas, es necesario que estas mismas palabras que hemos mencionado las discutamos espiritualmente, especialmente porque en ellas se interpone algo que no parece poder sostenerse literalmente, cuando se dice: "Y tú toma una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad, y fija tu rostro hacia ella, y será sitiada". Porque si no se mezclaran cosas místicas con las históricas, ¿qué necesidad tenía el profeta de una sartén de hierro, para que la pusiera entre él y la ciudad, para separarse de su sitio? Pues cuando se dice: "Toma una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad", se declara abiertamente que por esa misma sartén de hierro el profeta se libera del sitio de la ciudad. Por lo tanto, lo que predijo se añade: "Y fija tu rostro hacia ella, y será sitiada". De lo cual se muestra que el profeta no estará en el mismo sitio, si pone una sartén de hierro como un muro de hierro entre él y la ciudad. Y ciertamente, ya sea en esa cautividad que primero, o en la que después le ocurrió al pueblo israelita, nadie fue libre del peligro de esa cautividad, sino que todos fueron envueltos por la misma calamidad. ¿Qué, entonces, puede entenderse literalmente, para que el profeta ponga una sartén de hierro entre él y la ciudad que va a ser sitiada? Pero aunque todo esto que se lee en la descripción del ladrillo bajo el signo de la ciudad de Jerusalén se haya hecho literalmente, sin embargo, debemos saber que algo típico se figura por la sartén, y se describe el verdadero sitio de Jerusalén.

21. De lo cual se nos instruye, para que mientras sabemos que algo se ha cumplido según la historia, y conocemos que algo según la historia carece de razón, en la palabra sagrada mantengamos ambos, para que creamos que el sitio de Jerusalén, que según la letra se hizo después, está figurado en las palabras y hechos del profeta, y sin embargo, por ese mismo sitio se designe otro sitio, es decir, interior. En el cual justamente buscamos qué puede significar la sartén de hierro, que se llama muro de hierro. Aquel sitio por el cual la ciudad de Jerusalén fue destruida, ya sabemos que se ha hecho; pero ahora busquemos otro interior, que se lleva a cabo diariamente. Del cual se dice por significación: "Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo, y ponlo delante de ti, y dibuja en él la ciudad de Jerusalén".

22. Pero antes debemos investigar por qué el profeta Ezequiel, ya sea cuando contempla cosas sublimes, o cuando se le ordena hacer algunas cosas místicas, primero es llamado hijo de hombre. Pues a menudo es elevado a las cosas celestiales, y su mente se alimenta de cosas ocultas e invisibles. Por lo tanto, es necesario que entre los secretos que penetra, sea llamado hijo de hombre, para que siempre reconozca lo que es, y nunca se ensalce por las cosas a las que es llevado. ¿Qué es, pues, decir al profeta elevado a las cosas espirituales siempre hijo de hombre, sino hacerle consciente de su propia debilidad? Para que, consciente de su condición débil, no deba elevarse en pensamiento por la magnitud de su contemplación.

1302 23. Pero como el mismo profeta, como ya hemos dicho, sostiene el tipo de los predicadores o doctores, correctamente se le dice ahora: "Toma un ladrillo, y ponlo delante de ti". Todo doctor, cuando recibe a un oyente terrenal para la enseñanza de la palabra celestial, toma un ladrillo. A quien, cuando comienza a hablarle de cuál es la recompensa de la patria celestial, cuál es la visión de la paz suprema, describe la ciudad de Jerusalén en el ladrillo. Que pone delante de sí, porque con mente atenta considera la calidad del oyente, es decir, observa su progreso o defecto, y modera las palabras de su predicación según la inteligencia de aquel, para que la ciudad de Jerusalén, es decir, la visión de la paz, pueda ser descrita en la mente del oyente. Por lo tanto, se diga: "Toma un ladrillo", es decir, el corazón terrenal del prójimo. "Y ponlo delante de ti", es decir, para que custodies con mente atenta su vida e inteligencia. "Y describe en él la ciudad de Jerusalén", para que le hagas conocer cuáles son los gozos celestiales de la visión de la paz. Pues como si ya Jerusalén estuviera descrita en el ladrillo, cuando la mente terrenal comienza a conocer cuáles son esos verdaderos gozos de la paz interna, y anhela contemplar la gloria de la patria celestial. Como si en la tierra se describiera la visión de la paz, cuando la mente, que antes pensaba en cosas terrenales, ya se eleva por amor a contemplar la gloria del reino celestial.

24. Pero tan pronto como el alma comienza a amar las cosas celestiales, tan pronto como se recoge con toda su intención hacia la visión de la paz interna, aquel antiguo adversario que cayó del cielo envidia, y comienza a acechar más, y aplica tentaciones más agudas de lo que solía, de tal manera que a menudo tienta al alma resistente como nunca antes lo había hecho cuando la poseía. De ahí que está escrito: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación" (Eccl. II, 1). De ahí que también el endemoniado que es sanado por el Señor, es desgarrado por el demonio que sale, como está escrito: "Y clamando y desgarrándolo mucho, salió de él" (Mar. IX, 25). ¿Qué es, pues, que el antiguo enemigo, que no había desgarrado al hombre poseído, al dejarlo lo desgarró, sino que a menudo, cuando es expulsado del corazón, genera en él tentaciones más agudas de las que antes había suscitado cuando lo poseía tranquilamente? De ahí que también los israelitas dicen a Moisés y Aarón: "Vea el Señor, y juzgue, porque habéis hecho hediondo nuestro olor ante Faraón y sus siervos, y les habéis dado una espada para que nos maten" (Éx. V, 21). En Moisés y Aarón están figurados la ley y los profetas. Y a menudo el alma débil murmura en sí misma como contra las sagradas escrituras, porque después de que comienza a escuchar y seguir las palabras celestiales, la adversidad del rey de Egipto, es decir, la tentación del espíritu maligno, crece.

25. Por lo tanto, el doctor debe hacer conocer vigilante a la alma que progresa qué tentaciones la seguirán, para que pueda prepararse cauta contra las insidias del espíritu maligno. De ahí que ahora, después de describir la ciudad de Jerusalén en el ladrillo, se dice al profeta: "Y ordena contra ella un sitio, y edifica fortificaciones, y levanta un terraplén". Pues en quien ya se describe la visión de la paz, es necesario que se le anuncien las guerras de las tentaciones. Porque para poder alcanzar aquellos eternos gozos de la paz, sin duda aquí debe soportar muchas luchas de tribulaciones. De lo cual se dice bien: "Ordena contra ella un sitio". El

predicador ordena un sitio contra el alma que se está instruyendo cuando, premuniéndola, indica de qué maneras los vicios se oponen a las virtudes, cómo la lujuria ataca la castidad, cómo la ira perturba la tranquilidad del alma, cuánto la alegría inapropiada debilita el vigor de la mente, cómo la locuacidad destruye la fortaleza del corazón, cómo la envidia mata la caridad, cómo el orgullo socava la fortaleza de la humildad, cómo la falsedad, cuando ha corrompido la verdad en el discurso, también la corrompe en el conocimiento, para que quien no quiso decir la verdad que entendió ya no entienda lo que puede decir. Por lo tanto, el predicador ordena un sitio cuando, a través de las palabras de la santa admonición, se muestra a cada virtud qué vicios y de qué maneras la acechan. Y contra Jerusalén, que describe en el ladrillo, el predicador edifica fortificaciones cuando muestra cómo los males vienen armados contra la mente, para que los vicios se oculten bajo la apariencia de virtudes; de modo que, como hemos dicho a menudo, la ira desmedida quiera parecer justicia, y la indulgencia de la disciplina quiera parecer mansedumbre, y la avaricia se llame a sí misma parsimonia, y la efusión desordenada de cosas se llame benevolencia. Pues como si fueran fortificaciones edificadas contra la mente, cuando los vicios crecen bajo la apariencia de virtudes, y se muestran en alto por la imagen, que siempre yacen en lo bajo por la acción.

26. Aún se añade: "Y levanta un terraplén". Pues cuanto más la mente comienza a desear las cosas celestiales, tanto más los espíritus malignos aumentan las tentaciones con pensamientos terrenales. Por lo tanto, el profeta levanta un terraplén cuando el predicador santo anuncia a las buenas mentes cómo suelen infiltrarse los deseos terrenales. Y aún se añade: "Y pon contra ella campamentos, y coloca arietes alrededor". Como si el doctor pusiera campamentos contra el alma, cuando indica las insidias reunidas y unidas de los espíritus malignos contra ella, para que a veces no solo la tienten desde un vicio, sino desde vicios conjuntos.

27. Pues hay ciertos vicios que son como parientes por una cierta afinidad, como la disolución del espíritu, el apetito de gula, y la inmundicia de la lujuria, como la locuacidad, la falsedad, y el perjurio. Pues de la disolución del espíritu, la mente es arrastrada al exceso del vientre, y cuando el vientre se llena de alimentos, la carne es llevada a la lujuria, siendo captiva por el orgullo. Y nuevamente, de la locuacidad se genera la falsedad, porque es muy difícil que quien habla mucho no mienta también; y a menudo la mentira se cubre con el perjurio, para que se oculte ante los juicios humanos. También el orgullo no puede existir sin envidia y vanagloria. Pues cualquier persona orgullosa envidia el honor que ella misma ambiciona a otros. Y cuando tal vez lo ha obtenido, se eleva en la vanagloria, y se alegra de tener lo que ve que otros no pudieron obtener.

28. También se debe saber que a menudo algunos vicios no vienen a la mente al mismo tiempo, sino que se suceden, para que uno suceda al otro en la tentación. Y uno viene contra la cara, mientras que otro se presenta en la tentación desde el lado, para que mientras se resiste a uno, la mente sea engañada y capturada por el otro. Pues los mismos vicios que mencionamos anteriormente a menudo se suceden furtivamente unos a otros, como a veces, mientras intentamos vencer la ira en nosotros mismos, la lenidad ocupa la mente más de lo necesario, para que no proponga la aspereza a los pecadores como debería. A menudo, cuando la lenidad incauta nos desagrade, el celo se convierte en furia, y arrastra al alma cautiva fuera del límite de la paciencia. Por lo tanto, porque los vicios mezclados y unidos vienen contra la mente, correctamente en la boca del predicador se proponen campamentos contra la Jerusalén descrita. Y porque a veces los sentidos son heridos aquí y allá por cada uno, se colocan arietes alrededor. Por lo tanto, el predicador coloca arietes alrededor, cuando prudentemente anuncia cuán suavemente golpea la lujuria, cuán ásperamente mata la impaciencia, cuán laboriosamente enciende y destruye la avaricia, cuán altivamente extingue

el orgullo. Por lo tanto, colocar arietes alrededor es mostrar en la predicación cómo los dardos de los vicios suelen herir el alma por todos lados.

29. Sigue: "Y tú toma una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad". Porque el hierro es un metal fuerte, y en la sartén se fríe el alimento, ¿qué se significa por la sartén de hierro, sino la fuerte fritura del celo espiritual? Pues todo celo espiritual fríe el alma del doctor, porque se aflige mucho al ver a los débiles abandonar lo eterno y deleitarse en las cosas temporales. Qué bien había tomado Pablo la sartén de hierro, cuando, crucificado por el celo de las almas, decía: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?" (II Cor. XI, 20). ¿Qué otra cosa había hecho de su corazón, que había encendido con el celo de las almas, sino una sartén, en la que ardía por amor a las virtudes contra los vicios? Pues lo que se quemaba, era sartén. Pues ardía y cocía, porque se encendía con amargura, pero preparaba los alimentos de las virtudes de su pensamiento afligido.

30. Pero, ¿qué significa que el profeta coloque una sartén de hierro entre él y la ciudad, sino que el mismo celo ferviente que ahora se manifiesta en la mente del maestro, en el día del juicio final será testigo entre él y el alma que defiende de los vicios? De modo que, aunque el que es enseñado no quiera escuchar, el maestro, por el celo que muestra, no sea culpable de la negligencia del oyente. Por lo tanto, coloca un muro de hierro entre él y la ciudad, porque en el tiempo de la retribución, el maestro se protege del peligro de la condenación, de donde ahora sufre la fritura en la custodia del corazón por el celo. No hay sacrificio para el Dios omnipotente como el celo por las almas. De ahí que el salmista diga: "El celo de tu casa me consume" (Salmo 68, 10). Cuánto la fritura del corazón, que se realiza por el celo espiritual, agrada al Señor omnipotente, se muestra claramente cuando la ley ordena ofrecer harina en sacrificio. De la cual está escrito: "Se freirá en sartén con aceite, y el sacerdote que suceda a su padre la ofrecerá caliente en olor suavisimo al Señor, y se quemará toda en el altar" (Levítico 6, 21-22). Entonces, la harina se fríe en la sartén cuando la mente pura del justo se quema por el ardor del santo celo. Se ordena que se mezcle con aceite, es decir, con la claridad de la misericordia, que arde y brilla ante el Señor omnipotente. Que la mente que se fríe en la sartén se mezcle con aceite, porque la severidad del santo celo debe arder y brillar por la virtud de la misericordia. Ama, en efecto, a aquel mismo a quien parece perseguir. Por eso se ordena ofrecerla caliente en olor suavisimo al Señor, porque si el celo no tiene amor, lo que se ofrece de la sartén ha perdido el calor de la harina. Y es de notar quién se ordena que la ofrezca, a saber, el sacerdote que suceda a su padre por derecho. Ese sacerdote sucede a su padre por derecho, quien demuestra ser hijo del Señor omnipotente por sus costumbres, y no difiere en nobleza interna de sus obras de la ignobleza. Se ordena que se queme toda en el altar, para que sea un holocausto. Llamamos holocausto a lo que se quema por completo. De ahí que en otra traducción, en este lugar, se ordena que la misma harina que se fríe en la sartén se convierta en holocausto. Pero hay una diferencia entre holocausto y sacrificio, porque todo holocausto es sacrificio, pero no todo sacrificio es holocausto. Hay muchas buenas acciones que son sacrificios, pero no son holocaustos, porque no incendian toda la mente en amor espiritual. Quienes obran las cosas de Dios de tal manera que no abandonan algunas cosas del mundo, ofrecen sacrificio y no holocausto. Pero quienes abandonan todo lo que es del mundo y encienden toda su mente con el fuego del amor divino, estos ciertamente se convierten en sacrificio y holocausto para el Señor omnipotente. Así, la harina en la sartén es la mente pura del justo en la aflicción del celo espiritual; que se fríe por la preocupación por las almas, y se considera no solo sacrificio, sino también holocausto para el Señor. Tomemos, pues, la sartén de hierro y pongámosla como un muro de hierro entre nosotros y la ciudad, es decir, asumamos un fuerte celo, para que entre nosotros y el alma de nuestro

oyente encontremos después esta fuerte protección. Entonces encontraremos este muro de hierro, si ahora lo mantenemos firmemente, es decir, enseñando, guardando, persuadiendo, reprendiendo, acariciando, aterrorizando, a veces actuando suavemente, a veces incluso con más severidad. De esta severidad se dice correctamente: "Y afirmarás tu rostro hacia ella, y será en asedio".

31. ¿Qué significa afirmar el rostro hacia Jerusalén en el lado descrito, sino que al alma a la que el maestro anuncia la visión de la paz celestial, si aún la ve debilitada en sus acciones, no se muestre más indulgente y clemente? De ahí que esté escrito: "¿Tienes hijas? Guarda su cuerpo, y no muestres tu rostro alegre hacia ellas" (Eclesiástico 7, 26). Las almas débiles y entregadas al apetito del mundo, a veces se guardan mejor con severidad, para que el rostro firme, es decir, por la custodia de la severidad, apartada de toda esperanza de indulgencia frívola, aterrorice al alma inconstante y la constriña con el vigor de la restricción de los vicios. Cuando esto lo hace el maestro, siempre es necesario que la dulzura y la humildad se mantengan en el corazón, para que ame mucho y nunca se enorgullezca contra aquel a quien, sin embargo, se niega a mostrar su amor y humildad por su utilidad.

32. Sigue: "Y la rodearás". El maestro rodea el alma del oyente cuando anuncia que en todo lo que se hace en esta vida se pueden poner lazos de tentaciones, para que, mientras la mente se vuelve temerosa en todas partes, viva más vigilante cuanto más temerosa.

33. Sigue: "Es un signo para la casa de Israel". Si en la historia del asedio que se hizo según la letra es un signo para la casa de Israel lo que hizo el profeta; si en el misterio que se realiza diariamente en el alma de cada uno por el maestro, es un signo para la casa de Israel tanto lo que hizo como lo que anunció haciendo, porque así como la casa de Israel sufrió el asedio corporalmente, así cada alma que ya comienza a servir al Dios omnipotente siente las insidias que la asedian de los espíritus malignos. De los cuales, si realmente desea ser liberada, debe saber que no puede ser liberada por su propia fuerza; sino que es necesario que espere la ayuda de aquel que, viviendo en carne corruptible, por el misterio de su redención puede también fortalecerlos sobre los espíritus que están sin carne, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO SEGUNDO.

Prólogo.

1307 Debido a que, presionado por muchas preocupaciones, no fue posible examinar todo el libro del profeta Ezequiel en orden ante vuestra caridad, vuestros buenos deseos han querido pedir que al menos la última visión que se le hizo sobre el edificio situado en el monte, que es la más oscura de todas sus visiones, debería ser explicada. Y ciertamente es necesario que obedezca a vuestra voluntad, pero hay dos cosas que perturban mi ánimo en este asunto. Una, que esta misma visión está cubierta por nubes de tal oscuridad que apenas se puede ver algo con la luz del entendimiento. La otra, que ya sabemos que Agilulfo, rey de los lombardos, ha cruzado el Po apresuradamente para asediarnos (Supra, hom. 11, n. 26, y l. v, epist. 40). Por lo tanto, considerad, hermanos carísimos, qué puede penetrar una mente miserable en sentidos oscuros y místicos, ocupada por las perturbaciones de su temor. Cuanto más se angustia por las cosas terrenales, menos ve en las celestiales; y porque es llevada fuera de sí por sus preocupaciones, es mucho menor en su interior, porque, como está escrito: "La morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sabiduría 9, 15). Lo que no puede penetrar en lo superior incluso cuando está recogida, considerad qué podrá hacer

cuando está dividida. Sabemos, sin embargo, sabemos todos, que también el río que se divide en muchos arroyos se seca de su cauce. Pero, sin embargo, entre estas cosas, la gracia celestial está presente. Y si el peso de mis pensamientos deprime mi mente, las alas de vuestros deseos la elevan. La obra que emprendemos es ciertamente muy oscura, pero pongamos en el ánimo que hacemos un viaje nocturno. Por lo tanto, queda que lo recorramos palpando.

HOMILÍA PRIMERA En la explicación de los tres primeros versículos del capítulo 40 de Ezequiel, y del cuarto comenzado, se diserta principalmente sobre Cristo y la Iglesia, sobre los elegidos y los juicios ocultos de Dios hacia ellos.

1307 EZEQUIEL 40, 1.---En el año vigésimo quinto de nuestra deportación, al comienzo del año, el décimo día del mes, catorce años después de que la ciudad fue golpeada, en ese mismo día vino sobre mí la mano del Señor, y me llevó allí.

1. A punto de hablar de los misterios, precede con una narración histórica, para fijar en el tiempo lo que se cree por revelación. Es de notar que al comienzo de este libro indicó en qué año comenzó a profetizar; al final, insertó en qué año vio la última visión, de modo que se pueda conocer en cuántos años llevó el libro de su profecía. El tiempo en que comenzó a profetizar lo puso al inicio de su discurso, diciendo: "Se abrieron los cielos, y vi visiones del Señor en el quinto día del mes; este es el año quinto de la deportación del rey Joaquín" (Ezequiel 1, 1). Ahora habla, diciendo: "En el año vigésimo quinto de nuestra deportación". El mismo profeta había sido llevado a Babilonia en la primera cautividad con el rey Joaquín (2 Reyes 24, 25). Pues de la segunda cautividad de Jerusalén añade: "Catorce años después de que la ciudad fue golpeada". Sedecías había reinado en la ciudad de Jerusalén durante once años después de la primera cautividad, en la cual el profeta Ezequiel fue llevado con el rey Joaquín a Babilonia. Después de la cautividad de ese mismo Sedecías, que ya era la segunda cautividad de la ciudad, el profeta veía la última visión en el año catorce. Por lo tanto, once y catorce juntos hacen veinticinco. Si, por lo tanto, habló la primera visión en el quinto año de la primera cautividad, y describe que esta última fue hecha en el año vigésimo quinto, claramente se ve que extendió las demoras de su discurso durante veinte años hasta las palabras de su última visión. No debe mover a nadie que en medio del volumen de su profecía, cuando hablaba del rey babilónico, haga mención del año vigésimo séptimo. En ese lugar, al no insertar nada sobre el tiempo de su cautividad, demuestra claramente que describe los tiempos de ese rey sobre el cual había recibido profetizar. Lo que dice: "Al comienzo del año, el décimo día del mes", expresa el tiempo simplemente, para que también por el tiempo mismo fije en los corazones de los oyentes la raíz de la palabra según la letra, de la cual después se produzcan frutos espirituales.

2. Es de notar lo que dice: "Catorce años después de que la ciudad fue golpeada, en ese mismo día". ¿Qué significa que por esta última visión el Dios omnipotente se dignó hacer la misericordia de su promesa en ese mismo día en que en la ciudad golpeada cumplió la ira de su justicia, sino que esa fuerza de la divinidad, que no se lleva al movimiento de la diversidad y la mutabilidad, vivifica a los afligidos y penitentes con la misma luz de justicia con la que golpea a los soberbios y rígidos? Habiendo precedido el tiempo de su visión, añade:

VERS. 1, 2.---"Vino sobre mí la mano del Señor, y me llevó allí en visiones de Dios: me llevó a la tierra de Israel, y me dejó sobre un monte muy alto, sobre el cual había como un edificio de ciudad que miraba hacia el sur".

3. Cuyo edificio de ciudad no puede ser tomado en absoluto según la letra. Pues poco después añade que este mismo edificio se mide con una caña de seis codos y un palmo, y la puerta de este edificio se mide en catorce codos, y las fachadas de las puertas se dice que tienen sesenta codos. Todo esto no puede sostenerse en absoluto según la letra. ¿Cómo puede ser que todo el edificio se mida con una caña, es decir, seis codos y un palmo, y la puerta del edificio en catorce codos, y las fachadas de las puertas en sesenta codos? La puerta está en la ciudad, y las fachadas en las puertas. Y ninguna razón permite que lo que contiene sea menor que lo contenido. En la Sagrada Escritura, incluso aquellas cosas que pueden ser tomadas según la historia, a menudo deben ser entendidas espiritualmente, para que se tenga fe en la verdad de la historia y se capte la inteligencia espiritual de los misterios de la alegoría. Como también sabemos que el salmista dice: "Porque veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú fundaste" (Salmo 8, 4). Aquí, en la descripción exterior, el discurso de la razón se mantiene, porque los cielos son obra de Dios, y la luna y las estrellas fueron creadas y fundadas por él. Pero si el salmista afirma esto según las obras exteriores solamente, ¿por qué no mencionó también el sol, que sabemos que es su obra (Génesis 1, 16), al enumerar la luna y las estrellas fundadas? Si hablaba según la letra solamente, al mencionar el luminario menor, debió mencionar primero el luminario mayor, para decir antes el sol, y después la luna y las estrellas fundadas. Pero como hablaba según el entendimiento místico, para que debiéramos entender la luna como la santa Iglesia y las estrellas como todos los santos, no quiso mencionar el sol, porque hablaba a ese Sol eterno del que está escrito: "Pero a vosotros que teméis al Señor, os nacerá el sol de justicia" (Malaquías 4, 2). Del cual los réprobos dirán al final: "El sol de justicia no nos ha salido". Por lo tanto, al decir "la luna y las estrellas que tú fundaste" (Sabiduría 5, 6), y sin embargo callar sobre el sol que fue hecho, indicó que hablaba a ese Sol que no solo hizo el sol, la luna y las estrellas corporalmente, sino también la luna como la Iglesia y las estrellas como todos los santos espiritualmente. Si, por lo tanto, cuando algo falta en la historia, somos llevados por una razón clara al entendimiento de la alegoría; cuánto más deben ser tomadas espiritualmente aquellas cosas en las que según la razón de la letra nada suena histórico. "Vino sobre mí la mano del Señor, y me llevó allí en visiones del Señor; me llevó a la tierra de Israel". Lo que había dicho, "me llevó allí", lo repite añadiendo: "me llevó a la tierra de Israel". Dice: "Vino sobre mí la mano del Señor, y me llevó allí en visiones del Señor". La mano significa el poder de la potestad, y las visiones significan la revelación que había recibido. La mano es, pues, la virtud en la visión, y las visiones son la contemplación. ¿Qué indica claramente con estas palabras, sino que no dice nada de la ciudad que vio según la letra? Pues habla de ella espiritualmente, como la contempla espiritualmente.

4. "Y me dejó sobre un monte muy alto". ¿Qué significa, entonces, el monte alto sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús? Que es de la tierra, pero está más allá de la tierra, porque la carne de nuestro Redentor tiene materia de lo bajo, pero en lo alto prevalece por el poder. Que era menos llamarlo alto, si no añadiera "muy", porque no solo es hombre, sino que desde la concepción de esa humanidad que asumió es Dios hombre, no solo hombre sobre los hombres, sino hombre también sobre los ángeles. De ahí que de él se diga por Isaías: "En aquel día el fruto de la tierra será sublime" (Isaías 4, 2). Nuestro Creador, porque se encarnó por nosotros, se hizo fruto de la tierra para nosotros. Pero ya el fruto de la tierra es sublime, porque el hombre nacido en la tierra reina sobre los ángeles en el cielo, porque según la voz de David y Pablo, "todo lo sujetó bajo sus pies" (Salmo 8, 8; Hebreos 2, 8). En que le sujetó todo, nada dejó no sujeto a él. El monte, por lo tanto, es alto y muy, porque aunque es de la tierra por la sustancia de la humanidad, sin embargo, es incomprensible por la altura de la divinidad. De ahí que cuando el profeta Isaías lo vio venir en carne, elevado por el espíritu de la profecía, dijo: "Y será en los últimos días preparado el

monte de la casa del Señor en la cima de los montes" (Isaías 2, 2). La casa del Señor fue el pueblo israelita. El monte de la casa del Señor fue llamado aquel que se dignó encarnarse del pueblo israelita. Pero hubo en ese pueblo hombres santos que con razón podrían ser llamados montes, porque por el mérito de la vida se acercaron a las cosas celestiales. Pero el unigénito encarnado no fue igual a estos montes, porque por su divinidad trasciende la naturaleza, la vida, los méritos de todos. Por lo tanto, con razón se dice monte sobre la cima de los montes, porque fue hallado alto por su divinidad, incluso sobre las cimas de los santos, para que aquellos que mucho progresaron en Dios apenas pudieran tocar sus huellas desde la cima de la contemplación. El que allí se dice monte sobre la cima de los montes, aquí se dice monte muy alto. Sigue:

5. Sobre el cual había como un edificio de una ciudad orientada hacia el Sur. Es de notar que no se dice "sobre el cual había un edificio", sino "como un edificio", para mostrar que no se hablaba de un edificio corporal, sino espiritual de la ciudad. Quien afirma haber visto no un edificio, sino como un edificio, dirige el corazón de los oyentes hacia una construcción espiritual, como se dice en el Salmo: "Jerusalén, que se edifica como ciudad" (Salmo 121, 3). Porque esa visión de la paz interna se construye con la congregación de los ciudadanos santos, Jerusalén celestial se edifica como ciudad. Sin embargo, mientras en esta tierra de peregrinación es golpeada con azotes y sacudida por tribulaciones, sus piedras son cuadradas diariamente. Y esta es la ciudad, es decir, la santa Iglesia, que reinará en el cielo pero aún trabaja en la tierra. A cuyos ciudadanos Pedro dice: "Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados" (1 Pedro 2, 5). Y Pablo dice: "Sois labranza de Dios, edificio de Dios" (1 Corintios 3, 9). Esta ciudad tiene aquí en las costumbres de los santos ya un gran edificio suyo. En el edificio, ciertamente, una piedra sostiene a otra, porque una piedra se coloca sobre otra; y quien sostiene a otro, es sostenido por otro. Así, en la santa Iglesia, cada uno sostiene al otro y es sostenido por el otro. Pues los prójimos se toleran mutuamente, para que el edificio de la caridad se eleve a través de ellos. Por eso Pablo advierte, diciendo: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas 6, 2). Anunciando la virtud de esta ley, dice: "La plenitud de la ley es la caridad" (Romanos 13, 10). Si yo descuido soportaros en vuestras costumbres, y vosotros me despreciáis en las mías, ¿de dónde surgirá el edificio de la caridad entre nosotros, a quienes el amor mutuo no une por la paciencia? En el edificio, como dijimos antes, la piedra que sostiene es sostenida, porque así como yo ya tolero las costumbres de aquellos que aún son inexpertos en la conversación de buenas obras, así también fui tolerado por aquellos que me precedieron y me sostuvieron en el temor del Señor, para que, siendo sostenido, aprendiera a sostener. Pero ellos también fueron sostenidos por sus mayores. Las piedras que se colocan en la cima y en el extremo del edificio son sostenidas por otras, pero no sostienen a otras, porque aquellos que nacerán al final de la Iglesia, es decir, en el extremo del mundo, son tolerados por sus mayores para que sus costumbres se conformen a las buenas obras; pero como no siguen a aquellos que progresan a través de ellos, no sostienen ya sobre sí piedras fieles del edificio. Ahora, pues, otros son sostenidos por nosotros, y nosotros fuimos sostenidos por otros. Pero todo el peso del edificio lo sostiene el fundamento, porque solo nuestro Redentor soporta las costumbres de todos. De quien Pablo dice: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo" (1 Corintios 3, 11). El fundamento sostiene las piedras y no es sostenido por las piedras, porque nuestro Redentor soporta todas nuestras cosas, pero en Él no hubo mal que debiera ser soportado. Por eso se dice bien ahora: "Me colocó sobre un monte muy alto, sobre el cual había como un edificio de ciudad", porque solo Él soporta nuestras costumbres y culpas, quien sostiene todo el edificio de la santa Iglesia. Quien por la voz del profeta dice de los que aún viven perversamente: "Me cansé de soportar" (Jeremías 6, 11). Sin embargo,

el Señor no se cansa al soportar, cuya potencia divina no es alcanzada por ninguna fatiga; pero, hablando con palabras humanas, llama trabajo a su paciencia hacia nosotros.

6. Y es de notar que el profeta vio la misma ciudad inclinada hacia el Sur. Porque el viento del Sur suele ser puesto como símbolo del Espíritu Santo, lo reconocen aquellos que son estudiosos de la sagrada escritura; así como, por el contrario, el diablo es a menudo designado por el Norte, porque aquel relaja con calor, y este constriñe con frío. Y la Verdad dice: "Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos" (Mateo 24, 12). También el profeta afirma de Judea, diciendo: "Como la cisterna enfría el agua, así ha enfriado su maldad" (Jeremías 6, 7). Por eso el diablo, atestiguando el mismo profeta, se dice que dijo: "Me sentaré en el monte del Testamento, en los lados del Norte" (Isaías 14, 13). Pero esta ciudad se inclina hacia el Sur, porque la gracia del Espíritu Santo relaja la torpeza de la mente. Por eso el salmista dice: "Haz volver, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes en el Sur" (Salmo 125, 4). Porque nuestra cautividad, que había permanecido perezosa en el frío de la torpeza para seguir a Dios, es relajada por el calor del Espíritu Santo, para que corra hacia el amor de Dios. Por eso se dice ahora que la ciudad que está situada en el monte se inclina hacia el Sur, porque la Iglesia de los elegidos abre sus pensamientos al soplo del Espíritu Santo, y, descendiendo de toda la cumbre de su soberbia, concibe el calor del amor en Dios, en quien cree, para que no le plazca nada sino someterse a su gracia, calentarse con amor, y ser siempre llenada con el don de su soplo. Por eso, encendido con fuerte amor, el contemplador decía: "Mi alma se alegrará en el Señor, y se deleitará en su salvación" (Salmo 34, 9). Porque quien en latín es llamado "salvación", en hebreo es llamado Jesús. El profeta, pues, porque contemplaba sus caminos y el misterio de nuestra redención a través del espíritu de profecía, se dice que se alegraba en el Señor y se deleitaba en Jesús, porque de allí había concebido gozo en su mente de donde ardía fuertemente por amor. Pensemos, pues, si las mentes de los padres espirituales se deleitaban en aquel que aún no había venido, pero era previsto, de quién es la culpa de no amar sus caminos, sus ejemplos, sus enseñanzas, después de que vino y exhibió la redención. Por eso esta ciudad se dice que se inclina hacia el Sur, como si se dijera abiertamente que la ciudad anterior, es decir, la Sinagoga, en sus infieles permaneció en el Norte, que duró en el frío de la infidelidad. Pero la santa Iglesia, que concibió la caridad de la fe, se inclina hacia el Sur por el calor, y como que se apoya en un viento cálido, porque no se alegra en su propia confianza, sino en el don de la gracia espiritual. Sigue:

VERS. 3.---Y me introdujo allí.

7. Entra en el edificio de la ciudad celestial quien considera imitando los caminos de los buenos en la santa Iglesia. Entrar es, pues, el edificio sobre el monte, considerar amando cómo los elegidos de la santa Iglesia, constituidos en la cumbre de las virtudes, progresan en el Señor. Este lleva una vida ligada al matrimonio, contento con sus propios bienes, no roba lo ajeno, de lo suyo da cuanto puede a los necesitados, no descuida llorar los pecados sin los cuales la vida diaria no puede ser llevada por los casados. Porque la misma preocupación familiar perturba su ánimo, se excita a las lágrimas. Aquel ya ha abandonado todas las cosas del mundo, no desea tener nada de él, se alimenta con el ejercicio de la contemplación sola, se alegra con lágrimas en la esperanza de las recompensas celestiales, trasciende incluso lo que se permite tener, busca tener un secreto diario con el Señor, ninguna preocupación del mundo pasajero perturba su ánimo, siempre dilata su mente en la expectativa de los gozos celestiales. Otro ya ha abandonado todas las cosas de este mundo, y su mente se eleva a la contemplación de las cosas celestiales; pero, sin embargo, por la edificación de muchos, ocupando un lugar de gobierno, que no sucumbe al deseo de las cosas pasajeras, a veces se vuelve a ellas por compasión de los prójimos, para que de su cuidado se apiade de los

necesitados; predica la palabra de vida a los oyentes, ministra lo necesario a las almas y a los cuerpos. Y quien por sí mismo ya vuela al deseo celestial por la contemplación, sin embargo, por el progreso y utilidad de los prójimos, aún se esfuerza en las cosas temporales.

Cualquiera, pues, que en la santa Iglesia estudia con solicitud considerar, para que progrese ya sea en la vida de los buenos casados, ya sea en la cima de los continentes y de los que abandonan todas las cosas de este mundo, o incluso en la cumbre de los predicadores, ya ha entrado en el edificio de la ciudad situada en el monte. Porque quien descuida considerar la vida de los mejores para progresar, aún está fuera del edificio. Y si admira el honor que ya tiene la santa Iglesia en el mundo, como que ve el edificio desde fuera y se asombra. Y porque está atento solo a las cosas exteriores, no ha entrado dentro. Sigue:

IBID.---Y he aquí un hombre, cuya apariencia era como la apariencia de bronce.

8. Él es señalado en el hombre, quien es figurado en el monte. Pero este hombre se dice que mide el edificio. Y con razón el Señor es señalado por el hombre y el monte, porque Él mismo dispone todo juzgando dentro de la santa Iglesia, y Él mismo sostiene la misma santa Iglesia, y sosteniéndola la eleva a las cosas celestiales. Así también en el santo Evangelio nuestro Redentor habla, diciendo: "El que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas" (Juan 10, 1). Y poco después: "Yo soy la puerta" (Juan 10, 7). Y nuevamente añade después de unas pocas palabras: "Yo soy el buen pastor" (Juan 10, 11). Si, pues, Él mismo es el pastor, y Él mismo es la puerta, y el pastor entra por la puerta, ¿por qué no se entiende en este lugar que Él mismo es el monte, y Él mismo es el hombre que mide el edificio en el monte?

9. Pero debemos preguntarnos por qué se dice de este hombre: "Cuya apariencia era como la apariencia de bronce". Todos sabemos, hermanos, que el metal de bronce es muy duradero y completamente sonoro. ¿Qué es, pues, que el aspecto del Mediador entre Dios y los hombres se compara a la apariencia de bronce, sino lo que claramente sabemos, que el Hijo unigénito, tomando la forma de siervo, convirtió la fragilidad de la carne humana en eternidad por la gloria de su resurrección, porque en Él la carne se hizo ya duradera sin fin? Pues "resucitando de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre Él" (Romanos 6, 9). Pero, ¿qué es que su misma encarnación se compara a un metal sonoro, sino que por esa misma asunción de nuestra humanidad resonó a todos la gloria de su majestad? Y como que tiene el aspecto de bronce en el cuerpo, porque Dios se dio a conocer al mundo desde la carne. Por eso también se dice por Juan: "Tenía en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes, y Señor de señores" (Apocalipsis 19, 16). ¿Qué es su vestidura, sino el cuerpo que asumió de la Virgen? Sin embargo, su vestidura no es otra cosa que Él mismo. Pues nuestra vestidura también se llama carne, pero sin embargo nosotros mismos somos la carne con la que nos vestimos. Pero esa vestidura suya, que Isaías vio mucho antes manchada de sangre por la cruz de la pasión, dijo: "¿Por qué es rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan en el lagar?" (Isaías 63, 2). A quien Él mismo respondió: "He pisado el lagar yo solo, y de los pueblos no hubo hombre conmigo" (Isaías 63, 3). Porque Él solo pisó el lagar en el que fue pisado, quien con su poder venció la pasión que sufrió. Pues quien sufrió hasta la muerte de cruz, resucitó de la muerte con gloria. Pero se dice bien: "Y de los pueblos no hubo hombre conmigo" (Isaías 63, 3), porque aquellos por quienes vino a sufrir debían ser partícipes de su pasión, quienes por el hecho de que en ese tiempo aún no creían, se queja de ellos en la pasión, cuya vida se buscaba en esa pasión. Pero por el muslo es la propagación de la carne. Porque, pues, por la propagación del género humano, como los órdenes de generaciones narrados por Mateo (Mateo 1, 1, seq.) o Lucas (Lucas 2, 7; 3, 23, seq.) describen, vino a este mundo de la Virgen, y por el misterio de su encarnación, porque era Rey y Señor, lo indicó a todas las naciones en todas partes, tenía escrito en su vestidura y en su muslo: "Rey de reyes, y Señor de señores" (Apocalipsis 19, 16). Pues de donde se dio a

conocer en el mundo, allí fijó la ciencia de la lectura sobre sí mismo. Su predicación, pues, desde la carne, es como un sonido del bronce. Se dice, pues, con razón: "Cuya apariencia era como la apariencia de bronce". Sigue:

IBID.---Y un cordel de lino en su mano.

10. En los setenta intérpretes no se encuentra "cordel de lino", sino "cordel de albañiles". Si en este verso mantenemos la traducción de ellos para exponer, ¿qué otra cosa entendemos por albañiles sino a los santos doctores, que, hablando cosas espirituales, componen las almas de los elegidos, es decir, piedras vivas, para el edificio celestial? Pues todo lo que los antiguos padres, lo que los profetas, lo que los apóstoles, lo que los sucesores de los apóstoles hablaron, ¿qué otra cosa fue sino la composición de piedras en este edificio de los santos que se construye diariamente? En el cordel de albañiles se suele hacer esto, para que se pueda conocer la igualdad o rectitud del muro que se levanta; y si una piedra está hacia adentro, se expulse hacia afuera; si sobresale hacia afuera, se retraiga hacia adentro. Y ciertamente esto hace la predicación de los doctores diariamente, para que cada alma, a la que tal vez no le conviene asumir las cargas del gobierno, aunque desee aparecer afuera, se retraiga hacia adentro; y nuevamente, la que desea ocultarse y solo cuidar de sí misma, si puede ser útil para sí misma y para muchos, incluso cuando desea ocultarse, se saque hacia afuera para que aparezca. Y así se mantiene el orden de las piedras de los santos, mientras a menudo se rechaza al que quiere venir al honor, y al que huye del honor se le eleva a la cima del orden sagrado. Pero porque, como hemos aprendido por nuestro intérprete, la historia de los hebreos no tiene "de albañiles", sino "cordel de lino en su mano", debemos exponer lo que se tiene con más certeza entre nosotros. Sabemos, sin embargo, que el cordel de lino es más sutil que si los cordeles se hicieran de otra manera. ¿Y qué debemos entender por cordel de lino, sino una predicación más sutil, es decir, espiritual? Pues la censura de la ley fue un cordel, pero no fue de lino, porque restringió al pueblo rudo no con una predicación sutil, en la que, a través de la sentencia de pena, no cortó los pecados de pensamiento, sino de obra. Pero después de que el Señor, por sí mismo, también ató las mentes de los hombres predicando, y dio a conocer que el pecado es perfecto incluso en el corazón, sostuvo en su mano un cordel de lino. Dice: "Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio; pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mateo 5, 27; Éxodo 20, 14). El cordel de lino, pues, es una predicación sutil, que ata la mente del oyente para que no se disuelva ni siquiera en un pensamiento miserable. Y es de notar lo que se dice, porque tiene el cordel en la mano, es decir, la predicación en la operación. En sí mismo mostró todo lo que enseñó, como está escrito: "Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar" (Hechos 1, 1). Y porque también entregó a la escritura lo que dijo para que se transmitiera a la posteridad, se dice con razón:

IBID.---Y una caña de medir en su mano.

11. Del santo Iglesia el Señor promete por otro profeta, diciendo: "Brotará en ella el verdor del junco y del carrizo" (Isaías 35, 7). Lo que en otro lugar recuerdo haber expuesto (Libro XXIX Moral., n. 51), que por el carrizo deben entenderse los escritores, y por el junco los oyentes. Pero porque el junco y el carrizo suelen nacer en el agua, y ambos prosperan de la misma agua, y el carrizo se asume para escribir, pero con el junco no se puede escribir, ¿qué debemos entender por junco y carrizo, sino que una es la doctrina de la verdad que riega a muchos oyentes? Pero regados, algunos progresan hasta el punto de convertirse en escritores, como carrizos; otros escuchan la palabra de vida, mantienen la verdor de la buena esperanza y de las obras rectas, pero no pueden progresar hasta escribir. ¿Qué son en el agua de Dios sino ciertos, por así decirlo, juncos? Que ciertamente progresan en verdor, pero no pueden

expresar letras. Nuestro Redentor, pues, porque concedió que las palabras que dijo también se escribieran por el estudio de los doctores, sostuvo en su mano una caña. Esta caña se llama de medir, porque en el mismo estudio de los doctores se detienen bajo una cierta dispensación de juicio oculto, para que sean útiles a otros que leen, y a otros que leen no puedan ser útiles. Por eso los santos apóstoles, cuando pidieron al maestro de la verdad que les hablara más abiertamente por qué hablaba en parábolas a las multitudes, oyeron: "Porque a vosotros os es dado conocer el misterio del reino de los cielos, pero a ellos no" (Mateo 13, 11). O ciertamente la caña es de medir, porque en su sagrada escritura, que nos ha sido consignada, reconocemos que hay dispensaciones ocultas de Él. Pues por su juicio incomprensible, uno es enviado dentro de la medida de los elegidos, y otro es dejado fuera, para que de ninguna manera merezca pertenecer al número de los elegidos. Tiene, pues, el cordel, tiene en su mano la caña de medir. Porque quien mide un lugar con un cordel, lo tira de un lado, lo retrae de otro, y lleva aquí lo que subtrae de allá. Así, ciertamente, así hace nuestro Redentor en la recolección de los hombres, mientras saca a unos de sus iniquidades, a otros los deja en su iniquidad. Pues en aquellos que ha dignado recoger, ha tirado el cordel de la medida oculta, y de aquellos que ha juzgado que deben ser dejados, ¿qué otra cosa ha hecho sino retraer el cordel? para que los buenos sean mantenidos dentro de la medida del edificio celestial, y los malos, en quienes no hay bienes que se estimen, queden como sin medida fuera del edificio.

12. Este cordel y caña de medir en su mano sostuvo nuestro Redentor, cuando se dignó advertir al apóstol Pablo a través de un hombre macedonio que apareció, de modo que el mismo hombre macedonio dijera: "Pasa y ayúdanos" (Hechos 16, 9). Y sin embargo, no permitió que los apóstoles, que querían ir a predicar a Asia, fueran permitidos por el Espíritu de Jesús. ¿Qué es que los santos apóstoles son llamados a ir allí donde tal vez no pensaban ir, y se les prohíbe ir donde deseaban ir, sino porque el cordel del juicio oculto y la caña de medir se sostienen en la mano, para que unos oigan las palabras de vida, y otros no merezcan oírlas de ninguna manera? El cordel de medir, pues, es el que es tirado de un lado, retraído de otro.

13. También aprendemos del testimonio del Santo Evangelio que vino uno que dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas (Mateo VIII, 19). A quien se le respondió: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Ibid., 20). Vino otro que dijo: Maestro, permíteme primero ir y enterrar a mi padre. A quien se le dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú, en cambio, sígueme y anuncia el reino de Dios (Ibid., 21, 22). ¿Qué significa que aquel promete ir y es abandonado; este quiere regresar a casa y, sin embargo, se le ordena que debe seguir? Aquel no es recibido, este no es liberado ni por un momento de su servicio. Por la disposición interna del juicio oculto, se traza la cuerda y la caña de medir, en la que este es atraído y aquel es dejado, para que la obra celestial no se construya sin un examen piadoso y justo.

14. También puede entenderse la caña de medir como la Sagrada Escritura, porque quien la lee se mide a sí mismo en ella, ya sea cuánto progresa en virtud espiritual o cuánto permanece alejado de los bienes que se le han mandado; cuánto ya se levanta para hacer el bien, cuánto aún yace postrado en malas acciones. Sigue:

IBID.---Y estaba en la puerta.

15. Quien está en la puerta, en cierta parte está dentro, y en cierta parte está fuera, porque una parte de él se ve afuera, otra está oculta adentro. Así, nuestro Redentor, misericordiosamente encarnado por nosotros, ante los ojos humanos estuvo como en la puerta, porque apareció

visible por su humanidad, y se mantuvo invisible en su divinidad. De ahí que los judíos, que lo esperaban según la promesa de los profetas, se turbaron por la confusión de su incredulidad, porque veían mortal a aquel que creían que vendría para su liberación. Quien está en la puerta, como se dijo antes, se ve en parte afuera, en parte adentro. Por eso, ni siquiera la incredulidad de los judíos fue dejada sin la manifestación del poder divino. Pues, al ver sus milagros, eran llevados a creer, pero al considerar sus sufrimientos, se negaban a creer que era Dios, a quien veían mortal en la carne; de ahí que dudaran de su conocimiento. Pues lo veían hambriento, sediento, comiendo, bebiendo, cansado, durmiendo, y lo consideraban un simple hombre. Veían que resucitaba muertos, limpiaba leprosos, iluminaba ciegos, expulsaba demonios, y sentían que era más que un hombre. Pero su humanidad perturbaba en sus corazones la consideración de sus milagros. Por eso, la santa Iglesia, bajo la voz de la esposa, deseando verlo abiertamente, dice: He aquí que él está detrás de nuestra pared (Cantar de los Cantares II, 9). Porque quien mostró a los ojos humanos lo que asumió de la naturaleza mortal, y permaneció invisible en sí mismo, se mantuvo como detrás de una pared para quienes buscaban verlo abiertamente, porque no se mostró con majestad manifiesta. Pues estuvo como detrás de una pared, quien mostró la naturaleza de la humanidad que asumió, y ocultó la naturaleza de la divinidad a los ojos humanos. Por eso también se añade allí: Mirando por las ventanas, asomándose por las celosías (Ibid.). Porque quien mira por las ventanas o por las celosías, no está totalmente oculto ni totalmente visible. Así, ciertamente, nuestro Redentor se hizo ante los ojos de los dudosos, porque si haciendo milagros no hubiera sufrido como hombre, se les habría aparecido plenamente como Dios; y si sufriendo como hombre no hubiera hecho nada como Dios, se le habría considerado un simple hombre. Pero porque hizo cosas divinas y sufrió cosas humanas, miró a los hombres como por ventanas o celosías, para que Dios apareciera por los milagros, y se ocultara por los sufrimientos, y el hombre se viera por los sufrimientos, pero se reconociera que era más que hombre por los milagros. Pero como se dice que este hombre estaba en la puerta, debemos preguntarnos si estaba de cara hacia adentro y de espaldas hacia afuera. En lo cual, si consideramos lo que se ha dicho antes y lo que sigue, encontramos rápidamente cómo estaba. Pues primero se dice: Era como un edificio de la ciudad que se inclinaba hacia el sur, y me introdujo allí. Y poco después se añade sobre el mismo hombre: Y estaba en la puerta. Inmediatamente se añade:

VERS. 4.---Y el mismo hombre me habló.

16. Porque quien, estando en la puerta, habló al profeta introducido en el edificio, ciertamente se entiende que estaba de cara hacia adentro y de espaldas hacia afuera. Pero el profeta introducido, a quien el hombre de pie en la puerta habló, sin duda tenía el rostro hacia la puerta, de donde escuchaba las palabras del que hablaba. ¿Qué significa, entonces, que el hombre mira hacia adentro, y el profeta hacia afuera? ¿Qué significa que el rostro del mismo hombre está hacia el edificio, pero los ojos del profeta están hacia la puerta, sino que el Unigénito del Padre se encarnó para introducirnos en el edificio espiritual, es decir, en la fe de la santa Iglesia? Sus ojos siempre miran su edificio, porque constantemente observan cuánto progresa cada uno en virtudes. Pero el profeta mira hacia la puerta, porque quien escucha la palabra de Dios siempre debe poner los ojos del corazón en la salida, y meditar sin cesar cuándo saldrá de la vida presente y alcanzará los gozos eternos. Por esto, en efecto, Dios se encarnó, para introducirnos en la fe, y llevarnos de regreso a la visión de su gloria. Por eso también en el santo Evangelio la Verdad habla, diciendo: Por mí, si alguno entra, será salvo, y entrará y saldrá, y encontrará pastos (Juan X, 9). Entrará, es decir, en la fe, saldrá a la visión, y encontrará pastos en la eterna saciedad. De aquí también el salmista dice: El Señor guardará tu entrada y tu salida (Salmo CXX, 8). Porque el Señor guarda la entrada de cada

alma, por la cual entra en la fe, y también la salida por la cual sale a la visión, para que ni entrando en la Iglesia sea derribada por errores, ni saliendo de esta temporal a la eterna, sea arrebatada por el antiguo enemigo. Por esta salida nuestra, que debemos meditar diariamente en nuestra mente, el Apóstol habla de nuestro Redentor, diciendo: Para santificar al pueblo por su propia sangre, sufrió fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él fuera del campamento, llevando su oprobio. Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebreos XIII, 12, 13, 14). Así que el hombre que apareció estaba en la puerta, y así habló, porque el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, incluso en el tiempo de su pasión dio preceptos de vida a sus discípulos, para que quienes creen en él siempre miren hacia la puerta, y, considerando con atención su pasión, no aparten los ojos del corazón de su propia salida. También nosotros, cuando ya comenzamos a despreciar las barreras de la carne, a pasar las angustias de nuestra mortalidad por el deseo de la inmortalidad, a tender hacia la libertad de la luz suprema, a anhelar los gozos de la patria celestial, mantenemos los ojos en la puerta, porque mientras deseamos pasar de los sacramentos temporales a los eternos, como si ya hubiéramos dado la espalda a la vida presente, tenemos el rostro del corazón en el deseo de nuestra salida. Pues está escrito: El cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Así, por la contemplación ya tendemos con la mente fuera de las angustias de la carne, pero aún en los sacramentos que hemos conocido, por la misma angustia carnal, estamos retenidos dentro de la puerta.

17. A menudo, el alma se suspende tanto en la contemplación divina, que ya se alegra de percibir algo de aquella libertad eterna que el ojo no ha visto, ni el oído ha oído (1 Corintios II, 9), a través de una cierta imagen; pero, sin embargo, golpeada por el peso de su mortalidad (Isaías LXIV, 4), recae a lo bajo, y es retenida atada por ciertas cadenas de su pena. Así que quien mira hacia la puerta, contempla los gozos de su verdadera libertad, y ya desea salir, pero aún no puede. De aquí que el pueblo hebreo, liberado de la servidumbre de Egipto, cuando veía la columna de nube mientras Dios hablaba, cada uno estaba de pie en la puerta de su tienda y adoraba (Éxodo XXXIII, 10). De quienes poco antes se dice: Cuando Moisés salía hacia el tabernáculo, todo el pueblo se levantaba, y cada uno estaba de pie en la puerta de su tienda (Ibid., 8). Porque allí estamos donde fijamos los ojos de la mente. Por eso Elías dice: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (1 Reyes XVII, 1). Allí ciertamente estaba, donde había fijado su corazón. ¿Qué significa, entonces, que el pueblo vea la columna de nube y esté de pie en las puertas de su tienda y adore, sino que la mente humana, cuando contempla de alguna manera aquellas cosas superiores y celestiales en enigma, ya sale de las barreras de la morada corporal por el pensamiento elevado, y adora humildemente a aquel cuya sustancia no puede ver, pero cuya potencia ya admira por la iluminación del espíritu? Y cuando Moisés entra en el tabernáculo, el pueblo ve sus espaldas y está de pie en las puertas de sus tiendas, porque cuando un santo predicador habla de las cosas altas de Dios, ya de alguna manera entra en el tabernáculo de la morada celestial. Los débiles, aunque no pueden comprender plenamente la virtud de su predicación, al menos ven las espaldas, porque siguen por el entendimiento las cosas últimas que prevalecen. Pero incluso en las cosas más pequeñas que pueden captar, ya salen de sus tiendas, y están de pie en las puertas, porque intentan dejar las moradas de la carne y avanzar hacia aquellos gozos de la vida eterna que escuchan. De aquí también que Elías, cuando escuchó la voz del Señor hablando con él (1 Reyes XIX, 9), se describe como estando de pie en la puerta de su cueva y cubriendo su rostro, porque cuando por la gracia de la contemplación la voz de la inteligencia suprema se hace en la mente, el hombre ya no está totalmente dentro de la cueva, porque el cuidado de la carne no posee su alma, sino que está de pie en la puerta, porque medita salir de las angustias de la mortalidad.

18. Pero ya quien está de pie en la puerta de la cueva y percibe las palabras de Dios en el oído del corazón, es necesario que cubra su rostro, porque cuando por la gracia suprema somos llevados a entender cosas más altas, cuanto más sutilmente somos elevados, tanto más debemos siempre presionarnos a nosotros mismos en el entendimiento con humildad, para no intentar saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad (Romanos XII, 3); para no errar mientras discutimos demasiado sobre las cosas invisibles; para no buscar algo de luz corporal en aquella naturaleza incorpórea. Prestar oído y cubrir el rostro es escuchar la voz de la sustancia interior por la mente, y sin embargo apartar los ojos del corazón de toda especie corporal, para que el alma no imagine algo corporal en aquella que es en todas partes total y en todas partes incircunscripta. Así que nosotros, hermanos amadísimos, que ya hemos aprendido los gozos eternos por la muerte y resurrección de nuestro Redentor, y su ascensión a los cielos, que sabemos que nuestros conciudadanos, los ángeles, aparecieron externamente en testimonio de su divinidad, deseamos al Rey, anhelemos a los conciudadanos que hemos conocido, y estando en este edificio de la santa Iglesia, mantengamos los ojos en la puerta; demos la espalda de la mente a esta corrupción de la vida temporal, dirijamos el rostro del corazón hacia la libertad de la patria celestial. Pero he aquí que aún hay muchas cosas que nos oprimen con el cuidado de la vida corruptible. Así que, ya que no podemos salir perfectamente, al menos estemos de pie en la puerta de nuestra cueva, para salir algún día prósperamente por la gracia de nuestro Redentor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA II. En la explicación de los dos versículos del capítulo XL, a saber, el cuarto y el quinto, el santo Doctor diserta extensamente sobre la vida activa y contemplativa, e inserta, a su manera, numerosos documentos morales.

1321 1. Para que algunos no me repriman tal vez con pensamiento silencioso por atreverme a discutir los profundos misterios del profeta Ezequiel, intentados por grandes expositores, reconozcan con qué mente lo hago. No lo emprendo con temeridad, sino con humildad. Pues sé que muchas veces, en la sagrada elocuencia, lo que no pude entender solo, lo entendí estando entre mis hermanos. De cuyo entendimiento también me esforcé por entender esto, para saber por mérito de quién se me daba el entendimiento. Pues es evidente que esto se me da por aquellos a quienes se me da estando presentes. Por lo cual, con la gracia de Dios, se logra que crezca el sentido y disminuya la elevación, mientras aprendo por vosotros lo que enseño entre vosotros, porque (lo confieso verdaderamente) muchas veces escucho con vosotros lo que digo. Así que, cualquier cosa que no entienda en este profeta, es por mi ceguera; pero si algo puedo entender adecuadamente, es por el don divino de vuestra veneración. A menudo, por la gracia del Señor omnipotente, se entienden mejor ciertas cosas en su elocuencia cuando la palabra de Dios se lee en secreto, y el alma, consciente de sus culpas, mientras reconoce lo que ha oído, se hiere con el dardo del dolor y se traspasa con la espada de la compunción, de modo que no le apetece más que llorar, y lavar las manchas con el flujo de lágrimas. Entre las cuales, a veces, también es arrebatada a contemplar cosas más sublimes, y en su deseo se crucifica con dulce llanto. Lamenta estar aquí el alma, donde aún yace postrada por la debilidad, y no estar aún allí donde iluminada vigorosamente florezca, y ya no vuelva el ojo de la mente a las tinieblas de la mortalidad. De aquí, pues, nace el ardor en la mente, surge el luto del ardor. Y porque aún no puede adherirse a las cosas celestiales, su fervor descansa exhausto en lágrimas. Pero es diferente cuando se trata del progreso de uno solo, y cuando se trata de la edificación de muchos. Así que, con la gracia de Dios, deben ser pronunciadas aquellas cosas que edifican la vida y las costumbres de los oyentes. Ahora, pues, sigamos en las palabras del profeta lo que nos edifique en el estudio de la buena obra, como hemos comenzado.

EZEQUIEL XL, 4.---Hijo de hombre, mira con tus ojos, y escucha con tus oídos.

2. Al llevarse a testimonio de las cosas espirituales, ¿qué significa que cuando se dice: Mira con los ojos, se añade tuyos, y cuando se añade Escucha con los oídos, se añade tuyos? Pero debe saberse que los ojos y oídos del cuerpo también están presentes en los carnales, y están en uso para las cosas que se ven corporalmente. Pero los ojos y oídos del corazón son solo de las cosas espirituales, que ven lo invisible por el entendimiento, y escuchan la alabanza de Dios sin sonido. Estas orejas buscaba el Señor omnipotente cuando decía: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues, ¿quién podría haber estado entonces en aquel pueblo que no tuviera oídos del cuerpo? Pero cuando se dice: Quien tenga oídos para oír, que oiga, se muestra claramente que buscaba aquellos oídos que no todos podían tener. Así que se dice: Hijo de hombre, mira con tus ojos, y escucha con tus oídos (Sup., hom. 12, n. 21). En la parte anterior de nuestras locuciones ya dijimos por qué el profeta, cada vez que es llevado a ver cosas espirituales, es llamado hijo de hombre. Pero para que esto no se olvide, brevemente lo repito, porque con este nombre se le recuerda siempre lo que es por la debilidad, para que no se enorgullezca por la grandeza de la contemplación. Y es de notar que es diferente decir, Mira con tus ojos, escucha con tus oídos, y sin embargo ser llamado hijo de hombre. Pero, ¿qué otra cosa se le dice claramente con estas palabras, sino, mira espiritualmente las cosas espirituales, y sin embargo recuerda tus debilidades carnales?

3. De aquí también que muchas veces quien más es arrebatado en la contemplación, sucede que más es fatigado en la tentación; como suele suceder a algunos que progresan bien, cuya mente, cuando la compunción la afecta o la contemplación la arrebatara sobre sí misma, inmediatamente también sigue la tentación, para que no se enorgullezca por aquellas cosas a las que ha sido arrebatada. Pues por la compunción o la contemplación se eleva a Dios, pero por el peso de su tentación es devuelta a sí misma, para que la tentación la agobie, no sea que la contemplación la infle; y de nuevo la contemplación la eleve, no sea que la tentación la hunda. Pues si la contemplación la elevara de tal manera que la tentación faltara por completo, el alma caería en la soberbia. Y si la tentación la oprimiera de tal manera que la contemplación no la elevara, caería plenamente en la culpa. Pero por una disposición admirable, el alma se equilibra en un cierto medio, para que ni se enorgullezca en los bienes, ni caiga en los males. Por eso se dice de Dios por el bienaventurado Job: Y pesó las aguas con medida (Job XXVIII, 25; XIX, 25). Pesar las aguas con medida para Dios es mantener el sentido de las almas en humildad entre lo próspero y lo adverso, entre los dones y las tentaciones, entre lo alto y lo bajo. Así Elías había hecho descender fuego del cielo, había cerrado las aguas del cielo, y sin embargo, aterrorizado por el miedo de una mujer, huía por el desierto (1 Reyes XVIII, 38; XVII, 1; XIX, 3). Aparece un ángel al fugitivo, le ofrece comida, predice que le queda un largo camino, y sin embargo no quita el miedo de su corazón (1 Reyes XIX, 7, 8), porque en la mente del profeta había una gran custodia de fortaleza, aquella debilidad del miedo. Sigue.

VERS. 4.---Pon tu corazón en todo lo que yo te mostraré, porque has sido traído aquí para que se te muestre. Anuncia todo lo que ves a la casa de Israel.

1. Pone tu corazón. Como si se dijera: Considera. Porque has sido traído aquí para que se te muestren, y anuncia todo lo que ves. Es decir, has sido traído para ver, y ves para anunciar, porque quien progresa viendo cosas espirituales, debe también ofrecerlas a otros hablando. Ve para anunciar, quien en lo que progresa en sí mismo también se preocupa por el progreso del prójimo predicando. Por eso está escrito en otro lugar: El que oye, diga: Ven (Apoc.

XXII, 17). A quien ya la voz del Dios que llama se hace en el corazón, es necesario que estalle en voz a los prójimos por el oficio de la predicación; y por eso llame a otro, porque ya él mismo ha sido llamado. Por eso también el esposo en el Cantar de los Cantares habla, diciendo: Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan, hazme oír tu voz (Cant. VIII, 13). En los jardines habita la santa Iglesia, en los jardines habita cada alma, que ya está llena de la frescura de la esperanza y de la caridad de las buenas obras. La esperanza de este siglo es seca, porque todo lo que aquí se ama se marchita rápidamente; y el apóstol Pedro nos advierte que nos apresuremos, diciendo: A una herencia incorruptible, incontaminada, inmarcesible (I Pedro I, 4). Quien ya habita en los jardines, debe hacer que su esposo oiga su voz, es decir, emitir el canto de la buena predicación, en el cual se deleite aquel a quien desea, porque los amigos escuchan, es decir, todos los elegidos, que, para revivir a la patria celestial, desean escuchar las palabras de vida. Pero ya el profeta nos abra lo que ve. Sigue:

VERS. 5.---Y he aquí un muro exterior alrededor de la casa por todas partes.

5. A menudo en el sagrado discurso, el mismo Señor encarnado suele ser llamado muro por la protección de su defensa, como se dice de la santa Iglesia por el profeta: Se pondrá en ella un muro y un baluarte (Isaías XXVI, 1). Él mismo es nuestro muro, que nos rodea protegiéndonos por todas partes. Los profetas fueron el baluarte de nuestro muro, quienes antes de que el Señor apareciera en la carne, fueron enviados a construir la fe profetizando. En la santa Iglesia, por lo tanto, el Señor es nuestro muro y sus profetas son el baluarte, porque a nosotros, a quienes él protege perfectamente, también llegaron las palabras de los profetas en la construcción de la fe. Por eso, bien se pone primero el muro y después el baluarte, porque llamados de entre los gentiles, si no conociéramos primero al Señor, de ninguna manera habríamos recibido las palabras de sus profetas. Y es de notar que este muro del edificio espiritual se dice que está exteriormente. El muro que se construye para la defensa del edificio, no suele ponerse en el interior, sino en el exterior. ¿Por qué, entonces, fue necesario decir exterior, cuando nunca se suele poner un muro en el interior? Porque es necesario que, puesto en el exterior, defienda lo que está dentro. Pero en esta palabra, ¿qué se muestra claramente sino la misma encarnación del Señor? El muro es para nosotros Dios en el interior, pero el muro exterior es Dios hombre. Por eso se le dice a través de un profeta: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos (Habacuc III, 13). Este muro encarnado, a saber, el Señor, no sería muro para nosotros si no estuviera en el exterior, porque no nos protegería en el interior si no apareciera exteriormente. Pero tampoco debe pasarse por alto negligentemente que el mismo muro se dice que está puesto alrededor de la casa por todas partes. La casa de Dios no solo son los santos ángeles, de quienes el salmista dice: Señor, he amado la hermosura de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria (Salmo XXV, 8), sino que también somos nosotros, cuyas mentes se digna habitar. Y este muro está alrededor de la casa por todas partes, porque el Unigénito del Padre, que es arriba la firmeza de los ángeles, él mismo abajo se hizo la redención de los hombres. Para ellos es la fortaleza para que no caigan, para nosotros es la ayuda para que nos levantemos después de la caída.

6. Si en este lugar la casa de Dios se significa solo por la multitud de los hombres redimidos, el Señor es para nosotros muro por todas partes y alrededor, porque, para protegernos perfectamente, mostró todo lo que enseñó, como está escrito: Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hechos I, 1). Porque vino a llamarnos a la patria celestial, ciertamente nos enseñó a despreciar los bienes transitorios y a no temer los males temporales. Por eso no despreció los oprobios, soportó las injurias, no temió la muerte, no rehuyó el patíbulo de la cruz; y cuando quisieron arrebatarlo y constituirlo rey, inmediatamente huyó (Juan VI, 15); ¿qué otra cosa nos insinúa con estos ejemplos, sino que debemos no temer las adversidades de este mundo y evitar las prosperidades? porque a menudo sus bienes ocupan más el ánimo que sus

males perturban. Antes de su pasión escuchó injurias, pero no devolvió injurias; soportó en silencio a su traidor durante mucho tiempo, y no rehusó darle un beso cuando fingidamente lo saludó; aceptó la muerte, para que no temiéramos morir; mostró la resurrección, para que creyéramos que podemos resucitar. Después de su pasión, llamó a la gracia de la fe a aquellos que lo crucificaron, devolvió don por iniquidad. Quien, por tanto, nos instruyó con su ejemplo sobre todas las cosas, se hizo muro para nosotros por todas partes y alrededor. Sigue:

IBID.---Y en la mano del hombre una caña de medir de seis codos y un palmo.

7. En la lectura anterior (Hom. sup. n. 14) ya dijimos que por la caña se significa la Sagrada Escritura. Esta caña se dice de medir, porque en ella medimos toda la acción de nuestra vida, para que veamos cuánto progresamos o cuánto estamos lejos del progreso. Pues a menudo, al hacer algo, ya creemos que es de algún mérito; pero cuando recurrimos a las palabras de Dios, escuchamos los sublimes preceptos, allí reconocemos cuánto nos falta para la perfección. La caña, por tanto, es de medir, porque por las manos de los escribientes se mide la vida de los oyentes. Esta caña se dice que está en la mano del hombre, ya sea porque el sagrado discurso está en el poder del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, o ciertamente porque lo que quiso que se escribiera lo cumplió obrando. La misma caña se describe de seis codos y un palmo. Hay dos vidas, en las que el Dios omnipotente instruye a través del sagrado discurso, a saber, la activa y la contemplativa. Y por los seis codos, ¿qué otra cosa se expresa sino la vida activa? porque en el sexto día Dios completó todas sus obras (Génesis II, 1). El palmo, que se dice que está sobre los seis codos, ya es del séptimo, pero sin embargo no es un codo. La vida activa, por tanto, se significa por los seis codos, la contemplativa por el palmo, porque aquella la perfeccionamos con la obra, pero de esta, incluso cuando nos esforzamos, apenas podemos alcanzar algo.

8. La vida activa es dar pan al hambriento, enseñar la palabra de sabiduría al ignorante, corregir al errante, devolver al camino de la humildad al prójimo soberbio, cuidar del enfermo, dispensar lo que conviene a cada uno, y prever cómo pueden subsistir los que se nos han confiado. La vida contemplativa es retener con toda la mente la caridad de Dios y del prójimo, pero descansar de la acción exterior, adherirse solo al deseo del Creador, de modo que ya no le plazca hacer nada, sino que, habiendo dejado de lado todas las preocupaciones, el alma arda por ver el rostro de su Creador; de modo que ya sepa llevar con tristeza el peso de la carne corruptible, y con todos sus deseos anhele estar entre aquellos coros angélicos que cantan himnos, mezclarse con los ciudadanos celestiales, regocijarse en la incorruptibilidad eterna en la presencia de Dios. En el palmo, por tanto, se extienden la mano y los dedos. Pero se toca poco de la medida del codo por el palmo, porque por mucho que el alma arda de amor, por mucha virtud que se extienda en Dios con el pensamiento, no ve ya perfectamente lo que ama, sino que apenas comienza a ver lo que ama, porque como dice el predicador más fuerte: Ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Y, Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (Ibid.). Del séptimo codo tocamos el palmo, porque en esta vida solo degustamos los inicios de la contemplación íntima. La vida activa, porque puede ser perfectamente mantenida, y el hombre fue creado en el sexto día (Génesis I, 27), quien debe hacer el bien, la caña tiene seis codos.

9. Bien estas dos vidas fueron significadas por aquellas dos mujeres, Marta y María (Lucas X, 40): de las cuales una se afanaba en el frecuente ministerio, y la otra se sentaba a los pies del Señor y escuchaba las palabras de su boca. Y cuando Marta se quejaba contra su hermana porque no la ayudaba, el Señor respondió, diciendo: Marta, te preocupas y te afanas por muchas cosas; pero una sola cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Ibid., 41, 42). He aquí que la parte de Marta no se reprende, pero la de María se

alaba. Ni siquiera dice que María eligió una buena parte, sino la mejor, para que también se indicara que la parte de Marta era buena. ¿Por qué la parte de María es la mejor? Se añade cuando se dice: Que no le será quitada. La vida activa, en efecto, cesa con el cuerpo. ¿Quién en la patria eterna dará pan al hambriento, donde nadie tiene hambre? ¿Quién dará bebida al sediento, donde nadie tiene sed? ¿Quién sepultará al muerto, donde nadie muere? Con el presente siglo, por tanto, se quita la vida activa, pero la contemplativa comienza aquí para ser perfeccionada en la patria celestial, porque el fuego del amor que aquí comienza a arder, cuando vea a aquel a quien ama, arderá más en su amor. La vida contemplativa, por tanto, no se quita, porque al retirarse la luz del siglo presente, se perfecciona.

10. Estas dos vidas, como se ha dicho antes de nosotros (Por Agustín, l. XXII contra Fausto, c. 54, 55), fueron significadas por las dos mujeres de Jacob, a saber, Lía y Raquel (Génesis XXIX, 16). Lía se interpreta como laboriosa, y Raquel como oveja, o principio de visión. La vida activa es laboriosa, porque se esfuerza en la obra; la vida contemplativa es simple, anhela solo ver el principio, a saber, aquel que dice: Yo soy el principio, por eso os hablo (Juan VIII, 25). El bienaventurado Jacob deseaba a Raquel, pero en la noche recibió a Lía, porque todo el que se convierte al Señor desea la vida contemplativa, anhela el descanso de la patria eterna; pero primero es necesario que en la noche de la vida presente obre el bien que pueda, se esfuerce en el trabajo, es decir, reciba a Lía, para que después descansa en los abrazos de Raquel al ver el principio. Raquel era vidente, pero estéril; Lía era de ojos apagados, pero fecunda; Raquel era hermosa e infecunda, porque la vida contemplativa es hermosa en el alma, pero mientras desea descansar en el silencio, no engendra hijos por la predicación. Ve y no da a luz, porque mientras ama el estudio de su quietud, menos se enciende en la recolección de otros; y cuanto más ve interiormente, no puede abrir a otros predicando. Lía, en cambio, es de ojos apagados y fecunda, porque la vida activa, mientras se ocupa en la obra, ve menos, pero mientras enciende a los prójimos a su imitación, ya sea por la palabra, ya sea por el ejemplo, engendra muchos hijos en la buena obra. Y si no puede tender la mente en la contemplación, sin embargo, por lo que hace exteriormente, puede engendrar seguidores. Por tanto, correctamente en la medida de la caña se dice primero seis codos, y luego el palmo, porque primero se actúa en la vida activa, para que después se llegue a la contemplativa.

11. Pero es necesario saber que así como es buen orden de vida tender de la activa a la contemplativa, así a menudo el alma se refleja útilmente de la contemplativa a la activa, para que por lo que la contemplativa ha encendido la mente, se mantenga más perfectamente la activa. Por tanto, la activa debe llevarnos a la contemplativa, y a veces, sin embargo, por lo que hemos visto interiormente, la contemplativa nos debe llevar mejor a la activa. Por eso también Jacob, después de los abrazos de Raquel, volvió a Lía, porque incluso después de ver el principio, la vida laboriosa de la buena obra no debe ser completamente abandonada.

12. Pero en la vida contemplativa hay una gran lucha de la mente, cuando se eleva a las cosas celestiales, cuando tiende el ánimo a las cosas espirituales, cuando se esfuerza por transgredir todo lo que se ve corporalmente, cuando se angustia para dilatarse. Y a veces vence, y supera las tinieblas que se resisten de su ceguera, para que toque furtiva y tenuemente algo de la luz incircunscripta; pero sin embargo, inmediatamente se vuelve a sí misma, y de esa luz a la que pasó respirando, vuelve suspirando a las tinieblas de su ceguera. Lo que bien designa la historia sagrada, que narra que el bienaventurado Jacob luchó con un ángel. Pues cuando regresaba a sus propios padres, en el camino encontró un ángel, con quien tuvo un gran combate en la lucha (Génesis XXXII, 24). Porque quien lucha en la lucha, a veces se encuentra superior, a veces inferior a aquel con quien contendió. Por tanto, el ángel designa al Señor, y Jacob, que lucha con el ángel, expresa el alma de cada hombre perfecto y puesto en

la contemplación. El alma, que cuando se esfuerza por contemplar a Dios, como puesta en una cierta lucha, a veces parece superar, porque al entender y sentir degusta algo de la luz incircunscripta; a veces, sin embargo, sucumbe, porque incluso degustando, de nuevo desfallece. Por tanto, el ángel parece ser vencido, cuando Dios es aprehendido por el entendimiento íntimo.

13. Pero es de notar que el mismo ángel vencido tocó el nervio del muslo de Jacob, y lo hizo marchitarse inmediatamente, y desde entonces Jacob cojeó de un pie, porque ciertamente el Dios omnipotente, cuando ya es conocido por el deseo y el entendimiento, seca en nosotros todo placer de la carne. Y quien antes parecía apoyarse en dos pies, y buscar a Dios, y sostener el mundo, después del conocimiento de la suavidad de Dios, un pie sano le queda, y el otro cojea, porque es necesario que, debilitado el amor del mundo, solo el amor de Dios convalezca en nosotros. Si, por tanto, sostenemos al ángel, cojeamos de un pie, porque mientras crece en nosotros la fortaleza del amor íntimo, sin duda se debilita la fortaleza de la carne. Pues todo el que cojea de un pie se apoya solo en el pie que tiene sano, porque a quien el deseo terrenal ya se le ha secado, se sostiene con toda su fuerza en el solo pie del amor de Dios. Y en él se mantiene, porque el pie del amor del mundo que solía poner en la tierra, ya lo lleva suspendido de la tierra. Y nosotros, por tanto, si regresamos a nuestros propios padres, es decir, a los padres espirituales, sostengamos en el camino al ángel, para que aprehendamos a Dios con la suavidad íntima. La vida contemplativa, en efecto, es una dulzura muy amable, que arrebatada el alma sobre sí misma, abre las cosas celestiales, muestra que las terrenales deben ser despreciadas, y revela a los ojos de la mente las cosas espirituales, oculta las corporales. Por eso bien dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Pues con el corazón vigilante duerme, porque por lo que progresa interiormente contemplando, descansa de la obra inquieta exterior.

14. Pero entre estas cosas, es necesario saber que mientras se vive en esta carne mortal, nadie progresa tanto en la virtud de la contemplación como para fijar los ojos de la mente en el rayo de luz infinito. Pues el Dios omnipotente no se contempla ya en su claridad, sino que el alma vislumbra algo bajo ella, de lo cual se reconforta y proclama, y luego alcanza la gloria de su visión. Así, cuando Isaías confesó haber visto al Señor, diciendo: "En el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado", añadió de inmediato: "Y lo que estaba debajo de él llenaba el templo" (Isaías VI, 1). Cuando el rey Ozías, soberbio y presuntuoso, muere, el Señor es visto, porque cuando la altivez de este mundo muere en el deseo de la mente, entonces la misma mente contempla la gloria de Dios. Y es de notar que el Señor se sienta sobre un trono alto y elevado. ¿Qué es su trono sino la criatura angélica o humana, sobre la cual preside por el entendimiento que ha dado? Este trono se dice alto y elevado, porque la naturaleza humana, elevada a la gloria celestial, progresa, y la criatura angélica, al estar ya consolidada en el cielo tras la caída de muchos espíritus, se eleva y se confirma. Su templo es lo mismo que su trono, porque el Rey eterno habita donde se sienta. Nosotros, por tanto, somos su templo, en cuyas mentes se digna habitar. Pero lo que está debajo de él llena el templo, porque lo que ahora se contempla de él aún no es él mismo, sino que está bajo él. Así Jacob vio un ángel y confesó haber visto al Señor (Génesis XXXII, 30), porque cuando contemplamos sus ministerios, ya es mucho lo que nos elevamos sobre nosotros mismos. Es de notar lo que se dice: "Llenaban el templo", porque aunque aparezca un ángel, satisface el deseo de la mente débil, para que, si aún no puede ver lo mayor, al menos admire lo menor que ve. Por tanto, lo que está bajo él llena el templo, porque, como se ha dicho, incluso cuando la mente progresa en la contemplación, no contempla lo que él es, sino lo que está bajo él. En esta contemplación se toca ya el gusto de la quietud interna. Y como es una especie de parte de ella, y no puede ser perfecta ahora, está escrito

correctamente en el Apocalipsis: "Se hizo silencio en el cielo, como por media hora" (Apoc. VIII, 1). El cielo es el alma del justo, como dice el Señor por el profeta: "El cielo es mi trono" (Isaías LXVI, 1). Y, "Los cielos cuentan la gloria de Dios" (Salmo XVIII, 1). Cuando, por tanto, se lleva a cabo el descanso de la vida contemplativa en la mente, se hace silencio en el cielo, porque el ruido de los actos terrenales cesa en el pensamiento, para que el alma preste oído al secreto íntimo. Pero como este descanso de la mente no puede ser perfecto en esta vida, no se dice que se hizo silencio en el cielo por una hora completa, sino como por media hora, para que ni siquiera esa media hora se sienta plenamente, cuando se dice "como", porque tan pronto como el alma comienza a elevarse y a ser iluminada por la luz de la quietud íntima, al regresar rápidamente el ruido de los pensamientos, se confunde de sí misma y, confundida, se ciega. Por tanto, la vida contemplativa, que allí se dice como media hora, se llama palma en el profeta Ezequiel. Mirad, hermanos carísimos, mientras deseamos expresar las causas de cada vida, hemos hablado un poco más extensamente. Pero para las buenas mentes, para quienes ambas vidas son igualmente amables para actuar, no debe ser pesado escuchar. Sigue:

IBID.---Y midió la anchura del edificio con una caña, y la altura también con una caña.

15. El Dios omnipotente, que no se extiende en lo grande ni se estrecha en lo pequeño, habla de toda la Iglesia como si hablara de un alma. Y a menudo lo que se dice de un alma por él no impide que se entienda de toda la Iglesia. La anchura del edificio se refiere a la caridad, de la cual el salmista dice: "Tu mandamiento es muy amplio" (Salmo CXVIII, 96). Nada es más amplio que recibir a todos en el seno del amor y no soportar las estrecheces del odio. Así, la caridad es tan amplia que en la amplitud de su amor puede incluso acoger a los enemigos. Por eso se manda: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Lucas VI, 27). También debemos considerar que la anchura se extiende en igualdad, y la altura en sublimidad. Por tanto, la anchura se refiere a la caridad del prójimo, y la altura al entendimiento del Creador. Pero la anchura y la altura del edificio se miden con una sola caña, porque cada alma, cuanto más amplia sea en el amor al prójimo, tanto más alta será en el conocimiento de Dios. Pues al expandirse en amor, se eleva en conocimiento; y tanto más se eleva sobre sí misma cuanto más se extiende en amor al prójimo. Y porque el edificio que habita Dios se perfecciona con la naturaleza angélica y humana, por lo que la criatura angélica está arriba y la humana aún abajo, ambas criaturas pueden ser significadas por la anchura y la altura del edificio, porque una aún vive en lo bajo y la otra permanece en lo alto. Pero ambas se miden con una sola caña, porque la humildad de los hombres a veces se lleva a la igualdad de los ángeles. Por eso está escrito: "Ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo" (Mateo XXII, 30). Y por eso se dice por Juan: "La medida del hombre, que es del ángel" (Apoc. XXI, 17). Porque el hombre es llevado hasta esa altura de gloria en la que los ángeles se alegran de estar consolidados. Por tanto, la anchura del edificio es tanta como la altura, porque los elegidos que ahora trabajan en lo bajo, algún día no serán desiguales a esos bienaventurados espíritus.

Pero volvamos entre estas cosas a la mente, y amemos a Dios con todo el corazón y al prójimo. Ensanchemos en el afecto de la caridad, para que seamos exaltados en la gloria de la altura. Compadezcámonos por amor al prójimo, para que nos unamos por el conocimiento a Dios. Descendamos a los hermanos más pequeños en la tierra, para que seamos iguales a los ángeles en el cielo, porque el hombre que con su imagen representa al Redentor, midió la anchura del edificio con una caña, y la altura también con una caña. Ahora, por tanto, mide las costumbres, pesa las obras, considera los pensamientos, para que después Jesús Cristo, el Unigénito del Padre, que vive y reina con él en la unidad del Espíritu Santo, dé la retribución sin fin, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA III. En la explicación de tres versículos se describe principalmente el edificio de la Iglesia construido con todos los justos bajo ambos Testamentos.

1. El hombre que se describe con una caña de medir en la mano.

EZEQUIEL XL, 6.---Vino a la puerta que miraba hacia el camino Oriental.

¿Quién más se señala con el nombre de esta puerta, sino el mismo Señor y nuestro Redentor, que se nos ha hecho puerta del reino celestial? Como él mismo dice: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan XIV, 6). Pero cuando hemos dicho que el mismo hombre vestido de lino sostiene la figura del Señor, debemos preguntarnos cómo es que el mismo Señor puede ser designado tanto por el hombre como por la puerta, mientras el hombre viene a la puerta. ¿Acaso viene a sí mismo? ¿O es así porque en el Evangelio él mismo testifica, diciendo: "El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, ese es ladrón y salteador. Pero el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas" (Juan X, 1, 2). Y poco después dice: "Yo soy la puerta" (Ibid., 9). Y nuevamente añade: "Yo soy el buen pastor" (Ibid., 14). Si, por tanto, el pastor entra por la puerta, y él mismo es la puerta, él mismo, sin duda, entra por sí mismo. Mirad, mientras deseamos desentrañar el sentido de Ezequiel, también planteamos una cuestión del Evangelio. Debemos preguntarnos, por tanto, cómo él mismo entra y entra por sí mismo. Pues el Señor y nuestro Redentor, siendo una sola sustancia con la santa Iglesia que redimió según la carne, como atestigua Pablo, quien dice: "Completo en mi carne lo que falta a las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (Colosenses I, 24). La Iglesia es el cuerpo de esta cabeza, y Cristo es la cabeza de este cuerpo (Efesios I, 22). De su cabeza se regocija el cuerpo, es decir, la santa Iglesia, cuando dice por el salmista: "Ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos" (Salmo XXVI, 6). Porque cuando ella misma también ha de ser exaltada, ya ahora se alegra de que su cabeza esté exaltada sobre sus enemigos en los cielos. Cuando, por tanto, los elegidos llegan a la vida, porque sus miembros entran por él a él, él mismo entra por sí mismo. Pues él mismo está en sus miembros que entran, él mismo es la cabeza a la que los miembros que entran llegan. Lo que el profeta Ezequiel insinúa de múltiples maneras, quien dice que el hombre vino a la puerta, y muestra qué puerta es, diciendo: "Que miraba hacia el camino Oriental". Pues él mismo es el camino para nosotros, quien dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). Él mismo es también el camino Oriental, de quien está escrito: "He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente" (Zacarías VI, 12). Por tanto, la puerta mira hacia el camino Oriental, porque señala a aquel que nos hizo el camino hacia el origen de la luz.

2. También puede entenderse por el nombre de puerta a cada predicador, porque quien nos abre con su boca la puerta del reino celestial es una puerta. Por eso se describen doce puertas tanto en el Apocalipsis de Juan (Apoc. XXI, 21) como en la visión final de este profeta. También puede entenderse no inadecuadamente por el nombre de puerta el conocimiento de las Sagradas Escrituras, que, al abrirnos el entendimiento, nos abre la puerta del reino celestial. Podemos también tomar por el nombre de puerta la fe, que es lo primero que tocamos para entrar en los edificios de las virtudes. Por eso aquí se añade claramente:

IBID.---Y subió por sus escalones.

3. ¿Qué son los escalones de esta puerta, sino los méritos de las virtudes? Ya sea en el conocimiento del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, o en el conocimiento de la palabra divina, o en la misma fe que hemos recibido de él, llegamos a mayores incrementos por ciertos escalones. Pues nadie se hace supremo de repente, sino que

en la buena conversación cada uno comienza desde lo mínimo para llegar a lo grande. De estos escalones se dice por el salmista: "Dios se conocerá en sus escalones cuando la reciba" (Salmo XLVII, 4). Pues cuando el Señor recibe a la santa Iglesia, se conoce en sus escalones, porque su gloria se declara por los incrementos de ella. Pues cuanto más haya progresado la santa Iglesia ascendiendo, tanto más se da a conocer Dios a los hombres por sus virtudes. De estos escalones también habla el bienaventurado Job, diciendo: "Por cada uno de mis escalones lo pronunciaré" (Job XXXI, 37). Pues pronuncia al omnipotente Señor por cada uno de sus escalones quien, por los incrementos de las virtudes que recibe, siempre le devuelve alabanza por su piedad. Si no hubiera ciertos escalones en la ascensión del corazón, el salmista no diría: "Irán de virtud en virtud" (Salmo LXXXIII, 8).

4. Y no es de extrañar si de virtud en virtud hay escalones, cuando cada virtud se aumenta como por ciertos escalones, y así se lleva a la perfección por los incrementos de los méritos. Pues los comienzos de la virtud son una cosa, el progreso otra, y la perfección otra. Si la misma fe no se llevara a su perfección por ciertos escalones, los santos apóstoles no habrían dicho: "Aumentanos la fe" (Lucas XVII, 5). Y uno vino a Jesús, quien quería que su hijo fuera curado, pero al ser preguntado si creía, respondió: "Creo, Señor, ayuda mi incredulidad" (Marcos IX, 24). Considerad, os ruego, lo que se dice. Si creía, ¿por qué decía incredulidad? Si sabía que tenía incredulidad, ¿cómo creía? Pero porque por la inspiración oculta de la gracia la fe crece por los escalones de los méritos, al mismo tiempo quien aún no creía perfectamente era a la vez creyente e incrédulo.

5. Estos mismos escalones el Señor los describe bajo el nombre de la cosecha, diciendo: "Así es el reino de Dios, como si un hombre echara semilla en la tierra, y durmiera, y se levantara de noche y de día, y la semilla germinara y creciera, mientras él no lo sabe. Porque la tierra da fruto por sí misma, primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga. Y cuando el fruto se produce, inmediatamente mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega" (Marcos IV, 26, ss.). El hombre echa la semilla en la tierra cuando inserta en su corazón una buena intención. Y después de haber echado la semilla, duerme, porque descansa en la esperanza de la buena obra. Y se levanta de noche y de día, porque progresa entre adversidades y prosperidades. Y la semilla germina y crece, mientras él no lo sabe, porque incluso cuando aún no puede medir sus incrementos, la virtud concebida se lleva al progreso. Y la tierra da fruto por sí misma, porque, precedida por la gracia, la mente del hombre se eleva espontáneamente al fruto de la buena obra. Pero esta misma tierra produce primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga. Producir hierba es tener aún la ternura del buen comienzo. La hierba llega a la espiga cuando la virtud concebida en el alma se lleva al progreso de la buena obra. Y produce grano lleno en la espiga cuando la virtud ya progresa tanto que puede ser de obra robusta y perfecta. Pero cuando el fruto se produce, inmediatamente mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega. Pues el Dios omnipotente, cuando ha llevado a cada uno a las obras perfectas, corta su vida temporal por la sentencia emitida, para llevar su grano a los graneros celestiales. Por tanto, cuando concebimos buenos deseos, echamos la semilla en la tierra. Pero cuando comenzamos a obrar rectamente, somos hierba. Y cuando crecemos en el progreso de la buena obra, llegamos a la espiga. Y cuando nos consolidamos en la perfección de la misma buena obra, ya producimos grano lleno en la espiga.

6. Pues Pedro había sido hierba, quien, en el tiempo de la pasión, siguiendo al Señor por amor, temía confesarlo ante la voz de una criada (Lucas XXII, 57). Pues ya había verdor en su mente, porque creía en el Redentor de todos, pero aún muy flexible, era pisoteado por el pie del temor. Ya había crecido en espiga cuando veía al que había temido confesar como muerto, vivo en Galilea, anunciado por el ángel. Pero entonces había llegado a grano lleno en

la espiga cuando, descendiendo el Espíritu desde lo alto y fortaleciendo su mente en el amor de él, se consolidó tanto que despreciaba las fuerzas de los perseguidores al ser golpeado, y predicaba libremente a su Redentor entre los azotes (Hechos V, 29). Por tanto, nadie que aún se vea en la ternura de la mente en el buen propósito debe ser despreciado, porque el grano de Dios comienza desde la hierba para hacerse grano. Por tanto, el hombre vestido de lino vino a la puerta, porque nuestro Señor y Redentor es llevado a sí mismo por sus miembros que entran. Y subió por sus escalones, porque, al progresar nosotros, él es más exaltado en nosotros, cuanto más alto e incomprensible se le reconoce. Pues en los escalones de nuestras virtudes se dice que él asciende, porque tanto más se nos muestra sublime cuanto más se separa nuestra mente de las cosas bajas. Sigue:

IBID.---Y midió el umbral de la puerta con una caña en anchura, es decir, un umbral con una caña en anchura.

7. ¿Por qué, después de haber dicho "El umbral de la puerta", se añade inmediatamente "Un umbral", sino porque claramente insinúa que aún se dirá otro umbral más abajo? Pues la puerta se eleva desde el umbral para ser puerta. Si, por tanto, la puerta es el Señor, ¿quién es el umbral de esta puerta, sino aquellos antiguos padres de cuya progenie el Señor se dignó encarnarse? Como se dice por Pablo: "De quienes son los padres, de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Romanos IX, 5). Es de notar en esta sentencia de Pablo que los dioses y otros hombres son llamados, como se dice a Moisés: "Te pondré por dios a Faraón" (Éxodo VII, 1). Y se dice por el salmista: "Yo dije, dioses sois" (Salmo LXXXI, 6). Y de nuevo: "Dios se levanta en la congregación de los dioses" (Ibid. 1). Pero una cosa es ser llamado Dios por nombre, y otra ser llamado Dios por naturaleza. Y si Moisés fue puesto por dios a Faraón, es dios dentro de todo, no dios sobre todo. Pero el que se encarnó en el vientre de la Virgen es llamado Dios sobre todo. Por tanto, el umbral de la puerta son los antiguos padres, de quienes nació aquel que nos abrió el acceso al reino celestial. Pero el umbral de la puerta se mide con una caña, porque esos antiguos padres, que pudieron proclamar a nuestro Redentor tanto profetizando como viviendo bien, tuvieron como seis codos en la perfección de la obra, y una palma en el comienzo de la contemplación. Pues porque su vida fue elevada en la unidad de la fe por la operación perfecta y la contemplación comenzada, la medida del umbral fue en una caña. Sigue:

VERS.---Y la cámara con una caña de largo, y con una caña de ancho.

8. Consideremos qué suele hacerse en el tálamo y, a partir de ahí, deduzcamos lo que se realiza en la santa Iglesia. En el tálamo, el esposo y la esposa se unen y se juntan en amor. ¿Qué son, entonces, los tálamos en la santa Iglesia, sino los corazones en los que el alma se une al esposo invisible por amor, de modo que arde en su deseo, ya no codicia las cosas del mundo, considera la longitud de la vida presente como un castigo, se apresura a salir y descansar en la visión del esposo celestial en el abrazo del amor? La mente que ya es así no recibe ninguna consolación de la vida presente, sino que suspira profundamente por aquel a quien ama, hierve, jadea, se angustia. La misma salud del cuerpo se le hace vil, porque está traspasada por la herida del amor; de ahí que en el Cantar de los Cantares diga: "Estoy herida de amor" (Cant. II, 5, según la LXX). Sin embargo, es mala la salud del corazón que no conoce el dolor de esta herida. Cuando el alma comienza a anhelar el deseo celestial y a sentir la herida del amor, se vuelve más saludable por la herida, habiendo estado antes enferma por la salud.

9. Para la mente que ama fuertemente a su esposo, hay una sola consolación en la demora de la vida presente: que, al diferirse su visión, las almas de otros progresen por su palabra y se enciendan en las llamas del amor hacia el esposo celestial. Se entristece porque se ve diferida; todo lo que ve le es triste, porque aún no ve a aquel a quien desea ver. Pero, como dije, no es poca consolación si, mientras el alma ferviente se difiere, por ella se reúnen muchas, de modo que tarde lo vea con muchos, a quien sola deseaba ver más pronto. Por eso, nuevamente en el Cantar de los Cantares, la esposa dice: "Sustentadme con flores, y rodeadme de manzanas, porque estoy enferma de amor" (Cant. II, 5). ¿Qué son las flores sino las almas que ya comienzan la buena obra y exhalan el deseo celestial? ¿Qué son las manzanas de las flores, sino las mentes de los buenos ya perfectas, que alcanzan el fruto de la buena obra desde el inicio de la santa proposición? Quien languidece de amor, busca ser sostenida por flores y rodeada de manzanas, porque si aún no se le permite ver a quien desea, es gran consolación para ella alegrarse por los progresos de otros. El alma, por tanto, languidecida de santo amor, se sostiene con flores y manzanas, para descansar en la buena obra del prójimo, ya que aún no puede contemplar el rostro de Dios.

10. Pensemos, os ruego, qué tipo de tálamo fue la mente de Pablo, quien decía: "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Filip. I, 21); ¿cuánto se unió en amor al Dios omnipotente, quien consideraba que su vida era solo Cristo, y morir era ganancia? De ahí que nuevamente diga: "Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Ibid., 23). Pero veamos, tú que desees partir, de qué amor languideces. Porque, mientras te ves diferido, ¿no buscas ser sostenido por flores? Claro que lo buscas, pues sigue: "Pero permanecer en la carne es más necesario por causa de vosotros" (Ibid. 24). Y a los discípulos que progresan les dice: "¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No sois vosotros ante nuestro Señor Jesucristo?" (I Tes. II, 19).

11. De ahí que el mismo tálamo se dice medido con una caña en longitud y con una caña en anchura. La longitud se refiere a la longanimidad de la espera, y la anchura a la amplitud de la caridad. Así, cada tálamo tiene tanto en longitud como pueda tener en anchura, porque la mente encendida por el deseo celestial, cuanto amor tenga para reunir al prójimo, tanto exhibe longanimidad para esperar a Dios, y soporta pacientemente las demoras de la longitud, porque se dilata en el progreso del prójimo por la amplitud de la caridad. La misma longitud puede también designar la longanimidad de la paciencia que se exhibe por el prójimo. Y porque la anchura significa la caridad, que abre el seno de la mente y recibe en amor tanto a amigos como a enemigos, tanta es la longitud del tálamo como su anchura, porque cuanto más ancha sea la mente por amor, tanto será paciente por longanimidad. Pues uno soporta al prójimo tanto como ama. Si amas, soportas; si dejas de amar, dejas de tolerar. Porque a quien menos amamos, menos también toleramos, ya que, al irrumpir el fastidio, más rápidamente los hechos del prójimo se convierten en un peso que no aligera la pluma de la caridad. Sigue:

IBID.---Y entre los tálamos, cinco codos.

12. Había dicho un tálamo arriba, y luego narra que hay cinco codos entre los tálamos: en la razón de que muchos tálamos hacen uno, así como muchas Iglesias se llaman una Iglesia. De ahí que en el Apocalipsis de Juan se escriba a siete Iglesias, por las cuales se designa una católica. Así, aquellos que en la santa Iglesia, como dijimos, sedientos de ver a Dios con ferviente amor, y ya se unen a Él por deseo, se llaman tálamos. Pero, sin embargo, hay en ella algunos que, no pudiendo penetrar en lo sutil, y aún deprimidos por los cinco sentidos del cuerpo, aman menos a aquel que hizo todas las cosas, cuanto más se ligan a las cosas hechas. Y ya se ejercitan en el temor del Señor, y se esfuerzan por el amor al prójimo, buscan hacer buenas obras corporalmente, redimen pecados con limosnas; pero, porque no saben arder en

amor íntimo hacia el deseo celestial, como aún atados a los sentidos corporales se mantienen. Estos, por tanto, no son tálamos, pero sin embargo están contenidos entre los tálamos, porque por la guía de aquellos que aman perfectamente la visión de Dios, ellos mismos son dirigidos al progreso de la mente. Entre los tálamos, por tanto, hay cinco codos, porque aquellos que aún no ascienden al entendimiento místico desde los cinco sentidos exteriores, mientras están entre aquellos que arden en el espíritu del amor, como permaneciendo entre los tálamos, progresan en la construcción de la fe, y no están separados de la medida del edificio celestial. Pues también se apartan un poco del apetito de los sentidos corporales, y con el espacio de la mente dilatado, imitando la caridad que contemplan, se extienden de aquí y de allá hacia los tálamos. Que, por tanto, no estén descritos por seis codos, sino por cinco, se designa su misma imperfección.

13. Sin embargo, se recuerda que están en la medida del edificio espiritual por el buen deseo, porque también con la voz de la santa Iglesia se dice por el salmista: "Tus ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos" (Sal. CXXXVIII, 16). De nuevo, el mismo salmista dice: "El Señor bendijo a todos los que le temen, a los pequeños con los grandes" (Sal. CXIII, 13). Así, aunque son imperfectos y pequeños, en cuanto pueden conocer, aman a Dios y al prójimo, y por eso no descuidan hacer el bien que pueden. Y aunque aún no progresan a los dones espirituales, para ejercitar el alma en la operación perfecta o en la contemplación ardiente, sin embargo, no se apartan del amor de Dios y del prójimo, en cuanto pueden captar con el ánimo. Por lo tanto, ellos también, aunque en un lugar menor, están colocados en la edificación de la santa Iglesia, porque aunque quizás sean menores para la doctrina, para la profecía, para la gracia de los milagros, para ejecutar más plenamente el desprecio del mundo, sin embargo, están en el fundamento del temor y del amor, en el cual se solidifican, porque aunque no arden con el fuego del deseo celestial, en las mismas cosas exteriores que pueden ejercitar, son animados por el vapor de la caridad, y están contenidos entre los edificios de los prójimos más excelentes. Por eso, correctamente la esposa en el Cantar de los Cantares habla, diciendo: "El rey Salomón se hizo un lecho de maderas del Líbano, sus columnas las hizo de plata, su reclinatorio de oro, su ascenso de púrpura, en medio lo cubrió de amor por las hijas de Jerusalén" (Cant. III, 9, 10). Pues no se debe creer que Salomón, rey de tan gran magnitud, que fluía con inmensas riquezas, de modo que el peso de su oro no podía ser estimado, y la plata en aquellos días no tenía precio, se hizo un lecho de madera. Pero Salomón es, evidentemente, nuestro pacífico, quien se hizo un lecho de maderas del Líbano. Las maderas de cedro del Líbano son muy imputrescibles.

14. El lecho de nuestro Rey es, por tanto, la santa Iglesia, que está construida de padres fuertes, es decir, de mentes imputrescibles. Que correctamente se llama lecho, porque lleva diariamente las almas al banquete eterno de su Creador. A este lecho se le hicieron columnas de plata, porque los predicadores de la santa Iglesia resplandecen con la luz del discurso. Además, con las columnas de plata hay un reclinatorio de oro, porque por lo que se dice claramente por los santos predicadores, las mentes de los oyentes encuentran el resplandor de la claridad interna, en la cual se reclinan. Pues por lo que oyen clara y abiertamente, descansan en lo que brilla en el corazón. Por lo tanto, sus columnas son de plata y su reclinatorio de oro, porque por la luz del discurso se encuentra en el alma la claridad del descanso. Ese resplandor interno irradia la mente, para que por la intención descanse allí donde no se busca la gracia de la predicación. De la misma santa Iglesia está escrito: "Las alas de la paloma están plateadas, y sus partes traseras en apariencia de oro" (Sal. LXVII, 14). Porque aquí, llena del espíritu de mansedumbre, como una paloma tiene alas plateadas, en las partes traseras de su espalda contiene la apariencia de oro, porque aquí viste a sus predicadores con la luz del discurso; pero en el siglo posterior muestra en sí misma el

resplandor de la claridad. Pero al resplandor que se muestra internamente, se añade cuál es el ascenso, cuando de ese mismo lecho se añade inmediatamente: "Ascenso de púrpura" (Cant. III, 10). La verdadera púrpura, porque se tiñe de sangre, no sin razón se ve en el color de la sangre. Y porque la gran multitud de fieles en el inicio de la naciente Iglesia llegó al reino por la sangre del martirio, nuestro Rey hizo un ascenso de púrpura en el lecho, porque se llega a lo claro que se ve internamente por la tribulación de la sangre.

15. ¿Qué, entonces, haremos nosotros, miserables y desprovistos de toda fortaleza? He aquí que en este lecho no podemos ser columnas, porque en nosotros no brilla ni la fortaleza de la obra ni la luz de la predicación. No tenemos reclinatorio de oro, porque aún no vemos como conviene, por el entendimiento espiritual, el descanso de la claridad interna. No somos ascenso de púrpura, porque no podemos derramar sangre por nuestro Redentor. ¿Qué, entonces, debemos hacer? ¿Cuál será la esperanza, si nadie llega al reino, sino quien está dotado de las más altas virtudes? Pero también está nuestra consolación. Amemos a Dios en cuanto podamos, amemos también al prójimo, y también nosotros pertenecemos al lecho de Dios, porque como está escrito allí: "Lo cubrió de amor en medio". Ten caridad, y sin duda llegas allí, donde se erigen columnas de plata y se sostiene el ascenso de púrpura. Pues porque esto se dice por nuestra debilidad, se muestra claramente, cuando allí se añade inmediatamente: "Por las hijas de Jerusalén". La palabra de Dios que no dice hijos, sino hijas, ¿qué otra cosa señala sino la debilidad de las mentes por el sexo femenino? Lo que, por tanto, se dice que hay amor en medio entre columnas de plata, reclinatorio de oro y ascenso de púrpura, es designado aquí entre los tálamos por cinco codos, porque también aquellos que se debilitan en las virtudes, si no descuidan hacer con caridad el bien que pueden, no están ajenos al edificio de Dios. Sigue:

IBID.---Y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta interior, con una caña.

16. Mientras se recuerda que el umbral que ahora se describe está junto al vestíbulo de la puerta interior, se muestra claramente que el umbral que se describió antes estaba en el exterior. Pero si el Señor es la puerta, ¿qué es el umbral de la puerta interior y exterior? Pues por el umbral se entra a la puerta. ¿Y qué son estos dos umbrales, sino los padres del Antiguo Testamento y los padres del Nuevo Testamento? No solo aquellos de quienes el Señor se dignó encarnarse, sino todos los padres del Antiguo Testamento fueron el umbral de esta puerta, porque aquellos que merecieron predicarlo y esperar en Él, abrieron a todos el acceso a la fe; y todos los que por ellos creyeron en el Señor, como ya han entrado por el umbral de esta puerta. Pero, ¿por qué se dice primero el umbral exterior y después el umbral interior, sino porque primero fueron los padres del Antiguo Testamento, y después los doctores del Nuevo Testamento? Correctamente, el umbral exterior designa a los padres del Antiguo Testamento, porque por su predicación las obras perversas fueron castigadas. Por las palabras de los nuevos padres, el ánimo de cada uno es también contenido de pensamientos ilícitos, mientras se muestra que la culpa es perfecta incluso en la deliberación del corazón. Aquellos, pues, se preocuparon por prohibir a las almas de los oyentes de los crímenes, de las crueldades, de los robos; estos, mientras no solo cortan las obras perversas, sino también los pensamientos ilícitos, ¿qué otra cosa nos han hecho sino umbral interior? De ahí que la misma Verdad hable diciendo: "Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás, y el que mate será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano sin causa, será culpable de juicio" (Mat. V, 21, 22). Correctamente, también el umbral exterior designa a aquellos padres que estuvieron más lejos de la misma encarnación de nuestro Redentor por intervalos de tiempo. Y aunque desde la sangre de Abel ya comenzó la pasión de la Iglesia, y es una la Iglesia de los elegidos precedentes y siguientes. Pero porque se dice a los discípulos: "Muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo

vieron" (Luc. X, 24); a los antiguos padres, como si estuvieran fuera, es no haber visto corporalmente la presencia de nuestro Redentor. Por tanto, estuvieron fuera, pero no separados de la santa Iglesia, porque con mente, obra, predicación, ya sostuvieron estos sacramentos de la fe, ya contemplaron esta altura de la santa Iglesia, que nosotros no aún esperando, sino ya teniendo contemplamos. Pues así como nosotros somos salvados en la pasión pasada de nuestro Redentor, así ellos por la fe en la misma venidera. Por tanto, ellos estuvieron fuera, no fuera del misterio, sino fuera del tiempo.

17. De ahí que en la construcción del tabernáculo, para que las columnas de plata estuvieran dentro, se ordenó que los clavos de bronce se fijaran alrededor por fuera, en los cuales el tabernáculo atado se mantuviera. Las columnas de plata, por tanto, se fijan dentro, pero los clavos de bronce por fuera, y en ellos están atadas las cuerdas, para que el tabernáculo permanezca fijo, porque evidentemente para que los santos apóstoles estuvieran firmes en la luz de su discurso, para que todo el tabernáculo, es decir, la santa Iglesia, permaneciera en la integridad de la fe, como clavos de bronce, los padres del Antiguo Testamento y los profetas fueron fijados por fuera, quienes con las cuerdas de sus palabras ataran las mentes de los predicadores en la solidez, y ataran este habitáculo de Dios en el estado de la fe. Por tanto, los clavos están fuera, quienes fueron antes del tiempo de esta santa Iglesia. Pero sin embargo atan a aquellos que están en ella, porque mientras predicaban los misterios celestiales venideros, después de que se han mostrado, los hicieron creíbles para todos. Para que, por tanto, las columnas estén inmóviles dentro, los clavos por fuera contienen las cuerdas, porque para que los santos apóstoles creyeran perfectamente el misterio de la encarnación del Señor, lo obtuvo la predicación de aquellos que antes de que sucediera, pudieron verlo y predicarlo. De ahí que también el primer apóstol, una gran columna del verdadero tabernáculo, hable diciendo: "Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que alumbraba en lugar oscuro" (II Pedro I, 19). Con estas palabras indica que aunque haya ascendido a lo más alto desde la cumbre, allí permanece atada en la fe. Sin embargo, la lámpara del discurso profético ya brilla para los entendidos, pero aún permanece cubierta por las oscuridades de las alegorías para los no entendidos. De ahí que también por el salmista se diga de las mismas palabras de los profetas: "Agua tenebrosa en las nubes del aire" (Sal. XVII, 12), porque evidentemente la ciencia está oculta en los profetas. No sin razón las columnas son de plata, pero los clavos son de bronce, porque lo que los apóstoles ya predicaban claramente, los profetas lo hablaron oscuramente bajo el entendimiento místico. Correctamente, por tanto, están señalados por el metal de bronce, quienes no fueron claros en sus predicaciones. Pero los santos apóstoles, porque tuvieron la luz de la predicación del misterio de nuestro Redentor, están expresados por columnas de plata. Y es de notar que la plata suena y brilla, pero el bronce suena y no brilla, porque los predicadores del Nuevo Testamento hablaron abiertamente lo que también pudieron mostrar. Pero los predicadores del Antiguo Testamento, porque bajo las sombras de las alegorías pronunciaron palabras oscuras sobre el misterio celestial, dieron sonido como sin luz. Lo que, por tanto, allí se designa por clavos y columnas, aquí se designa por el umbral exterior y el umbral interior.

18. Si, sin embargo, tomamos la puerta como la Escritura sagrada en este lugar, ella también tiene dos umbrales, exterior e interior, porque se divide en letra y alegoría. El umbral de la Escritura sagrada exterior es la letra; su umbral interior es la alegoría. Porque por la letra tendemos a la alegoría, como si viniéramos del umbral que es exterior al que es interior. Y hay en ella muchas cosas que edifican la mente según la letra, de modo que por lo que se hace exteriormente, la mente del oyente se atrae interiormente. Allí encontramos los preceptos de la obra como ejemplos de virtud; allí se ordena qué debemos hacer también corporalmente; allí lo que se ordena hacer se muestra en la acción de los hombres santos y fuertes, para que

después de que los preceptos más claros y los ejemplos de los justos nos instruyan en la buena obra, entonces tendamos al umbral interior, es decir, al entendimiento místico de la contemplación interna, si podemos, el pie de la mente. Esforzaos, os ruego, hermanos carísimos, en meditar las palabras de Dios, no despreciéis los escritos de nuestro Redentor, que nos han sido enviados. Es muy valioso que por ellos el ánimo se reavive al calor, para que no se entorpezca en el frío de su iniquidad.

19. Cuando conocemos que aquellos justos que nos precedieron actuaron con valentía, nosotros mismos nos preparamos para la fortaleza en la buena obra, y la llama de los ejemplos de los santos enciende el ánimo del lector. Ve lo que ellos hicieron con valentía y se indigna mucho consigo mismo por no imitar tales acciones. Por eso, con razón se dice en el Cantar de los Cantares con la voz del esposo a la esposa: "Tu cuello es como la torre de David, edificada con sus baluartes. Mil escudos cuelgan de ella, toda la armadura de los valientes" (Cant. IV, 4). En el cuello está la garganta, y en la garganta la voz.

20. ¿Qué se designa entonces por el cuello de la santa Iglesia, sino sus sagradas palabras? En las cuales, al recordarse que cuelgan mil escudos, se muestra el número completo a través de este número perfecto, porque toda nuestra defensa se contiene en la sagrada palabra. Allí están los preceptos de Dios, allí los ejemplos de los justos. Si el ánimo se adormece por el deseo de su Creador, que escuche lo que se dice: "Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente y con toda tu fuerza" (Mat. XXII, 37). ¿Cae tal vez en el odio al prójimo? Que escuche lo que se dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ibid., 39). ¿Codicia los bienes ajenos? Que escuche lo que está escrito allí: "No codiciarás los bienes de tu prójimo" (Éxodo XX, 17). ¿La mente se enciende de ira por una injuria recibida de palabra o de hecho por parte del prójimo? Que escuche lo que se dice: "No buscarás venganza, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo" (Lev. XIX, 18). ¿La mente, herida por la concupiscencia de la carne, se enciende? Que el ojo no siga a la mente, que escuche lo que se dijo un poco antes: "Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mat. V, 28). ¿Alguien tal vez dispone su ánimo a relajarse en odio contra el enemigo? Que escuche lo que está escrito allí: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Luc. VI, 35). Pero aquel que ya no roba lo ajeno, ¿retiene tal vez desordenadamente lo suyo? Que escuche lo que se dice allí: "Vended lo que poseéis y dad limosna" (Ibid., XII, 33). ¿El alma enferma desea disfrutar de Dios y del mundo al mismo tiempo? Que escuche lo que está escrito allí: "Nadie puede servir a dos señores" (Mat. VI, 24). ¿Otro retiene lo que posee no por necesidad de sustento, sino por deseo? Que escuche lo que se dice allí: "Quien no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Luc. XIV, 33). Pues algunos dejan todo, pero muchos también renuncian poseyendo, porque retienen lo que poseen para su uso, de modo que no sucumben a su deseo. ¿Alguien desea adormecerse y huye del trabajo por el Señor incluso cuando puede? Que escuche lo que está escrito allí: "El que no recoge conmigo, desparrama" (Ibid. XI, 23). En el cuello de la Iglesia, es decir, en la predicación de la sagrada palabra, que se dice semejante a la torre de David por su defensa y altura, cuelgan mil escudos, porque tantos son los preceptos allí como las defensas de nuestro corazón.

21. ¿Nos apresuramos a perseverar en la humildad para mantener la inocencia incluso cuando somos heridos por el prójimo? Que Abel venga ante nuestros ojos (Gén. IV, 8), quien se escribe que fue asesinado por su hermano y no se lee que se resistiera. ¿Se elige la pureza de mente incluso en la unión conyugal? Debe imitarse a Enoc, quien, estando en el matrimonio, caminó con Dios y no fue hallado, porque Dios lo trasladó (Ibid., V, 22). ¿Nos apresuramos a anteponer los preceptos de Dios a nuestra utilidad presente? Que Noé venga ante nuestros ojos, quien, dejando de lado el cuidado doméstico, vivió ocupado durante cien años en la

construcción del arca por mandato del Señor omnipotente (Ibid., VI, 14). ¿Nos esforzamos por asumir la virtud de la obediencia? Debemos mirar a Abraham (Ibid., XII, 5), quien, dejando su casa, su parentela y su patria, obedeció al salir hacia el lugar que recibiría como herencia, y salió sin saber a dónde iba (Hebr. XI, 8); quien estuvo dispuesto a matar al amado heredero que había recibido por la herencia eterna. Y porque no dudó en ofrecer a su único hijo al Señor, recibió en su descendencia la multitud de las naciones (Gén. XXII, 16, 17). ¿Nos agrada la simplicidad de costumbres? Que Isaac venga a la mente, a quien la tranquilidad de su vida adornó ante los ojos del Dios omnipotente (Ibid., XXIV, sig.). ¿Se busca la fortaleza laboriosa para ser obtenida? Que Jacob sea recordado (Ibid., XXIX, 20; XXX, 29), quien, después de saber servir con fortaleza al hombre, fue llevado a tal virtud que no pudo ser vencido por el ángel con quien luchaba (Ibid., XXXII, 25). ¿Nos esforzamos por vencer la tentación de la carne? Que José sea recordado, quien, siendo tentado por la esposa de su amo, se esforzó por mantener la continencia de la carne incluso con peligro de su vida (Ibid., XXXIX, 12, 20). Por lo cual, porque supo gobernar bien sus miembros, fue puesto al frente de todo Egipto para gobernarlo. ¿Buscamos obtener la mansedumbre y la paciencia? Que Moisés sea traído ante nuestros ojos (Núm. XII, 3), quien, gobernando seiscientos mil hombres armados, sin contar a los niños y mujeres, se describe como el más manso de todos los hombres que habitaban sobre la faz de la tierra. ¿Nos encendemos con el celo de la rectitud contra los vicios? Que Finees sea traído ante nuestros ojos (Ibid., XXV, 7, 8, 11), quien, atravesando con la espada a los que fornicaban, devolvió la castidad al pueblo y aplacó la ira de Dios con su propia ira. ¿Buscamos confiar en la esperanza del Dios omnipotente en las dudas? Que Josué sea recordado (Josué III, 5, 8), quien, enfrentando combates inciertos con mente segura, llegó a la victoria sin dudar. ¿Deseamos ya poner fin a las enemistades de la mente y expandir el ánimo en la bondad? Que Samuel sea traído a la mente (I Reg. VIII, 5), quien, siendo depuesto del principado por el pueblo, cuando el mismo pueblo pidió que orara al Señor por ellos, respondió diciendo: "Lejos de mí este pecado contra el Señor, que cese de orar por vosotros" (Ibid., XII, 23). Pues el hombre santo creyó que cometía una falta si no devolvía la bondad de la gracia en oración a aquellos que había soportado como adversarios hasta su deposición. Y nuevamente, cuando, por mandato del Señor, fue enviado a ungir a David como rey, respondió: "¿Cómo iré? Pues Saúl lo sabrá y me matará" (Ibid., XVI, 2). Y sin embargo, porque sabía que Dios estaba enojado con Saúl, se afligió tanto en su duelo que el Señor mismo le dijo: "¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado?" (Ibid., 1). Consideremos entonces cuán grande era el ardor de caridad que encendía su ánimo, quien lloraba incluso a aquel de quien temía ser asesinado. ¿Queremos evitar a quien tememos? Debemos considerar con mente cuidadosa, no sea que, si encontramos la oportunidad, devolvamos mal por mal a aquel de quien huimos. Que David sea recordado, quien encontró al rey que lo perseguía y pudo matarlo, y sin embargo, estando en la misma posición de poder herirlo, eligió hacer el bien que él debía hacer, no el mal que aquel merecía sufrir, diciendo: "Lejos de mí que extienda mi mano contra el ungido del Señor" (Ibid., XXIV, 7; XXVI, 11). Y cuando el mismo Saúl fue asesinado por los enemigos, lloró al que había soportado como perseguidor mientras vivía (II Reg. I, 17). ¿Decidimos hablar libremente a los poderosos errantes de este mundo? Que la autoridad de Juan sea traída a la mente, quien, reprendiendo la iniquidad de Herodes, no temió ser asesinado por la rectitud de su palabra (Marc. VI, 18, 27). Y porque Cristo es la verdad, él por eso puso su vida por Cristo, porque la puso por la verdad. ¿Nos apresuramos ya a poner nuestra carne por Dios en la muerte? Que Pedro venga a la mente (Hech. V, 41), quien se regocija entre los azotes, quien resistió a los príncipes siendo golpeado, quien desprecia su vida por la vida. ¿Con el deseo de la muerte disponemos a despreciar las adversidades? Que Pablo sea traído ante nuestros ojos, quien no solo estaba dispuesto a ser atado, sino también a morir por Cristo, no considerando su vida más preciosa que él mismo (Hech. XX, 22, 24). ¿Buscamos encender

nuestro corazón con el fuego de la caridad? Consideremos las palabras de Juan, cuyo todo lo que habla está impregnado del fuego de la caridad (I Juan I, sig.).

22. Porque, por tanto, en la voz de la sagrada palabra, cuando buscamos el amparo de cualquier virtud, lo encontramos, mil escudos cuelgan de ella, toda la armadura de los valientes (Cant. IV, 4). Si queremos luchar contra las maldades espirituales, busquemos en el cuello de la Iglesia, que se nos ha erigido como la torre de David, es decir, en la palabra divina, las armas de protección, para que de la discreción del precepto se tome la virtud del auxilio contra los vicios. He aquí que nos apresuramos a ser fuertes contra los poderes aéreos. En esta torre encontramos la armadura de nuestra mente, para que de allí tomemos los preceptos del Creador, de allí los ejemplos de los que nos precedieron, por los cuales nos armemos inexpugnablemente contra nuestros adversarios. Pues cuando deseas asumir cualquier virtud, y ves que ya ha sido cumplida allí por los padres, allí encuentras tu armadura, por la cual te fortificas contra las batallas espirituales. En ella cuelgan mil escudos: si alguien desea luchar, que los tome, y con esa virtud proteja su pecho, y lance los dardos de las palabras.

23. Y es de notar que se dice edificada con sus baluartes. Pues los baluartes hacen lo mismo que los escudos, porque ambos protegen al que lucha. Pero entre ambos hay una diferencia, porque el escudo lo movemos donde queremos para nuestra defensa; pero el baluarte no se puede defender, pero no podemos moverlo. El escudo está en la mano, pero el baluarte no se sostiene. ¿Qué diferencia hay entonces entre los baluartes y los escudos, sino que en la sagrada palabra leemos tanto los milagros de los padres que nos precedieron como las virtudes de las buenas obras? Allí conocemos que uno pudo dividir el mar, otro detener el sol, otro resucitar a un muerto, otro levantar a un paralítico con la palabra, otro curar a los enfermos con su sombra, otro con sus pañuelos curar las fiebres (Hech. XIX). Todos ellos fueron mansos con la longanimidad de la paciencia, y fervientes con el celo de la rectitud; ricos en la predicación de la palabra, y a la vez generosos en la misericordia. Estos, por tanto, los milagros atestiguan cuán verdaderamente hablaron de Dios, porque no harían tales cosas por él si no narraran verdades sobre él. Y cuán piadosos, cuán humildes, cuán benignos fueron, lo atestiguan sus obras. Si, por tanto, somos tentados en la fe que hemos concebido de su predicación, contemplemos los milagros de los que hablan, y en la fe que de ellos hemos recibido, seamos confirmados. ¿Qué son entonces sus milagros, sino nuestros baluartes? Porque podemos ser protegidos por ellos, y sin embargo, no los sostenemos en la mano de nuestro arbitrio, pues no podemos hacer tales cosas. El escudo, en cambio, está en la mano y defiende, porque la virtud de la paciencia, la virtud de la misericordia, precediendo la gracia, está en el poder del arbitrio y protege del peligro de la adversidad. Nuestra torre, por tanto, está edificada con sus baluartes, en la cual cuelgan mil escudos, porque en la Sagrada Escritura, tanto bajo los milagros de los padres nos escondemos de los dardos de la adversidad, como también sostenemos en la mano de la obra las defensas de la santa conversación. Es de notar, además, que el umbral de la puerta se mide con una sola caña. La caña se extiende en seis codos y un palmo, porque en la Sagrada Escritura se encuentra tanto la doctrina de la operación perfecta como el inicio de la contemplación suprema. Pero si en este lugar se toma cada predicador como la puerta, el umbral exterior en la puerta es la vida activa, y el umbral interior es la vida contemplativa. Pues por aquella se camina en la fe, y por esta se apresura hacia la visión. Aquella conduce exteriormente, para que cada uno deba vivir bien; esta conduce interiormente, para que desde la buena vida se alcance la alegría eterna. Esto es suficiente para que lo hayamos tratado hoy. Porque, al pasar a otras cosas, hemos hablado largamente en exceso, reservemos lo que sigue para otra lectura, esperando en

el Verbo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV. Explicación alegórica o moral de los cuatro versículos del noveno al duodécimo.

1341 1. El hombre, cuya apariencia era como la apariencia del bronce,---EZEQUIEL XL, 9:--
-Midió el vestíbulo de la puerta, ocho codos, y su frente, dos codos. Y para que no creamos que el vestíbulo está fuera de la puerta, se añade:

IBID.---El vestíbulo de la puerta estaba en el interior.

¿Qué se significa por el vestíbulo interior, sino la amplitud de la vida eterna, que ahora, entre las estrecheces de la vida presente, ya se concibe por la mente a través de la esperanza? De la cual se dice por el salmista: "Entrad por sus puertas con acción de gracias, en sus atrios con himnos de alabanza" (Sal. XCIX, 4). Pues cuando confesamos nuestros pecados con lágrimas, entramos por la puerta estrecha de la vida. Pero cuando después de esto somos llevados a la vida eterna, entramos en los atrios de nuestras puertas con alabanzas de confesión, porque allí ya no habrá angustia, cuando nos reciba la alegría de la festividad perpetua. Por la angustia de nuestra confesión, la Verdad dice: "Entrad por la puerta estrecha" (Mat. VII, 13). Y cuando el salmista presumía ser recibido en la amplitud del gozo eterno, decía: "Has puesto mis pies en un lugar espacioso" (Sal. XXX, 9). Por tanto, se tiende al atrio a través de la puerta, porque se alcanza la amplitud de la solemnidad desde la angustia de la confesión. Aquellos gozos que en David se llaman atrios, en Ezequiel se llaman vestíbulo interior. Por eso, este mismo vestíbulo se dice medido en ocho codos. Allí serán recibidos todos los que ahora trabajan en el ejercicio de la obra y suspiran por los gozos eternos a través de la gracia de la contemplación.

2. No sin razón la medida del vestíbulo se pone en ocho codos, porque el tiempo entero se desarrolla en siete días. Pues el día eterno, que sigue al cumplimiento de la sucesión de los siete días, es el octavo. Por eso también el salmista, considerando el día de la resurrección, porque iba a hablar de la severidad del juicio final, predispuso el título, diciendo: "Al final, salmo de David para el octavo" (Sal. VI, 1). Para mostrar qué octavo día decía, siguió en el inicio del salmo, diciendo: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor" (Ibid., 2). Pues ahora, cualquiera que es corregido por los flagelos y se enmienda con las correcciones, es corregido en mansedumbre, no en ira. Pero en aquel estricto juicio, toda reprensión y corrección es furor e ira, porque no hay perdón después de la corrección. Por esta causa del número ocho, el Señor quiso resucitar de la muerte después del sábado. Pues el día del Señor, que es el tercero desde la muerte del Señor, contado desde la creación de los días es el octavo, porque sigue al séptimo. Por eso, la verdadera pasión de nuestro Redentor y su verdadera resurrección, figuraron algo de su cuerpo en los días de su pasión. En efecto, el viernes fue crucificado, el sábado reposó en el sepulcro, y el domingo resucitó de la muerte. La vida presente, por tanto, es todavía para nosotros el sexto día, porque se lleva en dolores y se atormenta en angustias. Pero el sábado descansamos como en el sepulcro, porque encontramos el descanso del alma después del cuerpo. Y el domingo, es decir, el tercero desde la pasión, el octavo desde la creación, como dijimos, ya resucitamos de la muerte con el cuerpo, y gozaremos en la gloria del alma también con la carne. Lo que nuestro Salvador hizo admirablemente en sí mismo, lo señaló verdaderamente en nosotros, para que nos reciba tanto el dolor en el sexto, como el descanso en el séptimo, y la gloria en el octavo. De ahí que se dice por Salomón: "Da parte a siete, y también a ocho, porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra" (Eccl. XI, 2). Pues damos parte a siete y también a ocho, cuando disponemos

las cosas que se desarrollan en siete días, para que a través de ellas lleguemos a los bienes eternos; para que, mientras ahora se actúa con cautela, después se evite la ira del juicio venidero. Por tanto, el vestíbulo se mide en ocho codos en el interior, porque a través de la luz que sigue a los siete días, se nos abre la amplitud de la eternidad.

3. Pero nadie llega a ella, sino aquel que aquí ha mantenido con devota mente el amor a Dios y al prójimo. Por eso se añade: Y su frente de dos codos. La frente de la puerta es el buen mérito de la vida presente. Así como el vestíbulo interior debe entenderse como el descanso eterno, es necesario que la calidad de la vida visible se señale por la frente de la puerta. La frente de la puerta se mide en dos codos, porque quien aquí se esfuerza por guardar el amor a Dios y al prójimo, ese alcanzará el atrio de la eternidad. Por tanto, nuestra vida debe medirse en dos codos, extendiéndose diariamente por la caridad en el amor a Dios y al prójimo. No es verdadera caridad si tiene menos de dos codos. Por eso Moisés, al expresar las virtudes de los elegidos a través de los colores de las vestiduras, ordena que se use escarlata teñida dos veces en el ornamento del sacerdote (Éxodo 28, 5). ¿Qué se designa por la escarlata sino la caridad, que siempre se enciende por la llama del amor? Pero la escarlata se tiñe dos veces cuando nuestra caridad se inflama no solo por el amor a Dios, sino también al prójimo. Pues quien ama a Dios de tal manera que descuida el cuidado del prójimo que se le ha confiado, en él la escarlata está teñida una sola vez. Y quien ama al prójimo de tal manera que disminuye el deseo con el que debe arder hacia Dios, aún no tiene en él el color de la doble tintura. Debemos, por tanto, amar a aquellos con quienes vivimos y suspirar con todos nuestros deseos por aquel en quien verdaderamente viviremos. He aquí que, para la fe y para escuchar la palabra del Señor omnipotente, nosotros, que parecemos vestidos con hábito religioso, nos reunimos desde diversas cualidades del mundo y, congregados desde iniquidades disímiles en la concordia de la santa Iglesia, ya parece claramente realizado lo que se dice de la promesa de la Iglesia por Isaías: Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito (Isaías 11, 6). Pues por las entrañas de la santa caridad, el lobo habita con el cordero, porque aquellos que fueron rapaces en el mundo descansan en paz con los mansos y humildes. Y el leopardo se acuesta con el cabrito, porque aquel que fue variado por las manchas de sus pecados, consiente en humillarse con aquel que se desprecia a sí mismo y se confiesa pecador. Donde también se añade: El becerro y el león y la oveja vivirán juntos (Isaías 11, 6), porque aquel que, con corazón contrito, se prepara como sacrificio diario a Dios, y otro que, como león, se ensañaba severamente por su crueldad, y otro que, como oveja, persevera en la simplicidad de su inocencia, se han reunido en el redil de la santa Iglesia. He aquí qué clase de caridad es esta, que enciende, quema, funde las diversidades de las mentes y, como si fuera, las reforma en una sola especie de oro. Pero en el hecho de que los elegidos se aman así, es necesario que se apresuren hacia aquel a quien merecen ver con eterno gozo en los cielos. Porque uno es nuestro Señor y Redentor, que aquí une los corazones de sus elegidos en unanimidad y siempre los estimula hacia el amor supremo por deseos internos. Por eso también allí se añade: Y un niño pequeño los guiará (Isaías 11, 6). ¿Quién es este niño pequeño, sino aquel de quien está escrito: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isaías 9, 6)? Él guía a los que habitan juntos, porque para que nuestros corazones no se adhieran a las cosas terrenales, los inflama diariamente por el deseo interno. Y este mismo guiar suyo es encendernos incesantemente hacia su amor, para que cuando nos amamos mutuamente, no permanezcamos con la mente en este exilio, para que el descanso de esta vida no nos agrade tanto que nos lleve al olvido de la patria, para que la mente deleitada no languidezca en los éxitos. Por eso también mezcla sus dones con azotes, para que todo lo que nos deleitaba en el mundo se vuelva amargo, y surja en el alma ese incendio que nos inquiete, excite y, por así decirlo, nos muerda deleitablemente, nos crucifique suavemente,

nos entristezca alegremente hacia el deseo celestial. Por tanto, el niño pequeño nos guía, porque aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles por la caridad que nos otorga, no permite que fijemos la mente en este mundo. Así, la escarlata está teñida dos veces en nosotros, si aquí amamos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, y nos apresuramos con ellos, a quienes amamos, hacia el autor de todo. Si, por tanto, nuestra vida está teñida dos veces por la perfecta caridad, la frente en nosotros se mide en dos codos. Ya sea que se designe al doctor, a la sagrada elocuencia, o ciertamente a la fe con el nombre de puerta, en la medida de ambos codos, la caridad se acepta adecuadamente, la cual verdaderamente predica aquel que enseña el amor a Dios y al prójimo; y es la ciencia cierta que la caridad edifica; y la fe es robusta, que se ejercita en el amor a Dios y al prójimo. Sigue:

VERS. 10.---Además, las cámaras de la puerta hacia el camino Oriental, tres de un lado y tres del otro, y una medida de tres.

4. Qué designan las cámaras y el camino Oriental, ya lo dijimos anteriormente (Hom. 3, n. 8 y ss.), y no consideramos necesario repetirlo extensamente. Pero debemos preguntarnos qué significa lo que se dice, Tres de un lado y tres del otro. Las cámaras junto al camino Oriental son los corazones de los que arden en el amor a Dios. Y ya sea aquellos que fueron elegidos en el antiguo testamento, o los que siguieron en el nuevo testamento, ciertamente consta que todos fueron encendidos por el amor a la Trinidad. Pues no amarían verdaderamente a Dios si no hubieran recibido la gracia de esa misma Trinidad, que es Dios. Junto al camino Oriental, por tanto, hay tres cámaras de un lado y tres del otro, porque mientras el Señor se dignó encarnarse entre los antiguos y los nuevos padres, apareció el camino Oriental en medio de las cámaras, las cuales están decoradas con el verdadero aspecto de las virtudes en el conocimiento de la Trinidad. Pero si referimos el mismo número a las virtudes de los elegidos, hay tres virtudes sin las cuales aquel que ya puede obrar algo no puede salvarse, a saber, fe, esperanza, caridad. Y porque la misma fe, esperanza y caridad estuvieron en los antiguos padres como en los nuevos doctores, junto al camino Oriental se describen tres cámaras de un lado y tres del otro.

5. O ciertamente porque hubo tres distinciones de los padres antiguos, también siguen tres de los nuevos bajo la gracia. El pueblo antiguo tuvo padres antes de la ley, luego en la ley, y después profetas. En el nuevo pueblo, primero las primicias de los hebreos creyeron, luego la plenitud de las naciones siguió en la fe, y después, al final del siglo, las reliquias de los hebreos se salvarán (Romanos 9, 27). Porque la encarnación del Señor tuvo, por tanto, en la parte superior a los padres antes de la ley, a los padres en la ley, y finalmente a los profetas, y en la parte posterior recogerá a los fieles de los hebreos, a los fieles de las naciones, y después las reliquias de los hebreos, se recuerda que el camino Oriental tiene tres cámaras de un lado y tres del otro. Pero esto también lo aceptamos adecuadamente si decimos que hay tres órdenes de fieles. Ya sea en el antiguo o en el nuevo testamento, hay un orden de predicadores, otro de continentes, y otro de buenos cónyuges. Por eso el mismo profeta en la parte superior vio a tres hombres liberados: Noé, Daniel y Job (Ezequiel 14, 14); en estos tres se señalan los predicadores, los continentes y los casados. Pues Noé dirigió el arca en las aguas, y por eso mantuvo la figura de los rectores (Génesis 7, 1, 2, ss.). Daniel, dedicado a la abstinencia en la corte real, señaló la vida de los continentes (Daniel 1, 16). Job, por su parte, estando en el matrimonio y ejerciendo el cuidado de su propia casa, agradó a Dios, por quien dignamente se figura el orden de los buenos cónyuges (Job 1, 8). Porque también antes del advenimiento del Mediador, hubo predicadores, continentes y buenos casados, que esperaban su advenimiento y con gran sed de deseo anhelaban verlo, y después, como vemos, existen predicadores, continentes y buenos casados, que no desean ya a nuestro Redentor encarnado, sino contemplarlo en la gloria de su majestad, el camino Oriental tiene tres cámaras de un

lado y tres del otro, según la voz del salmista, que dice de ese mismo camino, es decir, de nuestro Redentor: Alrededor de él están sus tabernáculos (Salmo 17, 12).

6. Pero debemos considerar con atención lo que se dice, porque una medida de tres. Pues aunque la excelencia de los predicadores está lejos de los continentes y silenciosos, y la eminencia de los continentes dista mucho de los casados, ¿qué significa que se diga una medida de tres? Pues los casados, aunque obren bien y deseen ver al Dios omnipotente, están ocupados en los cuidados domésticos y, por necesidad, dividen su mente en ambos. Los continentes, sin embargo, están alejados de la acción de este mundo y restringen el placer de la carne incluso del matrimonio lícito, no se implican en ningún cuidado de esposa, hijos, ni en pensamientos nocivos y difíciles de la propiedad. Los predicadores, por su parte, no solo se abstienen de los vicios, sino que también prohíben a otros pecar, los conducen a la fe, los instruyen en el estudio de la buena conversación. ¿Cómo, entonces, es una su medida, si no es una su igualdad de vida? Pero una es la medida de tres, porque aunque hay gran diversidad de méritos entre ellos, no hay distancia en la fe en la que se esfuerzan. Pues la misma fe que solidifica a estos en lo máximo, sostiene la debilidad de aquellos en lo pequeño. O ciertamente una es la medida de tres, porque en la última retribución, aunque no haya la misma dignidad para todos, habrá una sola vida de bienaventuranza para todos. Por eso el Señor dice por sí mismo: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan 14, 2). Pero aquellos que fueron llamados a la viña, aunque vinieron en diferentes horas, recibieron un denario (Mateo 20, 9). ¿Cómo, entonces, concuerdan las muchas moradas con un denario, sino porque habrá diversas dignidades de los ciudadanos bienaventurados, pero una sola paz de retribución eterna? Pues aunque el mérito de cada uno sea diferente, no habrá diversidad de gozos, porque aunque uno exulte menos y otro más, todos se alegrarán con un solo gozo por la visión de su Creador.

7. Esto también debe entenderse, ya sea de los antiguos o de los nuevos padres, porque el camino Oriental, teniendo tres cámaras de un lado y tres del otro, es una medida de tres, ya que la misma fe y el mismo mérito llenaron los corazones de los precedentes que llenaron los corazones de los que vinieron después bajo el nuevo testamento, como también se dice por Pablo: Pero teniendo el mismo espíritu de fe, como está escrito: Creí, por lo cual hablé (Salmo 115, 1): también nosotros creemos, por lo cual también hablamos (2 Corintios 4, 13). Pues aquellos padres espirituales creyeron que el Dios omnipotente es Trinidad, tal como los nuevos padres hablaron abiertamente de esa misma Trinidad. Isaías escuchó a los ejércitos angélicos en el cielo clamando: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (Isaías 6, 3). Para mostrar la Trinidad de personas, se dice santo tres veces; pero para que aparezca que la Trinidad es una sola sustancia, no se dice Señores de los ejércitos, sino Señor Dios de los ejércitos. David también, sintiendo de manera similar, dice: Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios (Salmo 66, 8). Al decir Dios tres veces, para mostrar que es uno, añadió: Y teman a él todos los confines de la tierra. Pablo también habla diciendo: Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Romanos 11, 36). De él, es decir, del Padre; por él, por el Hijo; en él, en el Espíritu Santo. Al decir él tres veces, añadió: A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Romanos 11, 36). Pues al no decir a ellos, sino a él, al decir él tres veces, distinguió las personas, y al añadir A él sea la gloria, no dividió la sustancia. Porque una es la fe de los antiguos y nuevos padres, correctamente se describe la medida de las cámaras como una de tres. Lo cual se repite con otras palabras cuando se añade:

IBID.---Y una medida de las frentes de ambos lados.

8. Pues de ambos lados hay una medida de las frentes, porque nuestros padres, ya sea viniendo antes del antiguo o ahora del nuevo testamento, se encuentran en una sola fe del

Mediador. Que por estar llenos de caridad, dominan su carne con abstinencia, iluminan los corazones de los oyentes con la luz de la predicación, hacen señales, obran virtudes, por lo que sus bienes nos son conocidos externamente, no sin razón se les llama frentes de este edificio celestial. Pues todo lo que ahora se muestra abiertamente es frente, para que aquello sea el vestíbulo del edificio, lo que se nos reserva interiormente. Por eso se dice a la santa Iglesia en el Cantar de los Cantares: Como corteza de granada son tus mejillas, sin contar tus ocultos (Cantar de los Cantares 6, 6). Las mejillas son los padres espirituales de la santa Iglesia, que ahora en ella resplandecen con milagros y aparecen venerables en su rostro. Pues cuando vemos a muchos obrar maravillas, profetizar lo venidero, abandonar perfectamente el mundo, arder con deseos celestiales, como corteza de granada las mejillas de la santa Iglesia enrojecen. Pero ¿qué es todo esto que admiramos en comparación con aquello de lo que está escrito: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Corintios 2, 9; Isaías 64, 4)? Bien, pues, cuando admiraba las mejillas de la Iglesia, añadió: Sin contar tus ocultos (Cantar de los Cantares 6, 6). Como si claramente se dijera: Lo que en ti no está oculto es grande, pero aquello que está oculto es muy inefable. Sigue:

VERS. 11.---Y midió la anchura del umbral de la puerta diez codos, y la longitud de la puerta trece codos.

9. Mucho hemos dicho anteriormente sobre el significado de la puerta, pero debemos retener algo por lo cual el lector prudente pueda penetrar en lo demás. Se ha dicho que la puerta puede figurar la Escritura sagrada. Pero ahora debemos discutir laboriosamente por qué la anchura del umbral de la puerta se mide en diez codos, y la longitud de la puerta en trece codos. En este lugar, la longitud de la puerta se llama altura, como decimos de estatura alta a quien vemos alto. Pues la longitud de la puerta no puede decirse en sentido transversal, cuya anchura se muestra en diez codos. ¿Qué es, entonces, la anchura del umbral de la puerta, sino la ley del antiguo testamento, y la longitud de la puerta, sino la gracia del nuevo testamento? Porque, en efecto, la Escritura sagrada, al reprimir los crímenes de las obras por el antiguo testamento, ordenó dar diezmos (Deuteronomio 12, 6), como si yaciera en la anchura del umbral por mandatos humildes. Pero al reprimir las malas intenciones por el nuevo testamento, ordenó abandonar todo y, por Dios, despreciar la vida del cuerpo con el presente siglo (Mateo 15, 19; Marcos 7, 21; Lucas 9, 24), como si nuestra puerta se elevara en la altura de la longitud. Pues mandatos menores fueron dados al pueblo israelita por la ley: por eso Moisés habló al mismo pueblo en el campo (Éxodo 19, 7, ss.). Mandatos más altos el Señor dio a los santos apóstoles, por eso los enseñó sobre los mandatos de vida en el monte. Pero cuando nuestro Redentor dice por el Evangelio: No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir (Mateo 5, 17). Vino a cumplir la ley quien añadió la gracia de la justicia de la ley, para que lo que ella ordenaba en lo mínimo, él ayudara a perfeccionar en lo máximo, y lo que ella reprimía en la obra, él lo cortara del corazón. Por tanto, la ley entendida, que yacía en la anchura, se elevó en altura. Pues el conocimiento de Dios que estaba en ella en los padres espirituales, no era conocido por todo el pueblo hebreo. Pues el pueblo ignoraba al Dios omnipotente, la santa Trinidad, aunque los profetas la predicaban; solo mantenía el Decálogo en la ley, sin conocer la fe en la Trinidad. Por tanto, la anchura del umbral de la puerta se mide en diez codos, porque ese pueblo duro, ignorando la sutileza de la fe, servía a los mandatos del Decálogo. Pero la longitud de la puerta se mide en trece codos, porque por el nuevo testamento en el corazón del pueblo fiel, sobre los mandatos del Decálogo, que guarda más verdaderamente, creció el conocimiento de la Trinidad. Y así cumple los mandatos de la ley, creyendo que la Trinidad es el Señor omnipotente.

10. Donde también se puede preguntar razonablemente por qué esa anchura del umbral de la puerta, que anteriormente se dijo que se medía con una caña, se añadió después que se mide en diez codos, y luego se añade que la longitud de la puerta se mide en trece codos. Pues una caña, como ya se ha dicho muchas veces, tiene seis codos y un palmo, pero diez codos ya tienen su medida sobre la caña, y trece más que diez. ¿Qué significa, entonces, que primero se mida el umbral de la puerta con una caña, luego su anchura en diez codos, y finalmente la longitud de la puerta en trece codos, sino que los santos padres, que conocemos por la sagrada Escritura que existieron antes de la ley, conocieron que Dios es uno, la santa Trinidad, pero no predicaron abiertamente esa misma Trinidad que conocieron? Quienes, obedeciendo sus mandatos y conservando la pureza de vida, tuvieron la perfección de la obra en los seis codos de la caña, y viendo a menudo a los ángeles, tuvieron el palmo de la contemplación. Pero dada la ley, ese pueblo hebreo rudo intentó guardar los mandatos del Decálogo, pero no fue instruido en el conocimiento de la santa Trinidad. Y aunque los padres espirituales la conocieron perfectamente, la gran multitud de la Sinagoga no pudo encontrar el misterio de la Trinidad, ni supo buscarlo.

11. Pero con la gracia sobrevenida por el nuevo testamento, todo el pueblo fiel conoció que Dios es uno, Trinidad, y completó la virtud del Decálogo en su conocimiento. Primero, por tanto, se mide el umbral de la puerta con una caña, luego su anchura en diez codos, y finalmente la longitud de la puerta en trece codos, porque a los santos padres antes de la ley no les faltó la vida activa y contemplativa, y bajo el Decálogo de la ley, el pueblo, ignorante del misterio de la sustancia divina, sirvió en la anchura de los mandatos. Y ahora, bajo la gracia, guardando más verdaderamente los preceptos del Decálogo, todo el que ha venido a la fe conoce el misterio de la santa Trinidad.

12. En este asunto, también debemos saber que el conocimiento de los padres espirituales ha crecido con el paso del tiempo. Moisés, por ejemplo, fue más instruido en el conocimiento del Dios omnipotente que Abraham; los profetas más que Moisés; y los apóstoles más que los profetas. Me equivoco si esta misma Escritura no lo dice: "Muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento se multiplicará" (Dan. XII, 4). Pero lo que hemos dicho sobre Abraham, Moisés, los profetas y los apóstoles, si podemos, demostremos con las palabras de la misma Escritura. ¿Quién no sabe que Abraham habló con Dios (Gén. XII, sig.)? Y sin embargo, el Señor dice a Moisés: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, y mi nombre Adonai no se lo di a conocer a ellos" (Éxodo VI, 3; Ibid., III, 6). He aquí que a Moisés se le reveló más que a Abraham, quien le indica a Moisés algo sobre sí mismo que no había revelado a Abraham. Pero veamos si los profetas pudieron comprender más que Moisés el conocimiento divino. Ciertamente, el salmista dice: "¡Cuánto amo tu ley, Señor! Todo el día es mi meditación" (Sal. CXVIII, 97). Y añade: "He entendido más que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación" (Ibid., 99). Y de nuevo: "He entendido más que los ancianos" (Ibid., 100). Por lo tanto, quien recuerda meditar en la ley y testifica haber entendido más que todos sus maestros y más que los ancianos, manifiesta que ha recibido el conocimiento divino más que Moisés. ¿Cómo, entonces, mostraremos que los santos apóstoles fueron más instruidos que los profetas? Ciertamente, la Verdad dice: "Muchos reyes y profetas desearon ver lo que ustedes ven, y oír lo que ustedes oyen, pero no lo vieron" (Luc. X, 24). Por lo tanto, conocieron más que los profetas sobre el conocimiento divino, porque lo que aquellos vieron solo en espíritu, estos lo vieron también corporalmente. Así se cumplió la sentencia de Daniel que mencionamos antes: "Muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento se multiplicará" (Dan. XII, 4). La medida del cálamo, que es de seis codos y un palmo, se lleva a diez codos; y la medida de diez codos se eleva finalmente a

trece, porque cuanto más se acerca el mundo a su fin, más se nos abre generosamente el acceso al conocimiento eterno. Sigue:

VERS. 12.---Y el borde delante de las cámaras de un codo.

13. Como hemos dicho a menudo, las cámaras son los corazones de los elegidos, ardientes en el amor del Dios omnipotente. ¿Qué se expresa, entonces, por el borde delante de las cámaras, sino la fe? porque a menos que se mantenga primero, de ninguna manera se alcanza el amor espiritual. No es la caridad la que precede a la fe, sino la fe la que precede a la caridad. Nadie puede amar lo que no ha creído. Por lo tanto, el borde está delante de las cámaras, la fe antes del ardor de la caridad, porque, como se ha dicho, a menos que creas lo que escuchas, de ninguna manera te inflamarás en el amor de lo que has oído. Pero el borde delante de las cámaras es de un codo, porque entonces la fe une los corazones de los oyentes en el amor de Dios, cuando no está dividida por errores y cismas, sino que perdura en unidad, de modo que el borde de un codo lleva el ánimo del oyente a la cámara, porque la apariencia del esposo celestial que aquí se predica, luego se muestra en los cielos. Donde también se añade bien:

IBID.---Y un codo es el fin en ambos lados.

14. Se dice en ambos lados, como si se dijera en ambos, es decir, al umbral y a la puerta. Por la anchura del umbral y la longitud de la puerta hemos dicho que se designa el Antiguo y el Nuevo Testamento. Al final se añade que un codo es el fin en ambos lados, porque tanto el Antiguo Testamento nos anunció un único Mediador entre Dios y los hombres, como el Nuevo Testamento nos anuncia que vendrá en eterna claridad, a quien ya hemos conocido encarnado por nosotros. Por lo tanto, un codo es el fin de ambos, porque aquel que la ley predijo apareció en la carne, y aquel que ahora el Nuevo Testamento proclama, aparecerá en la gloria de su majestad. Y entonces será el fin de ambos, cuando visto en el poder de su divinidad, haya cumplido todo lo que ha sido predicho. Pues está escrito: "El fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree" (Rom. X, 4). Fin, no que consuma, sino que perfecciona. Entonces, en efecto, perfeccionó la ley, cuando, como la ley había predicho, apareció encarnado. Pero aún el Nuevo Testamento habla mucho de su juicio, aún narra mucho de su reino, que todavía no vemos cumplido. He aquí que diariamente se lee el Evangelio, se predica la vida venidera. Entonces será también el fin del Nuevo Testamento, cuando el Señor haya cumplido lo que prometió sobre sí mismo.

15. En verdad, el Nuevo Testamento se terminará porque se perfeccionará. Pues cuando aquel de quien habla haya sido visto, cesarán las palabras de ese mismo testamento. Por eso, a la santa Iglesia, que espera el día de la verdadera luz como un tiempo primaveral, se le dice a través de la voz del esposo: "Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Porque ya ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido, las flores han aparecido en la tierra" (Cant. II, 10, 11). Porque ya sea la santa Iglesia, o cada alma elegida, es amiga del esposo celestial por amor, paloma por el espíritu, hermosa por la belleza de las costumbres. Cuando ya es llevada de la corrupción de la carne, sin duda para ella pasa el invierno, porque el letargo de la vida presente se aleja. También la lluvia se va y se retira, porque cuando es llevada a contemplar al Dios omnipotente en su sustancia, ya no serán necesarias las gotas de palabras, para que la lluvia de la predicación deba ser derramada. Pues lo que menos pudo oír, más lo verá. Entonces aparecen las flores en la tierra, porque cuando el alma comienza a saborear algunos principios de la suavidad de la vida de la eterna bienaventuranza, como ya en las flores percibe el aroma al salir, lo que después de haber salido tendrá más abundantemente en el fruto. Por eso también allí se añade: "Ha llegado el

tiempo de la poda" (Ibid., II, 12). En la poda, en efecto, se cortan las ramas estériles, para que las que prevalecen den más fruto. Por lo tanto, el tiempo de nuestra poda llega cuando dejamos la corrupción infructuosa y dañina de la carne, para que podamos llegar al fruto del alma. Ese fruto será para nosotros muy abundante, la visión de uno. Por lo tanto, un codo es el fin en ambos lados, porque uno es aquel que dijo: "Soy único hasta que pase" (Sal. CXL, 10). Quien solo con el Padre y el Espíritu Santo preside en el cielo, como un gorrión solitario en el edificio (Sal. CI, 8). Así como cumplió la ley por el misterio de su encarnación y su perfecta humanidad, así cumplirá las promesas del Nuevo Testamento por la manifestación de la gloria de su claridad.

16. Este único codo también nos lo habló la medida del arca. Pues el arca, que fue ordenada a hacerse de trescientos codos de longitud, sesenta de anchura y treinta de altura (Gén. VI, 15), se completó en un codo. ¿Qué se figura por el arca sino la santa Iglesia, que es amplia en la parte inferior y estrecha en la superior? Que de los trescientos, sesenta y treinta codos se recoge en un codo, porque de esa anchura que la santa Iglesia tiene en sus miembros aún débiles, se estrecha un poco y, progresando en altura, tiende a uno. Pues la razón misma exige que creamos que en esa anchura del arca todas las bestias, todos los cuadrúpedos y reptiles estaban en las partes inferiores, y los hombres y las aves, sin duda, en las superiores. Pues cerca de la parte superior había una ventana en el lado, desde la cual el hombre soltó al cuervo y a la paloma, para saber si las aguas del diluvio habían pasado. Y porque ese mismo arca se completó en un codo, los hombres y las aves estaban cerca del codo. Por lo tanto, el arca designa correctamente a toda la Iglesia, que aún es amplia en muchos de sus carnales, estrecha en pocos espirituales. Y porque se recoge en un solo hombre, que está sin pecado, se completa como en un codo.

17. Pues vemos a muchos dentro del seno de esa misma santa Iglesia elevarse en soberbia, disolverse en el placer de la carne, ansiar adquirir bienes terrenales, cruzar los mares por la avaricia, servir a la ira, dedicarse a disputas, dañar a los vecinos que pueden. Pero porque la santa Iglesia aún los tolera para que se conviertan, como si las bestias moraran en la anchura del arca abajo. Vemos a otros que ya no buscan lo ajeno, soportan con ecuanimidad la injuria recibida, están contentos con sus propios bienes, viven humildemente. Pero porque estos ya son pocos, el arca se estrecha. Sin embargo, vemos a otros que incluso dejan lo que poseen, no dan importancia a las cosas terrenales, aman a los enemigos, dominan la carne de todos los placeres, someten todos los impulsos al juicio de la razón, se elevan por el deseo celestial de la contemplación. Pero porque tales son muy raros, ya el arca se lleva cerca del codo, donde se contienen hombres y aves. Sin embargo, se debe preguntar si alguno de ellos puede estar sin pecado, y no se encuentra ninguno. ¿Quién, entonces, es el hombre sin pecado, sino aquel que no fue concebido en pecados? Por lo tanto, el arca se completa en un codo, porque uno es el autor y Redentor de la santa Iglesia sin pecado, hacia quien y por quien todos progresan, quienes se reconocen pecadores. Por lo tanto, se dice del umbral y la puerta: "Y un codo, el fin en ambos lados", porque cuando el único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, aparezca en su majestad, cumplirá todo lo que ha sido predicho y prometido en ambos testamentos.

18. Pero si aquí se menciona tanto el borde como las cámaras, tampoco esto se aparta de esta sentencia, porque cuando se nos haya mostrado la majestad de nuestro Redentor, la fe se termina, cuando el hombre ya comienza a ver lo que ha creído. Y las cámaras llegan a su fin, porque los corazones de los fieles se perfeccionan en su amor incomparablemente más de lo que son ahora. Por lo tanto, un codo es el fin en ambos lados, porque la visión del único Señor y Salvador en sus elegidos termina la fe y perfecciona la caridad.

19. Es conveniente considerar quiénes somos nosotros que tratamos estas cosas. Ciertamente venimos de los gentiles, ciertamente nuestros padres fueron adoradores de madera y piedra. ¿De dónde, entonces, esto para nosotros, que investiguemos los profundos misterios de Ezequiel el profeta, que hasta ahora los hebreos no conocen? Demos gracias, entonces, al único que cumplió con su obra todo lo que de él está escrito en el sagrado discurso, para que lo que no podía ser entendido al oírlo, se revelara al verlo. Allí se contiene su encarnación, allí su pasión, allí su muerte, allí su resurrección, allí su ascensión. Pero, ¿quién de nosotros habría creído esto al oírlo, si no lo hubiera conocido hecho? Por lo tanto, el libro sellado, como se lee en el Apocalipsis de Juan (Apoc. V, 3, 5), que nadie podía abrir y leer, lo abrió el león de la tribu de Judá, porque nos reveló todos sus misterios en su pasión y resurrección. Y por lo que soportó los males de nuestra debilidad, nos mostró los bienes de su poder y claridad.

20. Porque se hizo carne para hacernos espirituales; se inclinó benignamente para levantarnos; salió para introducirnos; apareció visible para mostrarnos lo invisible; soportó azotes para sanarnos; sufrió oprobios e irrisiones para liberarnos del oprobio eterno; murió para vivificarnos. Demos gracias, entonces, al que vivifica y murió, y por eso más al que vivifica, porque murió. Por eso, contemplando nuestra salvación y su pasión, Isaías dice bien: "Para hacer su obra, su obra extraña; para realizar su obra, su obra peregrina es de él" (Isaías XXVIII, 21). Porque la obra de Dios es recoger las almas que creó y devolverlas a los gozos de la luz eterna. Pero ser azotado y cubierto de escupitajos, ser crucificado, morir y ser sepultado, no es obra de Dios en su sustancia, sino obra del hombre pecador, que mereció todo esto por el pecado. Pero él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (I Pedro II, 24). Y quien en su naturaleza permanece siempre incomprensible, se dignó ser comprendido y azotado en nuestra naturaleza, porque a menos que asumiera lo que era de nuestra debilidad, nunca nos elevaría al poder de su fortaleza. Por lo tanto, para hacer su obra, su obra extraña; y para realizar su obra, su obra peregrina es de él, porque Dios encarnado, para reunirnos a su justicia, se dignó ser azotado por nosotros como un hombre pecador. Y realizó una obra extraña para hacer la suya propia, porque al soportar nuestros males debilitantes, nos condujo, que somos su criatura, a la gloria de su fortaleza, en la cual vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA V. Desde la parte final del versículo doce hasta el decimoséptimo, se expone el capítulo cuarenta de Ezequiel, y se diserta especialmente sobre la contemplación.

1351 1. Habiendo mencionado las cámaras anteriormente, el profeta añade que las cámaras eran de seis codos de un lado y del otro. En esto se genera una gran cuestión para nosotros, por qué dijo que la cámara superior fue medida con un cálamo, que se dice que tenía seis codos y un palmo, y luego dice que las cámaras inferiores se miden solo con seis codos. Pues si no se miden con un cálamo, sino con seis codos, falta el palmo, que se decía que estaba presente en la medida del cálamo superior. Pero si las cámaras son los sentidos y pensamientos de los fieles, en los cuales las almas castas se unen a su Creador en amor, y por los seis codos se expresa la operación perfecta, y por el palmo la iniciación de la contemplación, debemos contemplar los miembros de la santa Iglesia universal, y encontramos rápidamente que hay en ella cámaras medidas con un cálamo, y hay otras medidas solo con seis codos. Pues algunos fieles en ella aman al Dios omnipotente de tal manera que son perfectos en la obra y están suspendidos en la contemplación. Estos ciertamente tienen el cálamo en la medida, porque poseen tanto los seis codos de la operación como el palmo de la contemplación. Pero algunos aman al Dios omnipotente y se ejercitan perfectamente en buenas obras, pero no saben contemplar su grandeza con un intelecto más

sutil. Aman, pero no saben investigar los gozos de su claridad. Por lo tanto, tienen seis codos y no tienen el palmo, porque ya están unidos a él por amor, pero separados en la contemplación. Sin embargo, estas cámaras se refieren después de la mención de un codo de un lado y del otro, porque, en efecto, en el amor del autor y Redentor nuestro, las almas fieles se han reunido tanto del pueblo judío como de la gentilidad.

2. Por eso, el mismo Redentor nuestro, cuando, montado en un asno, se dirigía a Jerusalén, como testifica el evangelista, muchos extendieron sus mantos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las extendían en el camino; y los que iban delante y los que seguían clamaban, diciendo: Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor (Marcos XI, 7, sig.). Pues nuestro Salvador se dirige a Jerusalén montado en un asno, cuando conduce el alma de cada fiel, es decir, su jumento, a la visión de la paz íntima. También se sienta en el jumento cuando preside universalmente la santa Iglesia, y la enciende en el deseo de la paz suprema. Pero muchos extienden sus mantos en el camino, porque dominan sus cuerpos por la abstinencia, para preparar el camino hacia la mente, o para ofrecer buenos ejemplos a los que siguen. Otros cortan ramas o frondas de los árboles y las extienden en el camino, porque en la doctrina de la verdad recogen palabras y sentencias de los padres de su discurso, y las presentan humildemente en el camino de Dios al ánimo del oyente. Lo que también nosotros, indignos, hacemos ahora. Pues cuando tomamos las sentencias de los padres en el discurso de exhortación, cortamos frondas de los árboles, para extenderlas en el camino del Dios omnipotente. Pero los que iban delante y los que seguían clamaban: Hosanna. Pues el pueblo judío precedió, y el gentil siguió. Y porque todos los elegidos, ya sea que pudieran estar en Judea o que ahora existan en la Iglesia, han creído y creen en el Mediador entre Dios y los hombres, los que van delante y los que siguen claman Hosanna. Hosanna, en lengua latina, significa "sálvanos". Pues tanto los anteriores buscaron la salvación de él, como los presentes la buscan; y confiesan al bendito que viene en el nombre del Señor, porque hay una esperanza, una fe de los pueblos que preceden y de los que siguen. Pues así como aquellos fueron sanados por su pasión y resurrección esperada, así nosotros somos salvados por su pasión pasada y su resurrección permanente en los siglos. A quien nuestros antepasados del pueblo judío creyeron y amaron que vendría, a este creemos que ha venido y lo amamos, y nos encendemos con su deseo, para contemplarlo cara a cara. Por lo tanto, sus cámaras están de un lado y del otro, porque los corazones de los amantes abarcan la fe que está en él tanto desde la parte anterior del siglo como desde la última. Sigue:

VERS. 13.---Y midió la puerta desde el techo de la cámara hasta su techo, la anchura de veinticinco codos.

3. Ya hemos dicho muchas veces que la puerta es la fe, y que por esa misma fe se puede significar al mismo Señor y Redentor nuestro, Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, porque por la fe que está en él se abre la entrada a la vida. Pero también la Escritura sagrada, que nos abre esa misma fe en el entendimiento de nuestro Redentor, no sin razón la tomamos como puerta, porque, conocida como conviene, entramos a entender lo invisible. Si, por lo tanto, en este lugar, como hemos dicho antes, la puerta se toma como Escritura, debemos preguntar qué se significa por el techo de la cámara, qué por el techo de la puerta. Pero la cámara tiene un techo, porque la mente de los amantes está oculta, y aún el fervor del amor está en secreto. También la puerta tiene un techo, porque toda la Escritura está escrita para nosotros, pero no toda es entendida por nosotros.

4. En efecto, muchas cosas en ella están escritas de manera tan clara que alimentan a los pequeños; pero algunas están veladas con sentencias más oscuras para ejercitar a los fuertes,

de modo que, al ser comprendidas con esfuerzo, sean más apreciadas. Sin embargo, algunas están tan cerradas que, al no entenderlas, reconociendo la debilidad de nuestra ceguera, avanzamos más en humildad que en entendimiento. Hay cosas que hablan de lo celestial de tal manera que solo se revelan a aquellos ciudadanos celestiales que permanecen en su patria, y aún no se nos han revelado a nosotros, que estamos de paso. Pues si alguien, al dirigirse a una ciudad desconocida, escucha muchas cosas sobre ella en el camino, algunas las comprende por razón, pero otras, al no haberlas visto, no las conoce de ninguna manera; pero los ciudadanos que están en ella ven lo que de ella se calla y entienden lo que de ella se dice. Nosotros, por tanto, aún estamos en el camino, escuchamos muchas cosas sobre esa patria celestial, algunas ya las entendemos por el espíritu y la razón, pero otras, no comprendidas, veneramos. Por eso está escrito sobre la misma sagrada escritura: "Extendiendo el cielo como una piel, que cubres en las aguas sus partes superiores" (Salmo 103, 2). En efecto, el cielo se extiende como una piel, porque la Sagrada Escritura se nos explica a través de las palabras de los mortales en exposiciones. Pero hay aguas en el cielo, es decir, las multitudes superiores, los ejércitos de ángeles, en los cuales se cubren las partes superiores de ese mismo cielo, porque las cosas más altas y oscuras en la sagrada escritura solo son evidentes para los espíritus angélicos, y para nosotros aún permanecen desconocidas. Por lo tanto, la cámara nupcial tiene un techo, porque el prójimo aún no sabe cuánto es amado por su prójimo. También la puerta, es decir, la sagrada escritura, tiene un techo, porque aún no podemos penetrar con el entendimiento todo lo que escuchamos sobre lo celestial.

5. Por lo tanto, queda que en lo que entendemos caminemos cada día en el progreso de la caridad. Y aunque nuestros prójimos no vean cuánto los amamos, y veneremos humildemente en la sagrada escritura lo que aún no entendemos, en aquello a lo que hemos llegado por el entendimiento, debemos expandirnos mediante la buena obra. Por eso se dice: "Y midió la puerta desde el techo de la cámara hasta su techo, la anchura de veinticinco codos". Porque estamos dotados de cinco sentidos corporales, a saber, la vista, el gusto, el olfato, el oído y el tacto. Y el mismo número cinco, multiplicado por sí mismo, asciende al número veinticinco. No podemos realizar externamente nada de los mandatos celestiales sin estos cinco sentidos corporales. Con estos oficios, el juez interior del alma preside, y reconoce qué puede hacer externamente con justicia o misericordia, como si estos mismos oficios le informaran y sirvieran. Por lo tanto, cuando el alma se llena del temor del Señor omnipotente, es necesario que nuestros cinco sentidos nos sirvan como oficios subordinados en la buena obra. Cuando comenzamos a hacer algo con misericordia a través de ellos, la misma misericordia se revela más cada día, y como un seno del buen obrar se expande. Así, los cinco sentidos se multiplican en sí mismos, cuando lo que se hace a través de ellos se multiplica en la buena obra diaria por el progreso. Por eso se dice que la anchura es de veinticinco codos, porque el temor, la avaricia y la pereza son estrechez. Pues quien teme dar pan al necesitado por miedo a carecer, aún está en la estrechez del temor. Quien no extiende una prenda al que tiene frío porque desea tenerla solo para sí, aún está constreñido por la estrechez de su avaricia. Quien no hace el bien porque su ánimo es perezoso, su propia pereza es su estrechez. Mirar al necesitado, escuchar la súplica, dar limosna, ofrecer defensa, y no temer las enemistades de cualquier adversario por la defensa del mismo pobre, es una gran anchura de mente. Por lo tanto, se mide entre la cámara y la puerta la anchura que se interpone, en veinticinco codos, porque en la operación de los sentidos exteriores se prueba y se conoce qué amplitud de bondad se tiene interiormente. Pues lo que ya has aprendido de la Sagrada Escritura y cuánto amas en silencio al prójimo, lo muestras en la anchura de la buena obra.

6. Por lo tanto, que haya una anchura de veinticinco codos entre la cámara y la puerta, porque entre la caridad y el conocimiento, la buena obra es testigo. Si acaso faltara, es cierto que no

has conocido a Dios ni amas al prójimo; es decir, no tienes la puerta de la sagrada escritura ni la cámara del amor. Y es de notar que se dice que se mide desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta. Porque por lo que está cubierto para nosotros en la sagrada escritura, nuestra humildad es aprobada, ya que lo que no entendemos en ella, no debemos reprenderlo con soberbia, sino venerarlo humildemente. Por eso también está escrito del Señor: "Sus párpados interrogan a los hijos de los hombres" (Salmo 10, 5). Sus párpados son sus juicios, que nos cierran algo y nos abren algo. Al abrírnos, nos interrogan si no nos enorgullecemos al entender. Al cerrarnos, nos interrogan si no despreciamos lo que no podemos entender. Pero por lo que no hablamos de nuestra caridad hacia nuestros prójimos, somos probados más verdaderamente ante Dios. En la boca de algunos, la caridad es fingida, en el corazón de otros es verdadera. Y a menudo se muestra de la caridad lo que no es, y no se demuestra lo que es. Por lo tanto, nuestro amor hacia el prójimo lo habla más la buena obra que la lengua, para que en la misma buena obra nuestro prójimo vea que es amado. Y cuando no podemos hacer tanto como quisiéramos, que a Dios omnipotente le baste lo oculto de nuestro amor. Por lo tanto, desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta, que haya una gran anchura, para que desde lo oculto de nuestra caridad por el prójimo hasta la humildad del conocimiento, y por Dios, en cuanto entendemos y podemos, siempre obremos el bien.

7. También se puede entender que la puerta es ya la entrada al reino celestial. Ahora la cámara tiene un techo, y la puerta tiene un techo, porque no se conoce cuánta es nuestra caridad hacia Dios y el prójimo, ni se sabe cuándo seremos introducidos desde este mundo al descanso de la vida eterna. Pues nuestro Creador quiso que el día de nuestra muerte nos fuera desconocido, para que, al ser siempre ignorado, siempre se crea que está próximo; y cuanto más incierta es la vocación, más fervoroso sea uno en la obra. Por eso, la anchura de veinticinco codos se extiende desde la cámara hasta la puerta, porque por la caridad que una vez concebimos en Dios y el prójimo, hasta la entrada del reino debemos hacer todo lo que podamos de manera múltiple e incesante. Desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta hay una gran anchura, porque desde la gracia con la que comenzamos a amar a Dios, hasta el mismo amor que nos abre la entrada al reino celestial, debemos expandirnos en una gran acción de buenas obras, soportar pacientemente las adversidades, gastar con gusto los bienes, amar incluso a aquellos que nos hacen sufrir, dar lo que tenemos, no ambicionar lo que no tenemos, amar a los prójimos como a nosotros mismos, considerar sus bienes como nuestros, llorar sus males como propios. En tal mente, por tanto, hay una gran anchura, en la que no hay estrechez de odios. Esta anchura la concebimos del amor a Dios y al prójimo, y la conocemos por los sagrados mandatos. Pues tampoco es inconveniente entender los mismos veinticinco codos de anchura, si queremos discutirlos según la sagrada escritura. Había dicho que las cámaras estaban medidas con seis codos, y el hombre fue creado el sexto día (Génesis 1, 27); también se describe que el Señor completó sus obras ese día. Por eso, el número seis suele ponerse por perfección. Y porque toda buena obra la hemos conocido a través de los cuatro libros del santo Evangelio, si multiplicamos seis por cuatro, llegamos a veinticuatro. A lo cual se añade uno, porque hay uno por quien todos obran bien. Por lo tanto, esta anchura debía explicarse con veinticinco codos, porque toda buena obra se conoce a través de los cuatro libros del santo Evangelio, como hemos dicho, y se completa en el conocimiento y confesión de un solo Dios. Sigue:

VERS. 13.---Y puerta frente a puerta.

8. En este lugar, "frente a" no se pone para adversidad, sino para rectitud. Puerta frente a puerta es cuando se llega por un camino recto desde la entrada exterior a la interior. En el conocimiento del Dios omnipotente, nuestra primera puerta es la fe, y la segunda es su visión, a la cual llegamos caminando por la fe. En esta vida entramos en esta, para ser llevados a

aquella después. Por lo tanto, puerta frente a puerta es porque por la entrada de la fe se abre la entrada a la visión de Dios. Si alguien quiere tomar ambas puertas en esta vida, tampoco esto es contrario a una inteligencia saludable. Pues a menudo queremos considerar la naturaleza invisible del Dios omnipotente, pero de ninguna manera podemos; y el alma, fatigada por estas dificultades, regresa a sí misma, y se hace a sí misma escalones de ascenso, para que primero se considere a sí misma, si puede, y luego investigue, en cuanto pueda, esa naturaleza que está por encima de ella. Pero nuestra mente, si ha estado dispersa en imágenes carnales, de ninguna manera puede considerar ni a sí misma ni la naturaleza del alma, porque por cuantas cogitaciones es llevada, por tantas barreras es cegada.

9. El primer paso, por tanto, es que se recoja en sí misma, el segundo que vea cómo es recogida, el tercero que se eleve sobre sí misma, y se someta a la contemplación del autor invisible. Pero de ninguna manera se recoge en sí misma, a menos que primero haya aprendido a contener las fantasías de las imágenes terrenales y celestiales de los ojos de la mente, a rechazar y pisotear todo lo que de la vista, del oído, del olfato, del tacto y del gusto corporal se le presente a su pensamiento, para que se busque a sí misma tal como es sin estas cosas. Pues cuando piensa en estas cosas, es como si girara sombras de cuerpos hacia adentro. Por lo tanto, todo debe ser alejado de los ojos de la mente con la mano de la discreción, para que el alma se considere a sí misma tal como fue creada bajo Dios y sobre el cuerpo, para que, vivificada por lo superior, vivifique lo inferior que administra. Y así fue infundida en el cuerpo, que no está dividida en partes por las partes de los miembros. Pues si en cualquier lugar se golpea una parte del cuerpo, todo duele. De manera maravillosa, presidiendo con una misma vivificación a los miembros, aunque por naturaleza no sea diversa, sin embargo, actúa de manera diversa a través del cuerpo. Ella es la que ve por los ojos, oye por los oídos, huele por la nariz, gusta por la boca, toca por todos los miembros, y al tocar distingue lo suave de lo áspero. Y aunque opere cosas tan diversas a través de los sentidos, no dispone estas cosas diversas, sino con la misma razón en la que fue creada. Por lo tanto, cuando el alma se piensa a sí misma sin las imágenes del cuerpo, ya ha entrado en la primera puerta. Pero desde esta puerta se tiende a otra, para contemplar algo de la naturaleza de Dios omnipotente. Así, el alma en el cuerpo es la vida de la carne, pero Dios, que vivifica todo, es la vida de las almas. Si, por tanto, es de tal magnitud que la vida vivificada no puede ser comprendida, ¿quién puede comprender con el intelecto cuán majestuosa es la vida vivificante? Pero considerar y discernir esto ya es de alguna manera entrar, porque el alma, a partir de su propia estimación, recoge qué debe pensar del espíritu incircunscripto que la gobierna de manera incomprensible, que creó de manera incomprensible.

10. Pues nuestro Creador preside a su criatura de manera incomparablemente superior, y hace que algunas cosas existan, pero no vivan; otras, que existan y vivan, pero no puedan discernir algo de la vida; y otras, que existan, vivan y discernan. Y uno opera todo, pero no está dividido en todos (1 Cor. 12, 6). En verdad es supremo, y nunca es disímil a sí mismo. Pero el alma, aunque por naturaleza no es diversa en sí misma, sin embargo, es diversa por el pensamiento. Pues en el momento y golpe en que piensa en la vista, se olvida de pensar en el oído; y en el momento y golpe en que piensa en el oído o el gusto, no puede pensar en el olfato o el tacto, porque por la intención y el olvido siempre se hace disímil a sí misma, para que ahora retenga esto, ahora aquello con el pensamiento. Pero Dios omnipotente, porque no es disímil a sí mismo, ve con la misma virtud con la que oye todo, crea con la misma virtud con la que juzga lo creado. Por lo tanto, su ver y administrar todo al mismo tiempo es, y administrar es contemplar. Ni con un pensamiento ayuda a los justos, ni con otro condena a los injustos, sino que con una misma fuerza de naturaleza singular, siempre indisímil a sí mismo, dispone lo disímil. ¿Por qué, entonces, admiramos esto de la potencia del Creador, si

vemos las huellas de su virtud también en las criaturas? Pues la naturaleza del barro y de la cera es diversa. Pero el rayo del sol no es diverso, y sin embargo, aunque no sea diverso, son diversas las cosas que opera en el barro y la cera, porque con el mismo calor de su fuego endurece el barro y derrite la cera. Pero tal vez esto esté en la naturaleza del barro o la cera, no en la misma sustancia del sol, que parece operar cosas diversas en naturalezas diversas. Pero Dios omnipotente tiene en sí mismo disponer lo mutable sin mutación, hacer lo diverso sin diversidad de sí mismo, formar lo disímil sin la vicisitud de pensamientos. Por lo tanto, Dios, que nunca es disímil a sí mismo, opera disímilmente lo disímil, que está en todas partes y en todas partes está entero. Dice: "El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies" (Isaías 66, 1). Y de él está escrito: "Que mide el cielo con el palmo, y encierra la tierra con el puño" (Isaías 40, 12).

11. De lo cual es necesario considerar que quien preside al cielo como a un trono, está sobre y dentro de todo. Y quien mide el cielo con el palmo y encierra la tierra con el puño, está exterior, superior e inferior. Para indicar, por tanto, que Dios omnipotente es interior y superior a todo, dijo que el cielo es su trono. Pero para mostrar que rodea todo, afirmó que mide el cielo con el palmo y encierra la tierra con el puño. Él es, por tanto, interior y exterior, inferior y superior: superior gobernando, inferior sosteniendo; interior llenando, exterior rodeando. Así está dentro, como está fuera; así rodea, como penetra; así preside, como sostiene; así sostiene, como preside. Por lo tanto, cuando el alma elevada a sí misma entiende su medida, y reconoce que trasciende todas las cosas corporales, y desde su intelecto se dirige al intelecto del Creador, ¿qué otra cosa hace sino mirar la puerta que está frente a la puerta? Por eso el profeta dice al Creador de todo: "Maravillosa es tu ciencia sobre mí" (Salmo 138, 6), porque por mucho que se esfuerce, el alma no puede penetrarse perfectamente a sí misma, cuánto más la magnitud de aquel que pudo crear el alma. Y cuando en el conocimiento de Dios se fatigaba el intelecto, cansado y desfallecido añadió: "Se ha fortalecido, y no puedo alcanzarla" (Salmo 138, 6). Pero cuando intentamos y nos esforzamos por contemplar algo de la naturaleza invisible, nos cansamos, nos reverberamos, nos repelimos; y si no podemos penetrar los interiores, sin embargo, ya desde la puerta exterior vemos la puerta interior. Pues el mismo trabajo de la consideración es una puerta, porque muestra algo de lo que está dentro, aunque aún no haya poder de entrar. Sigue:

VERS. 14.---Y hizo las fachadas de sesenta codos, y al frente del atrio de la puerta por todo el contorno.

12. Ya hemos dicho muchas veces (Hom. 2, lib. II, n. 7, seq.) que el número seis designa la perfección de la buena obra, no siguiendo aquello que intentaron afirmar los sabios de este mundo, diciendo que por eso el número seis es perfecto, porque se completa numerado en su orden, de modo que cuando se dice uno, dos, tres, se completa el número seis; o porque se divide en tres partes, es decir, sexta, tercera y media, a saber, en uno, dos y tres; sino que decimos que el número seis es perfecto porque, como se dijo antes, Dios completó todas sus obras el sexto día (Génesis 1, 21; 2, 1). Y porque al hombre pecador le dio la ley, que está escrita en diez preceptos, y seis veces diez ascienden a sesenta, correctamente por sesenta codos se designa la perfección de las buenas obras. Lo cual también el Señor en el Evangelio designa claramente, quien, al exponer la parábola del sembrador, dijo: "Otra cayó en buena tierra, y daba fruto que ascendía y crecía, y producía uno treinta, y uno sesenta, y uno ciento" (Mateo 13, 8; Marcos 4, 8; Lucas 8, 8). Pues el fruto de la buena tierra produce treinta cuando la mente ha concebido la perfección de la fe, que está en la Trinidad. Produce sesenta cuando ha producido las obras perfectas de la buena vida. Produce ciento cuando ha progresado hacia la contemplación de la vida eterna. Pues nuestra izquierda es la vida presente, y la derecha es la vida futura. Y correctamente por el número cien se designa la contemplación de la vida

eterna, porque cuando después de treinta y sesenta llegamos al número cien contando, el mismo número cien pasa a la derecha. La fe y la obra aún están en la izquierda, porque aquí, aún puestos, creemos lo que no vemos y obramos para ver. Pero cuando ya el alma se ha elevado a la contemplación de la vida eterna, es como si el cómputo llegara a la mano derecha. Por lo tanto, hizo las fachadas de sesenta codos. Porque por el número sesenta se designa la perfección, ¿qué se designa por las fachadas del edificio sino las mismas obras que se ven exteriormente? Pues dar la palabra de la predicación, dar alimento a los hambrientos, dar vestimenta a los que tienen frío, y soportar pacientemente las adversidades por la buena obra, ¿qué otra cosa son sino las fachadas del edificio celestial? porque la belleza de las obras exteriores adorna la morada de Dios, que aún está oculta en el interior. Pero estas fachadas tienen un atrio por todo el contorno, porque en esto son grandes las obras, si en la mente las dilata la amplitud de la caridad. Pues de la caridad está escrito: "Tu mandamiento es muy amplio" (Salmo 118, 96). De esta misma caridad el salmista dice: "Has puesto mis pies en un lugar espacioso" (Salmo 31, 9).

13. Pero he aquí que, mientras hablo, se me ocurre cómo es de amplia la caridad. Si a través de la caridad se llega a Dios, y la Verdad misma dice: Entrad por la puerta estrecha (Mateo 7, 13). Y nuevamente escucho al salmista diciendo: Por las palabras de tus labios, yo he guardado caminos duros (Salmo 16, 4). Y en el Evangelio el Señor dice: Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mateo 11, 30). ¿Cómo, entonces, es amplia la caridad si la puerta es estrecha? ¿O cómo es suave el yugo y ligera la carga si en los mandamientos de Dios se guardan caminos duros? Pero esta cuestión nos la resuelve rápidamente la misma caridad, porque el camino de Dios es estrecho para los que comienzan, y amplio para los que ya viven perfectamente. Y son duras las cosas que proponemos espiritualmente al alma contra la costumbre, y sin embargo, la carga de Dios es ligera, una vez que comenzamos a llevarla, de tal manera que por amor a Él incluso la persecución agrada, y toda aflicción por Él se convierte en dulzura del alma, como también los santos apóstoles se alegraban cuando soportaban azotes por el Señor (Hechos 5, 41). Así, la puerta estrecha se hace amplia para los que aman, los caminos duros se vuelven suaves y llanos para los que corren espiritualmente; pues el alma sabe que por los dolores temporales recibe gozos eternos, y comienza a amar lo que le aflige. El atrio, pues, ante sus frentes es la amplitud del amor en la perfección de la obra.

14. Y es de notar que se dice "Por todas partes alrededor", para que el hombre, en todo lo que hace, siempre se expanda en la amplitud de la caridad, para que ni el temor ni el odio lo estrechen. Si alguien, pues, habla de la palabra de Dios, y no guarda en su mente la caridad que predica, tiene la fachada del edificio, pero no tiene el atrio ante la fachada. Si alguien da limosna a los necesitados, y tal vez por esto se ensalza en su corazón, y no ayuda a la necesidad del prójimo por caridad, sino que se ensalza en silencio, muestra la fachada en el edificio, pero no ha hecho el atrio junto a la fachada. Si alguien tolera las injurias infligidas por el prójimo, y soporta en silencio los males que se le imputan, es grande la paciencia que demuestra, pero si no tiene dolor en el corazón, si busca ganar para la tranquilidad de la mansedumbre incluso a aquel que ha actuado mal. Pues si aplicando la paciencia exteriormente retiene el dolor en su interior, y no ama a quien soporta, tiene la fachada en el edificio, pero no tiene el atrio ante la fachada, porque quien se somete a la angustia de los odios, ciertamente ha perdido la amplitud de la caridad. Pues como ya dijimos en la parte superior (Hom. 9, especialmente n. 22, y sig.), la verdadera paciencia es la que ama incluso a aquel a quien soporta. Porque tolerar, pero odiar, no es virtud de mansedumbre, sino un velo de furia. Y es de notar que este mismo atrio se llama puerta. Nuestra puerta es la entrada al reino. Y amar perfectamente a Dios y al prójimo ya es tender hacia la entrada del reino. En la

medida en que alguien ama, en esa medida se acerca a la entrada. En la medida en que descuida amar, en esa medida se niega a entrar, porque ni siquiera se esfuerza por ver lo que desea. Entonces tenemos el atrio de la puerta, cuando por la amplitud de la caridad ya entramos por deseo a la vida suprema que aún no podemos alcanzar. Así que cuando se realiza una buena obra hacia el prójimo, queda por discernir la intención de esa misma buena obra, si no busca la retribución de la gracia presente, sino que el alma dirige su esperanza hacia la promesa futura, para que de lo temporal espere lo eterno, de lo terrenal lo celestial. Pues la esperanza de las cosas celestiales fortalece la mente, para que no sea sacudida por las olas de los tumultos terrenales. De la cual también se dice por Pablo: La cual tenemos como ancla del alma segura y firme, y que penetra hasta el interior del velo (Hebreos 6, 19). De esos interiores aquí también se añade:

VERS. 15.---Y ante la cara de la puerta que llegaba hasta la cara del vestíbulo de la puerta interior, cincuenta codos.

15. Lo que se dice en este lugar, "Ante la cara de la puerta", no describe un lugar exterior, sino interior ante la puerta, ya que se dice que llega hasta la cara del vestíbulo de la puerta interior. Por lo cual también se dice que el mismo lugar está medido en cincuenta codos. Pues el número cincuenta significa el descanso eterno. El número siete tiene su perfección, porque en ese día se completó el número de días. Y por la ley se dio el sábado para el descanso (Éxodo 20, 8, 10). Pero el número siete multiplicado por sí mismo llega a cuarenta y nueve, al cual si se le añade uno, se llega a cincuenta, porque toda nuestra perfección estará en la contemplación de aquel uno, en cuya visión ya no habrá falta de salvación y gozo. De ahí que también el jubileo, es decir, el año cincuenta, se dio para el descanso, porque quien haya llegado a los gozos eternos del Dios omnipotente, ya no tendrá trabajo ni gemido.

16. Es de notar que el lugar que se describe como extendido por cincuenta codos, se recuerda que llega hasta la cara del vestíbulo de la puerta interior. Por lo tanto, el profeta no describe aquí ya el vestíbulo de la puerta interior, sino el lugar interior que se extiende hacia el vestíbulo de la puerta interior. Por el cual lugar, como dijimos, se significa nuestra esperanza, que mientras busca el descanso eterno, lleva la mente al vestíbulo de la puerta interior. Pues el mismo hecho de que deseamos las cosas celestiales, que suspiramos por los gozos prometidos, que buscamos el descanso de la vida eterna, ya nos acerca a la cara del vestíbulo interior. Por lo tanto, que se signifique por la puerta la fe, por el atrio la caridad, y por el lugar que se acerca a la cara del vestíbulo de la puerta interior se figure la esperanza, sin las cuales tres virtudes, quien ya puede usar la razón, no puede entrar al edificio celestial. Por lo tanto, que se tenga la fe en la puerta, que introduce a la inteligencia, la caridad en el atrio, que dilata la mente en amor; la esperanza en el lugar que se describe con cincuenta codos, porque a través de los deseos y suspiros introduce el alma a los secretos gozos del descanso. De este descanso, aunque aún no vemos la luz de la verdad como es, ya sin embargo vemos algo a través de las rendijas de la inteligencia. Por lo cual aquí se añade:

VERS. 16.---Y ventanas oblicuas en las cámaras.

17. En las ventanas oblicuas, la parte por la que entra la luz es angosta, pero la parte interior que recibe la luz es amplia, porque las mentes de los contemplativos, aunque vean algo tenue de la verdadera luz, sin embargo, se dilatan en gran amplitud en sí mismas. Y estas mismas cosas que contemplan apenas pueden captar. Pues es muy exiguo lo que los contemplativos ven de la eternidad, pero de ese mismo exiguo se ensancha el seno de las mentes en aumento de fervor y amor; y de ahí se hacen amplias en sí mismas, de donde admiten la luz de la verdad como por estrecheces. Esta magnitud de la contemplación, porque no puede

concederse sino a los que aman, se dice que hay ventanas oblicuas en las cámaras, o en aquellas que junto a las cámaras no están ya afuera, sino que se dice que están adentro. Pues de estas mismas ventanas se añade:

IBID.---Y en las frentes de ellas que estaban dentro de la puerta por todas partes alrededor.

18. Estaban en las cámaras, y también en las frentes de ellas, que estaban construidas dentro de la puerta por todas partes alrededor, porque quien tiene el corazón adentro, también recibe la luz de la contemplación. Pues quienes aún piensan desmesuradamente en las cosas exteriores, ignoran las rendijas de la contemplación del eterno resplandor. Porque no se capta esa infusión de luz incorpórea con las imágenes de las cosas corporales, porque mientras se piensan solo las cosas visibles, la luz invisible no se admite en la mente. Pero quien ya se dedica a la luz de la contemplación, debe cuidar mucho de mantener siempre la mente en humildad, nunca se ensalce por la gracia que se le infunde, y considere cómo son las ventanas oblicuas que significan las mentes de los contemplativos. Pues a través de las ventanas oblicuas entra la luz, y no entra el ladrón, porque quienes son verdaderos contempladores siempre mantienen el sentido en humildad, y a sus mentes entra la inteligencia de la contemplación, pero no entra la jactancia de la soberbia. Y así las ventanas están abiertas, y están protegidas, porque la gracia que las llena está abierta en sus mentes, y sin embargo no permiten que el adversario entre en ellas por la soberbia.

19. Es de notar que se recuerda que hay ventanas oblicuas dentro de la puerta por todas partes alrededor. Pues la gracia de la contemplación no se da solo a los más altos y no a los más pequeños, sino que a menudo la perciben los más altos, a menudo los más pequeños, más frecuentemente los alejados, y a veces incluso los casados. Si, pues, no hay oficio de los fieles del que pueda excluirse la gracia de la contemplación, quien tiene el corazón adentro también puede ser iluminado por la luz de la contemplación, porque dentro de la puerta por todas partes alrededor se construyeron ventanas oblicuas, para que nadie se gloríe de esta gracia como de una singularidad. Nadie estime tener el don de la verdadera luz como algo privado, porque en lo que cree tener como algo principal, a menudo otro es más rico, a quien no pensaba que tuviera algo bueno. Por lo cual aquí también se añade adecuadamente:

IBID.---De igual manera había ventanas en los vestíbulos por dentro alrededor.

20. Después de haber dicho ventanas en las frentes, añade ventanas en los vestíbulos por dentro alrededor, porque no solo los altos miembros de la santa Iglesia que sobresalen tienen la gracia de la contemplación, sino que a menudo este don también lo perciben aquellos miembros que, aunque ya por deseo se elevan a lo más alto, sin embargo, aún por oficio yacen en lo más bajo. Pues si el Dios omnipotente no infundiera la luz de la contemplación también a aquellos que parecen despreciados, no habría ventanas en los vestíbulos. Vemos, pues, a otros en los lugares más altos de la santa Iglesia hablando de cosas sublimes sobre las celestiales, con admirable dedicación, en cuanto la mente iluminada lo permite, escudriñando los secretos de la patria celestial: son ventanas en las frentes. Pero otros están contenidos en el seno de la santa Iglesia, y parecen despreciados a los ojos humanos, pero en sí mismos se dedican a los estudios de la sabiduría, anhelan las cosas celestiales, y en cuanto pueden, consideran cuáles son los gozos eternos: son ventanas oblicuas, pero en los vestíbulos.

21. Bien se dice "alrededor", porque toda investigación de cosas secretas tiene un giro, mientras en su pensamiento el alma dice: ¿Será esto? ¿Será aquello? Casi da vueltas, para encontrar lo que busca. Cuando la luz incircumscripita comienza a irrumpir en el conocimiento, casi un rayo de verdad viene a través de una ventana oblicua. Pues en nuestra

contemplación avanzamos mucho dando vueltas con pensamientos, así como a menudo buscamos ejemplos de los buenos para avanzar en las costumbres. Pues cuando ya el alma piensa en pasar a cosas mejores, busca lo que pueda escuchar mejor de otros, ahora examina la vida de este, ahora la de otro santo. Por lo cual un cierto elegido, que había extendido los ojos de su mente por todo el mundo en el amplio seno de la santa Iglesia, buscando la vida de los buenos para imitarla, decía: Daré vueltas y ofreceré en el tabernáculo de Dios un sacrificio de júbilo (Salmo 26, 6). He aquí que para ofrecer el sacrificio de júbilo daba vueltas, porque si no enviara su alma aquí y allá para buscar la vida de los buenos, no llegaría hasta el sacrificio de júbilo. Pero cuando los santos varones son llevados a los lugares más altos dentro de la santa Iglesia, su vida se pone casi en un espejo, para que todos vean los bienes que deben imitar. Por lo cual aquí también se añade adecuadamente:

IBID.---Y ante las frentes una pintura de palmas.

22. ¿Qué se designa por las palmas, sino los premios de la victoria? Pues se suelen dar a los vencedores. Por lo cual de aquellos que en el combate del martirio vencieron al antiguo enemigo, y ya victoriosos se alegraban en la patria, está escrito: Y palmas en sus manos, y clamaban con gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero (Apocalipsis 7, 9). Tener palmas en las manos es haber sostenido victorias en la obra. La palma de esa obra se retribuye allí donde ya se goza sin contienda. Por lo cual aquí no se dice: Palmas ante las frentes, sino ante las frentes una pintura de palmas. Pues allí se verá la palma de la victoria, donde ya se gozará sin fin. Pues aquí a menudo vemos a los santos varones hacer cosas admirables, realizar muchas virtudes, limpiar leprosos, expulsar demonios, con el tacto ahuyentar enfermedades del cuerpo, predecir el futuro con espíritu de profecía. Todas estas cosas no son aún palmas, sino aún una pintura de palmas, pues a veces se dan también a los reprobos. Por lo cual la Verdad dice en el Evangelio: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? Y entonces les confesaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad (Mateo 7, 22, 23). Un solo signo de elección es la solidez de la caridad, como está escrito: En esto se sabrá que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan 13, 35). Pero estos milagros, cuando los hacen los elegidos, los hacen de manera muy diferente a los reprobos, porque lo que los elegidos hacen por caridad, los reprobos se esfuerzan por hacerlo por soberbia. Pero para esos mismos elegidos, incluso las maravillas que hacen por caridad no son ya palmas, sino aún una pintura de palmas, porque de ellas se muestra exteriormente cómo son interiormente ante el Señor omnipotente. Allí, sin embargo, será la palma para ellos, donde ya no habrá contienda de muerte. Pues el predicador egregio vio entonces la verdadera palma dada a los vencedores, cuando previó la resurrección de los muertos, como dice: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? (1 Corintios 15, 53, y sig.). Entonces será la victoria perfecta, cuando la muerte haya sido plenamente absorbida. En todo lo que ahora vemos que se hace maravillosamente con señales, no vemos ya la victoria misma, sino aún las imágenes de la victoria. Porque a menudo se dan virtudes y señales a los santos, incluso en lugares más altos, para que otros sean incitados a buenas obras, se muestra la pintura de palmas ante las frentes del edificio interior. Que esto sea suficiente para el día de hoy, para que, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, quien vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VI. Solo se explican tres versículos, y se muestra cuánta perfección ha brillado en los cristianos, especialmente en los apóstoles.

1363 1. Después de que el profeta, insinuando las ventanas oblicuas de la gracia de la contemplación, ha hablado mucho, dice que fue llevado afuera y recuerda haber visto los tesoros. ¿Qué otra cosa se designa en estos tesoros sino la ciencia de los doctores? Pero correctamente se puede preguntar en este asunto, ya que los santos doctores enseñan cosas espirituales e internas, ¿por qué el profeta dice que fue llevado afuera y vio los tesoros afuera? Pero debe saberse que una cosa es la contemplación que ve tanto como no puede expresar con palabras, y otra es la ciencia y doctrina, que ve tanto como puede expresar con la lengua. Pues en comparación con aquella luz que no puede expresarse con palabras, casi todo esto que puede expresarse con palabras está afuera. Dice, pues:

EZEQUIEL 40, 17.---Y me llevó al atrio exterior, y he aquí tesoros, y un pavimento cubierto de piedra en el atrio alrededor.

2. Porque en griego φυλάττειν significa guardar, y gaza en lengua persa significa riquezas, el lugar donde se guardan las riquezas se suele llamar tesoro. ¿Qué se designa, pues, por los tesoros, sino, como dijimos antes, los corazones de los doctores llenos de las riquezas de la sabiduría y la ciencia? Pues, según la voz de Pablo: A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia en el mismo Espíritu (1 Corintios 12, 3). Hay algunos que por don de gracia entienden incluso aquellas cosas que no han escuchado ser expuestas por los doctores; estos han recibido la palabra de sabiduría. Y hay algunos que no pueden entender por sí mismos lo que han oído, pero retienen lo que han leído en los expositores, y sabiamente pronuncian lo que han aprendido leyendo. ¿De dónde, pues, están llenos estos sino de la palabra de ciencia? Aunque esto también puede entenderse de otra manera, porque la sabiduría pertenece a la vida, y la ciencia a la doctrina. Quien, pues, vive bien y predica prudentemente, se llama correctamente tesoro del edificio espiritual, porque de su boca se dispensan las riquezas celestiales. Estas riquezas verdaderas las vio el mismo maestro de las naciones en los discípulos, cuando decía: Habéis sido enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia (1 Corintios 1, 5). Por lo tanto, en el edificio de la santa Iglesia se construyen tesoros, porque abunda en las riquezas de la ciencia la lengua de los doctores. Estas son verdaderas riquezas, lo declara la Verdad misma, cuando dice de las riquezas transitorias: El engaño de las riquezas ahoga la palabra (Mateo 13, 22). Pues la sabiduría y la ciencia de la doctrina espiritual son verdaderas riquezas, en comparación con las cuales las que pueden pasar se llaman falsas. De estas riquezas se dice por Salomón: Un tesoro deseable reposa en la boca del sabio (Proverbios 21, 20). Excepto que las riquezas espirituales conducen a la patria eterna, hay una gran diferencia con las riquezas terrenales, porque las riquezas espirituales, cuando se distribuyen, aumentan, pero las riquezas terrenales o se distribuyen y disminuyen, o se retienen y no son útiles. Quien, pues, contiene en sí estas verdaderas riquezas, se llama correctamente tesoro.

1365 3. Y esos mismos tesoros tienen un pavimento alrededor, porque a ellos se adhiere y subyace la humildad de los oyentes. Ese pavimento, correctamente dispuesto con piedra en el atrio, se dice, porque en la amplitud de la caridad están unidas entre sí las almas fieles. Y se les llama piedras por la fortaleza de su fe, y están dispuestas en el pavimento en la estructura de la humildad. El apóstol Pedro había contemplado estas mentes fieles fuertes en la fe, cuando decía: "Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual" (I Pedro II, 5). De estas piedras de la santa Iglesia, el Señor dice por medio de Isaías: "Pondré jaspe en tus baluartes, y tus puertas en piedras talladas, todos tus límites en piedras deseables, todos

tus hijos enseñados por el Señor" (Isaías LIV, 12). Porque el Dios omnipotente ha puesto los baluartes de la santa Iglesia como jaspe, que es una piedra de color verde, porque ha consolidado las mentes de sus predicadores con el amor de la verdor interior, para que desprecien todas las cosas transitorias, no deseen nada en este mundo que termina, y desprecien todas sus alegrías como secas. Por eso, el mismo pastor de la Iglesia, llamando a sus oyentes a los pastos de la verdor eterna, habla de Dios, diciendo: "Según su gran misericordia, nos ha regenerado para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos" (I Pedro I, 3, 4).

4. Las puertas de esta santa Iglesia se colocan en piedras talladas, porque aquellos por cuya voz entramos a la vida eterna, al mostrar en sí mismos las obras santas que han sido divinamente ordenadas, las han mantenido como talladas en ellos. Porque las puertas no serían talladas, sino puras, si emitieran voz pero no mostraran en sí mismas las obras santas. Pero cuando muestran que viven según lo que hablan, son puertas, porque conducen al interior; y talladas, porque viviendo guardan lo que dicen a otros. Vemos que todos los límites de esta santa Iglesia están puestos en piedras deseables, cuando en ella contemplamos a los fieles fuertes en la fe y la caridad. Y para mostrar qué piedras son, añadió: "Todos tus hijos enseñados por el Señor" (Isaías LIV, 13). Lo que Isaías vio como todos los límites de la Iglesia en piedras deseables, Ezequiel lo describió como un pavimento de piedra dispuesto alrededor, porque aún sobre los tesoros añade:

IBID.---Treinta tesoros alrededor del pavimento.

5. El número diez siempre se toma por la perfección, porque en la custodia de los diez mandamientos de la ley se contiene. En efecto, la vida activa y contemplativa están unidas en los mandamientos del Decálogo, porque en él se ordena guardar el amor de Dios y el amor al prójimo. El amor de Dios pertenece a la vida contemplativa, y el amor al prójimo a la activa. Pero cada doctor, para expandirse plenamente en la vida activa y elevarse vigilante en la contemplativa, debe ser perfecto en la fe de la santa Trinidad. Por eso se recuerda que esos tesoros son treinta, para que cuando el diez se multiplica por tres, la vida y la lengua del doctor se solidifiquen en la Trinidad.

6. Pero en este asunto debemos observar atentamente, 1366 que el profeta, después de describir los tesoros, añadió: "Pavimento alrededor". Y más adelante añadió: "Tesoros alrededor del pavimento". De modo que tanto los tesoros están alrededor del pavimento, como el pavimento alrededor de los tesoros. El pavimento y los tesoros están dispuestos en tal orden, que los tesoros están entre el pavimento y el pavimento entre los tesoros. Esto, hermanos, no es sin gran misterio, que se diga que el pavimento está alrededor de los tesoros, y que se narre que los tesoros están alrededor del pavimento. Porque el pavimento tiene tesoros alrededor, ya que la lengua de los doctores instruye y custodia diariamente la vida de los oyentes. Los buenos doctores, en las palabras de la santa instrucción, a veces con dulzura, a veces con la aspereza de la reprensión, vigilan para defender la vida de sus oyentes de los vicios. Pero esos mismos tesoros también tienen pavimento alrededor, porque a menudo el corazón de los doctores es tocado por las tentaciones de los vicios, de modo que a veces se eleva por la soberbia de la jactancia, a veces se inflama por los estímulos de la ira. Pero cuando consideran la vida de los buenos oyentes, y piensan que ha progresado por sus exhortaciones, se avergüenzan de no ser tales como, con Dios como autor, ven que otros han llegado a ser por ellos, y se establecen en su mente antes de caer plenamente en la culpa. Porque cuando sus propias palabras vuelven a la memoria de los doctores, se avergüenzan de no guardar lo que dicen. Por eso también se dice por Salomón: "El alma del trabajador trabaja

para sí, porque su boca lo ha impulsado" (Proverbios XVI, 26). Nuestra boca nos impulsa al trabajo, cuando por lo que decimos nos refrenamos de los vicios, porque es demasiado vergonzoso caer por negligencia donde hemos intentado levantar a otros predicando. Por lo tanto, los tesoros tienen pavimento alrededor, porque la gran custodia de los doctores es la vida venerable de los oyentes. Y su propio discurso se convierte en ayuda para ellos, porque se avergüenzan de no resistir a los vicios que han armado a otros contra ellos.

7. Porque mientras vivimos en esta vida, ¿qué otra cosa hacemos sino estar en batalla contra los espíritus malignos? Como hemos dicho antes, el ánimo del doctor tal vez es golpeado por alguna elevación. Pero ya sea para no perecer él mismo, o para no arrastrar a otros a la perdición por su ejemplo, se observa vigilante y rápidamente, se remuerde en sus pensamientos; al recordar la vida de sus oyentes, se humilla a sí mismo, y actúa con todos los medios posibles para que la elevación no gobierne en su mente, ni domine en su obra. Porque está escrito: "El principio de todo pecado es la soberbia" (Eclesiástico X, 15). ¿Cuál será entonces el fruto de la buena obra ante los ojos de Dios, si se pudre desde la raíz de la elevación? A menudo, como se ha dicho, su ánimo es tentado por la ira; pero rápidamente se recoge a sí mismo observando, y al deprimirse con el peso de la disciplina, actúa para que el movimiento del ánimo no pase a la palabra, ni estalle en la voz. Y así, la ira del ánimo perturbado, donde surge por negligencia, allí muere sofocada por el juicio. Por lo cual se actúa para que del pecado concebido el ánimo engendre virtud, porque aunque no quiso custodiarse fuertemente para no levantarse al movimiento, sin embargo, en la conmoción se venció fuertemente. Por eso bien se dice por Salomón: "Mejor es el paciente que el hombre fuerte, y el que domina su ánimo que el conquistador de ciudades" (Proverbios XVI, 32). Rectamente se prefiere al paciente sobre el conquistador de ciudades, porque en aquella acción de victoria el hombre es vencedor de hombres, pero en esta mansedumbre de paciencia el ánimo es vencedor de sí mismo. Sigue:

VERS. 28.---"Y el pavimento en el frente de las puertas según la longitud de las puertas era inferior".

8. Si referimos la longitud de las puertas al lugar donde las puertas fueron construidas, según la longitud de las puertas el pavimento era inferior, porque cuanto podía sostener el lugar de las puertas, tanto se extendía el pavimento que estaba inferior. Por lo tanto, la longitud del pavimento no era diferente de las puertas, pero sin embargo, la igualdad del pavimento no era con las puertas. ¿Qué significa entonces que el pavimento era igualmente largo que las puertas, pero no igual, sino que la vida de los pueblos dista mucho de la vida de los doctores? Porque aunque, tendiendo hacia los reinos celestiales, tienen la misma longanimidad de esperanza, no tienen sin embargo los mismos estudios de vida. Por lo tanto, el pavimento se extiende igualmente en longitud, porque los oyentes retienen en sí la misma fe, la misma esperanza que es seguro que tienen los predicadores. Pero el pavimento yace inferior, para que todos los oyentes reconozcan que sus predicadores los superan mucho en méritos. Pero si debemos entender la longitud de las puertas como su altura, como dijimos anteriormente, ya que, como se escribió poco después, se ascendía a las puertas por escalones, tanto el pavimento yace inferior cuanto cada puerta se eleva en altura. Porque cuanto más santa es la vida del doctor, tanto más humilde se vuelve el sentido del oyente. Y se desprecia a sí mismo, cuando percibe que la vida de su predicador se eleva a gran altura. Porque tal vez puede imitar algunas de sus buenas obras, otras no puede. En lo que prevalece, progresa; en lo que no prevalece, crece en humildad. Y esto mismo, por lo tanto, es para él un avance, lo que no es imitable para su progreso.

9. Pues si consideramos lo que leemos dicho y hecho por nuestros predicadores, conocemos en qué altura se han elevado las puertas. Porque, para no hablar de la manifestación de los signos, hablemos de las virtudes de los corazones. Ciertamente Pablo, que dice que murió a la ley por la ley, porque para creer en Cristo, esto mismo le predicó la ley (Romanos II, 10), encendido con gran ardor de fe, no quiso guardar carnalmente los preceptos de la ley, prohibió que se hiciera la circuncisión entre los gentiles. Y cuando el apóstol Pedro quiso que se guardara aún la costumbre de la circuncisión de la ley, le resistió en la cara, y dice que en esto fue reprehensible (Gálatas II, 11). Y este su celo, hablando a los discípulos, no solo lo llama culpa, sino, lo que es más, hipocresía, es decir, simulación, diciendo: "Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí en la cara, porque era reprehensible" (Ibid., 11). Y poco después: "Y a su simulación consintieron los demás judíos" (Ibid., 13). Pero el mismo primer apóstol, cuando amonestaba mucho a los discípulos, y reconocía que algunos detractaban de los escritos de Pablo, dice: "Como nuestro querido hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, os escribió, hablando en ellos de estas cosas en las que hay algunas difíciles de entender, que los indoctos e inestables tuercen, como las demás Escrituras, para su propia perdición" (II Pedro III, 1). He aquí que Pablo escribió en sus Epístolas que Pedro era reprehensible, y he aquí que Pedro en sus Epístolas afirma que Pablo es admirable en lo que escribió. Ciertamente, si Pedro no hubiera leído las Epístolas de Pablo, no las habría alabado. Si las leyó, encontró que allí se decía que él era reprehensible. Por lo tanto, el amigo de la verdad alabó incluso lo que fue reprendido, y le agradó incluso esto mismo, porque no le agradó en lo que había sentido de manera diferente a como debía. Y se dio a sí mismo al consenso de su hermano menor, y en este asunto se convirtió en seguidor de su menor, para que incluso en esto fuera el primero, de modo que quien era el primero en el culmen del apostolado fuera también el primero en humildad. Considerad, pues, hermanos amadísimos, en qué vértice de la mente se mantuvo quien alabó aquellas Epístolas en las que se escribió que él era vituperable. ¿Qué mansedumbre tan grande pudo ser esa, qué tranquilidad de ánimo, qué solidez de mente, y qué imperturbabilidad de pensamiento? He aquí que es reprendido por su menor, y no se desdena de ser reprendido. No recuerda que fue el primero en ser llamado al apostolado, no que recibió las llaves del reino de los cielos, no que cualquier pecado que desatara en la tierra, sería desatado también en el cielo (Mateo IV, 18; XVI, 19, ss.), no que caminó sobre el mar con sus pies (Mateo XIV, 29), no que levantó a los paralíticos en el nombre de Jesús ordenando (Hechos IX, 33), no que sanó a los enfermos con la sombra de su cuerpo (Ibid. V, 15), no que mató a los mentirosos con su palabra (Ibid. V, 10), no que resucitó a los muertos con oración (Ibid. IX, 40). Para que no se desdenara de escuchar palabras de reprensión, repudió de su memoria todos los dones que había recibido, para que retuviera un solo don de humildad con firmeza. ¿Quién de nosotros, si hubiera hecho siquiera un signo extremo, al ser reprendido por un hermano menor, escucharía pacientemente las palabras de reprensión? Porque no hemos hecho ningún signo, y si alguien tal vez nos reprende por nuestra acción, inmediatamente nos hinchamos, pensamos en silencio que somos grandes, traemos a la mente virtudes que ni siquiera tenemos. Pero, por el contrario, Pedro permaneció humilde con virtudes en la reprensión, pero la puerta se elevó en altura. Sin embargo, no podemos imitar esta mansedumbre tan grande; pero porque somos pavimento, yacemos mucho más abajo.

10. Hay algunos que no consideran a Pedro, el príncipe de los apóstoles, sino a otro con ese nombre que fue reprendido por Pablo. Si hubieran leído más cuidadosamente las palabras de Pablo, no dirían esto. Porque Pablo, al decir: "Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí en la cara" (Gálatas II, 11), para mostrar de qué Pedro hablaba, al principio de su narración, dijo: "Me fue confiado el Evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión. Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre

los gentiles" (Ibid., 7, 8). Por lo tanto, está claro de qué Pedro habla Pablo, a quien también llama apóstol, y narra que estuvo a cargo del Evangelio de la circuncisión.

11. Y hubo algunos que dijeron que la segunda Epístola de Pedro, en la que se alaban las Epístolas de Pablo, no fue suya. Pero si quisieran considerar las palabras de esa misma Epístola, podrían haber pensado de manera muy diferente. Porque en ella está escrito: "Voz que descendió a él de la gloria magnífica: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido" (II Pedro I, 17). Y se añade: "Y esta voz la oímos nosotros, cuando estábamos con él en el monte santo" (Ibid., 18). Que lean el Evangelio, y reconocerán de inmediato que cuando esa voz vino del cielo, el apóstol Pedro estaba en el monte con el Señor. Por lo tanto, él mismo escribió esta Epístola, quien escuchó esa voz en el monte sobre el Señor.

12. Pero porque hemos dicho poco sobre Pedro, ahora, si os place, volvamos a la mansedumbre de Pablo, y consideremos si podemos, aquel que es de tanto ardor en el celo de la predicación, que no perdonaría ni siquiera al primero de los apóstoles, cuánta mansedumbre tuvo en el estudio de la longanimidad. Pero callemos que fue azotado tres veces con varas, que fue apedreado una vez, que naufragó tres veces, que estuvo una noche y un día en el abismo del mar, que de los judíos recibió cinco veces cuarenta menos uno (II Corintios XI, 2, 3, ss.). Porque los males que nos infligen los enemigos abiertos nos conmueven menos al ánimo hacia la ira: lo que más suele doler es lo que sufrimos de los propios. Por eso, también por el salmista, la misma Verdad habla contra su traidor, diciendo: "Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado. Pero tú, hombre de mi intimidad, mi guía y mi conocido, que juntos disfrutábamos de dulces banquetes" (Salmo LIV, 15). Consideremos, pues, si podemos, el apóstol Pablo, que fue tan paciente entre los perseguidores, cuán manso fue entre los discípulos. Ciertamente, al llegar a Corinto, apartó a los corintios del servicio de los ídolos, les dio a conocer quién era el verdadero Dios, y les predicó las alegrías de la vida eterna. Y cuando había reunido una gran multitud de pueblo en la fe, soportó allí tal escasez, que sufrió una grave necesidad de su sustento. Y no recibió el pan de la tierra de los discípulos, a quienes predicó el pan del cielo. Insistía en la palabra por la vida de los oyentes, insistía en el trabajo de sus manos por la vida de su cuerpo (I Corintios IV, 12; I Tesalonicenses II, 9; II Tesalonicenses III, 8). También de otras tierras se le enviaban estipendios por los discípulos, para que pudiera predicar a los corintios. Porque él mismo, después, les habla a esos mismos corintios por Epístola, diciendo: "Cuando estuve entre vosotros, y tuve necesidad, a nadie fui carga; porque lo que me faltaba lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia" (II Corintios XI, 9). A quienes también les dijo como gran reproche: "A otras iglesias despojé, recibiendo estipendio para vuestro ministerio" (Ibid. 8). Consideremos, pues, si podemos, de quién fue esta mansedumbre, predicar el pan del espíritu, y no recibir el pan de la carne; instruir los corazones de los oyentes sobre las riquezas eternas, y entre esos mismos discípulos fieles y abundantes sufrir hambre; sufrir necesidad entre los saciados, y sin embargo no decir lo que sufría; no decir lo que sufría, y sin embargo no dolerse; ver los duros corazones de los oyentes tenaces hacia él, y no desistir de la predicación. Porque como testifican los Hechos de los Apóstoles, predicó continuamente en esa misma ciudad durante un año y seis meses (Hechos XVIII, 11). Y cuando se hubo apartado de esos mismos corintios, después les escribió lo que soportó estando entre ellos (II Corintios XI, 23 ss.). ¿Por qué, entonces, nunca les dijo esto mientras vivía entre ellos? Para que lo que no se había hecho por buena voluntad hacia él, no se hiciera por mandato; y cuando se conociera su misericordia, permaneciera desconocida la voluntad. ¿Por qué, entonces, lo escribe después, estando lejos? Para que de ninguna manera los discípulos quedaran sin corregir, y tal como fueron con el maestro en tenacidad, fueran también con otros hermanos. Verdaderamente en esto Pablo, verdaderamente maestro de los gentiles,

descuidando lo suyo, cuidando lo ajeno, cumplió lo que había predicado: "Nadie busque lo suyo, sino lo de los demás. Y no pensando cada uno en lo suyo, sino en lo de los demás" (I Corintios X, 24). ¿Cuánta es, por tanto, esta virtud de la mansedumbre? ¿Cuánta tranquilidad de espíritu? ¿Quién de nosotros, si hubiera convertido a un solo rico de este mundo al servicio del Dios omnipotente, y se viera necesitado, y aquel no le proporcionara sustento para la vida, no habría desesperado inmediatamente de su vida? ¿Quién no diría que ha trabajado en vano? ¿Quién no enmudecería en su exhortación, al no ver que primero en sí mismo lleva el fruto de la buena obra?

13. Pero Pablo, fortalecido en la cima de las virtudes por la mansedumbre, perseveró, predicó, amó y completó el bien que había comenzado, y al soportar y persistir, condujo los corazones de los discípulos hacia la misericordia (II Cor. IX, 3, 4, sig.). Pues indicando que conocía su progreso, escribe en la misma Epístola: "Acerca del ministerio que se realiza para los santos, es de abundancia que os escribo. Porque conozco vuestra disposición, por la cual me glorío de vosotros ante los macedonios, ya que Acaya está preparada desde el año anterior, y vuestra emulación ha provocado a muchos" (Ibid., 1). De los cuales dice nuevamente: "No solo comenzasteis a hacer, sino también a querer desde el año anterior" (II Cor. VIII, 10). En los cuales, en efecto, no buscaba tanto las obras como los piadosos deseos, y sin duda alababa más los piadosos deseos que las obras. Sin embargo, es de notar que esta misma consolación tiene reproche, cuando se dice: "Desde el año anterior". Hicieron el bien, pero tarde, y por eso el maestro lo alababa no sin reproche. Pues es médico, aplica el medicamento a la herida, que tanto cura lo que está purificado como muerde lo que se encuentra podrido. Pero soportando y predicando, completó lo que comenzó. Y con la admirable virtud de la longanimidad, ablandó la dureza de los discípulos hacia las entrañas de la misericordia, porque la longitud de la puerta se elevó en altura. Pero nosotros, débiles, no somos idóneos para imitar la longanimidad de tan gran mansedumbre, porque evidentemente somos pavimento, y yacemos despreciados en nuestras costumbres.

14. He aquí que mientras hablo de dos líderes del ejército celestial, también viene a la memoria el mártir Esteban, quien, capturado por el nombre de su Creador y llevado al medio de sus perseguidores, permaneció intrépido, enseñó con confianza y, por el celo de la verdad, reprendió fuertemente a sus perseguidores, diciendo: "Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo" (Act. VII, 51). Y cuando ellos corrían hacia las piedras y lo mataban a pedradas, dobló la rodilla y oró por esos mismos perseguidores, diciendo: "Señor, no les imputes este pecado" (Ibid., 59). ¿Qué virtud es esta, que así arde de celo, que a aquellos por quienes era retenido les decía con confianza los reproches de su perfidia; y así amaba, que incluso en la muerte oraba por aquellos por quienes moría? Así, en efecto, ardía de celo, como si no tuviera nada de mansedumbre; y así permaneció manso en su amor por ellos, como si no tuviera nada de fervor contra ellos. Consideremos entre esto dónde yace la culpa de nuestra conciencia. ¿Quién de nosotros, si al menos recibe una injuria de palabra de un prójimo, no devuelve inmediatamente la injuria, no se conmueve profundamente, no estalla en odio, no olvida el precepto del amor? Pero esto pudo hacerlo el bienaventurado Esteban por la gracia del Dios omnipotente, porque alzándose en altura fue una puerta. Esto nosotros, miserables, no podemos imitar con nuestra virtud, porque yacemos muy por debajo como pavimento.

15. ¿Qué decimos nosotros en nuestra admiración por la vida de los santos, cuando incluso los antiguos padres, considerando la vida de los predicadores de la santa Iglesia, se admiraron mucho? ¿No admiró el salmista su vida cuando decía: "Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios, muy fortalecida es su autoridad" (Sal. CXXXVIII, 17)? Pregunta al Evangelio de cuáles de sus amigos dice esto, en el que la Verdad dice a los

predicadores: "Vosotros sois mis amigos" (Juan XV, 14). También Isaías, contemplando su vida, dice: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" (Isaías LX, 8). Y con razón los santos predicadores son llamados nubes, porque llueven con palabras, resplandecen con milagros. También se dice que vuelan como nubes, porque viviendo en la tierra, estuvieron fuera de la tierra en todo lo que hicieron. Por lo cual también se dice a través de una nube: "Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne" (II Cor. X, 3). Pues los padres anteriores usaban matrimonios, procreaban hijos, poseían bienes, se dedicaban a los cuidados de la familia. Pero previendo ya por el espíritu de profecía que estos dejarían las posesiones, no desearían matrimonios, no procrearían hijos, no buscarían nada en la tierra, no poseerían nada, no los llaman caminantes por la tierra como hombres, sino voladores como nubes. Porque velan, ya que contemplan con la mente las cosas celestiales. Quienes casi no tocan la tierra, porque en ella no desean nada. Quienes son como palomas a sus ventanas, porque por el espíritu de su mansedumbre no codician nada en este mundo a través de los ojos. Consideremos, pues, cuán altas son estas puertas del edificio espiritual, que incluso los padres espirituales admiran. ¿Cuánto, entonces, es necesario que nos humillemos en su admiración, nosotros que somos pavimento? Pero porque bajo el nombre de longitud hemos oído la altura de las puertas, ahora conozcamos algo de su anchura. Sigue:

VERS. 29.---Y midió la anchura desde la cara de la puerta inferior hasta la fuente del atrio interior por fuera, cien codos al Oriente y al Norte.

16. En estas palabras, si tomamos la puerta como el acceso por el cual entramos al conocimiento del Señor, la puerta inferior es la fe, y el atrio interior es la contemplación. Pero la puerta inferior tiene anchura en la cara, porque evidentemente la fe, por la amplitud de su caridad, tiene la operación que se ve por los prójimos. Que cuando la vemos realizada con fortaleza por los más perfectos, nosotros, que nos angustiamos en las buenas acciones, tomamos de ellos ejemplos de gran operación. Y cada acción santa se nos convierte en una especie de anchura del camino, que antes era una estrechez de dificultad. También el atrio interior tiene frente, porque la vida contemplativa muestra a través de ciertos signos de deseos y gemidos cuánto ve interiormente lo que tanto ama. El número diez multiplicado por sí mismo se eleva al centenario. Por lo cual, con razón, por el centenario se designa una gran perfección, como dice la Verdad de los elegidos: "Todo el que deja casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o campos por mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna" (Mat. XIX, 29). Pues ningún santo deja las cosas terrenales para poseerlas más abundantemente en este mundo, porque quien deja la tierra por el estudio terrenal, no deja la tierra sino que la desea. Ni quien deja una esposa recibirá cien, sino que por el número centenario se designa la perfección, ya que también se promete la vida eterna, porque quien por el nombre de Dios desprecia las cosas temporales y terrenales, aquí recibe la perfección de la mente, de modo que ya no desea lo que desprecia, y en el siglo venidero llega a la gloria de la vida eterna. Recibe, pues, cien veces lo que dio, quien recibiendo el espíritu de perfección, no necesita de las cosas terrenales, aunque no las tenga. Pues es pobre quien necesita lo que no tiene. Porque quien no teniendo no desea tener, es rico. La pobreza, en efecto, está en la carencia de la mente, no en la cantidad de posesiones. Pues quien con la pobreza se lleva bien, no es pobre. Midió, pues, el hombre la anchura desde la cara de la puerta inferior hasta la frente del atrio interior por fuera, cien codos, porque nuestro Redentor mide diariamente por los maestros y doctores en la medida de la perfección la vida de los fieles, ya sea en la apariencia de la buena obra por la fe, o en los santos deseos por la contemplación.

17. Pues muchos parecen, estando en la fe, realizar grandes obras, pero no se miden en cien codos, porque buscan la gloria terrenal por lo que hacen. Y algunos parecen mortificarse por la abstinencia, insistir en los gemidos; pero su medida no se lleva a los cien codos, porque en lo que hacen buscan favores del juicio humano. ¿Quién, pues, es medido por cien codos, sino aquel cuya buena obra se realiza con recta intención, de modo que en lo que hace no se refleja para buscar ganancias terrenales o alabanzas transitorias?

18. He aquí que mostrar misericordia a los prójimos, dar lo que se posee, con prontitud dar al necesitado, es anchura en la cara de la puerta inferior. Pero si al dar lo tuyo no deseas lo ajeno, si no buscas la gloria terrenal de la misma buena obra, con razón eres medido en el número centenario, es decir, en la perfección. Pues quien parece dar misericordiosamente lo propio, y tal vez arrebatara violentamente lo ajeno, aún ignora cuál es el camino de la perfección, ni ha conocido de dónde se tiende a la perfección, porque ni siquiera ha encontrado su inicio. Primero debió arrancar el deseo de la mente, y luego dar lo que posee con justicia. Por lo cual está escrito: "Apártate del mal y haz el bien" (Sal. XXXVI, 37). ¿Qué bien puede haber en lo que hace, quien aún no se ha apartado del mal? Y hay algunos que, como se ha dicho, se abstienen de alimentos, mortifican la carne, pero si son golpeados, se les conoce porque anhelan la gloria del mundo. Estos muestran la frente del atrio interior, pero no se miden por cien codos.

19. Estos, pues, están en el número de la perfección, de quienes se dice por Pablo: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gál. V, 24). Y es de notar que no se dice que se miden por dentro, sino por fuera, porque evidentemente nuestro Redentor, cuando aprueba o juzga las obras de los hombres por nosotros, no mide por dentro, sino por fuera. Por lo cual también dice en el Evangelio: "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. VII, 16). Pues cuando conocemos el ánimo del que obra, que no vemos, por lo que vemos, ya sea la anchura que está en la cara de la puerta inferior, ya sea la frente del atrio interior, lo medimos por fuera. Pues cuando vemos a otros dar limosna, acudir a los afligidos, socorrer a los oprimidos, no buscar en este mundo gloria, no anhelar ganancias de este mundo, y vemos a otros mortificar la carne, insistir en las lágrimas, ocuparse en palabras celestiales, no desear honor transitorio, ¿qué otra cosa debemos hacer sino creer que son perfectos, estimarlos santos? Porque, pues, por lo que vemos, los vemos ser perfectos, medimos su vida por cien codos por fuera.

20. Y porque muchos en Judea, pero muchos más en la gentilidad, han llegado a esta suma de perfección, con razón se añade: "Al Oriente y al Norte". Pues el pueblo judío con razón se llama Oriente, de cuya carne nació aquel que se llama Sol de justicia. De quien se dice por el profeta: "Para vosotros que teméis al Señor, nacerá el Sol de justicia" (Malac. IV, 2). Por el Norte, en cambio, se figura la gentilidad, que durante mucho tiempo se enfrió en el hielo de su perfidia, y en cuyo corazón reinó aquel que, según el profeta, dijo en su corazón: "Pondré mi trono en el Norte" (Isaías XIV, 13). Porque, pues, el Dios omnipotente encarnado hizo perfectos a algunos de Judea, y a otros de la gentilidad dentro de la santa Iglesia, midió cien codos no solo al Oriente, sino también al Norte.

21. Pero porque bajo el nombre de Norte se ha introducido el discurso sobre la gentilidad, es conveniente considerar cuánto se han derramado sobre nosotros las entrañas de nuestro Creador. Pues todos nosotros venimos de la gentilidad. Nuestros antiguos padres sirvieron a maderas y piedras, y, abandonando a Dios, por quien fueron hechos, adoraron a dioses que hicieron. Pero nosotros, por la gracia del Dios omnipotente, hemos sido llevados a la luz desde las tinieblas. Recordemos, pues, de qué tinieblas venimos, para que demos gracias por la luz que hemos recibido. Pues no entiende la misericordia divina quien no recuerda su

miseria. Por lo cual también se dice a Dios por el salmista: "Haz maravillosas tus misericordias, Señor, que salvas a los que esperan en ti" (Sal. XVI, 7). Entonces, en efecto, las misericordias de Dios se nos hacen maravillosas, cuando se nos recuerdan nuestras miserias, porque, recordando lo que fuimos, entendemos a quién debemos lo que somos. Cantemos, pues, con alegría a nuestro Creador, porque hemos sacudido de nuestras mentes el yugo del servicio a la criatura. Alegrémonos de que en nosotros se haya cumplido lo que se dijo por Isaías: "Y el freno del error que estaba en las quijadas de los pueblos, será para vosotros un cántico, como la voz de una solemnidad santificada" (Isaías XXX, 23, 29). Pues el freno del error había constreñido las quijadas de los pueblos, cuando la gentilidad, atada por el error de los ídolos, no sabía dar alabanza de confesión al verdadero Dios. Pero este mismo freno del error ya se nos ha convertido en cántico, cuando con alegría cantamos y decimos: "Todos los dioses de las naciones son demonios, pero el Señor hizo los cielos" (Sal. XCV, 5). Y de nuevo: "Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres: tienen boca, y no hablarán; tienen ojos, y no verán; tienen oídos, y no oirán; tienen narices, y no olerán; tienen manos, y no palparán; tienen pies, y no andarán" (Sal. CXIII, 29, sig.). Pues quienes decimos esto al omnipotente Señor cantando, hemos hecho del mismo freno de nuestro error, que ataba nuestras bocas de la alabanza de Dios, un cántico al verdadero Señor. Pero bien se dice: "Como la noche de una solemnidad santificada" (Isaías XXX, 29), porque mientras damos alabanza de confesión a Dios, nos alegramos en la solemnidad santificada. Respondamos, pues, con nuestras costumbres a la gran misericordia de nuestro Redentor, y quienes hemos conocido la luz, declinemos las tinieblas de las obras perversas.

22. ¿Qué es ya, pregunto, lo que en este mundo puede agradar? Por todas partes vemos luto, por todas partes oímos gemidos. Ciudades destruidas, campamentos arrasados, campos devastados, la tierra reducida a soledad. Ningún habitante en los campos, casi ningún habitante en las ciudades ha quedado; y sin embargo, esas pocas reliquias del género humano aún son golpeadas diariamente y sin cesar. Y los azotes de la justicia celestial no tienen fin, porque tampoco las culpas de la acción se han corregido entre los azotes. Vemos a unos llevados al cautiverio, a otros mutilados, a otros asesinados. ¿Qué es, pues, lo que en esta vida puede agradar, hermanos míos? Si aún amamos un mundo así, no amamos ya las alegrías, sino las heridas. Pero incluso la misma Roma, que alguna vez parecía ser la señora del mundo, ¿cómo ha quedado? Afligida de múltiples maneras con inmensos dolores, por la desolación de los ciudadanos, la invasión de los enemigos, la frecuencia de las ruinas; de modo que en ella parece haberse cumplido lo que contra la ciudad de Samaria se dice por este mismo profeta mucho más arriba: "Pon la olla, ponla, digo, y echa en ella agua, y junta sus trozos en ella" (Ezequiel XXIV, 4). Y poco después: "Hirvió su cocción, y se cocieron sus huesos en medio de ella" (Ibid., 5). Y de nuevo: "Junta los huesos, que encenderé con fuego: se consumirán las carnes, y se cocerá toda la composición, y los huesos se derretirán. Ponla también sobre las brasas vacía, para que se caliente, y se derrita su bronce" (Ibid., 10, 11). Pues entonces se nos puso la olla, cuando esta ciudad fue constituida. Entonces se echó agua en ella, y se juntaron sus trozos, cuando de todas partes acudían a ella los pueblos, que como agua caliente hervían en las acciones del mundo, y como trozos de carne se derretían en su propio hervor. De la cual se dice bien: "Hirvió su cocción, y se cocieron sus huesos en medio de ella", porque primero en ella ardió vehementemente la acción de la gloria secular, pero después esa misma gloria con sus seguidores desfalleció. Pues por los huesos se designan los poderosos del mundo, y por las carnes los pueblos, porque así como las carnes son llevadas por los huesos, así por los poderosos del mundo se gobierna la debilidad de los pueblos. Pero he aquí que ya todos los poderosos de este mundo han sido quitados de ella; por tanto, los huesos se han cocido. He aquí que los pueblos han desfallecido, sus carnes se han derretido.

Digamos, pues: "Junta los huesos, que encenderé con fuego; se consumirán las carnes, y se cocerá toda su composición, y los huesos se derretirán". ¿Dónde está el senado? ¿Dónde está ya el pueblo? Los huesos se han consumido, las carnes se han consumido, toda la pompa de las dignidades seculares en ella ha sido extinguida. Toda su composición se ha cocido. Y sin embargo, nosotros mismos, los pocos que quedamos, aún diariamente somos oprimidos por espadas, aún diariamente por innumerables tribulaciones. Digamos, pues: "Ponla también sobre las brasas vacía". Porque el senado falta, el pueblo ha perecido, y sin embargo, en los pocos que hay, los dolores y gemidos se multiplican diariamente, ya Roma arde vacía. ¿Qué decimos de los hombres, cuando, con las ruinas creciendo, también vemos que los edificios mismos son destruidos? Por lo cual se añade apropiadamente de la ciudad ya vacía: "Que se caliente, y se derrita su bronce". Pues ya también la misma olla se consume, en la que antes se consumían las carnes y los huesos, porque después de que los hombres han desfallecido, también los muros caen. ¿Dónde están aquellos que alguna vez se alegraban en su gloria? ¿Dónde su pompa? ¿Dónde su soberbia? ¿Dónde la frecuente e immoderada alegría?

23. Se ha cumplido en ella lo que se dice contra la destruida Nínive por el profeta: "¿Dónde está la guarida de los leones, y el pasto de los cachorros de leones?" (Nahum II, 11). ¿No eran sus líderes y príncipes leones, que, corriendo por diversas provincias del mundo, arrebataban presa rugiendo y matando? Aquí los cachorros de leones encontraban pasto, porque niños, adolescentes, jóvenes seculares, y los hijos de los seculares acudían aquí de todas partes, cuando querían prosperar en este mundo. Pero he aquí que ya está desolada, he aquí que está destruida, he aquí que está oprimida por gemidos. Ya nadie corre hacia ella para prosperar en este mundo; ya no queda ningún poderoso y violento que oprima y arrebate presa. Digamos, pues: "¿Dónde está la guarida de los leones, y el pasto de los cachorros de leones?" Le ha sucedido lo que sabemos que se dijo de Judea por el profeta: "Dilata tu calvicie como el águila" (Miqueas I, 16). Pues la calvicie del hombre suele hacerse solo en la cabeza, pero la calvicie del águila se hace en todo el cuerpo, porque cuando ha envejecido mucho, sus plumas y alas caen de todos sus miembros. Por tanto, dilata su calvicie como el águila, porque ha perdido sus plumas, que ha perdido al pueblo. También las plumas de sus alas han caído, con las que solía volar hacia la presa, porque todos sus poderosos han sido extinguidos, por quienes arrebatava lo ajeno.

24. Lo que decimos sobre la destrucción de la ciudad de Roma, sabemos que ha ocurrido en todas las ciudades del mundo. Algunos lugares han sido desolados por la calamidad, otros consumidos por la espada, otros atormentados por el hambre, y otros absorbidos por las grietas de la tierra. Despreciemos, por tanto, con todo el corazón este siglo presente ya extinguido; terminemos los deseos del mundo al menos con el fin del mundo: imitemos las obras de los buenos en lo que podamos. En Oriente y en el Norte hay muchos que, por la perfección de vida, son medidos en cien codos. Desde Judea y la gentilidad, como se ha dicho, han crecido hasta la cumbre de la santidad. Aunque también pueden entenderse por Oriente y Norte los justos y los pecadores. Con razón se llama Oriente a los justos, que, como nacidos en la luz de la fe, han perseverado en la inocencia. Por el Norte, en cambio, entendemos correctamente a los pecadores, que, deslizándose en el frío de la mente, han languidecido bajo la sombra de su pecado. Pero como la misericordia del Dios omnipotente también llama a tales a la penitencia, los lava con compunción y lágrimas, los enriquece con virtudes, y los eleva hasta la gloria de la perfección, no solo son llevados a cien codos hacia el Oriente, sino también hacia el Norte, cuando con los justos también los pecadores llegan a la perfección por los dones y la penitencia, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII [Al., XIX]. Comprende la explicación de los versículos del 20 al 27, y al mismo tiempo ofrece numerosos preceptos morales, sobre los dones del Espíritu Santo, y los grados que conducen a ellos, sobre la verdadera perfección y la necesidad de las buenas obras.

1. Debe haber una gran discreción en los lectores, para que cuando en el sagrado discurso se dice una palabra, no se crea que siempre significa una misma cosa, como a veces el sol se toma en buen sentido, y a veces en mal sentido. En efecto, a veces el nombre del sol designa a nuestro Redentor, y a veces la persecución. Pues en el libro de la Sabiduría, los impíos dirán en el infierno: "Nos hemos desviado del camino de la verdad, y el sol de justicia no brilló para nosotros" (Sab. V, 6). Y sobre las semillas esparcidas, el Señor dice: "Cuando salió el sol, se secaron" (Mat. XIII, 6), porque, evidentemente, cuando se produce la persecución, las palabras de la predicación se secan en los corazones de los reprobos. Así, el león designa al Señor. Por eso está escrito: "Ha vencido el león de la tribu de Judá" (Apoc. V, 5). Así, el nombre del león expresa la similitud del diablo, como dice el primer pastor: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (I Pedro V, 8). Así, el nombre del buey designa al sabio. Por eso está escrito: "No uncirás al buey y al asno" (Deut. XXII, 10), es decir, no asocies al sabio con el necio en la predicación. Así, el buey figura al necio, como se dice de aquel que es capturado en la torpeza del amor: "Inmediatamente la sigue, como un buey llevado al sacrificio" (Prov. VII, 22); es decir, como un necio es arrastrado a la muerte. Dije esto para que, al haber expuesto que la puerta puede significar al Señor, a los predicadores, a la Sagrada Escritura, o a la fe, no se crea que en este profeta la puerta siempre significa otra cosa. Pues cuando el profeta habla de una puerta, correctamente se entiende la fe, porque hay una sola fe de todos los elegidos. Pero cuando se nombran otras puertas, pueden entenderse como las bocas de los predicadores, por las cuales se conoce la verdadera vida, y por las cuales se asciende al conocimiento de los sacramentos espirituales. Pues la puerta por la cual dijimos que se significa la fe, debemos notar que se llama inferior. En esta vida, mientras estamos, como colocados en lo bajo, aún nos mantenemos en lo inferior. Y correctamente la puerta inferior es la fe, porque a nosotros, situados en la tierra, nos abre el conocimiento de Dios. Así que ahora se dice:

VERS. 20-22.---También midió la puerta que miraba al camino del Norte del atrio exterior, tanto en longitud como en anchura. Y sus cámaras, tres de un lado y tres del otro; y sus frentes, y su vestíbulo según la medida de la puerta anterior: su longitud de cincuenta codos, y su anchura de veinticinco codos. Sus ventanas, y su vestíbulo, y sus esculturas según la medida de la puerta que miraba al Oriente; y su ascenso era de siete gradas, y el vestíbulo delante de ella.

2. De la puerta que miraba al camino del Norte del atrio exterior, se repiten las mismas cosas que ya se han dicho de la otra puerta anteriormente, y se añaden otras que el profeta había llamado sobre la puerta mencionada. Para que, por tanto, hablemos más ampliamente de estas cosas que aún no se han discutido, debemos resumir brevemente lo que ya se ha dicho. La puerta mira al camino del Norte, cuando cualquier predicador reconoce la vida del pecador, y le abre los interiores de la vida por la palabra de la predicación. Esta puerta se llama del atrio exterior. Pues el atrio exterior es la vida presente, en la cual todo lo que se hace corporalmente también se ve corporalmente. Se mide tanto en longitud como en anchura, porque cuando el pecador es conducido a la fe, es necesario que su maestro considere cuánto progresa en la longitud de la esperanza, o cuánto en la anchura de la caridad por su amonestación. Pues quien se convierte a Dios, si aún espera los bienes de la vida presente, no tiene longitud, porque es breve la vida en la que ha puesto su esperanza. Si por la concupiscencia de las cosas terrenales, y aún por el odio al prójimo se angustia, no tiene

anchura, porque no sabe despreciar lo transitorio, ni dilatarse en el amor al prójimo. Pero cuando cualquiera convertido espera con longanimidad los gozos de la vida eterna, tolera con caridad las molestias de los prójimos, y desprecia codiciar lo que no tiene; la puerta tiene longitud y anchura, porque la gloria del predicador es el progreso del oyente. Por eso se dice a algunos por el gran predicador: "Mi gozo y mi corona" (Filip. IV, 1). Y de nuevo: "Ahora vivo, si vosotros estáis firmes en el Señor" (I Tes. III, 8). Y otra vez: "¿Cuál es nuestra esperanza o gozo? ¿No sois vosotros ante el Señor?" (Ibid., II, 19). Por tanto, la longitud y la anchura de la puerta que mira al Norte, porque cuando el predicador convierte a la fe a alguien infiel que languidece en el frío de su pecado, por el hecho de que lo extiende en la longitud de la esperanza y lo dilata en la amplitud de la caridad, hace de su gloria la suya propia. Y porque en el conocimiento de la santa Trinidad, por la palabra de la predicación, los oyentes progresan en el amor de la misma Trinidad, esta misma puerta tiene cámaras tres de un lado y tres del otro, porque todo lo que el Creador habla sobre la Trinidad en el Nuevo Testamento, también lo muestra en el Antiguo Testamento. Y el corazón de los oyentes progresa en el amor de la patria celestial, para que el alma, adherida a Dios como esposa con el esposo, se siente ya en una especie de cámara, y se aparte completamente de los deseos terrenales.

3. O ciertamente, como se dijo mucho más arriba (Hom. 4, n. 5), porque hay tres órdenes de los que viven bien, a saber, los buenos casados, los continentes, y los predicadores, y porque algunos incluso en los matrimonios anhelan con amor la patria celestial, otros, sin embargo, por la esperanza del gozo eterno también mortifican la carne, y todos huyen de los actos terrenales, y desprecian implicarse en el cuidado de este siglo, otros, en cambio, desprecian los bienes terrenales, y predicán los gozos celestiales que han conocido, ¿qué son estos sino cámaras en el edificio espiritual en cuya meditación y pensamiento el alma se une al esposo celestial? Estos tres órdenes de los buenos, porque no solo la Iglesia de los gentiles los tiene, sino que también a veces la Sinagoga los tuvo, mientras una gran multitud de espirituales esperó ardientemente la gracia del Redentor, la puerta del edificio celestial tiene tres cámaras de un lado y tres del otro, porque cualquier predicador, cuando provoca al oyente a la patria celestial, muestra que tanto los nuevos padres como los antiguos anhelaron con deseo celestial. Pues a menudo los ejemplos más que las palabras de razonamiento conmueven; y cuando el predicador dice cómo fueron otros en el matrimonio, o en la continencia, o en la predicación respecto al amor del Dios omnipotente en el nuevo testamento, o cómo fueron otros en el antiguo, la puerta que habla muestra que tiene tres cámaras de cada lado. Esta puerta también tiene un frente, porque hay obras abiertas en la vida del predicador que se ven. Tiene también un vestíbulo delante del frente, porque antes de insinuar las buenas obras, predica la fe, por la cual el alma, viniendo humildemente, se eleva a la altura de las buenas acciones. Todo esto es según la medida de la puerta anterior, según lo que se añade:

VERS. 21.---Porque midió la longitud de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos.

4. Recordáis que ya he dicho esto más ampliamente arriba (Hom. 5, l. II). Pues dijimos que el número cincuenta figura el descanso, porque el año cincuenta fue dado al pueblo antiguo como descanso, porque fue llamado jubileo; y el número siete, por el cual se desarrolla todo este tiempo, multiplicado por siete llega a cuarenta y nueve. A este se añade una unidad, porque en la contemplación de uno se perfecciona el descanso eterno. Por tanto, este mismo número cincuenta es para nosotros en longitud, porque no puede llegar a ese descanso quien no puede ahora tender a él con esperanza longánime. Pues porque por el número cincuenta somos llamados al descanso eterno, también nos instruye completamente que en el tabernáculo se ordenó hacer diez cortinas, que tuvieran cincuenta lazos, y cincuenta anillos de oro en el lado y en la cima (Éxodo XXV, 4, sig.). Las cortinas del tabernáculo son todos los

que, de diversos colores de virtudes, progresan en el ornamento de la santa Iglesia. Que velan los interiores y adornan los exteriores de todo modo, porque su vida, en cuanto se ve, es ornamento; y su entendimiento se esconde dentro, mientras las cosas celestiales que guardan en la mente, y no pueden decir, en ellos de algún modo se velan. Pero correctamente son diez cortinas, porque por la custodia del Decálogo los corazones de los santos progresaron. Se ordenó hacer lazos de jacinto en las cortinas, cincuenta. El jacinto tiene la apariencia del cielo. Los lazos de las cortinas son los preceptos celestiales, en los cuales se atan las almas, para que, elevadas de las cosas inferiores, cuelguen arriba. Estos lazos tienen también anillos de oro, es decir, entendimiento resplandeciente con verdadera sabiduría. Este entendimiento, porque debe ser en todo circunspecto, y protegido por la vigilancia de una cauta solicitud, correctamente se designa por los anillos.

5. Y es de notar que se ordena hacer lazos o anillos en las cortinas en el lado y en la cima, porque los preceptos celestiales y el entendimiento espiritual no solo deben suspendernos arriba en el amor de Dios, sino también unirnos al prójimo en la caridad. Pues en lo que amamos a nuestro Creador, como por los lazos superiores colgamos en el aire. En lo que amamos a los prójimos como a nosotros mismos, tenemos lazos y anillos en el lado, para que las cortinas del tabernáculo, es decir, las almas fieles, estén unidas por la caridad, y no divididas por la discordia. Por eso aquí, después de la longitud de cincuenta codos, inmediatamente se añade la anchura de veinticinco codos, que se refiere a la caridad del prójimo. Esta misma se dilata en el amor de los hermanos, y ejerce todo lo que puede de buena obra hacia ellos. Todas las buenas obras que se hacen corporalmente se exhiben por los cinco sentidos del cuerpo, a saber, por la vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato. El número cinco, multiplicado por sí mismo, llega a veinticinco, porque las buenas obras, cuando comienzan a hacerse, excitan el ánimo al aumento por el fervor, y se multiplican por sí mismas. Por eso también hacen anchura en la mente, para que no sea angosta por el tibio, sino expandida en las buenas acciones por la caridad. Pues toda torpeza de tibieza es angostura, toda benignidad de caridad, gran anchura. Pues aunque falten las cosas que tal vez se puedan ofrecer al prójimo necesitado, amplía es la sustancia de la buena voluntad, que basta para la retribución del reino, como está escrito: "En la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Luc. II, 14). Sigue:

VERS. 22.---Sus ventanas, y su vestíbulo, y sus esculturas según la medida de la puerta que miraba al Oriente.

6. Todas estas cosas ya se han dicho más ampliamente arriba, y por eso el discurso no debe ser retrasado por una exposición morosa. Sin embargo, es muy importante notar que se dice que la puerta al Norte tiene todo lo que tiene la puerta al Oriente, a saber, ventanas de contemplación, vestíbulo de humildad, esculturas de buena operación. Pues todos los que, por el hecho de que nacieron en la luz de la fe, han perseverado en la inocencia, tienen la puerta al Oriente, porque a ellos se les abre la entrada del reino celestial desde la luz que recibieron. Y todos los que, después de caer en pecados, han sido oprimidos por el frío de su torpor, pero, cuando regresan por la penitencia, se recalientan en el amor de la patria celestial, tienen la puerta al Norte, porque a ellos también, después del frío de su pecado, se les abre la entrada del reino celestial por misericordia. Por tanto, se dice que la puerta al Norte tiene lo que tiene la puerta al Oriente, porque los pecadores convertidos son enriquecidos con virtudes, como son ricos aquellos que evitaron caer en pecado. Por eso se dice por el Señor en la voz del salmista: "Comía ceniza como pan" (Sal. CI, 10), porque así recibe a los penitentes como a los justos. Pues está escrito sobre los pecadores: "Hace tiempo habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza" (Mat. XI, 21). Por tanto, la ceniza se come como pan, cuando el pecador es llamado por la penitencia a la gracia de su Creador como el inocente. Por tanto,

la puerta al Norte tiene ventanas, tiene vestíbulo, tiene esculturas, porque cuando el pecador es llevado de nuevo a la vida después de las culpas, a menudo recibe la luz de la contemplación, y de la misma memoria de su iniquidad toma la gracia de gran humildad y la eficacia de la buena operación, para que todo lo que se manda hacer, en su vida parezca estar esculpido.

IBID.---Su ascenso era de siete gradas, y el vestíbulo delante de ella.

7. Se asciende a la puerta por siete gradas, porque por la gracia septiforme del Espíritu Santo se nos abre la entrada a la vida celestial. Esta gracia septiforme, enumerándola Isaías en la misma cabeza nuestra, o en su cuerpo, que somos nosotros, dice: "Reposará sobre él el espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor del Señor" (Is. XI, 2). Estos grados, hablando de las cosas celestiales, los numeró descendiendo más que ascendiendo, a saber, sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor. Y cuando está escrito: "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. IX, 10), es evidente que se asciende del temor a la sabiduría, no se regresa de la sabiduría al temor, porque ciertamente la sabiduría tiene perfecta caridad. Y está escrito: "La caridad perfecta echa fuera el temor" (I Juan IV, 18). Por tanto, el profeta, porque hablaba de las cosas celestiales a las bajas, comenzó más bien desde la sabiduría, y descendió al temor. Pero nosotros, que tendemos de las cosas terrenales a las celestiales, enumeremos esos mismos grados ascendiendo, para que podamos llegar del temor a la sabiduría. Pues en nuestra mente el primer grado de ascensión es el temor del Señor; el segundo, la piedad; el tercero, la ciencia; el cuarto, la fortaleza; el quinto, el consejo; el sexto, la inteligencia; el séptimo, la sabiduría. Pues el temor del Señor está en la mente. Pero ¿qué clase de temor es este, si no hay piedad con él? Pues quien no sabe tener misericordia del prójimo, quien disimula compadecerse de sus tribulaciones, su temor ante los ojos del Dios omnipotente es nulo, porque no se eleva a la piedad. Pero a menudo la piedad por una misericordia desordenada suele errar, si acaso perdona lo que no debe ser perdonado. Pues los pecados que pueden ser heridos por los fuegos del infierno deben ser corregidos por el azote de la disciplina. Pero la piedad desordenada, cuando perdona temporalmente, lleva al castigo eterno. Para que, por tanto, la piedad sea verdadera y ordenada, debe ser elevada a otro grado, es decir, a la ciencia, para que sepa qué debe castigar por juicio, o qué debe perdonar por misericordia. Pero ¿qué si sabe qué debe hacer cada uno, pero no tiene la virtud de hacerlo? Por tanto, nuestra ciencia debe crecer en fortaleza, para que cuando ve lo que debe hacerse, pueda hacerlo por la fortaleza de la mente, no tiemble por el temor, y, colapsada por el miedo, no pueda defender los bienes que siente. Pero a menudo la fortaleza, si es imprudente, y menos circumspecta contra los vicios, cae por su propia presunción. Por tanto, ascienda al consejo, para que previendo premunice todo lo que puede hacer con fortaleza. Pero no puede haber consejo si falta la inteligencia, porque quien no entiende el mal que agobia al que lo hace, ¿cómo puede consolidar el bien que ayuda? Por tanto, del consejo ascendamos a la inteligencia. Pero ¿qué si la inteligencia vigila con gran agudeza, y no sabe moderarse por la madurez? Por tanto, del entendimiento ascendamos a la sabiduría, para que lo que el entendimiento encuentra agudamente, la sabiduría lo disponga maduramente. Porque, por tanto, por el temor nos elevamos a la piedad, por la piedad somos conducidos a la ciencia, por la ciencia somos fortalecidos a la fortaleza, por la fortaleza tendemos al consejo, por el consejo progresamos en la inteligencia, por la inteligencia llegamos a la madurez de la sabiduría, ascendemos por siete grados a la puerta, por la cual se nos abre la entrada a la vida espiritual.

Bien se dice que había un vestíbulo delante de ella, porque a menos que alguien primero tenga humildad, no asciende a estos grados de dones espirituales, como está escrito: "¿Sobre

quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras?" (Is. LXVI, 2). De quien se dice por el salmista: "Dispuso el ascenso en su corazón en el valle de lágrimas" (Sal. LXXXIII, 6). Pues el valle es un lugar humilde, y cualquier pecador, mientras se aflige humildemente en lágrimas en su corazón, progresa por el ascenso de las virtudes. Quien nuevamente dice: "Envía fuentes en los valles" (Sal. CIII, 10), porque el Dios omnipotente concede dones de gracia espiritual a los humildes.

9. También se puede entender la fe como un vestíbulo. Ella es, de hecho, antes de los escalones y la puerta, porque primero llegamos a la fe, para que luego, a través de los escalones de los dones espirituales, entremos en el acceso a la vida celestial. No se llega a la fe a través de las virtudes, sino que se alcanza las virtudes a través de la fe. Cornelio, el centurión cuyas limosnas fueron alabadas antes del bautismo, según el testimonio del ángel, no llegó a la fe por las obras, sino que llegó a las obras por la fe (Hechos X, 1, ss.). Pues el ángel le dice: Tus oraciones y tus limosnas han subido ante la presencia de Dios (Ibid., 4). Si no hubiera creído en el verdadero Dios antes del bautismo, ¿a quién oraba? ¿O cómo lo habría escuchado el Dios omnipotente si no le pedía ser perfeccionado en el bien por Él? Sabía, por tanto, que el Creador de todo es Dios, pero ignoraba que su omnipotente Hijo se había encarnado. No podía hacer el bien si no hubiera creído antes. Pues está escrito: Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebr. XI, 6). Por lo tanto, tenía fe, cuyas oraciones y limosnas pudieron agradar a Dios. Con una buena acción mereció conocer a Dios perfectamente y creer en el misterio de su encarnación, para que pudiera llegar a los sacramentos del bautismo. Por la fe, pues, llegó a las obras, pero por las obras fue consolidado en la fe. El vestíbulo, por tanto, está antes de los escalones, porque quien primero creyó, luego asciende por los escalones de las virtudes al acceso de la puerta. Sigue:

VERS. 23.---Y la puerta del atrio interior frente a la puerta del Norte y del Oriente.

10. En este lugar, frente no se usa para adversidad, sino para rectitud; así se mostraba la puerta del atrio interior, de modo que la puerta del Norte y del Oriente se dirigía rectamente hacia ella. ¿Qué significa, entonces, que la puerta interior se muestra colocada en línea recta frente a la puerta del Oriente y del Norte, sino que se da a entender claramente que tanto al pueblo judío como al gentil, o a los justos y pecadores, pero convertidos después del pecado, se les abre igualmente el acceso al reino celestial? Grande es, en efecto, la misericordia de nuestro Creador. Y la puerta interior no solo mira hacia la puerta del Oriente, sino también hacia la del Norte, porque no solo a aquellos que permanecen en la inocencia, sino también a los pecadores que condenan sus pecados con arrepentimiento, se les abren las alegrías del atrio interior, para que reconozcan los inefables misterios de la patria celestial, reconociéndolos los deseen, deseándolos corran, corriendo lleguen. Estos secretos del gozo interior los conocía quien decía: Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 3). El predicador de los gentiles anhelaba este acceso al reino celestial cuando decía: Deseo partir y estar con Cristo (Filip. I, 23). Estos secretos de la exultación oculta los conocía la esposa que decía: Mi amado metió su mano por el agujero, y mi vientre se estremeció al contacto de él (Cant. V, 4). Pues el amado mete la mano por el agujero cuando el Señor, con su poder, toca nuestra alma a través de un sutil entendimiento. Y el vientre se estremece al contacto de él, porque nuestra debilidad, al ser tocada por el entendimiento del gozo celestial, se turba con su propia exultación, y en la mente se produce un temor con alegría, porque ya siente qué ama del gozo celestial, y aún teme no recibir lo que apenas percibe tenuemente. ¿Qué queda, pues, sino que todos los que reconocen esas alegrías de la patria celestial se dirijan al curso de la vida de perfección? Por lo cual aquí se añade adecuadamente:

IBID.---Y midió de puerta a puerta cien codos.

11. El número cien, porque se multiplica diez veces por diez, ya dijimos anteriormente que es perfecto (Hom. 6, n. 16). Por lo tanto, quien ve el acceso al atrio interior, ciertamente es necesario que corra por la vida de perfección, y llegue desde la puerta de inicio hasta la entrada de la consumación. Mídase, pues, el atrio interior, que se extiende desde las puertas exteriores hasta la puerta interior, en cien codos, para que quien ha comenzado a entrar amando, tenga en mente la amplitud de la perfección, de modo que en aquel a quien ama, ni las adversidades lo angustien, ni las prosperidades lo eleven, sino que, despreciando todas las cosas transitorias, corra por el atrio de la perfección hasta llegar a las alegrías secretas. Hay, en efecto, muchos que ya han entrado por el acceso de la puerta exterior en siete escalones, según un cierto modo de disposición suprema, humildes por el temor de Dios, misericordiosos por el estudio de la piedad, discretos por el conocimiento, libres por la fortaleza de la mente, cautos por el consejo, providentes por el entendimiento, maduros por la sabiduría; pero, aún atados por ciertas necesidades, sirven a las preocupaciones de este mundo, y donde ya en gran parte han sacudido su mente, allí aún se mantienen a la fuerza. Y mientras llevan las cargas impuestas de la ocupación terrenal, se ejercitan menos en los preceptos celestiales. No tienen tiempo para anhelar profundamente la patria eterna, sus deseos en ellos languidecen de alguna manera, porque, sin duda, al estar impedidos por preocupaciones temporales, no les es permitido amar las verdaderas alegrías que conocen tanto como quisieran. Estos a menudo sacuden el yugo del mundo de sus cuellos mentales, lo dejan todo, depositan las cargas de la preocupación terrenal, y para ensanchar más ampliamente el seno del alma hacia el deseo celestial, buscan una vida retirada, y dedicados a las santas oraciones, entregados a las sagradas meditaciones, se afligen con llanto diario, y funden la vejez del corazón con el fuego del amor, y se renuevan encendiéndose hacia el gozo celestial. Estos a menudo, encendidos en su propio deseo, ya desean salir de la carne, y después del llanto no quieren regresar a la vida presente. Pero, sin embargo, se les difiere, para que el amor diferido progrese por su misma dilación, y crezca con el ardiente deseo como lo que se niega. Así, en la región de los Gerasenos, quien había sido liberado de la legión de demonios ya quería ir con el Señor, pero se le dice: Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo (Luc. VIII, 39). Así, la esposa en el Cantar de los Cantares, ansiosa con santos deseos, habla diciendo: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma. Lo busqué, y no lo hallé (Cant. III, 1). Pues busca al amado en el lecho, cuando en su propio ocio y descanso que desea, ya anhela ver al Señor, ya desea salir hacia Él, ya anhela estar libre de las tinieblas de la vida presente. Pero lo busca y no lo encuentra, porque aunque lo desea con gran amor, aún no se le concede ver a quien ama.

12. ¿Qué hacen, pues, las mentes de tales santos en este deseo, sino que ya corren desde las puertas exteriores a través del atrio interior hacia la puerta? A quienes a menudo les sucede que, al verse compungidos por el gran don de la gracia celestial, ya se consideran perfectos y obedientes; pero porque no hay nadie que les imponga cosas duras, creen ser pacientes, pero porque nadie los golpea con insultos y adversidades. Y a menudo sucede que, aunque a regañadientes, aceptan el ministerio espiritual y son llevados a la gobernación de los fieles. Quienes, cuando son golpeados de un lado y otro con grandes tribulaciones, turbados en mente, se encuentran imperfectos, quienes no golpeados, creyeron ser perfectos. Por lo cual se recogen a sí mismos, y en silencio se avergüenzan del oprobio de su debilidad, y, fortalecidos por su misma confusión, oponen paciencia a las adversidades, y progresan por la tribulación, quienes antes en el ocio languidecían por su misma seguridad. Y verdaderamente comienzan a ser tales como antes vanamente pensaban ser. Estos, pues, cuando son diferidos desde las puertas exteriores hasta la puerta interior a través del atrio del buen estudio, este

mismo atrio se mide en ellos con cien codos, porque con la dilación y el ejercicio santo progresan diariamente hacia la perfección. Pues progresar en la mente a través de los deseos diarios es como medir el atrio interior con cien codos. Por eso, pues, hay cien codos de puerta a puerta, para que la misma dilación de vivir sea como una cierta demora de ir, a través de la cual se crece diariamente en virtudes, para que se llegue más perfectamente al acceso interior. Sigue:

VERS. 24-26.---Y me llevó al camino del Sur, y he aquí una puerta que miraba al Sur; y midió su frente, y su vestíbulo según las medidas superiores; y sus ventanas, y los vestíbulos alrededor, como las otras ventanas, cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura. Y se subía a ella por siete escalones, y el vestíbulo ante sus puertas.

13. Todo esto ya se ha dicho en la puerta del Oriente y del Norte, y no es conveniente que repitamos frecuentemente lo que hemos expuesto una y otra vez. Sin embargo, debemos notar que en el edificio espiritual hay un acceso al Oriente, otro al Norte, y otro al Sur. Pues así como por el frío del Norte se designan los pecadores, así por el camino del Sur se designan los fervientes en espíritu, quienes, encendidos por el calor del Espíritu Santo, crecen en virtudes como en la luz meridiana. Que, pues, se abra la puerta al Oriente, para que aquellos que han comenzado bien los sacramentos de la fe, y no se han sumergido después en ninguna profundidad de vicios, lleguen a las alegrías secretas. Que se abra la puerta al Norte, para que aquellos que después de comenzar el calor y la luz han caído en el frío y la oscuridad de sus pecados, regresen por la compunción del arrepentimiento al perdón, y conozcan cuál es la verdadera alegría de la retribución interna. Que se abra la puerta al Sur, para que aquellos que arden en virtudes con santos deseos penetren diariamente los misterios del gozo interior por el entendimiento espiritual. Entre esto, sin embargo, se puede preguntar, siendo cuatro las partes de este mundo, ¿por qué en este edificio del atrio exterior se mencionan no cuatro, sino tres puertas? Lo cual habría sido correcto preguntar si el Profeta hubiera visto un edificio corporal, no espiritual. Pues la santa Iglesia, es decir, el edificio espiritual, para llegar a las alegrías secretas, tiene solo tres puertas, a saber, la fe, la esperanza y la caridad: una al Oriente, otra al Norte, y la tercera al Sur. La puerta al Oriente es la fe, porque por ella nace la verdadera luz en la mente. La puerta al Norte es la esperanza, porque cualquiera que esté en pecados, si desespera del perdón, pierde completamente la misericordia. Por lo cual es necesario que quien ha sido extinguido por su iniquidad, reviva por la esperanza de la misericordia. La puerta al Sur es la caridad, porque arde con el fuego del amor. Pues en la parte meridiana el sol se eleva en lo alto, porque por la caridad la luz de la fe se eleva en el amor de Dios y del prójimo. Por lo tanto, se tiende al atrio interior por tres puertas, porque se llega a las alegrías secretas por la fe, la esperanza y la caridad. Surge también otra cuestión, ¿por qué se dice que la puerta del atrio interior está colocada frente a la puerta del Oriente y del Norte, y se omite que se abre hacia la puerta del Sur? Pero porque dijimos que por el Oriente se designan los que comienzan, y por el Norte los que caen, fue digno que se dijera abiertamente que la puerta del atrio interior se abre para los que comienzan, en quienes el sol aún está en tibieza, o también para los que caen, pero regresan por conversión, para que de ellos nos hiciera seguros de quienes se podía dudar. Pero esto no era necesario decirlo de la puerta del Sur, porque nadie ignora que aquellos que permanecen en virtudes con fervor de espíritu llegan a las alegrías internas. [Pues el uso del sagrado elocuente es decir abiertamente lo que se podía dudar, y callar lo que es constante, como se dice por el salmista: Irritaron a Moisés en el campamento, Aarón, el santo del Señor (Salmo CV, 16). Pues Aarón, a petición del pueblo, había hecho un ídolo, y se podía dudar rectamente de su vida. Por lo tanto, Moisés no se llama santo, porque se sabe por todos que es santo; y nombra a Aarón el santo del Señor, para quitarnos la duda sobre su vida.] Sigue:

VERS. 26.---Y había palmas talladas, una aquí y otra allá en su frente.

14. ¿Qué significa esto, que antes se menciona la pintura de palmas en las frentes, y ahora se dice que hay palmas talladas en la frente? Pues en la talla de piedras las obras parecen estar afuera. Pero, como ya dijimos anteriormente, la pintura de palmas es la manifestación de signos. Ahora se dice talla de palmas, para designar la demostración de buenas obras. A estos mismos sumos predicadores se les dice: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Quienes, pues, en su vida muestran tener impresas obras santas, tienen palmas talladas en la frente, porque ya ahora en sus santas obras muestran cuánta victoria los seguirá en el futuro. O ciertamente porque dijimos que la fe se designa por la puerta del Oriente, la esperanza por la del Norte, y la caridad por la del Sur, debemos notar que en la puerta del Oriente hay pintura de palmas, y en la del Norte y del Sur se dice que hay talla, porque a menudo sucede que aquellos que aún están comenzando, todavía no se ejercitan en obras sólidas y grandes; pero aquellos que después de las iniquidades regresan a las virtudes, a menudo, para poder cubrir sus culpas ante los ojos del Dios omnipotente, se ejercitan en grandes obras. Y quienes ya han crecido en virtudes con fervor de espíritu, arden como el mediodía en santos actos. Por lo tanto, en la puerta del Oriente hay pintura, en la del Norte y del Sur hay talla, porque el signo de victoria que se muestra en los que comienzan, se sostiene ya más sólidamente y con más fuerza en los que regresan y en los fervientes.

15. Debemos también notar especialmente lo que se dice, aquí y allá. Pues todos los que tendemos al acceso de la vida, debemos tener palma tanto del lado derecho como del izquierdo. Pues lo que se dice aquí y allá, se refiere a ambos lados. Tiene palma del lado derecho quien no es ensalzado por las prosperidades; tiene palma del lado izquierdo quien no es derribado por las adversidades. Pablo llevaba palma de ambos lados cuando decía: Por las armas de justicia a diestra y a siniestra, por gloria y deshonor, por mala fama y buena fama, como engañadores, y veraces (II Cor. VI, 7). No lo quebrantaban las adversidades, ni lo elevaban a la soberbia las prosperidades. Llevaba, pues, palma de ambos lados, porque permanecía fuerte en la adversidad y humilde en la prosperidad. Pues quien se ensalza por las prosperidades, no sabe tener palma en el lado derecho. Quien se quiebra en las adversidades, no sabe llevar palma del lado izquierdo. Para que, pues, se lleve palma de ambos lados en la frente, debe estar siempre presente en nuestras mentes tanto la confianza en las adversidades como el temor en las prosperidades, para que ni las adversidades nos lleven a la desesperación, ni las prosperidades eleven el ánimo en su confianza. Por eso el mismo insigne predicador decía: Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia, en todo y por todo estoy enseñado. Tanto para estar saciado como para tener hambre, tanto para tener abundancia como para padecer necesidad, todo lo puedo en aquel que me fortalece (Filip. IV, 12).

16. ¿Acaso, hermanos, es algún arte saber vivir humildemente y tener abundancia, estar saciado y tener hambre, tener abundancia y padecer necesidad, para que un predicador tan grande insinúe que es algo grande saber esto? Es, en verdad, un arte y una maravillosa ciencia de disciplina, que debemos aprender con todo el esfuerzo del corazón. Pues quien no es quebrantado por su penuria, no es apartado de la acción de gracias, no es encendido en el deseo de las cosas temporales, sabe vivir humildemente. Pues en este lugar el Apóstol llama vivir humildemente a padecer necesidad. Pues inmediatamente añade en contrario: Sé tener abundancia. Pues quien no se ensalza por las cosas recibidas, quien no las tuerce para el uso de la vana gloria, quien no posee solo lo que ha recibido, sino que lo divide misericordiosamente con los necesitados, sabe tener abundancia. Quien no usa los alimentos para la glotonería del vientre, sino para la reparación de la virtud, ni da más a la carne de lo

que la necesidad pide, sabe estar saciado. Quien soporta la falta de alimentos sin murmurar, ni por la necesidad del sustento hace algo por lo cual su alma incurra en el lazo del pecado, sabe tener hambre. Pues quien no es elevado por la soberbia en la abundancia, ni es irritado por la avaricia en la necesidad, sabe tener abundancia, sabe padecer necesidad. Pues cuando inmediatamente añade, Todo lo puedo, para que no creamos que son palabras de soberbia, añade en quien, En aquel que me fortalece. He aquí que la rama ha salido a lo alto, pero porque se mantuvo en la raíz, permaneció en el verdor. Pues al elevarse a lo alto se secaría, si se hubiera separado de la raíz. Pues no se atribuye nada a sí mismo, porque confiesa que todo lo puede no en sí mismo, sino en aquel que lo fortalece. Por lo tanto, el insigne predicador lleva palma de ambos lados, a quien ni la abundancia lo lleva a la soberbia, ni la necesidad a la avaricia.

17. Aprendamos, pues, hermanos, a dar gracias no solo en la prosperidad, sino también en la adversidad. Porque el Padre, por su piedad, se ha hecho nuestro creador y nos nutre como hijos adoptivos para la herencia del reino celestial. Y no solo nos llena de dones, sino que también nos instruye con castigos. Aprendamos, por tanto, a abundar, para compartir con los necesitados todo lo que hemos recibido de Él. Y que la abundancia no eleve nuestra mente, no sea que nos alegremos porque tenemos lo que a otro le falta, y no nos regocijemos ya en el bien común, sino en el propio. La Verdad nos llama del gozo privado al común, cuando advierte a los discípulos que regresan de la predicación y se alegran por la sumisión de los demonios, diciendo: No os alegréis de esto, sino más bien alegraos y regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 20). No todos los elegidos expulsan demonios, pero los nombres de todos los elegidos están inscritos en el cielo. Por tanto, se exhorta a los discípulos a dejar la alegría privada y a regocijarse en la felicidad común y eterna. Cualquiera que se regocija en lo que otro no tiene, se hace peor por su propia abundancia y tiene un gozo privado. Contra este deseo de abundancia nos advierte Juan, diciendo: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo (I Juan II, 15). Y enseguida añade la razón: Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (Ibid.). Nadie puede servir a dos señores (Matth. VI, 24), porque no se puede amar simultáneamente lo transitorio y lo eterno. Si amamos la eternidad, poseemos todas las cosas temporales en uso, no en afecto. Y enseguida añade la razón, diciendo: Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (I Juan II, 16).

18. Por eso los hombres desean tener algo más allá de lo necesario, para enorgullecerse de tenerlo, y porque otro no lo tiene, se exaltan en sus pensamientos. Cualquiera que sea así, aún no está instruido para soportar la abundancia. A menudo lo que la avaricia sugiere por deseo, se considera necesidad, y cuando lo menor es suficiente, se lamenta de que falte lo mayor, y el alma incauta sufre una especie de necesidad que ella misma engendra. Y aunque lo que desea es excesivo, de alguna manera excusa su propia avaricia. La abundancia, por tanto, está cerca de la soberbia. Y si alguna vez la codicia la intercepta, es como si una cautividad extranjera la invadiera. Si, pues, queremos conocer el arte de abundar, es necesario que evitemos no solo los vicios cercanos, sino también los que vienen de lejos. Aprendamos a soportar la escasez, para no buscar con culpa lo que no tenemos, ni consideremos felices a aquellos que vemos cargados de bienes. Son muy excesivas las cosas que se preparan como para el sustento de la vida presente. Llevan mucho, pero en el camino breve, la pobreza es una gran compañera en este viaje, que no angustia el alma cuando falta la sustancia terrena de la que debemos rendir cuentas al juicio eterno. Nos dirigimos más libremente a la patria, porque en el camino carecemos de peso.

19. Aprendamos a saciarnos, para no servir más a la gula que a la necesidad al tomar los alimentos del cuerpo. Porque la concupiscencia pide más que la necesidad. Y a menudo, mientras nos preocupamos por satisfacer la escasez de la carne, el placer se infiltra, excede el límite de la restauración. De ahí que la culpa pase a la culpa, porque a menudo de ahí nace otra tentación de la carne, mientras se sirve a la carne de manera desmedida en la restauración. Porque del pecado del primer hombre, con la naturaleza debilitada, nacemos en este mundo con nuestras tentaciones. Y la carne a veces nos ayuda en la buena obra, pero a veces nos seduce en el mal. Si, pues, le damos más de lo que debemos, alimentamos al enemigo. Y si no le damos lo que debemos a su necesidad, matamos al ciudadano. Por tanto, la carne debe ser saciada, pero hasta el punto de que nos sirva en la buena obra. Porque quien le da tanto que se enorgullece, no sabe saciarse en absoluto. Es, pues, un gran arte saciarse, para que cada uno no se precipite en la iniquidad por la saciedad de la carne. Aprendamos a tener hambre, para que nuestra escasez aquí nos agrade por la abundancia que sigue, no sea que la necesidad del vientre nos arrastre a la culpa, no sea que la indigencia sugiera pecado a la mente misma; y mientras la carne sufre hambre, el alma se irrita con la codicia, y busca con culpa proveer de dónde pueda satisfacer la necesidad de la carne, no sea que el corazón se lance a la indignación, y encienda la lengua en la amargura de la murmuración. Quien, pues, en la escasez de su carne se mira a sí mismo de aquí y de allá, y se guarda del lazo del pecado, sabe tener hambre.

20. Nosotros, pues, hermanos carísimos, huyendo de la ira y la avaricia en la adversidad, y evitando la exaltación y las alegrías desmedidas en la prosperidad, porque por la fe, la esperanza y la caridad, deseamos entrar en el atrio de la vida interior por tres puertas, mantengamos las palmas de aquí y de allá. Aún me agrada traer a la mente otro ciudadano de la patria celestial, y mostrar cómo sostiene la palma de aquí y de allá. Porque el bienaventurado Job, siendo más rico que los hombres orientales, y teniendo toda prosperidad a su disposición, con hijos florecientes, una familia creciente, rebaños abundantes, permaneció en tal temor del Dios omnipotente, que entre la custodia de la disciplina, entre los actos de justicia, entre muchos servicios de humildad, dedicado a las obras de misericordia, entregado a ofrecer sacrificios, inmolaba holocaustos al Señor por cada uno de sus hijos, no sea que alguno de ellos hubiera pecado al menos en el corazón (Job I, 2, sig.). Consideremos, pues, cuán grande era la custodia de la buena obra, que expiaba con sacrificios las culpas del corazón en sus hijos. Pero cuán justo era, se había conocido en la prosperidad, pero era muy desconocido si podía perseverar justo también entre los azotes. Por tanto, debía ser tocado con el látigo, para que aquel hombre santo fuera interrogado en la adversidad sobre la prosperidad, para que quien era conocido por el Señor omnipotente, se hiciera conocido por los azotes para nosotros y para sí mismo. Disponiendo, pues, el Señor, fueron consumidos los rebaños, asesinados los guardianes, derribada la casa, extinguidos los hijos, golpeada la carne desde la planta del pie hasta la coronilla. Quedó la esposa ilesa, quien aumentaría las heridas con los dardos de sus palabras. Pero este hombre santo, en la tentación, sano en la herida, la instruye prudentemente y le responde, diciendo: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males? (Job II, 10). También los amigos vienen a consolar, se lanzan a las injurias, y en el dolor de las heridas, aún añaden las heridas de las palabras. Lo llaman despiadado, lo nombran ladrón, lo denuncian como violento, lo confiesan opresor de los pobres. ¿Qué haría, pues, el soldado de Dios atrapado entre las heridas dolorosas y las palabras amargas? He aquí que los azotes de Dios y las palabras de los hombres simultáneamente presionan su alma afligida hacia la desesperación; pero, lleno de la virtud del espíritu, yaciendo en las heridas de la carne, permaneciendo firme en la fortaleza de la mente, contra el impulso de la desesperación, recordó los bienes que había hecho. Porque había sido misericordioso, dice: Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo (Job XXIX,

15). Y de nuevo: Era padre de los pobres (Ibid., 16). Porque también fue guardián de la disciplina y benigno, dice: Y cuando me sentaba como rey, rodeado por mi ejército, era sin embargo consolador de los afligidos (Ibid., 25). Porque fue humilde, dice: Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí (Job XXXI, 13). Porque fue hospitalario, confiesa: Si desprecié al que pasaba, porque no tenía vestido (Ibid., 19). Porque fue generoso en dones, dice: Si no me bendijeron sus costados, y se calentó con la lana de mis ovejas (Ibid., 20). Porque no fue violento, testifica, diciendo: Si levanté mi mano contra el huérfano, cuando me vi superior en la puerta (Ibid., 21). Porque nunca se alegró del peligro del enemigo, dice: Si me alegré por la ruina del que me odiaba (Ibid., 29). Porque fue paciente, y también soportó con ecuanimidad la maldad de los suyos, dice: Si no dijeron los hombres de mi tienda, ¿Quién nos dará de su carne para saciarnos? (Ibid., 31). ¿Qué es, pues, que el hombre santo enumera tantas de sus virtudes entre los azotes? ¿Qué es que alaba con su boca las obras que hizo, sino que entre las heridas y las palabras que podían llevarlo a la desesperación, reforman su alma hacia la esperanza? Y quien fue humilde en la prosperidad, al recordar sus bienes, permaneció inquebrantable en la adversidad. Porque, ¿quién no sería llevado a la desesperación por aquellas palabras entre tantos azotes, si no hubiera recordado los bienes que había hecho? Por tanto, el hombre santo vio su mente sacudida hacia la desesperación por tantas malas noticias, y maravillosamente se esforzó por ser fortalecido en la esperanza cierta por sus buenos actos. Así se cumple lo que está escrito: En el día de los bienes, no seas olvidadizo de los males, y en el día de los males, no seas olvidadizo de los bienes (Eccli. XI, 27). Porque si cuando tenemos bienes recordamos los males que ya hemos sufrido o que aún podemos sufrir, los bienes recibidos no elevan la mente, porque su gozo es oprimido por el temor de la memoria de los males. Y si cuando tenemos males recordamos los bienes que ya hemos recibido o que aún esperamos poder recibir, el peso de los males no deprime el alma hacia la desesperación, porque la memoria de los bienes la eleva hacia la esperanza. Si, pues, hermanos carísimos, caminamos así por los preceptos del Señor y por los ejemplos de los santos, de modo que ni la prosperidad nos eleve, ni la adversidad nos quiebre, mostramos que tenemos las palmas de aquí y de allá ante los ojos del Dios omnipotente. A quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VIII [Al. XX]. Los versículos 27 y los restantes, hasta el 38 inclusive, se exponen en su mayoría brevemente, otros más extensamente, y se afirma principalmente el dogma de la resurrección.

1389 1. Las palabras del profeta que, con la gracia del Señor, hoy deben ser habladas a vuestra caridad, necesitan más de lectura que de exposición. Porque se repiten en las tres puertas interiores lo que ya se ha dicho por segunda o tercera vez de las exteriores. Pero se cambian pocas cosas en su descripción. Por lo tanto, es necesario que pasemos rápidamente por lo que ya se ha dicho leyendo, para que podamos explicar más libremente lo que aún no se ha dicho. Así que ahora se dice:

VERS. 27-30.---Y la puerta del atrio interior hacia el camino del Sur, y midió desde la puerta hasta la puerta en el camino del Sur cien codos. Y me introdujo en el atrio interior a la puerta del Sur, y midió la puerta según las medidas superiores, su cámara, su frente, y su vestíbulo con las mismas medidas, y sus ventanas, y su vestíbulo alrededor cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura, y el vestíbulo alrededor.

Recordáis que todo esto se ha dicho y expuesto anteriormente (Máxime hom. superiori). Pero aún no se ha dicho lo que se añade sobre el mismo vestíbulo:

VERS. 30, 31.---Longitud de veinticinco codos, y anchura de cinco codos, y su vestíbulo hacia el atrio exterior.

Y de nuevo se repite lo que ya se había dicho anteriormente 1390 cuando se dice: Y sus palmas en el frente (Ibid.). Y enseguida se añade lo que aún no se había dicho: Y había ocho escalones por los que se subía a ella (Ibid.). Esto también que está escrito sobre la puerta del Sur, se narra en el mismo orden sobre la puerta del Este. Porque enseguida se añade:

VERS. 32-34.---Y me introdujo en el atrio interior por la puerta del Este, y midió la puerta según las medidas superiores, su cámara, su frente, y su vestíbulo como arriba, y sus ventanas, y sus vestíbulos alrededor de cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura. Y su vestíbulo, es decir, del atrio interior, y las palmas talladas en su frente de aquí y de allá, y en ocho escalones su ascenso.

Lo que se ha dicho sobre la puerta del Sur y del Este, se repite en las mismas palabras también sobre la puerta que mira al Norte. Porque se añade:

VERS. 35-37.---Y me introdujo a la puerta que miraba al Norte, y midió según las medidas superiores, su cámara, su frente, y su vestíbulo, y sus ventanas alrededor, de cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura. Y su vestíbulo miraba hacia el atrio exterior, y la talla de palmas en 1391 su frente de aquí y de allá, y en ocho escalones su ascenso.

2. ¿Qué, pues, se significa por el atrio interior, por la cámara, por los frentes, por el vestíbulo, por las ventanas, por la longitud y la anchura, por la talla de las palmas, ya lo hemos dicho extensamente arriba (Hom. 6 y 7), y no es necesario que nos ocupemos de lo mismo de nuevo, sino solo en lo que aún no se ha dicho. Ahora, pues, debemos preguntarnos qué son estas tres puertas interiores, o qué significa que los vestíbulos de estas puertas se midan con veinticinco codos de longitud y cinco codos de anchura; o por qué no se sube a ellas con siete escalones, como se había dicho de las puertas exteriores, sino con ocho. Porque la puerta del atrio interior que se ha dicho anteriormente no es de estas tres puertas interiores, porque se dice que aquella mira hacia la puerta del Este y del Norte, pero estas se mencionan como situadas individualmente hacia el Sur, el Este y el Norte. Por lo tanto, correctamente se designa por aquella la entrada interior, porque, como ya se ha dicho en la locución precedente, está abierta tanto a judíos como a gentiles, o a los que comienzan y perseveran en el bien, o a los que caen del bien, pero se levantan después de las culpas por la penitencia. Ahora, después de que se han descrito individualmente las puertas en el Este, el Norte y el Sur, ¿por qué se describen nuevamente las puertas del atrio interior individualmente en el Sur, el Este y el Norte? Con la ayuda del Señor, es necesario investigar con gran atención el significado de tan profunda cuestión. Porque si entendemos que por el nombre de las puertas se refiere a los santos predicadores, debemos saber que hay una sola Iglesia en los predicadores del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero las puertas tienen siete u ocho escalones, porque proclaman unánimemente la gracia septiforme del Espíritu Santo, y en el octavo escalón anuncian la recompensa de la retribución eterna. Por lo tanto, está escrito: Da parte a siete, y también a ocho (Ecles. XI, 2). ¿Qué, pues, podemos decir que son las puertas exteriores, sino los antiguos padres, que conocían más cómo guardar las obras del pueblo por los preceptos de la ley que los corazones? para que debamos entender que las puertas interiores son los predicadores de la santa Iglesia, que con enseñanzas espirituales guardan los corazones de sus discípulos, para que no se deleiten en pensamientos con los males que no hacen. Porque se dice que se sube por aquellas con siete escalones, pero se dice que el ascenso de estas es de ocho escalones, porque en la veneración de la ley el séptimo día fue, y

en el nuevo testamento el octavo día es en el sacramento, es decir, el que se llama Dominical, que es el tercero desde la pasión, pero el octavo desde la creación, porque sigue al séptimo.

3. Pero si entendemos que por el nombre de las puertas se designan solo a los santos apóstoles, que son los primeros predicadores de la santa Iglesia para nosotros, y nos enseñaron a mantener principalmente la fe, la esperanza y la caridad, ellos, pues, son para nosotros puertas en estas virtudes, que nos conducen a la comprensión interior de la sabiduría eterna a través de las mismas virtudes. Pero si ellos son las puertas exteriores, ¿a quiénes tomamos como interiores? Si ellos son las puertas interiores, ¿a quiénes entendemos como exteriores? En esta cuestión, puede entenderse útilmente que ellos son para nosotros puertas exteriores e interiores al mismo tiempo. Porque cuando aún predicán a los que comienzan no cosas altas y místicas, sino ciertas cosas que pueden ser comprendidas, son puertas exteriores; pero cuando hablan cosas profundas y místicas a los perfectos, son puertas interiores. Veamos cómo se abre la puerta exterior: No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento (I Cor. III, 1). Veamos cómo se abre la puerta interior: Hablamos sabiduría entre los perfectos (Ibid. II, 6). Veamos si es la misma puerta interior y exterior: Soy deudor a sabios e insensatos (Rom. I, 14). Quien dice de nuevo: Si nos excedemos en mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Cor. V, 13). Porque en esto que excede en mente contemplando y hablando a los sabios, es puerta interior; pero en esto que se modera sobriamente en la predicación a los pequeños, y no muestra cuánta embriaguez del espíritu se infunde en su mente cuando predica, se manifiesta como puerta exterior. Ellos, pues, son para nosotros puertas exteriores e interiores, que nos instruyen en la fe, la esperanza y la caridad en el primer acceso, y cuando ya predicán los misterios del reino celestial a los que progresan, nos conducen a lo interior a través de un sentido más sutil.

4. Por lo tanto, se describe primero el ascenso de ellas por siete grados, y luego por ocho. En efecto, por el octavo grado se señalan los misterios de aquella vida que los perfectos entienden en sus secretos, quienes ya saben trascender con la mente todas las cosas temporales, quienes desprecian plenamente la vida presente que se desarrolla en el curso de siete días, quienes se alimentan de la contemplación íntima. Así, las puertas del edificio espiritual tienen siete grados, porque predicán a sus oyentes el temor del Señor, la piedad y la ciencia, la fortaleza y el consejo, el entendimiento y la sabiduría. Pero cuando ya ordenan dejarlo todo, cuando advierten no amar nada en este mundo, no aferrarse a nada por afecto, cuando aconsejan dedicarse a la contemplación de la patria celestial y deleitarse en sus misterios, añaden un grado y conducen al interior. Este grado, enseñando la Verdad, fue mostrado a alguien, a quien, cuando se le decían los preceptos de la ley, respondió: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud" (Mat. XIX, 20). Pues ya estaba en los siete grados, cuando decía haber guardado todo desde su juventud. Pero enseguida se le dice: "Aún te falta una cosa: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme" (Ibid., 21). En estas palabras vio el octavo grado, pero no quiso ascender, porque se fue triste. Así pues, quien, despreciando las cosas temporales, se alimenta de la contemplación de la eternidad, busca las alegrías del reino celestial, después de los siete grados que ha mantenido temiendo, obrando y creciendo en el entendimiento de la sabiduría, ha entrado en el acceso de la puerta interior por el octavo grado.

5. Por el número ocho también se designa el día del juicio eterno y la resurrección de la carne. Por eso el Salmo que se escribe para el octavo comienza con el temor del juicio, cuando se dice: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor" (Sal. VI, 2). Ahora es tiempo de misericordia, pero en aquel juicio será el día de la ira. En ese día, todo

este tiempo que se desarrolla en siete días se termina. Y como sigue después de siete días, con razón se llama octavo. En el cual nuestra carne resurgirá del polvo, para recibir de la Verdad lo bueno o lo malo que haya hecho. Por eso también la ley ordena que la circuncisión se realice al octavo día. Pues por el miembro que se circuncida se genera la propagación mortal, y se aumenta el número de los que mueren y de los que suceden. Pero porque en la resurrección de los muertos ya no se realiza la propagación de la carne, y no habrá sucesión ni deceso, porque como está escrito: "Ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en el cielo" (Mat. XXII, 30), se ordena cortar el prepucio al octavo día. Pues allí ya no tiene lugar la propagación de la carne, donde la carne resurgida tiene la perseverancia de la eternidad. Por este miembro descendió la madre virgen, que concibió a Dios en su vientre sin la mezcla viril, quien primero nos mostró la gloria de la patria eterna en su resurrección. Quien resucitando de entre los muertos, ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9). Y nos dio ejemplo, para que creamos que en el último día sucederá a nuestra carne lo que reconocimos que sucedió a su carne en el día de la resurrección.

6. Pero como el discurso nos ha llevado a la resurrección de la carne, es muy triste y lamentable que sepamos que algunos en la Iglesia dudan de la resurrección de la carne. Sin embargo, los antiguos padres creyeron con certeza que vendría, incluso cuando aún no tenían ningún ejemplo de esa resurrección. ¿Con qué condena, pues, son dignos aquellos que ya han recibido el ejemplo de la resurrección del Señor, y sin embargo aún dudan de su propia resurrección? Tienen la prenda, pero no tienen fe. Llenan la Iglesia, pero porque dudan de su resurrección, están de pie con la mente vacía. De esta resurrección se dice por el bienaventurado Job: "Sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre el polvo, y después de que mi piel haya sido destruida, en mi carne veré a Dios; a quien yo mismo veré, y mis ojos lo contemplarán, y no otro" (Job. XIX, 25, ss.). De aquí también se dice por el salmista: "Ante él se postrarán todos los que descienden al polvo" (Sal. XXI, 29). Pues en la tierra los muertos descienden no en espíritu, sino en cuerpo. Por tanto, ante el Señor se postran los que descienden al polvo, porque resucitando vienen al juicio los que ahora se pudren en el polvo. De aquí dice de nuevo: "Mi alma tiene sed de ti, mi carne también te anhela" (Sal. LXII, 2). El alma tiene sed de ver a Dios; ¿qué anhela la carne, sino resucitar? De aquí dice de nuevo: "Quita su espíritu, y perecen, y vuelven a su polvo" (Sal. CIII, 29). Y enseguida añade sobre la resurrección de la carne: "Envía tu espíritu, y son creados, y renuevas la faz de la tierra" (Ibid., 30). De aquí dice de nuevo: "Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación" (Sal. CXXXI, 8). Pues el Señor se levantó a su descanso cuando resucitó su carne del sepulcro. Después de él también se levanta el arca, porque resucita la Iglesia. De aquí está escrito por el mismo profeta de quien hablamos: "Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí, yo haré entrar en vosotros espíritu, y viviréis. Y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer sobre vosotros carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os daré espíritu, y viviréis" (Ezequiel XXXVII, 4, ss.). De aquí es que otro profeta, viendo en la resurrección del Señor al género humano levantarse al final, dijo: "Nos dará vida después de dos días, al tercer día nos resucitará, y viviremos en su presencia" (Oseas VI, 3). De aquí es que cuando el Señor hablaba de sí mismo, añadió: "No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de juicio" (Juan V, 28, 29). De aquí Pablo dice: "De donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea conforme al cuerpo de su gloria" (Filip. III, 20). De aquí dice de nuevo: "Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con él a los que durmieron en Jesús" (I Tes. IV, 14). Quien

de nuevo dice: "Cristo, primicias de los que durmieron" (I Cor. XV, 20). Pues si no nos levantamos del sueño de la muerte, ¿cómo tenemos las primicias de la resurrección del Señor?

7. He aquí que los antiguos y nuevos Padres concuerdan con un solo espíritu sobre la resurrección de la carne. He aquí que la misma Verdad primero enseñó con su voz lo que luego demostró con su obra sobre la resurrección de la carne, y sin embargo, aún la debilidad de algunos no tiene fe estando en la casa de la fe. Pero suelen maravillarse de cómo la carne puede revivir del polvo. Que se maravillen, pues, de la altura del cielo, de la masa de la tierra, de los abismos de las aguas, de todas las cosas que hay en el mundo, incluso de los mismos ángeles creados de la nada. Es mucho menos hacer algo de algo que haber hecho todo de la nada. Los mismos elementos, las mismas especies de cosas, nos predicán la imagen de la resurrección. Pues el sol muere cada día ante nuestros ojos, cada día resurge. Las estrellas nos desaparecen en las horas de la mañana, resucitan por la tarde. Vemos los arbustos en los tiempos de verano llenos de hojas, flores y frutos, que en el tiempo de invierno permanecen desnudos de hojas, flores y frutos, y como secos, pero cuando regresa el sol primaveral, cuando el humor sube desde la raíz, se visten de nuevo con su esplendor. ¿Por qué, entonces, se desconfía de los hombres, cuando se ve que esto sucede en los árboles? Pero a menudo ven el polvo de la carne putrefacta y dicen: ¿De dónde podrán los huesos y las médulas, de dónde la carne o los cabellos ser restaurados en la resurrección? Así que, preguntando esto, que vean las pequeñas semillas de los grandes árboles, y si pueden, que digan: ¿Dónde se esconde en ellas tanta masa de robustez, tanta diversidad de ramas, tanta multitud y verdor de hojas, tanta especie de flores, tanta abundancia, sabor y olor de frutos? ¿Acaso las semillas de los árboles tienen el olor o el sabor que los mismos árboles producen después en sus frutos? Si, pues, de la semilla de los árboles que no puede verse puede producirse, ¿por qué se desconfía del polvo de la carne humana, que de él pueda restaurarse la forma que no se ve?

8. Sin embargo, suelen plantear una cuestión vana, diciendo: Un lobo comió la carne de un hombre, un león devoró al lobo, el león al morir volvió al polvo, cuando ese polvo se levanta, ¿cómo se separa la carne del hombre de la carne del lobo y del león? ¿Qué debemos responderles, sino que primero piensen cómo vinieron a este mundo, y entonces encontrarán cómo resucitarán? Ciertamente tú, hombre, que hablas así, alguna vez fuiste espuma de sangre en el vientre de tu madre, pues allí eras un pequeño y líquido globo de la semilla del padre y de la sangre de la madre. Dime, te ruego, si sabes, ¿cómo ese humor de la semilla se endureció en los huesos, cómo permaneció líquido en las médulas, cómo se solidificó en los nervios, cómo creció en las carnes, cómo se extendió en la piel, cómo se distinguió en los cabellos y las uñas, de modo que los cabellos fueran más suaves que las carnes, y las uñas más blandas que los huesos, más duras que las carnes? Si, pues, tantas y tan diversas cosas se hicieron de una sola semilla, y sin embargo permanecen unidas en forma, ¿qué maravilla que el Dios omnipotente pueda en aquella resurrección de los muertos distinguir la carne del hombre de la carne de las bestias, de modo que un mismo polvo no resucite en cuanto es polvo del lobo y del león, y sin embargo resucite en cuanto es polvo del hombre? Mira, pues, hombre, cómo viniste a la vida, y no dudes de cómo volverás a la vida. ¿Por qué quieres comprender con razón cómo volverás, si ignoras cómo viniste? Da a la potencia de tu Creador lo que no puedes comprender de ti mismo. Ciertamente, porque tú fuiste hecho de la tierra, y la tierra de la nada, tú fuiste creado de la nada. No desesperes, pues, de la resurrección de tu carne, considera prudentemente que es menos para Dios reparar lo que era que haber hecho lo que no era.

9. Pero si no puedes comprender con razón el efecto de la resurrección, considera cuántas cosas hay que no entiendes cómo son, y sin embargo no dudas de que son. Dime, te ruego, si

conoces los giros del cielo, los ejes de la tierra, los abismos de las aguas, ¿dónde terminan, dónde están suspendidos? Sabemos, sin embargo, que lo que fue hecho de la nada pende en la nada. Pero si hay algo que se llama nada, ya no es nada. Si, pues, nada es nada, en ninguna parte pende la masa del mundo, ni hay donde esté lo que fue creado para ser. ¿Cómo, pues, no está en ninguna parte lo que sabemos que está? Pero tal vez estas cosas son muchas para ti, vuelve a ti mismo, hombre. Ciertamente fuiste creado de espíritu y limo, uno invisible, otro visible; uno sensible, y otro insensible. ¿Cómo, pues, pudo mezclarse en ti el espíritu y el limo, y hacerse de lo diverso una cosa no diversa, de modo que en tanta conveniencia se mezclara el espíritu y el limo, que cuando la carne se debilita el espíritu se marchita, y cuando el espíritu se aflige la carne se consume? Pero tal vez aún no puedes discernir de ti mismo. Considera, te ruego, si puedes, cómo el Mar Rojo fue dividido por la vara (Éxodo XIV, 21), cómo la dureza de la roca al ser golpeada por la vara emanó aguas (Números XX, 11), cómo la vara seca de Aarón floreció (Ibid., XVII, 8), cómo la Virgen que vino de su linaje concibió, cómo permaneció virgen en el parto (Lucas I, 27, ss.; III, 23, ss.); cómo el muerto de cuatro días, resucitado por orden, salió del sepulcro con las manos y los pies atados, a quien luego el Señor ordenó a los discípulos que desataran (Juan XI, 44, ss.); cómo nuestro mismo Redentor, resucitando en verdadera carne y huesos, entró a los discípulos con las puertas cerradas (Juan XX, 26).

10. He aquí que no puedes investigar estas cosas, y sin embargo crees. ¿Por qué, pues, dudas discutiendo y debatiendo sobre la gloria de la resurrección, cuando has creído tantos misterios sin discusión? Sin embargo, si no crees en la resurrección de la carne, has creído todo en vano, porque en este espectáculo de los ángeles pareces correr rápidamente, pero después de haber completado la carrera, te niegas a recibir el premio. Por eso se dice por Pablo: "Corred de tal manera que lo obtengáis" (I Cor. IX, 24). Quien de nuevo dice: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres" (I Cor. XV, 19). Los misterios de la virtud divina que no pueden ser comprendidos no deben ser discutidos con el entendimiento, sino venerados con fe. Debemos saber, pues, que cualquier cosa que pueda ser comprendida por la razón del hombre ya no puede ser maravillosa, sino que la única razón en los milagros es la potencia del que los hace. He aquí que mientras hablamos de la resurrección de la carne, nos hemos desviado un poco del orden de la exposición. Volvamos, pues, a lo que hemos comenzado.

11. Las puertas interiores tienen vestíbulos, que se miden en longitud por veinticinco codos. Pues si multiplicamos ocho por tres, llegamos a veinticuatro. A lo cual se añade uno, para que tengamos veinticinco. Los buenos oyentes, que son como ciertos vestíbulos de las puertas, mantienen la longanidad de la esperanza eterna, sostienen el octavo día en la fe de la Trinidad. Esta Trinidad, porque es un solo Dios, multiplican ocho por tres, pero se consolidan en la confesión de un solo Dios. Los vestíbulos son planos, porque los corazones de los buenos oyentes son humildes. Tienen longitud, porque perseveran en la longanidad de la esperanza. Su longitud se mide por veinticinco codos, porque creen en la resurrección de la carne en el octavo día por la Trinidad, y confiesan que esa misma santa Trinidad es un solo Dios. También tienen cinco codos de ancho, porque se dilatan en el amor al prójimo a través de una vida simple que se lleva por los cinco sentidos. Y es de notar que después de que se han dicho otros vestíbulos de las puertas más arriba, luego se dice que el vestíbulo que tiene cinco codos de ancho mira hacia afuera, porque ciertamente hay otros oyentes que penetran más el entendimiento de la vida interior progresando en virtudes, y hay algunos simples que viven bien pero según los sentidos corporales. Por eso se dice que miran hacia afuera. Pues miran como hacia afuera, porque viven según los sentidos corporales. Pero sin embargo, mirando hacia afuera, están dentro, porque aunque no saben trascender los sentidos

corporales con el entendimiento, mantienen humildemente la fe y la caridad. Y así están dentro del edificio espiritual por el amor, y como si miraran hacia afuera por la simplicidad.

12. Puede designarse por el vestíbulo que mira hacia afuera la fe de los principiantes, y por el vestíbulo que está adentro la fe de los perfectos, que ya brillan por ella en signos y virtudes. También pueden figurarse por el vestíbulo interior los preceptos más altos, y por el vestíbulo que mira hacia afuera los preceptos aún menores. Pues por el vestíbulo se va a los grados y a la puerta, porque por los preceptos de la predicación se llega a las virtudes y al acceso de la gracia celestial. Cuando se ordena a otros meditar en su pensamiento las cosas eternas, saborear las celestiales; y se les dice vivir en salmos e himnos y cánticos espirituales (Col. III, 16), se muestra como el vestíbulo interior, que se mide por cincuenta codos de longitud y veinticinco de ancho. De estos números ahora llamamos, porque ya hemos dicho mucho de ellos más arriba. Cuando se ordena a otros: "El marido pague a la mujer el deber conyugal, y de igual manera la mujer al marido" (I Cor. VII, 3), se designa como el vestíbulo que mira hacia afuera. Que aunque mire hacia afuera, sin embargo está dentro, porque el oyente rudo y que aún hace lo que es de la carne, no está, sin embargo, ajeno al número de los buenos.

13. Sin embargo, puede designarse por la puerta del Oriente al Señor, y por el Sur a Judea, y por el Norte a la gentilidad convertida. [Llamamos puerta al Señor, porque por él entramos a él. No es incongruente llamar puertas a Judea y a la gentilidad, porque primero a los hebreos, y luego a los padres venidos de la gentilidad, reconocimos el acceso al edificio celestial.] Pero en este asunto surge la cuestión de por qué en la narración anterior del profeta, primero se describe la puerta Oriental, luego la del Norte, y después la del Sur. Y cuando narra las mismas puertas en el atrio interior, primero describe la puerta del Sur, luego la del Oriente, y en tercer lugar la del Norte. ¿Por qué no mantuvo el mismo orden que había comenzado, sino que lo cambió en la descripción de las puertas, para decir primero la puerta del Oriente, del Norte y del Sur, y luego del Sur, del Oriente y del Norte? Pero si por el nombre del Norte se designa la gentilidad, es evidente para todos los que leen con diligencia que antes de la Sinagoga fue la gentilidad. Pues Heber mismo, de quien los hebreos fueron llamados, fue elegido de entre las naciones (Génesis X, 21). Por lo tanto, se dice la puerta Oriental antes que la puerta del Norte y del Sur, porque en su divinidad el Señor nació antes que la gentilidad y Judea, quien es antes de todos los siglos. Pero se dice en la narración subsiguiente la puerta del Sur, del Oriente y del Norte, porque nuestro Redentor en su naturaleza humana se dignó nacer entre Judea y la gentilidad, porque vino al final de la Sinagoga y antes del inicio de la Iglesia, que reunió de entre las naciones. En la primera descripción, pues, la puerta Oriental está antes que la puerta del Norte y del Sur; en la segunda, sin embargo, entre la puerta del Sur y del Norte se nombra la puerta del Oriente, porque tanto en su divinidad precedió a todo, como en su humanidad vino entre todo, quien fue el fin de la Judea que se desvanecía, y el inicio de la gentilidad que seguía. Por lo tanto, porque hemos examinado lo que aún no se había dicho, como hemos podido, con la ayuda del Señor, y hemos pasado por alto lo que se ha repetido muchas veces, ahora vengamos a lo que se dice ya en orden, de modo que en ello casi nada de lo que se ha dicho se repita:

VERS. 38.---Y en cada uno de los tesoros hay una puerta en las fachadas de las puertas. 14. Los tesoros, como dijimos anteriormente (Hom. 6, antiguamente 18, n. 1 y siguientes), son los corazones de los doctores que guardan las riquezas del conocimiento. Las fachadas de las puertas son las palabras y obras de los predicadores, en las cuales los reconocemos exteriormente tal como viven interiormente. Hay una puerta en cada uno de los tesoros en las fachadas de las puertas, porque cada doctor abre el entendimiento en el corazón del oyente a través de las palabras y obras de los padres. Pues cuando discutimos la predicación del

apóstol Pedro, cuando examinamos las palabras de Pablo, cuando investigamos el Evangelio de Juan, y a través de sus palabras atraemos a nuestros oyentes hacia el entendimiento interior, ¿qué otra cosa hacemos sino abrir una puerta en las fachadas de las puertas? Por lo tanto, se dice: En cada uno de los tesoros hay una puerta en las fachadas de las puertas, porque si el doctor no confirma lo que dice con las palabras de los apóstoles, no tiene puerta en las fachadas de las puertas. Y si no tiene puerta, ya no puede llamarse tesoro del edificio espiritual, porque si no abre el entendimiento, no es doctor. Pero cuando los buenos oyentes conocen las palabras y obras de los apóstoles a través de la boca de los docentes, silenciosamente reprenden sus propias faltas y persiguen con lágrimas todo lo que recuerdan haber hecho injustamente. Por lo tanto, aquí también se añade sobre la puerta que está en las fachadas de las puertas:

IBID.---Allí lavaban el holocausto.

15. Porque quienes se han dedicado al Señor a través de la fe en una vida santa, se han convertido en holocausto para el Señor. Pero como aún sufren mucho de su carne corruptible, porque aún en ellos la pureza del corazón se mancha con pensamientos impuros, regresan diariamente a las lágrimas, se afligen con llantos constantes. Consideran las palabras y hechos de los santos padres, y cuando se consideran indignos, lavan el holocausto en la puerta. Pues, por ejemplo, alguien que por temor al Señor Todopoderoso se ha comprometido a ser paciente, a no devolver insulto por insulto, a soportar todo con ecuanimidad, y sin embargo, cuando una injuria de la boca del prójimo lo golpea de repente, turbado, tal vez dice algo que no debería haber dicho. Ciertamente, ya es un holocausto, pero aún está manchado. Tal vez mostró paciencia ante las injurias recibidas, permaneció en silencio; pero aún así, el dolor lo toca por las mismas injurias que soporta, y su alma se hiere en la caridad. Porque la verdadera paciencia es amar incluso a quien se soporta. Pues tolerar pero odiar no es virtud de mansedumbre, sino un velo de furia. Así que este a menudo se juzga a sí mismo en su pensamiento, se reprende porque duele, y sin embargo no logra evitar que duela. Ya, por lo tanto, por buena devoción es un holocausto, pero aún está manchado por el dolor que lo toca. Otro ha decidido dar todo lo que posee a los necesitados, no reservarse nada, confiar su vida solo a la gobernación celestial; pero mientras da a los pobres lo que tiene, tal vez un pensamiento se infiltra en su mente que dice: ¿De qué vivirás si lo das todo? Y sin embargo, no deja de dar, pero lo que comenzó a dar con alegría, luego lo da con tristeza. ¿Qué es su mente sino un holocausto de misericordia? pero aún está manchado por la tristeza del pensamiento. O no debió deliberar en absoluto, o después de deliberar no debió dudar de ninguna manera. Otro, despreciando la soberbia del mundo, ha decidido evitar los honores y dignidades de este siglo, busca ocupar el último lugar entre los hombres, para que sea encontrado tanto más alto en la gloria permanente cuanto más humilde se le ve en la vida pasajera. Tal vez cuando de repente se da cuenta de que es despreciado por el prójimo, se indigna de por qué es despreciado. Quiere estar en un lugar humilde, pero no quiere ser visto como despreciable. Ya la devoción lo eleva, pero aún la debilidad lo pesa. Ya, por lo tanto, por devoción es un holocausto, pero aún está manchado por la debilidad. Así, aquellos que en lo que han devotamente prometido, son tocados por alguna culpa de su debilidad, cuando a través de las palabras de los doctores entienden las palabras de los padres, y reconocen en cuánta culpa yacen, y se afligen con lamentos de penitencia, lavan el holocausto en la puerta.

16. Debemos saber que hay una diferencia entre sacrificio y holocausto, que todo holocausto es sacrificio, pero no todo sacrificio es holocausto. En el sacrificio, una parte del animal se ofrecía, mientras que en el holocausto se ofrecía todo el animal. Por eso, en latín, holocausto se llama todo quemado. Pensemos, entonces, qué es sacrificio y qué es holocausto. Pues cuando alguien dedica algo suyo a Dios, y algo no lo dedica, es sacrificio. Pero cuando

dedica todo lo que tiene, todo lo que vive, todo lo que sabe al Dios Todopoderoso, es holocausto. Porque hay algunos que aún están retenidos en este mundo por la mente, y sin embargo, de sus posesiones ministran ayuda a los necesitados, se apresuran a defender a los oprimidos. Estos, en los bienes que hacen, ofrecen sacrificio, porque inmolan algo de su acción a Dios, y algo se reservan para sí mismos. Y hay algunos que no se reservan nada para sí mismos, sino que inmolan al Señor Todopoderoso su mente, lengua, vida y sustancia que han recibido. ¿Qué hacen estos sino ofrecer holocausto; o más bien, se convierten en holocausto? El pueblo israelita ofreció primero sacrificio en Egipto, y el segundo en el desierto (Éxodo XII, XIII). Así, quien aún tiene la mente en el siglo, pero ya hace algo bueno, ofreció sacrificio a Dios en Egipto. Pero quien abandona el presente siglo y hace los bienes que puede, como si ya hubiera dejado Egipto, ofrece sacrificio en el desierto, porque, rechazando el ruido de los deseos carnales, inmola a Dios en la quietud y soledad de su mente todo lo que hace. Aunque, como se ha dicho, el sacrificio también es holocausto, sin embargo, el holocausto es mayor que el sacrificio, porque la mente que no es oprimida por el deleite de este mundo, quema todo lo que tiene en el sacrificio al Dios Todopoderoso.

17. Pero debemos saber que hay algunos que, incluso dejando el siglo, ofrecen todo lo que tienen, pero sin embargo no se conmueven en lo más mínimo en los bienes que hacen; y aunque el bien que hacen es holocausto, porque no saben llorar ni juzgarse a sí mismos, ni se encienden en lágrimas por amor, su holocausto no es perfecto. De esto se dice a través del salmista: Que el Señor se acuerde de todos tus sacrificios, y que tu holocausto sea graso (Salmo XIX, 4). El holocausto seco es la buena obra que no es regada por las lágrimas de la oración. El holocausto graso es cuando lo que se hace bien también se riega con lágrimas de un corazón humilde. Por eso se dice nuevamente: Ofreceré holocaustos con médula a ti (Salmo LXV, 15). Pues quien hace una buena obra, pero no sabe llorar por amor y deseo del Dios Todopoderoso, tiene holocausto, pero no tiene médula en el holocausto. Pero quien hace el bien, y ya anhela la visión de su Creador, y se apresura a llegar a las alegrías de la contemplación eterna, y se inmola a sí mismo en lágrimas por el amor con el que se enciende, ha dado holocaustos con médula al Señor. Por lo tanto, debemos esforzarnos por dejar completamente el mal, y hacer los bienes que podemos, y en esos bienes que hacemos, ser conmovidos por el amor de la luz eterna. Porque el amor de la luz disipa las tinieblas del corazón, para que podamos ver más sutilmente si algo malo se mezcla en los bienes que hacemos. Debemos considerar cuál es nuestra obra, qué pensamiento hay en la obra, qué intención en el pensamiento. Y cuando reconocemos que algo de malicia o deleite perverso se mezcla en nuestra buena obra, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto.

18. Hay algunos que se han dedicado al Señor en grandes acciones, y han llegado a tal perfección que no son desviados por ninguna dificultad, de modo que la carne no somete al alma en la deleitación de un pensamiento perverso por deliberación de castidad. Pues incluso si alguna vez es golpeada por la sugerencia, no se le permite levantarse, porque es pisoteada por el vigor del juicio. En la deliberación de la paciencia, ni una palabra desordenada sale de la boca, ni el dolor silencioso oprime el alma, para que en la generosidad de la limosna ninguna sospecha de escasez genere tristeza, para que en la deliberación de la humildad ningún desprecio muerda el alma. Pero cuando ya se muestran fuertes en lo que han devotamente prometido, sin embargo, recuerdan los pecados anteriores que cometieron antes de la buena deliberación, y lloran todo lo que recuerdan haber hecho ilícitamente. Así, por la vida que llevan, son un holocausto, pero por la vida que llevaron antes, están manchados. Por lo tanto, lavan el holocausto en la puerta, porque en el entendimiento que han recibido de las palabras de los padres, se afligen diariamente con lamentos, y limpian con lágrimas la vida que alguna vez mancharon con actos perversos. Por lo tanto, entre estas cosas, volvamos los

ojos de la mente a la vida pasada, recordemos quiénes fuimos cuando seguíamos las concupiscencias de este mundo. Y si ya servimos al Señor con todo el corazón, porque recordamos haber pecado, lloremos, lavemos el holocausto con lágrimas.

19. He aquí, hemos dedicado nuestra castidad al Dios Todopoderoso; pero si aún un pensamiento impuro mancha la mente, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto. He aquí, hemos decidido guardar la paciencia. Pero si aún la ira perturba, si el dolor silencioso tortura la mente, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto. He aquí, ya sabemos dar lo que poseemos, y ocupar un lugar humilde en este mundo; si aún alguna sospecha de escasez deprime el alma, si el desprecio del prójimo nos confunde con alguna indignación, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto. Grande es el seno de misericordia de nuestro Creador para recibir las lágrimas de los humildes. Donde se han recibido las lágrimas de innumerables hombres, allí también encontrarán su lugar nuestras lágrimas. Pensemos en lo que se dice a través de otro profeta: Y será que el que tropiece entre ellos en aquel día será como David, y la casa de David como Dios, como el ángel del Señor delante de él (Zacarías XII, 8). Este es el día de la misericordia, que nos ha sido prometido con la venida de nuestro Redentor. Por lo tanto, el que tropiece será como David, porque el pecador regresa a la penitencia; pero la casa de David será como Dios, porque quien regresa a la justicia se convierte en la morada de su Creador, para que sea como un ángel delante de él, porque anuncia y ofrece a otros las entrañas de misericordia que ha experimentado en sí mismo. De esto también se dice poco después allí: En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecador y de la menstruante (Zacarías XIII, 1).

20. La fuente oculta es el unigénito del Padre, el Dios invisible. Pero la fuente abierta es el mismo Dios encarnado. Esta fuente abierta se llama con razón la casa de David, porque nuestro Redentor vino a nosotros del linaje de David. Jerusalén se interpreta como visión de paz. Y habitan en Jerusalén aquellos que fijan su mente en la visión de la paz interior. El pecador y la menstruante son o bien el que peca en la obra, o bien la mente que cae en un pensamiento perverso. Pues esta es la contaminación de la menstruante, porque no es tocada por carne ajena, y es manchada por su propia carne. Así, así es toda alma, que aunque no hace una mala obra, se ensucia con un pensamiento impuro. Por eso también se dice a través de otro profeta bajo la apariencia de Judea sobre el alma ocupada por deseos impuros: Todos los que la buscan no fallarán, la encontrarán en sus menstros (Jeremías II, 24). Pues los espíritus malignos que buscan no fallan cuando desean infligir perdición, y no son repelidos por ninguna rectitud de buena cogitación. Y encuentran el alma en sus menstros, cuando, puesta en pensamientos impuros, fácilmente la arrastran a una operación perversa. Por lo tanto, se dice: En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecador y de la menstruante (Zacarías XIII, 1), porque ya se nos ha abierto la fuente de misericordia, nuestro Redentor, que se dignó encarnarse en la casa de David, para lavar al pecador de la obra perversa, y limpiar la mente menstruante del pensamiento impuro. Por lo tanto, la fuente está abierta; corramos con lágrimas, lavémonos en esta fuente de piedad.

21. En esta fuente también se lavó David cuando regresó a los lamentos de penitencia después de las manchas de una grave culpa. Pues buscaba encontrar esta fuente cuando decía: Devuélveme la alegría de tu salvación, y con un espíritu principal afirmame (Salmo L, 14). Jesús en hebreo se traduce como salvación en latín. ¿Y qué es lo que pedía que se le devolviera la alegría de Jesús, sino que antes de la culpa solía contemplarlo, y había perdido las alegrías de su contemplación en la culpa? Por eso, después de la penitencia, buscaba que se le devolviera la alegría de su visión. En esta fuente de misericordia se lavó María Magdalena, quien primero fue una famosa pecadora, y luego lavó sus manchas con lágrimas,

y corrigió sus costumbres (Lucas VII, 37, 38, siguientes). En esta fuente de misericordia, Pedro lavó públicamente lo que había negado, porque lloró amargamente (Mateo XXVI, 75). En esta fuente de misericordia, al final de su vida, se lavó el ladrón, quien, reprendiéndose a sí mismo en la muerte, fue lavado de su culpa por la confesión de la verdad (Lucas XXIII, 41).

22. ¿Por qué, entonces, somos perezosos? ¿Por qué permanecemos torpes y fríos, quienes sabemos que tantos ya se han lavado en esta fuente de piedad? ¿Desesperaremos, entonces, de nuestra purificación, quienes tenemos tantos ejemplos de misericordia como prenda? ¿Y cesamos de buscar el perdón, y de tener confianza con lágrimas, quienes ya hemos recibido la purificación de tantos como prenda de nuestra esperanza? Pues deberíamos buscar la fuente de misericordia, incluso si estuviera cerrada. Ahora está abierta, y la descuidamos. Lancemos los ojos de la fe al mundo entero, consideremos cuántos pecadores día y noche se lavan en esta fuente de misericordia, cuántos regresan a la luz después de las tinieblas, cuántos regresan a la pureza después de las manchas. Corramos, entonces, con tales personas después de las tinieblas de la muerte hacia el agua de la vida; consideremos cuánto hemos pecado, cuánto pecamos diariamente, y para que aparezcamos limpios después de las culpas, lavemos el holocausto. Para hacer estas cosas, está presente la gracia de nuestro Redentor, quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX [Al. XXI]. Se proponen para exponer cinco versículos, del 39 al 43, y apenas se intenta el sentido literal, se presentan el espiritual y el moral, y se diserta principalmente sobre el oficio del pastor.

¿Qué diremos de los sentidos místicos del profeta Ezequiel, cuando apenas comprendemos las palabras de su historia? Pues he aquí que dice:

VERS. 39-41.---Y en el vestíbulo de la puerta había dos mesas aquí, y dos mesas allá, para que se inmolara sobre ellas el holocausto, y por el pecado, y por la culpa. Y al lado exterior, que sube a la puerta que va hacia el norte, dos mesas; y al otro lado, ante el vestíbulo de la puerta, dos mesas. Cuatro mesas aquí, y cuatro mesas allá por los lados de la puerta. Eran ocho mesas, sobre las cuales inmolaban.

1. En estas palabras, ciertamente surge una gran oscuridad de duda, si esto se dice de una puerta cualquiera, o de dos, o de cada una de las puertas. Pero mientras se describen cuatro mesas por los lados, y luego en la conclusión se dice: Eran ocho mesas sobre las cuales inmolaban, está claro que el espíritu no dice esto de cada una de las puertas que había descrito anteriormente, porque si las seis puertas descritas anteriormente tuvieran cuatro mesas por los lados, todas juntas no se dirían ocho, sino cuarenta y ocho. Nuevamente, si esto se dice de una, nuestra inteligencia se ve obstaculizada por un gran obstáculo, porque después de describir el vestíbulo de la puerta, donde se dice que había dos mesas aquí y dos mesas allá, aún se menciona que al lado exterior, que sube a la puerta que va hacia el norte, había dos mesas, y se añade: Y al otro lado, ante el vestíbulo de la puerta, dos mesas. Pues si dentro del vestíbulo de la puerta había dos mesas por los lados, cuando se añade: Y al lado exterior dos mesas, y al otro lado ante el vestíbulo dos mesas, entre las cuales también se menciona que está la puerta que mira hacia el camino del norte, ciertamente está claro que había un vestíbulo interior y otro exterior, porque también primero se describe la puerta interior, y luego en este lugar se describe la puerta exterior del norte. Pues después de haber descrito tres puertas anteriormente, también mencionó que había tres más del atrio interior, de las cuales había narrado la última puerta del norte, pero, como se ha dicho, del atrio interior. Ahora, por lo tanto, cuando se describen dos mesas aquí en el vestíbulo de la puerta y dos

mesas allá, aún se continúa el discurso sobre la misma puerta interior, ya que inmediatamente se añade que al lado exterior, que sube a la puerta que va hacia el norte, dos mesas; y al otro lado, ante el vestíbulo de la puerta, dos mesas. Por lo tanto, la puerta interior se describe con dos mesas por los lados en el vestíbulo, y la puerta exterior de manera similar con dos mesas. Pero cuatro aquí y cuatro allá se hacen juntas, mientras se describen dos por los lados en el vestíbulo de la puerta interior y dos aquí y allá exteriormente en la puerta del norte, que todas juntas son ocho, en las cuales se inmola. Habiendo discutido estas cosas de la narración exterior, volvamos al entendimiento espiritual, que ya debe ser más fácil, con la ayuda del Señor, cuanto menos nos angustia la ignorancia de la descripción exterior.

2. En efecto, bajo el nombre de puertas, como se ha dicho anteriormente, pueden entenderse los santos predicadores, de modo que el vestíbulo de la puerta sea el pueblo. Cuando este pueblo recibe con humildad de mente las palabras de la predicación, en él se construyen mesas para el sacrificio a partir de las virtudes. De nuevo, nada impide que entendamos por puerta aquello que nos abre el entendimiento del sagrado discurso a través de las palabras de los predicadores, de modo que el vestíbulo de la puerta sean las palabras de esa predicación que primero recibimos con humildad, para luego llegar a la comprensión del sagrado discurso. Sea, pues, para nosotros la puerta interior el Nuevo Testamento, y la puerta exterior el Antiguo Testamento, porque ambos abren el entendimiento espiritual, aunque el segundo aún guarda la letra del sagrado discurso en las mentes rudas. La puerta interior tiene ya en la gran multitud de fieles dos lados, a saber, el amor a Dios y el amor al prójimo. Hay dos mesas a cada lado, porque en el amor a Dios es necesario mantener la fe y la vida, y en el amor al prójimo se debe guardar con esmero la paciencia y la benignidad. En el amor a Dios, la fe y la vida son necesarias, porque está escrito: "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11, 6). Y también está escrito: "La fe sin obras está muerta" (Santiago 2, 20, 26). En el amor al prójimo debemos conservar la paciencia y la benignidad, porque de ese mismo amor está escrito: "La caridad es paciente, es benigna" (1 Corintios 13, 4). Paciente, para soportar con ecuanimidad los males infligidos por los prójimos; benigna, para ofrecer generosamente sus bienes a los prójimos. La puerta exterior, es decir, la ley, también tiene dos lados: los padres espirituales y el pueblo carnal. En cada uno de ellos hay dos mesas, porque en los padres espirituales hay doctrina y profecía, y en el pueblo carnal hay circuncisión y sacrificio. En estas ocho mesas se inmola, porque todo lo que la fe cree, todo lo que la vida muestra en el ejemplo de buenas obras, todo lo que la paciencia soporta humildemente, todo lo que la benignidad ministra generosamente, todo lo que la doctrina enseña saludablemente, todo lo que la profecía predice para el futuro, todo lo que la circuncisión ató exteriormente por mandato, todo lo que el sacrificio realizó por la devoción del oferente, esto se muestra como una víctima ante los ojos del Dios omnipotente. En la ley, incluso a través del sacrificio carnal, ¿qué otra cosa inmolaba el pueblo sino la devoción de su corazón? Cabe señalar que solo se mencionan cuatro mesas para el holocausto, que tomamos como las del vestíbulo de la puerta interior, para que de las otras cuatro entendamos que fueron construidas para el sacrificio, no para el holocausto. El holocausto, como ya he declarado en el discurso anterior (Homil. super.), se dice que es todo quemado. Y la ley ciertamente manda amar a Dios y al prójimo, guardar los mandamientos divinos, refrenar la concupiscencia de las cosas ajenas; pero no manda dejarlo todo. En el Nuevo Testamento, la Verdad nos testifica, diciendo: "Cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14, 33). Y de nuevo dice: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (Ibid. 9, 23). Las mesas de la puerta interior tienen holocausto, porque en las virtudes del Nuevo Testamento, como en un holocausto, lo quemamos todo cuando renunciamos a todo lo

que es de este mundo. Las mesas de la puerta exterior tienen sacrificio, pero no holocausto, porque los preceptos legales mandan ofrecer diezmos, pero no mandan dejarlo todo.

3. De las cuatro mesas del vestíbulo interior se dice: "Para que se inmole sobre ellas holocausto, y por el pecado, y por la culpa". En efecto, hay una diferencia entre pecado y culpa: el pecado es hacer el mal, mientras que la culpa es abandonar el bien que debe ser mantenido con esmero. O ciertamente, el pecado está en la obra, y la culpa en el pensamiento. Por tanto, correctamente se inmola en las cuatro mesas de la puerta interior holocausto, y por el pecado, y por la culpa, porque cualquiera que pueda despreciar plenamente este mundo presente, y, abandonándolo todo, darse a sí mismo como holocausto al Señor, ya sabe perfectamente lamentar tanto los pecados de la obra como las culpas del pensamiento, ya sea por el mal que hizo o por el bien que debió hacer y no hizo. Quien ha dejado todo, ya contempla sus culpas más libremente en lágrimas. Y cuando su mente no es obstaculizada por el cuidado terrenal, al lamentar por la obra y el pensamiento, ¿qué otra cosa da su mente al Señor omnipotente sino un holocausto?

4. Tampoco parece ajeno a la razón que el profeta, al hablar del lado exterior y nombrar la puerta, añadió: "Que se dirige al norte". En la custodia exterior de la letra se mantenía la ley dada. La puerta de la puerta es el mismo entendimiento histórico de la ley, que conduce al temor del Señor. Esta puerta se dice que se dirige al norte, porque la misma ley, bajo el temor de la muerte, constriñó los fríos corazones del pueblo judío. Pues aquel pueblo habría corrido como por calor, si hubiera guardado los mandamientos del Señor por amor. Pero como guardó la letra bajo el temor de la muerte propuesta, permaneció como en el letargo del frío. Por eso, a los nuevos pueblos que aman las recompensas eternas, no temen los tormentos temporales, y ya están ardientes, se les dice: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor, sino el espíritu de adopción, en el cual clamamos, Abba Padre" (Romanos 8, 15). Se dice, pues: "Cuatro mesas de un lado, y cuatro mesas del otro lado por los lados de la puerta". Pues cuando la fe y la vida, la doctrina y la profecía se guardan en las mentes de los buenos, nuestra puerta, es decir, el entendimiento del sagrado discurso, tiene cuatro mesas a un lado. Y cuando en los pueblos que progresan la santa predicación guarda la paciencia y la benignidad, que antes guardaba la circuncisión y el sacrificio en los carnales, también se muestran cuatro mesas como de otro lado. Todas estas juntas se hacen para inmolar, cuatro interiores para el holocausto, y cuatro exteriores para el sacrificio, porque aquellos que en la santa Iglesia guardan la fe, la vida, la paciencia y la benignidad, ya sin duda sobresalen en las más altas virtudes; y aquellos que en la sinagoga conocieron la doctrina y la profecía, la circuncisión y el sacrificio, ofreciendo unas cosas y reteniendo otras para sí mismos, dieron al Señor omnipotente la víctima de su devoción. Pero como se dijo anteriormente que las cuatro mesas del vestíbulo interior fueron construidas para que se inmolará sobre ellas holocausto y por el pecado y por la culpa, se explica más abajo de qué están construidas las mismas mesas, cuando se añade:

VERS. 42.---Cuatro mesas para el holocausto construidas de piedras cuadradas.

5. ¿Qué piedras cuadradas entendemos en este lugar, sino a cualesquiera santos, cuya vida sabe mantenerse firmemente en la prosperidad y en la adversidad? Pues una piedra cuadrada se mantiene igual, en cualquier lado que se coloque. Cualquiera que no se ensalza en la prosperidad, no se quiebra en la adversidad, no es arrastrado por las persuaciones al mal, no es apartado de la buena obra por las vituperaciones, es una piedra cuadrada. Y como si tuviera estabilidad por todos lados, porque no tiene caída en ningún cambio. Ciertamente, cuando el profeta conoció que el pueblo judío perecería por la fe, y previó que los santos apóstoles surgirían en la Iglesia, por quienes muchos de los gentiles fueron fortalecidos en la

fe y la vida, habló con gran consuelo, diciendo: "Las piedras cayeron, pero edificaremos con piedras cuadradas" (Isaías 9, 10). Pues viendo surgir en la santa Iglesia a los apóstoles, mártires y doctores, dolió menos por la caída de las piedras, es decir, por la perdición de los judíos, porque vio que el edificio del Dios omnipotente, es decir, la santa Iglesia, se edificaba con piedras cuadradas. Por tanto, las cuatro mesas se construyen de piedras cuadradas, porque la fe y la vida, la paciencia y la benignidad se dieron como ejemplo de la vida de los santos a los pueblos que los siguen, para que ya el vestíbulo tenga mesas, es decir, el pueblo mantenga las virtudes de la vida, en las cuales encienda el sacrificio de oración al Dios omnipotente en el altar de su corazón. Pues todo lo bueno que los fieles del pueblo de la santa Iglesia hicieron o hacen, lo recibieron como ejemplo de la vida de sus predicadores. ¿De dónde tendría este vestíbulo mesas, si no encontrara piedras cuadradas? Para que traigamos brevemente a colación una de las piedras cuadradas, ¿queréis, hermanos carísimos, ver la fe? "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Filipenses 1, 21). ¿Queréis conocer la vida? "Para mí, el mundo está crucificado, y yo al mundo" (Gálatas 6, 14). ¿Queréis oír la paciencia? "Hasta esta hora tenemos hambre, somos golpeados, somos inestables, y trabajamos con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; sufrimos persecución, y la soportamos; somos blasfemados, y rogamos" (1 Corintios 4, 11-13). ¿Queréis conocer la benignidad? "Yo, con mucho gusto, gastaré y me gastaré por vuestras almas" (2 Corintios 12, 15). Y para que no creamos que es deudor al amor de aquellos por quienes desea gastarse, añade inmediatamente a los mismos discípulos, diciendo: "Aunque amándoos más, sea amado menos" (Ibid.). Cuando, pues, el pueblo fiel conoce la vida de los santos predicadores para imitar sus virtudes, ciertamente en el vestíbulo se construyen mesas de piedras cuadradas. También tuvo la Sinagoga padres espirituales en doctrina y profecía, de quienes podría tomar ejemplo de vida en las virtudes. Pero su pueblo rudo, sirviendo más por temor que siguiendo por amor, no quiso imitar la vida de los padres que vio, y por eso la puerta exterior que se dirige al norte no tiene mesas para el holocausto. Pero como hemos dicho esto moralmente, aún queda que examinemos las mismas mesas por la inteligencia típica.

6. Nuestra puerta en el vestíbulo interior tiene cuatro mesas, porque la santa Iglesia ha sido instruida por la predicación de los cuatro evangelistas, por cuya doctrina aprendió a elevar su corazón en amor al Dios omnipotente, y a inmolarle sus pensamientos en sacrificio. De las cuales se dice que dos están de un lado, y dos del otro, porque dos evangelistas atestiguaron lo que vieron del Señor, y dos narraron lo que aprendieron por el oído de los anteriores. O ciertamente, hay cuatro mesas en el vestíbulo interior, lo que claramente vemos, porque la santa Iglesia recibe para la instrucción de los fieles cuatro órdenes de gobernantes, que Pablo enumera como don del Dios omnipotente, diciendo: "Él mismo dio a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores" (1 Corintios 12, 28; Efesios 4, 11). Llama pastores y doctores a un solo orden de gobernantes, porque verdaderamente apacienta el rebaño de Dios quien enseña. También tuvo la puerta exterior cuatro mesas, porque la Sinagoga mantuvo la observancia del servicio exterior a través de los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, a través de los escribas y fariseos. Estos fariseos también fueron llamados doctores de la ley. Ya sea que las dos mesas de la puerta exterior o interior estén de un lado y del otro, porque en sus comienzos la santa Iglesia tuvo apóstoles y profetas. Llamamos profetas no a los que estuvieron en el pueblo antiguo, sino a los que surgieron en la santa Iglesia después de los apóstoles. También en el tiempo posterior, que es ahora, tiene evangelistas y doctores. Porque el Evangelio se llama buena noticia, llamamos evangelistas a aquellos que anuncian a los pueblos rudos las bondades de la patria celestial. Estos evangelistas y doctores estuvieron en el tiempo anterior, pero también ahora, por la gracia del Señor, permanecen, porque aún hoy vemos que los pueblos infieles son atraídos a la fe, y que los fieles son instruidos en buenas costumbres por los doctores. Pero los apóstoles

y profetas han sido retirados de este tiempo presente, y por eso decimos que estas mesas de nuestra puerta, es decir, de la santa Iglesia, estuvieron como en otro lado.

7. La puerta que se dirige al norte también tiene dos mesas de un lado, y dos del otro, los mismos príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo que mencionamos, en mayor autoridad de gobierno, así como los escribas y fariseos, que estaban en menor lugar sobre aquel pueblo rudo. Pero estas mesas están junto a la puerta que se dirige al norte, porque cuando estos cuatro órdenes gobernaban al pueblo, la Sinagoga, enfurecida en la persecución de nuestro Redentor, estalló en el letargo de la infidelidad. Sin embargo, estas mesas tenían sacrificio, que mantuvieron solo según la letra; por lo cual cayeron en el letargo del frío, porque no fueron encendidos por la llama del espíritu. Las mesas interiores tienen holocausto, porque ya sea en los corazones de los apóstoles y profetas, o en la mente de los evangelistas y doctores, el fuego del espíritu ardió y arde. Porque en cuanto consume todo su pensamiento en la buena obra, la llama del amor de Dios, como un holocausto, quema todo lo que encuentra. Ofrecen holocausto, quienes ya sea en la buena obra, o en el santo pensamiento, están encendidos profundamente.

8. Estas mesas están hechas de piedras cuadradas, porque mientras diariamente meditan las palabras del sagrado discurso en sus corazones, para ofrecer al Señor el holocausto de oración, se construyen como de piedras cuadradas. Pues las palabras de la Sagrada Escritura son piedras cuadradas, porque se mantienen en todas partes, porque no se encuentran reprochables desde ningún lado. Pues en todo lo que narran del pasado, en todo lo que anuncian del futuro, en todo lo que predicán moralmente, en todo lo que sueñan espiritualmente, como si tuvieran estabilidad en un lado diferente, porque no tienen reproche. Por tanto, los corazones de los santos son mesas de Dios para el holocausto construidas de piedras cuadradas, porque quienes siempre piensan en las palabras de Dios se sacrifican a sí mismos al Señor en pensamiento, apartándose de la vida carnal. De ahí que esté escrito: "La ley de su Dios está en su corazón, y no se resbalarán sus pasos" (Salmo 36, 31). Y de donde se dice de nuevo: "En mi corazón he guardado tus palabras, para no pecar contra ti" (Salmo 119, 11). Pero como hemos conocido de qué están construidas estas mesas, también escuchemos de qué medida son. Sigue:

VERS. 42.---De longitud de un codo y medio, y de anchura de un codo y medio, y de altura de un codo.

9. Alguien ha expuesto este lugar, diciendo: Las mesas tienen de longitud y anchura un codo y medio, es decir, por el cuadrado, que juntas hacen tres codos. Estos tres codos tienen en altura un codo, para que los misterios de la Trinidad conserven la medida de un codo, es decir, de la majestad divina. Este sentido de la exposición no puede sostenerse, porque en aquella suma Trinidad que creó todo, que todo contiene, no hay nada de medio, ni algo uno de dos mitades. Pues aquella sustancia, que siempre permanece inmutable, no recibe detrimento ni aumento. A menudo hemos dicho que la longitud se refiere a la longanimidad de la esperanza, y la anchura a la amplitud de la caridad. Las mesas que están construidas para el holocausto se miden con longitud de un codo y medio, porque los santos padres y doctores, que se extienden longánimamente hacia los secretos de la esperanza íntima, por el hecho de que viven en virtudes, en cuanto a la medida humana se refiere, son muy perfectos, pero en cuanto a aquellos misterios divinos que no pueden ser plenamente comprendidos por el hombre, mientras subsisten en esta carne mortal, no son perfectos. En sí mismos ya tienen un codo, pero en Dios aún no tienen un codo, porque ya en las virtudes progresan plenamente, pero sin embargo algo de Dios aún conocen en parte. Aquí de nuevo, en la medida de la mesa, Pablo se presenta como testimonio. Veamos si su vida se mide con un

codo completo. Dice: "Todos los que somos perfectos, esto sintamos" (Filipenses 3, 15). Veamos si en lo que siente de Dios ya se ha extendido perfectamente para percibir los misterios: "No me considero haberlo alcanzado" (Ibid., 13). Quien de nuevo dice: "Conocemos en parte, y profetizamos en parte; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará" (1 Corintios 13, 9, 10). Quien de nuevo dice: "Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido" (Ibid., 12). Si, pues, es perfecto, y conoce en parte, tiene un codo, en cuanto a sí mismo, pero sin embargo medio sobre sí. Extiéndanse, pues, en la longanimidad de la esperanza los corazones de los santos, extiéndanse en la perfección que tienen, con un codo. Pero como aún no pueden ver plenamente, donde envían el ojo de la esperanza, lo que tienen sobre un codo, se recorta en medio codo, para que en esta vida siempre se vean imperfectos, y corran más ardientemente hacia la perfección.

10. Las mesas también tienen anchura de un codo y medio, porque los corazones de los santos, dilatados en la amplitud de la caridad, tienen un codo junto al prójimo a quien aman y ven. Pues pueden amar perfectamente a quienes pueden conocer perfectamente junto a algo. Pero al Dios omnipotente lo aman profundamente, lo siguen profundamente, pero no pueden amar tanto como deben, porque aún no pueden ver a quien aman; y la medida del amor es menor donde aún la medida del conocimiento es menor. Sobre un codo tienen también medio, porque esto ya es íntegro en su ánimo, lo que es mucho menos, es decir, la caridad con el prójimo; y aquello en ellos que es mucho mayor, es decir, el amor de Dios a quien no ven, aún no es íntegro. De este amor, que aquí comienza, para que se perfeccione en la visión del Señor en la patria eterna, Isaías habla correctamente, diciendo: "Vive el Señor, cuyo fuego está en Sion, y su horno en Jerusalén" (Isaías 31, 9). Es más ser un horno que un fuego, porque el fuego puede ser pequeño, pero en el horno se enciende una llama más vasta. Sion se llama especulación, y Jerusalén visión de paz. Nuestra paz aquí la especulamos por ahora, para que allí después la veamos plenamente. Del amor del Señor en Sion hay fuego, en Jerusalén hay horno, porque aquí ardemos algo en las llamas de su amor, donde contemplamos algo de él; pero allí arderemos plenamente, donde lo veremos plenamente a quien amamos.

11. La altura de las mesas es de un codo. ¿Cuál es la altura de los santos, sino la fe en lo invisible? Por la fe se cree en lo que no se ve, y por eso la mente de los justos se eleva a tal altura que desprecia todas las cosas visibles en la tierra y sigue las invisibles en el cielo. Pero la altura de las mesas es de un codo, porque la unidad de la fe está en el corazón de todos los santos. Tanto los padres del Antiguo Testamento como los predicadores del Nuevo Testamento profesaron que un solo Dios es Trinidad. Por lo tanto, la altura de las mesas no tiene más ni menos de un codo, porque la fe de todos los padres concuerda en una gran unidad. Pero aquellos que, ya avanzando en la paciencia de la esperanza con las más altas virtudes, tienen un codo y medio, y en la amplitud de la caridad se miden con un codo y medio, y en la altura de la fe crecen un codo, son grandes y dignos de la mayor admiración. Deben, por tanto, acoger las almas de los pequeños en el seno de su conversación y ofrecerlas ante el Señor como un holocausto y sacrificio. De ahí que claramente sigue:

IBID.---Sobre las cuales se colocan los vasos en los que se inmola el holocausto y la víctima.

12. ¿Qué son las almas de los fieles, sino vasos sagrados que contienen las palabras de piedad, para que de sus mentes se inmole el holocausto de vida y oración? De ahí que Pablo, cuando aún era novato en la vocación de la fe, porque ya había recibido las palabras del Señor y estaba lleno de gracia celestial, es llamado vaso, cuando se dice: "Es un vaso de elección para mí" (Hechos IX, 15). De ahí que el profeta advierte a los pastores y doctores,

diciendo: "Purificaos, los que lleváis los vasos del Señor" (Isaías LII, 11). Ellos, como mesas, llevan los vasos del Señor, quienes soportan la vida de los fieles instruyéndolos, para que algún día los lleven al Señor como holocausto y sacrificio. Pero tampoco debe pasarse por alto que en esos mismos vasos se dice que se inmola el holocausto y la víctima. El holocausto, como dijimos anteriormente (Hom. superior), es una víctima, pero no siempre una víctima es un holocausto, porque cuando algo se ofrece en parte y se retiene en parte, es un sacrificio, pero no un holocausto. En la gran multitud de fieles hay algunos que dejan todas las cosas puras, distribuyen todo lo que poseen, no se reservan nada para sí mismos, anhelan profundamente la patria eterna y se sacrifican con todo su corazón en lágrimas. Estos son los vasos sobre la mesa en los que se inmola el holocausto. Y hay otros que cuidan de su propia casa, piensan en sus hijos y les guardan una herencia, quienes, sin embargo, recordando el juicio eterno, muestran misericordia a los pobres, les dan alimentos y vestimenta en la medida que han decidido. Estos son, sin duda, los vasos sobre la mesa en los que se inmola la víctima, no el holocausto. Porque la paciencia y la doctrina de los santos, al advertir y soportar, persuadir y amonestar, instruyen los corazones de algunos hasta el punto de que abandonen todo y se enciendan completamente en el amor del Señor, y a otros hasta el punto de que, como no pueden dejarlo todo, al menos en la medida en que pueden, se vuelvan misericordiosos y compartan el cuidado de la carne con el cuidado del alma. Las mesas del Señor, construidas de piedras cuadradas, llevan los vasos en los que se inmola el holocausto y la víctima, porque los perfectos, como se ha dicho, cuando abandonan todo, encienden todo su corazón en el amor del Señor, y los imperfectos ofrecen un sacrificio que han dedicado en parte. Sigue:

VERS. 43.---Y sus bordes de un palmo, doblados hacia adentro alrededor.

13. ¿Qué significa que los bordes de las mesas se midan por un palmo, sino que en el palmo se extiende la mano, y los santos padres y doctores predicán aquello en lo que se extienden las obras de los oyentes? Es como si extendiéramos la mano cuando ampliamos nuestras obras. Que hable, pues, cada doctor, que ejercite el corazón del oyente, que sacuda la pereza de los ociosos. Cuando los lleve a buenas obras, muestre que tiene un palmo en los labios. También se debe considerar que en el palmo se extiende el dedo mayor y el menor. ¿Qué se designa en el dedo mayor y menor, sino la gran y la mínima acción? Que las mesas tengan un palmo en los labios, para que en la predicación de sus doctores realicen grandes obras, sin omitir las pequeñas. Que esté atento a las pequeñas, sin ser perezoso en las grandes. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la menta, el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto era necesario hacer, y aquello no dejar de hacer" (Mateo XXIII, 23). Por la justicia, la misericordia y la fe, se muestra el dedo mayor de la operación. Por la menta, el eneldo y el comino, sin duda se figura el dedo menor. Esto era necesario hacer, y aquello no dejar de hacer, porque si queremos medir nuestra obra por un palmo, es necesario que se extienda el menor, para que no se retraiga el dedo mayor.

14. Pero cuando se miden los bordes de las mesas, y se dice que la medida es de un palmo, se añade uno, para que de la predicación de los doctores, así como se mantiene la unidad en la fe, también se conserve la unidad de las mentes en la obra, no sea que por la buena obra que uno hace, otro se precipite en el mal de la discordia. Así debemos hacer buenas obras, para que también por ellas conservemos, en la medida en que podamos rectamente, la unanimidad con aquellos con quienes vivimos, es decir, no abandonando lo que hacemos, sino previniendo con buenas persuasiones el mal de la discordia que tememos. Así, custodiando Pablo la unidad del palmo en sus obras, prohibía que se generara discordia, cuando veía que los corintios ya querían recibir a uno que había caído y había sido expulsado de la Iglesia,

diciendo: "Si perdonáis algo a alguien, también yo. Porque también yo, si he perdonado algo, lo he hecho por vosotros en la presencia de Cristo, para que no seamos engañados por Satanás" (II Cor. II, 10). Porque él suele generar males de los bienes, y arrastrar a la discordia lo que se hace por caridad. Por eso, inmediatamente añadió sobre él, diciendo: "No ignoramos sus maquinaciones" (Ibid., 11). Pero el doctor que, por los bienes que predica, forma en sus oyentes una operación recta, si no une las mentes de los que obran a la unanimidad, tiene un palmo en los labios, pero no tiene la unidad del palmo que se ha dicho.

15. Es muy importante considerar lo que se dice, porque los bordes de esas mesas están doblados hacia adentro. Entonces los bordes de las mesas se doblan hacia adentro, cuando los doctores recuerdan en su conciencia lo que dicen con pensamiento silencioso, cuando se examinan a sí mismos sutilmente para ver si hacen lo que dicen. Y correctamente, cuando se dice que los bordes de las mesas están doblados hacia adentro, se añade también alrededor, para que no se consideren a sí mismos en una sola parte, y omitan examinarse a sí mismos desde otra, sino que se miren en todas partes, y, en la medida en que puedan, se esfuercen por cumplir con obras lo que enseñan, no sea que, si predicán hacer el bien y no lo hacen, sean destructores de sí mismos y cultivadores de otros. Oh doctor, he aquí que ya eres una mesa, ya llevas vasos, ya sostienes en los vasos de los fieles el peso del holocausto y la víctima, pero dobla el borde hacia adentro, es decir, lleva el discurso al corazón. Escucha lo que dices, haz lo que predicas. Porque si descuidas cumplir lo que predicas, siembras la cosecha para otros y tú mismo ayunas de la participación del grano. Por eso está escrito: "El hambriento comerá su cosecha" (Job V, 5). Porque el hambriento come la cosecha del doctor que habla bien pero no obra, porque el que tiene hambre del pan de la justicia cumple los mandamientos que escucha, y él mismo no tiene fruto, quien trabajó sembrando. De ahí que Salomón diga: "El perezoso esconde su mano bajo el sobaco, y no la lleva a su boca" (Prov. XIX, 24). Nadie es tan perezoso que considere un trabajo llevar la mano a la boca al comer. Pero el perezoso no lleva su mano a la boca, quien no quiere hacer lo que dice. De ahí que nuevamente se diga de los que enseñan bien y obran mal: "Los hijos de Efraín, armados con arcos y lanzando flechas, se volvieron en el día de la batalla" (Sal. LXXVII, 9). Arman el arco y lanzan flechas, quienes proponen las sentencias de la Sagrada Escritura y con palabras rectas hieren los vicios de los oyentes; pero se vuelven en el día de la batalla, porque regresan a sí mismos en la tentación de los vicios, y no quieren oponer el pecho, porque no resisten en el combate de las tentaciones. De ahí que nuevamente se diga: "Apartaste el apoyo de su espada, y no le ayudaste en la batalla" (Sal. LXXXVIII, 44). Porque la espada del doctor es la palabra de Dios. Por eso, a través de Pablo se dice: "Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efes. VI, 17). Así, el Dios Omnipotente, cuando ve que el doctor no quiere hacer lo que dice, aparta en el día de la batalla la espada de su ayuda, porque en el combate de las tentaciones no le permite que las palabras de la doctrina que le dio le sean de ayuda. Por lo tanto, tiene la espada, pero no le ayuda en la batalla, porque cuando surge la adversidad de la tentación, olvida la palabra que enseñaba. He aquí que tal vez el doctor tiene un discurso sobre la paciencia, se ve obligado por el magisterio de su doctrina a decir cómo se debe mantener la paciencia contra los daños recibidos, contra las injurias escuchadas. Pero cuando él mismo es provocado por daño o injuria, olvidando lo que enseñó, excede ya sea en la lesión del prójimo o en devolver una injuria más grave. En medio de esto, pues, piense que es una mesa de Dios, doble el borde hacia adentro, guarde lo que predica. Porque está escrito: "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Lucas XXI, 19). Y nuevamente está escrito: "La doctrina del hombre se conoce por su paciencia" (Prov. XIX, 11). Si, por lo tanto, la paciencia es el índice de la doctrina, tanto más se muestra alguien docto cuanto más paciente sea. De ahí que el buen discípulo que veía a su maestro ser llevado al cielo, por el gran afecto de caridad clamaba, diciendo: "Padre mío, padre mío, carro de Israel y su auriga" (IV Reyes

II, 12). ¿Qué es, hermanos carísimos, que Elías sea llamado carro de Israel y auriga, sino que el auriga guía, el carro lleva? Por lo tanto, el doctor que soporta las costumbres del pueblo y las soporta con paciencia, y enseña con las palabras del sagrado discurso, es llamado carro y auriga. Carro, porque lleva soportando; auriga, porque guía exhortando. Carro, porque soporta los males; auriga, porque ejercita al pueblo con buenas amonestaciones.

16. Tal vez, sin embargo, el doctor tiene un discurso contra la vana gloria, y maravillosamente insinuando cómo debe evitarse, busca con esos mismos discursos la vana gloria contra la que disputa. Si, por lo tanto, busca obtener lo que prohíbe, la mesa no dobla el borde hacia adentro. Pero entonces la mesa del Señor, construida de piedras cuadradas, tendrá el borde doblado hacia adentro, si se esfuerza por escuchar lo que dice. Porque está escrito: "No hagáis nada por contienda, ni por vana gloria" (Filip. II, 3). Y nuevamente el excelente predicador dice: "Ni buscando gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros" (I Tes. II, 6). Porque buscar la alabanza transitoria por el trabajo de la predicación, ¿qué es sino vender una cosa grande a un precio vil? Pero hay un grave peligro en las palabras de la doctrina, porque a menudo los discursos de los que enseñan son seguidos por los favores de los oyentes, y cuando los doctores, por el hecho de que se han dado a conocer bien, ya no quieren parecer menores en sus palabras, el discurso de la doctrina que comenzaron por el amor de Dios para adquirir las almas de los oyentes, luego trabajan en ello para adquirir alabanzas. Y quienes antes buscaban ganancias espirituales en las palabras de Dios, luego siguen los favores temporales. Por lo tanto, ya sea que realicen obras rectas o palabras de doctrina santa, perecen en el juicio de Dios Todopoderoso, cuando por estas cosas alguien anhela favores transitorios. Por eso, a través del profeta se dice a Judá lo que encuentra en sí misma una mente incauta, si al menos después de la culpa examina cuidadosamente sus pensamientos: "Olivo frondoso, hermoso, fructífero, te llamó el Señor por tu nombre. A la voz de una gran palabra, se encendió fuego en ella, y se quemaron sus ramas" (Jeremías XI, 16). Porque el Señor llama olivo frondoso y hermoso, fructífero y hermoso, a aquel cuya eficacia en la obra o cuyos santos estudios en las palabras de la ciencia aprueba. Pero a la voz de una gran palabra, se encendió fuego en ella, porque cuando alguien comienza a ser alabado, tal vez se avergüenza de parecer menor de lo que se dice, y se esfuerza por ser lo que se dice. Porque la voz de una gran palabra es el favor del adulador. Por eso está escrito: "El que bendice a su prójimo con gran voz, levantándose de noche, es como el que maldice" (Prov. XXVII, 14). Por lo tanto, a la voz de una gran palabra, se encendió fuego en ella, porque en la magnitud del favor se enciende una llama en el corazón por el amor de la alabanza. Pero todas las ramas del olivo se queman, porque ante los ojos de Dios Todopoderoso, ya sea lo que se ha hecho bien o lo que se ha dicho sabiamente, perece, cuando ya no se hace por amor del Señor, sino con la intención de la alabanza transitoria. Porque así a menudo se añade a un buen pensamiento un pensamiento siniestro, de modo que apenas el mismo espíritu que genera esos pensamientos los reconoce. Por eso, el excelente predicador, cuando hablaba sutilmente, decía: "La palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos, y alcanza hasta la división del alma y el espíritu" (Hebreos IV, 12). Inmediatamente añadió: "También de las coyunturas y de las médulas, y es discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón" (Ibid.).

17. Porque la palabra de Dios distingue las coyunturas y las médulas, porque discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Porque por las coyunturas se unen los huesos a los huesos. Y a menudo, cuando hacemos algo con un pensamiento recto, pero de repente nos inclinamos al amor de la alabanza, y hacemos esto por la alabanza que antes comenzamos a hacer por la verdad, porque los pensamientos se unen a los pensamientos, se hacen como ciertas coyunturas en el espíritu. Pero los huesos que están unidos en la coyuntura también

tienen médulas. Lo que el santo predicador explicó más claramente cuando añadió: "Discretor de los pensamientos y las intenciones del corazón" (Ibid.). Porque nuestras coyunturas son los pensamientos, pero las médulas son las intenciones. Y a menudo pensamos una cosa, y otra es lo que pretendemos a través del pensamiento. Porque si alguien, con la promesa de una recompensa en dinero, defiende la causa de un huérfano o una viuda, y tal vez entrando en la Iglesia, en sus oraciones dice a Dios: Tú ves que defiende la causa del huérfano y la viuda, sin duda sabe lo que piensa, pero ignora hacia dónde se dirige su pensamiento. Porque piensa una cosa, y pretende otra. Porque no busca la defensa del huérfano o la viuda, sino la recompensa en dinero. Porque quita la recompensa temporal, y no defiende al huérfano y la viuda. Por lo tanto, la palabra de Dios es discernidora de los pensamientos y las intenciones del corazón, porque no mira qué piensas en ti mismo, sino qué buscas recibir a través de la médula de la coyuntura, es decir, a través de la intención del pensamiento. Por lo tanto, queda que el doctor, cuando habla, como mesa de Dios, siempre doble el borde hacia adentro, no sea que comience a hablar con una mala intención, o cuando haya comenzado bien, seducido por los favores, se desvíe hacia otro apetito.

18. Tal vez, sin embargo, el doctor tiene un discurso sobre la custodia de la disciplina. Y a menudo también sucede que no sabe mantener la regla de la disciplina que sabe decir, porque o, movido por un celo excesivo, se templea menos a sí mismo con mansedumbre; o, placentero por una mansedumbre excesiva, se inflama menos contra los vicios con el estímulo del celo. Porque debemos considerar con gran atención lo que está escrito, porque en los vasos del templo entre coronas y trenzas, bueyes y leones y querubines están esculpidos, y debajo de los bueyes y leones cuelgan correas (III Reyes VII, 29). Porque las coronas son signo de victoria, pero las trenzas significan la unanimidad de la concordia; pero los querubines se dicen plenitud de ciencia. Porque los sacerdotes y doctores entre coronas y trenzas, es decir, entre la fortaleza de la buena obra por la que corren hacia la victoria, y la concordia de la caridad, por la que no discrepan entre sí, están designados por bueyes y leones y querubines, porque en la plenitud de la ciencia que tienen, es necesario que mantengan tanto la mansedumbre de los bueyes como el fervor de los leones, para que en la disciplina que predicán, estén encendidos por el santo celo y tranquilos por la dulzura paterna. Que debajo de ellos cuelguen correas, para que los lazos de la disciplina a los que están atados también los impartan cuidadosamente a sus súbditos. Porque que las correas cuelguen debajo de ellos es mantener los lazos de la custodia para los súbditos. Que se guardan correctamente cuando ni la mansedumbre de los bueyes se pierde en el fervor del celo, ni el terror de los leones se desvía en la mansedumbre. Porque debe haber tanta discreción, que ni la disciplina sea excesiva, ni la misericordia sea remisa, no sea que si la culpa se perdona desordenadamente, el culpable se ate más gravemente en la culpa; y nuevamente, si la culpa se retiene immoderadamente, tanto más se deteriore el corregido, cuanto más considera que nada se hace con él por gracia de benignidad. Por lo tanto, se debe mostrar aspereza a los perversos en la manifestación, caridad en la mente; para que la dura manifestación cohiba al delincuente, y la custodia de la caridad no pierda la recompensa de la mansedumbre.

19. He aquí, mientras hablo, José toca el alma, para que él mismo venga como testigo a mostrar lo que digo. Ciertamente, el sueño que tuvo sobre su propio progreso, al narrarlo a sus hermanos, por haberlo relatado inocentemente, despertó en ellos estímulos de malicia contra él (Génesis 37, 5). Fue vendido por esos mismos hermanos a los ismaelitas (Ibid., 21), llevado a Egipto, y por la maravillosa disposición del Señor omnipotente, fue puesto al frente de ese mismo Egipto (Ibid., 41, 41). Y cuando surgió el hambre en la tierra de Canaán, los hermanos vinieron a Egipto, encontraron a José al frente de Egipto, y lo adoraron con las cervices inclinadas a tierra (Ibid. 42, 7). Y porque no pudieron cambiar el designio de Dios, a

quien vendieron para no adorarlo, lo adoraron porque lo vendieron. Entonces, el mismo hombre de Dios, lleno del espíritu de discernimiento, reconoció a sus hermanos sin ser reconocido. Pero, recordando la culpa y perdonando la injuria, no se apresuró a devolver el mal a sus hermanos ni a liberarlos sin purificación.

Porque con voz sospechosa dijo de inmediato: "Exploradores sois vosotros; habéis venido para ver las partes más débiles de la tierra, ahora tomaré prueba de vosotros. Por la salud de Faraón, no saldréis de aquí" (Ibid. 42, 9). ¡Oh, dardo en el corazón! Vinieron como extranjeros, huyendo del peligro del hambre, no habían recibido los granos que buscaban, y además se veían heridos por la acusación de un crimen. En medio de esto, son llevados a la cárcel, y después de tres días, al ser sacados, aún son aterrorizados con la misma severidad. Ya el corazón regresa, ya la memoria de la culpa golpea el alma, y entre ellos se dicen: "Con razón sufrimos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, viendo la angustia de su alma, cuando nos suplicaba y no lo escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta tribulación" (Ibid., 21). En estas cosas, el corazón de José es vencido por el amor, busca un lugar apartado, y llora lo que debía a la piedad. Regresa severo a sus hermanos, para que el alma de ellos, atormentada, se liberara de la culpa. Después de esto, uno es atado en cadenas, los demás son liberados con los granos, para que venga un hermano, al que dijeron tener como el menor (Ibid., 34, 35). Luego viene el hermano. La piedad vencía su mente cuando el hermano inocente parecía; pero permanecía en la severidad de la demostración, para que los hermanos culpables fueran purificados. Se dan los granos, el cáliz se esconde en el saco del hermano menor, se levanta la cuestión del robo tras ellos (Génesis 44, 2). Se envía a traerlos de vuelta, se decreta que será esclavo aquel en cuyo saco se encuentre el cáliz. Se encuentra en el saco del último hermano. Entonces Benjamín es traído de vuelta, todos los hermanos afligidos lo siguen. ¡Oh tormentos de misericordia! Tortura y ama. Regresados, postrados en tierra con lágrimas, piden perdón. Recordando lo que prometieron a su padre sobre él, se consumían de dolor intolerable. Entonces, la piedad, no pudiendo contenerse más, estalló en medio, y expulsó lágrimas de caridad del rostro de la severidad (Génesis 45, 1). Se borró la ira que aparecía y no era; se mostró la misericordia que era y no aparecía. Así, el hombre santo perdonó y vengó el crimen de sus hermanos. Así, en el vigor mantuvo la clemencia, de modo que no fue piadoso sin venganza con los hermanos delincuentes, ni severo sin piedad.

20. He aquí, esta es la enseñanza de la disciplina, para que sepa perdonar las culpas con discreción y cortarlas con piedad. Pero quienes no tienen el espíritu de discernimiento, o bien perdonan los pecados sin corregirlos, o bien, al corregirlos, hieren de tal manera que no perdonan. Por tanto, el maestro que debe hablar sobre el gobierno de la disciplina debe saber que es la mesa de Dios, y volver su interior hacia adentro, para que lo que dice enseñando, lo opere vigilante bajo el espíritu de discernimiento. Y si considera que le falta algo, no debe callar en su predicación. Su lugar exige que hable. Por tanto, que se ajuste a sus propias palabras; y si no habla porque no obra, que obre porque se ve obligado a hablar. Donde se ve cumpliendo con la obra lo que dice, allí advierta a los oyentes, y encienda sus almas al estudio de la buena obra. Pero donde aún no se ve cumpliendo lo que dice, que también se inflame a sí mismo con las buenas cosas sobre las que advierte a los oyentes, para que él mismo aprenda en la obra lo que la verdad habla a través de él en la predicación. Pues a menudo lo que no sabemos viviendo, lo aprendemos hablando, obligados por la doctrina; y mientras en nuestra mente nace la culpa de nuestra pereza, la misma mente es atravesada de repente por la compunción, y despertada por su propia voz, se despierta en la obra, que antes languidecía en el ocio sin voz. He aquí, cuando el borde de la mesa se extiende con la palma, es decir, cuando a través de la boca del maestro se discute contra los vicios, y se enciende el corazón de los oyentes hacia las buenas obras, muchos que escuchan sus palabras reconocen

cuántos y qué tipo de males han cometido; y vienen confesando a él, y le piden con lágrimas que interceda por sus pecados, para que él, orando, borre las culpas que manifiesta predicando. Por lo cual se añade:

VERS. 43.---Sobre las mesas, además, las carnes de la oblación.

21. Porque los santos doctores, cuando derraman oraciones al Señor omnipotente por los pecadores compungidos y confesos, al pedir perdón por su vida carnal, llevan las carnes de la oblación a la mesa del Señor. Para que, por tanto, haya por quienes, convertidos y llorando, rueguen, es necesario que primero prediquen a los mismos que están en pecado; y cuando ya comiencen a dejar los pecados y apresurarse hacia la inocencia, es necesario que en la boca del doctor crezcan los incrementos de la predicación hacia ellos, y que insista tanto más vehementemente con la palabra de su doctrina, cuanto más gravemente considera que han caído, sabiendo que él mismo recibirá tanto mayor recompensa de gran remuneración, cuanto más levante a otros de pecados más profundos con sus palabras.

22. Entre estas cosas, es grato traer a colación las palabras del santo Evangelio, cuya sagrada historia, al narrar el milagro realizado, anuncia las maravillas que se realizan diariamente. Pues cuando el pueblo, cansado y hambriento, se reunió con el Señor, el Señor dijo a sus discípulos: "Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que me siguen y no tienen qué comer; y si los despidió en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos" (Marcos 8, 2-3). La multitud sostiene al Señor durante tres días, cuando la multitud de fieles, declinando los pecados que ha cometido, se convierte a Dios en obra, palabra y pensamiento. El Señor no quiere despedirlos en ayunas a su casa, para que no desfallezcan en el camino, porque los pecadores convertidos desfallecen en el camino de esta vida presente si se les deja en su conciencia sin el alimento de la doctrina santa. Por tanto, para que no se cansen en el camino de esta peregrinación, deben ser alimentados con santa admonición. Muy digna de consideración es la piadosa sentencia que salió de la boca de la Verdad, cuando dice: "Pues algunos de ellos han venido de lejos" (Ibídem). Hay quien, sin haber experimentado fraude ni corrupción carnal, se apresuró al servicio del Dios omnipotente. Este no vino de lejos, porque por su incorruptibilidad e inocencia estaba cerca. Otro, sin haber sido manchado por impureza ni delitos, solo experimentó el matrimonio, y se convirtió al ministerio espiritual. Tampoco este vino de lejos, porque al usar la unión permitida, no erró por lo ilícito. Otros, sin embargo, después de las lujurias de la carne, otros después de falsos testimonios, otros después de robos cometidos, otros después de violencias infligidas, otros después de homicidios perpetrados, regresan al arrepentimiento y se convierten al servicio del Dios omnipotente: estos, evidentemente, vienen de lejos al Señor. Pues cuanto más ha errado alguien en la obra perversa, tanto más se ha alejado del Señor omnipotente. Porque también el hijo pródigo, que abandonó a su padre, se fue a una región lejana, donde cuidaba cerdos, porque alimentaba vicios (Lucas 15, 16). Por tanto, deben darse alimentos también a aquellos que vienen de lejos, porque a los pecadores convertidos se les deben proporcionar los alimentos de la doctrina santa, para que recuperen en Dios las fuerzas que perdieron en los vicios. A menudo es necesario que los doctores los sacien con alimentos más abundantes de doctrina, cuanto más cansados vinieron de mayores vicios. Y cuando ya comiencen a confesar los males que han cometido, y al confesarlos los dejen y los castiguen con lágrimas, es necesario que los santos doctores oren solícitamente por sus pecados, para que lleven las carnes de la oblación a la mesa del Señor. Y cada vez que lo hacen, al interceder por los pecados ajenos, limpian más los suyos ante los ojos de Dios, porque se justifican con esa misma caridad, con la que, con admirable piedad, se sacrifican en lamentos por las iniquidades ajenas. No debe ser laborioso para los doctores derramar lágrimas por los pecadores convertidos, cuando incluso

el mismo que creó todo, hecho hombre, derramó su sangre en la cruz por nuestras iniquidades, él que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA X [Al., XXII].

En los cuatro versículos, del 44 al 48, el santo Doctor, al exponer, se extiende libremente sobre la fe, la esperanza, la caridad y las buenas obras que deben ofrecerse a Dios en el altar del corazón, y completa esta obra.

1. El Profeta, entendiendo prudentemente los sentidos místicos de la sagrada palabra por la inspiración del Espíritu Santo, dice: "Maravillosos son tus testimonios, por eso mi alma los ha escudriñado" (Salmo 118, 129). Quien nuevamente dice: "Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley" (Ibíd., 18). Porque quien aún no entiende los secretos de lo manifiesto, tiene los ojos velados. Pero quien ya entiende, con los ojos revelados, considera las maravillas de la ley de Dios, porque, discutiendo espiritualmente las palabras de la letra, pondera qué grandeza yace oculta en su interior. ¿No es maravilloso cuando algo suena a los oídos, y otra cosa llega a la inteligencia que no sonaba? ¿A quién, entonces, sino a una piedra, diría que se parece la palabra sagrada, en la que se oculta el fuego? Que se sostiene fría en la mano, pero, golpeada con hierro, brilla con chispas, y emite ese fuego que luego arde, lo que antes la mano sostenía frío. Así, así son las palabras de la sagrada palabra, que, aunque se sostienen frías por la narración de la letra, si alguien las golpea con un intelecto atento, con la ayuda del Señor, produce fuego de sus sentidos místicos, para que el alma arda espiritualmente en esas palabras, que antes escuchaba frías por la letra. He aquí, el profeta dice:

VERS. 44.---Y fuera de la puerta interior, los tesoros de los cantores en el atrio interior, que estaba en el lado de la puerta que miraba al norte; y sus caras hacia el camino del sur, uno, en el lado de la puerta oriental que miraba hacia el camino del norte.

2. En estas palabras de la letra, ¿quién no se inflama en amor a Dios, o más bien, no se enfría con su misma lectura? Pero si se discute la médula espiritual oculta en la letra, salen las chispas del entendimiento, y encienden lo que antes sonaba frío a los oídos del corazón. Sin embargo, para que el entendimiento interior se abra con la ayuda del Señor, primero se debe exponer la narración según la letra. Dice que había una puerta interior, y fuera de esta un atrio, que se llama interior; y luego se describen otras puertas, es decir, del norte, del sur y del este, para mostrar que el mismo atrio que dijo estar fuera de la puerta interior, estaba dentro de las puertas exteriores. Por tanto, este atrio es tanto exterior como interior: exterior, porque está fuera de la puerta interior; interior, porque está dentro de las puertas exteriores. También se dice que había tesoros de los cantores en este mismo atrio, que se dice estar al lado de la puerta que miraba al norte. Pero esos mismos tesoros miran hacia el camino del sur. Y se añade: "En el lado de la puerta oriental, que miraba hacia el camino del norte". En estas palabras se entiende claramente que los tesoros de los cantores estaban situados entre el lado de la puerta que miraba al norte y el lado de la puerta oriental, que miraba hacia el camino del norte. Por tanto, las caras de los tesoros hacia el camino del sur, pero la posición estaba entre la puerta del este y la del norte. Por tanto, la puerta interior tenía al lado la puerta del norte, y al otro lado la puerta del sur. En el frente del vestíbulo oriental se levantaba la puerta, y así el atrio que estaba fuera de la puerta interior, para que también fuera interior, estaba rodeado por las puertas exteriores.

3. Hemos pasado brevemente sobre las palabras de la letra, para que no busquemos brevemente los sentidos místicos en ellas. En la parte superior se describieron tres puertas, es decir, del este, del norte y del sur; luego se narraron otras tres del atrio interior, es decir, del sur, del este y del norte, y luego se mencionó la puerta del atrio interior, en la que se recordaron mesas construidas de piedras cuadradas; y la puerta que miraba al norte, en la que había mesas para el sacrificio, no para el holocausto. Por lo cual dijimos que en el interior se significaba la Iglesia, en el exterior la Sinagoga. Pero, una vez completado esto, el profeta comienza nuevamente a describir la puerta interior, y otras tres, es decir, del norte, del sur y del este, y en su atrio interior, que estaba fuera de la puerta interior, dice que hay tesoros, cantores, sacerdotes, templo, altar, sacrificios. En estas palabras, porque comenzó a narrar sobre la institución de la santa Iglesia de manera diferente a lo que había dicho antes, está claro que cambió el entendimiento de la puerta interior. Pues si dijera todo bajo un solo entendimiento, no replicaría el mismo orden y otras cosas. Porque, ¿cómo podemos decir que fuera de la puerta interior hay un atrio, tesoros, cantores, sacerdotes, templo, altar, sacrificios, si en este lugar se designa la santa Iglesia por esa misma puerta interior? Pues si todas estas cosas están dentro de ella, ¿cómo están fuera de la puerta interior, si no están fuera de la Iglesia? Por tanto, la puerta interior puede entenderse como aquella de la que ya hablamos mucho más arriba, que se dice estar situada frente a la puerta del norte y del este, por la cual dijimos que se figura el acceso que se nos abre a las alegrías interiores de la patria celestial, para que aquí también, por las puertas que se narran alrededor del vestíbulo, se figure la santa Iglesia, y por la puerta interior el acceso al reino celestial. Pero para que nadie piense que estoy forzando las palabras del Espíritu Santo hacia mi entendimiento, y diga que no debí cambiar la significación de la santa Iglesia que una vez dije sobre la puerta interior, con la gracia del Dios omnipotente iluminando, mantengamos lo que comenzamos, para que tanto la puerta interior signifique la Iglesia, que nos lleva a las alegrías interiores, como los tesoros, cantores, sacerdotes, templo, altar, sacrificios estén en el atrio que está fuera de la puerta, y sin embargo no estén fuera de la Iglesia. Pues si investigamos con sutilidad, nada impide entender que la puerta interior, como se ha dicho, se refiera a la santa Iglesia. De la cual ahora se dice: "Y fuera de la puerta interior, los tesoros de los cantores en el atrio interior". Son dos cosas las que se dicen: puerta interior, y fuera de esta el atrio interior, para que este mismo atrio sea tanto exterior como interior, exterior a la puerta, interior, como hemos dicho, a las puertas que se narran a continuación.

4. Porque la santa Iglesia tiene dos vidas, una que lleva temporalmente, otra que recibe eternamente; una en la que trabaja en la tierra, otra en la que es recompensada en el cielo; una en la que recoge méritos, otra en la que ya se regocija por los méritos recibidos, y en ambas vidas ofrece sacrificio. Aquí, evidentemente, el sacrificio de la compunción, y allí el sacrificio de la alabanza. De este sacrificio se dice: "El sacrificio a Dios es el espíritu contrito" (Salmo 50, 19). Del otro está escrito: "Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos" (Ibíd., 21). De lo cual nuevamente dice: "Para que cante a ti mi gloria, y no me compunga" (Salmo 29, 13). En ambos sacrificios se ofrecen carnes, porque aquí la oblación de la carne es la maceración del cuerpo, allí la oblación de la carne es la gloria de la resurrección en alabanza a Dios. Entonces, allí, la carne será ofrecida como en holocausto, cuando, transformada en eterna incorruptibilidad, no tenga nada de contradicción, nada de mortalidad, porque toda ella, encendida a la vez por los fuegos de su amor, permanecerá en alabanza sin fin. Por tanto, esta puerta interior, es decir, en la santa Iglesia, tiene sus interiores, esa vida que aún está oculta a nuestros ojos. Tiene fuera de ella un atrio exterior, es decir, la vida presente, en la que se hace todo bien para llegar al bien sin fin.

5. Por tanto, en el atrio interior, que sin embargo está fuera de la puerta, estén los tesoros de los cantores, porque los elegidos y perfectos, que aún subsisten en la carne mortal, están dentro del seno de la santa Iglesia, y aún fuera de las alegrías secretas de la vida interior. Estén los tesoros de los cantores tanto interior como exteriormente, porque los corazones de los santos que cantan su deseo a Dios omnipotente con amor de gran ardor, ya están dentro, y aún no están dentro, porque, situados en el seno de la santa Iglesia, ya ven por el espíritu lo que aman intensamente dentro, y sin embargo aún no ven perfectamente lo que aman. Por tanto, estén en el atrio interior los tesoros, pero fuera de la puerta, para que ya estén dentro por el deseo, y aún no estén dentro por el efecto pleno. ¿Qué son, entonces, los tesoros de los cantores, sino los santos deseos de los amantes? Que guardan los preceptos divinos como ciertas riquezas en la mente, que guardan cantando, porque cumplen los mandamientos de Dios no por temor, sino por amor; y las mismas preceptos del sagrado discurso se les hacen cantables, porque siempre obran no por tristeza, sino por deseo. ¿Queréis escuchar el corazón del justo como el tesoro de un cantor? "Tus justificaciones eran cantables para mí en el lugar de mi peregrinación" (Salmo 118, 54). Llamamos justificaciones de Dios a los preceptos divinos, que nos hacen justos si se cumplen. Que entonces se nos hacen cantables en el lugar de nuestra peregrinación, cuando en esta vida presente amamos esos mismos mandamientos y los cumplimos por deseo. De ahí que el mismo salmista nuevamente se insinúa desde el tesoro de los cantores, quien dice: "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor" (Salmo 100, 1).

6. La misericordia del Señor, por la cual se perdonan los pecados, debe ser cantada incluso por el pecador, es decir, debe decirla con alegría y esperanza. Pero, ¿quién es tan justo que pueda traer ante los ojos de su mente el juicio eterno de Dios y no temblar, y más bien atreverse, apresurarse y alegrarse de venir a ese examen de tan gran juez? Quienquiera que sea, es grande, porque ya cantando la misericordia del Señor y el juicio, ama con todo el afecto de su mente al Dios omnipotente, quien misericordiosamente perdona sus pecados, y por eso no teme su juicio. Porque la caridad perfecta, como dice el apóstol Juan, expulsa el temor (I Juan IV, 18). Canta, pues, el juicio al que no teme entrar. Que su mente sea, por tanto, un tesoro de cantores, para que, por las riquezas de misericordia que recibe, avance alegre hacia el juicio que ya no teme. Veamos si os place, hermanos amadísimos, otro tesoro del cantor. Quizás él también canta el juicio. ¿Qué dice entonces? Porque yo ya estoy a punto de ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que el Señor, el justo juez, me dará en aquel día (II Tim. IV, 6, ss.). Quien, consciente de sus trabajos, recordando la lucha que ha llevado a cabo, recordando la fe que ha guardado, dice que le está reservada una corona en el juicio, y espera que le sea devuelta en aquel día más que dada, claramente se ve que canta el juicio que desea que venga. Por eso también añade: No solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (Ibid., 8). Porque nadie ama la venida del juez, sino aquel que sabe que tiene una buena causa en el juicio. Por lo tanto, los corazones de aquellos que aman la venida del juez son tesoros de cantores, porque por la presunción de la gracia y la vida, por las virtudes del santo deseo, los justos cantan el juicio que todos los injustos temen.

7. Recordad, sin embargo, vuestra caridad, que en la locución anterior dijimos que la puerta del Oriente designa la fe, la del Norte la esperanza, y la del Sur la caridad. Estos tesoros, por tanto, se recuerdan entre la puerta del Oriente y la del Norte, y miran hacia el camino del Sur, porque los corazones de los santos, situados entre la fe y la esperanza, miran hacia el camino del Sur, ya que arden con los fuegos de la santa caridad. También se dice que la puerta del Oriente mira hacia el camino del Norte, porque por la fe, en el bautismo, se nos perdonan todos los pecados, pero mientras aún vivimos aquí, incluso después de la fe, a menudo nos

inclinamos hacia los pecados. Y como si la puerta del Oriente mirara hacia el camino del Norte, cuando nuestra vida después de recibir la fe todavía se enfría en el hielo de la culpa. Porque, ¿quién en esta vida puede vivir sin culpa después de la fe, cuando Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8)? A cuyas palabras concuerda Santiago, diciendo: Porque todos ofendemos en muchas cosas (Jac. III, 2). Si, pues, los pecados pasados fueron perdonados en la percepción de la fe, y aún después de la fe nos inclinamos hacia los pecados, ¿cuál será nuestra presunción de justicia, qué esperanza de vida permanente, sino que ahora, mientras aún estamos entre la puerta del Oriente y la del Norte, levantemos los ojos de la mente hacia el camino del Sur, para que, fervientes en la santa caridad, el calor del amor nos libere de la culpa del frío y la torpeza? Sean, pues, los tesoros entre la puerta del Oriente y la del Norte; pero, como se ha dicho, que sus rostros miren hacia el camino del Sur, para que entre esto, que nacimos en la fe, y lo que después, caídos en los pecados, presumimos de la esperanza de la piedad, nos ejercitemos en el ardor de la caridad, y dirijamos allí los ojos del corazón, donde somos encendidos por los fuegos del amor.

8. Pero puede ser que por la puerta del Norte se designe la gentilidad, por el camino del Sur Judea, y por la puerta del Oriente el mismo Señor. Porque no sin razón se figura la gentilidad por el Norte, que aquel poseyó en el frío de la torpeza quien dijo: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Norte (Isaías XIV, 13). También por la puerta del Sur se toma correctamente Judea, en la cual los padres espirituales ardieron con amor celestial. Uno de ellos habla, diciendo: Conviértenos, Señor, nuestra cautividad, como un torrente en el Sur (Salmo CXXV, 4). Que aunque tuvo un pueblo carnal en el que llevó como los fríos del Norte, sin embargo, en sus santos doctores y profetas ardió en el calor de la caridad hacia Dios y el prójimo. Pero la puerta del Oriente no sin razón señala a aquel de quien está escrito: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Zacarías VI, 12). Y de quien Zacarías dice: Nos visitó el Oriente desde lo alto (Lucas I, 78). Sean, pues, los tesoros de los cantores del lado de la puerta del Norte, porque no solo en Judea hubo corazones de santos espiritualmente encendidos, sino también en la multitud de la gentilidad convertida a los sacramentos de la santa fe arden los corazones de los santos con amor de la patria celestial, anhelan los gozos eternos, suspiran por la sociedad de sus conciudadanos en el cielo; pero sin embargo, toman ejemplos de este ardor, que recibieron por el don del Espíritu Santo, de los padres espirituales de la Sinagoga. Por eso también los tesoros, aunque situados en el lado del Norte, dirigen sus ojos hacia el camino del Sur. He aquí que venimos de las naciones; pero en esto que ardemos por el amor del Espíritu Santo, miramos a los padres de Judea, quienes nos ofrecen diariamente ejemplos de santo deseo en sus palabras.

9. ¿No ardía como con el calor del fervor meridiano, quien decía con ansia: Como el ciervo desea las fuentes de agua, así mi alma te desea a ti, Dios. Mi alma tiene sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 2, 3). Quien nuevamente dice: Cantaré y entenderé en el camino inmaculado, ¿cuándo vendrás a mí? (Salmo C, 2). También había sido encendido con este ardor quien decía: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación (Lucas II, 29, 30). Porque, por tanto, venimos de la gentilidad, pero proponemos a los santos padres de Judea para nuestra imitación en el amor divino, somos como ciertos tesoros de cantores del lado de la puerta que mira hacia el camino del Norte, pero mantenemos nuestros rostros hacia el camino del Sur.

10. Y es de notar que estos mismos tesoros se describen entre la puerta del Norte y la del Oriente, porque después de la encarnación del Señor, la multitud de las naciones vino a la fe, y entre los mismos pueblos fieles y los sacramentos de la encarnación del Señor, que aman

profundamente, se levantan los corazones de los amantes. Tengan, pues, los santos tesoros, de un lado la puerta del Oriente, y del otro la del Norte, porque entre los misterios de su redención que siguen, y algunos carnales que también toleran dentro de la santa Iglesia, muchos progresan en Dios con fuerte amor, crecen en virtudes, buscan la venida del juez eterno, y entre lo que aman y lo que toleran, como ciertos tesoros, guardan las riquezas del espíritu en la mente. Ni entre los sacramentos que aman y algunas cosas contrarias que soportan desfallecen, porque dirigen sus rostros hacia el camino del Sur. Porque, ¿qué sufrimos que nuestros padres no hayan soportado antes por amor del Señor?

11. Es de notar, sin embargo, que entre la puerta del Sur y la del Norte se describe la puerta del Oriente, porque el Señor y nuestro Redentor nació de Judea, y pronto atrajo a la Iglesia de entre las naciones a su fe. Como si entre la puerta meridiana y la del Norte apareciera, porque de aquella vino, y a esta convirtió en su servicio. Por eso se dice bien que la misma puerta del Oriente mira hacia el camino del Norte, porque el Señor, nacido, dejó la Sinagoga y reunió a la multitud de las naciones. También es de notar que cuando se hablaba de los tesoros: Y sus rostros hacia el camino del Sur, se añadió uno, para que claramente entendamos que no hay otro camino hacia la patria celestial para nosotros que venimos de la gentilidad, y otro para aquellos padres que estuvieron en Judea; sino que este mismo camino es uno para nosotros y para ellos, que nos conduce a los gozos eternos, que nos dice por el Evangelio: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). De la cual el salmista dice: Para que conozcamos en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación (Salmo LXVI, 3). Porque lo que en hebreo es Jesús, en latín se dice salvador. En la tierra, pues, se conoce el camino, porque Jesús, Dios antes de los siglos, y hecho hombre al final de los siglos, fue manifestado a las naciones. Por tanto, es un solo camino tanto para aquellos que son del Sur, como para los que miran desde la parte del Norte, porque para los judíos elegidos y las naciones, nuestro Señor y Redentor, expulsado el castigo del temor, se convirtió en el camino del amor hacia el Padre, y en la ayuda para llegar. Sigue,---VERS. 45:---Y me dijo: Este tesoro que mira hacia el camino del Sur, es de los sacerdotes que vigilan en las guardias del templo. Y enseguida se añade:

VERS. 46.---Por otro lado, el tesoro que mira hacia el camino del Norte será de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar.

12. En las palabras del profeta, primero debemos preguntarnos quiénes son los sacerdotes de mayor orden, si aquellos que vigilan en las guardias del templo, o aquellos que vigilan en el ministerio del altar. Pero porque poco después se añade: El altar estaba ante la faz del templo, se muestra claramente que aquellos de mayor orden son los sacerdotes que vigilan en las guardias del templo, porque ciertamente ministran en el altar que está en el interior. Sin embargo, aquellos que vigilan en el altar que está ante la faz del templo son tanto inferiores cuanto ministran en lo exterior. Debemos, pues, preguntarnos quiénes son los sacerdotes que custodian el templo, y quiénes se dice que vigilan en el ministerio del altar. El maestro de las naciones, escribiendo a los fieles, dice: El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III, 16). ¿Quiénes, pues, son los sacerdotes que custodian el templo de Dios, sino aquellos que orando, predicando, vigilando con actos espirituales, defienden la santa Iglesia de las insidias de los espíritus malignos, de las persuasiones de los perversos, de los errores de los herejes? ¿No era acaso un custodio del templo quien, enumerando los trabajos de su pasión, dice: En trabajo y fatiga, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez (II Cor. XI, 27)? Y enseguida añade: Además de las cosas que son externas, mi preocupación diaria, la solicitud de todas las Iglesias (Ibid., 28). Considerad, os ruego, cuán solícito vigila el custodio del templo. He aquí que en sí mismo sufre cosas inestimables, y comparte la preocupación de su corazón con otros. ¿De qué virtud es pensar más en la

utilidad de los prójimos que en su propia aflicción? ¿Quién puede estimarlo dignamente? ¿Quién puede ponderarlo dignamente? Trabaja, llora, tiene hambre, sed, frío, ayuna, vigila, y sin embargo, vigilando, piensa en la preocupación de todas las Iglesias. He aquí que se nos propone un custodio del templo como ejemplo. Que lo imite quien pueda. Porque sufrir adversidades por la verdad, gastar bienes en los prójimos, vigilar en la preocupación por las almas, para que nadie caiga en la infidelidad, en la soberbia, en el robo, o en la impureza, investigar y corregir, esto es custodiar el templo de Dios, es decir, la santa Iglesia.

13. Sin embargo, son sacerdotes de menor orden, quienes vigilan en el ministerio del altar, quienes, en ayuda de los mayores, investigan sutilmente los pecados de los delincuentes, corrigen la vida de los carnales, y los llevan hasta el punto de que, por los lamentos de la penitencia, como si encendieran la carne en sacrificio, que antes permitieron vivir en pecado. Porque no todos los que presiden las santas Iglesias pueden hacer todo por sí mismos. Pero mientras ellos están ocupados en causas espirituales, si se cometen cosas perversas y carnales, las encomiendan a otros para que las discutan y corrijan. Por quienes, mientras se corrige la vida carnal, y se llega hasta el estudio de la abstinencia y la oración por los que progresan, como si ya se encendiera la carne en el altar, para que en la presencia del Señor omnipotente de allí suba el sacrificio, de donde antes la culpa desagradaba.

14. Pero en este asunto surge una cuestión, ya que anteriormente se dijo que los tesoros tenían sus rostros hacia el camino del Sur, ¿cómo es que ahora se dice que un tesoro que mira hacia el camino del Sur es de los sacerdotes que vigilan en las guardias del templo, y un tesoro que mira hacia el camino del Norte es de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar? Si ambos rostros se dirigían hacia el camino del Sur, ¿cómo es que ahora se dice que uno mira hacia el Sur y otro hacia el Norte? Pero en estas palabras reconocemos que el tesoro de los sacerdotes que vigilan en las guardias del templo estaba colocado de tal manera que solo miraba hacia el camino del Sur; mientras que el tesoro de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar estaba en el atrio de tal manera que miraba tanto hacia el camino del Sur como hacia el del Norte, para que, junto con el tesoro de los sacerdotes que vigilan en las guardias del templo, mirara hacia el camino del Sur, y sin embargo, sin el tesoro de los mismos sacerdotes, el tesoro de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar viera el camino del Norte. Pero, ¿qué es esto, hermanos amadísimos? ¿Qué podemos ver de místico en estas palabras, sino lo que el oyente espiritual ya entiende según lo que se ha dicho antes, que los sacerdotes de mayor orden, que vigilan en las guardias del templo, solo miran hacia el camino del Sur, porque, ocupados solo en estudios espirituales, siempre atienden solícitamente a las cosas que son del amor de Dios; pero los sacerdotes de menor orden, que presiden la corrección de los pecados de los delincuentes, también dirigen sus ojos hacia el camino del Norte, para que en la mente de los pecadores vean cuáles son los fríos de la torpeza, y llevando estas cosas, con palabras de corrección, hasta los gemidos de la penitencia, como si encendieran las carnes en el altar del Señor. También miren con los grandes sacerdotes hacia el camino del Sur, porque, en cuanto a ellos mismos, arden con el fuego de la caridad, y están encendidos con las llamas del amor de Dios. Pero porque corrigen frecuentemente los pecados de los delincuentes, también dirigen sus ojos hacia el camino del Norte. De ambos órdenes de sacerdotes se añade:

IBID.---Estos son los hijos de Sadoc, que se acercan de los hijos de Leví al Señor para ministrarle.

15. Sadoc se dice en latín justo. Pero, ¿quién es justo, sino aquel a quien se dice: Justo eres, Señor, y recto es tu juicio (Salmo CXVIII, 137)? Pero, ¿quiénes son los hijos del justo, sino aquellos de quienes está escrito: A todos los que creyeron en él, les dio potestad de ser hechos

hijos de Dios (Juan I, 12)? Leví se interpreta como asumido. Pero, ¿quién ha sido asumido por el Señor, sino el pueblo fiel, que por los sacramentos de la fe ha sido segregado de los infieles? Todos, pues, los que perseverantemente atienden a los actos espirituales son hijos del justo. Y de los hijos del pueblo asumido se acercan al Señor para ministrarle, porque de los mismos fieles se eligen aquellos que vienen al ministerio del Dios omnipotente, y atienden a los estudios celestiales para la instrucción del pueblo.

16. Pero debemos investigar con diligencia quiénes son los que sirven al Señor. No todos los que leen, predicán, dan de lo suyo, o castigan su cuerpo mediante la abstinencia, sirven al Señor. Aquellos que buscan su propia gloria al leer y predicar, que desean recibir alabanzas de los hombres al dar lo que tienen y al mortificar su cuerpo en abstinencia, sirven a sí mismos, no al Señor. En contraste, el Señor dice a través del salmista: "El que camina en el camino inmaculado, este me servía" (Salmo 100, 6). Tiene mancha en su camino quien en la buena obra que realiza se propone como premio la gloria terrenal, quien busca recibir su recompensa en este mundo, y ensucia ante Dios la apariencia de la buena obra con la mancha de una mala intención. Quizás alguien, ferviente en el estudio de la disciplina, corta las faltas de los que delinquen, pero si no es guiado por el amor del Dios omnipotente, sino por su propio celo, se sirve a sí mismo en estas acciones, no al Señor. Otro, para no parecer severo, tolera con suavidad muchas cosas que se hacen mal. Este, porque no quiere parecer severo por el Señor, a través de su estudio de la suavidad, se sirve a sí mismo, no al Señor. Por lo tanto, ya sea que nos fatiguemos en el ministerio de la palabra, que demos de lo nuestro a los necesitados, que domemos la carne mediante la abstinencia, que nos movamos por celo, o que a veces toleremos con paciencia lo malo, debemos examinar con sumo cuidado nuestra intención, para que todo lo que hagamos, lo hagamos por el celo del Señor, no por el nuestro, no sea que en lo que hacemos nos sirvamos a nosotros mismos más que al Señor. No servían al Señor, sino a sí mismos, aquellos de quienes Pablo decía: "Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo" (Filipenses 2, 21). El mismo Pablo, con los hermanos elegidos, se apresuraba a no servirse a sí mismo, sino al Señor, tanto viviendo como muriendo, diciendo: "Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, del Señor somos" (Romanos 14, 7-8). Los santos no viven ni mueren para sí mismos. No viven para sí, porque en todo lo que hacen, anhelan las ganancias espirituales, y orando, predicando, insistiendo en obras santas, desean multiplicar los ciudadanos de la patria celestial. No mueren para sí, porque en presencia de los hombres glorifican a Dios con su muerte, a quien se apresuran a llegar incluso muriendo. Consideremos, pues, en la muerte de los santos, no cuánto fue su oprobio por parte de los infieles, sino cuánta alabanza del Señor creció en el corazón de los fieles. Si buscaran su propia alabanza, ciertamente habrían temido sufrir tantos oprobios en la muerte. Pero "ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí", porque no buscaron su propia gloria ni viviendo ni muriendo. Veamos si el mismo primer pastor de la Iglesia, que no vivió para sí, murió para sí. Pregúntese a Juan, su compañero, y diga de las palabras del Señor sobre la muerte de su pastor: "Esto dijo, significando con qué muerte había de glorificar a Dios" (Juan 21, 19). No murió para sí quien glorificó a Dios en su muerte. Aprendamos, pues, hermanos míos, a examinar con investigación cuidadosa nuestra intención en todo lo que hacemos, y a no buscar lo nuestro, si queremos servir al Dios omnipotente. Pero como dijimos que de entre el pueblo fiel se eligen los hijos de Sadoc para el ministerio del Dios omnipotente, ¿acaso no hay muchos en ese mismo pueblo que se encuentran viviendo perfectamente en los mandamientos de Dios? Sin duda los hay; pues se añade:

VERS. 47.---Y midió el atrio, de longitud cien codos, y de anchura cien codos, en forma cuadrada.

17. Ya hemos dicho muchas veces que la longitud significa la longanimidad de la esperanza, y la anchura la amplitud de la caridad. El número cien, en el que el diez se multiplica por diez, se ha dicho plenamente que significa la suma de la perfección (Hom. 6, antiguamente 18, núm. 16). ¿Qué es, pues, el atrio del edificio espiritual, sino la amplitud de los pueblos fieles? Sin embargo, esa longanimidad de la esperanza y amplitud de la caridad no está vacía en los corazones de los fieles, pues por la fe opera todo lo que vale. Por eso, Pablo dice: "En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gálatas 5, 6). Si, pues, en la vida de los fieles, de alguna manera, la longanimidad de la esperanza es perfecta, la amplitud de la caridad es perfecta, la certeza de la fe es perfecta, el estudio de la operación es perfecto, el atrio del templo tiene cien codos en cuadrado. En la medida del cuadrado, ningún lado es mayor ni menor, sino que todos los cuatro lados se extienden en igual espacio, porque esas mismas virtudes que hemos mencionado, a saber, la fe, la esperanza, la caridad y la operación, mientras vivimos en esta vida, las encontramos iguales entre nosotros. Por eso, aunque la caridad se dice mayor que la esperanza y la fe, porque una vez que se llega a la visión de nuestro autor, la esperanza y la fe pasan, pero la caridad permanece. Pues ahora, tanto como creemos, tanto amamos; y tanto como amamos, tanto presumimos de la esperanza. También Juan apóstol confiesa sobre la fe y la operación, diciendo: "El que dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso" (1 Juan 2, 4). El conocimiento de Dios pertenece a la fe, la custodia de los mandamientos a la operación. Cuando, pues, la virtud, el tiempo y el lugar para obrar están disponibles, uno obra tanto como conoce a Dios; y tanto indica conocer a Dios, cuanto por Dios obra bien. Midan, pues, las virtudes del pueblo fiel en cuadrado, porque cada uno que se ocupa en el ejercicio de la vida activa cree tanto como espera, ama y obra; espera tanto como cree, obra y ama; ama tanto como cree, espera y obra; obra tanto como cree, ama y espera. Porque en el pueblo de la santa Iglesia hay muchos que son robustos por la fe, longánimes por la esperanza, amplios por la caridad, y eficaces por la operación, el atrio del templo se mide en cuadrado con cien codos.

18. Pues para hablar también algo de sus virtudes, a menudo vemos entre ellos a algunos prudentes por la inteligencia, fuertes en la adversidad, justos en la operación, templados en los placeres, y moderándose con la medida de todo celo de discreción. Quienes, mientras mantienen la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, o, como a algunos les agrada enumerarlas, la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, tienen la medida del atrio espiritual en cuadrado. He aquí que esas mismas virtudes que dijimos que tienen los buenos y fieles están en cuadrado, de modo que una no excede a la otra. Grande es la prudencia; pero si es menos templada en los placeres, menos fuerte en los peligros, menos justa en las operaciones, ciertamente es menos prudente. Grande es la templanza; pero si entiende menos de lo que debe templarse, si menos puede soportar las adversidades con fortaleza, y se abate en el temor, si por su precipitación a veces se lanza a obras de injusticia, es menos templada. Grande es la fortaleza; pero si entiende menos qué bienes debe guardar, a qué males resistir, si menos se temple del apetito de placer, pero es vencida por la delectación, si menos mantiene las obras de justicia, y a veces es superada en el dominio de la injusticia, es menos fuerte. Grande es la justicia; pero si menos de lo que debe discierne entre obras justas e injustas, si menos temple su corazón del deleite del mundo, si menos se conforta contra las adversidades, es menos justa. Mídase, pues, la vida de los fieles perfectos en cuadrado, y tenga un lado del atrio espiritual tanto como los otros lados, porque cada uno es tan prudente como templado, fuerte y justo; tan templado como prudente, fuerte y justo; tan fuerte como prudente, templado y justo; tan justo como prudente, templado y fuerte. Sin embargo, hay entre ellos muchos que aún viven carnalmente. Quienes, aunque quizás ignoran las letras y no

pueden leer los preceptos de Dios, ciertamente ven en la conversación de muchos fieles el bien que deben imitar. He aquí que en la Iglesia resuenan las voces del santo Evangelio y de los apóstoles, he aquí que los ejemplos de los que viven bien se presentan diariamente ante los ojos de todos. No podrán decir en excusa: No vimos lo que debíamos imitar. Por eso se añade:

IBID.---Y el altar ante la faz del templo.

19. ¿Qué es el templo, sino el pueblo fiel? como dice el apóstol Pablo a los discípulos: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (1 Corintios 3, 17). ¿Y qué es el altar de Dios, sino la mente de los que viven bien? Quienes, recordando sus pecados, lavan sus manchas con lágrimas, mortifican la carne mediante la abstinencia, no se mezclan en las acciones de este mundo, dan a los necesitados lo que tienen, y no codician tener lo que no tienen. Con razón, pues, se dice que su corazón es el altar de Dios, donde arde el fuego del dolor de la compunción, y la carne se consume. ¿Y acaso no vemos, hermanos carísimos, diariamente en este santo pueblo fiel, como en el atrio del templo, a tales personas? ¿Acaso no contemplamos incesantemente su vida propuesta como ejemplo para nosotros? El altar, pues, está ante la faz del templo, cuando muchos están puestos en la vista de la santa Iglesia, quienes, recordando el juicio eterno, se sacrifican diariamente a Dios en el lamento de la compunción. Quienes, como se ha dicho, castigan sus cuerpos, para cumplir lo que se dice por el Maestro de las naciones: "Para que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Romanos 12, 1). El sacrificio ciertamente se mata para ser ofrecido. Pero el cuerpo afligido por el Señor es un sacrificio vivo. Que se llama sacrificio y vivo, porque vive en virtudes y está muerto a los vicios. Sacrificio, porque ya está muerto a las acciones malas de este mundo; vivo, porque obra todo el bien que puede.

20. Pero como bajo el nombre de altar se ha introducido el discurso sobre la llama de la compunción, considero necesario mostrar cuál es la diversidad de esa misma compunción. Hay una compunción que nace del temor, y otra que nace del amor, porque una cosa es huir de los castigos, y otra desear las recompensas. Por eso, también en el tabernáculo, por la ley se ordena hacer dos altares, uno exterior y otro interior; uno en el atrio, otro ante el arca; uno cubierto de bronce, otro revestido de oro. Y en el altar de bronce se queman carnes, en el altar de oro se queman aromas (Éxodo 39, 37-38; 40, 5, etc.). ¿Qué es esto, hermanos carísimos, que fuera se queman las carnes, dentro los aromas, sino lo que vemos diariamente, que hay dos tipos de compunción, porque unos aún lloran por temor, y otros ya se afectan en lamentos por amor? Muchos, recordando sus pecados, mientras temen los castigos eternos, se afligen con lágrimas diarias. Lloran los males que han hecho, y queman los vicios con el fuego de la compunción, cuyas sugerencias aún sufren en el corazón. ¿Qué son estos sino un altar de bronce en el que arden las carnes, porque aún lloran por las obras carnales?

21. Otros, libres ya de los vicios carnales, o seguros por largos llantos, arden en lágrimas de compunción con la llama del amor, proponen a los ojos del corazón las recompensas de la patria celestial, ya desean estar entre los ciudadanos celestiales. Les parece dura la servidumbre, larga la duración de su peregrinación. Desean ver al Rey en su belleza, y no cesan de llorar diariamente por amor a Él (Isaías 33, 17). ¿Qué son estos sino un altar de oro, en cuyo corazón se han encendido los aromas, porque arden las virtudes? Bien se dice de ese altar que está ante el velo del arca en el santo de los santos. El arca del testamento es Él mismo, de quien sabemos que está escrito: "En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Colosenses 2, 3). El arca está dentro del velo, nuestro Redentor en el cielo. El altar de oro en el que se quema el incienso está ante el velo, los corazones que, con grandes virtudes, arden en el amor de Dios, arden por el santo deseo en

Aquel a quien aún no pueden ver con el rostro descubierto. Entre el arca y el altar hay un velo, porque lo que aún nos separa de la visión de Dios, el obstáculo de nuestra corrupción, no ha sido removido. Pero mientras estemos ante el velo, debemos arder como incienso encendido con la llama del amor. A través de las lágrimas de la compunción, no debemos buscar nada terrenal, nada transitorio. Solo Él, que hizo todas las cosas, nos basta. Transcendamos por el deseo todo, para reunir la mente en uno. No ya por temor a los castigos, no por la memoria de los vicios, sino encendidos por la llama del amor, ardamos en lágrimas con el olor de las virtudes.

22. Esta oración de los elegidos ya se preveía cuando se decía en la alabanza de la esposa: "¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo, perfumada con mirra e incienso, y con todos los polvos del perfumista?" (Cantar de los Cantares 3, 6). La santa Iglesia de los elegidos, cuando se eleva de este mundo en santas oraciones con ardiente amor, sube por el desierto que abandona. ¿Cómo sube? Añade: "Como columna de humo, perfumada" (Ibid.). El humo nace del incienso, como se dice por el salmista: "Suba mi oración como incienso delante de ti" (Salmo 140, 2). El humo suele hacer brotar lágrimas. Así que el humo es de los perfumes, la compunción de la oración concebida de las virtudes del amor. Sin embargo, esa oración se llama columna de humo, porque mientras solo pide cosas celestiales, progresa tan rectamente que no se vuelve en absoluto a pedir cosas terrenales y temporales. Y es de notar que no se llama columna, sino columna pequeña, porque a veces en el ardor de la compunción la fuerza del amor es de tal sutileza que ni siquiera el mismo espíritu puede comprenderla, que iluminado mereció tenerla.

23. Bien se dice, "de mirra e incienso". El incienso se quema en sacrificio al Señor según la ley. Por la mirra se embalsaman los cuerpos muertos, para que no sean corrompidos por los gusanos. Ofrecen sacrificio de mirra e incienso quienes afligen la carne para que no dominen en ellos los vicios de la corrupción, y encienden la ofrenda de su amor en el conspecto del Señor, y se presentan a sí mismos a Dios en santas virtudes. Por eso también allí se añade: "Y con todos los polvos del perfumista". El polvo es la virtud del bien obrar. Y es de notar que las virtudes de los que obran bien no se llaman perfumes, sino polvos. Pues cuando hacemos cualquier bien, ofrecemos perfumes. Pero cuando también revisamos esos mismos bienes que hacemos, y, para que no haya nada siniestro en ellos, los atendemos con el juicio de la revisión, hacemos polvo de los perfumes, para encender nuestra oración al Señor con más sutileza mediante la discreción y el amor.

24. He aquí que esto, como hemos podido, con la ayuda de Dios, hemos investigado ante vosotros, hermanos carísimos. Pero nadie me reprenda si después de esta disertación ceso, porque, como todos veis, nuestras tribulaciones han crecido: estamos rodeados de espadas por todas partes, tememos el inminente peligro de muerte por todas partes. Unos regresan a nosotros con las manos mutiladas, otros se anuncian capturados, otros muertos (Juan Diácono, libro IV, cap. 67). Ya me veo obligado a retener la lengua de la exposición, porque mi alma está cansada de mi vida (Job 10, 1). Ya nadie me pida el estudio de la sagrada escritura, porque mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en voz de los que lloran (Ibid., 30, 31). Ya el ojo del corazón no vigila en la discusión de los misterios, porque mi alma se ha adormecido de tristeza (Salmo 118, 28). Ya la lectura es menos dulce para el alma, porque he olvidado comer mi pan por la voz de mi gemido (Salmo 101, 5). ¿A quién, pues, no se le permite vivir, cómo le es posible hablar de los sentidos místicos de la sagrada escritura? Y quien se ve obligado a amar beber diariamente, ¿cuándo puede ofrecer dulces bebidas? ¿Qué queda, pues, sino que entre los azotes que sufrimos por nuestras iniquidades demos gracias con lágrimas? Porque Él mismo, que nos creó, también se ha hecho nuestro padre por el espíritu de adopción que nos dio. Y a veces nutre a los hijos con pan, a veces los

corrige con el látigo, porque a través de dolores y dones los instruye para la herencia perpetua. Sea, pues, gloria al omnipotente Señor nuestro Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.